

Memorias de un suicida

Yvonne do Amaral Pereira

Yvonne do Amaral Pereira

Memorias de un suicida

ÍNDICE

Prefacio a la edición española.....	4
Introducción	7
<i>Prefacio de la segunda edición</i>	11
 PRIMERA PARTE	
Los Condenados.....	12
I El Valle de los Suicidas	12
II Los condenados	23
III En el Hospital “María de Nazaret”	39
IV Jerónimo de Araújo Silveira y familia.....	59
V El reconocimiento.....	79
VI La comunión con lo Alto.....	94
VII Nuestros amigos, los discípulos de Allan Kardec	116
 SEGUNDA PARTE	
Los Departamentos	129
I La Torre del Vigía	129
II Los archivos del alma.....	152
III El Psiquiátrico	170
IV Otra vez Jerónimo y familia	189
V Preludios de la reencarnación	214
VI “A cada uno según sus obras”	234
VII Los primeros ensayos	257
VIII Nuevos rumbos	273
 TERCERA PARTE	
La Ciudad Universitaria.....	287
I La Mansión de la Esperanza.....	287
II “Venid a mí”	302
III “Hombre, conócete a ti mismo”	312
IV El “hombre viejo”	333
V La causa de mi ceguera en el siglo XIX	345
VI El elemento femenino.....	359
VII Últimos trazos.....	376

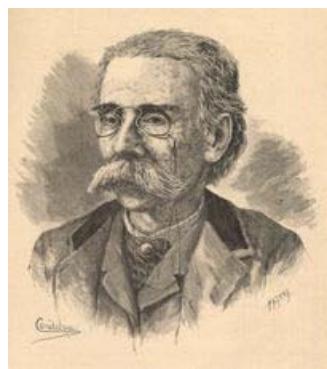
PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

He acometido, con gran placer, el trabajo de traducir al castellano, por encargo de la Federación Espírita Española, esta obra maravillosa, debida a la mediuminidad de Yvonne Amaral Pereira y a los espíritus de “Camilo Cândido Botelho” y de León Denis, que efectuó la revisión de la misma.

Desde el Más Allá, con una pluma digna de su brillantez literaria, el autor espiritual principal, bajo el pseudónimo citado antes, relata el cambio de plano efectuado por él mismo, mediante el suicidio, algo tan común entonces, a finales del siglo XIX como en nuestros tiempos. Su narración puede valer a cualquiera, pero en especial a aquel que, imaginando el vacío y la nada después de la muerte física, intenta escapar a través de la destrucción de su cuerpo, a las dolorosas pruebas que todos venimos a intentar superar en nuestra vida en este planeta de expiación: nuestra amada y querida Tierra.

La médium permite en su Introducción, al hacerlo ella misma, que realicemos una pequeña reseña biográfica para el público hispanohablante del autor espiritual con su personalidad real en la anterior existencia:

Camilo Ferreira Botelho Castelo Branco es uno de los autores más representativos de la literatura portuguesa de todos los tiempos y uno de los más leídos.



Nacido de una relación extramatrimonial en Lisboa el 16 de marzo de 1825, muy pronto se quedó huérfano de padre y madre. Su educación corrió entonces a cargo de parientes más o menos próximos. En la adolescencia se formó leyendo a los clásicos portugueses y latinos. A los diecisésis años se casó con Joaquina Pereira a quien pronto olvidó y de quien tuvo una hija que murió a los cinco años. Empezó a estudiar Medicina pero no acabó la carrera. Cuando todavía no había envidiado de Joaquina Pereira, en Vila Real raptó a una joven huérfana de quien tuvo otra hija y a la que también abandonó. A lo largo de su vida se sucedieron los amores tumultuosos (con Patricia Emilia e Isabel Cândida, entre muchas otras mujeres).

En 1848 inició su carrera literaria establecido en la ciudad de Oporto, donde frecuentaba la tertulia del café Guichard junto con algunas promesas de la generación romántica. En esta época, mientras hacía vida bohemia, escribió sus sátiras anticabalistas y sus primeras novelas publicadas en forma de folletín en los periódicos “Eco popular” y en “Nacional”. Su vida personal siguió por el mismo camino de

escándalos, peripecias e intrigas hasta que se enamoró locamente de Ana Plácido. Sucumbió a una crisis mística cuando ella decidió casarse con Pinheiro Alves, un brasileño que más tarde le serviría de inspiración en algunas novelas, y por esta razón permaneció dos años en el seminario de Oporto (desde 1850 a 1852). Ya famoso en el panorama literario portugués, volvió a protagonizar un escándalo cuando Ana Plácido abandonó a su marido para vivir con él en Lisboa.

A partir de ese momento, la vida y la obra de Camilo maduran por las penalidades: persecuciones, graves problemas económicos y la prisión después de ser los dos juzgados por adulterio. Camilo entró en prisión el 1 de octubre de 1860 y salió el 16 de octubre de 1861. Una vez absueltos, Camilo y Ana viven juntos y ella será fuente de inspiración de algunas de sus novelas (se llamará Enriqueta en *Poesía o dinero*, Raquel en *Años de prosa*, Adriana en *El buen Jesús del Monte* o Leonor en *Un hombre rico*). Camilo tendrá que escribir a un ritmo trepidante debido a **graves problemas económicos** que no acaban. En 1862 se va a vivir a Lisboa. En 1864 se traslada a la casa de S. Miguel de Ceide del que fuera marido de Ana, que ya ha muerto. Aquí escribirá lo mejor de su obra, aunque desgraciadamente, no encontrará tampoco la tranquilidad ni la paz. En 1868 *su hijo Jorge enferma y ya no se recuperará nunca de sus graves problemas mentales*.

En 1878 sufre un accidente en un tren y como consecuencia de eso, le quedarán secuelas en la vista. **Otros disgustos como la muerte de una nieta de tres años o la irresponsabilidad de su hijo mayor le llevan a la desesperación.** Camilo sigue escribiendo, sus amigos intentan ayudarle y le preparan homenajes. En 1885 se le da el título de Vizconde de Correia Botello. En 1888 se casa con Ana Plácido. Se le reconoce públicamente como escritor y en 1889 se le da una pensión anual de 1.000\$000 réis, pero nada le da sosiego ni encuentra la estabilidad.

El 1 de Junio de 1890, desesperado por la confirmación de un oftalmólogo de que su progresiva ceguera no tiene cura, **se pega un tiro en la sien derecha y muere a las pocas horas** en su casa de São Miguel de Ceide. La muerte de Camilo Castelo Branco causó una consternación general y la prensa, unánime al lamentar su muerte, publicó numerosos artículos donde se le ensalzaba como escritor.

Nos debe quedar muy claro, sin ningún género de dudas, que debemos respetar siempre nuestra existencia aquí el tiempo que el Creador haya estimado como permanencia de nuestro espíritu en el cuerpo físico. Si atentamos, mediante el suicidio, en cualquiera de sus formas, contra ello, estaremos rompiendo no sólo su Ley, sino nuestra propia estabilidad, por así decirlo, físico-espiritual, ya que nuestro periespíritu se encontrará afectado en gran medida por este acto, deteriorado, herido o casi desintegrado, y la única forma de poder recomponerle será a través de una reencarnación, donde, con total seguridad, encontraremos los mismos problemas que teníamos antes de cometer suicidio en la anterior, agravados por el mal estado en que se encontrará nuestro cuerpo astral, que indudablemente se reflejará

en nuestras condiciones físicas. No sólo no ganamos nada con el suicidio, sino que perdemos mucho más de lo que nunca podríamos imaginar: el tiempo para nuestro propio progreso en la evolución moral, la única necesaria como principal misión en esta vida terrenal.

Agradezco a los buenos espíritus su ayuda en este trabajo y a mi esposa, Maribel, su paciencia y buenas prácticas de fotocomposición, que han permitido que esta traducción pueda llegar al público hispanohablante.

ALFREDO ALONSO YUSTE

Madrid, Abril de 2009

INTRODUCCIÓN

Debo estas páginas a la caridad de un eminente habitante del mundo espiritual, al cual me siento unida por un sentimiento de gratitud que presiento se extenderá más allá de la vida presente. Si no fuera por la amorosa solicitud de ese iluminado representante de la doctrina de los espíritus— que prometió, en las páginas fulgurantes de los volúmenes que dejó en la Tierra sobre filosofía espirita, acudir a la llamada de todo corazón sincera que recurriese a su auxilio con la intención de progresar, una vez que él haya pasado al plano invisible siempre que la condescendencia de los cielos le permitiesen —se perderían apuntes que, desde el año 1926, es decir, desde los días de mi juventud y los albores de mi mediumnidad, que juntos florecieron en mi vida, penosamente yo venía obteniendo de espíritus de suicidas que voluntariamente acudían a las reuniones del antiguo “Centro Espírita de Lavras”, en la ciudad del mismo nombre, en el extremo sur del Estado de Minas Gerais, y de cuya dirección formé parte durante algún tiempo. Me refiero a Leon Denis, el gran apóstol del Espiritismo, tan admirado por los adeptos de la magna filosofía, y a quien tengo los mejores motivos para atribuirle las intuiciones venidas para la compilación y redacción de la presente obra.

Durante cerca de veinte años tuve la felicidad de sentir la atención de tan noble entidad del mundo espiritual piadosamente vuelta hacia mí, inspirándome un día, aconsejándome otro, enjugándome las lágrimas en los momentos decisivos en que renuncias dolorosas se imponían como rescates indispensables para la elevación de mi conciencia, hundida todavía en el oprobio de las consecuencias de un suicidio en la existencia pasada.

Y durante veinte años conviví, por así decirlo, con ese hermano venerable cuyas lecciones llenaron mi alma de consuelo y esperanza, cuyos consejos trate siempre de poner en práctica, y que hoy como nunca, cuando la existencia ya declina hacia su ocaso, me habla más tiernamente todavía en el secreto del recinto humilde donde estas líneas son escritas.

Entre los numerosos espíritus de suicidas con quienes mantuve intercambio a través de las facultades mediumnidad que dispongo, uno se destacó por la asiduidad y simpatía con que siempre me honró, y, principalmente, por el nombre glorioso que dejó en la literatura de la lengua portuguesa, pues se trataba de un novelista fecundo y con talento, dueño de una cultura tan amplia que hasta hoy me pregunto la razón por la que me había distinguido con tanto afecto si yo, tan oscura, trayendo un bagaje intelectual reducidísimo, solamente poseía para ofrecer a su sabiduría, como instrumento, mi corazón respetuoso y la firmeza en la aceptación de la doctrina, ya que, por aquel tiempo, ni siquiera tenía una cultura doctrinaria aceptable.

Le llamaremos en estas páginas Camilo Cândido Botello, aun contrariando sus propios deseos de ser mencionado con su verdadera identidad. Ese noble espíritu, a quien poderosas corrientes afectivas espirituales me unían, frecuentemente se hacía visible, satisfecho de sentirse bien querido y aceptado. Hasta el año 1926, sin embargo, había oído mencionar su nombre sólo de vez en cuando. No conocía siquiera su bagaje literario, abundante y erudito.

No obstante, él me descubrió en una mesa de sesión experimental, realizada en la hacienda del coronel cristiano José de Souza, antiguo presidente del “Centro Espírita de Lavras”, donde me dio su primer mensaje. De ahí en adelante, ya en sesiones normalmente organizadas o en reuniones íntimas llevadas a cabo en domicilios particulares, o en el silencio de mi aposento, a altas horas de la noche, me daba apuntes, noticias periódicas, escritas o verbales, ensayos literarios, verdaderos reportajes relativos a casos de suicidio y sus tristes consecuencias más allá de la tumba, en una época difícil para mí. Sin embargo, mucho más frecuentemente, me arrebataban, él y otros amigos y protectores espirituales, de la cárcel corpórea para, de esa manera cómoda y eficiente, ampliar dictados y experiencias. Entonces, mi espíritu se elevaba a convivir en el mundo invisible y los mensajes ya no eran escritos sino narrados, mostrados, exhibidos a mi facultad mediúmnica para que al despertar, yo encontrase mayor facilidad para comprender aquello que, por merced inestimable del cielo, me pudiese auxiliar a describirlas, pues yo no era escritora para hacerlo por mí misma.

Estas páginas, en verdad no fueron psicografiadas, pues yo veía y oía nítidamente las escenas aquí descritas, veía a los personajes, los lugares, con claridad y certeza absolutas, como si los visitase y en todo estuviese presente y no como si sólo tuviese noticias a través de una simple narración. Si describían un personaje o algún paisaje, la configuración de lo expuesto se definía inmediatamente, a medida que la palabra fulgurante de Camilo, o la onda vibratoria de su pensamiento, la creaban. Fue así, de esa forma esencialmente poética, maravillosa, que obtuve la larga serie de ensayos literarios proporcionados por los habitantes de lo invisible y hasta hoy mantenidos en el armario, y no psicográficamente. Los espíritus que me asistían sólo usaban la psicografía para los servicios de recetas y pequeños mensajes instructivos referentes al ambiente en que trabajábamos. Y puedo realmente decir que fue gracias a esa extraña convivencia con los espíritus, cuando tuve las únicas horas de felicidad y alegría que disfruté en este mundo, como un bálsamo para las pruebas que debía sufrir ante la gran ley.

Sin embargo, los mensajes y los apuntes hechos al despertar eran bastante vagos, no presentando ni el aspecto novelesco ni las conclusiones doctrinarias que, después, para ellos creó su compilador, al suavizarles para exponer verdades amargas, pero necesarias al momento que vivimos. El lector se preguntará por qué el mismo Camilo no lo hizo, pues tenía capacidad para eso.

Responderé que hasta el momento lo ignoro tanto como cualquier otra persona. Jamás pregunté a los espíritus la razón de tal acontecimiento. Por otro lado, durante cerca de cuatro años me vi en la imposibilidad de mantener un intercambio normal con los espíritus, por motivos ajenos a mi voluntad. Y cuando las barreras existentes cayeron, el autor de los mensajes sólo acudió a mis reiteradas llamadas para notificarme su próximo retorno a la existencia planetaria. Me vi entonces en una situación difícil para escribir, dándole un aspecto doctrinario y educativo a las revelaciones concedidas a mi espíritu durante el sueño magnético, las que yo sabía que las nobles entidades asistentes deseaban que fuesen transmitidas a la colectividad, pues yo no era una escritora, y no tenía capacidad para intentar esa experiencia por mí misma .

Los relegué, por tanto, al olvido del cajón de un escritorio y oré, suplicando ayuda e inspiración. Oré, sin embargo, durante ocho años, diariamente, sintiendo en el corazón el ardor de una llama viva de intuición susurrándome que aguardase el futuro, no destruyendo los antiguos manuscritos. Hasta que hace cerca de un año, recibí instrucciones para proseguir, pues me sería concedida la necesaria asistencia.

Poseo razones de peso para afirmar que la palabra de los espíritus es como una escena viva y creadora, real, perfecta, siendo también una vibración del pensamiento capaz de mantener, por la acción de la voluntad, lo que deseé. Durante cerca de treinta años he penetrado, de algún modo, en los misterios del mundo invisible, y es lo que allí percibí. Quiero destacar que, al despertar, el recuerdo solo me acompañaba cuando los asistentes me autorizaban a recordar. La mayoría de las veces en que me permitieron esos vuelos, apenas me quedó la impresión de lo sucedido, la intima certeza de que conviviera por instantes con los espíritus, pero no el recuerdo.

Los más insignificantes detalles se notarán cuando un Espíritu iluminado o noble “hable”, como, por ejemplo una capa de polvo sobre un mueble; la brisa agitando una cortina o un velo o un lazo de cinta en un vestido femenino; el titilar de las llamas en el hogar y hasta el perfume, pues todo eso tuve la ocasión de observar en la palabra mágica de Camilo, de Víctor Hugo, de Charles y hasta del apóstol del Espiritismo en el Brasil, Bezerra de Menezes, a quien desde la cuna veneré, enseñada por mis padres. En cierta ocasión que Camilo describía una tarde de invierno riguroso en Portugal, a pesar de estar en una habitación con chimenea, sentí que me invadía tal sensación de frío que tirité, buscando las llamas para calentarme, mientras, satisfecho con la experiencia, el se echaba a reír... Además, el fenómeno no era nuevo. Fue así como Juan el Evangelista obtuvo los dictados para el Apocalipsis y los antiguos profetas hebreos recibían las revelaciones con que instruían al pueblo.

En el Apocalipsis, versículos 10, 11 y siguientes, del primer capítulo, el eminente siervo del Señor evidencia el fenómeno al que aludimos, en pocas

palabras: “fui arrebatado en espíritu el día del Señor y oí tras de mí una voz fuerte, como de trompeta, que decía: –Lo que vieres, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias:...” –etc., etc.; ¡y todo el importante volumen le fue narrado al apóstol así, a través de escenas reales, palpitantes, vivas, en visiones detalladas y precisas!

El Espiritismo ha tratado ampliamente todos esos interesantes casos para que nadie se admire por lo que estamos exponiendo y, en el primer capítulo de la magistral obra de Allan Kardec *La Génesis* existe este tópico, por cierto muy conocido por los estudiantes de la Doctrina Espírita: “Las instrucciones (de los espíritus) pueden ser transmitidas por diversos medios: por la simple inspiración, por la audición de la palabra, por la visión de los espíritus instructores, en las visiones y apariciones, ya sea en sueños ya sea en estado de vigilia, de lo que hay muchos ejemplos en el Evangelio, en la Biblia y en los libros sagrados de todos los pueblos”.

Lejos de mí la vanidad de ponerme en un plano equivalente al de Juan el Evangelista. Por las dificultades con que luché para componer este volumen, reconocí los bagajes de inferioridad que deprimen mi espíritu. El discípulo amado que, aun siendo un misionero escogido era también un modesto pescador, tuvo sin duda su asistente espiritual para poder describir las bellas páginas aureoladas de ciencia y otras enseñanzas de valor incontestable, que atravesarían los siglos glorificando la verdad. Es bien probable que el mismo maestro fuese aquel asistente...

No puedo juzgar respecto a los méritos de esta obra. Me prohibí, durante mucho tiempo, llevarla a conocimiento ajeno, reconociéndome incapaz de analizarla. No me siento siquiera a la altura de rechazarla, como tampoco me atrevo a aceptarla. Vosotros lo haréis por mí. De una cosa, sin embargo, estoy bien segura, que estas páginas fueron elaboradas, del principio al fin, con el máximo respeto a la Doctrina Espírita y bajo la invocación sincera del nombre sacro del Altísimo.

Río de Janeiro, 18 de mayo de 1954.

YVONNE A. PEREIRA

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Una revisión con criterio se imponía a esta obra que hace algunos años me fue confiada para examen y compilación, en virtud de las tareas confiadas espiritualmente a mí, y de la ascendencia adquirida sobre el instrumento mediúmnico a mi disposición.

Lo hice, sin embargo, algo extemporáneamente, ya que no me había sido posible hacerlo en su momento, por motivos debidos más a los prejuicios de las sociedades terrenas contra las que el mismo instrumento se debatía, que a mi voluntad de operario atento en el cumplimiento del deber. Y la revisión se imponía, tanto más cuanto al transmitir la obra, me fue necesario ampliar las vibraciones aún rudas del cerebro mediúmnico, operando en él posibilidades psíquicas para la captación de las visiones más indispensable para ese trabajo, que activadas al grado máximo que aquel podría soportar, tan excitadas se volvieron que fueron como cataratas rebeldes no siempre obedeciendo con facilidad a la presión que les hacía, procurando evitar excesos de vocabulario, acumulación de figuras representativas, que ahora fueron suprimidas.

Nada se alteró en el aspecto doctrinario de la obra ni en su particular carácter revelador. La entrego al lector, por segunda vez, tal como fue recibida de los Mayores que me encargaron la espinosa tarea de presentarla a los hombres. Y si, buscando aclarar al público, por facilitarle el entendimiento de los anales espirituales, no siempre conservé el modo literario de los originales que tenía ante mis ojos; sin embargo, no alteré ni los informes preciosos ni las conclusiones, que respeté como labor sagrada de origen ajeno.

¡Medita sobre estas páginas, lector, aunque sea duro para tu orgullo personal el aceptarlas! ¡Y si las lágrimas alguna vez rocían tus mejillas, al observar un lance más dramático, no resistas contra el impulso generoso de exaltar tu corazón en oración piadosa, por aquellos que se retuerzen en las trágicas convulsiones de la inconsecuencia de infracciones contra la Ley de Dios!

Belo Horizonte, 04 de abril de 1957.

LEÓN DENIS

PRIMERA PARTE

LOS CONDENADOS

CAPITULO I

El Valle de los Suicidas

En el mes de enero de 1891, me encontraba aprisionado en la región del mundo invisible cuyo desolador panorama estaba compuesto por valles profundos, presidido por las sombras: gargantas sinuosas y cavernas siniestras, en el interior de las cuales aullaban, como demonios enfurecidos, espíritus que habían sido hombres, enloquecidos por la intensidad y el espanto, verdaderamente inconcebibles, de los sufrimientos que les martirizaban.

En ese paraje afflictivo la vista torturada del forzado no podía distinguir siquiera la dulce imagen de un bosquecillo que testificase sus horas de desesperación; tampoco paisajes reconfortantes, que pudiesen distraerle de la contemplación de esas gargantas donde no penetraba otra forma de vida que no fuese la traducida por el supremo horror.

¡El suelo, cubierto de materias ennegrecidas y fétidas, recordando el hollín, era inmundo, pastoso, resbaladizo, repugnante! El aire pesadísimo, asfixiante, helado, oscurecido por volcanes amenazadores como si eternas tempestades rugiesen alrededor; y, al respirarlo, los espíritus allí encarcelados se sofocaban como si materias pulverizadas, más nocivas que la ceniza y la cal, invadiesen las vías respiratorias, martirizándoles con un suplicio inconcebible al cerebro humano habituado a las gloriosas claridades del Sol –dádiva celeste que diariamente bendice la Tierra– y las corrientes vivificadoras de los vientos sanos que tonifican la organización física de sus habitantes.

No había entonces allí, como no habrá jamás, ni paz, ni consuelo, ni esperanza: todo era miseria, asombro, desesperación y horror. Se podría decir en realidad que era la caverna tétrica de lo incomprensible e indescriptible, para un espíritu que sufriese el dolor de habitar en ella.

El valle de los leprosos, lugar repulsivo de la antigua Jerusalén, de tan emocionantes tradiciones, y que en el orbe terráqueo evoca el último grado de la abyección y del sufrimiento humano, sería un lugar de consuelo y reposo comparado al sitio que intento describir. Por lo menos, allí existía solidaridad entre los leprosos ¡los de sexo diferente llegaban hasta a amarse!... Se hacían buenas amistades hermanándose en el seno del dolor y para suavizarle, creaban su sociedad, se divertían y hacían favores, dormían y soñaban que eran felices...

¡Pero en el presidio que deseó daros a conocer nada de eso era posible, porque las lágrimas que allí se lloraban eran tan ardientes como para permitirse otras atenciones que no fuesen las derivadas de su misma intensidad!

En el valle de los leprosos existía la magnitud compensatoria del Sol para templar los corazones. Existía el aire fresco de las madrugadas con su rocío regenerador. El reo allí detenido podía contemplar el cielo azul... Seguir, con la mirada enternecedora, bandos de golondrinas o de palomas que pasaban revoloteando... Él soñaría, ¿quién sabe? lleno de amargura, al poético clarear del plenilunio, enamorándose del suave centelleo de las estrellas que, allá en lo inalcanzable, saludaban a su desdicha, dándole consuelo en el aislamiento al que le forzaban las férreas leyes de la época... Y, después, la primavera fecunda volvía, rejuvenecía las plantas para embalsamar con su perfume acariciador las corrientes de aire que la brisa diariamente tonificaba con otros tantos bálsamos generosos que traían en su seno amoroso... Y todo eso era como una dádiva celestial para reconciliarle con Dios, dándole una tregua en la desgracia.

Pero en la caverna donde padecí el martirio que me sorprendió más allá de la tumba, no había nada de eso. Aquí, era el dolor que nada consuela, la desgracia que ningún favor ameniza, la tragedia que ninguna idea tranquilizadora viene a rociar de esperanza. No hay cielo, no hay luz, no hay sol, no hay perfumes, no hay tregua, lo que hay es el llanto convulsivo e inconsolable de los condenados que nunca cesa. El terrorífico “crujir de dientes” de la advertencia del sabio Maestro de Nazaret. ¡La blasfemia premeditada del condenado al acusarse a cada nuevo ataque de la mente flagelada por los recuerdos penosos! ¡La locura inalterable de conciencias azotadas por el latigazo infame de los remordimientos! ¡Lo que sí hay es la rabia envenenada de aquel que ya no puede llorar, porque quedó exhausto bajo el exceso de las lágrimas! ¡Lo que hay es la decepción, la sorpresa aterradora de aquel que se siente vivo a despecho de haberse arrojado en la muerte! ¡Es la rebelión, la maldición, el insulto, el ulular de corazones que la repercusión monstruosa de la expiación transformó en fieras! ¡Lo que hay es la conciencia en lucha, el alma ofendida por la imprudencia de las acciones cometidas, la mente revolucionada, las facultades espirituales envueltas en las tinieblas oriundas de sí mismas! ¡Lo que hay es el “crujir de dientes en las tinieblas exteriores de un presidio creado por el crimen, dedicado al martirio y consagrado a la corrección! ¡Es el infierno, en la más hedionda y dramática exposición, porque, además, existen escenas repulsivas de animalidad y prácticas abyectas de los más sórdidos instintos, que no me atrevo a revelar a mis hermanos, los hombres!”.

¡Quien allí queda temporalmente, como a mí me pasó, son grandes personajes del crimen! Es la escoria del mundo espiritual, grupos de suicidas que fluyen periódicamente a sus canales llevados por el torbellino de las desgracias en que se habían sumido, al despojarse de las fuerzas vitales que se encuentran, generalmente intactas, revistiendo sus periespíritus, por las secuencias sacrílegas del suicidio, y

provenientes, preferentemente, de Portugal, España, Brasil y colonias portuguesas de África, infelices carentes del auxilio fortificante de la oración; aquellos, imprudentes e inconsecuentes, que, hartos de la vida que no quisieron comprender, se aventuraron a lo desconocido, en busca del olvido, en los despeñaderos de la muerte.

El Más Allá de la tumba está lejos de ser la abstracción que en la Tierra se supone, o las regiones paradisíacas fáciles de conquistar con algunas pocas fórmulas inexpresivas. Es, antes que nada, simplemente la vida real, lo que encontramos al entrar en sus regiones ¡es vida! Una vida intensa desarrollándose en modalidades infinitas de expresión, sabiamente dividida en continentes y grupos como la Tierra lo está en naciones y razas; con organizaciones sociales y educativas modelo, que servirán de modelo para el progreso de la humanidad. Allí en lo Invisible, más que en mundos planetarios, es donde las criaturas humanas toman su inspiración para los progresos que lentamente aplican en el orbe.

No sé cómo serán los trabajos correccionales para suicidas en los demás núcleos o colonias espirituales destinadas a los mismos fines y que se desarrollan bajo cielos portugueses, españoles y otros. Sólo sé que formé parte de un siniestro grupo detenido por causas naturales y lógicas, en ese paraje horrendo cuyo recuerdo todavía hoy repugna mi sensibilidad. Es bien posible que haya quien se ponga a discutir mordazmente la veracidad de lo que se expone en estas páginas. Dirán que la fantasía mórbida de un inconsciente exhausto de asimilar a Dante habrá producido por cuenta propia este relato, olvidando que, al contrario, el vate florentino es el que conocería lo que el presente siglo siente dificultad en aceptar...

No os invitaré a creer. La creencia no es asunto que se imponga simplemente, y sí al razonamiento, al examen, a la investigación. Si sabéis razonar y podéis investigar hacedlo, y llegaréis a conclusiones lógicas que os situarán en la pista de verdades muy interesantes para toda la especie humana. A lo que os invito, lo que ardientemente deseo y para lo que tengo todo el interés en combatir, es que renunciéis a conocer esa realidad a través de los canales tenebrosos que atravesé, al suicidarme, por no entender la advertencia de que la muerte no es más que la verdadera forma de existir.

De otro modo, ¿qué pretendería el lector que existe en las capas invisibles que rodean los mundos o planetas, sino la matriz de todo cuanto en ellos se refleja?...

¡En ningún lugar se encontraría la abstracción, o la nada, puesto que semejantes vocablos son inexpresivos en el universo creado y regido por una inteligencia omnipotente! Negar lo que se desconoce, por no estar a la altura de comprender lo que se niega, es una locura incompatible con los días actuales. El siglo convida al hombre a la investigación y al libre examen, porque la ciencia en sus múltiples manifestaciones viene probando la inexactitud de lo imposible dentro de su cada vez más dilatado radio de acción. Y las pruebas de la realidad de los continentes

extraterrenales se encuentran en los arcanos de las ciencias psíquicas transcen-dentales, a las que el hombre ha dado muy relativa importancia hasta hoy.

¿Que conoce el hombre, además de su propio planeta donde ha renacido desde hace milenios, para rechazar razonablemente lo que el futuro ha de divulgar bajo los auspicios del psiquismo?... ¿Su país, su capital, su aldea, su choza o, si es más ambicioso, algunas naciones vecinas cuyas costumbres se parecen a las que le son conocidas?...

Por todas partes, a su alrededor, existen mundos reales, llenos de vida abundante e intensa: y si lo ignora será porque se complace en la ceguera, perdiendo el tiempo en futilidades y pasiones acuñadas por él mismo. No investigó jamás las profundidades oceánicas y no podrá realmente hacerlo, por ahora, no obstante existir bajo las aguas verdes y agitadas no sólo un mundo perfectamente organizado, sino un universo que asombraría por su grandiosidad y perfección. En el mismo aire que respira, en el suelo donde pisa encontraría el hombre otros núcleos organizados de vida, obedeciendo al impulso inteligente y sabio de leyes magnánimas basadas en el Pensamiento Divino, que las acciona para el progreso, en la conquista de lo más perfecto. Bastaría que tuviese aparatos más precisos, para comprobar la existencia de esas colectividades desconocidas que, por ser invisible unas, y otras apenas sospechadas, no por eso dejan de ser concretas, armoniosas, verdaderas. Siendo así, se debe preparar también, desarrollando los dones psíquicos que heredó de su divino origen... Impulsando el pensamiento, la voluntad, acción y el corazón, a través de las vías sublimes de la espiritualidad superior, y alcanzará las esferas astrales que circundan la Tierra.

* * *

Yo era, pues, un presidiario en ese antro del horror, pero no estaba solo. Me acompañaba una colectividad, un grupo extenso de delincuentes, como yo.

Entonces todavía me sentía ciego. Por lo menos, me sugerían pensando que lo era, y, como tal, me mantenía, no obstante mi ceguera estuviese marcada, en verdad, por la inferioridad moral de un espíritu distanciado de la Luz. Sin embargo, aún ciego, no me pasaba desapercibido lo que se presentaba de malo, feo, siniestro, immoral u obsceno, ya que mis ojos conservaban bastante visión para ver toda esa escoria, agravando así mi desdicha.

Dotado de gran sensibilidad, para mayor mal la tenía ahora como sobreexcitada, lo que me llevaba a experimentar también los sufrimientos de los otros mártires, mis iguales, fenómeno ese ocasionado por las corrientes mentales que se vertían sobre todo el grupo y oriundas de él mismo, que así realizaba una impresionante afinidad de clases, lo que es lo mismo que afirmar que sufríamos también las

sugestiones de los sufrimientos unos de otros, además de las insidias a que nos sometían nuestros mismos sufrimientos.¹

A veces, se producían conflictos brutales en los lodazales donde se alineaban las cavernas que nos servían de domicilio. Invariablemente irritados, nos tirábamos unos contra otros por motivos insignificantes en luchas corporales violentas, en las cuales, tal como sucede en las bajas capas sociales terrenas, llevaría siempre la mejor parte aquel que mayor destreza y truculencia presentaba. Frecuentemente fui allí insultado, ridiculizado en mis sentimientos más queridos y delicados con chistes y sarcasmos que me llevaban a la rebeldía, apedreado y golpeado hasta que, excitado por una fobia idéntica, me arrojaba a represalias salvajes, rivalizando con los agresores y recreándome con ellos en el barro del mismo antro espiritual.

El hambre, la sed, el frío, la fatiga, el insomnio y las exigencias físicas martirizantes, fáciles de comprender por el lector, la naturaleza agudizada en todos sus deseos y apetitos, como si todavía estuviéramos en el cuerpo físico, la promiscuidad, muy vejatoria, con espíritus que habían sido hombres y mujeres, tempestades constantes, grandes inundaciones, el barro, la fetidez, las sombras perennes, la desesperación de no podernos ver libres de tantos martirios continuos, el supremo desconcierto físico y moral, ese era el panorama, por así decirlo, “material” que enmarcaba nuestros todavía más punzantes padecimientos morales!

Ni soñar con lo bello o entregarse a devaneos suavizantes o a recuerdos beneficiosos era concedido a aquel que tuviese capacidad para hacerlo. En aquel ambiente lleno de males el pensamiento yacía encarcelado en las fraguas que lo

¹ Despues de la muerte, antes que el espíritu se oriente gravitando hacia el verdadero “hogar espiritual” que le cabe, será siempre necesario la estancia en una “antecámara”, en una región cuya densidad y afflictivas configuraciones locales corresponderán a los estados vibratorios y mentales del recién desencarnado. Ahí se detendrá hasta que sea naturalmente “desanimalizado”, es decir, que se desprenda de los fluidos y fuerzas vitales de que están impregnados todos los cuerpos materiales. La estancia en ese umbral del Más Allá será temporal, aunque generalmente penosa. De acuerdo al carácter, las acciones practicadas y el género de vida y muerte que tuvo la entidad desencarnada –así serán el tiempo y la penuria en ese lugar. Existen algunos que sólo se demoran ahí algunas horas. Otros llevarán meses, años consecutivos, volviendo a la reencarnación sin alcanzar la Espiritualidad. Y tratándose de suicidas el caso asume proporciones especiales, dolorosas y complejas. Estos se demorarán ahí, generalmente, el tiempo que todavía les quedaba para concluir el compromiso de la existencia que prematuramente han cortado. Trayendo grandes cargas de fuerzas vitales animalizadas, además del bagaje de las pasiones criminales y una desorganización mental, nerviosa y vibratoria completas, es fácil entrever cual será la situación de esos infelices para los que existe un solo bálsamo: la oración de las almas caritativas.

Por muy larga que sea esa etapa, la reencarnación inmediata será la terapia indicada, aunque dolorosa, lo que será preferible a pasar muchos años en tan desgraciada situación, completándose así, entonces, el tiempo que faltaba para terminar la existencia cortada.

rodeaban, pudiendo sólo emitir vibraciones que se afinasen al tono de la propia perfidia del lugar... Y, envueltos en tan enloquecedores fuegos, no había nadie que pudiese alcanzar un instante de serenidad y de reflexión para acordarse de Dios y clamar por Su paternal misericordia. No se podía orar porque la oración es un bien, un bálsamo, una tregua y una esperanza. Y a los desgraciados que se arrojaban en los torrentes del suicidio les era imposible alcanzar tan alto favor.

No sabíamos cuando era de día o de noche, porque sombras perennes rodeaban las horas que vivíamos. Perdimos la noción del tiempo. Solo había quedado una sensación de distancia y longevidad de lo que representaba el pasado, imaginando que estábamos unidos a ese calvario desde hacía siglos. De allí no esperábamos salir, aunque fuese tal deseo una de las tremendas obsesiones que nos alucinaban, pues el desánimo generador de la desesperanza que nos había provocado el suicidio nos decía que tal estado de cosas sería eterno.

La cuenta del tiempo, para aquellos que se sumergieron en ese abismo, se había estacionado en el momento exacto en que hicieron caer para siempre su propia armadura de carne. Desde ahí solo existían: terror, confusión, engañosas inducciones y suposiciones insidiosas. Igualmente ignorábamos dónde nos encontrábamos, qué significado tendría nuestra espantosa situación. Intentábamos, afligidos, huir de ella, sin percibir que era patrimonio de nuestra propia mente en lucha, de nuestras vibraciones afectadas por mil maleficios indescriptibles.

Intentábamos huir del lugar maldito para volver a nuestros hogares, y lo hacíamos precipitadamente, en dementes correrías de locos furiosos. Prisionero maldito, sin consuelo, sin paz, sin descanso en ningún lugar... mientras que corrientes irresistibles, como imanes poderosos, nos atraían de vuelta al sombrío tugurio, arrastrándonos confusamente a un tenebroso torbellino de nubes sofocantes y perturbadoras.

Otras veces, tanteando en las sombras, allá íbamos, entre gargantas, callejones, sin lograr indicios de salida... Cavernas, siempre cavernas, todas numeradas o anchos espacios pantanosos como lodazales rodeados de abruptas murallas, que creíamos ser de piedra y hierro, como si estuviéramos sepultados vivos en la profundidad tenebrosa de algún volcán. Era un laberinto donde nos perdíamos sin jamás poder alcanzar el fin. A veces sucedía que no sabíamos volver al punto de partida, es decir, a las cavernas que nos servían de domicilio, lo que forzaba la permanencia al relente hasta que encontrásemos alguna cueva deshabitada para abrigarnos. Nuestra impresión más común era que nos encontrábamos encarcelados en el subsuelo, en un presidio excavado en la Tierra, ¿quién sabe si en las entrañas de una cordillera de la cual formaba parte también algún volcán extinto, como lo parecían atestiguar aquellos incommensurables pozos de limo con paredes agujereadas que nos recordaban la apariencia de minerales pesados?

Aterrados, bramábamos a coro, furiosamente, como bandas de chacales furiosos, para que nos sacasen de allí, devolviéndonos la libertad. Las más violentas manifestaciones de terror seguían entonces, y todo cuanto el lector pueda imaginar, dentro de la confusión de escenas patéticas, quedará lejos de la expresión real vivida por nosotros en esas horas creadas por nuestros mismos pensamientos distanciados de la luz y del amor de Dios.

Como si fantásticos espejos persiguiesen obsesivamente nuestras facultades, allá se reproducía la visión macabra: el cuerpo descomponiéndose bajo el ataque de los gusanos hambrientos, siguiendo su curso natural de destrucción orgánica, acabando con nuestras carnes, vísceras, sangre y nuestro cuerpo en fin, que desaparecía para siempre en un banquete asqueroso, nuestro cuerpo, que era carcomido lentamente, ante nuestra vista estupefacta moría, bien cierto, mientras que nosotros, sus dueños, nuestro Ego sensible, pensante, inteligente, que le había utilizado como un vestido transitorio, continuaba vivo, sensible, pensante, inteligente, embotado, desafiando la posibilidad de también morir.

Es la tétrica magia que sobrepasaba todo el poder de reflexión y comprensión, el castigo inevitable del renegado que osó insultar a la naturaleza destruyendo prematuramente lo que sólo ella podía decidir y realizar. Nosotros, estábamos vivos, en espíritu, ante el cuerpo putrefacto y sentíamos que nos alcanzaba la corrupción... Nos dolían, en nuestro cuerpo astral, los mordiscos monstruosos de los gusanos. Nos enfurecía hasta la demencia la martirizante repercusión que llevaba a nuestro periespíritu, todavía animalizado y lleno de abundantes fuerzas vitales, a reflexionar lo que pasaba con su antiguo cuerpo físico, como el eco de un rumor reproduciéndose de quebrada en quebrada de la montaña, a lo largo de todo el valle...

Nuestra cobardía, la misma que nos había animalizado induciéndonos al suicidio, nos forzaba entonces a retroceder.

Retrocedíamos.

Pero el suicidio es una red envolvente en que la víctima –el suicida– sólo se debate para confundirse cada vez más, enredarse y complicarse. Se sobreponía a la confusión. Ahora, ante la persistencia de la autosugestión maléfica recordaba las leyendas supersticiosas, oídas en la infancia y guardadas por largo tiempo en el subconsciente que se corporizaba en visiones extravagantes, a las que prestaba una realidad integral. Nos juzgábamos nada menos que ante el tribunal de los infiernos... ¡Sí! Vivíamos en la plenitud de la región de las sombras... Y espíritus de ínfima clase de lo Invisible, obsesores que pululan por todas las capas inferiores, tanto de la Tierra como del Más Allá, los mismos que habían alimentado en nuestras mentes las sugerencias para el suicidio, divirtiéndose con nuestras angustias, se aprovechaban de la situación anormal en la que habíamos caído, para convencernos de que eran jueces que nos deberían juzgar y castigar, presentándose

a nuestras facultades turbadas por el sufrimiento como seres fantásticos, fantasmas impresionantes y trágicos. Inventaban escenas satánicas, con las que nos torturaban. Nos sometían a vejámenes indescriptibles. Nos hacían entregarnos a torpezas y viviendas, obligándonos a transigir con sus infames obscenidades. Jovencitas que se habían suicidado, justificándose con motivos de amor, olvidando que el verdadero amor es paciente, virtuoso y obediente a Dios y también, en su egoísmo pasional, el amor sacroso de una madre que quedó inconsolable ni las canas venerables de un padre, que jamás olvidarían el golpe en sus corazones heridos por la hija ingrata que prefirió la muerte a continuar en el hogar paterno, eran ahora insultadas en su corazón y en su pudor por esas entidades animalizadas y viles, que les hacían creer que debían ser esclavas por ser ellos los dueños del imperio de tinieblas que habían escogido en lugar del hogar que abandonaron...

Realmente, esas entidades eran espíritus que también fueron hombres, pero habían vivido en el crimen –sensuales, alcohólicos, libertinos, intrigantes, hipócritas, perjurios, traidores, seductores, asesinos perversos, calumniadores, sátiros– en fin, ese grupo maléfico que causa desdicha a la sociedad terrena y que muchas veces tienen funerales pomposos y exequias solemnes, pero que en la existencia espiritual se incluyen en la canalla repugnante que mencionamos... hasta que reencarnaciones expiatorias, miserables y rastreras, les impulsen a nuevos intentos de progreso.

A estas deplorables secuencias sucedían otras no menos dramáticas: los actos incorrectos practicados por nosotros durante la encarnación, nuestros errores, nuestras caídas pecaminosas, nuestros crímenes, se corporeizaban ante nuestras conciencias como visiones acusadoras, intransigentes en la condena perenne a que nos sometían. Las víctimas de nuestro egoísmo reaparecían ahora, en reminiscencias vergonzosas y contumaces, yendo y viniendo a nuestro lado en confusión pertinaz, infundiendo a nuestro ya abatido periespíritu el más angustioso desequilibrio nervioso creado por el remordimiento.

Sobreponiéndose, sin embargo, a tan lamentable conjunto de iniquidades, por encima de tanta vergüenza y de tan rudas humillaciones estaba, vigilante y compasiva, la paternal misericordia de Dios Altísimo, del Padre justo y bueno que “no quiere la muerte del pecador, y si que viva y se arrepienta”.

En las peripecias que el suicida sufre después del acto que le llevó a la tumba prematuramente, el Valle siniestro sólo representa una etapa temporal, siendo dirigido por un movimiento de impulso natural, con el que se afina, hasta que se deshagan las pesadas cadenas que le unen al cuerpo físico, destruido antes de la ocasión prevista por la ley natural. Es necesario que se desprendan de él los fluidos vitales que revestían su cuerpo físico, unidos por afinidades especiales de la naturaleza al periespíritu, que guardan en él reservas suficientes para una vida completa, que se pierdan, por fin, las mismas afinidades, labor que en un suicida está acom-

pañada de muchas dificultades, de una lentitud impresionante, para, sólo entonces, obtener un estado vibratorio que le permita el alivio y progreso². Es decir que, en función de la índole de su carácter, imperfecciones y grado de responsabilidad general así será el perjuicio de la situación, y la intensidad de los padecimientos a experimentar, pues, en estos casos, no son sólo las consecuencias del suicidio las que afligen su alma, sino también el pago por los actos pecaminosos anteriormente cometidos.

Periódicamente, una singular caravana visitaba ese antro de sombras.

Era como la inspección de alguna asociación caritativa, una asistencia protectora de alguna institución humanitaria, cuyos abnegados fines no se podrían poner en duda. Venía a buscar a aquellos de nosotros cuyos fluidos vitales, aplacados por la desintegración completa de la materia, permitiesen su traslado a los niveles intermedios o de transición de lo Invisible. Suponíamos que la caravana se componía de un grupo de hombres. Pero en realidad eran espíritus que extendían la fraternidad al extremo de materializarse lo suficiente para hacerse percibir plenamente a nuestra precaria visión e infundirnos confianza en el socorro que nos daban. Vestidos de blanco, se presentaban caminando por los lodazales del Valle, en columna de a uno rigurosamente disciplinada, y mirándoles atentamente, podíamos distinguir, a la altura de su pecho una pequeña cruz azul-celeste, que parecía ser un emblema o un distintivo.

También había damas que formaban parte de esa caravana. Precedía a la columna un pequeño pelotón de lanceros exploradores, mientras que otros milicianos rodeaban a los visitadores, tejiendo un cordón de aislamiento, lo que indicaba que éstos estaban muy bien guardados contra cualquier hostilidad que pudiese venir del exterior. Con la diestra el comandante erguía una blanquísimas banderola, en la que se leía, en caracteres azul-celeste, esta extraordinaria leyenda, que tenía el don de infundir un invencible y singular temor:

Legión de los siervos de María

Los lanceros, ostentando escudo y lanza, tenían la tez bronceada y vestían con sobriedad, recordando a guerreros egipcios de la antigüedad. Y, dirigiendo la expedición, se destacaba un varón respetable, que traía una bata blanca e insignias

² A las impresiones y sensaciones penosas, oriundas del cuerpo carnal, que acompañan al espíritu aún materializado, las denominamos *repercusiones magnéticas*, en virtud del magnetismo animal, existente en todos los seres vivos, y sus afinidades con el periespíritu. Se trata de un fenómeno idéntico al que siente un hombre que tuvo el brazo o la pierna amputados, picazón en la palma de la mano que ya no existe, o en la planta del pie, igualmente inexistente. Conocimos en cierto hospital a un obrero que tenía ambas piernas amputadas, sintiéndolas tan vivamente así como los pies, que, olvidando de que ya no los tenía, trató de levantarse, cayendo estrepitosamente. Esos fenómenos son fáciles de observar.

de médico además de la cruz ya citada. Le cubría la cabeza, en vez del gorro característico, un turbante hindú sujetado en la frente por la tradicional esmeralda³, símbolo de los médicos.

Entraban aquí y allá, por el interior de las cavernas habitadas, examinando a sus ocupantes. Se paraban llenos de piedad, junto a las cunetas, levantando a algún desgraciado tumbado bajo el exceso de sufrimiento, retiraban a los que presentasen condiciones de poder ser socorridos y les colocaban en las camillas conducidas por hombres que debían ser servidores o aprendices.

La voz grave y dominante, de alguien invisible que hablaba en el aire, les guiaba en su caritativo afán, aclarando detalles o arreglando confusiones momentáneamente suscitadas. La misma voz hacia la llamada a los prisioneros a ser socorridos, diciendo sus nombres, lo que hacía que se presentasen sin la necesidad de ser buscados, aquellos que se encontrasen en mejores condiciones, facilitando así el servicio de los camilleros. Hoy puedo decir que todas esas voces amigas y protectoras eran transmitidas a través de ondas delicadas y sensibles del éter, con la sublime ayuda de aparatos magnéticos mantenidos para fines humanitarios en determinados puntos de lo Invisible, es decir, justamente en el lugar que nos recibiría al salir del Valle. Pero entonces, no sabíamos este detalle y nos sentíamos muy confusos.

Las camillas, transportadas cuidadosamente, eran resguardadas por el cordón de aislamiento ya citado y situadas en el interior de grandes vehículos o convoyes, que acompañaban la expedición. Esos convoyes, sin embargo, tenían un detalle interesante, digno de relatar. En vez de tener los vagones comunes de los trenes, como los que conocíamos parecían un medio de transporte primitivo, pues se componían de pequeñas diligencias atadas unas a las otras y rodeadas de persianas muy opacas, lo que impedía al pasajero ver los lugares por donde deberían transitar. Blancos, leves, como hechos con materias específicas hábilmente laqueadas, eran tirados por hermosas parejas de caballos también blancos, nobles animales cuya extraordinaria belleza y elegancia poco común habrían despertado nuestra atención si estuviésemos en condiciones de notar algo más allá de las desgracias que nos mantenían absortos dentro de nuestro ámbito personal. Parecían ejemplares de la más alta raza normanda, vigorosos e inteligentes, las bellas crines ondulantes y graciosas adornando sus altivos pescuezos como blancos mantos de seda. En los carros se podía distinguir el mismo emblema azul-celeste y la leyenda respetable.

³ Las propiedades de esta hermosa piedra han sido reconocidas desde tiempo antes de Cristo, y se le ha valorado fuertemente a raíz de sus asociaciones con la sabiduría y el conocimiento superior. Los médicos antiguos llevaban un anillo que debía tener esmeraldas o piedras de color verde (nota del traductor).

Generalmente, los infelices así socorridos se encontraban desfallecidos, exánimes, como en un especial estado comatoso. Otros, sin embargo, alucinados o doleridos, infundían compasión por el estado de supremo desaliento en que estaban.

Después de una rigurosa búsqueda, la extraña columna se retiraba hasta el lugar donde estaba el convoy, igualmente defendido por los lanceros hindúes. Silenciosamente se retiraba a través de los callejones, se alejaban más y más,... desapareciendo otra vez en la pesada soledad que nos rodeaba... En vano pedían socorro los que se sentían rechazados, incapaces de comprender que, si pasaba eso, era porque no todos se encontraban en condiciones vibratorias para emigrar a regiones menos hostiles. En vano suplicaban justicia y compasión o se amotinaban, sublevados, exigiendo que les dejaras también seguir con los que fueron. Los del convoy no respondían ni siquiera con un gesto; y si alguno más desgraciado o audaz intentaba asaltarlos para alcanzarle e ingresar en él, diez, veinte lanzas le hacían retroceder, interceptándole el paso.

Entonces, un coro hediondo de aullidos y siniestro llanto, de imprecaciones y carcajadas satánicas, el crujir de dientes común al condenado que agoniza en las tinieblas de los males forjados por sí mismo, repercutía larga y dolorosamente por los lodazales, dando la impresión que una locura colectiva había atacado a los miserables detenidos, elevando su rabia a lo incomprensible en el lenguaje humano.

Y así quedaban... ¿cuánto tiempo?... ¡Oh, Dios piadoso! ¿Cuánto tiempo?...

Hasta que sus inimaginables condiciones de suicidas, de muertos-vivos, permitiesen su transferencia a un lugar menos trágico...

CAPITULO II

LOS CONDENADOS

En general aquellos que se arrojan al suicidio, esperan librarse para siempre de los sinsabores que creen insoportables y de sufrimientos y problemas considerados insolubles por la tibieza de la voluntad sin educación, que se acobarda muchas veces ante la vergüenza del descrédito o de la deshonra y de los remordimientos deprimentes que ensucian su conciencia, consecuencias de acciones practicadas contra las leyes del Bien y la Justicia.

Yo también pensé así, muy a pesar de la aureola de idealista que mi vanidad creía de mí mismo. Me engañé, sin embargo, y luchas infinitamente más graves me esperaban dentro de la tumba para castigar a mi alma de incrédulo y rebelde, con merecida justicia.

Las primeras horas que siguieron al gesto brutal que usé para conmigo mismo, pasaron sin que verdaderamente yo pudiese darme cuenta. Mi espíritu, gravemente violentado, parecía haberse desmayado sufriendo un colapso. Los sentidos, las facultades que traducen el “yo” racional, se paralizaron como si un indescriptible cataclismo hubiese desbaratado el mundo. Sin embargo, prevalecía por encima de los destrozos, la fuerte sensación del aniquilamiento que sobre mí acababa de caer. Era como si aquel estampido maldito, que hasta hoy resuena siniestramente en mis vibraciones mentales, —siempre que, abriendo los velos de la memoria como en este instante, revivo el pasado— hubiese dispersado una a una las moléculas que constituían la vida en mi ser.

El lenguaje humano carece de vocablos comprensibles para definir las impresiones absolutamente inconcebibles que pasan a contaminar el “yo” de un suicida después de las primeras horas que siguen al desastre, que suben y se agrandan, se convierten en trastornos y se radican y cristalizan cada vez más en un estado vibratorio y mental que el hombre no puede comprender, porque está fuera de sus posibilidades de criatura que, gracias a Dios, se conservó exento de esa anormalidad. ¡Entenderlo y medir con precisión la intensidad de esa dramática sorpresa, sólo lo puede hacer otro espíritu cuyas facultades se hayan quemado en las efervescencias del mismo dolor!

En esas primeras horas, que por sí mismas configuran el abismo en que se precipitó —si no representasen sólo el preludio de la diabólica sinfonía que estará obligado a interpretar por las disposiciones lógicas de las leyes naturales que violó—, el suicida, semi-inconsciente, atormentado, desmayado sin que, para mayor suplicio,

se le oscurezca del todo la percepción de los sentidos, se siente dolorosamente confundido, nulo y disperso en sus millones de filamentos psíquicos violentamente alcanzados por el malvado acontecimiento.

Lo absurdo en torbellino gira a su alrededor, afligiendo su percepción con martirizantes explosiones de sensaciones confusas. Se pierde en el vacío... Se ignora... Sin embargo se aterra, se acobarda, siente la profundidad asustadora del error contra el que chocó, se deprime en la aniquiladora certeza de que sobrepasó los límites de las acciones que le eran permitidas practicar, se desorienta entreviendo que avanzó demasiado, más allá de la demarcación trazada por la razón. Es el traumatismo psíquico, el choque nefasto que le desgarró con sus tenazas inevitables, y que, para ser compensado, le exigirá un camino de espinas y lágrimas, decenios de rudos testimonios hasta que se reconduzca a las vías naturales del progreso, interrumpidas por el acto arbitrario y contraproducente.

Poco a poco, me sentí resucitando de las sombras confusas en que sumergí mi pobre espíritu, después de la caída del cuerpo físico, el atributo máximo que la Paternidad divina impuso sobre aquellos que, al paso de los milenios, deberán reflejar su imagen y semejanza: la conciencia, la memoria y el divino don de pensar. Me sentí helado de frío y tiritaba. La impresión incómoda de tener vestimentas de hielo que se me pegaban al cuerpo, me provocó un increíble malestar. Me faltaba además el aire para el libre mecanismo de los pulmones, lo que me llevó a creer que, ya que yo había deseado huir de la vida, era la muerte que se aproximaba con su cortejo de síntomas dilacerantes.

Unos olores fétidos y nauseabundos atacaban brutalmente mi olfato. Un dolor agudo, violento, enloquecedor, acometió instantáneamente mi cuerpo por entero, localizándose particularmente en el cerebro e iniciándose en el aparato auditivo. Presa de convulsiones indescriptibles de dolor físico, llevé la diestra al oído derecho: la sangre que corría del orificio causado por el proyectil del arma de fuego que había usado para el suicidio, me manchó las manos, las ropas, el cuerpo... Sin embargo, no veía nada. Conviene recordar que mi suicidio se derivó de la rebeldía por encontrarme ciego, expiación que consideré superior a mis fuerzas, injusto castigo de la naturaleza para mis ojos necesitados de ver, con los que obtenía, con el trabajo, la subsistencia honrada.

Me sentía pues, todavía ciego; y, para colmo de mi estado de desorientación, me encontraba herido. ¡Solo herido y no muerto! porque la vida continuaba en mí como antes del suicidio.

Recopilé ideas, a mi pesar. Volví a ver mi vida en retrospección hasta la infancia y sin siquiera omitir el drama del último acto, programación extra bajo mi entera responsabilidad. Sintiéndome vivo comprobé que la herida que tenía, intentando matarme, había sido insuficiente, aumentando así los ya tan grandes sufrimientos que desde hacía mucho tiempo venían persiguiendo mi existencia. Supuse que

estaba preso a un lecho de hospital o en mi propia casa. Pero la imposibilidad de reconocer el lugar, pues no veía nada, la incomodidad que me afligía y la soledad que me rodeaba, fueron angustiándome profundamente, mientras lúgubres presentimientos me avisaban que los acontecimientos irremediables se habían confirmado.

Grité pidiendo ayuda a mis familiares, a amigos que yo conocía y que me habían acompañado en los momentos críticos. Sólo tuve por respuesta el más sorprendente silencio. Pregunté malhumorado por enfermeros, por médicos que posiblemente me atenderían, dado que no me encontraba en mi residencia sino retenido en algún hospital; por servidores, criados, fuese quien fuese, que me pudiese ayudar, abriendo las ventanas del aposento donde creía que estaba, para que las corrientes de aire puro reconfortasen mis pulmones, que me diesen calor, que encendiesen la chimenea para aminorar el frío que me entorpecía los miembros y proporcionasen un bálsamo a los dolores que me torturaban el organismo, y alimento y agua, porque yo tenía hambre y sed.

Con espanto, en vez de las respuestas amistosas por las que tanto suspiraba, lo que pude oír, pasadas algunas horas, fue un vocerío ensordecedor, que, indeciso y lejano al principio, como salido de una pesadilla, se definió gradualmente hasta hacerse realidad en sus menores detalles. Era un coro siniestro, de muchas voces mezcladas confusamente, perturbadas, como si fuese una asamblea de locos.

Sin embargo, estas voces no hablaban entre sí, no conversaban. Blasfemaban, se quejaban de múltiples desventuras, se lamentaban, reclamaban, aullaban, gritaban enfurecidas, gemían, se extinguían, lloraban desoladoramente, derramando un hediondo llanto, por el tono de desesperación con que se emitían, suplicando rabiosas, socorro y compasión.

Aterrado sentí que extraños empujones, como escalofríos irresistibles, me transmitían influencias abominables, venidas de ese todo que se revelaba a través de la audición, estableciendo una corriente similar entre mi ser sobreexcitado y aquellos cuyo vocerío distinguía. Ese coro, rutinario, rigurosamente observado y medido en sus intervalos, me infundió tan gran terror que, reuniendo todas las fuerzas que podría mi espíritu disponer en tan molesta situación, me moví con intención de alejarme de donde me encontraba para un lugar en el que no le oyese más.

Tanteando en las tinieblas intenté caminar. Pero parecía que unas vigorosas raíces me retenían en aquel lugar húmedo y helado en que me encontraba. ¡No podía despegarme! ¡Sí! Eran pesadas cadenas que me prendían, raíces llenas de savia, que me tenían sujeto en aquel extraordinario lecho desconocido, imposibilitándome el deseado alejamiento. Además, ¿cómo huir si estaba herido, destruyéndome en hemorragias internas, con las ropas manchadas de sangre, y ciego, positivamente ciego? ¿Cómo presentarme al público en tan repugnante estado?...

La cobardía –la misma hidra que me llevó al abismo en el que ahora me convulsionaba– prolongó aún más sus tentáculos insaciables y se apoderó de mí, irremediablemente.

diablemente. Me olvidé que era hombre, por segunda vez. Y que debía luchar para intentar vencer, aunque lo pagase en sufrimientos. Me reduje a la miseria del vencido. Y, considerando insoluble la situación, me entregué a las lágrimas y lloré angustiosamente, no sabiendo que intentar para mi socorro. Pero mientras me deshacía en llanto, el coro de locos, siempre el mismo, trágico, fúnebre, regular como el péndulo de un reloj, me acompañaba con singular similitud, atrayéndome como imantado por irresistibles afinidades...

Insistí en el deseo de huir de la terrible audición. Después de desesperados esfuerzos, me levanté. Mi cuerpo helado, los músculos tensos por el entorpecimiento general, me dificultaban sobremanera el intento. Sin embargo, me levanté. Al hacerlo, un olor penetrante a sangre y vísceras putrefactas apareció a mí alrededor, repugnándome hasta las náuseas. Partía del lugar exacto donde yo estaba acostado. No comprendía cómo podía oler tan desagradablemente el lecho donde me encontraba, que para mí era el mismo que me acogía todas las noches. Y, sin embargo, multitud de olores fétidos me sorprendían ahora.

Atribuí el hecho a la herida que me hice con la intención de matarme, para explicar de algún modo la extraña angustia, por la sangre que corría, manchándome las ropas. Me encontraba empapado de secreciones, que como un lodo asqueroso que chorrease de mi propio cuerpo, cubría la indumentaria que usaba, pues, con sorpresa, me vi trajeado ceremoniosamente, acostado en un lecho de dolor. Pero, al mismo tiempo que así me justificaba, me confundía interrogándome cómo podría ser así, visto que no era posible que una simple herida, aunque la cantidad de sangre derramada fuese mucha, pudiese exhalar tanta podredumbre sin que mis amigos y enfermeros lo limpiasen.

Inquieto, tanteé en la oscuridad con la intención de encontrar mi habitual puerta de salida, ya que todos me abandonaban en una hora tan crítica. Tropecé, sin embargo, en un momento dado con algo e, instintivamente, me agaché, para examinar lo que así me interceptaba el paso. Entonces, repentinamente, la locura irremediable se apoderó de mis facultades y comencé a gritar y aullar como un demonio enfurecido, respondiendo en la misma dramática tonalidad a la macabra sinfonía cuyo coro de voces no cesaba de perseguir mi audición en intermitencias de angustiosa expectativa.

¡El montón de escombros era nada menos que la tierra de una tumba recientemente cerrada!

¡No sé cómo, estando ciego, pude entrever, en medio de las sombras que me rodeaban, lo que había a mi alrededor! ¡Me encontraba en un cementerio! Las tumbas, con sus tristes cruces en mármol blanco o madera negra, al lado de imágenes sugestivas de ángeles pensativos, se alineaban en la inmovilidad majestuosa del drama que simbolizaban. La confusión creció: —¿Por qué me encontraría allí?

¿Cómo vine si no tenía ningún recuerdo?... Y ¿qué había venido a hacer sólo, herido, dolorido, extenuado?... Era verdad que “había intentado” suicidarme, pero...

Un susurro macabro, cual sugestión inevitable de la conciencia aclarando a la memoria aturdida por lo inaudito que presenciaba, repercutió estruendosamente por los más recónditos rincones alarmados de mi ser:

¿No quisiste el suicidio?... Pues ahí lo tienes...

¿Pero, cómo?... ¿Cómo podía ser... si yo no morí?... ¿Acaso no me sentía allí vivo?... ¿Por qué entonces sólo, inmerso en la soledad tétrica de la morada de los muertos?...

Los hechos irremediables, sin embargo, se imponen a los hombres como a los espíritus con una majestuosa naturalidad. ¡No había acabado todavía con mis ingenuas y dramáticas preguntas, y me veo, a mí mismo como ante un espejo, muerto, tendido en un ataúd, en franco estado de descomposición, en el fondo de una sepultura, justamente esa sobre la que acababa de tropezar!

Huí despavorido, deseoso de ocultarme de mí mismo, obsesionado por el más tenebroso horror, mientras unas carcajadas estruendosas, de individuos que yo no lograba ver explotaban detrás de mí y el coro nefasto perseguía mis oídos torturados, donde quiera que me refugiase. Como un loco, que realmente me había vuelto, yo corría, corría, mientras a mis ojos ciegos se dibujaba la hediondez satánica de mi propio cadáver pudriéndose en la tumba, empapado en barro, cubierto de asquerosos gusanos que, voraces, luchaban por saciar en sus pústulas el hambre inextinguible que traían, transformándole en el más repugnante e infernal monstruo que nunca hubiese conocido.

Quise esconderme de mi presencia, tratando de recaer en el acto que me había llevado a la desgracia, es decir, reproduce mentalmente la escena patética de mi suicidio, como si por segunda vez tratase de morir para desaparecer en la región que, en mi ignorancia de los hechos de más allá de la muerte, yo suponía, que existía el eterno olvido. Pero no había nada capaz de aplacar la malvada visión. ¡Todo era verdad! Una imagen perfecta de la realidad que se reflejaba sobre mi periespíritu, y por eso me acompañaba donde quiera que fuese, perseguía mis retinas sin luz, invadía mis facultades anímicas en choque y se imponía a mi ceguera de espíritu caído en pecado, torturándome sin remisión.

En la fuga precipitada que emprendí, iba entrando en todas las puertas que encontraba abiertas, para ocultarme en alguna parte. Pero en cada lugar en que me refugiaba, en la insensatez de mi locura, era expulsado a pedradas sin poder distinguir quién me trataba así, con tanto desprecio. Vagaba por las calles tanteando aquí, tropezando allá, en la misma ciudad donde mi nombre era endiosado como el de un genio, siempre afligido y perseguido. Respecto a los acontecimientos que se relacionaban con mi persona, oí comentarios destilados en

críticas mordaces e irreverentes, o llenos de pesar sincero por mi fallecimiento, que lamentaban.

Volví a mi casa. Había un sorprendente desorden en mis aposentos, alcanzando a objetos de mi uso personal, mis libros, manuscritos y apuntes, que ya no se encontraban en el lugar acostumbrado, lo que me enfureció. ¡Parecía que se había prescindido de todo! ¡Me encontré como un extraño en mi propia casa! Busqué a amigos y parientes. La indiferencia que sorprendí en ellos hacia mi desgracia me chocó dolorosamente, agravando mi estado de excitación. Me dirigí entonces a consultorios médicos. Intenté quedarme en hospitales, ya que sufría, tenía fiebre y alucinaciones y un supremo malestar torturaba mi ser, reduciéndome a este estado desolador de humillación y amargura. Pero donde iba, me sentía desprotegido, me negaban atenciones, todos estaban despreocupados e indiferentes ante mi situación. En vano les reprendía presentándome y exponiendo mi estado y las cualidades personales que mi incorregible orgullo reputaba importantes: parecían ajenos a mis alegaciones, no concediéndome nadie ni siquiera el favor de una mirada.

Afligido, impaciente, alucinado y absorto por las ondas de agobiantes amarguras, no encontraba en ningún lugar la posibilidad de estabilizarme para lograr consuelo y alivio. Me faltaba algo irremediable, me sentía incompleto. Había perdido algo que me dejaba así, atontado, y esa “cosa” que yo perdí, una parte de mí mismo, me atraía al lugar en que se encontraba, con la fuerza irresistible de un imán, me llamaba imperiosa e irremediablemente. Y era tal la atracción que ejercía sobre mí, tal el vacío que había producido en mí ese irreparable acontecimiento, tan profunda la afinidad, verdaderamente vital, que a esa “cosa” me unía que, no siendo posible, de ninguna manera, quedarme en ningún lugar, volví al sitio tenebroso de donde había venido: ¡el cementerio!

¡Esa “cosa”, cuya falta me enloquecía, era mi propio cuerpo –mi cadáver! – ¡Pudriéndose en la oscuridad de una tumba! ⁴

⁴ Cierta vez, hace cerca de veinte años, uno de mis mentores –Charles– me llevó a un cementerio público en Río de Janeiro, para visitar a un suicida que rondaba sus propios despojos en putrefacción. Aclaro que tal visita fue realizada en cuerpo astral. El periespíritu de dicho suicida, hediondo cual demonio, me infundió pavor y repugnancia. Se presentaba completamente desfigurado e irreconocible, cubierto de cicatrices, tantas cicatrices cuantos habían sido los pedazos a que había quedado reducido su cuerpo físico, pues el desgraciado se tiró bajo las ruedas de un tren, quedando despedazado. No hay descripción posible para el estado de sufrimiento de ese espíritu! Estaba enloquecido, aturdido, a veces furioso, sin poder calmarse para razonar, insensible a toda y cualquier vibración que no fuese su inmensa desgracia. Intentamos hablarle: –no nos oía. Y Charles, tristemente, con un acento indefinible de ternura, dijo: –“Aquí, sólo la oración tendrá la virtud capaz de imponerse. Será el único bálsamo que podemos utilizar en su favor, suficientemente santo para, después de cierto periodo de tiempo, poder aliviarlo...” – ¿Y esas cicatrices? – pregunté, impresionada. –“Sólo desaparecerán, aclaró Charles, después de la expiación del error, de

Me incliné, sollozante e inconsolable, sobre la sepultura que guardaba mis míseros despojos corporales, y me retorcí en pavorosas convulsiones de dolor y de rabia, revolcándome en crisis de furor diabólico, comprendiendo que me había suicidado, que estaba sepultado, pero que, no obstante, continuaba vivo y sufriendo, más, mucho más de lo que sufría antes, superlativa y monstruosamente más que antes del gesto cobarde impensado.

Cerca de dos meses deambulé desorientado y atontado, en un atribulado estado de incomprendión. Ligado al cuerpo que se pudría, vivían en mí todas las imperiosas necesidades de ese cuerpo, amargura que, aliada a las demás incomodidades, me llevaba a una constante desesperación. Rebeliones, blasfemias, crisis de furor me acometían como si el mismo infierno soprase sobre mí sus nefastas inspiraciones, coronando así las vibraciones maléficas que me rodeaban de tinieblas. ¡Veía fantasmas deambulando por las calles del campo santo, no obstante mi ceguera, llorosos y afligidos, y, a veces, terrores inconcebibles me sacudían el sistema vibratorio a tal punto que me reducían a un singular estado de desmayo, como si mis potencias anímicas desfalleciesen, sin fuerzas para continuar vibrando!

Desesperado ante el extraordinario problema, me entregaba cada vez más al deseo de desaparecer, de huir de mí mismo para no interrogarme más sin lograr lucidez para responder, incapaz de razonar que, en verdad, el cuerpo físico, modelado del barro terrestre, había sido realmente aniquilado por el suicidio; y que lo que ahora yo sentía era confundirme con él, porque estaba sólidamente unido a él por leyes naturales de afinidad que el suicidio definitivamente no destruye, era el periespíritu, indestructible e inmortal, organización viva, semimaterial, predestinada a elevados destinos, a un porvenir glorioso en el seno del progreso infinito, relicario donde se archivan, cual cofre que encerrase valores, nuestros sentimientos y actos, nuestras realizaciones y pensamientos, envoltorio de la centella sublime que rige al hombre, es decir, ¡del alma! ¡Eterna e inmortal como aquel que de Sí Mismo la creó!

En una ocasión en que iba y venía, tanteando por las calles irreconocibles a amigos y admiradores, pobre ciego humillado en el Más Allá de la tumba gracias a la deshonra de un suicidio; mendigo en la sociedad espiritual, hambriento en la miseria de Luz en que me debatía; angustiado fantasma vagabundo, sin hogar, sin refugio en el mundo inmenso, en el mundo infinito de los espíritus; expuesto a peligros deplorables, que también los hay entre los desencarnados; perseguido por entidades perversas, bandoleros de la erradicidad, que gustan de sorprender, con celadas odiosas, a criaturas en las condiciones amargas en que me veía, para

la reparación en existencias amargas, que requerirán de ininterrumpidas lágrimas, lo que no llevará menos de un siglo, tal vez mucho más... Que Dios se compadezca de él, porque, hasta allá..." Durante muchos años oré por ese infeliz hermano en mis oraciones diarias (nota de la autora).

esclavizarlas y engrosar con ellas las filas obsesoras que desbaratan a las sociedades terrenas y arruinan a los hombres llevándoles a las tentaciones más torpes, a través de influencias letales, al doblar una esquina me topé con una multitud, cerca de doscientos individuos de ambos sexos. Era de noche. Por lo menos yo así lo suponía, pues como siempre, las tinieblas me envolvían, y yo, todo lo que vengo narrando, lo percibía más o menos bien dentro de la oscuridad, como si viese más por la percepción de los sentidos que por la misma visión. Además, yo me consideraba ciego, pero no me explicaba hasta entonces como, destituido del inestimable sentido, poseía no obstante la capacidad para ver tantas torpezas mientras que no la tenía siquiera para reconocer la luz del Sol y del azul del firmamento.

Esa multitud, sin embargo, era la misma que venía concertando el coro siniestro que me aterraba, habiéndola reconocido porque, en el momento en que nos encontramos, comenzó a aullar desesperadamente, lanzando a los cielos blasfemias ante las cuales las más serían meras sombras.

Intenté retroceder, huir, ocultarme de ella, aterrorizado por haberme reconocido. ¡Sin embargo, como marchaba en sentido contrario al que yo seguía, me envolvió rápidamente, mezclándose en ella para absorberme completamente en sus ondas!

Fui llevado en tropel, empujado, arrastrado, a mi pesar; y tal era la aglomeración que me perdí totalmente entre ellos. Apenas me percataba de un hecho, porque eso mismo oía murmurar alrededor, y era que estábamos todos guardados por soldados, que nos conducían. ¡La multitud acababa de ser aprisionada! Cada momento se juntaba a ella otro y otro vagabundo, como había sucedido conmigo, que del mismo modo, no podrían salir más. Se diría que el escuadrón completo de milicianos montados nos conducía a la prisión. Se oían los cascos de los caballos sobre el pavimento de las calles y lanzas afiladas brillaban en la oscuridad, imponiendo temor.

Protesté contra la violencia de la que me reconocía objeto. A los gritos dije que no era un criminal y me hice conocer, enumerando mis títulos y cualidades. Pero los caballeros, si me oían, no se dignaban responder. Silenciosos y mudos, marchaban en sus monturas rodeándonos en un círculo infranqueable. Al frente el comandante, abriendo camino dentro de las tinieblas, empuñaba un bastón en lo alto del cual fluctuaba una pequeña llama, donde adivinábamos una inscripción. Sin embargo eran tan acentuadas las sombras que no podríamos leerla, aunque la desesperación que nos fustigaba nos diese una pausa para manifestar tal deseo.

La caminata fue larga. El frío cortante nos congelaba. Mezclé mis lágrimas y gritos de dolor y desesperación al coro horripilante y participé de la atroz sinfonía de blasfemias y lamentaciones. Presentíamos que jamás podríamos escapar. Llevados lentamente, sin que lográsemos arrancar un único monosílabo a nuestros conductores, comenzamos finalmente a caminar penosamente por un valle profundo,

donde nos vimos obligados a enfilarlos de dos en dos, mientras hacían una idéntica maniobra nuestros vigilantes.

Surgieron cavernas de un lado y otro de las calles que parecían estrechas gargantas entre montañas abruptas y sombrías, todas numeradas. Se trataba, ciertamente, de una extraña "población", una "ciudad" en la que las habitaciones eran cavernas, dada la miseria de sus habitantes, que no tendrían dinero suficiente para hacerlas agradables y habitables. Sin embargo, lo que era cierto, es que todo allí estaba por hacer y que bien podría ser aquella la morada exacta de la Desgracia. No se veían terrenos, sino piedras, barrizales, sombras, pantanos... Bajo los ardores de la fiebre excitante de mi desgracia, llegué a pensar que, si tal región no fuese un pequeño antro de la Luna, existirían allá, lugares muy semejantes...

Nos internaban cada vez más en aquel abismo... Seguíamos, seguíamos... Y, finalmente, en el centro de una gran plaza encharcada como un pantano, los caballeros hicieron alto. Con ellos paró la multitud.

En medio del silencio que repentinamente se estableció, vimos que los soldados volvían sobre sus propios pasos para retirarse. ¡En efecto!, uno a uno vimos que se alejaban todos en las curvas tortuosas de los callejones embarrados, abandonándonos allí.

Confusos y atemorizados seguimos su rastro, ansiosos por irnos también. ¡Pero fue en vano! Las callejas, las cavernas y los pantanos se sucedían, barajándose en un laberinto en que nos perdíamos, pues, adonde nos dirigiésemos, encontrábamos siempre el mismo escenario y la misma topografía. Un inconcebible terror se apoderó del grupo. A mi vez, no podía siquiera pensar o reflexionar, buscando la solución para el momento. Me sentía como envuelto en los tentáculos de una horrible pesadilla, y, cuanto mayores esfuerzos hacía para explicarme racionalmente que pasaba, menos comprendía los acontecimientos y más abatido me confesaba en mi terrible asombro.

Mis compañeros eran hediondos, como también los demás desgraciados que encontramos en ese valle maldito, que nos recibieron entre lágrimas y estertores idénticos a los nuestros. Feos, dejando ver rostros asustados por el horror; escuálidos, desfigurados por la intensidad de los sufrimientos; desaliñados, inconcebiblemente trágicos, serían irreconocibles por aquellos mismos que les amasen, a los que repugnarían. Me puse a gritar desesperadamente, acometido de una odiosa fobia o ¿pavor? Un hombre normal, sin que haya caído en las garras de la demencia, no será capaz de evaluar lo que padecí desde que me convencí de que lo que veía no era un sueño, una pesadilla motivada por la deplorable locura de la embriaguez ¡No! ¡No era un alcohólico para verme así en las garras de tan perverso delirio! No era tampoco un sueño, o pesadilla, creada en mi mente, prostituida por el libertinaje de los hábitos, lo que se presentaba a mis ojos alarmados por la infernal sorpresa como la más punzante realidad que los infiernos pudiesen

inventar la realidad maldita, asombrosa, feroz, creada por un grupo de condenados del suicidio aprisionado en un medio ambiente de acuerdo a su crítico estado, como precaución y caridad para con el género humano, que no soportaría, sin grandes confusiones y desgracias, la intromisión de tales infelices en su vida cotidiana⁵

¡Imaginad una asamblea numerosa de criaturas deformes –hombres y mujeres– caracterizada por la alucinación de cada uno, correspondiente a casos íntimos, viendo, todos, ropas impregnadas del lodo de las sepulturas, con las facciones alteradas y doloridas mostrando los estigmas de penosos sufrimientos! ¡Imaginad un lugar, un poblado envuelto en densos velos de penumbra, gélida y asfixiante, donde se aglomeran habitantes del Más Allá de la tumba abatidos por el suicidio, ostentando, cada uno, el estigma infame del género de muerte escogido en el intento de burlar la Ley Divina que les había concedido la vida corporal terrestre como preciosa oportunidad de progreso, invaluable instrumento para el pago de pesadas faltas del pasado! Pues así era la multitud de criaturas que mis ojos asombrados encontraron en las tinieblas que les eran favorables al terrible género de percepción, olvidando, en la locura de mi orgullo, que también yo pertenecía a tan repugnante todo, que era igualmente un feo alucinado, un pegajoso ignominioso.

Les veía por todos lados manifestando, de cuando en cuando, con reflejos nerviosos, las ansias del ahorcamiento, con gestos instintivos, altamente emocionantes, para librar su cuello, entumecido y violáceo, de los harapos de cuerdas o de paños que se reflejaban en las repercusiones periespirituales, ante las vibraciones mentales faltas de armonía que les torturaban. Yendo y viniendo como locos, en correrías espantosas, pidiendo auxilio con voces estentóreas, creyéndose, a veces, envueltos en llamas, aterrorizándose con el fuego que les devoraba el cuerpo físico y que, desde entonces, ardía sin tregua en la sensibilidad semimaterial del periespíritu. Me di cuenta que estos últimos eran, generalmente, mujeres. De repente aparecían otros con el pecho, el oído o la garganta bañados en sangre inalterable, permanente, que verdaderamente nada conseguiría hacer desaparecer de la sutileza del periespíritu sino la reencarnación expiatoria y reparadora.

Esos infelices, además de las múltiples modalidades de penurias por las que se veían atacados, estaban siempre preocupados, por intentar estancar aquella sangre chorreante, bien con las manos, con las ropas o con cualquier otra cosa que encontrasen a su alcance, sin conseguirlo nunca, pues se trataba de un deplorable estado mental que les incomodaba e impresionaba hasta la desesperación. La presencia de estos desgraciados impresionaba hasta la locura, dado el inconcebible

⁵ Efectivamente, en el Más Allá de la tumba, las vibraciones mentales largamente violadas del alcohólico, del sensual, del cocainómano, etc., etc., podrán crear y mantener visiones y ambientes nefastos, pervertidos. Si, además, traen los desequilibrios de un suicidio, la situación podrá alcanzar proporciones inconcebibles.

dramatismo de los gestos rutinarios, inalterables, a los que, sin proponérselo, se veían forzados. Y aquellos otros, sofocándose en la bárbara asfixia del ahogamiento braceando en ansias furiosas en busca de algo que les pudiese socorrer, tal como había sucedido en la hora extrema y que sus mentes registraron, ingiriendo agua en gorgoteos ininterrumpidos, exhaustivos, prolongando indefinidamente escenas de agonía salvaje, que los ojos humanos serían incapaces de presenciar sin alcanzar la demencia.

¡Había más todavía!... El lector debe perdonar a mi memoria estos detalles poco interesantes quizás para su buen gusto literario, pero útiles como advertencia a su posible carácter impetuoso, llamado a vivir las inconveniencias de un siglo en que el morbo terrible del suicidio se volvió un mal endémico. No pretendemos, además, presentar una obra literaria para deleitar el gusto y temperamento artísticos. Cumplimos tan sólo un deber sagrado, buscando hablar a los que sufren, diciendo la verdad sobre el abismo que con malvadas seducciones, ha perdido a muchas almas incrédulas en medio de los disgustos comunes a la vida de cada uno.

Mientras, próximo al lugar en que me había encerrado buscando refugiarme del siniestro grupo, se destacaban, por su fealdad impresionante, media docena de desgraciados que habían buscado el “olvido eterno” tirándose bajo las ruedas de un tren. Con los periespíritus desfigurados, con monstruosa deformidad, las ropas en harapos flotantes, cubiertos de cicatrices sanguinolentas, despedazadas, confusas, en una maraña de golpes, así estaba fotografiada, en aquella placa sensible y sutil, es decir, en el periespíritu, la deplorable condición a la que el suicidio había reducido su cuerpo jese templo, oh Dios mío, que el Divino Maestro recomienda como vehículo precioso y eficiente para auxiliarnos en el camino en busca de las gloriosas conquistas espirituales!

Enloquecidos por tremenos sufrimientos, llenos de la suprema aflicción que pueda alcanzar el alma creada en la centella divina, presentando a los ojos del observador lo que lo invisible inferior tiene de más trágico, emocionante y horrible, esos desgraciados aullaban con lamentos tan dramáticos e impresionantes que inmediatamente contagiaban con su influencia dolorosa a quien quiera que se encontrase indefenso en su camino, que entraría a participar de la locura inconsolable que manifestaban... pues ese terrible género del suicidio, de los más deplorables que tenemos para registrar en nuestras páginas, había conmovido tan violenta y profundamente su organización nerviosa y la sensibilidad general del cuerpo astral entorpeciendo, por la brutalidad usada, incluso los valores de la inteligencia, que yacía incapaz de orientarse, dispersa y confusa en medio del caos que se formaba alrededor suyo.

¡La mente edifica y produce! ¡El pensamiento es creador, y, por tanto, fabrica, corporifica, retiene imágenes engendradas por él mismo, realiza, fija lo que pasó y, con poderosas garras, lo conserva presente hasta cuando se deseé!

Cada uno de nosotros, en el Valle Siniestro, vibrando violentamente y reteniendo con las fuerzas mentales el momento atroz en que nos suicidamos, creábamos los escenarios y respectivas escenas que vivimos en nuestros últimos momentos en la Tierra. Tales escenas, reflejadas alrededor de cada uno, llevaban la confusión al lugar, esparcían tragedia e infierno por todas partes, aumentando la aflicción de los desgraciados prisioneros. Se topaban, aquí y allí, con escenas que balanceaban el cuerpo del propio suicida, evocando la hora en que se precipitó en la muerte voluntaria. Vehículos de todas clases, trenes humeantes y rápidos, atropellaban y trituraban bajo sus ruedas a esos míseros desvariados que buscaron matar su propio cuerpo por ese medio execrable, y que ahora, con la mente “impregnada” del momento siniestro, reflejaban sin cesar el episodio, poniendo a la vista de los compañeros afines sus hediondos recuerdos⁶.

Ríos caudalosos e incluso trechos lejanos del océano surgían repentinamente en medio de aquellas callejuelas sombrías: eran una media docena de condenados que pasaba enloquecida, dejando muestras de escenas de ahogamiento, por arrastrar en su mente el trágico recuerdo de cuando se tiraron a sus aguas...

Hombres y mujeres transitaban desesperados: unos ensangrentados, otros retorciéndose en el suplicio de los dolores del envenenamiento, y, lo que era peor, dejando a la vista el reflejo de sus entrañas carnales corroídas por el tóxico ingerido, mientras otros más excitados pedían ayuda en correrías insensatas, contagiando un pánico todavía mayor entre los compañeros de desgracia, que temían quemarse a su contacto, poseídos todos por la locura colectiva. Y, coronando la profundidad e intensidad de esos inimaginables martirios, las penas morales: los remordimientos, la añoranza de los seres amados, de los que no tenían noticias, los mismos sinsabores que habían dado origen a la desesperación y que persistían... Y las penas físico-materiales: –el hambre, el frío, la sed, exigencias fisiológicas en general, torturantes, irritantes, desesperantes.

La fatiga, el insomnio depresivo, la debilidad, el síncope... Necesidades imperiosas, desconsuelos de toda especie, insolubles, desafiando posibilidades de suavización. La visión insidiosa del cadáver pudriéndose, su fetidez asquerosa, la repercusión, en la mente excitada, de los gusanos consumiendo el cuerpo, haciendo que el desgraciado mártir se creyese igualmente atacado de la podredumbre. ¡Algo

⁶ En varias sesiones prácticas que asistimos en Centros Espíritas del Estado de Minas Gerais, los videntes eran unánimes en afirmar que no percibían sólo el espíritu atribulado del suicida comunicándose, sino también la escena del mismo suicidio, revelando a sus facultades mediúmnicas el momento supremo del trágico suceso (nota de la autora).

sorprendente! Esa escoria traía, pendiente de sí, fragmentos de un cordón luminoso, fosforescente, despedazado, como violentamente roto, que se desprendía en astillas como un cable compacto de hilos eléctricos reventados, desprendiendo fluidos que deberían permanecer organizados para determinado fin. Ese detalle, aparentemente insignificante, tenía una importancia capital, pues era justamente donde se establecía la desorganización del estado del suicida.

Hoy sabemos que ese cordón fluídico-magnético, que une el alma al cuerpo físico y le da la vida, solamente deberá estar en condiciones apropiadas para separarse de este, con ocasión de la muerte natural, lo que entonces se hará naturalmente, sin choques, sin violencia. Con el suicidio, sin embargo, una vez roto y no desprendido, rudamente arrancado, despedazado cuando todavía estaba en toda a su pujanza fluídica y magnética, producirá gran parte de los desequilibrios que venimos indicando, ya que, en la constitución vital para la existencia que debería ser, muchas veces, larga, la reserva de fuerzas magnéticas aun no se había extinguido, lo que lleva al suicida a sentirse un “muerto-vivo” en la más expresiva significación del término. Pero en la ocasión en que lo vimos por primera vez, desconocíamos el hecho natural, imaginándonos que era un motivo más de confusión y terror.

Ese deplorable estado de cosas, para las que el hombre no tiene vocabulario ni imágenes adecuadas, se prolonga hasta que se agoten las reservas de fuerzas vitales y magnéticas, lo que varía según el grado de vitalidad de cada uno. El mismo carácter individual influye en la prolongación del delicado estado, cuando la persona haya estado más o menos atraída por los sentidos materiales, groseros e inferiores. Es pues, un trastorno, que sólo el tiempo, con una extensa ristra de sufrimientos, conseguirá corregir.

Un día, tuve una profunda postración a causa de la prolongada excitación. Una debilidad insólita me conservó quieto, desfallecido. Muchos otros de mi grupo y yo estábamos extenuados, incapaces de resistir por más tiempo la situación tan desesperante. La urgencia de reposo nos hacía desmayarnos frecuentemente, obligándonos a recogernos en nuestras incómodas cavernas.

No habían pasado ni siquiera veinticuatro horas desde este nuevo estado, cuando una vez más nos alarmó el significativo rumor de aquella misma caravana o “convoy”, que ya en otras ocasiones había aparecido en nuestro Valle.

Yo compartía el mismo antro con otros cuatro individuos, portugueses como yo, y, a lo largo del tiempo en común, nos hicimos inseparables, a fuerza de sufrir juntos en el mismo tugurio de dolor. De todos, uno me irritaba sobremanera, predispo-

niéndome a la discusión, ya que usaba, a pesar de la situación precaria, el inseparable monóculo, el frac bien entallado y el respectivo bastón con mango de oro, conjunto que, bajo mi punto de vista neurasténico e impertinente, le hacía pedante y antipático, en un lugar donde se vivía torturado con olores fétidos y podredumbre y en el que nuestra indumentaria parecía empapada de extrañas substancias grasas, reflejos mentales de la podredumbre elaborada alrededor de nuestro cuerpo físico. Yo, no obstante, me olvidaba de que continuaba usando mi atuendo, la capa de los días ceremoniosos, el poblado bigote peinado... Confieso que entonces, a pesar de la larga convivencia, no sabía sus nombres. En el Valle Siniestro la desgracia es demasiado ardiente para que el condenado se preocupe de la identidad ajena...

El conocido rumor se aproximaba cada vez más...

Salimos de un salto a la calle... Las callejas y plazas se llenaron de condenados como en otras ocasiones, al mismo tiempo que los mismos angustiosos gritos de socorro resonaban por las quebradas sombrías, con la intención de despertar la atención de los que venían para el acostumbrado registro...

Hasta que, dentro de la atmósfera densa y la penumbra, surgieron los carros blancos, rompiendo las tinieblas con poderosos reflectores. Paró la caravana en la plaza embarrada y bajó un pelotón de lanceros. Enseguida, damas y caballeros, —que parecían enfermeros, más el jefe de la expedición, el cual, como anteriormente aclaramos, usaba turbante y túnica hindúes— silenciosos y discretos iniciaron el reconocimiento de aquellos que pudieran ser socorridos. La misma voz austera de ocasiones anteriores hizo, pacientemente, la llamada de los que deberían ser reconocidos, que, al oír sus propios nombres, se presentaban por sí mismos.

Otros, sin embargo, por no presentarse a tiempo, imponían a los socorristas la necesidad de buscarles. Pero la extraña voz indicaba el lugar exacto en el que estarían los míseros, diciendo simplemente: refugio número tal.... calle número tal...

O, conforme a la circunstancia: demente... inconsciente... no se encuentra en el refugio... vagando en tal calle... no atenderá por el nombre... reconocible por tal detalle...

Se diría que alguien, desde muy lejos, apuntaba un poderoso telescopio hasta nuestra desgraciada morada, para así informar detalladamente a los expedicionarios...

Los obreros de la Fraternidad consultaban un plano, iban rápidamente al lugar indicado y traían a los llamados, algunos cargados en sus brazos generosos, otros en camillas...

De repente resonó en la atmósfera dramática de aquel infierno donde tanto padecí, repercutiendo estruendosamente por los más profundos rincones de mi ser mi nombre, ¡llamado para la liberación! Enseguida, se oyeron los de los cuatro

compañeros que estaban conmigo en la plaza. Entonces conocí sus nombres y ellos el mío.

Dijo la voz lejana, sirviéndose del desconocido y poderoso altavoz: refugio número 36 de la calle numero 48. ¡Atención!... refugio número 36, ingresar al convoy de socorro. ¡Atención!... Camilo Cândido Botelho, Belarmino de Queiroz y Souza, Jerónimo de Araújo Silveira, Juan de Acevedo, Mario Sobral, subid al convoy...⁷.

Entre lágrimas de emoción indefinible subí los pequeños escalones de la plataforma que un enfermero indicaba, atento y paciente, mientras los guardias cerraban el cerco alrededor mío y de mis cuatro compañeros, evitando que los desgraciados que todavía quedaban subiesen con nosotros o nos arrastrasen en su torbellino, creando confusión y retrasando el regreso de la expedición.

Entré. Eran vagones amplios, cómodos, confortables, con butacas individuales acolchadas con arniño blanco que presentaban el respaldo vuelto hacia los respiradores, que parecían las ventanillas de los modernos aviones terrestres. En el centro había cuatro butacas idénticas, donde se acomodaron los enfermeros, dando a entender que permanecían allí para cuidarnos. En las puertas de entrada se leía la leyenda entrevista antes, en el estandarte empuñado por el comandante del pelotón de guardias:

Legión de los Siervos de María

Al rato la tarea de los abnegados legionarios estaba cumplida. Se oía en el interior el tintinear apagado de una campanilla, seguido de un movimiento rápido de subida de puentes de acceso y embarque de los obreros. Por lo menos esa fue la serie de imágenes mentales que concebí...

El extraño convoy osciló sin que ninguna sensación de temblor ni el más leve balanceo impresionase nuestra sensibilidad. No contuvimos las lágrimas, sin embargo, al oír el ensordecedor coro de blasfemias, la grtería desesperada y salvaje de los desgraciados que quedaron, por no estar suficientemente desmaterializados todavía para alcanzar niveles invisibles menos densos.

Las señoritas que nos acompañaban, velando por nosotros durante el viaje, nos hablaban con dulzura, convidándonos a reposar, confirmándonos su solidaridad. Nos acomodaron cuidadosamente en las almohadas de las butacas, como desveladas y bondadosas hermanas de la Caridad...

⁷ Perdóneme el lector por no transcribir todos los nombres de estos personajes, tal como fueron revelados por el autor de estas páginas (nota de la autora).

Se alejaba el vehículo... Poco a poco la cerrazón de cenizas se iba disipando a nuestros ojos torturados, durante tantos años, por la más acuciante de las cegueras: -¡la de la conciencia culpable!

Se apresuraba la marcha... La neblina de sombras quedaba atrás como una pesadilla maldita que se extinguía al despertar de un mal sueño... Ahora los caminos eran amplios y rectos, perdiéndose a lo lejos... La atmósfera se hacía blanca como la nieve... Vientos fertilizantes soplaban, alegrando el aire...

¡Dios Misericordioso!... ¡Habíamos dejado el Valle Siniestro!... ¡Allá quedó, perdido en las tinieblas de lo abominable!... ¡Quedó allá, incrustado en los abismos invisibles creados por el pecado de los hombres, fustigando el alma de aquel que se olvidó de su Dios y Creador!

¡Conmovido y pálido, pude entonces, elevar el pensamiento a la fuente inmortal del bien eterno, para humildemente agradecer la gran merced que recibía!

CAPITULO III

EN EL HOSPITAL “MARÍA DE NAZARET”

Después de algún tiempo de marcha, teniendo la impresión de estar venciendo grandes distancias, vimos que se abrieron las persianas, dándonos la posibilidad de distinguir, en el horizonte aún lejano, un severo conjunto de murallas fortificadas. Una pesada fortaleza se elevaba imponiendo respeto y temor en la soledad que le cercaba.

Era una región triste y desolada, envuelta en la neblina como si todo el paisaje estuviese recubierto por el sudario de continuas nevadas, aunque ofreciendo posibilidad de visión. No se distinguía al principio, ninguna vegetación ni señales de habitantes en los alrededores de la inmensa fortaleza. Sólo extensas planicies blancas y colinas salpicando la inmensidad, semejando montículos acumulados por la nieve. Y al fondo, en medio de esa melancolía desoladora, unas murallas amenazantes y la grandiosa fortaleza, como una vieja fortificación medieval, teniendo por detalle primordial media docena de torres cuyas líneas enormemente sugestivas despertarían la atención de quien por allí transitase.

Una profunda inquietud repercutió vigorosamente en nuestra sensibilidad, reviviendo recelos que surgieron durante el trayecto ¿Qué nos esperaría más allá de tan sombrías fronteras?... pues era evidente que nos llevaban allí... Vista de lejos, la edificación asustaba, sugiriendo rigores y disciplina austera... Nos asaltó tal impresión de poder, grandiosidad y majestad que nos sentimos pequeños, acobardados sólo de verla.

Aproximándose cada vez más, el convoy finalmente paró ante un gran portón, que debía ser la entrada principal. Más allá de la cornisa, esmeradamente trabajada, y entrelazadas en letras artísticas y grandes, se leía en portugués esta inscripción ya conocida nuestra, que al descubrirla, serenó nuestra agitación como por encanto.

Legión de los Siervos de María

Con esta indicación a continuación que nos forzó a nuevas preocupaciones:

Colonia Correccional

Sin tener respuesta a las indagaciones confusas del pensamiento aun aturdido por las largas mortificaciones que me venían persiguiendo desde hacía mucho, no quise averiguar más y dejé que las cosas siguiesen su curso, notando que mis compañeros hacían lo mismo.

No le faltaba a la fortaleza ni siquiera la defensa exterior de un foso. Un puente bajó sobre él y el convoy venció el obstáculo, haciéndonos ingresar definitivamente en la Colonia, no eximidos, sin embargo, de serias preocupaciones respecto al futuro que nos aguardaba. De entrada, notamos por las inmediaciones a numerosos militares, como si allí se acuartelase un regimiento. Se parecían mucho a los antiguos soldados egipcios e hindúes, lo que nos admiró mucho. Sobre el pórtico de la torre principal se leía otra inscripción, pareciéndonos todo muy interesante, como un sueño que nos llenase de incertidumbre:

Torre del Vigía

¿En que lugar estaríamos?... ¿volveríamos a Portugal?... ¿viajaríamos por algún país desconocido, mientras la nieve se esparcía dominando el paisaje?...

Pasamos sin parar por esa gran plaza, convencidos de que se trataría de una fortificación militar idéntica a las de la Tierra, aunque revestida de indefinible nobleza, inexistente en las conocidas en toda Europa, pues no podíamos, entonces, determinar la verdadera finalidad de su existencia en aquellas regiones desoladas de lo Invisible inferior, cercadas de peligros más serios que lo que podíamos imaginar.

Comprobamos con sorpresa que entrábamos en una ciudad muy animada, aunque recubierta por extensos mantos de nieve y cerrazón pesada. No obstante no hacía un frío intenso, lo que nos sorprendió, y el Sol, mostrándose medroso entre la cerrazón, nos permitía no sólo calentarnos, sino también distinguir lo que había alrededor.

Se apreciaban soberbios edificios, en el hermoso estilo portugués clásico, que tanto nos hablaba al alma. Individuos atareados, entraban y salían de ellos en afanoso movimiento, todos uniformados con largas batas blancas, ostentando en el pecho la cruz azul-celeste con por las iniciales: L. S. M.

Los edificios parecían ministerios públicos o departamentos. Las casas residenciales se alineaban, graciosas y evocativas en su estilo noble y superior, trazando calles artísticas que se extendían pintadas en blanco, como asfaltadas de nieve. Ante uno de aquellos edificios paró el convoy y fuimos convidados a bajar. Sobre el pórtico se definía su finalidad en letras visibles:

Departamento de Vigilancia (Sección de Reconocimiento y Matriculación)

Se trataba de la sede del Departamento donde seríamos reconocidos y matriculados por la Dirección, como internos de la Colonia. Desde ese momento estaríamos bajo la tutela directa de una de los más importantes grupos pertenecientes a la Legión dirigida por el gran Espíritu María de Nazaret, ser angelico y sublime que en la Tierra mereció la misión honrosa de seguir, con solicitud maternal, a Aquel que fue el Redentor de los hombres.

Fuimos conducidos a un patio extenso y majestuoso, que nos recordaba a antiguos claustros de Portugal, fuimos enseguida transportados en pequeños grupos de diez, hacia un despacho donde varios funcionarios colaboraban en los trabajos de registro. Allí dimos la identidad terrena, así como las razones que nos indujeron al suicidio, el género del mismo y el lugar donde yacían los despojos.

En caso que el recién llegado no estuviese en condiciones de responder, el jefe de la expedición suplía rápidamente la insuficiencia, pues estaba presente en la ceremonia, dando cuentas al Director del Departamento de la importante misión que acababa de desempeñar. Tan arduo trabajo, en torno al grupo, llevó una media hora, ya que los procesos usados no eran idénticos a los conocidos en la Tierra.

Las respuestas eran grabadas en unos discos singulares, una especie de libros animados de escenas y movimientos, gracias a la ayuda de aparatos magnéticos especiales. Esos libros reproducían el sonido de nuestra voz, nuestra imagen y la prolongación de las noticias sobre nosotros mismos, ya que puesto en contacto con una admirable maquina, exactamente como los discos y películas en la Tierra, reproducen la voz humana y todos los sonidos e imágenes existentes en ellos que deban ser retenidos y conservados.

Nuestra identidad era fotografiada: las imágenes emitidas por nuestros pensamientos, en el momento de las respuestas a las preguntas formuladas, eran captadas por procesos que en esa ocasión escapaban a nuestra comprensión.

Durante mucho tiempo perdimos de vista a las mujeres que habían llegado con nosotros al Departamento de Vigilancia. Los reglamentos de la Colonia imponían la necesidad de separarlas de sus compañeros de desventura.

Siendo así, después de la llegada e inmediatamente antes de la matrícula, fueron confiadas a las damas funcionarias de la Vigilancia para ser encaminadas a los Departamentos Femeninos. Desde el momento en que nos matriculaban, nos separaban del elemento femenino.

Al rato, entregados a nuevos servidores, cuyas tareas se desarrollaban dentro de los muros de la institución, nos hicieron ingresar en nuevos medios de transporte, que todo indicaba eran para uso en los perímetros internos, por cuanto debíamos continuar lo iniciado desde el Valle.

Nuestros vehículos ahora eran leves y graciosos, como trineos ligeros y confortables, tirados por las mismas admirables parejas de caballos normandos, y con capacidad para diez pasajeros cada uno. Al cabo de una hora de viaje, durante la cual dejamos atrás el barrio de la Vigilancia, entrando, por así decir, al campo, porque avanzando en una región despoblada, aunque las carreteras se ofrecían esmeradamente proyectadas y orladas de arbustos blancos como flores de los Alpes, avistamos grandes hitos, como arcos de triunfo, indicando el ingreso a un

nuevo Departamento, una nueva provincia de esa Colonia Correccional localizada en las fronteras invisibles de la Tierra con la Espiritualidad propiamente dicha.

En efecto. Allá estaba la indicación al frente de la arcada principal, guiando al recién llegado para ayudarle y aclararle posibles dudas:

Departamento Hospitalario

A uno y otro lado sobresalían otras en que unas flechas indicaban el inicio de nuevos caminos, mientras que nuevas inscripciones satisfacían la curiosidad o necesidad del viajero:

A la derecha – Psiquiátrico.

A la izquierda – Aislamiento.

Los conductores nos hicieron ingresar en la del centro, donde también se leía, el subtítulo:

Hospital María de Nazaret

Un inmenso parque ajardinado nos sorprendió más allá de la entrada, mientras amplios edificios se erguían en lugares apacibles. Construidos en estilo portugués clásico, esos edificios exhibían mucha belleza y amplias sugerencias con sus arquadas, columnas, torres, terrazas, donde flores trepadoras se enroscaban acentuando la agradable estética. Para quién, como nosotros, angustiados y miserables, veníamos de aquellas regiones, semejante lugar, aunque insulso, gracias a su inalterable blancura, aparecía como la suprema esperanza de redención Y no faltaban, adornando el parque, estanques con labrados artísticos borbotearon agua limpia y cristalina, cayendo en silencio, en cascadas, graciosas gotas como perlas, mientras mansas aves, como un bando de palomas graciosas sobrevolaban ligeras entre azucenas.

A diferencia de las demás dependencias hospitalarias, como el Aislamiento y el Psiquiátrico, el Hospital María de Nazaret, u “Hospital Matriz”, no estaba rodeado por ninguna muralla. Sólo árboles frondosos, azucenas y rosas formaban graciosas murallas. Muchas veces pensé, en mis días de convalecencia, como sería de arrebatador el paisaje si la policromía natural rompiera el blanco sudario que envolvía todo aquello, entrusteciendo el ambiente de incorregible monotonía.

Fatigados, somnolientos y tristes, subimos las escaleras. Grupos de enfermeros atentos, todos hombres, a cargo de dos jóvenes vestidos a lo hindú, asistentes del director del Departamento –más tarde supimos que se llamaban Romeu y Alceste– nos recibieron de las manos de los funcionarios de la Vigilancia encargados, hasta entonces de nuestra guardia, y, amparándonos bondadosamente, nos condujeron al interior.

Atravesamos galerías magníficas, a lo largo de las cuales amplias puertas vidrieras, con molduras levemente azules, dejaban ver el interior de la enfermería, lo que venía a mostrar que el enfermo jamás estaría a solas. Nuestros grupos se separaron por indicación de los enfermeros: – diez a la derecha... diez a la izquierda... Cada dormitorio tenía diez lechos blanquísimos y confortables y amplios salones con balcones que daban al parque. Nos dieron, caritativamente, un baño, vestidos de hospital, lo que nos produjo lágrimas de reconocimiento y satisfacción. A cada uno de nosotros le fue servido un delicioso caldo, tibio, reconfortante, en platos tan blancos como las sabanas: y cada uno sintió el sabor de aquello que le apetecía. Hecho singular: –mientras comíamos, era el hogar paterno el que acudía al recuerdo, las reuniones en familia, la mesa de la cena, la dulce figura de nuestras madres sirviéndonos, la figura austera del padre a la cabecera... Y lágrimas indefinibles se mezclaron al alimento reconfortante...

Una chimenea calentaba el recinto, proporcionándonos alivio. Y arriba, suspendida en lo alto de la pared, que parecía ser de porcelana, una fascinante pantalla de color, luminosa y como animada de vida e inteligencia, despertó nuestra atención luego que traspusimos los acogedores umbrales. ¡Era un cuadro de la Virgen de Nazaret, algo semejante al célebre de Murillo, que yo tan bien conocía, pero sublimado por elementos inexistentes entre los genios de la pintura en la Tierra!

Al terminar la cena, dos hindúes entraron en nuestro cuarto, eran médicos. Venían con otras dos personas, que deberían acompañarnos durante toda nuestra hospitalización, pues eran los responsables de la enfermería que ocupábamos. Se llamaban Carlos y Roberto de Canalejas, eran padre e hijo, respectivamente, y, cuando estaban encarnados, habían sido médicos españoles en la Tierra. No les pudimos distinguir completamente, dado el estado de debilidad en que nos encontrábamos. Se diría que soñábamos, y lo que venimos narrando al lector era visto por nosotros como en un sueño...

Los hindúes se aproximaron a cada uno de los lechos, nos hablaron dulcemente a cada uno, pusieron sobre nuestras cabezas atormentadas las delicadas y blancas manos que aparecían translúcidas, acomodaron nuestras almohadas, obligándonos al reposo; nos cubrieron paternalmente, acercando cobertores a nuestros cuerpos helados, mientras cantaban tonadas tan cariñosas y sugestivas, que una pesada somnolencia nos venció inmediatamente:

–Necesitáis de reposo... Reposad sin recelo, amigos míos... Sois todos huéspedes de María de Nazaret, la dulce Madre de Jesús... Esta casa su casa...

Otros asistentes, hacían lo mismo con los demás componentes del trágico grupo recogido por el Amor de Dios.

Al despertar, después de un sueño profundo y reparador, me pareció haber dormido largas horas, y de algún modo sentí que se aclaraba mi razonamiento, ofreciendo una mayor posibilidad de entendimiento y comprensión de las circunstancias. Me veía seguro de mí mismo, libre de aquel estado de pesadilla, que tantas exasperaciones me acarreaba. ¡Pero, ay de mí! ¡Semejante alivio mental me sumergía más que me curaba en mi angustia, pues me impulsaba a examinar con mayor dosis de sentido común y serenidad la profundidad de la falta que contra mí mismo había cometido!

Un ardiente sentimiento de disgusto, remordimiento, temor y decepción, me impedía apreciar debidamente la mejoría de la situación. Y una incómoda sensación de vergüenza gritaba a mi orgullo que me encontraba allí indebidamente, sin ningún derecho a que me asistan tanto, sólo tolerado por la magnanimidad de individuos altamente caritativos, iluminados por el verdadero amor de Dios.

En mi mente revoloteaban las dudas. No era posible que hubiese muerto. ¡El suicidio no me había matado! ¡Yo continuaba vivo y bien vivo!... ¿Qué había pasado, entonces?... Mis compañeros de enfermería y todos los demás que integraban el extenso cortejo proveniente de las oscuridades del Valle, debían estar entregados a idénticas elucubraciones. Se estampaba el asombro, el temor y el pesar inconsolable en aquellos semblantes desfigurados...

Y, acompañando la nueva serie de amarguras que nos invadía a pesar de la hospitalización y del sueño reconfortante, los dolores físicos de la herida que nos hicíramos continuaba torturando nuestra sensibilidad, como recordándonos nuestro estado irremediable de condenados. Jerónimo y yo gemíamos de cuando en cuando, por la herida hecha en el oído por el arma de fuego que habíamos utilizado en el momento trágico, Mario Sobral se retorcía, el cuello, entumecido, debatiéndose en reflejos periódicos contra la asfixia, pues se había ahorcado, Juan de Acevedo, reteniendo en la mente torturada el envenenamiento de su cuerpo, lloraba mansamente, exigiendo la visita de un médico y Belarmino desangrándose con el brazo dolorido, entorpecido, ya paralítico – preludiando, desde ese momento, el drama físico que sufriría en la encarnación posterior– pues se había suicidado cortándose las venas.

Pero el alivio era sensible. Observamos que ya no veíamos las escenas mentales de cada uno, reproduciendo en asombrosas escenas el momento supremo, tal como sucedía en el Valle, donde no existía otro paisaje. La enfermería era muy confortable. Existían incluso lazos de arte y belleza en aquellos atrios de molduras azules, forradas de sustancias pulidas como la porcelana; en aquellas cortinas bordadas también azules, en las trepadoras blancas que subían por los balcones, metiéndose dentro de la terraza, como espiando nuestras caras de condenados.

Súbitamente, la voz de un enfermo, compañero nuestro, quebró el silencio de nuestras meditaciones, como si hablase para sí mismo:

—Llegué a la conclusión—dijo, pausada y amargamente— que lo mejor que todos tenemos que hacer es encomendarnos a Dios, resignándonos buenamente a las peripecias que aún nos sobrevengan... ¡De nada vale desesperarse, sino para ser todavía más desgraciados! ¡Tanta rebelión e insensatez... y nada obtuvimos a no ser agravar nuestras ya tan atroces desgracias!... Hemos escogido caminos equivocados para nuestros destinos... ¡Es innegable, no obstante, que estamos todos subordinados a una Dirección Mayor, independiente de nuestra voluntad!... ¡Eso es así!... No sé bien si morí... Pero, sinceramente, creo que no... Mi madre era una persona sencilla, humilde, de pocas letras, pero devota y respetuosa de Dios. Nos decía, muy convencida, cuando estábamos al pie de la chimenea para enseñarnos las oraciones nocturnas, mezcladas con los principios de la fe cristiana, que todas las criaturas traemos un alma inmortal, creada por el Ser Supremo y destinada a la gloriosa redención por el amor de Jesucristo, y que esa alma algún día daría cuenta al Padre Creador. ¡Nunca más, desde entonces, adquirí una ciencia más valiosa! Las clases que mi madre nos daba eran muy superiores a las que más tarde aprendí en la Universidad. Lamentablemente para mí, me reí de la sabiduría materna, sumergiéndome en los desvíos de las pasiones mundanas... ¡Sin embargo, oh madre mía, yo aceptaba la posibilidad de la hermosa creencia que intentaste infundir en mi alma rebelde! ¡No fui realmente ateo!

¡Hoy pasados tantos años, y después de tantos sufrimientos, situado ante situaciones que escapan a mi análisis, estoy convencido de que mi madre tenía razón: debo tener un alma, realmente inmortal!

Se puede escapar y restablecerse de un tiro de revolver o curarse de la ingestión de un veneno, cualquiera que sean las circunstancias en que lo hayamos usado. Pero no se escapa de una fuerza como a la que yo me destiné. Y si estoy aquí y si sufrí tanto sin conseguir aniquilar dentro de mí las potencias de la vida, es porque soy inmortal. Y si soy inmortal es porque tengo un alma, sin duda, porque en cuanto al cuerpo humano, ese no es inmortal, pues se consume en la tumba. Y si tengo un alma dotada de la virtud de la inmortalidad es que ella provino de Dios, que es Sempiterno... ¡Oh, madre mía, tu decías la verdad! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tú existes! ¡Y yo renegándote siempre, con mis actos, mis pasiones, mi desobediencia a tus normas, mi indiferencia criminal a tus principios!... Ahora que ha sonado la hora de rendirte cuentas del alma que Tu creaste, de mi alma no tengo más que decirte, Señor, sólo que mis pasiones la hicieron infeliz, cuando lo que determinaste al crearla era que yo la condujese obedientemente a tu regazo de Luz. ¡Perdóname! ¡Perdóname, Señor!...

Las abundantes lágrimas se mezclaron con estertores de asfixia. Pero a pesar de reflejar la intensa amargura, ya no traían lo macabro característico de las convulsiones que provocaban en el Valle. Era Mario Sobral el que así hablaba.

Mario tenía grandes ojos negros, la cabellera revuelta y el mirar alucinado. Había estudiado en la Universidad de Coimbra y se reconocía en él a un bohemio rico de Lisboa. Su conversación, generalmente era nerviosa y fácil. Sería un excelente orador, si de la Universidad hubiera salido sabio y no bohemio. En el cautiverio del Valle era una de las entidades que más sufría y que tuve ocasión de conocer, también se destacó en eso durante todo el largo período que estuvimos internados en la Colonia.

Con ese discurso se inicio una serie de confidencias entre los diez. No sé porque, pero deseábamos conversar. Tal vez la necesidad de mutuo consuelo nos empujaba a abrir los corazones, recurso, además, ineficaz para suavizar angustias, porque, si le es difícil a un suicida el consolarse, no es recordando dolores y desgracias pasadas como se consigue amenizar la penuria que le opreme el alma.

—Me gustó lo que dijiste, amigo, te felicito por el progreso en el modo de razonar, no te conocía así del otro lugar... —dije yo, un tanto incomodado por la quiebra del silencio.

—¡También yo lo creo así y admiro la lógica de sus consideraciones, amigo Sobral! —intervino un portugués de grandes bigotes, mi vecino de cama, cuya herida en el oído derecho, sangrando sin intermitencia me causaba un infinito malestar, puesto que, siempre que le miraba, me recordaba que también yo traía una herida idéntica y me torturaba en reminiscencias atroces. Era, ese, Jerónimo de Araújo Silveira, el más impactante, pretencioso e incoherente entre los diez. Prosiguió diciendo:

—Además, yo jamás negué la existencia del Dios, Creador de todas las cosas. ¡Fui..., es más, soy! ¡Yo soy, ya que no morí, católico militante, hermano de la venerable Hermandad de la Santísima Trinidad, de Lisboa, con derecho a bendiciones e indulgencias especiales, cuando las necesite!...

—Creo, amigo mío, que llegó, o ya va pasando, la ocasión de que reclames los favores a los que tienes derecho... No puedes estar más necesitado de ellos...— repliqué, con un creciente mal humor, haciéndome el obsesor.

No respondió, y continuó:

—Fui, sin embargo, muy impaciente y nervioso desde mi juventud. Me impresionaba fácilmente, era indomable y disconforme, a veces melancólico y sentimental... y confieso que nunca tuve en cuenta los verdaderos deberes de un cristiano, expresados en las santas advertencias de nuestro consejero y confesor de Lisboa. Por eso mismo cuando me enfrenté a la ruina de mis negocios comerciales, pues no sé si sabéis que fui importador y exportador de vinos, lleno de deudas impagables, sorprendido por una estruendosa e irremediable quiebra, sin posibilidad de evitar la miseria que a mí y a mi familia abría sus fauces irremediables, acusado por propios y extraños como único responsable del dramático fracaso,

abatido por la perspectiva de lo que sucedería a mi mujer e hijos, a quien yo, por mucho mimar, había acostumbrado a una excesiva comodidad, realmente al lujo, y ahora que me veían castigado y sufriendo, me responsabilizaban crudamente de todo, en vez de ayudarme a llevar la cruz del fracaso, que a todos nos abatía, flaqueé en el coraje que hasta entonces había tenido y “traté” de desertar ante todos y hasta de mí mismo, para evitarme censuras y humillaciones. Pero me engañé, cambié sólo de lugar, sin conseguir encontrar la muerte, y perdí de vista a mi familia, lo que me ha acarreado insoportables contrariedades.

—¡Sí, es lastimoso! —Dijo Mario con el mismo tono abatido, como si no hubiese oído lo precedente—, caí en las tinieblas de la desgracia, cuándo tan buenas oportunidades encontré durante toda la vida, facilitándome el dominio de las pasiones para un futuro de conquistas honestas. Me olvide que el respeto a Dios, a la familia, al deber, era el objetivo sagrado a alcanzar, pues recibí buenos principios de moral en la casa paterna... Joven, seductor, inteligente, culto, me envanecí con las dotes que me favorecían y cultivé el egoísmo, dando alas a los instintos inferiores, que reclamaban placeres siempre más febriles... La Universidad hizo de mi un pedante, un tonto, cuyas únicas preocupaciones eran las exhibiciones ostentosas o escandalosas... De ahí a perderme en la vorágine de las pasiones deprimentes... Y, después, cuando no conseguí más encontrarme para reconducirme a mí mismo, busqué la muerte suponiendo poder esconderme de los remordimientos tras el olvido de una tumba... ¡Me engañé! ¡La muerte no me aceptó! ¡Me encontró demasiado vil para honrarme con su protección! ¡Por eso me devolvió a la vida cuando el sepulturero tuvo la honra de cubrir mi figura repulsiva de la luz del sol!...

Mi madre, sin embargo, no se engañó: —¡yo soy inmortal y nunca moriré! ¡He de existir por toda la eternidad en presencia de Aquel que es mi Creador! ¡Sí! ¡Porque, para sobrevivir a las desgracias que crucificaron mi sentir, desde aquella noche aciaga de la primavera del año 1889, sólo podría hacerlo un ser que sea inmortal!

Extendió la mirada congestionada, como trayendo recuerdos pasados al presente y murmuró, anhelante, aterrorizado, ante la página más negra que le condenaba la conciencia:

—¡Si, Dios mío! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Yo me arrepiento y me someto, reconociendo mis errores! ¡Me perdí ante Ti, Dios mío, ante la desesperante pasión que nutré por Eulina!... Pero si me lo permites, me rehabilitaré por amor a ti...

¡Eulina!... ¡Tú no valías siquiera el pan que yo te daba para saciar tu hambre! Sin embargo, te amaba, más allá de todas las conveniencias, a despecho hasta de la misma honra. Eras pérflida y malvada... Yo, sin embargo, debía ser todavía más bajo que tú, porque estaba casado, siendo mi esposa una noble y digna señora. Era padre de tres inocentes criaturas, a las que debía amor y protección Les abandoné por ti, Eulina, me desinteresé de sus encantos, porque me arrebaté irremediable-

mente de los tuyos, extraña belleza de las tierras sudamericanas... ¡Oh, como eras de linda!... Pero no me amabas... Y después de arrastrarme de caída en caída, explotando mi bolsa y mi corazón, me abandonaste a la desesperación de la miseria y de la ingratitud, al rechazarme por aquel capitalista brasileño, compatriota tuyo, que te pretendió.

Fui a tu casa y me vi despechado... Te supliqué, me arrastré a tus pies como un loco, desesperado al perderte, como un insensato que siempre fui. Imploré migajas de tu compasión, viendo que ya no sería posible tu amor. Provoqué la discusión, viendo que te hacías la insensible a mis desesperadas tentativas de reconciliación... y, ciego por los insultos que repetías, te agredí, hiriendo el rostro que yo adoraba, te golpee sin piedad, te maltraté a puntapiés, ¡Dios mío! ¡Oh Dios mío! ¡Te estrangulé, Eulina! ¡Te maté!... ¡Te maté!...

Paró sofocado, en las convulsiones odiosas de un perfecto condenado, para continuar después, como dirigiéndose a los compañeros:

—Cuando, lleno de horror, contemplé lo que había hecho, sólo acudió un recurso a mi mente, rápido cual impulsivo obsesor, para escapar a las consecuencias que, en aquel momento, se me hacían insoportables: ¡el suicidio! Entonces, allí mismo, sin perder tiempo, rasgué las sabanas de la desgraciada... y me colgué de una viga existente en la cocina...

Qué forma de morir un amante, tan poco poética... —comenté, enfadado con la larga descripción que desde el Valle diariamente oía repetir. Apuesto que el profesor, que tan elegantemente deseó morir, recordando a Petronio, ¿lo hizo por el amor platónico de alguna señora inglesa, rubia y bien parecida?... Portugueses ilustres, como tú, demuestran ser así, les gusta conquistar a las damas inglesas...

Me dirigía ahora a Belarmino de Queiroz y Sousa, cuyo nombre denotaba aristocracia. Hasta ese momento todavía me irritaban las actitudes del pobre cómplice del gran drama que también yo vivía; y, siempre que había una oportunidad, le ridiculizaba, defecto muy mío y que me costó muchos vejámenes y sinsabores el corregirlo, durante los trabajos de reforma interior que impuse a mi carácter en la Patria Espiritual.

Belarmino era alto y seco, muy elegante y fino de maneras. Decía que era rico y hombre de mundo, profesor de dialéctica, de filosofía y matemática, era políglota, un respetable patrimonio cultural para un hombre, llevando el monóculo, frac y el bastón, en las pocilgas del Valle Siniestro, durante la estancia que tuvo allí, por haberse suicidado. Yo le había echado eso en cara en muchas ocasiones, malhumorado ante la vanidosa enumeración que hacía de sus diferentes títulos. El doctor —porque era doctor, honrado por más de una universidad—, jamás respondió a mis impertinencias. Educado, sentimental, hubiera llegado también a la bondad de corazón si a la par de tan excelentes dotes no hubiese unido los defectos del orgullo y del egoísmo de endiosarse a sí mismo por juzgarse superior a todos.

Al oírme, no respondió con irritación sino en un tono suave, aunque pesaroso, que se expandió, dirigiéndose a todos:

—Yo creía, sinceramente, que la tumba absorbería mi personalidad, transmutándola en la esencia que se perderá en los abismos de la Naturaleza: —¡que sería la Nada!— Discípulo de Augusto Comte, la filosofía me llevó al materialismo, al mecanismo accidental de las cosas —única explicación satisfactoria que ofrecí a mi razón ante las anomalías con que me encontraba a cada paso por toda la existencia, que sorprendían mi corazón y decepcionaban mi mente.

¡Siempre sentí una gran ternura y compasión por los hombres, a los que consideraba hermanos en la desgracia, aunque me alejase de ellos cuanto fuera posible, temiendo amarles demasiado, y, por tanto, sufrir por ello! ¡Yo comprendía mejor que nada, que el nacer era para el hombre solo una desgracia; nacer, vivir, trabajar, sufrir, luchar por todos los pretextos...para después deshacerse irremediablemente en el polvo en la tumba!

No me enamoré nunca de mujeres de clase alta ni baja. ¿Para qué amar, construir una familia, contribuyendo a lanzar a la vida a otros desgraciados más, si la Filosofía me había convencido que el amor era apenas una secreción del cerebro?... Fui un estudioso, eso sí, y estudiaba para aturdirme, evitando un cúmulo de elucubraciones sobre la miserable situación de la humanidad. Siendo así, no me sobraban horas para cultivar el amor junto a damas inglesas ni portuguesas... Estudiaba para olvidar que un día también me perdería en el vacío. Fui un infeliz, como toda la humanidad lo es. Solamente en el ambiente sereno del hogar disfrutaba de alguna satisfacción... Me aferré al hogar todo lo posible, temiendo ser forzado a abandonarlo para aniquilarme entre los gusanos que destruían mi persona. Mi madre, que compartía mis convicciones, porque también las había recibido de mi padre, era mi única compañía en las horas de ocio. El móvil de mi “tentativa” de suicidio, como veis, no fue el disgusto amoroso, sino la perdida de la salud. Fui siempre físicamente débil, delgado, un soñador infeliz, triste e insatisfecho, aterrorizado de existir. Un incorregible desconsuelo oscureció los días de mi vida. Encerrado en este círculo deprimente, vi como la tuberculosis se apoderaba de mi organismo, un mal hereditario que no me fue posible combatir. ¡Desengañado por la ciencia, preferí entonces acabar de una vez, sin mayores sufrimientos, con la materia miserable que comenzaba a pudrirse bajo la desintegración producida por una molestia incurable, materia que, por su misma naturaleza, estaba destinada a la podredumbre de la muerte, a la eterna caída en las vorágines de la Nada!

¿Para qué iba a esperar que el avance doloroso de la tuberculosis extinguiese mi persona en un lento suplicio, sin consuelo, sin esperanza compensadora en el porvenir del Más Allá de la muerte, donde no encontraría sino el aniquilamiento

absoluto, la desintegración perfecta, un espantajo humano del que huirían todos, incluso mi propia madre temiendo los peligros del contagio?...

Morir era una buena solución, muy lógica, para quien como yo, sólo veía ante sí el futuro de un cuerpo aniquilado por la enfermedad y la destrucción absoluta del ser.

—No poseo tu competencia, profesor, ni podría razonar con tanta exquisitez. Pero con el debido respeto a tu persona, considero un execrable pecado que el hombre no acepte la existencia de Dios, Su Paternidad para con sus criaturas y la eternidad del alma, por más criminal y abyecto que sea. Felizmente para mí, esas fueron cosas en que siempre creí con vehemencia...—dijo Jerónimo con sencillez, sin ser consciente de la tesis profunda que presentaba a un ex-profesor de Dialéctica.

—¿Cómo y por qué, entonces, te rebelaste contra las circunstancias naturales de la vida humana, es decir, a los sufrimientos que tenías por herencia, al punto de confesar que deseaste morir, Jerónimo?... ¡Es concebible que yo, desfavorecido por la fe, carente de esperanza, desamparado por la incredulidad en un Ser Supremo, a merced del pesimismo al que mis convicciones conducían, para quien la tumba apenas significaba olvido, aniquilación, la absorción en el vacío, me haya desorientado con la desventura y me haya querido matar para evitar la lucha desigual e inútil!...

Pero ¿vosotros?... Vosotros, creyentes en la paternidad de un Dios creador, sede de perfecciones infinitas, como decís, bajo cuya dirección sabía camináis; vosotros, convencidos de la personalidad eterna, destinada a la misma finalidad gloriosa de su Creador, heredera de la propia eternidad existente en aquel Ser supremo, hacia la cual marcha por el orden natural de la ley de atracción y afinidad, caer en desesperaciones y rebelarse contra la misma ley, sabiendo que la creencia en un poder absoluto prohíbe la infracción del suicidio, es una paradoja inadmisible. Portadores de tal ciencia, corazones alumbrados por los ardores de tan radiante convicción, energías vitalizadas por la fortaleza de tan sublime esperanza, deberíais considerarlos también dioses, hombres sublimados para quienes los infortunios serían meros contratiempos del momento...

¡Oh! si yo pudiese convencerme de esa realidad, no temería enfrentarme nuevamente ni a los disgustos que arruinaron mis días, ni a la tuberculosis que me redujo a lo que veis —replicó con lógica férrea el discípulo de Comte, cuya sinceridad despertó mi simpatía.

—Y ahora, cuál es tu opinión sobre el momento presente? ¿Qué explicación sugiere la filosofía comtista para lo que pasa?... —pregunté, lleno de curiosidad, interesándome por el debate.

—¡Nada!—respondió simplemente. No sugiere nada... Continúo igual... No conseguí morir...

Era evidente que las dudas nos atacaban a todos, y a él también. Lo que no queríamos era inclinarnos ante la evidencia. Teníamos miedo de encarar de frente la realidad.

—Dinos algo de ti, Camilo—se atrevió a pedirme Juan. Desde hace mucho tiempo nos observas, pero sólo tenemos el silencio sobre tu persona, que tan interesante nos parece... ¡En cuanto a mí, no deseo permanecer de incógnito! Bien sabéis los motivos que me arrojaron al suicidio: la pasión por el juego. ¡Me lo jugué todo! ¡La honra inclusive, y la propia vida!...

—¡Perdón, amigo Juan, ¿cómo te jugaste la vida... si estás ahí hablándonos de ti?!—intervino Jerónimo desconcertado.

El interlocutor se sobresaltó y, sin responder, insistió:

—Vamos, ilustre novelista, viejo bohemio de Oporto, baja de tu feo pedestal del orgullo... Ven a decir algo de tu ‘majestuosa’ superioridad...

Sentí la mordacidad en las descorteses expresiones de Juan, que debía tenerme tanta antipatía como Belarmino y yo a él, del cual era muy amigo, y que dejó un momento de lloriquear para provocar mi mal humor.

Me enfadé. Siempre fui un individuo susceptible, y la muerte no había corregido todavía la grave anormalidad.

—¿Por qué?... ¿estaba forzado a confesar intimidades a tal canalla, sólo porque ellos habían confesado las suyas?... ¿Debía yo tener cualquier consideración a esa ralea que encontré en el Valle inmundo?... —pensé, sofocado por el orgullo, juzgándome realmente superior.

La poca consideración que concedía a mis compañeros de infiernito no la expresaba conmigo mismo, creyendo que si yo había sido arrojado al Valle, era en mi caso una injusticia calamitosa, que yo no merecía aquello porque era mejor, más digno y acreedor de favores que los otros que se habían matado. Fuese como fuese, prefería no dar explicaciones debido a mi orgullo. Pero las personas de nuestra infeliz categoría no están a la altura de vencer impulsos del pensamiento callándose ante los iguales ni tampoco saben dominar emociones, esquivándose de la vergüenza de las indagaciones en el campo íntimo, en presencia de extraños. Siendo así, los torrentes de vibraciones maleducadas se derraman de su interior configuradas en un palabrerío ardiente y emotivo, aun sin querer, como si las compuertas magnéticas que las retenían en los abismos mentales, se hubiesen roto gracias a las agitaciones de que se hicieron presas.

Además, el tono sincero, la hermosa sencillez del profesor de filosofía y dialéctica, invitándome a una actitud menos descortés de la que había tenido hasta entonces, me hizo ceder a la sugerión de Juan de Acevedo. Pero lo hice dirigiéndome preferentemente a aquel que, creía que sólo su elevada cultura estaría a la

altura de comprenderme. Dije gravemente, concediéndome una importancia ridícula en la humillante situación en que me encontraba:

—Yo, profesor, soy un individuo que me imaginaba iluminado por un saber sin mancha, pero que, en verdad, hoy comienzo a comprender que ignoraba, y continuo ignorando, lo que a dos dedos de mi propia nariz existe. Fui paupérrimo (digo “fui” porque algo le dice a mi ser que todo eso perteneció al pasado), con el insopportable defecto de ser orgulloso. Un hombre, finalmente, que no negaba la existencia de un ser superior presidiendo su creación, es cierto, pero que, considerándole una incógnita que desafiaba sus posibilidades humanas de descifrar sus enigmas, no solamente no respetaba a ese Ser en su vida sino que no le daba ninguna explicación de lo que hacía o pretendía hacer para placer de sus mismos caprichos y pasiones. Será pues, una redundancia afirmar que, muy sabio —como me consideraba— arrastraba la ignorancia de la incredulidad en la posibilidad de existir leyes omnipotentes, irremediables, partiendo de una Divinidad creadora y orientadora para dirigir la creación, lo que me hizo cometer errores gravísimos.

Sufrí, y mi existencia fue fértil en desánimos... La resignación nunca fue virtud a la que se amoldase mi carácter violento y agitado por naturaleza. La profundidad de mis sufrimientos me volvió irritable e irascible. El orgullo me aisló en la convicción de que después de mí sólo existirían valores sufribles...

Después de décadas de luchas malogradas, de aspiraciones desterradas de la imaginación por irrealizables en el campo de la objetividad, de ideales decepcionados, de deseos tan justos cuanto insatisfechos, de esfuerzos rechazados, de energías barridas por sucesivas decepciones, las voluntades conjugadas hacia el bien volvieron al punto de origen debilitadas y rotas por impíos fracasos —la ceguera, ¡amigo! que apagó mis ojos cansados—, como un desconcertante premio a las luchas que habían exigido de mí esfuerzos supremos:

¡Quedé ciego!

¡El espectro negro de la eterna oscuridad extendía sobre mis ojos su manto de tinieblas, que ni la ciencia de los hombres, ni la fe candorosa e ingenua de los amigos que me intentaban llevar a la conformidad, ni las peticiones de los corazones que me amaban a las potestades celestes serían capaces de desviar! Negué a las mismas Potestades.

¡¿Ciego?! ¡¿Ciego, yo?!... ¡¿Cómo viviría yo, ciego?!...

Creí que, si el Ente Supremo que yo no negaba su existencia, realmente existía, tal cosa no se daría, porque no querría que me sucediese esa desgracia. ¡Me olvidaba de que existían esparcidos por el mundo millones de hombres ciegos, muchos en condiciones todavía más apremiantes que la mía, y que eran todos, como yo, criaturas venidas del mismo Dios! ¡Negué porque entendí que, si había

otros ciegos, que los hubiese; pero que yo no debería serlo! ¡Era, sí, una injusticia! ¡¡Ciego!!... ¡Era lo máximo!

Tan profunda y sorprendente desesperación devoraba mi voluntad, mi energía mental, mi coraje moral, reduciéndome a la inferioridad del cobarde. ¡Yo, que tan heroicamente había superado los obstáculos que entorpecían mi marcha hacia la conquista de la existencia, sobreponiéndome a ellas, de ahí en adelante iba a encontrarme imposibilitado de continuar luchando! Me di por vencido. Ciego, creía que mi vida era como una cosa que perteneciese al pasado, una realidad que “fue”, pero que ya no “era”...

La obsesión fatal del suicidio entró a rondarme. Me enamoré de ella y le di cobijo con todo el abandono de mi ser desanimado y vencido. La muerte me atraía como el remate honroso de una existencia que jamás dobló la cerviz ante nadie. ¡La muerte me extendía los brazos seductores, mostrando falsamente, a mis conceptos viciados por la incredulidad en Dios, la paz de la tumba en consoladoras visiones!...

Una vez confirmada la resolución en base a sugerencias enfermizas; atormentado y a solas con mi gran desgracia; abandonado por el sereno consuelo de la fe, que habría suavizado el ardor de mi íntima desesperación y excitada la imaginación, ya por sí misma audaz y ardiente, creé una aureola en torno de mí mismo y, considerándome mártir, me condené sin apelación.

¡Tuve miedo y vergüenza de ser ciego!...

¡Me maté con la intención de encubrir ante la sociedad y los hombres, así como de mis enemigos la incapacidad a la que había quedado reducido!...

¡No! ¡Nadie se vanagloriaría viéndome recibir el amargo pan de la compasión ajena! ¡Nadie contemplaría el espectáculo, humillante para mí, de mi figura vacilante, tanteando en las tinieblas de mis ojos incapacitados para la visión! ¡Mis enemigos no disfrutarían la venganza de asistir a mi irremediable derrota! ¡Mil veces no! ¡Yo no me brutalizaría en la inercia de mirar dentro de mí mismo, cuando el universo continuaba irradiando vida fecunda y progresiva alrededor de mi sombra empobrecida por la ceguera!...

¡Me maté porque me reconocí excesivamente débil para continuar, dentro de la noche de la ceguera, la jornada que, incluso a la buena luz de los ojos, ya estaba llena de obstáculos y trastornos!...

¡Era demasiado! ¡Me rebelé hasta lo indecible contra el destino que me había reservado tan desconcertante sorpresa y seguí creyendo en la dramática ingratitud que pensaba provenía de Dios! ¡Para mí, la providencia, el destino; el mundo, la sociedad, estaban errados todos, sólo yo tenía razón, exagerando la tragedia de mi desesperanza!...

¡¿Por qué?!... ¡Yo, que poseía una capacidad intelectual superior, era paupérrimo, casi hambriento, mientras circulaban mi alrededor ricos ignorantes!... ¡Yo, que me sentía idealista y bueno, vivía cercado por adversidades sin posibilidad de victoria! ¡Yo, cuyo corazón sentimental se abrazaba en ansias generosas y tiernas, de excelencia quizá sublime, al saberme incesantemente incomprendido, herido por amargas desconsideraciones a mi sensibilidad! Yo, honesto, probo, recto, que seguía directrices sanas por entenderlas más bellas y ajustadas al idealismo que profesaba, obligado a tratar con bellacos, a comerciar con ladrones, a disputar con hipócritas, a confiar en pusilámines, a atender a traficantes!....

¡Si, era demasiado!...

¡Y después de tan extenso panorama de desventuras –porque, para mí, individuo impaciente nada conformista, esos hechos, tan vulgares en mi vida cotidiana, actuaban como verdaderas calamidades morales– el doloroso remate de la ceguera reduciéndome a la insignificancia del gusano, en la angustia del desamparo, en la inercia del idiota, en la soledad del encarcelado!...

¡No pude más! ¡Me faltó comprensión para tan gran anomalía! ¡No comprendí a Dios ni entendí su Ley ni la vida! ¡Un torrente de confusión sin solución llenó mi pensamiento aterrado ante la realidad! ¡Sólo comprendí una cosa, y era que necesitaba morir, debía morir! ¡Y cuando una criatura deja de confiar en su Dios y Creador, se vuelve desgraciada! ¡Es un miserable, un demonio, un condenado!, ¡Quiere el abismo, busca el abismo, se precipita en el abismo!...

“Me precipité”...

No sé qué malvadas sugerencias esparció mi elocuencia blasfema por el ambiente mórbido de nuestra enfermería. Lo que sí sé es que la triste asamblea se dejó caer hacia las vibraciones faltas de armonía, entregándose al llanto dolorido y a crisis impresionantes, en especial el antiguo exportador de vinos, Jerónimo, y Mario Sobral, el universitario, que eran los que más sufrían. Yo mismo, mientras proseguía en mi angustiosa exposición, infectada de conceptos enfermizos, retrocedía mentalmente a las situaciones temerarias de mi pasada vida carnal, a las fases doloridas que me habían deprimido crudamente y las lágrimas volvían a correr por mis mejillas mortificadas, mientras nuevamente se me oscurecía la visión y las tinieblas sustituían a los dulces detalles de los coordinados azules, flotantes, y de las rosas trepadoras en las columnas de los balcones.

Acudieron algunos enfermeros solícitos a ver lo que pasaba, ya que el incidente no estaba previsto. En el Hospital María de Nazaret el enfermo, rodeado de las

emanaciones mentales vivificantes de sus tutelares y dirigentes, bañados por ondas magnéticas saludables y generosas, que tenían por objetivo beneficiarle, debería ayudar al tratamiento conservándose silencioso, sin entretenerte jamás en conversaciones sobre asuntos personales.

Convenía reposar, tratar de olvidar el pasado tormentoso, barrer recuerdos chocantes, rehaciéndose cuanto fuese posible de las largas dilaceraciones que desde hacía mucho le atravesaban. Fuimos advertidos, por tanto, como infractores de uno de los más importantes reglamentos internos. Y no podíamos disculparnos alegando ignorancia, porque, a lo largo de las paredes había letreros fosforescentes que a cada momento despertaban nuestra atención con permanentes peticiones de silencio, mientras la propia institución daba el ejemplo moviendo su constante actividad bajo el control de una sabia discreción.

Y, aunque bondadosamente, dijeron que una reincidencia implicaría otras medidas por parte de la Dirección, como la transferencia para el Aislamiento, pues, si se repetía el hecho, produciría disturbios de consecuencias imprevisibles, no sólo para nuestro estado general, sino también para la disciplina del hospital, que debía ser rigurosamente observada, lo que nos llevó a percibir que eran más austeras las reglas en el Aislamiento y más temible su disciplina. Y para evitar esa medida tan extrema, se estableció una severa vigilancia en nuestra dependencia. Desde aquel momento, un guardia del regimiento de lanceros hindúes, acuartelados en el Departamento de Vigilancia, fue designado para la guardia en nuestros apartamentos.

Cerca de un cuarto de hora después, un joven enfermero rubio y risueño, al que habíamos visto al entrar en el hospital y que nos recibió junto con Romeu y Alceste, nos visitó acompañado de dos trabajadores de la casa; e, irradiando simpatía, fue diciendo afectuosamente:

—Amigos míos, me llamo Joel Steel, soy —o fui, como quieran— portugués pero de origen inglés. En verdad el viejo Portugal fue siempre muy querido a mi corazón... Jamás pude olvidar los días venturosos que en su seno generoso pasé... Fui feliz en Portugal... pero después... los hados me arrastraron para el País de Gales, cuna natal de mi querida madre, Doris Mary Steel da Costa, y entonces... Bien, es como compatriota y amigo que os invito al gabinete quirúrgico para que seáis sometidos a los exámenes necesarios, para iniciar los trabajos de cirugía...

Nos preparamos, esperanzados. ¡No deseábamos otra cosa desde hacía mucho tiempo! Los dolores que sentíamos, nuestra indisposición general, reflejando penosamente lo que había sucedido con el cuerpo físico, nos hacían desear hacía tiempo la visita de un médico.

Mario y Juan, cuyo estado era delicado, fueron transportados en camillas, mientras los demás les seguíamos apoyados en los brazos fraternos de los enfermeros bondadosos. Pude entonces observar algo de esa casa magnánima asistida por la cariñosa protección de la excelsa Madre del Nazareno.

No sólo el excelente conjunto arquitectónico era digno de admiración. También el montaje, los grandiosos equipos, conjunto de piezas extraordinarias, apropiadas a las necesidades de la clínica en el astral, demostrando el elevado grado que había alcanzado la Medicina allí, aunque el lugar donde nos encontrábamos no era una zona adelantada de la Espiritualidad.

Médicos dedicados y diligentes atendían solícitamente a los míseros necesitados de su servicio y protección. Se reflejaba en sus rostros bondadosos el compasivo interés del ser superior por el más frágil, de la inteligencia preocupada por el hermano infeliz todavía inmerso en las tinieblas de la ignorancia. Pero no todos vestían uniformes a lo hindú. Muchos llevaban largas batas vaporosas y blanquísimas, parecidas a túnicas, de un tejido fosforescente...

No asistí a lo que ocurrió con mis compañeros de desdichas. Pero, en cuanto a mí, al llegar al pabellón reservado a las labores asistenciales, fui transferido de los cuidados de Joel Steel para los del joven doctor Roberto de Canalejas, que me llevó a una dependencia, donde mi periespíritu fue sometido a exámenes minuciosos e importantes. Allí me atendieron Carlos de Canalejas, padre del joven Roberto, venerable anciano, antiguo facultativo español que había hecho de la Medicina un sacerdocio, página heroica de abnegación y caridad digna del beneplácito del Médico Celeste, y Rosendo, uno de los psicólogos hindúes que nos ayudaron a nuestra llegada. Roberto asistió a esa labor como siguiendo las lecciones de los maestros en los santuarios de la Ciencia, lo que demostraba que se encontraba todavía en aprendizaje de esa medicina local.

Mi periespíritu recibió socorros físico-astrales justamente en las regiones correspondientes a las que, en el cuerpo físico, fueron afectadas por el proyectil del arma de fuego que utilicé para el suicidio, es decir, el aparato faríngeo, auditivo, visual y cerebral, pues la herida alcanzó toda esa delicada región de mi infeliz envoltorio carnal.

Era como si yo, cuando fui un hombre encarnado (y realmente así es con todas las criaturas) poseyese un segundo cuerpo, molde o modelo del que fuera destruido por el acto brutal del suicidio; como si yo fuera el “doble” y el segundo cuerpo, poseyendo la facultad de ser indestructible, se resintiese cuando le sucediese algo al primitivo, como si extrañas propiedades acústicas mantuviesen repercusiones vibratorias capaces de prolongarse por tiempo indeterminado, haciendo enfermar a aquél.

Sé que los tejidos semimateriales de las regiones ya citadas de mi periespíritu, profundamente afectadas, recibieron sondas de luz, baños de propiedades magnéticas, bálsamos quintaesenciados e intervenciones de sustancias luminosas extraídas de los rayos solares, que extraían de ellos fotografías y mapas con movimiento y sonoros, para análisis especiales; y que esas fotografías y mapas más tarde los llevarían a la “Sección de Planificación de Cuerpos Físicos”, del Departamento de

Reencarnación, para estudios concernientes a la preparación de la nueva vestidura carnal que necesitaría para el retorno a las pruebas y expiaciones en la Tierra, que yo creía haber podido evitar con mi gesto suicida.

Sometido al extraño tratamiento y envuelto en aparatos sutiles, luminosos, trascendentales, permanecí una hora, durante la cual el viejo doctor y el hindú se desvelaron cariñosamente, reanimándome con palabras de coraje, exhortándome a la confianza en el futuro, a la esperanza en el supremo amor de Dios. Y también sé que fui la causa de duros trabajos, incluso de fatigas para aquellos abnegados servidores del bien de quienes exigí preocupaciones, obligándoles a deducciones profundas hasta que en mi periespíritu se extinguiesen las corrientes magnéticas afines con el cuerpo físico, que mantenían el clamoroso desequilibrio que ninguna expresión humana podría describir.

El “cuerpo astral”, es decir, el periespíritu –o mejor, el “físico-espiritual”– no es una abstracción, ni una figura incorpórea, etérea, como se pueda suponer. Es, al contrario de eso, una organización viva, real, sede de las sensaciones, donde se imprimen y repercuten todos los acontecimientos que impresionan la mente y afectan al sistema nervioso, al que dirige.

En ese envoltorio admirable del alma –de la esencia divina que en cada uno de nosotros existe, señalando el origen del que provenimos–, persiste también una sustancia material, aunque quintaesenciada, que le permite enfermar y resentirse, ya que semejante estado de materia es muy impresionable y sensible, de naturaleza delicada, indestructible, progresiva, sublime, no pudiendo, por eso mismo, padecer, sin grandes problemas, la violencia de un acto brutal como el suicidio, para su envoltorio terrestre.

Mientras recibía tantos cuidados médicos crecían más mis dudas en cuanto a mi situación. ¡Muchas veces, durante la desesperante permanencia en el Valle Siniestro, llegué a creer que había muerto, oh, sí! Y que mi alma condenada expiaba en el infierno los tremendos desatinos practicados en vida. Ahora, sin embargo, más sereno, viéndome internado en un buen hospital y sometido a intervenciones quirúrgicas, aunque sus métodos fuesen diferentes a los que me eran habituales, una nueva incertidumbre inquietaba mi espíritu:

¡No! ¡No era posible que yo hubiese muerto!...

¿Sería esto la muerte?... ¿Sería la vida?...

En un momento dado de aquel primer día, llorando desconsolado bajo las desveladas atenciones de Carlos y Rosendo, grité excitado, febril, incapaz de contenerme por más tiempo:

–¿Pero, al final, donde estoy?... ¿Qué pasó?... ¿Estaré soñando?... ¿Morí o no morí?... ¿Estaré vivo?... ¿Estaré muerto?...

Me atendió el cirujano hindú, sin detenerse en la delicada actuación. Mirándome con dulzura, tal vez para demostrar que mi situación le causaba lástima o compasión, escogió el tono más persuasivo de expresión, y respondió, sin dejar margen a segundas interpretaciones:

—¡No, amigo mío! ¡No moriste ni morirás jamás... porque la muerte no existe en la Ley que rige el Universo! Lo que pasó fue, simplemente, un lamentable desastre con tu cuerpo físico, aniquilado antes de la ocasión oportuna por un acto mal orientado de tu razón... La vida, sin embargo, no residía en aquel cuerpo y sí en este que ves y sientes ahora, que es el que realmente sufre, vive y piensa y que posee la cualidad sublime de ser inmortal, mientras que el otro, el de carne, que rechazaste, aquel, apropiado sólo para su uso en la Tierra, ya desapareció bajo la sombría losa de una tumba, como ropaje temporal de este otro que está aquí... Cálmate, ya... Comprenderás mejor a medida de que te vayas restableciendo...

Me trajeron en camilla a la enfermería. Mi estado requería reposo. Me sirvieron un caldo reconfortante, pues tenía hambre y me dieron de beber agua cristalina para mi sed. Alrededor, el silencio y la quietud, envueltos en ondas de bienestar y beneficencia, invitaban al recogimiento. Obedeciendo a la caritativa sugerición de Rosendo, traté de dormir, mientras la desilusión, fruto de la inapelable realidad, hacía resonar en mi mente atormentada:

—¡La vida no residía en el cuerpo físico, que destruiste, y sí en este que ves y sientes ahora, que posee la cualidad sublime de ser inmortal!

CAPITULO IV

JERÓNIMO DE ARAÚJO SILVERA Y FAMILIA

No teníamos noticias de nuestra familia ni amigos. Una punzante añoranza, como ácido corrosivo que roía nuestros sentimientos, lanzaba sobre nuestros corazones infelices la decepcionante amargura de mil angustiosas incertidumbres. Muchas veces, Joel y Roberto nos sorprendían llorando a escondidas, suspirando por nombres queridos que jamás oíamos pronunciar. Caritativamente, esos buenos amigos nos reanimaban con palabras de coraje, afirmando que esa contrariedad era pasajera, pues íbamos suavizando nuestra situación, y eso resolvería los problemas más urgentes.

No obstante, teníamos permiso para informarnos de las visitas mentales y votos fraternos de paz y felicidad futuras así como cualquier gentileza emanada del amor, y que proviniesen de los entes queridos dejados en la Tierra o de los simpatizantes además de los que nos amasen en las moradas espirituales, interesándose por nuestro restablecimiento y progreso. Siempre que esos pensamientos fuesen irradiados por una mente verdaderamente dirigida a lo Alto, nos eran transmitidos por un medio muy curioso y eficiente, que nos dejaba perplejos, dado nuestro desajuste espiritual, pero que posteriormente comprendimos que se trataba de un acontecimiento natural y frecuente en los lugares del Astral intermedio.

Existía en cada dormitorio un aparato muy delicado con sustancias electromagnéticas, que, acumulando un potencial de atracción, selección, reproducción y transmisión, reflejaba en una pantalla, que formaba parte del mismo, cualquier imagen y sonido que benévolas y caritativamente nos fuesen dirigidos. Cuando un corazón generoso, perteneciente a nuestras familias o incluso de los desconocidos, lanzaba vibraciones fraternas por la inmensidad del espacio, al Padre altísimo invocando merced para nuestras almas enlutadas por los sinsabores, éramos inmediatamente informados por una luminosidad repentina, que, traduciendo el balbuceo de la oración, reproducía también la imagen de la persona operante, lo que, a veces, nos sorprendía sobremanera, viendo que personas fuera de nuestro entorno afectivo se presentaban frecuentemente en el espejo magnético, mientras que otras, muy estimadas por nosotros, raramente mitigaban las asperezas de nuestra situación con el bálsamo de la oración. Sabíamos de esta forma lo que pensaban sobre nosotros, de las súplicas dirigidas a la Divina potestad y de todo el bien que nos pudiesen desear o practicar a nuestro favor.

Lamentablemente, ese hecho, que tanto podía aminorar la soledad en que vivíamos, que era como un bálsamo para nuestras añoranzas, era poco frecuente en

el hospital, referente a los afectos dejados en la Tierra, ya que el genial aparato sólo era susceptible de registrar las invocaciones sinceras, aquellas que, por la naturaleza sublimada de las vibraciones emitidas en el momento de la oración, pudiesen armonizarse a las ondas magnéticas transmisoras capaces de romper las dificultades naturales y llegar a las mansiones excelsas, donde la oración es acogida entre fulgores y bendiciones.

Sin embargo, esto no nos brindaba la posibilidad de obtener noticias respecto a la persona que lo practicaba, tal como lo desearíamos. ¡De ahí las angustias amargas, y la añoranza por sentirnos olvidados, privados de cualquier informe!

No obstante, esos instrumentos de transmisión incesantemente revelaban que éramos recordados por habitantes del Más Allá. Desde otras zonas astrales, así como de otros lugares de nuestra propia Colonia, llegaban votos fraternos de paz, alivio amistoso y ánimo para los días futuros. Oraban por nosotros en súplicas ardientes, no sólo invocando el amparo maternal de María para nuestras inmensas debilidades, sino también la intervención misericordiosa del Maestro Divino.

De la Tierra no eran raras las veces que los discípulos de Allan Kardec, con cristiana actitud, se reunían periódicamente en lugares secretos, como los antiguos iniciados en el secreto de los santuarios, y, respetuosos, obedeciendo a impulsos fraternos por amor al Cristo Divino, emitían pensamientos caritativos en nuestro favor, visitándonos frecuentemente a través de cadenas mentales vigorosas que la oración santificaba, llenas de ternura y compasión, que caían en el fondo de nuestras almas crucificadas y olvidadas, como fulgores de consoladora esperanza.

No obstante, no era sólo eso.

Procedentes de zonas espirituales más favorecidas, entraban en nuestra región caravanas fraternas, de espíritus en estudio y aprendizaje, asistidas por mentores, para traer su piadosa solidaridad en visitas que nos calmaban mucho. Así hicimos buenas relaciones de amistad con individuos moralmente mucho más elevados que nosotros, que no desdeñaban honrarnos con su estima. Esas amistades y afectos serían duraderos, porque estaban basados en el desinterés y en los elevados principios de la fraternidad cristiana.

Sólo mucho más tarde se nos concedió la satisfacción de recibir las visitas de los entes queridos que nos habían precedido en la tumba. Aun así, debíamos contentarnos con visitas rápidas, pues el suicida está en la vida espiritual como el sentenciado en la sociedad terrena: no es una situación normal, vive en un plano expiatorio penoso donde no es lícita la presencia de otros que no sean sus educadores, mientras que él mismo, dado su precario estado vibratorio, no puede alejarse del pequeño círculo en que se mueve... hasta que los efectos de la calamitosa infracción sean totalmente expurgados.

—...Y serás atado de pies y manos, lanzado en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. De allí no saldrás mientras no pagues hasta el último cetil... —aviso el celeste Instructor, prudentemente, hace muchos siglos.

En los primeros días que siguieron a nuestra admisión a ese Instituto del astral se produjeron dos acontecimientos de profundo significado para el ajuste de nuestras fuerzas al plano espiritual. Dedicaremos el presente capítulo al más sensacional, reservando para el siguiente la exposición del segundo, no menos importante, por la lección decisiva que nos proporcionó.

Cierta mañana, nos comentó el joven Dr. Roberto de Canalejas que estábamos invitados a una importante reunión para esa misma tarde, debiendo todos los recién llegados reunirse con el director del Departamento al que estábamos confiados en ese momento, para aclaraciones de interés general.

Jerónimo, cuyo malhumor se agravaba alarmantemente, declaró no desear comparecer a la misma, puesto que no se creía obligado a obediencias serviles por el simple hecho de encontrarse hospitalizado, y que además sólo se interesaría por la obtención de noticias de su familia. Roberto, sin embargo, dijo delicadamente, sin muestras de ninguna irritación, que era portador de una invitación y no de una orden, y que, por eso mismo, ninguno de nosotros sería forzado a asistir.

Avergonzados ante la actitud grosera del compañero, nos quedamos sorprendidos y agradecimos con la mejor sonrisa que pudimos la honra que nos dispensaban.

En ese momento ya estábamos sometidos a un tratamiento especializado, que más adelante trataremos y que tampoco aceptaba nuestro compañero, el hermano de la Santísima Trinidad de Lisboa, cuando supo que la terapia se basaba en las fuentes magnético-psíquicas, asuntos que no admitía en absoluto. No obstante, impaciente y displicente, se dirigió al bondadoso facultativo, después del incidente, y dijo, sin acordarse ya de su lamentable actitud anterior:

—Sr. Doctor, necesito algo de usted, confiando en los sentimientos generosos que adornan su noble carácter...

Roberto de Canalejas que, antes de ser un espíritu convertido al bien y dedicado trabajador de la fraternidad, había sido en la sociedad terrena un perfecto caballero, esbozó una sonrisa indefinible y respondió:

—Estoy a su entera disposición, amigo ¿En qué puedo atenderle?...

—Es que... tengo la necesidad imperiosa de dirigir una petición a la benemérita dirección de esta casa... Me aflico por la falta de noticias de mi familia, que no veo

desde hace mucho... ni siquiera sé desde cuando... En vano he esperado noticias... y ya no me quedan fuerzas para sufrir más esta ansiedad... Deseo obtener el permiso de la digna dirección de este hospital, para ir hasta mi casa, a comprobar los motivos que ocasionan tan ingrato silencio... No me visitan los míos... No recibo cartas... ¿Es posible que Ud. exponga esto al Sr. Director? ¿No prohibirán esta actitud los reglamentos internos?...

Como se puede observar, el pobre ex-comerciante de Oporto parecía no darse cuenta de la situación en que se encontraba, y, se perdía más que los demás en un desorden mental, entre los estados terrestre y espiritual.

—¡De ningún modo, querido amigo! ¡No existe prohibición! ¡El director de este establecimiento tendrá la satisfacción de oírle!, —afirmó el paciente médico.

—Podré hacer hoy mismo la petición?...

—Tramitaré la solicitud... y Joel le comentará el resultado...

Una media hora después, Joel volvía a la enfermería para comunicar al afligido enfermo que el director le recibiría personalmente en su despacho. Venía, sin embargo, pensativo, y descubrimos un acento de pesar en su semblante generalmente sonriente.

Nuestro compañero que era, entre los diez, el más rebelde e indisciplinado, exigió que Joel le devolviese el traje que le retiraron a la entrada, pues le repugnaba presentarse al despacho del director envuelto en una fea bata de enfermo, tal como nos encontrábamos todos.

Joel, muy serio, le devolvió enseguida su indumentaria y salieron.

No habían transpuesto aun la galería inmensa, hacia donde daban las puertas de los dormitorios, y de repente, el joven Dr. de Canalejas y uno de nuestros asistentes hindúes entraron en nuestra habitación, diciéndonos:

—Queridos amigos, os invitamos a acompañar a vuestro amigo Jerónimo de Araújo Silveira en la peregrinación que desea realizar. Somos conscientes de que ninguno de vosotros se siente satisfecho con los reglamentos de esta casa, que de ningún modo intercepta noticias provenientes de los planos terrestres. Sin embargo, debemos informaros que, si eso fuese posible, sería por vuestro bien aunque no exista una formal prohibición para una rápida visita a la Tierra, como veréis dentro de poco.

Atended en este aparato de visión a distancia que ya conocéis, y acompañad los pasos de Jerónimo desde este momento. Si obtiene el permiso, como así espero dada su insistencia en ello, haréis con él el viaje que tanto desea para ver a su familia, sin que os mováis de aquí... Y mañana, si todavía deseáis bajar a vuestros antiguos hogares en visita prematura, seréis atendidos inmediatamente... para que la rebeldía que hiere vuestra mente no retrase más la adquisición de nuevas tendencias que os

puedan beneficiar en el futuro... Todos los demás enfermos en idénticas condiciones reciben la misma sugerencia en este momento...

Se acercó al aparato y lo amplificó hasta que pudiese reflejar la imagen de un hombre en tamaño natural. Perplejos e interesados, dejamos el lecho, que raramente abandonábamos, para situarnos ante la pantalla que comenzaba a iluminarse. Nos hicieron sentar cómodamente, en los sillones que había el recinto, mientras aquellos celosos colaboradores del Bien tomaron lugar a nuestro lado. Era como si aguardásemos el inicio de una pieza teatral.

De repente Joel surgió ante nosotros, tan visible y natural, destacándose en el mismo plano en que nos encontrábamos, que creímos que estaba dentro de la enfermería, o que nosotros le acompañábamos... Sostenía a Jerónimo por el brazo... caminando en busca de la salida de servicio... y tan intensa se iba volviendo la sugerencia que nos llegamos a olvidar que, en verdad, continuábamos cómodamente sentados en sillones, en nuestro aposento...

Más real que el cine y superior a la televisión actual, ese magnífico receptor de escenas, tan usado en nuestra Colonia y que tanta admiración nos causaba, en esferas más elevadas es muy superior, evoluciona hasta alcanzar lo sublime en el auxilio para la instrucción de espíritus que necesitan adquirir valores teóricos que les permitan superar, en el futuro, pruebas decisivas en las luchas terrenas, buscando y seleccionando, en el espacio celeste, el propio pasado del globo terráqueo y de su humanidad, historia y civilizaciones, así como el pasado de los individuos, si es necesario, que se encuentran esparcidos y confundidos en las ondas etéreas que se agitan, se eternizan por lo Invisible, y permanecen fotografiados, impresos como en un espejo en dichas ondas, conservándose con otras imágenes, tal como en la conciencia de las criaturas se imprimen también sus propios hechos, sus acciones diarias.

De esta forma atravesamos algunas alamedas del parque blanco y alcanzamos el edificio central, donde se encontraba la dirección de aquel grupo de científicos iniciados que trabajaban en el hospital.

Jerónimo llegó a la antesala del despacho del director y Joel se retiró dejándole en manos de un asistente, que le hizo pasar a una sala donde las amplias ventanas permitían la vista hacia el jardín. Era un despacho, una especie sala de visita, adornado al estilo hindú. Un perfume sutil, de alguna esencia desconocida para nuestro olfato, nos deleitó, al mismo tiempo que despertaba aún más nuestra admiración por la excelencia del aparato que teníamos delante. Una leve cortina, flexible y centelleante, se agitó en la puerta y el director general del hospital se presentó.

De un salto, el pobre Jerónimo que se había sentado, procuró levantarse y su primer gesto fue de fuga, en la que se vio interceptado por su acompañante.

Ante sí estaba un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, rigurosamente trajeado a lo hindú, con un turbante blanco donde centelleaba una hermosa esmeralda, una túnica de grandes mangas, la faja a la cintura y sandalias típicas. El rostro, moreno, era de una pureza clásica de líneas, y de sus ojos brillantes y penetrantes se desprendían chispas de inteligencia y penetración magnética. En el anular de la mano izquierda llevaba una gema preciosa, semejante a la del turbante, que le distinguía, quizás como maestro de los demás componentes del grupo de médicos al servicio del Hospital María de Nazaret.

Asombrados como el propio Jerónimo, nos sentimos vivamente atraídos por la noble figura.

El asistente Romeu, pues así se llamaba, dijo al director:

—Querido hermano Teócrito, aquí está nuestro hermano Jerónimo de Araújo Silveira, que tanto nos viene preocupando... Desea visitar a su familia en la Tierra, pues cree no poder resignarse más a la obediencia de los principios de nuestra institución... Y afirma que prefiere la acumulación de pesares a esperar una mejor ocasión para lo que desea...

Irreverente, el presentado interrumpió con nerviosismo:

—¡Eso es cierto, Sr. Príncipe! —Pues se imaginaba en presencia de un soberano— Prefiero envolverme nuevamente en el remolino del dolor del cual salí hace poco, a soportar por más tiempo la añoranza que sufro por la falta de noticias de mi familia... Si, realmente, no existe una prohibición intransigente en las leyes que permiten esa posibilidad, ruego a la generosidad de vuestra alteza la concesión para volver a ver a mis hijos... ¡Oh! ¡A mis queridas hijas! ¡Cómo son de hermosas, señor! Son tres y un varón; Arinda, Marieta, Margarita, que dejé con siete años, y Albino, que contaba ya los diez... ¡Sufro de tanta añoranza, Dios mío! mi esposa se llama Zulmira, una bonita mujer, y bastante educada... Me desespero y no consigo calma para comprender mi rara situación actual... Y por eso ruego humildemente a vuestra alteza compadecerse de mi angustia

Los ojos chispeantes del director cayeron enterneados sobre el espíritu intranquilo de ese hombre que tardaría todavía a aprender a dominarse. Le contempló bondadosamente, con pena ante la desarmonía mental del suplicante, adivinando las grandes luchas que necesitaría hasta llegar a la renuncia o la conformidad. Sorprendido, Jerónimo, que creía estar ante los acostumbrados burócratas terrenos a los que estaba acostumbrado, percibió en aquella mirada indagadora la humildad de una lágrima oscilando en las pestañas.

El noble varón le tomó dulcemente del brazo, y le hizo sentar delante de él, en un cómodo cojín, mientras Romeu, de pie, observaba respetuosamente. El hindú ofreció al suicida un vaso de agua cristalina que le sirvió él mismo. El portugués la

sorbió, incapaz de rechazarlo y después, más sereno, tomó la actitud de espera para el resultado de su solicitud.

—¡Amigo mío! ¡Jerónimo, hermano! —dijo Teócrito. Antes de responder a tu petición, debo aclararte que, no soy un príncipe, como supones, y, por eso mismo, no tengo el título de alteza. Soy, simplemente, un espíritu que fue un hombre que, habiendo vivido, sufrido y trabajado en varias existencias sobre la Tierra, aprendió, en ese viaje, algo que se relaciona con la propia Tierra. Un siervo de Jesús Nazareno, es lo que me honro de ser, aunque muy modesto, pobre de méritos, rodeado de señores. Un trabajador humilde que, junto a vosotros, que sufrís, ensaya los primeros pasos en el cultivo de la viña del Maestro Divino, destinado temporalmente, y por su orden magnánima, para los servicios de María de Nazaret, su augusta Madre.

Entre nosotros dos, Jerónimo —tú y yo—, hay muy pequeña diferencia, una corta distancia: que he vivido mayor número de veces sobre la Tierra, sufrí más, trabajé un poco más, aprendiendo, por tanto, a resignarme mejor, a renunciar siempre por amor a Dios, y a dominar las propias emociones; observé, luché con más ardor, obteniendo, así, una mayor experiencia. No soy, como ves, soberano de estos dominios, y sí un simple operario de la Legión de María, única majestad que gobierna este Instituto Correccional donde te encuentras temporalmente. Un hermano tuyo más viejo, aquí está la verdadera cualidad que en mí debes ver... sinceramente deseo colaborar en la solución de los graves problemas que sufres... Llámame pues, hermano Teócrito, y acertarás...

Hizo una breve pausa extendiendo los bellos ojos por la amplitud nebulosa que se adivinaba a través de las ventanas, y prosiguió:

—¿Deseas volver a ver a tus hijos, Jerónimo?... ¡Es justo, amigo mío! Los hijos son parcelas de nuestro ser moral, cuyo amor nos proporciona emociones supremas, pero frecuentemente también nos ofrecen serios disgustos. Comprendo tus ansias violentas de padre amoroso, pues sé que amaste a tus hijos con sinceridad y desprendimiento. Conozco la dureza de tus dudas actuales, alejado de tus seres queridos que allá quedaron, en Oporto, huérfanos de tu dirección y amparo. Yo también fui padre y también amé, Jerónimo. Teniendo en cuenta tus sentimientos y comparándolos con los míos, me pareció bien antes que mal tu petición, por lo mucho que dice en favor de tu respeto por la familia. Sin embargo, de ningún modo te aconsejaría que dejes este recinto, donde tan penosamente te deshaces, de las influencias de los ambientes terrestres, aunque sea sólo por una hora, para buscar informes de tus hijos...

—¡Señor! Con el debido respeto a vuestra autoridad, suplico commiseración... Se trata de una visita rápida... os doy mi palabra de honor que volveré... pues bien sé que soy sólo un prisionero... —dijo impaciente, perdiéndose nuevamente en sus habituales confusiones mentales.

—Aun así, no aprobaré la realización de ese deseo en este momento, aunque lo vea justo... ¡Frena un poco más los impulsos de tu carácter, Jerónimo! Aprende a dominar tus emociones, a retener ansiedades, volviendo a un equilibrio bajo la protección santa de la esperanza. Recuerda que fueron esos impulsos desequilibrados, basados en la falta de resignación, en la impaciencia y la falta de sentido común, los que te llevaron a la violencia del suicidio. ¡Verás, sí, a tus hijos! Sin embargo, en tu propio beneficio te pido que estés de acuerdo en dejar el proyecto para de aquí a algunos pocos meses... cuando estés mejor preparado para enfrentar las consecuencias que se produjeron después de tu desordenado gesto. Jerónimo, no te preocupe someterte al tratamiento conveniente a tu estado, como lo hacen bienamente tus compañeros, confiando en los servidores leales que desean ayudarlos con amor y desprendimiento. Acude a la reunión de hoy por la noche, porque obtendrás de ella inmensos beneficios mientras que una visita a la Tierra en este momento, el contacto con la familia, en las precarias condiciones en que te encuentras, iría en contra de los planes ya elaborados para que logres la tan necesaria reorganización de tus fuerzas...

—Pero... yo no tengo serenidad para ningún proyecto futuro mientras no sepa de ellos, señor... ¡Oh, Dios del Cielo! ¡Margarita, mi pequeña, que allá quedó, con siete años, tan rubia y tan linda!...

—Ya pediste al Señor Todopoderoso, tener valor para la resignación de una prudente espera, que estaría coronada por el éxito?... Queremos tu bienestar, Jerónimo, nuestro deseo es ayudarte a alcanzar una situación que te dé tregua para la necesaria rehabilitación... Vuélvete hacia María de Nazaret, bajo cuyos cuidados fuiste acogido... es preciso que tengas buena voluntad para elevarte al bien. Ora... procura ponerte en contacto con las vibraciones superiores, capaces de empujarte a la redención... Es indispensable que lo hagas por libre y espontánea voluntad, porque no te podremos obligar a hacerlo ni podríamos hacerlo por ti... ¡Renuncia, pues, a ese proyecto contraproducente y confía en nuestros buenos deseos de auxilio y protección hacia ti!

Pero el ex-comerciante de Oporto era inaccesible. El carácter rebelde y violento, que en un instante de voluntariedad siniestra prefirió la muerte a tener que luchar para imponerse a la adversidad, replicó impaciente, no comprendiendo la sublime caridad que recibía:

—¡Confiaré, señor... hermano Teócrito... viviré de rodillas a los pies de todos vosotros, si es necesario!... pero después de volver a ver a mis seres queridos y enterarme de las razones por las que me abandonaron, superando, de algún modo, esta añoranza que me despedaza...

Cumplido su deber de consejero, Teócrito comprendió que sería inútil insistir. Contempló a Jerónimo deshecho en lágrimas y murmuró tristemente, mientras Romeu sacudía la cabeza, con pena:

—¡Dices una gran verdad, pobre hermano! ¡Sí! ¡Sólo después!... ¡Sólo después encontrarás el camino de rehabilitación!... ¡Hay tendencias que sólo los duros agujones del dolor pueden corregir, encaminándolas hacia el deber!... ¡Aún no sufriste lo suficiente para acordarte que desciendes de un Padre Todo misericordioso!...

Se quedó algunos instantes pensativo y continuó:

—Podríamos evitar este incidente, impedir la visita y castigarte por la actitud tomada. Tenemos autoridad y permiso para eso. ¡Pero éstas aún demasiado materializado, padeciendo, por tanto, muchos prejuicios terrestres, para que nos puedas comprender!... Además, nuestros métodos, que son persuasivos y no punitivos, serían incompatibles con una prohibición intransigente, aunque la razón nos asista... Sin embargo, consultaré a nuestros Instructores del Templo, como es nuestra obligación en dilemas como el que acabas de crear...

Se concentró firmemente, retirándose hacia un comportamiento secreto, contiguo al despacho. Se comunicó telepáticamente con la dirección general del Instituto, que estaba al lado del Templo, y, después de un corto espacio de tiempo, volvió, dando la respuesta final:

—Nuestros orientadores mayores te permiten libertad de acción. Aunque una entidad en tus condiciones no pueda disfrutar de la libertad de un espíritu libre de las ataduras carnales, no podemos obligarte a deberes que te repugnarían. Visitarás a tus seres queridos en la Tierra... Irás, por tanto, a Portugal, a la ciudad de Oporto, donde residías, a Lisboa, tal como deseas... Y como la ternura paternal del Creador lleva a extraer, muchas veces, de un acto imprudente o condenable, ejemplos saludables para el propio delincuente o para su observador, estoy convencido de que tu inconsecuencia no será estéril para ti mismo ni dejará de agrandar profundas advertencias para cuantos de buena voluntad las conozcan. Atiende sin embargo, lo siguiente, querido Jerónimo; dejando de aceptar nuestros consejos y sublevándote contra los reglamentos de este Instituto, cometerás una falta cuyas consecuencias recaerán sobre ti mismo. Esa visita será realizada bajo tu exclusiva responsabilidad. No hay permiso para ella: es tu libre albedrío el que la impone. Si el descontento con el resultado de ella excede de tu capacidad para el sufrimiento, dirigirás las quejas contra ti mismo, porque nuestros esfuerzos sólo se emplean en dulcificar infortunios y evitarlos cuando son innecesarios... Por eso mismo dejamos de daros las tan deseadas noticias por los medios que disponemos... pues la verdad es que no había necesidad de alejarte de aquí para obtenerlas...

Se volvió hacia el asistente y prosiguió:

—Prepárenle para que vaya... Satisfagan los caprichos sociales terrenos... porque muy rápido va a detestar la Tierra... Que le dejen actuar como desea... La lección será amarga, pero le dará una más rápida comprensión y por tanto una oportunidad de progreso...

Se hizo una pausa en la secuencia de la reproducción de los acontecimientos. Sufríamos una gran ansiedad mientras censurábamos al compañero por su comportamiento. Estábamos de acuerdo en atribuir a la mala educación de Jerónimo la falta de respeto manifiesta a los reglamentos de la noble Institución, cuando fuimos interrumpidos por los servidores presentes:

—Es cierto que la buena educación social favorece la adaptación a los ambientes espirituales. Sin embargo, no lo es todo. Los sentimientos depurados, el estado mental en armonía con los principios elevados, las buenas cualidades del carácter y del corazón, que conforman la “buena educación” moral, son los que constituyen el elemento primordial para una prometedora situación en el Más Allá... siempre que un suicidio no venga a anular esa posibilidad...

—¿No podrían los responsables de esta casa dar las noticias solicitadas, sin que el enfermo se arriesgase a un viaje de penosas consecuencias para su estado general?... —pregunté.

—Sí, si esas noticias favorecen el bienestar del paciente. Además, por regla general, conviene a entidades en vuestras condiciones abstenerse de cualquier choque o emociones que alimenten el estado de excitación en que se encuentran... Las noticias de la Tierra jamás nos reconfortan a ninguno de nosotros, que pertenecemos a la Espiritualidad. Y en este caso es evidente el deseo de la administración de la casa de ocultar al pobre enfermo algo que le va a herir profundamente, sin necesidad. Si se sometiese de buena voluntad a los reglamentos protectores, la realidad que verá dentro de poco vendría en un tiempo en que él estuviese suficientemente preparado para afrontarla, lo que evitaría choques muy dolorosos. Su insubordinación le coloca en una situación delicada, razón por la cual fue entregado a su propia inconsistencia, que hará el trabajo educativo con violencia, el mismo trabajo que sus consejeros efectuarían suave y amorosamente...

En un momento volvimos a observar movimientos en la luminosidad del receptor de imágenes. Y lo que entonces pasó excedió tanto nuestras expectativas, que pasamos a sufrir con el desventurado Jerónimo los dramáticos sucesos que sucedieron con su familia después de su muerte.

El asistente Romeu dio órdenes al Departamento de Vigilancia, del cual dependían todos los servicios exteriores de la Colonia. Olivier de Guzmán, su celoso director, apeló a la Sección de Relaciones Externas, para proporcionar dos guías vigilantes, de competencia comprobada, que acompañarían al visitante a la Tierra, pues no era admisible exponer a los peligros de esa excursión a un enfermo de la Legión de los Siervos de María, aún sin experiencia y débil.

Se presentaron –Ramiro de Guzmán–, en el cual reconocimos al jefe de las expediciones que visitaban el Valle Siniestro, bajo cuya responsabilidad salimos de allí; y otra persona cuyo nombre ignorábamos, ambos vestidos con la ya popular indumentaria de los iniciados orientales.

Comenzábamos a comprender que, en ese Instituto modelo, los puestos avanzados, de mayor responsabilidad, las tareas delicadas, que exigían mayor cantidad de energía, voluntad, saber y virtudes, estaban a cargo de esos personajes atractivos y bellos, en quienes comprobamos, desde los primeros días, elevadas cualidades morales e intelectuales.

A las órdenes de Olivier se preparó la expedición, en la que no faltaba siquiera la guardia de milicianos.

Mientras, una transformación sensible se operó en la actitud del pobre Jerónimo. La obsesión de la visita a la familia, perturbándole, le volvía ajeno a todo lo que le rodeaba, reintegrándole más que nunca a su condición cuando era hombre: un burgués rico de Portugal, comerciante de vinos, celoso de la opinión social, esclavo de los preconceptos y cabeza de familia amoroso. Le veíamos ahora visitando una buena capa, una vistosa corbata, bastón de mango dorado y bajo el brazo un ramillete de rosas para ofrecer a su esposa, pues todo había exigido de la paciente vigilancia de Joel, a quien habían recomendado satisfacer sus deseos. Y nuestros mentores, presentes en la enfermería, viendo nuestra admiración, aclaron que, sólo muy lentamente, los espíritus vulgares o muy humanizados consiguen deshacerse de esas pequeñas frivolidades inseparables de las rutinas terrestres.

Rigurosamente vigilado y viajando en un vehículo discretamente cerrado, Jerónimo parecía, en efecto, un prisionero. Él, sin embargo, parecía no darse cuenta de eso ni distinguir realmente la presencia de Ramiro y sus auxiliares, tan abstraído se encontraba, creyendo que viajaba como en otras ocasiones en su vida pasada.

El vehículo arrancó. Si no fuera por la presencia de los guardianes, recordando a cada instante la naturaleza espiritual de la escena, creeríamos que se trataba de un carro que nada tenía de “creación semimaterial”, que la necesidad de los métodos educativos del Más Allá impone, y si de un muy pesado y confortable medio de transporte, que bien podría pertenecer a la propia Tierra.

Vimos que recorrían carreteras sombrías, gargantas cubiertas de nieve, desfiladeros, valles de lodo como pantanos desoladores, cuya visión nos dejaba inquietos, pues nos dijeron nuestros atentos asistentes que tales panoramas eran productos mentales viciados de los hombres terrenos y de infelices espíritus desencarnados, arraigados a las manifestaciones inferiores del pensamiento.

Los viajeros, sin embargo, llegaban a lugares que eran como aldeas miserables, habitadas por entidades pertenecientes a los planos más bajos de lo Invisible, bandoleros y hordas de criminales desencarnados, que embestían al carro, rabiosos,

deseando atacarle por adivinar que su interior contenía a criaturas más felices que ellos. Pero la banderola de blancura inmaculada, llevando el emblema de la respectable Legión, les hacía retroceder atemorizados. Muchos de esos futuros arrepentidos y regenerados —pues tendían todos al progreso y a la reforma moral por derivar, como las demás criaturas, del amor de un creador todo justicia y bondad— se descubrían como si homenajeasen el nombre respetable evocado por la banderola, conservando todavía el hábito, tan común en la Tierra, del sombrero en la cabeza, mientras otros se alejaban gritando y llorando, profiriendo blasfemias e imprecaciones, causándonos pasmo y commiseración... Y el carro proseguía siempre, sin que sus ocupantes se dirigiesen a ninguno de ellos, convencidos de que todavía no había sonado para sus corazones endurecidos en el mal, el momento de ser socorridos para voluntariamente pensar en su propia rehabilitación.

De repente, un grito unísono, aunque discreto, salió de nuestros pechos como un sollozo de añoranza enternecedora, vibrando dulcemente por la enfermería:

—¡Portugal! ¡Patria venerada! ¡Portugal!...

—¡Oh! ¡Dios del Cielo!... ¡Lisboa! ¡El Tajo hermoso y orgulloso!... ¡Oporto! ¡La ciudad de tan gratos recuerdos!...

—¡Gracias, Señor!... ¡Gracias por volver a ver la tierra natal después de tantos años de ausencia y añoranza!...

¡Y llorábamos enternecedos, gratamente emocionados!

Paisajes portugueses, todos muy queridos a nuestros doloridos corazones, nos rodeaban como si, tal como nos dijeron los mentores presentes, formásemos parte de la comitiva del pobre Jerónimo

Gracias a la excelente visualización del receptor, se acentuaba más en nosotros la impresión de que personalmente pisábamos el suelo portugués, cuando la verdad era que no habíamos salido del hospital...

La silueta al principio lejana, de la ciudad de Oporto, se perfiló pálidamente en las brumas tristes que envuelven la atmósfera terráquea, como un dibujo a lápiz en un lienzo ceniciente. Algunos instantes más y la extraña caravana caminaba por las calles de la ciudad.

Algunas calles portuguesas, viejas conocidas de nuestro tumultuoso pasado, desfilaron ante nuestros ojos, cuajados de conmovido llanto, como si también transitásemos por ellas. Agitadísimo, Jerónimo, presintiendo la realidad de aquello que su angustia le susurraba al oído, y que sólo la locura del pavor a lo inevitable se obstinaba inútilmente en encubrir, paró frente a una residencia de buena apariencia, con jardines y balcones, subiendo precipitadamente las escaleras, mientras los tutores se predisponían caritativamente a la espera.

Era su residencia.

El antiguo comerciante de vinos entró desembarazadamente y su primer impulso de afecto y añoranza fue para su hija menor, por quien sentía la más apasionada atracción:

—¡Margarita, hijita querida! ¡Aquí está tu papá!, ¡Margarita!... ¿Mar-ga-ri-ta?... —como la llamaba antes, todas las tardes, al volver al hogar después de las penosas luchas diarias...

Pero nadie acudía a sus amorosas palabras. Sólo la indiferencia, la soledad decepcionante augurando desgracias todavía más duras de las que había soportado su corazón hasta allí, mientras en las profundidades sentimentales de su alma atormentada por múltiples sinsabores, retumbaban desoladoramente los alaridos amorosos, pero inútiles, de su cariño de padre, no correspondidos ahora por la mimosa niña ya alejada de aquel lugar, tan querido por él.

—¡Margarita!... ¿Dónde estás, hijita?... ¡Margarita!... ¡Mira que es tu papito el que llega, hija mía!....

Buscó por toda la casa. Parecía, que habían desaparecido debajo de la luz del Sol todos aquellos pedazos sacrosantos de su alma, que había dejado allí, y que él, único superviviente de la incommensurable catástrofe, no se podía acomodar a la irrefutable realidad de volver a ver deshabitado, dramáticamente vacío, el hogar que tanto había amado...

Llamó a su esposa, y a sus hijos uno a uno, y finalmente a los criados; ¡No veía a nadie! Sin embargo, unas sombras y figuras extrañas, se movían por las habitaciones que pertenecieron a la familia y le dejaban gritar y preguntar sin dignarse responder, no percibiendo su presencia... puesto que se trataba de individuos encarnados, eran los nuevos habitantes de la casa que había sido suya. El propio mobiliario, la decoración interior, todo se presentaba diferente, indicando acontecimientos que le confundían. Sufrió una decepción punzante transformando el primitivo entusiasmo de su alma para dar lugar a una penosa aflicción. Al mirar en un aposento, su mirada se fijó en un calendario colocado en un ángulo de la estufa, cuya hoja indicaba la fecha de ese día. Leyó ahí:

—6 de noviembre de 1903—

Un escalofrío de terror insoportable pasó lúgub्रamente por sus facultades vibratorias. Hizo un esfuerzo inaudito, escudriñando sus recuerdos, sacudiendo el polvo mental de mil ideas confusas que nublaban su claridad de razonamiento. El vértigo de la sorpresa ante la realidad irremediable, que hasta allí había intentado retrasar se hizo patente: ¡no había sido consciente de las fechas durante mucho tiempo! La verdad era que perdió la noción del tiempo sumido en el volcán de las desgracias que sucedieron después de su suicidio. Tan agudo fue el estado de locura en el que se debatió desde ese trágico momento y tan grave la enfermedad que le alcanzó después del choque por la penetración del proyectil en su cerebro,

que, gracias a los tormentos de ahí resultantes, perdió la cuenta de los días, se alucinó dentro de lo desconocido sin averiguar más si los días eran noches, si las noches eran días... pues, en el abismo en el que se vio aprisionado tanto tiempo, sólo existían tinieblas. Para él, para su percepción, la fecha era la misma del día aciago, pues no se acordaba de otra después de esa:

—15 de febrero de 1890—

¡La hojita que tenía delante, indiferente, pero expresiva, sirviendo a una grandiosa causa, le revelaba que había estado ausente de su casa durante trece años!

Salió a la calle corriendo, abatido y aterrorizado frente al choque del pasado con la realidad del presente, la mente confusa y con un gran desconuelo. Preguntaría a los vecinos por el paradero de la familia, que se había mudado en su ausencia. Los lanceros, sin embargo, en la puerta, cruzando las armas, formaron una barrera infranqueable, interceptando su fuga, y obligándole a refugiarse en el interior del carro. Ante las protestas impresionantes del infeliz, descontento con la prisión en la que creía estar, acudieron curiosos y vagabundos del plano invisible, espíritus todavía escondidos en las capas de la Tierra. Entre chanzas y carcajadas le atormentaban con incriminaciones y censuras, de paso que le informaban de lo sucedido a su familia. Ramiro de Guzmán y sus auxiliares no interfirieron para evitar que Jerónimo les oyese, ya que la visita corría bajo su responsabilidad, y sólo les habían recomendado garantizar su regreso a la Colonia dentro de pocas horas.

—¿Pretendes saber el paradero de tu amada familia, oh miserable príncipe de los buenos vinos?... vociferaban los infelices. Pues debes saber fueron todos expulsados de ahí, hace muchos años... Tus acreedores les sacaron la casa y lo poco que, para tus hijos, anduviste ocultando a última hora. Busca a tu hijo Albino en la Penitenciaría de Lisboa. Tu “Margarita” está en las alcantarillas del embarcadero de la Ribeira, vendiendo pescado, haciendo recados y amores a quien se digne remunerarla con más prodigalidad, explotada por su propia madre, tu esposa Zulmira, a quien acostumbraste al lujo exorbitante para tu posición, y cuyo orgullo le impide dedicarse al trabajo digno y a la pobreza... ¿Y tus otras hijas Marieta y Arinda?... ¡Oh! La primera está casada, sobrecargada de hijos enfermizos, luchando en la miseria, pasando hambre, golpeada por un marido ebrio y rudo... La segunda... criada de hoteles de quinto orden, lavando el piso, bruñiendo cacerolas y limpiando botas de viajantes inmundos... ¿Lo oyes y te espantas?... ¿Tiemblas y te aterrorizas?... ¿Por qué?... ¿Qué esperabas, entonces, que sucediese?... ¿No fue esa la herencia que les dejaste con tu suicidio, canalla?....

Y pasaron a insultar al desventurado, intentando atacar el carro para arrebatarlo, lo que fue impedido por la guardia protectora.

No obstante, exigió el rebelde enfermo de la Legión de los Siervos de María que le llevasen donde se encontraba su hijo, que había sido la esperanza de su vida,

aquel brote querido, que tenía diez primaveras cuando él, su padre, le había dejado huérfano, matándose.

Convulsionado bajo el ardor de un llanto insólito, se dio cuenta que le llevaban y que atravesaba los muros siniestros de una cárcel, sin poder distinguir si se encontraba en Oporto o realmente en Lisboa.

¡En efecto! Ahí estaba Albino, metido en una celda sombría, implicado en crímenes de chantaje y latrocínio, condenado a cinco años de prisión y a otros tantos de trabajos forzados en África, como reincidente en las gravísimas faltas. A pesar de la diferencia evidente por trece años de ausencia, Jerónimo reconoció a su hijo, escuálido, pálido, maltratado por los rigores del cautiverio, embrutecido por los sufrimientos y por la miseria, prueba patética del hombre destruido por los vicios...

El antiguo negociante contempló el mísero bulto sentado sobre un banco de piedra, en la penumbra de la celda, con el rostro entre las manos. De los ojos mortecinos, fijos en las losas del piso, caían lágrimas de desesperación, comprendiendo el suicida que el joven sufría profundamente. Un extenso desfile de pensamientos corría por la mente del cautivo, y, dada la circunstancia de la atracción magnética existente entre ambos, pudo Jerónimo enterarse de las conmovedoras peripecias que al desventurado mozo le habían arrastrado hasta allí, apenas salió de la infancia. Como si la presencia de la atribulada alma de Jerónimo impregnase de advertencias telepáticas su sensibilidad, Albino recordó, satisfaciendo, sin saberlo, los deseos de su padre, que ansiaba enterarse de los acontecimientos y, como avergonzado de las malas acciones cometidas, recordaba al progenitor muerto hacia trece años diciendo a su mismo pensamiento, mientras las lágrimas corrían por su rostro y Jerónimo le oía como si hablase en voz alta:

—¡Perdóname, Señor, mi buen Dios! ¡Y ven con tu misericordia a socorrerme en esta emergencia penosa de mi vida! No fue, exactamente, mi deseo el precipitarme en este horror que me atormenta para siempre. ¡Yo quisiera ser bueno, Dios mío, pero me faltaron amigos generosos que me ofreciesen su mano y ocasiones favorables a ser más honesto! Me vi en el abandono después de la muerte de mi padre, siendo todavía una criatura indefensa e inexperta y no tuve recursos para instruirme, para ser un hombre de provecho. Pasé hambre, y eso maltrata al cuerpo y provoca rebelión. Tirité de frío, y el frío, que hiela el cuerpo, también hiela el corazón. Sufrí la angustia de la miseria sin esperanza y sin tregua, la soledad del huérfano que añora su pasado, envejecí en plena juventud, gracias a tantas desilusiones. No me pude acercar a los buenos, honestos y respetables, para que me comprendiesen y ayudasen en la conquista de un futuro digno, porque los antiguos amigos a quien busqué, confiado, me rechazaron con desconfianza, pensando que yo pertenecía a una descendencia marcada por la desonra porque, además, mi madre se perdió tan pronto se vio desamparada y sola.

Me hice un hombre entre los peores elementos de la sociedad. ¡Necesitaba vivir! Me dolía el orgullo herido, la indomable ambición de salir de la miseria que me acosaba sin tregua desde el suicidio de mi pobre padre. Me vi arrastrado a tentaciones perversas, que en mi ignorancia y debilidad, creía que eran soluciones salvadoras... Y cedí a sus seducciones, porque no tuve el amparo orientador de un verdadero amigo que me indicara el camino correcto... ¡Oh, Dios mío! ¡Qué triste es verse huérfano y abandonado, en la infancia, en este mundo repleto de torpezas!... ¡Mi pobre y querido padre! ¿Por qué te mataste, porqué?... ¿No querías a tus hijos, que se perdieron con tu muerte?... ¿Por qué te mataste, padre mío?... ¡Oh! ¿No tuviste siquiera compasión de nosotros?... Me acuerdo tanto de ti... ¡Yo te quería!... ¡Muchas veces, en aquellos primeros tiempos, lloré inconsolable, añorándote, ¡tan bueno eras con nosotros!... ¿Si nos querías, por qué te mataste, porqué?... ¿Por qué preferiste morir, lanzarnos a la miseria y al abandono, a luchar por amor a nosotros?...

¿Por qué no resististe a los sinsabores, teniendo en cuenta que con tu ausencia nos dejabas solos?... ¡Si vivieras y nos hubieras terminado de criar yo sería hoy un hombre útil, respetado y honesto, en lugar de un preso manchado por la deshonra!...

Esas vibraciones sombrías, repercutían en la conciencia del padre suicida como estiletes que rasgaban su corazón. Se sentía el único culpable de los desastres insolubles del hijo, cada vez más intensamente, torturándole a medida que los recuerdos, saliendo de la mente de Albino, desfilaban ante sus ojos aterrados de tránsfuga del deber. Jamás un hombre en la Tierra recibiría una acusación ante ningún tribunal, como la que el desventurado suicida lanzaba contra sí mismo al comprobar los infortunios a través de los recuerdos del hijo, en el escenario de aquél presidio sombrío.

Desorientado, se precipitó hacia el joven, con un deseo incontenible de resarcir tantas y tan profundas amarguras con el testimonio de su presencia, de su interés paternal y su amor presto a extenderle su mano amiga y protectora. Quería disculparse, suplicar su perdón, darle expresivos consejos que le reconfortasen, y le ayudasen a levantar su ánimo. ¡Pero todo era inútil, porque Albino dejaba correr el llanto, sin verle, oírle ni siquiera poder imaginar su presencia a su lado!...

Entonces el mísero se puso a llorar también, emitiendo vibraciones negativas, reconociéndose impotente para socorrer al hijo encarcelado. Y como su presencia, al expresar desaliento y diseminar ondas nocivas de pensamientos dramáticos, podría actuar funestamente sobre la mentalidad frágil del detenido, sugiriéndole quizás el mismo desánimo generador del suicidio, Ramiro de Guzmán y su asistente se aproximaron y neutralizaron sus vibraciones, escondiendo a Albino de su visión.

—Volvamos a nuestra mansión de paz, amigo mío, donde encontrarás descanso para tus atroces penurias... —decía amigablemente el jefe de la expedición. ¡No insistas! ¡Vuélvete al amor de Aquel que, clavado sobre el madero, ofreció a los

hombres y a los espíritus, las reglas de la conformidad en el infortunio, de la resignación en el sufrimiento!... ¡Estás cansado... precisas serenarte para reflexionar, porque, en el delicado estado en que te encuentras, no podrás hacer nada en beneficio de quien quiera que sea!...

Pero, al parecer, Jerónimo aún no había padecido lo suficiente para seguir las advertencias de sus guías espirituales.

—¡No puedo, discúlpeme, señor!... —gritó. ¡No dejaré a mi hija, mi Margarita! ¡Quiero verla! ¡Necesito desenmascarar a la turba de maledicentes que la vienen difamando!... ¡Mi chiquita, tirada al embarcadero de la Ribeira?... ¡Pescadera?... ¡Mandados?... y... ¡Era lo que faltaba!... ¡Imposible, es imposible tanta desgracia acumulada sobre un sólo corazón!... ¡No! ¡No puede ser verdad! ¡Confío en Zulmira! ¡Es madre! ¡Velaría por su hija en mi ausencia! ¡Quiero verla, Dios mío! ¡Necesito ver a mi hija, oh Dios del Cielo!

Sin embargo era cierto, que nuevos y más atroces torrentes de decepciones se iban a derramar sobre su corazón herido, lleno de dolores irreparables.

Todavía a lo lejos, se ofrecía a la visión ansiosa del extraño peregrino la perspectiva del embarcadero de la Ribeira, lleno de personas que iban y venían. Abundaban las vendedoras y recaderas, mujeres que se alquilaban para mandados, de ínfima educación y dudosa honestidad.

Jerónimo se puso a caminar entre los transeúntes, seguido de cerca por sus guardias y el paciente vigilante, que parecía su propia sombra. Angustiosos presentimientos le advertían de la veracidad de lo que afirmaban los “difamadores”. Pero, deseando mentirse a sí mismo, repugnándole aceptar la terrible realidad, miraba una y otra vez las caras de las recaderas; iba, y volvía, nerviosamente, afligido, aterrado ante la idea de encontrarse entre aquellas despreocupadas e insolentes criaturas las facciones añoradas de su adorada hija menor.

Se detuvo súbitamente, acababa de reconocer a Zulmira gesticulando, discutiendo acaloradamente con una joven rubia y delicada, que se defendía, llorando, de las injustas e insufribles acusaciones que le eran vertidas por aquella. Se acercó apresuradamente como impelido por un resorte, para parar en seco al reconocer en la joven llorosa a su Margaritita.

¡En efecto, vendía pescado! A su lado estaban los cestos vacíos. Traía el vestido típico de su clase y unos zuecos inmundos. Zulmira, al contrario, se vestía casi como las señoras, lo que no le impedía portarse como las recaderas.

La discusión entre ambas giraba alrededor del mercado del día. Zulmira acusaba a su hija de robarle parte del producto de las ventas, desviándolo para fines oscuros. La moza protestaba entre lágrimas, avergonzada y sufriente afirmando que no todos los clientes del día habían pagado sus deudas. En el calor de la discusión,

Zulmira, excitándose más, abofeteó a su hija, sin que las personas presentes pareciesen admiradas o intentasen impedirlo, tranquilizándolas.

Indignado, el antiguo comerciante se interpuso entre ellas, con la intención de solucionar aquella escena deplorable. Amonestó a su esposa y habló cariñosamente a su hija, tratando de enjugar su llanto y sugiriéndole que se fuese a casa. Pero ninguna de las dos mujeres podían verle, ni oírle, no se daban cuenta de sus intenciones, lo que le irritaba sobremanera, convenciéndose al final de la inutilidad de sus tentativas.

Margarita alzó los cestos, se los echó al hombro y se alejó. Zulmira, a quien las adversidades mal soportadas y comprendidas habían arrastrado a los excesos, transformándole en una bruja innoble, la siguió rabiosa, explotando en vituperios e insultos soeces.

El recorrido fue breve. Residían en una buhardilla sombría, en las inmediaciones de la Ribeira. Y al llegar al miserable domicilio, la madre inhumana comenzó a golpear dolorosamente a la pobre moza, exigiéndole a toda costa el dinero del mercado, su hija imploraba tregua y compasión. Finalmente, la desalmada –para quien el espíritu atribulado de su leal esposo le había traído del Astral un ramillete de rosas– salió precipitadamente, arrastrando ondas turbias de odio y pensamientos oscuros, lanzando a los aires insultos, blasfemias y groserías que, ahora eran su lenguaje común y de lo cual Jerónimo se sorprendió, confesando desconocerla.

La joven quedó sola. A su lado la figura invisible de su amoroso padre lloraba desconsoladamente, imposibilitado de socorrer al adorado pedazo de su corazón, su Margarita, que para él era mentalmente, tan rubia y linda como en la inocencia de los siete años... Pero, como pasó con su hermano Albino, la infeliz muchacha ocultó el rostro bañado en lágrimas entre las manos y, sentándose en un rincón, rememoró dolorosamente los oscuros días de su corta y accidentada vida.

Margarita abrió las compuertas de los pensamientos, y ondas de punzantes recuerdos se desprendieron a borbotones, mostrando a su padre el extenso calvario de desventuras que había recorrido desde el día nefasto en que se convirtió en reo ante la Providencia, huyendo del deber de vivir para protegerla, y hacer de ella una mujer honesta y útil a la sociedad, a la familia y a Dios. La oía como si ella le hablase en voz alta. A medida que se consolidaban las desgracias de la misera huérfana, se acentuaba la decepción, la sorpresa, el dolor inconsolable, que le partía el corazón como puñales, robándole la vida. Cayó de rodillas a los pies de su desventurada hija menor, con las manos juntas y suplicantes, mientras su alma lloraba convulsivamente y su espíritu se veía sacudido por temblores traumáticos.

Y en esa humillada posición de culpa, Jerónimo recibió el supremo castigo que las consecuencias de su desafortunado suicidio infringía a su conciencia.

Este es el resumen del drama vivido por Margarita Silveira, tan común en la sociedad actual, donde diariamente padres inconscientes desertan de la sagrada responsabilidad de guías de la familia y madres vanidas y livianas, sin importarles su deber, pierden la virtud por las pasiones insanas, facilitadas por la perversión de las costumbres:

Siendo huérfana de padre a los siete años, la rubia y linda niña, frágil y delicada como un lirio floreciente, se crió en la miseria, entre rebeliones e incomprendiciones, junto a su madre que, habituada a los excesos de su orgullo y vanidad, nunca se resignó a la decadencia financiera y social que acarreó la trágica desaparición de su marido.

Zulmira se prostituyó, esperando, en vano, volver a su antigua posición de esa manera condenable. Arrastró a su hija inexperta al barro en que estaba contaminada. Indefensa y desconocedora de las insidias brutales de los ambientes y hábitos viciados que la rodeaban, la moza sucumbió muy pronto a los enredos del mal, aunque su natural ser no presentase esas inclinaciones. La decadencia llegó tan rápida como había llegado la caída deshonrosa.

El trabajo exhaustivo y el Embarcadero de la Ribeira con sus mercados les ofrecieron recursos para superar, ella y su madre, la tortura del hambre. Zulmira agenciaba mandados, ventas variadas, negocios no siempre honestos, empleando generalmente en su ejecución las fuerzas y la juventud atractiva de su hija, a quien había esclavizado aprovechándose de ella para su exclusivo interés. La pobre pescadera, sin embargo, cuya modestia interior no se acostumbraba a la hiel de ese repugnante servilismo, sufría por no ver ninguna posibilidad de sustraerse a la miserable existencia que le había reservado el destino. E, inculta, inexperta, tímida, no sabía actuar en defensa propia, conservándose sumisa a la oscura situación creada por su propia madre. Como Albino, también pensó en su padre, notando en el fondo del corazón su invisible presencia, y murmuró, oprimida y anhelante:

—!Qué falta tan grande me haces, querido y añorado papá!... ¡Me acuerdo tanto de ti!... y mis desventuras nunca permitirán olvidar tu memoria, tan bueno como fuiste con nosotros... ¡Cuantos males me habría ahorrado el destino, si no hubieras huido del deber de velar por tus hijos hasta el final!... ¡Dónde estés, recibe mis lágrimas, perdona la maldad que sobre tu nombre involuntariamente lancé, y compadécete de mis viles desdichas, ayudándome a salir de este ambiente terrible que me sofoca sin ver ningún rayo de esperanza!...

Era lo máximo que el prisionero del Astral podía soportar... No poseía energías para continuar asimilando la hiel de las amarguras provocadas en el seno de su propia familia por el acto condenable que había practicado contra sí mismo. Oyendo los lamentos de la desgraciada hija, a quien tanto amaba, se sintió herido en lo más profundo de su corazón paternal, donde los infernales clamores del remordimiento

miento repercutían violentamente, despertando en sus entrañas espirituales un dolor inconsolable y redentor de la más sincera compasión que podría experimentar.

Desesperado, ante la imposibilidad de prestar socorro inmediato a la hijita infeliz o de hablarle, por lo menos, proporcionándole ánimo con el consuelo de su presencia, o aconsejándola, Jerónimo amplificó aún más los desatinos que le eran comunes y se entregó a la alucinación, completamente influenciado por la locura de la inconformidad.

Acudieron los lanceros a una imperceptible señal de Ramiro de Guzmán. Le rodearon, protegiéndole contra el peligro de una posible evasión, alejándole rápidamente. Condolido ante los infortunios de la joven Margarita, Ramiro, que había sido padre y tenido una hija muy amada pero todavía más infeliz, se acercó cariñosamente y, posando en su frente las manos, le transmitió suaves efluvios magnéticos, reconfortantes y de ánimo.

Margarita se acostó, durmiéndose profundamente, bajo la bendición paternal del siervo de María... mientras el suicida, debatiéndose entre el "llanto y el chirriar de dientes", suplicaba que le dejaras ayudar, de cualquier modo, a su hija despreciablemente ultrajada. Hablándole enérgicamente, para permitirle razonar por un momento, el paciente guía replicó:

—¡Basta de desatinos, hermano Jerónimo! Llegaste a lo máximo de la desobediencia y capricho que podemos tolerar. ¿No quieres entender que nada podrás hacer en beneficio de tus hijos, mientras no conquistes las cualidades imprescindibles para ello, y que tanto escasean en ti mismo?... ¿No comprendes que tus hijos, luchando contra pruebas muy ásperas, sucumbirían fatalmente al suicidio como tú, si permaneces junto a ellos, influenciando sus indefensas sensibilidades con tus vibraciones funestas, ya que no quieres ser consciente del estado general que te empeñas en conservar?... ¡Vámonos, Jerónimo! Regresemos al hospital... ¿O quieres todavía ver a Marieta y Arinda?...

Impactado por la acción de fuerzas renovadoras, el enfermo tuvo un momento de tregua consigo mismo y, alejando las desesperantes alucinaciones que cegaban su razón, respondió:

—¡Oh! ¡No! ¡No, mi buen amigo! ¡Basta! ¡No puedo más! ¡Mis pobres hijos! ¡A qué abismo os arrojé, yo mismo, que tanto os amé! ¡Perdón, hermano Teócrito! Ahora comprendo... Perdón, hermano Teócrito...

Y, desde nuestra habitación, vimos que volvieron con las mismas precauciones...

Jerónimo ya no volvió a formar parte de nuestro grupo.

CAPITULO V

EL RECONOCIMIENTO

El segundo acontecimiento que, a la par del que acabamos de narrar, marcó una etapa decisiva en nuestros destinos, se inició en la invitación que recibimos de la dirección del hospital para asistir a una reunión académica, de estudios y experiencias psíquicas.

Como sabemos, Jerónimo se negó a aceptar la invitación, y, por eso, en la tarde de aquel mismo día en que visitó a su familia, mientras nos dirigíamos a la sede del Departamento a fin asistir a ella, él, presa de una desolación profunda y de un supremo desconsuelo, solicitaba la presencia de un sacerdote, pues se confesaba católico apostólico romano y sus sentimientos le impelían a la necesidad de aconsejarse y recomfortarse, para reforzar su fe en el poder Divino y serenar su corazón que, como nunca, sentía despedazado.

Aceptó el magnánimo orientador del Departamento hospitalario, comprendiendo que en el espíritu del ex-mercader portugués sonaba el momento del progreso, y que, dados los principios religiosos que tenía, a los que se apegaba intransigentemente, por su propio beneficio sería prudente que la palabra que más respeto y confianza le inspirase fuese la misma que le preparase para la adaptación a la vida espiritual y sus transformaciones.

En la Legión de los Siervos de María y en los servicios de la Colonia, existían espíritus eminentes que, en existencias pasadas, habían vestido la sotana sacerdotal, honrándola de acciones nobles inspiradas en los sacrosantos ejemplos del Divino Pescador. Entre los que colaboraban en los servicios educativos del lugar, se destacaba el padre Miguel de Santarém, siervo de María, discípulo respetuoso y humilde de las Doctrinas consagradas en lo alto del Calvario.

Era el director del Aislamiento, institución anexa al hospital María de Nazaret, que ejercía métodos educativos severos, manteniendo inalterables disciplinas por acoger sólo a individualidades recalcitrantes, perjudicadas por excesivos prejuicios terrenos o endurecidas en los preconceptos insidiosos y en las amarguras ardientes del corazón.

Portador de una increíble paciencia, ejemplo respetable de humildad, cordura y conformidad, aureolado por elevados sentimientos de amor a los infelices y corrompidos y lleno de una paternal compasión por todos los espíritus de suicidas, era el consejero más conveniente y el mentor adecuado para los internos del Aislamiento.

Además de sacerdote era también un filósofo profundo, psicólogo y científico. En una existencia pasada, hacía mucho, había cursado doctrinas secretas en la India, aunque después tuvo otras existencias terrestres, mostrando siempre las mejores disposiciones para el desempeño del apostolado cristiano. Entre éstas, la última fue en Portugal, donde vivió bajo el nombre arriba citado, que usó más allá de la tumba, en calidad de religioso sincero y probo.

El hermano Teócrito entregó al penitente Jerónimo a ese trabajador devoto, convencido de su capacidad para resolver problemas de tan espinosa naturaleza. Aquella misma tarde, cuando el crepúsculo llenaba de nubes pardas los jardines nevados de los arrabales del hospital, Jerónimo de Araújo Silveira fue transferido al Aislamiento, bajo los cuidados protectores de un sacerdote, tal como deseaba. Desde ese día perdimos de vista al pobre compañero de culpas. Un año más tarde, sin embargo, tuvimos la satisfacción de reencontrarle. En capítulos posteriores volveremos a tratar de este querido compañero de luchas rehabilitadoras.

Al día siguiente de nuestro ingreso en el Instituto del Astral, pasamos a frecuentar diariamente los gabinetes clínico-psíquicos donde nos administraban tratamientos magnéticos muy eficientes, pues después de algunos días ya nos veíamos más animados y razonando con mayor claridad, gradualmente fortalecidos como si hubiésemos ingerido tónicos revitalizantes. Ibamos todas las mañanas a esos gabinetes acompañados por nuestros amables enfermeros. Entrábamos, en grupos de diez, a una antecámara rodeada de pequeños bancos acolchados, donde esperábamos un corto espacio de tiempo. Existían varias dependencias como esa, todas situadas en una extensa galería donde se alineaban unas sugestivas columnas en una perspectiva majestuosa. Predominaba en esos recintos el estilo hindú, invitando a la seriedad y a la meditación.

Entramos a las salas.

Impregnado de fosforescencias azuladas, todavía imperceptibles en ese momento a nuestra capacidad espiritual, las dimensiones de esos gabinetes no eran grandes. Había unos pequeños cojines orientales de felpa blanca, dispuestos en semicírculo, para sentarnos. Seis hindúes esperaban a los pacientes, concentrados en su caritativa labor.

Al principio esas ceremonias, sugestivas y casi misteriosas, nos intrigaron mucho. No conocíamos a psicólogos hindúes en Portugal. Tampoco nos habían llamado la atención los estudios de naturaleza transcendental. Por eso nos sorprendíamos ahora bajo la dependencia y protección de un grupo de iniciados orientales, en cuya existencia real habíamos creído sólo relativamente, imaginándonos que era excepcionalmente mística y legendaria.

El ambiente donde estábamos, impregnado de unción religiosa que actuaba poderosamente sobre nuestras facultades, suavizándolas al impulso de un religioso fervor, imprimía tan profundas y atrayentes impresiones en nuestros espíritus que,

perturbados por lo que considerábamos inédito, creíamos soñar. Cuando entramos a esos gabinetes saturados de ignoradas virtudes, las primeras veces, nos acometió una invencible somnolencia, que nos llevó a un estado parecido a la semiinconsciencia.

Nos sentamos, a una indicación de los hindúes, en el semicírculo formado por los cojines. Cinco de esos psicólogos espirituales se situaron detrás de nosotros, distanciados unos de otros por un espacio simétrico, uniforme, abarcando el semicírculo. El sexto se colocaba al frente, como cerrando el círculo dentro del cual quedábamos nosotros prisioneros, con los brazos cruzados a la altura de la cintura, la frente atenta y cerrada, como emitiendo fuerzas mentales para una caritativa revista e inspección en el interior de nuestro atormentado ser.

Oíamos alrededor nuestro unos susurros armoniosos de oración. Pero no sabríamos distinguir si oraban, invocando las excelsas virtudes del Médico Celeste para nuestro alivio o si nos advertían y adoctrinaban. Lo que no nos dejaba duda, porque era evidente, que atravesaban nuestro pensamiento con los poderes mentales que poseían, penetraban en nuestro interior, examinando nuestra personalidad moral para hallar la corrección más conveniente, como lo hace el cirujano investigando las vísceras del enfermo para localizar la enfermedad y combatirla.

Esa certeza nos provocaba múltiples impresiones, a pesar del singular estado en que nos encontrábamos. La vergüenza por haber pretendido burlar las leyes superiores de la creación, ofendiéndolas con el acto brutal que cometimos, el remordimiento por el desprecio a la majestad del Omnipotente, la deprimente amargura de haber dedicado nuestras mejores energías a los gozos inferiores de la materia, atendiendo preferentemente a los imperativos mundanos, sin jamás observar las urgentes necesidades del alma, dejando de darnos momentos para la iluminación interior eran dolorosos estiletes que entraban hasta el fondo de nuestras almas durante la sublime inspección a que nos sometían, inspirándonos pesares y disgustos que eran el preludio de un real y fecundo arrepentimiento.

Nuestros menores actos pasados volvían de los abismos tenebrosos en que yacían para reanimarse ante nosotros, nítidamente impresos. Nuestra vida, que el suicidio había interrumpido, era reproducida desde la infancia a nuestros ojos aterrizados y sorprendidos, sin que fuese posible detener el torrente de las escenas revividas para su examen. Hubiéramos querido huir para escapar de la vergüenza de poner al descubierto tanta infamia, juzgada oculta siempre hasta de nosotros mismos, pues, en efecto, era dramático, excesivamente penoso desatar volúmenes tan variados de maldad y de torpezas ante testigos tan nobles y respetables.

¡Pero en vano lo deseábamos! Sentíamos que nos vinculábamos a aquellos cojines por la acción de voluntades que se habían posesionado de nuestro ser. Después de algunos minutos, suspendían la operación. Se disipaba el entorpecimiento. Las

lúgubres sombras del pasado eran eliminadas de nuestra visión, pues eran recogidas en el abismo revuelto de la subconsciencia, aliviando la crudeza de los recuerdos. Entonces la frente cargada del hindú se serenaba como un diáfano arco iris. Un aire de amorosa compasión salía de él, y, acercándose, abría sobre nuestras cabezas sus manos blancas, mientras los cinco asistentes restantes le acompañaban en los gestos y en las expresiones. Compasivos, a continuación nos hacían asimilar fluidos beneficiosos –terapia divina– que iban gradualmente, a ayudarnos a corregir las impresiones de hambre y de sed; a postergar la insana sensación de frío intenso, que en un suicida resulta de la gelidez cadavérica que se comunica al periespíritu, a atenuar los apetitos y atracciones inconfesables, tales como los vicios sexuales, el alcohol y el tabaco, cuyas repercusiones y efectos producían desequilibrios dañinos en nuestros sentidos espirituales, impidiendo posibilidades de progreso e imponiéndonos notables humillaciones, al señalar la ínfima categoría a la que pertenecíamos, en la respetable sociedad de los espíritus que nos rodeaban.

Entre los esfuerzos que nos sugerían emprender, se destacaba el ejercicio de la educación mental en lo que respecta a la necesidad de limpiar de nuestras impresiones el dramático y pavoroso hábito, convertido en el reflejo nervioso de un alucinado, de socorrernos a nosotros mismos, en la tenaz ansiedad de aliviarnos del sufrimiento físico que nuestra clase de muerte había provocado.

Como ya expuse anteriormente, estaban aquellos que se preocupaban en parar hemorragias, estaban los ahorcados debatiéndose de vez en cuando, porfiando en la ilusión de deshacerse de los restos de cuerdas o trapos que pendían de su cuello; los ahogados, braceando contra las corrientes que les habían arrastrado al fondo; los “despedazados”, que se curvaban en intervalos macabros, con la ilusión de recoger los fragmentos dispersos, ensangrentados, de su cuerpo carnal que quedó allí, en otro lugar, destrozados bajo las ruedas del vehículo ante el cual se arrojaron, creyendo huir del sagrado compromiso de la existencia...

Esos gestos, repetidos, a fuerza de reproducirse desde el instante en que se produjo el suicidio, y cuando el instinto de conservación imprimió en la mente el impulso primitivo para intentar salvarse, habían degenerado en un reflejo nervioso mental, pasando a través de las vibraciones naturales al principio vital, plasmadas en la mente y transmitidas al periespíritu.

Era necesario que la caridad, siempre presta a abrir sus alas protectoras sobre los que padecen, corrigiendo, amenizando, dulcificando males y sufrimientos, impusiese su benevolencia a las anomalías de tantos desgraciados perdidos en los pantanos de falsas alucinaciones. Para eso, mientras ponían las manos sobre nuestras cabezas, envolviéndolas en ondas magnéticas apropiadas a la caritativa finalidad, los hermanos hindúes susurraban estas palabras, mientras que sugerencias magnánimas rebocaban por los laberintos de nuestro “yo” repercutiendo con fuerza, como un clarín, y despertándonos a una alborada de esperanzas:

—¡Recordad que ya no sois hombres!... ¡Al alejaros de aquí no debéis pensar sino en vuestra calidad de alma inmortal, a quien no deben afectar más los disturbios del cuerpo físico!... ¡Sois espíritus! ¡Y como espíritus deberéis proseguir la marcha de progreso en los planos espirituales!

La convocatoria a la reunión presidida por Teócrito nos había dejado satisfechos. Éramos sensibles a las demostraciones de afecto y consideración.

Un escalofrío de horror recorrió mi sensibilidad al reconocer en la amplia asamblea a las figuras hirsutas, desgreñadas y terribles del Valle Siniestro, aunque las encontré más serenas, tal como nos sucedía a mí y a mis compañeros de apartamento. Debo aclarar que los componentes de nuestro grupo podrían ser calificados como “arrepentidos”, y, por eso mismo, dóciles a las orientaciones dadas por los insignes instructores del hospital que nos acogía.

Alguno que otro se mantenía menos sereno, dando algún problema más serio que resolver. Pero era cierto que la mayoría se conservaba fuertemente animalizada, tal vez a consecuencia de la inferioridad de su propio carácter o como resultado de la violencia del choque ocasionado por la brutalidad del suicidio escogido.

Entre estos se destacaban los “destrozados”: ahogados, despeñados de grandes alturas, etc., etc. Pasmados, como atontados, no conseguían fácilmente el suficiente nivel de raciocinio para comprender las imposiciones de la vida espiritual. Se encontraban en el psiquiátrico por muchas razones, entre otras por la necesidad de esconderles a nuestra vista, ya que nos repugnaba su presencia, provocando impresiones inarmónicas, perjudiciales para la serenidad que necesitábamos para nuestro restablecimiento.

No obstante, estaban en el local de la reunión; y, cuando, acompañados por nuestros dedicados amigos Joel y Roberto, entramos en el amplio salón, les vimos allí entre otros muchos enfermos que, como nosotros, habían sido invitados.

Mirando a los antiguos compañeros del Valle de las Tinieblas, vi que se esforzaban, como nosotros mismos lo hacíamos desde algunos días atrás, para corregir los reflejos ya mencionados, pues, si la costumbre nos impelía a su repetición, lo recordaban a tiempo y frenaban a medio camino el impulso mental que los producía, atendiendo a la sugerión hecha por los amorosos asistentes. Entonces, se reían de sí mismos en un conmovedor desahogo, nerviosamente, pensando que ya no deberían sentir los efectos físicos del acto macabro. Se reían unos de otros como felicitándose mutuamente por el alivio recibido a través de la información de que

“ya no debían sentir aquellas impresiones” y como si la risa les pudiese retirar las vibraciones tormentosas.

Se reían para desacostumbrarse de aquel llanto malévolο que despertaba sensaciones temerarias... En el hospital estaban prohibidas las rabiosas convulsiones del Valle Siniestro... y llorar, con la desesperante aflicción con que antes habíamos llorado, era destapar la compuerta del torrente de agonías que la caridad sacrosanta de María mitigaba a través del desvelo de sus siervos...

Y yo, observándoles, también reía, pareciéndome a ellos...

A una señal de Roberto, nos sentamos.

La sala no tenía nada que despertase una particular atención. Sin embargo, si hubiéramos tenido el grado de visión necesaria para alcanzar las sublimes manifestaciones de caridad que se producían a nuestro alrededor, habríamos notado que unas delicadas vaporizaciones fluídicas, como rocío refrescante, se esparcían por el recinto, impregnándole de suaves vibraciones.

En un ángulo del estrado, al fondo del salón, había un aparato muy semejante a los existentes en las enfermerías, aunque con ciertas particularidades. Dos jóvenes iniciados se pusieron a examinarle al mismo tiempo que el hermano Teócrito tomaba lugar en la cátedra acompañado por otros dos compañeros, a los que presentó a la asamblea como instructores que nos deberían orientar, y a quienes debíamos el máximo respeto. Reconocimos en ellos a los dos jóvenes hindúes que nos recibieron a nuestra entrada en el Hospital: Romeu y Alceste.

Un silencio religioso se extendió en ondas armoniosas de recogimiento por el amplio salón, donde nos encontrábamos cerca de doscientos espíritus, envueltos en las más embarazosas redes de la desgracia, arrastrando el pesado equipaje de nuestras propias debilidades y de las amarguras incontables que oscurecían nuestras vidas.

El crepúsculo nos hacía llegar su tenue luminosidad, que muchas veces arrancaba lágrimas de nuestros corazones, tal era la pesada melancolía que nos provocaba.

Seis melodiosas campanadas de un reloj que no veíamos, sonaron dulcemente en la amplitud de la sala, como anunciando el inicio de la reunión. Y el cántico armonioso de la oración, emocionada y envolvente, se elevó gradualmente como si llegase a nuestros oídos a través de las ondas invisibles del éter, provenientes de un lugar distante, que conocíamos, mientras se dibujaba en una pantalla junto a la cátedra del hermano Teócrito el sugestivo cuadro de la aparición de Gabriel a la Virgen de Nazaret, anunciando la llegada del Redentor a las ingratas playas del Planeta.

Era el instante tierno del Ángelus...

Levantándose, el director hizo un breve y emocionante saludo a María, presentándonos reunidos por primera vez para una invocación. Un dulce consuelo se extendió sobre nuestros corazones. Comenzamos a llorar ya que tantas emociones gratas surgieron de nuestro interior, despertadas por los recuerdos del hogar paterno, de la lejana infancia, de nuestras madres, a quienes ninguno de nosotros amó debidamente, al enseñarnos al pie de la cama el balbuceo sublime de la primera oración...

Todo eso estaba distante, casi borrado bajo las vorágines de las pasiones y las desgracias que resultaron de ellas... De repente, esos recuerdos suscitaban benditas imágenes que venían para imponerse con el sabor de besos maternos en nuestras frentes abatidas... Una honda añoranza dilató nuestros pensamientos, predisponiéndoles a la ternura del grandioso momento que nos ofrecían como una bendita oportunidad...

Sería largo enumerar los detalles de las enseñanzas y experiencias que recibimos desde esa tarde memorable, que constituyan nuestro delicado tratamiento, una especie de adoctrinamiento o terapia moral, decisiva para las reacciones necesarias a nuestra reeducación.

En esa primera clase fuimos sometidos a operaciones tan delicadas, llevadas a cabo en nuestro entendimiento íntimo, que despejaron cualquier incertidumbre respecto al estado espiritual en que nos encontrábamos. Quedamos totalmente convencidos de nuestra calidad de espíritus separados del cuerpo físico, lo que hasta entonces, para la mayoría, era motivo de amargas confusiones y terrores incomprendibles. Y todo se desarrolló sencillamente, siendo nosotros mismos los compendios vivos usados para las magníficas instrucciones. Veamos como los eruditos instructores llevaron esto a cabo:

Belarmino de Queiroz y Sousa que, como sabemos, era portador de una amplia cultura intelectual, además de ser adepto a las doctrinas filosóficas de Augusto Comte⁸, fue invitado, como después lo fueron otros, a subir al estrado donde se realizaría la hermosa experiencia instructiva. Debemos destacar que el hermano

⁸ El Positivismo es una corriente o escuela filosófica que afirma que el único conocimiento auténtico es el conocimiento científico, y que tal conocimiento solamente puede surgir de la afirmación positiva de las teorías a través del método científico. El positivismo surge en Francia a inicios del siglo XIX de la mano del pensador francés Auguste Comte y del británico John Stuart Mill y se extiende y desarrolla por el resto de Europa en la segunda mitad de dicho siglo. Según la misma, todas las actividades filosóficas y científicas deben efectuarse únicamente en el marco del análisis de los hechos reales verificados por la experiencia (nota del traductor).

Teócrito formaba parte en tan delicada ceremonia como presidente de honor, profesor insigne de los profesores en acción.

Colocaron al ex-profesor de idiomas ante el aparato luminoso que había llamado nuestra atención a la llegada, y le unieron a él por una diadema ligada a tenues hilos que parecían centellas imponderables de luz. Mientras Alceste le conectaba, Romeu le informó, que debería volver a algunos años de su vida pasada, coordinando los pensamientos en la secuencia de los recuerdos, y partiendo del momento exacto en que la resolución trágica se había adueñado de él. Para conseguirlo, le ayudó, reforzando su mente con emanaciones generosas, que extraía de él mismo.

Belarmino obedeció, pasivo y dócil, a una autoridad para la que no tenía fuerzas para desagradar. Y, recordando, revivió los sufrimientos de la tuberculosis que había padecido, las luchas sustentadas consigo mismo ante la idea del suicidio, la tristeza inconsolable, la agonía que se apoderó de él por el conflicto entre el deseo de vivir y el miedo a su enfermedad, torturándole sin treguas y la urgencia del suicidio para, según su enfermizo modo de pensar, alcanzar más suavemente el final al que la enfermedad lo arrastraba bajo atroces sufrimientos.

A medida que se aproximaba el desenlace, sin embargo, el filósofo comista se esquivaba, resistiéndose a la orden recibida. Su frente amplia de pensador estaba bañada en sudores helados, donde se acentuaba el terror más y más, estampando expresiones de desesperación a cada nuevo recuerdo...

Lo más sorprendente era que, en la pantalla fosforescente a la cual estaba conectado, se iban reproduciendo las escenas evocadas por el paciente, hecho impresionante que a él mismo, como a la asistencia, le permitía ver, presenciar todo el amargo drama que precedió a su acto de desesperanza y los detalles emocionantes y lamentables del terrible momento. A esto seguían las consecuencias del acto, las tormentosas situaciones del Más Allá de la tumba, el drama abominable que le había sorprendido y las confusas sensaciones que durante tanto tiempo le mantuvieron enloquecido.

Mientras el primer instructor ayudaba al paciente a extraer los recuerdos, el segundo los comentaba explicando los acontecimientos en torno del suicidio, antes y después de consumado, como un profesor a sus alumnos. Lo hacía mostrando los fenómenos originados del desprendimiento del ser inteligente de su cuerpo, violentado por el desastroso gesto practicado contra sí mismo.

Asistimos a la sorprendente, y oscura odisea vivida por el espíritu expulsado de la existencia carnal bajo su propia responsabilidad, a escaparse como un loco rebelde a la ley que violó, presa de los tentáculos monstruosos de secuencias inevitables, creadas por infringir las leyes naturales, sabias, invariables y eternas.

Esas escenas extraordinarias anularon las convicciones materialistas del filósofo comtista, ya bastante disminuidas, permitiéndole darse cuenta, con un minucioso examen, de la separación de su propio astral del envoltorio corporal que le revestía, sobreviviendo lúcido, a pesar del suicidio, a la descomposición cadavérica.

A través de este eficiente método, la gran mayoría de los asistentes pudo comprender la razón del ardor indescriptible de los sufrimientos por los que venía pasando, de las sensaciones físicas atormentadoras que perduraban todavía, de las múltiples perturbaciones que impedían la serenidad o el olvido, que erróneamente esperaban encontrar en la tumba.

Entre otras observaciones llevadas a cabo, una merece especial comentario, el hecho de todos traer pendientes de la configuración astral, cuando todavía estábamos en el Valle, fragmentos relucientes, como si de un cable eléctrico roto se desprendiesen los tenues hilos de que estaba compuesto, sin que la energía se hubiese extinguido. Los mentores explicaron que en ese curioso fenómeno se encontraba toda la extensión de nuestra desgracia, ya que ese cordón, por la muerte natural, hubiera sido suavemente desatado, desligado de las afinidades que mantiene al cuerpo físico, a través de caritativos cuidados de trabajadores de la Viña del Señor responsables de la sacrosanta misión de asistencia a los moribundos, mientras que, por el suicidio, se rompe violentamente y, lo que es peor, cuando las fuentes vitales, preparadas para una existencia a veces larga, lo hacían más sólido, manteniendo la atracción necesaria para el equilibrio de la misma.

Nos dijeron que, para deshacernos del profundo desequilibrio que tal hecho producía en nuestra organización fluídica (no ya de la desorganización moral, todavía más dolorosa), nos sería indispensable volver a animar otro cuerpo físico, ya que, mientras no lo hiciésemos, seríamos criaturas inarmónicas con las leyes que rigen el universo, privadas de cualquier realización que nos permitiese progresar. Mientras, Belarmino se debatía, presa de llanto y convulsiones espasmódicas, reviviendo las dolorosas aflicciones que le acometieron, mientras los asistentes se solidarizaban con él, obteniendo valiosas deducciones de aquella pavorosa demostración.

El instructor nos comentó:

—Podéis observar, amigos míos, que, aunque el hombre deseó huir de la existencia planetaria por los engañosos acantilados del suicidio, no se eximió, absolutamente, de ninguna de las amargas situaciones que le disgustaban, sino que sumó desdichas nuevas, más ardientes y punzantes, al bagaje de los males que antes le afectaban, que habrían sido soportables si una educación moral sólida, basada en el cumplimiento del deber, inspirase sus acciones diarias.

Esa educación orientadora, consejera, salvadora, por tanto, de desastres como el que lamentamos en este momento, el hombre no la adquiere en la Tierra porque no

la quiere adquirir, ya que a su alrededor existen, numerosas instrucciones y enseñanzas capaces de encaminar sus pasos hacia el bien y el deber.

El incauto viajero terreno ha preferido siempre desperdiciar las oportunidades benéficas proporcionadas por la Divina Providencia con vistas a su engrandecimiento moral y espiritual, para libremente engancharse a las pasiones que mantienen los vicios y desatinos que le empujan a la irremediable caída en el abismo.

Sumergido en el torbellino de las atracciones mundanas, en las pruebas que le martirizan, en las vicisitudes diarias, sin considerar que son el medio en que realiza las experiencias para el progreso, como un hogar próspero y feliz, jamás se le ocurre al hombre emprender ningún esfuerzo para la iluminación interior de sí mismo, la reeducación moral, mental y espiritual necesaria para el futuro que su espíritu será llamado a conquistar por el orden natural de las Leyes de la Creación. Ni él mismo comprende que posee un alma dotada de los gérmenes divinos para la adquisición de excelentes prendas morales y cualidades espirituales eternas, gérmenes cuyo desarrollo le corresponde realizar y mejorar a través del glorioso trabajo de ascensión hacia Dios, hacia la vida inmortal.

Ignora que es en el cultivo de esos dones donde reside el secreto de la obtención perfecta de sus ideales más queridos, de que los sueños que suspira se hagan reales, y sobre todo que, despreciando el ser divino que palpita dentro de él, que es él mismo, su espíritu inmortal, descendiente del Todopoderoso, se entrega voluntariamente a la condena por el dolor, cayendo por los tortuosos desvíos de la animalidad y hasta del crimen, que le arrastrarán inexorablemente a las reparaciones, renovaciones y experiencias dolorosas en las reencarnaciones necesarias. ¡Cómo sería de suave la ascensión si meditase prudentemente, buscando el propio origen y el futuro que debe alcanzar!

Fue esa fatal ignorancia, la que os impulsó a la desoladora situación en que hoy os encontráis, queridos hermanos. Aunque nuestro interés fraternal, inspirado en el ejemplo del Divino Cordero, intentará dar remedio, sólo el tiempo y vuestros propios esfuerzos, en sentido opuesto a los verificados hasta ahora, serán el método más conveniente para vuestra recuperación.

Como veis, destruisteis el cuerpo físico, propio de la condición del espíritu reencarnado en la Tierra, único que reconocisteis como poseedor de la vida. Sin embargo, no desaparecisteis como deseabais, ni os liberasteis de los sinsabores que os desesperaban. ¡Vivís! ¡Vivís todavía! ¡Viviréis siempre! ¡Viviereis por toda la eternidad una vida que es inmortal, que jamás, jamás se extinguirá dentro de vuestro ser, proyectando sobre vuestra conciencia un impulso irresistible hacia adelante, hacia el Más Allá!...

Sois la luz de valor inestimable, fecundada por el foco eterno que derrama su inmortalidad sobre toda la creación que de sí irradió, concediéndole las bendiciones

del progreso a través de los evos, hasta alcanzar la plenitud de la gloria en la comunión suprema de su seno.

Lo que contempláis en vosotros mismos, en este momento inolvidable y solemne, que se refleja en vuestra mente impresionada con lo que veis, marcarán etapas decisivas en la trayectoria que seguiréis en el futuro. De ahora en adelante desearéis aprender algo respecto de vosotros mismos... pues la verdad es que desconocéis todo sobre el ser, la vida, el dolor y el destino... a pesar de los títulos que ostentabais con orgullo en la Tierra, a pesar de las distinciones y honores que tanto exaltaban vuestras insulsas vanidades de hombres divorciados del ideal divino...

Reanimado por las energías magnéticas proporcionadas por los instructores, Belarmino volvió al lugar que ocupaba en la sala, mientras que otro paciente subía al estrado para un nuevo examen. Volvía, reflejando en su semblante, antes abatido y cargado, una luminosa esperanza. Al sentarse a nuestro lado, nos apretó furtivamente las manos, exclamando:

¡Sí, amigos míos! ¡Soy inmortal! ¡Acabo de ver en mí mismo, sin ninguna duda, la existencia concreta de mi "yo" inmaterial, del ser espiritual que negué! ¡No sé nada! ¡No sé nada! ¡Debo recomenzar los estudios!... Pero sólo aquella certeza constituye para mí una gran conquista de felicidad: ¡Soy inmortal! ¡Soy inmortal!...

En los días siguientes, durante las mismas reuniones examinamos, con toda minuciosidad, los actos erróneos practicados en el transcurso de la existencia que habíamos destruido, observando la maraña de prejuicios morales, mentales, educativos, sociales y materiales, que nos llevaron a la detestable situación en que nos encontrábamos.

Asistidos por los pacientes mentores retrocedimos con el pensamiento hasta la infancia y volvimos sobre nuestros mismos pasos, y, muchas veces bañados en copioso llanto, y avergonzados, nos confesamos los reales autores de los desengaños que nos arrojaron en los volcanes del suicidio. ¡Qué mal habíamos actuado en el desempeño de las tareas diarias que la sociedad imponía y cómo nos habíamos portado salvajemente en todo momento, a pesar del barniz de civilización del que nos enorgullecíamos!...

En el grupo de arrepentidos, muchos manifestaron el fruto nefasto de la escasa educación moral recibida en los hogares desposeídos de la verdadera iluminación cristiana. Jóvenes que, apenas salidos de la adolescencia, habían caído inermes al primer choque con las contrariedades normales de la vida, prefiriendo la aventura del suicidio, completamente faltos de ideal, sentido común, respeto por sí mismos, a la familia y a Dios.

Las desgracias que ellos encontraron, además del suicidio, eran como una terrible prueba contra la irresponsabilidad de los padres o responsables por ellos

ante Dios, la prueba de la falta de atención con que se portaron al no proporcionar una sólida edificación moral en torno a ellos. Supimos que, en esos casos, deberán prestar cuentas en el futuro a las soberanas leyes los padres descuidados que dieron alas a las perniciosas inclinaciones de sus hijos, sin intentar corregirlas, favoreciendo los desequilibrios desesperados que tuvieron como resultado el suicidio.

Después de esos cuidadosos exámenes nos reuníamos de nuevo para aprender como debíamos haber actuado para evitar el suicidio, cómo deberían haber sido los actos diarios, los emprendimientos, si no nos hubiéramos alejados del raciocinio inspirado en el deber, en la fe en nosotros mismos y en el paternal amor de Dios:

En varios casos, la solución para los problemas que abrieron las puertas hacia el abismo, se encontraba a dos pasos de distancia del sufridor, surgiría el socorro enviado por la Providencia a su hijo bien amado, en algunos días, unos pocos meses, bastando solamente que éste soportase la breve espera, en un glorioso testimonio de voluntad, paciencia y coraje moral, necesario para su progreso espiritual. Entonces vimos con decepcionante sorpresa que fácil habría sido la victoria y hasta la felicidad, si hubiéramos buscado en el Amor Divino la inspiración para resolver esas circunstancias de la vida en vez de destruirla para siempre.

Esas instrucciones nos proporcionaron sensibles beneficios a todos. Se repetían quincenalmente, con interesantes conferencias explicativas a cargo de nuestros mentores. Habíamos experimentado mejoras prometedoras en nuestro aspecto general, y una dulce esperanza susurraba edificantes consuelos a nuestros corazones doloridos. La presencia de los instructores constituía un motivo de inmensa satisfacción para nuestras almas convalecientes de tan áspera desesperación. Las palabras que nos dirigían durante las lecciones eran como una lluvia refrescante para el volcán de nuestras aflicciones así como sus conferencias e instrucciones, el trato cariñoso y compasivo de los auxiliares y otras tantas razones para sentirnos confiados y esperanzados.

Sin embargo, jamás les veíamos a no ser en aquellos momentos oportunos; y, cuando estábamos en presencia de ellos, tanto nos intimidábamos, a pesar de la ternura que nos dispensaban, que no nos animábamos a pronunciar siquiera una palabra sin que nos preguntasen.

En poco más de dos meses estábamos habilitados para extraer conclusiones, cotejando las lecciones recibidas y madurando sobre ellas en el recogimiento de nuestros apartamentos.

De esos análisis provenía la certeza, cada vez más clara, de la gravedad de la situación en la que nos encontrábamos. El hecho de estar aliviados de los trastornos pasados no implicaba una disminución de culpabilidad. Al contrario, la posibilidad de razonar pormenorizaba la extensión del delito, lo que nos decepcionaba y entristecía mucho. Y, de las instrucciones y experiencias cariñosamente adminis-

tradas a título de base e incentivo para una urgente reforma íntima, necesaria para emprender el progreso, destacaremos las notas que siguen:

1. El hombre es un compuesto de triple naturaleza: humana, astral y espiritual, es decir, materia, fluido y esencia. Ese compuesto podemos también denominarlo: cuerpo físico, cuerpo fluídico o perispíritu, y alma o espíritu, de este último se irradian vida, inteligencia, sentimiento, etc., etc. es la centella donde se verifica la esencia divina y que en el hombre señala la herencia celeste. De esos tres cuerpos, el primero es temporal, obedeciendo sólo a la necesidad de las circunstancias que le rodean, destinado a la desintegración total por su propia naturaleza putrescible, oriunda del barro primitivo: es el de carne. El segundo es inmortal y tiende a progresar, desarrollarse, perfeccionarse a través de los trabajos incesantes en las luchas de los milenios: es el fluídico o periespíritu; mientras que el espíritu, eterno como el origen del que proviene, luz imperecedera que tiende a volver a brillar siempre hasta retratar en grado relativo el brillo supremo que le dio la vida, para gloria de su mismo Creador. Es la esencia divina, imagen y semejanza (que lo será algún día), del Todopoderoso Dios.

2. Viviendo en la Tierra, ese ser inteligente, que deberá evolucionar hacia la eternidad, se denomina hombre siendo, por tanto, el hombre un espíritu encerrado en un cuerpo de carne o encarnado.

3. Un espíritu vuelve varias veces a tomar un nuevo cuerpo físico sobre la Tierra, nace varias veces para volver a convivir en las sociedades terrenas, como hombre, exactamente como éste cambia de ropa muchas veces...

4. El suicida es un espíritu criminal, fracasado en los compromisos que tenía con las Leyes sabias, justas e inmutables establecidas por el Creador, y que se ve obligado a repetir la experiencia en la Tierra, tomando un cuerpo nuevo, ya que destruyó aquel que la Ley le confiara para instrumento de auxilio en la conquista de su propio perfeccionamiento, depósito sagrado que debía haber estimado y respetado antes que destruirle, ya que no tenía derecho a faltar a los grandes compromisos de la vida planetaria, establecidos antes del nacimiento en presencia de su propia conciencia y ante la Paternidad Divina, que le dio la vida y medios para ello.

5. El espíritu de un suicida volverá a un nuevo cuerpo terreno en condiciones muy penosas de sufrimiento, agravadas por los resultados del gran desequilibrio que el gesto desesperado provocó en su cuerpo astral, es decir, en su perispíritu.

6. La vuelta de un suicida a un nuevo cuerpo físico responde a la Ley. Es la Ley inevitable, irrevocable: una expiación irremediable, a la que tendrá que someterse voluntariamente o no, porque no hay otro recurso sino la repetición del programa terrestre que dejó de ejecutar, en su propio beneficio.

7. Sucumbiendo al suicidio, el hombre rechaza y destruye una ocasión sagrada, proporcionada por la Ley, para la conquista de situaciones dignas y honrosas para

la propia conciencia, pues los sufrimientos, cuando son heroicamente soportados, con voluntad soberana de vencer, son como una esponja mágica para eliminar de la conciencia culpable las tinieblas infamantes, que son el resultado, en muchas ocasiones, de un pasado criminal, en anteriores etapas terrestres. Pero, si en vez del heroísmo salvador, el hombre prefiere huir a sus pruebas, valiéndose de un atentado contra sí mismo que revela la degradación moral e inferioridad de su carácter, retrasará el momento de satisfacer sus más anhelados deseos, ya que jamás se podrá destruir porque la fuente de su vida reside en su espíritu y éste es indestructible y eterno como el foco Sagrado del que descendió.

8. Raramente el suicida permanece mucho tiempo en la Espiritualidad. En función del daño producido, se reencarnará con rapidez o retrasará su vuelta a un cuerpo físico en el caso que existan circunstancias atenuantes que permitan su ingreso en cursos de aprendizaje educativos, que facilitaran las luchas futuras, favoreciendo su rehabilitación.

9. El suicida es como un clandestino de la Espiritualidad. Las leyes que regulan la armonía del mundo Invisible no admiten su presencia antes de la época fijada; y son tolerados, amparados y convenientemente encaminados porque la excelencia de esas mismas leyes, derramada del seno amoroso del Padre Altísimo, estableció que sean incesantemente renovadas las oportunidades de corrección y rehabilitación a todos los pecadores.

10. Renaciendo en un nuevo cuerpo carnal, se enfrentará de nuevo el suicida a la programación de los trabajos a los que imaginó erróneamente poder escapar por el suicidio; experimentará nuevamente tareas, pruebas semejantes o absolutamente idénticas a las que pretendió esquivar; pasará inevitablemente por la tentación del mismo suicidio, porque él mismo se colocó en esa difícil situación acumulando para la reencarnación expiatoria las amargas consecuencias de un pasado delictivo. Sin embargo, podrá resistirse a esa tentación, ya que en la espiritualidad fue debidamente aleccionado para esa resistencia. Si, no obstante, fallase por segunda vez –caso improbable–, se incrementará su responsabilidad, multiplicando la serie de sufrimientos y luchas rehabilitadoras, ya que es inmortal.

11. El estado indefinible, de angustia inconsolable, inquietud afflictiva, tristeza e insatisfacción permanente, las situaciones anormales que aparecen y permanecen en el alma, la mente y la vida de un suicida reencarnado, indescriptibles a la comprensión humana y sólo asimilables por él mismo, solamente le permitirán el retorno a la normalidad al terminar las causas que las provocaron, después de existencias expiatorias, donde sus valores morales serán puestos a prueba, acompañados de sufrimientos, realizaciones nobles y renuncias dolorosas de las que no se podrá librar... pudiendo exigir esa labor suya la perseverancia de un siglo de luchas, de dos siglos... tal vez más... según sea el grado de sus propios méritos y su disposición para las luchas justas e inalienables.

Esas conclusiones no nos permitían ilusionarnos acerca del futuro que nos aguardaba. Comprendimos muy pronto que, en la espinosa actualidad que vivíamos, sólo existía un camino como recurso a un porvenir más positivo cuya distancia no podíamos prever: Someteros a los imperativos de las leyes que habíamos infringido y seguir los consejos y orientaciones ofrecidos por nuestros amorosos mentores, dejándonos educar y guiar bajo sus altos criterios, como ovejas sumisas y deseosas de encontrar el supremo consuelo de un refugio...

CAPITULO VI

LA COMUNIÓN CON LO ALTO

“Dijo entonces Jesús estas palabras: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la Tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños”.

S. MATEO, 11:25.

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

S. MATEO, 18:20.

No obstante la eficiencia de los métodos utilizados en el recinto del hospital y, más aún, entre los enfermos del Aislamiento y del Psiquiátrico, estaban aquellos que no habían conseguido reconocer todavía su propia situación como sería de esperar.

Permanecían confundidos, semiinconscientes e inmersos en un lamentable estado de inercia mental, incapacitados para cualquier adquisición que favoreciese el progreso. Urgía despertarles y hacerles revivir las vibraciones animalizadas a las que estaban acostumbrados, permitiéndoles ser capaces de entender algo a través de la acción y de la palabra humanas.

¿Qué hacer, si no llegaban a comprender la palabra armoniosa de los mentores espirituales, ni siquiera verles con la claridad necesaria, aceptando sus caritativas sugerencias, aunque se materializasen ellos cuanto les era posible, para hacer más eficientes las operaciones?

¡La augusta Protectora del Instituto tenía prisa por verles también aliviados, pues así lo deseaba su excelso corazón de Madre!

Los abnegados servidores de la hermosa Legión gobernada por María no vacilaron en echar mano de otros recursos para conseguir el objetivo deseado.

Nuestros instructores –Romeu y Alceste– plantearon al director del Departamento Hospitalario la necesidad urgente de ir a la Tierra en busca de aprendices de

ciencias psíquicas ⁹ para resolver los trastornos mentales de algunos internos, insolubles en la espiritualidad. Una vez al tanto de todos los detalles, el hermano Teócrito nombró una comisión que debería dirigirse a la Tierra para ver las posibilidades de una eficiente colaboración terrestre. Al mismo tiempo se cursó una petición de asistencia al Departamento de Vigilancia, responsable del movimiento de intercambio entre nuestra Colonia y la corteza terrestre.

Olivier de Guzmán, con la rapidez que caracterizaba las resoluciones y órdenes en todos aquellos núcleos de servicio, puso a disposición de su antiguo colega de luchas benéficas el personal necesario, competente para el intento, al mismo tiempo que solicitaba de la Sección de Relaciones Externas indicaciones precisas en cuanto a la existencia de grupos de estudio y experiencias psíquicas reconocidamente serios, distinguidos por el emblema cristiano de la verdadera fraternidad de principios, en el perímetro astral compuesto por Portugal, España, Brasil, países latinoamericanos y colonias portuguesas, así como las fichas espirituales de los médiums reunidos en las mismas. Se eligió Brasil, dada la abundancia de organizaciones científicas donde el sentido religioso y la moral cristiana consolidaban el ideal de amor y fraternidad, tan admirado por la Legión, teniendo en cuenta la existencia en este país de médiums bien dotados para esta tarea, que constaban en los ficheros de la Institución.

Esa misma noche, del Departamento de Vigilancia partió una pequeña caravana con destino al Brasil, a cargo de nuestro amigo Ramiro de Guzmán. Como se trataba de espíritus lúcidos, completamente desmaterializados, no se utilizaron vehículos de transporte, empleando el vuelo para el viaje, por ser más rápido y acorde con sus experiencias espirituales.

Integraban esa caravana, además de los instructores Alceste y Romeu, dos cirujanos responsables por los pacientes en cuestión, expertos en periespíritu. Iban, con poderes conferidos por el director, a examinar las posibilidades de los médiums cuyos nombres y referencias recomendables habían obtenido de la Sección de Relaciones Externas. De ese examen dependería la elección definitiva de los grupos a visitar. No obstante, antes de la partida de esa comisión, se cursó un mensaje telepático de la Dirección General del Instituto, localizada en la mansión del Templo, a los directores y guías instructores espirituales de los grupos a las que pertenecían los citados médiums, así como a sus propios guías y mentores particulares, solicitándoles el indispensable permiso y la preciosa colaboración para los trabajos a ser realizados.

Los servicios que prestarían los vehículos humanos –los médiums– deberían ser voluntarios. Nada en absoluto les sería impuesto o exigido. Al contrario, los

⁹ No se refiere a psiquiatras o psicólogos, sino a “psíquicos”, es decir, “sensitivos” o “médiums”. El bajo patrón vibratorio de los enfermos requería alguien similar en la escala vibratoria, como puede ser un encarnado, para comunicarse con ellos (nota del traductor).

emisarios del Instituto solicitarían, en nombre de la Legión de los Siervos de María, el favor de su colaboración, pues era norma de las escuelas de iniciación a las que pertenecían los responsables del Instituto Correccional María de Nazaret, perteneciente a aquella Legión, no imponer nada a nadie, sino convencer para la práctica del cumplimiento del deber.

Por vía telepática quedó establecido el acuerdo de que los mentores espirituales de los médiums en cuestión, les sugiriesen el irse a la cama antes de lo usual y les sumergiesen en un suave sueño magnético, permitiendo una mayor amplitud de acción y lucidez a sus espíritus para el buen logro de las negociaciones que se realizarían durante toda la noche. Una vez desprendidos de sus cuerpos físicos por el sueño, los médiums serían llevados a la sede del grupo al que pertenecían, lugar escogido para los encuentros.

Una vez programado todo, partió del Instituto la caravana misionera, compuesta por ocho personas: cuatro servidores especializados del hospital, y cuatro asistentes de la Vigilancia, que les guiarían con seguridad a las localidades indicadas.

Sonaban las veintitrés horas en los campanarios sencillos de las primeras localidades a ser visitadas, cuando los dedicados siervos de María comenzaron a planear en las latitudes pintorescas brasileñas, dirigiéndose con precisión al centro del país.

Las suaves claridades emitidas por las últimas fases del plenilunio derramaban dulcemente sobre el planeta de pruebas, tonos melancólicos y sugestivos, mientras que los olores vivos de la flora brasileña, rica en esencias virtuosas, embalsamaban la atmósfera, como quemando incienso en honor a los nobles visitantes, sabiendo sus predilecciones de iniciados orientales...

Consultaron el mapa que traían con las necesarias indicaciones; escogieron algunas de las ciudades del centro de la gran nación, donde según la Sección de Relaciones Externas existían grupos serios de estudios y aprendizaje psíquicos; y, separándose en cuatro grupos de dos, alcanzaron rápidamente los puntos determinados. De esta forma visitarían cuatro ciudades cada vez, en busca de los médiums; y, una vez establecidos los acuerdos, se reunirían en determinado lugar de la Espiritualidad, con sus guías y mentores, para ultimar importantes detalles.

En varios núcleos de experiencias, en esa noche serena del interior del Brasil, donde la quietud y la sencillez de costumbres no contaminan de graves impurezas el medio ambiente social, la caritativa actividad del mundo astral se efectuaba en lugares humildes, sin ninguna opulencia ni vanidad, pero donde la sacrosanta lámpara de la fraternidad se mantenía encendida para el culto inmortal del amor a Dios y al prójimo.

Los emisarios expusieron a lo que venían, pidiendo a los médiums, cuyos espíritus habían sido conducidos allí mientras sus cuerpos continuaban profundamente

dormidos, su ayuda piadosa para la iluminación de míseros suicidas incapacitados de convencerse de los imperativos de la vida espiritual si no es con la ayuda astral.

Se comentó por los solicitantes el estado lamentable en que se encontraban aquellos infelices. Los médiums debían contribuir con gran parte de sus propias energías para alivio de esos desgraciados. Se agotarían, probablemente, en el caritativo afán de detener su sufrimiento. Era posible que, durante el tiempo que estuviesen en contacto con ellos, sufriesen impresiones de indefinibles amarguras, malestar inquietante, pérdida del apetito, demencia y disminución del peso natural de su cuerpo.

Aun así, la dirección del Instituto María de Nazaret ofrecía muchas garantías como la restauración de las fuerzas consumidas, orgánicas, mentales o magnéticas, inmediatamente después de efectuado el trabajo, y que la Legión de los Siervos de María, a partir de aquella fecha, jamás les dejarían sin su apoyo fraternal y agradecido. Si se arriesgaban a esa ayuda era porque creían que los médiums educados a la luz de la moral cristiana son iniciados modernos, y, por eso deben saber que los puestos que ocupan, en el seno de la Escuela a la que pertenecen, tendrán que obedecer a dos principios esenciales y sagrados de la iniciación cristiana legados y exemplificados por su insigne Maestro: ¡amor y abnegación!

No obstante, eran libres en su decisión, ya que el trabajo debía ser totalmente voluntario, sin presiones de ninguna clase, basado en la confianza y en el sincero deseo del Bien.

Así se realizaron los primeros acuerdos en doce poblaciones visitadas, con veinte médiums de ambos sexos. Entre estos, sólo cuatro mujeres, humildes y bondadosas, desprendiendo de su envoltorio astral estrías luminosas a la altura del corazón, ofrecieron incondicionalmente su ayuda a los emisarios de la Luz, dispuestas para el generoso trabajo.

De los hombres, sólo dos consintieron, pero sin expresar una total abnegación, aunque fieles al compromiso asumido, como un empleado responsable de su deber pero no excesivamente motivado a su realización. Los restantes, aunque honestos y sinceros en el ideal abrazado por amor a Jesús, no se animaron a un compromiso formal, ya que estaban tan impresionados por las escenas que pudieron ver, que mostraban el precario estado de los pacientes que debían socorrer y su sufrimiento más allá de la tumba, que se echaron atrás en su impulso asistencial, ofreciéndose, sin embargo, para un auxilio permanente a través de las irradiaciones de oraciones sinceras. Se les eximió, por tanto, de cualquier compromiso directo, dándose los visitantes por satisfechos.

Es de destacar que se escogió Brasil, por el hecho de encontrarse allí médiums dotados, honestos, sinceros, y absolutamente desinteresados. A continuación se efectuaron los indispensables exámenes de la organización astral y del envoltorio material de los que se comprometieron al trabajo.

Se realizó una inspección minuciosa en sus cuerpos durmientes. Se analizaron con detalle el vigor cerebral, las actividades cardíacas, la armonía de la circulación, el estado general de las vísceras y del sistema nervioso, y hasta las funciones gástricas, renales e intestinales. Las deficiencias observadas serían reparadas por la acción fluídica y magnética, pues todavía tenían por delante veinticuatro horas para los preparativos.

Pasaron enseguida a la inspección del envoltorio físico-astral, es decir, del periespíritu. Fueron llevados a uno de los Puestos de Socorro vinculado a la Colonia en las proximidades de ésta como de la propia Tierra, una especie de Departamento Auxiliar donde frecuentemente se realizaban importantes trabajos de investigaciones y otras tareas, afectos a los servicios de la misma Colonia.

Los espíritus de los seis médiums fueron minuciosamente instruidos en cuanto a los servicios que deberían prestar, se examinaron sus periespíritus, reforzándolos con aplicaciones fluídicas necesarias para el trabajo, así como el volumen y nivel de las vibraciones emitidas, corrigiendo los excesos o deficiencias presentadas, para que resistiesen sin sufrir cualquier perturbación y de esta forma pudiesen dominar y beneficiar en lo posible, las emanaciones mentales nocivas, enfermizas y desesperantes de los desgraciados suicidados absorbidos por la locura.

Se puede realmente considerar que el contacto mediúmnico con los futuros comunicantes se estableció en ese momento, cuando las corrientes magnéticas armónicas fueron de unos para otros, determinando de esta forma la atracción simpática y la combinación de los fluidos, factor indispensable para la operación de los fenómenos de esta delicada clase.

Una vez ultimados esos preparativos, devolvieron a los colaboradores terrenos a sus hogares, liberándoles del sueño en que les habían sumergido, para que volvieran a sus cuerpos cuando les pareciese bien. Los incansables héroes del amor fraterno, volvieron a sus puestos en lo Invisible, realizando una nueva serie de actividades preparatorias para la jornada de la noche siguiente, cuando se iniciasen las reuniones en cuatro ciudades del interior del Brasil. Y no es de extrañar que así lo hiciesen, sabiendo que todos los iniciados graduados son doctores en Medicina, con amplios conocimientos también de las organizaciones físico-astrales.

Desde el regreso de la comisión de preparación previa, se observaba un especial movimiento tanto en la Vigilancia como en el hospital. A la mañana siguiente nos informaron que, al caer el crepúsculo, partiríamos en visita de instrucción al plano terrestre, lo que nos alegró mucho, con la idea de volver a ver a nuestras familias y amigos.

Al alba, desde el Departamento de Vigilancia, partieron grupos de operarios y técnicos, portando los aparatos necesarios para el importante trabajo a realizar en las primeras horas de la noche. Tanto los Directores de nuestra Colonia como los instructores y educadores, sus auxiliares, eran muy cuidadosos en los métodos

empleados y meticulosos en todo lo referente al intercambio entre el Mundo Astral y la Tierra, fieles a los programas establecidos por los santuarios orientales, donde, hacía mucho, cuando eran hombres, aprendieron la magna ciencia del Psiquismo.

Por eso mismo, un escuadrón de lanceros bajó y, después de inspeccionar rigurosamente el interior del edificio donde se realizaría la reunión de psiquismo, o, como usualmente se denomina –la reunión espírita–, se puso de guardia estableciendo una ronda de seguridad desde las primeras horas de la madrugada. Quedó así, rodeada por milicianos hindúes, semejante a una invencible barrera, la casa humilde, sede del Centro Espírita escogido para la primera etapa, mientras el emblema respetable de la Legión fue izado en lo alto de la fachada principal, invisible a los ojos humanos comunes, pero no por eso menos real y verdadera, ya que el Centro había sido temporalmente cedido a aquella insigne y benemérita corporación espiritual.

Un equipo de trabajadores dedicados, bajo la dirección de técnicos y responsables de la Sección de Relaciones Externas, preparaban el recinto reservado para la práctica de los fenómenos, transformándole, cuanto fuese posible en un ambiente idéntico al que el Instituto tenía para la instrucción de los pacientes. Se solicitó al director espiritual del Centro recomendar al director terrestre, por vía mediúmnica que no permitiese la asistencia de personas laicas o desatentas a los importantes y delicados trabajos de esa noche pues, nada menos que un grupo de espíritus suicidas iba a ser llevado hasta allí para de ser asistidos, y trabajos de tal naturaleza es necesario que sean ocultos, admitiéndose solamente a ellos a los aprendices aplicados y sinceros de la iniciación cristiana, moralizados por las virtudes evangélicas.

Se esparcieron prodigamente fluidos magnéticos en el recinto de la sala de operaciones, obedeciendo a dos finalidades: servir como material necesario para la creación de cuadros visuales demostrativos, durante las instrucciones a los pacientes, y como tónicos para neutralizar las vibraciones negativas de los espíritus sufridores presentes e incluso de algún colaborador terrestre que dejase de orar y vigilar en aquel día, arrastrando a la reunión con lo Invisible las emanaciones de su mente in tranquila.

Una vez preparado todo, al atardecer se inició el transporte de las entidades. Por la mañana del mismo día, sin embargo, después de la lección previa que seguía a las aplicaciones balsámicas para nuestro tratamiento, en los gabinetes ya descritos, fuimos informados de algunos puntos respecto a la importancia de la reunión a la que íbamos a asistir:

–Durante el viaje sería preferible abstenernos de conversar. Deberíamos equilibrar nuestras fuerzas mentales, impulsándolas en sentido generoso. Que procurásemos recordar, durante el trayecto, las instrucciones que veníamos recibiendo desde hacía dos meses, recapitulándolas como si fuéramos a hacer un examen. Eso nos

mantendría concentrados, ayudando a nuestros conductores en nuestra defensa, pues atravesaríamos peligrosas zonas inferiores de lo Invisible, donde pululaban hordas de vagabundos del Astral inferior, lo que indicaba la gran responsabilidad de aquellos que tenían el trabajo de cuidarnos durante la excursión. El silencio y la concentración que pudiésemos observar imprimirían una mayor velocidad a los vehículos que nos transportaban, alejando la posibilidad de tentativas de asalto por parte de aquellos malhechores, aunque tuviesen los legionarios la certeza de poder dominar fácilmente sus posibles ataques.

—No nos podríamos separar del grupo en ningún caso, ni siquiera con la loable intención de visitar la patria o a la familia. Tal indisciplina podría costarnos muchos sinsabores y lágrimas, pues estábamos débiles y éramos inexpertos y poco conocedores de lo invisible, donde proliferan las seducciones y las tentaciones, la hipocresía, mistificación y la maldad, todavía más que en la Tierra. En otra ocasión podríamos visitar a los nuestros sin ningún contratiempo.

—En el recinto de las operaciones deberíamos portarnos como ante el propio Tabernáculo Supremo, puesto que la reunión era ante todo respetable, al ser realizada bajo la invocación del sacro nombre del Altísimo, y su Hijo estaría presente a través de las irradiaciones misericordiosas de su gran amor fraterno, ya que eso mismo les había prometido a los discípulos sinceros de su Excelsa Doctrina, que en su nombre se reuniesen para la comunión con el cielo.

—Es deber del cristiano honesto y serio acallar las pasiones y deseos impuros, procurando escudarse en la buena voluntad para dominarlas, reeducándose diariamente, y en especial en los momentos en que estuviésemos presentes ante el venerable Templo donde se consagraría el sublime misterio de la confraternidad entre muertos y vivos para cambiar impresiones, iluminándose mutuamente. Convenía a todos, hombres y espíritus, prevenirse con las actitudes más dignas posibles, apelando a los pensamientos más saludables para llenar las mentes de nobleza de acuerdo con la situación, es decir, olvidar pesares y preocupaciones, afianzando los sentimientos caritativos con intención de beneficiar al prójimo. Nos recordaron que, en nuestro mismo grupo, iban entidades todavía más desafortunadas que nosotros, que todavía no habían conseguido ningún alivio, al mantener la desorganización nerviosa y la dispersión mental, y a las que, por deber de fraternidad, debíamos ayudar a pesar de nuestra debilidad, contribuyendo con nuestros pensamientos benevolentes y vibrando en sentido favorable a ellas. Si así lo hicieramos, las rodearíamos de un vigor nuevo, suavizando las angustias que les oprimían y concediéndonos al mismo tiempo el mérito de la verdadera cooperación.

Nos dijeron además que, en la Tierra, no todos los hombres admitidos para el trabajo guardaban la higiene moral y mental necesaria para la buena marcha del intercambio con lo Invisible. Que, en los días siguientes, entre los encarnados existía incluso liviandad y abuso en la práctica de las relaciones con los muertos, lo

que es lamentable ya que, todo aquel que actúa de forma liviana o sin criterio, en tan respetable y delicado asunto, acumula responsabilidades gravísimas para sí mismo, que pesaran amargamente en su conciencia en días futuros.

Por eso mismo son escasas las reuniones donde sería posible la visión de muchas grandezas espirituales, pues no siempre los componentes de un equipo de operadores son realmente dignos del alto mandato que presumen poder desempeñar.

Se olvidan que, para que las verdades de los misterios celestes se abran a su entendimiento, para desvelarles lo sublime de ellas, fue, es y siempre será indispensable a los investigadores la autodisciplina moral y mental, es decir, una preparación individual previa, que obliga a modificaciones sensibles en el interior de cada uno, o, por lo menos, el deseo vehemente de reformarse, la voluntad convincente de alcanzar el verdadero centro del Bien...

Pero a pesar de todo, ordena el deber de fraternidad que los espíritus angelicales miren frecuentemente hacia núcleos donde esas infracciones se producen, observando caritativamente la mejor oportunidad para comparecer a ellas, buscando aconsejar a aquellos mismos imprudentes, e instruirles en lo posible, despertando en sus conciencias el sentido real de la gran responsabilidad que tienen, dejando de vestir las túnicas de la virtud, indicada en la vieja parábola del celeste Consejero como traje obligatorio para la mesa del divino banquete con las sociedades astrales y siderales... ¹⁰.

Actuando así, dichos espíritus nada más hacían que observar los principios de la fraternidad establecida por el Maestro Nazareno, que no despreció bajar de las esferas superiores hasta el abismo tormentoso de las maldades humanas, para dirigir a los pecadores en el camino del deber y a la práctica de las virtudes regeneradoras.

Al atardecer, pues, partimos, fuimos a los planos terrestres. Nos custodiaba una pesada escolta de lanceros, grupos de asistentes, psicólogos y técnicos de la Vigilancia, puesto nadie de ninguna dependencia de la Colonia, ni del Templo, podía visitar la Tierra u otros lugares vecinos sin la ayuda valiosa de los abnegados e intrépidos trabajadores de aquel Departamento, que en verdad eran los responsables de las más duras tareas que allí se realizaban.

Ya estábamos algo instruidos, por lo que nos portamos a la altura de las recomendaciones recibidas. Nuestros compañeros en peores condiciones, justamente aquellos por quienes tantos trabajos se realizaban, fueron transportados en carros apropiados, especie de prisiones volantes, rigurosamente cerrados y guardados por la fiel milicia hindú, lo que nos impidió verles. Sus gritos punzantes, sus gemidos y el llanto convulsivo que tan bien conocíamos, llegaban hasta nosotros indistintamente, lo que nos conmovía, despertándonos una honda compasión. Intentamos

¹⁰ Mateo, 22:1 a 14.

ayudar al malestar originado en base a las prudentes recomendaciones de Romeu y Alceste, afirmando nuestras fuerzas mentales en vibraciones caritativas y favorables a ellos, lo que también nos benefició a nosotros.

Llegados al final del viaje, nos sorprendió un deslumbramiento, al tener nuestros ojos habituados a las brumas nostálgicas del hospital. Podíamos ver mejor todo en derredor, una vez en la Tierra, pues, en ningún momento, jamás habíamos visto un edificio tan magníficamente engalanado de luces como aquella humilde morada lo estaba por los esplendores que de lo Alto se proyectaban, envolviéndola en un abrazo de diáfanas vibraciones.

Allá arriba, estaba el emblema de los siervos de María acuartelados en el Instituto, con las iniciales que ya conocíamos, cuyo centelleo azulado confundía y arrebataba. Los lanceros montaban guardia en la pequeña mansión transformada en solar de estrellas. También había un cordón luminoso, como un círculo de densa neblina, rodeándola cuidadosamente, separándola de la vía pública desde cerca de dos metros. A un entendido no le sería difícil percibir la finalidad de tales precauciones exigidas por los ilustres trabajadores del Instituto María de Nazaret. No deseaban la intromisión de emanaciones mentales negativas en el recinto de las operaciones, previniéndose en lo posible cualquier amenaza exterior de cualquier naturaleza.

Entramos. Nuestra admiración aumentaba...

La agitación del plano espiritual era intensa. En cuanto a la parte que tocaba al hombre ejecutar aparecía diminuta, conforme fue fácil observar...

Al ingresar en el salón indicado para el noble acontecimiento, sólo encontramos a un anciano, absorto en la lectura de un manual de filosofía transcendental, que parecía arrebatarle, pues, realmente concentrado en los pensamientos que iba captando de las sabias páginas, dejaba irradiar de su frente centellas luminosas que decían mucho de él en el ambiente de lo Invisible. Todo indicaba que le correspondía la responsabilidad de los trabajos de aquella noche, que sobre sus hombros también pesaban, y, por eso, se preparaba a tiempo, estableciendo cadenas armónicas entre él y sus amigos espirituales. Era el director terrestre del Centro.

La escena a contemplar, era sugestiva y majestuosa.

Habían desaparecido los límites de la sala de trabajos, como si las paredes fuesen mágicamente alejadas para ampliar el recinto. En su lugar veíamos tribunas circulares, como graderías. Parecía un anfiteatro para académicos. Nuestros guías vigilantes nos indicaron las graderías y los lugares reservados para nosotros. Nos sentamos allí, mientras los infelices compañeros, cuyo estado grave era la razón de los trabajos, eran pacientemente conducidos por sus médicos asistentes y enfermeros y colocados en primer plano en las graderías, en un lugar apropiado a sus condiciones.

En la sala ya se encontraban reunidos los elementos terrestres seleccionados para aquella noche, es decir, los médiums indicados, los colaboradores de buena voluntad, ocupando cada uno su lugar. Para ellos sólo había en el tosco aposento además de las paredes blancas y sin adornos, la mesa con un sencillo mantel, libros, papeles en blanco esparcidos, a la altura de las manos de los médiums, y algunos lápices.

Los dotados de videncia, ya percibían algo inusitado y fuera de lo normal, y comunicaban tímidamente a sus compañeros, en discreta confidencia, que una visita importante del Más Allá honraba a la Casa esa noche, dando algunos detalles, como la presencia de la milicia de lanceros, de los médicos con sus batas y emblemas y enfermeros atareadísimos, en lo que, en verdad, no eran creídos, pues, todavía en el primer decenio de este siglo, muchos de los espíritas más convencidos tenían dificultad para aceptar la posibilidad de que en el Espacio se necesitasen militares en acción y enfermeros y médicos desarrollando sus funciones para los enfermos desencarnados...

Nosotros, si no fuera por nuestra inferioridad espiritual, que nos impedía tener una gran amplitud de visión, abríamos abarcando el escenario en su totalidad, en vez de percibir pálidamente lo que nuestros guías y mentores veían en todo el esplendor de su glorioso significado:

—En el centro del salón se destacaba la mesa de trabajos de los colaboradores encarnados. Estaban sentados a ella el director, presidente de la misma, y los médiums y otros trabajadores. Lo que de lejos habíamos notado al entrar, ahora se volvía de una blancura inmaculada, pues de los confines de lo Invisible Superior se derramaba una cascada de luz resplandeciente, elevándola al nivel de altar venerable, donde la comunión de la fraternidad entre hombres y espíritus se realizaría bajo los divinos auspicios del Cordero de Dios, cuyo nombre respetable se invocaba allí.

—Abarcando esa primera cadena magnética producida por las vibraciones armoniosas de los encarnados, existía una segunda, compuesta por entidades translúcidas y hermosas, cuyas facciones mal podíamos mirar, por los vivos reflejos que emitían, pareciendo siluetas encantadas, orladas de rayos cristalinos y puros: eran los espíritus Guías del Centro visitado, los protectores de los médiums, asistentes y familiares de las personas presentes, que, abnegadamente, tal vez desde hacía milenios se dedicaban al objetivo de su redención.

—Además de ésta, ocupando el mayor espacio en el recinto y, como las dos primeras, dispuestas en círculo, la supercadena compuesta, en su totalidad, por el personal especializado comisionado por el Departamento de Vigilancia y subordinado a la Sección de Relaciones Externas, a cargo de nuestro amigo Ramiro de Guzmán.

—En la cabecera de la mesa, el lugar de honor ocupado por el director del Centro, el cual requiere de su ocupante elevadas disposiciones hacia el bien, y que, para los métodos hindúes usados en el Instituto, sería la llave del círculo propicio al noble desempeño, se apostaban, además de éste, su director espiritual y el jefe de nuestra expedición Ramiro de Guzmán, mientras que más arriba se encontraban Romeu y Alceste, los instructores directos del atormentado grupo, cuyo delicado desempeño se va a realizar a través de la palabra del instructor terreno, el presidente de la mesa.

Ambos deben recoger las vibraciones de los pensamientos y de las palabras del presidente, desarrolladas durante el trabajo, asociarlas a los elementos quintaesenciados de que disponen, mezclados con las ondas magnéticas de los circunstantes encarnados, elaborarlos y transformarlos en escenas, dándoles vida y acción, concretándolas y materializándolas hasta que los infelices asistentes desencarnados sean capaces de comprender todo con facilidad. Para eso cuentan con el apoyo del personal especializado de la Vigilancia, es decir, por la Sección de Relaciones Externas, y la ayuda amorosa e indispensable de los gabinetes científicos localizados en el hospital, a cargo de Teócrito.

En cuanto a nuestros médicos y enfermeros ya estaban en sus puestos, yendo y viniendo junto a los médiums y al lado de los enfermos, fieles al sublime sacerdocio que en el astral la medicina les confiere, todavía más noble que en la Tierra porque, además, se dedican a tan nobles labores únicamente bajo la augusta inspiración del amor y de la fraternidad.

Y serenos en sus puestos, los lanceros —esos colaboradores arrojados y silenciosos— que traían su fuerza no en las lanzas, que en sus manos no expresaban violencia, y sí en sus mentes rigurosamente moldeadas en las forjas de trabajos austeros y disciplinas, de renuncias y aprendizajes realizados en el dolor de los sacrificios.

Una vez todos en el puesto que les correspondía, había que iniciar la llamada, según los métodos de la iniciación. Le tocó al hermano Conde de Guzmán llevarla a cabo, como responsable de la numerosa comitiva. Los comisionados por los jefes del Instituto María de Nazaret para la tarea de aquella noche, estaban presentes.

A su petición le imitó el director espiritual del Centro, notificando que también sus subordinados correspondían al santo compromiso. En cuanto a los compañeros terrestres, los auxiliares humanos, no todos se encontraban fielmente reunidos a la hora marcada. A la llamada que recibieron del plano espiritual, había nada menos que tres ausentes al cumplimiento del deber...

Se iniciaron, finalmente, los trabajos en el nombre sacroso del Altísimo y la protección solicitada del Excelso Maestro de Nazaret. Visiblemente inspirado por los pensamientos vigorosos de las entidades iluminadas presentes, el presidente del Centro hizo una commovedora y profunda oración, que predispuso a nuestros cora-

zones al enternecimiento y al fervoroso recogimiento. A medida que oraba, sin embargo, con mayor vigor incidían sobre la mesa los reflejos blanco-azulados emanados de lo alto, como una bendición que nos hizo imaginar relámpagos de la mirada caritativa de María orientando a sus trabajadores en la piadosa misión de socorro a pobres arruinados.

Suplicamos a los mentores presentes la gracia de concedernos por unos instantes el poder de la visión a distancia, que en ellos es uno de los hermosos atributos del progreso adquirido, y que no poseemos todavía, y respetuosamente acompañamos esa cascada azulada que engalanó la sede humilde del grupo de los discípulos del gran iniciado Allan Kardec, intentando descubrir su origen...

Fuimos complacidos en nuestras pretensiones, con la condición de conducir al lector en el giro que emprenderemos a través de las deseadas investigaciones... Una vez puesto, el binóculo mágico nos reveló que, bajo los brillos purísimos que visitaban el tosco albergue, desaparecieron los límites que le encerraban en una simple habitación terrestre para transformarla en blanco de irradiaciones generosas por parte de los directores de nuestro Instituto.

Veíamos, reflejada en las ondas pulcas de aquellos dulces reflejos, la reproducción de lo que, en el mismo momento, se desarrollaba en el gabinete secreto del Templo-santuario, donde se reunían los responsables de los que vivían en la Colonia, ante la excelsa dirección de la Legión. También esos austeros maestros, por tanto, están presentes en la reunión donde estamos, puesto que les vemos: están, como nosotros, reunidos en torno a una mesa augusta y de blancura immaculada —la mesa de la comunión con lo Más Alto—, altar venerable que testifica todos los días sus elevadas manifestaciones de idealistas, sus investigaciones profundas de científicos cristianizados, en torno a la creación divina y de los graves problemas referentes al género humano y sus fervorosas vibraciones de amor y respeto al omnipotente Padre y al prójimo.

Son doce varones, bellos, nobles, cuya edad, a primera vista, no se podría calcular, pero que un examen más cuidadoso revelaría que bien podría ser la que les fuese más grata al corazón o al recuerdo. De sus mentes graves y pensantes, así como de sus corazones generosos, irradian centellas plateadas, testimoniando la gran firmeza de los principios virtuosos que les impulsan.

No tienen asistentes para la reunión que efectúan. Están solos, aislados en el lugar santificado por las vibraciones de sus oraciones, arrebatados por la fe. Ni siquiera los discípulos inmediatos, los que diariamente cooperan para el progreso y bienestar de la Colonia, son admitidos en aquel secreto. La reunión es íntima, sólo de ellos. Necesitan de la más sólida homogeneidad de que podrán disponer sus fuerzas dirigidas en el sentido del bien, pues es preciso mantener la armonía general de la asamblea que se ha reunido en nombre del Creador Supremo del

Universo y ante la vista de su Hijo, cuya presencia se solicitó ardientemente al iniciarse los trabajos.

Ante María son ellos los responsables de lo que ocurra en la humilde casa de los discípulos de Allan Kardec, donde se asentó el emblema de su Legión. Y, lo que es todavía más importante, ante su Augusto Hijo, el Maestro y Redentor, a quien todas las Legiones prestan obediencia, porque es Él el director mayor a quien el Creador dio poderes para redimir el planeta Tierra y sus habitantes, y Ella la responsable por lo que pasa allí, además de las responsabilidades de ellos mismos, motivo por el que es absolutamente imprescindible la conservación de la armonía para la obtención de los buenos éxitos.

Para que el Maestro amado sea glorificado; para que su nombre exelso no sirva de pretexto para livianas realizaciones; para que no se cometan el sacrilegio de hacer degenerar en una simple fórmula banal la invocación hecha al Cordero Inmaculado de Dios; para que esté presente en dichos trabajos, y para que sea real su presencia, en espíritu y verdad, en el santuario de los seguidores de Kardec, visitado por sus devotos, vibran allí ellos, reunidos en secreto, elevando los pensamientos en aspiraciones sublimes, concentrados y firmes, extendiendo, con las mejores reservas mentales que tienen, sus propias almas en la súplica, para que sean todos merecedores de la presencia del gran Consolador, estableciendo así los eslabones invencibles y virtuosos para aquella noche, que son la unión entre la presencia del Maestro Divino y una reunión espirituista terrestre seria y bien dirigida.

Por eso mismo los demás servidores, aunque dedicados y sinceros, no pueden presenciar esa magna asamblea realizada en el Más Allá. No alcanzaron todavía el nivel homogéneo de vibración con las suyas, tal como requiere la santidad del trabajo. En el Instituto María de Nazaret, solo esos doce maestros de iniciación se encuentran perfectamente idénticos en cualidades morales, grados de virtud y de ciencia y estado de espiritualización para la comunión en el sublime ágape que efectúan.

Son, no obstante, sencillos y modestos. Saben que de sí mismos poco tienen para distribuir con los más necesitados y sufridores, porque consideran pequeño el patrimonio de ciencia adquirido, a pesar del largo camino de experiencia que comparten y la serie de peregrinaciones por las vías del sacrificio y de las lágrimas.

Saben que se encuentran todavía distanciados de la perfección, pero intentan caminar con pasos siempre firmes en pos del grandioso ideal que acarician: la unión definitiva con Jesús, y revelan, con demostraciones irrefutables, que ni pasiones personales, ni deseos impuros agitan ya sus voluntades templadas en el amor, en la justicia y en el deber.

Por esa razón oran y suplican en un armonioso conjunto, sin que ninguno se considere suficientemente digno para ser llamado maestro o jefe de los demás. Sólo saben que deben servir, porque no pasan de siervos de una gran corporación donde

la ley es el amor al prójimo, la devoción a las causas generosas, a la justicia, a la abnegación, al trabajo, el progreso hacia la conquista de lo mejor. Para ellos, el verdadero jefe, el Maestro, es Jesús de Nazaret, y como tal le honran e invocan respetuosamente siempre que las circunstancias lo requieren. Y como siervos y discípulos y subordinados desean practicar acciones dignas, alcanzar méritos para elevarse hacia el Amado Señor.

Crean fervorosamente que el magno Instructor, a quien imploran asistencia y protección, no desatendió las invocaciones salidas del fondo más sensible de sus espíritus, sino que bajó, misericordioso y tierno como siempre, no sólo hasta el diáfano santuario donde sólo ellos entran, sino también a la humilde casa en la que se efectúa el divino banquete de la fraternidad, donde también concurren hombres y mujeres aún encarnados, atravesando pruebas para su aprendizaje redentor. El torrente de luz sideral que la santifica lo atestigua. La certeza de la presencia de Jesús en las reuniones engrandecidas por las virtudes y disposiciones morales e intelectuales de sus orientadores, ya sea encarnados o desencarnados, proviene del hecho de que jamás se han extinguido de su audición espiritual las expresiones de aquella voz amorosa, inolvidable y sublime, afirmando la promesa inmortal: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, yo estaré en medio de ellos” ¹¹ como suele suceder en las reuniones legítimas de la iniciación espíritu-cristiana, cuyos principios elevados imponen a su adepto como base la autorreforma moral y mental, en aquella noche memorable para todos los de mi grupo se escogió el tema evangélico a ser estudiado y comentado. Como vemos, la enseñanza era administrada por Jesús, considerado allí profesor magnífico, presidente de honor, cuyas lecciones levantaban el pedestal de todo lo que iba a suceder.

Se inició la lectura del Evangelio, a la que siguió una explicación hermosa y fecunda por parte del presidente terrestre. Las parábolas explicativas, las acciones magnánimas y cariñosas, las promesas inolvidables, una vez más enterneциeron el corazón de los aprendices de la escuela de Allan Kardec, que rodeaban la mesa, estableciendo gratamente, por primera vez, en el interior de cada uno de nosotros, el divino convite para la redención, pues hasta entonces no habíamos oído todavía disertaciones humanas de ese tipo.

Para las criaturas terrestres allí presentes se trataba sólo del hermano presidente leyendo y comentando el asunto escogido, en una hora de inspiración radiante, en que chorros de vivísimas intuiciones, centelleaban, como en una cascada de lo Alto reviviendo la extensa relación de los ejemplos del Modelo Divino y las expresiones de su magnífica moral. Para los espíritus que se aglomeraban en el recinto, invisible para la casi totalidad de los humanos presentes, y, particularmente, para

¹¹ Mateo, 18:20.

los desdichados que habían sido llevados allí para iluminarse, había mucho más que eso.

Para estos últimos, eran figuras, bultos, secuencias que se agitaban a cada frase del orador. Era una clase extraña de una terapia especial que nos administraban como medicamento celeste para suavizar nuestras desgracias. La palabra, las vibraciones del pensamiento creador, repercutiendo en ondas sonoras, donde se retrataban las imágenes mentales del que las emitía, esparciéndose por el recinto saturado de sustancias fluido-magnéticas apropiadas y fluidos animalizados de los médiums y asistentes encarnados, es rápidamente accionada y concretada, volviéndose visible gracias a efectos naturales que producían las fuerzas mentales conjugadas de los Tutelares reunidos en el Templo, con las de los demás cooperadores en acción.

Se intensificaron las actividades de los técnicos de la Vigilancia, encargados de la delicada labor de la captación de las ondas donde las imágenes mentales se reflejaban, de la coordinación y estabilidad de las secuencias, etc., etc. La palabra trabajada de esta forma en el maravilloso laboratorio mental, modelada y retenida por eminentes especialistas devotos al bien del prójimo, se hizo realidad, creando la escena viva de lo que se leyó y expuso.

Desde nuestras graderías, rodeados de lanceros como prisioneros del pecado, lo que en verdad éramos, tuvimos la grata sorpresa de asistir al desarrollo de las narraciones escogidas, en movimiento, en la banda resplandeciente que bajaba de lo Alto, iluminando la mesa y el recinto. Hacía referencia a la personalidad inconfundible del Maestro Nazareno –era la reproducción de Su augusta imagen que se dibujaba–, ¡tal como cada uno se había acostumbrado a imaginarlo en el fondo de su pensamiento desde la infancia!

Se recordaban sus hechos, su vida de ejemplos sublimes, sus gestos inolvidables de protector incondicional de los que sufren además le veíamos tal como el texto evangélico le describía: bondadoso y afable distribuyendo las fragancias de su manantial de amor y de las virtudes de las que era el excelso relicario a los pobres y sufridores, ciegos y paralíticos, lunáticos, locos y leprosos, ignorantes, niños y viejos, a los de buena voluntad, a los pecadores y adulteras, a los publicanos, samaritanos, doctores, a los desesperados y afligidos, a los enfermos del cuerpo y del espíritu, a los arrepentidos y a los propios creyentes de su doctrina de luz y a sus propios apóstoles!...

Mientras, el director del Centro, que no veía con sus ojos materiales esos cuadros majestuosos que se elevaban de su lectura y del comentario, pero sentía las vibraciones armoniosas que los producían conmoviendo su sensibilidad, iba repitiendo y comentando las encantadoras, e inolvidables palabras que tantas lágrimas han enjugado a través de los siglos, tantos corazones ávidos han aplacado,

tantas y tan angustiosas incertidumbres han transformado en la serenidad de una convicción sólida e inquebrantable:

—Venid a mí, vosotros que sufrís y os encontráis sobrecargados, y yo os aliviare.

Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended conmigo, que soy blando y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas pues es suave mi yugo y leve mi fardo.

—Bienaventurados los que lloran y sufren, porque serán consolados.

—Bienaventurados los hambrientos y los sedientos de justicia, pues serán saciados.

—Bienaventurados los que sufren persecución por amor a la justicia, pues que es de ellos el reino de los cielos.

—Bienaventurados vosotros, que sois pobres, porque vuestro es el reino de los cielos.

—Bienaventurados vosotros que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados.

—Dichosos sois, vosotros que ahora lloráis, porque reiréis.

—Dios no quiere la muerte del pecador, y sí que él viva y se arrepienta.

—El hijo de Dios vino a buscar y salvar lo que se había perdido.

—De las ovejas que el Padre me confió, ninguna se perderá.

—Si quieres entrar en el reino de Dios, ven, toma a tu cruz y sígueme....

—¡Yo soy el Gran Médico de las almas y vengo a traeros el remedio que os ha de curar!

¡Los débiles, los sufridores y los enfermos son mis hijos predilectos! ¡Vengo a salvarlos!

Venid pues a mí, vosotros que sufrís y que os halláis oprimidos, y seréis aliviados y consolados.

—Vengo a instruir y consolar a los pobres desheredados. Vengo a decirles que eleven su resignación al nivel de sus pruebas, que lloren, por cuanto el dolor fue consagrado en el Jardín de los Olivos, pero que esperen, puesto que también a ellos los ángeles consoladores vendrán a enjugar sus lágrimas.

Vuestras almas no están olvidadas, yo, el Divino Jardinero, las cultivo en el silencio de vuestros pensamientos.

Dios consuela a los humildes y da fuerza a los afligidos que la piden.

Su poder cubre la Tierra y, por todas partes, junto a cada lágrima colocó Él un bálsamo que consuela.

—Nada queda perdido en el reino de nuestro Padre y vuestras sudores y miserias forman el tesoro que os hará ricos en las esferas superiores, donde la luz substituye a las tinieblas y donde el más desnudo de entre todos vosotros será tal vez el más resplandeciente¹²

Era un desfile arrebatador de escenas, donde el amable Consolador se destacaba irradiando una invitación irresistible para nosotros, condenados, sufridores y sin esperanzas, mientras el orador recordaba las divinas acciones practicadas por Él...

Un silencio religioso presidía las tribunas. Una vibración de emociones desconocidas llegaba, a las profundidades sensibles de nuestros espíritus atribulados y tristes, una alborada de confianza, un preludio prometedor de la fe que nos debería impulsar hacia los albores de la salvación.

Atónitos por el interés de la enseñanza poderosamente seductora, mirábamos extasiados aquellas escenas sugestivas, creadas momentáneamente para nuestra iluminación, y en las que sobresalía el Nazareno socorriendo a los desgraciados, mientras la palabra afable del orador, envuelta en ondas fluídicas del pensamiento caritativo de los seres angélicos que nos asistían, instruía tiernamente, con entonaciones que repercutían hasta el fondo de nuestros espíritus sedientos de consuelo, como imprimiendo en lo más profundo, para siempre, la imagen incomparable del Médico Celeste que nos debería curar. Entonces sentimos que, por primera vez, desde hacía muchos años, la esperanza bajaba su manto de luz sobre nuestras almas enlutadas por las tinieblas del desánimo y de la impía incredulidad.

De repente, un grito angustioso, de suprema desesperación, rasgó la majestad del religioso silencio que bendecía el salón.

Uno de nuestros compañeros, de aquellos a quienes denominábamos “destrozados” durante el cautiverio en el Valle Siniestro, por conservar en el cuerpo astral las trágicas sombras del destrozo del cuerpo bajo las ruedas de pesados vehículos, y cuyo estado de incomprendión y sufrimiento, muy grave, había exigido la ayuda humana para poder ser aliviado, esperando recibir también alivio a los padecimientos que le exasperaban, se arrojó de rodillas al suelo y suplicó entre lágrimas, tan punzantes que llenaron de compasión las fibras de los presentes, como en otro tiempo habrían hecho los desgraciados ante la presencia del dulce Rabino de Galilea:

¹² El Evangelio Según el Espiritismo, de Allan Kardec (comunicación del Espíritu de Verdad).

—¡Jesucristo! ¡Mi Señor y Salvador! ¡Compadecenos también de mí! ¡Yo creo, Señor, y quiero vuestra misericordia! ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Enloquecí en el sufrimiento! ¡Socorredme, Jesús de Nazaret, a mí también, por piedad!...

A una señal de Alceste y de Romeu, los bondadosos enfermeros le ampararon, conduciéndole hasta la médium, una señora joven, que en la víspera se había comprometido para este trabajo, según las investigaciones de los trabajadores del Instituto antes de marcar la reunión. Dos médicos, responsables por el espíritu en cuestión, le acompañaron, estableciendo su unión con el precioso vehículo, y también ofreciendo a éste la más desvelada asistencia, para que no sobreviniese ningún contratiempo.

¡La escena entonces alcanzó el céñit más patético y, al mismo tiempo, el más sublime que se pueda imaginar!

Apoderándose de un cuerpo que le prestaban piadosamente por algún tiempo, con la intención cristiana de beneficiarle y ayudarle a conseguir alivio, el desgraciado suicida sintió, en toda su plenitud, la tragedia que hacía largos años venia experimentando viviendo en las tinieblas de un martirio inconcebible... pues tenía ahora, a su disposición, otros órganos materiales, en los cuales sus vibraciones, ardientes y tempestuosas, encontradas brutalmente, volvían plenamente animadas para producir en su torturado cuerpo astral repercusiones minuciosas de lo que ocurrió. Reflejó sobre la médium todo el pavoroso estado mental que arrastraba, gritos punzantes, estertores macabros, terrores indecibles, que tradujo, tanto cuanto le fue posible a los encarnados allí presentes, la asombrosa calamidad que la tumba encubría.

Enloquecido, viendo sobre la mesa los fragmentos en que se había convertido su desgraciado cuerpo de carne, tirado por él mismo bajo las ruedas de un tren, ya que su estado mental le hacía ver el mal que existía en sí mismo y que violentaba su conciencia, arrebató a la joven médium en penosas agitaciones y, de bruces sobre la mesa, se puso a juntar aquellos mismos fragmentos, intentando reorganizar los pedazos del cuerpo, que veía, lleno de horror, eternamente dispersos sobre las vías, presa dramática de una de las más terribles alucinaciones que el Más Allá acostumbra a registrar.

Era la viva estampa de la afirmación del Evangelio:

—“*y seréis arrojados en las tinieblas exteriores, donde llorareis y chirriareis los dientes*”

La infortunada oveja descarrizada, que desdeñó oír las advertencias del prudente y sabio Pastor de Galilea, iba nerviosamente, tirando papeles, libros y lápices que estaban colocados sobre la mesa, a disposición de los psicógrafos, y, creyendo reconocer en ellos sus propias vísceras despedazadas, huesos triturados y carnes sangrientas, el corazón, el cerebro, reducidos a montículos repugnantes, los mostra-

ba, llorando convulsivamente, al presidente de la reunión, a quien veía con facilidad, suplicando su intervención ante Jesús el Nazareno, ya que tan bien le conocía, para remediar la alucinación de sentirse así despedazado y reconocerse, y sentirse vivo. Nervioso, inquieto y muy excitado, el prisionero de los tentáculos malvados del suicidio, reía y lloraba a un mismo tiempo, suplicaba y gemía, se retorcía y aullaba, y veía, sofocado en lágrimas inflamadas por el martirio, el drama incommensurable que para sí mismo había creado con el suicidio, el remordimiento inconsolable de preferir la incredulidad en que había vivido y muerto a la conformidad que aconseja prudencia frente a las penas de la adversidad, pues, reconocía ahora, tardíamente, que todos los dramas que la vida terrena presenta son meros contratiempos pasajeros, contrariedades banales, comparados a los monstruosos sufrimientos resultantes del suicidio, cuya naturaleza e intensidad ningún ser humano, ni siquiera un espíritu desencarnado, es capaz de medir, si no lo ha experimentado.

El presidente, a quien inspiraban amorosamente tutelares invisibles, conmovido, le habla piadosamente y le consuela mencionando la luz sacrosanta del Evangelio del Maestro Divino como el recurso supremo y único capaz de socorrerle, dándole su palabra de honor, que el Médico Celeste intervendrá, proporcionándole alivio inmediato a los extraños males que le afligen.

Hizo una oración, sencilla y amorosa, después de invitar a todos los corazones presentes a elevarse con él en el espacio infinito, en busca del seno amoroso de Jesús, para suplicarle merced inmediata para el desgraciado que necesitaba serenidad para eliminar de la mente la visión macabra que su propio delito, desertando de la vida por el atajo del suicidio, fustigaba su alma.

Le acompañaron de buena voluntad todos cuantos se interesaban por el infeliz alucinado: encarnados que componían la mesa, desencarnados instructores y vigilantes, asistentes guías del Centro, lanceros y hasta nosotros, los delincuentes, más serenos, y profundamente commovidos.

Los Directores de nuestra Colonia que desde el secreto del Templo, asisten a todo cuanto se desarrolla entre nosotros oran; lo mismo hacen Teócrito y sus adjuntos, que, desde el hospital, asisten a los trabajos a través de los extraordinarios aparatos que conocemos o simplemente sirviéndose de la doble vista, que accionan fácilmente.

Y así, gracias al impulso vigoroso de los pensamientos homogéneos de tantos corazones fraternalmente unidos bajo la más bella y desinteresada caridad, la oración depurada y santa se transformó en una cadena vigorosa de luz esplendorosa, que en unos minutos alcanzó el blanco sagrado y volvió fecundada por el abrazo de su divina misericordia. Cada pensamiento, que se une a los demás en compasión, cada expresión caritativa extraída del corazón, que sube en busca del Padre Altísimo a favor del infeliz castigado por el suicidio, que necesitó la ayuda

humana para adaptarse al Más Allá, son voces esperanzadoras y bálsamo fecundo que proporciona descanso e indicios de bonanza en las tempestades que sacuden su espíritu, inmerso en la desgracia.

A la oración siguió un silencio impresionante, como sólo existió sobre la Tierra en otro tiempo, durante la práctica de los misterios, en los santuarios de los antiguos templos de ciencias orientales. Todos estaban concentrados, sólo la médium se retorcía y lloraba, traduciendo el asombro de la entidad comunicante.

Poco a poco, sin proferir palabra, y mientras trabajaban sólo las fuerzas mentales de desencarnados y encarnados, se produjo la divina intervención... que debemos describir, por su trascendencia.

Las vibraciones mentales de los asistentes encarnados, y particularmente de la médium, cuya salud físico-material, físico-astral, moral y mental, se encontraba en condiciones satisfactorias, según el análisis previo llevado a cabo por los instructores, reaccionaban contra las del comunicante, que, viciadas, enfermas, positivamente descontroladas, chocaban violentamente sobre aquellas, como ondas revueltas de un inmenso torrente que se derramase en el seno del océano, hermoso y arrogante, reflejando los esplendores del firmamento soleado.

Se estableció, así, una dura lucha, en la sublime operación psíquica, en que las influencias saludables, fluidos magnéticos mezclados de esencias espirituales, donados por la médium y por los guías asistentes, deberían imponerse y domar a las emitidas por la entidad sufridora, incapaz de producir algo que no fuese inferior.

La cadena poderosa dio, en poco tiempo, los frutos saludables que eran de esperar, dominando suavemente a las vibraciones nefastas del suicida después de pasar por la médium, que materializándolas y adaptándolas en afinidad con el paciente, hacía que él las asimilase. El cuerpo astral del espíritu se resentía de las impresiones animalizadas dejadas por el cuerpo carnal que se extinguía bajo la piedra del sepulcro.

Era como si se aplicase anestesia en la organización fluídica del penitente, aliviando su excitación, para situarla en condiciones de recibir la verdadera terapia requerida por el caso. Era como un sedativo divino que extendía piadosamente sus diáfanas virtudes sobre sus llagas anímicas, a través del filtro humano representado por el magnetismo mediúnico, sin el cual el infeliz no podía asimilar ningún beneficio que se le quisiera aplicar. La infiltración de esencias preciosas que la médium recibía de lo Alto, o de los mentores presentes, transmitiéndolas al paciente era como una transfusión de sangre en un moribundo que le devuelve a la vida después de haberse encontrado al borde de la tumba .

Lentamente la médium se quedó tranquila, porque el desgraciado "destrozado" se calmó. Ya no veía las secuencias mentales del acto temerario, es decir, que desapareció la visión de los fragmentos de su propio cuerpo, que en vano intentaba recoger para recomponerlo.

Una grata sensación de alivio atravesaba sus fibras periespirituales doloridas por la amargura soportada por tanto tiempo... Continuaba el silencio augusto propicio a las dulces revelaciones inmateriales del amparo maternal de María, y de la misericordia inefable de su Hijo inmaculado. Por el recinto repercutía todavía la melodía evangélica, como una sinfonía sideral que prodiga esperanzas:

—“*Venid a mí, vosotros que sufrís y os halláis sobrecargados, que yo os aliviare...*”

Mientras, él lloraba desahogándose, atisbando la posibilidad de una mejor situación. Sus lágrimas ya no traducían los estertores violentos iniciales, y sí la expresión agradecida de quien siente la intervención saludable...

Entonces, Alceste y Romeu accionaron las fuerzas de la intuición, con vejementia, sobre la mente del presidente de la mesa, que se coronó de luminosidad. Se aproximaron los técnicos del aparato mediúmnico, al que el infeliz se ajustaba. Le explica el presidente, detalladamente, cuanto le sucedió y porqué le sucedió. Le da una explicación clara, de lo que aquellos agentes corporifican con la creación de escenas demostrativas. Vimos que se repetía entonces en la sesión espiritista terrena lo que habíamos asistido en las asambleas del Hospital presididas por el insigne Teócrito: la vida del paciente resurge, como fotografiada, y reflejada en esas escenas, de sus mismos recuerdos, desfilando ante sus ojos desde la cuna hasta la tumba cavada por el mismo.

Volvió a ver lo que hizo, asistió a los estertores rápidos de la agonía que se ofreció a sí mismo bajo las ruedas del tren; contempló, perplejo y aterrado, los destrozos a los que su gesto brutal redujo su configuración humana llena de vigor y de savia para la continuación de la existencia... pero lo hizo ahora ya sin aquellos destrozos, como si hubiera despertado de una horrible pesadilla...

Observó realmente, deshecho en lágrimas, que manos piadosas recogieron sus despojos ensangrentados de las vías; asistió conmovido al sepelio en tierra consagrada de los mismos... y vio la figura reconfortante de una cruz montando guardia en su sepultura. Comprendió de esta forma y aceptó el acontecimiento que tenía dificultades y repulsa en acatar, es decir, que era inmortal y continuaría viviendo, viviendo todavía y para siempre, a pesar del suicidio.

De nada le había servido la resolución infernal de pretender burlar las leyes divinas sino para sobrecargar su existencia, así como la conciencia, de responsabilidades graves. Si el cuerpo material se extinguía en el polvo de un sepulcro —el espíritu, que es la personalidad real, porque desciende de la luz eterna del supremo Creador, marcharía indestructible hacia el futuro, a pesar de todas las dificultades y contratiempos, vivo y eterno como la misma esencia inmortal que le había dado la vida.

¡Oh, Dios del Cielo! ¿Qué oficio religioso superará en gloria a esa sencilla reunión, desprovista de atavíos y repercusiones sociales, pero donde el alma

atribulada de un suicida, incrédulo de la misericordia de su Creador, desesperada por los sufrimientos y la inclemencia de los remordimientos, se convierte a la fe, por la dulzura irresistible del Evangelio del Dulce Nazareno?... ¿Qué ceremonia, qué ritual, festividades y pompas existentes sobre la Tierra podrán codearse con la magnificencia del santuario secreto de un núcleo de estudios y trabajos espirituales donde los misioneros del amor y de la caridad del unigénito de Dios en su nombre sobrevuelan, inmersos en vibraciones puras y sin mancha, ofreciendo a los iniciados modernos, que se congregan en cadenas mentales excelentes, el precioso ejemplo de una nueva práctica de la fraternidad?...

¿En qué sector humano encontraría el hombre glorificación más honrosa para condecorar su alma, que esa, de ser elevado a la meritoria categoría de colaborador de las esferas celestes, mientras los embajadores de la luz le desvelan los misterios de la tumba ofreciéndole la sacrosanta enseñanza de una moral redentora, de una ciencia divina, con la intención de reeducarle para su definitivo ingreso en el redil del Divino Pastor?...

¡Hombre! ¡Hermano, que, como yo, desciendes del mismo foco glorioso de luz! ¡Alma inmortal predestinada a excelsos destinos en el seno magnánimo de la eternidad! ¡Apresura la marcha de tu evolución hacia lo alto en los caminos del conocimiento, reeducando tu carácter a la luz del Evangelio del Cristo de Dios! ¡Cultiva tus facultades anímicas en el silencio augusto de las meditaciones nobles y sinceras; olvida las vanidades depresivas, relega los placeres mundanos que para nada sirven sino para excitar tus sentidos en perjuicio de las felices expansiones del ser divino que palpita en ti, aleja bien lejos de tu corazón el egoísmo fatal que te hace inferior en el concierto de las sociedades espirituales... pues todo eso no son más que escollos terribles que dificultan tu ascensión hacia la luz!... ¡Abre tu seno para la adquisición de virtudes activas y deja que tu corazón se dilate para la comunión con el cielo!

Entonces, las aristas del calvario terrenal por el que caminas serán aliviadas y todo parecerá más suave y más justo a tu entendimiento aclarado por la comprensión sublime de la verdad, pues habrás acogido en tu seno a las fuerzas del bien que emanan del supremo amor de Dios... Y después, cuando hayas renunciado, cuando seas capaz de las rígidas reservas necesarias al verdadero iniciado de las ciencias redentoras, cuando hayas apartado tu corazón de las ilusiones efímeras del mundo en el que experimentas la sabiduría de la vida, y tu alma se sienta conmovida por el santo ideal del amor divino –que tus dones mediúmnicos se entrebaran cual preciosa y cándida flor celeste, hacia la convivencia ostensiva con el Mundo Invisible, deshoyando pétalos de caridad fraterna al paso de los infelices que no supieron prevenirse a tiempo, como tú, con las fuerzas indestructibles que al alma le proporciona la ciencia del Evangelio de Cristo.

CAPITULO VII

NUESTROS AMIGOS LOS DISCÍPULOS DE ALLAN KARDEC

En los intervalos que existían entre una reunión y otra no volvíamos a nuestro refugio de la espiritualidad. Permanecíamos en el mismo ambiente terrestre, por ser el viaje a emprender excesivamente difícil para un grupo numeroso y pesado como el nuestro, para repetirlo diariamente.

Quedamos pues, entre los hombres, cerca de dos meses, tiempo necesario para la realización de las reuniones íntimas ya que carecíamos de otros grupos de preparación iniciática. En los otros, sólo existían los principios y conceptos morales y filosóficos que eran examinados, sin la práctica de los misterios.

Nuestra calidad de suicidas, cuya aura virulenta por radiaciones inferiores podría llevar a la perturbación y a la repugnancia a las pobres criaturas encarnadas a las que nos acercásemos, o recibir de ellas influencias perjudiciales para el delicado tratamiento al que éramos sometidos, nos inhibía de permanecer en cualquier recinto habitado o visitado por almas encarnadas.

Conviene aclarar que éramos entidades en vías de preeducación, y, por eso, sometidas a reglas muy severas de conducta, lo que impedía que viviéramos tranquilamente entre los hombres, influenciando negativamente a la sociedad terrestre... cosa que fatalmente sucedería si permaneciésemos rebeldes y recalcitrantes en el error.

Nos conducían a lugares pintorescos, en los alrededores de los lugares en que nos encontrásemos, y donde era difícil ver hombres: bosques, prados sombreados por árboles frutales y colinas fértiles y verdes donde el ganado saboreaba el pasto fresco de su predilección. Se levantaban tiendas y surgía bajo el azul del cielo brasileño y los rayos del sol, una aldea graciosa y bucólica, invisible a los ojos humanos, pero muy real para nosotros.

Por la noche, una tierna melancolía endulzaba nuestras amarguras de exiliados del hogar y de la familia, cuando, a la vuelta de las conferencias evangélicas durante las reuniones de los espiritistas cristianos, nos quedábamos a meditar, bajo el silencio inalterable de las colinas o de la placidez de los vergeles, rememorando las lecciones fecundas sobre la existencia del ser supremo como creador y padre, mientras mirábamos el cielo tachonado de estrellas.

En ese momento, ampliaban nuestro raciocinio profundas elucubraciones, mientras contemplábamos, enterneados como jóvenes enamorados, aquel espacio sideral pleno de la gloria con la que el arquitecto Supremo le dotó: astros fulgurantes e inmensos, soles poderosos, centros de fuerza, de luz, de calor y de vida, mundos arrebatadores de belleza y grandeza inconcebibles, cuyo esplendor llegaba hasta nuestra visión de presos del mundo invisible como amorosa señal fraterna, confirmando que también ellos albergaban a otras humanidades, almas hermanas nuestras en marcha hacia la redención, enamoradas del bien y de la luz, y, como nosotros, provenientes del mismo soplo paternal divino que en nuestro interior sentíamos ahora palpitarn, a pesar de la extrema pobreza moral en que nos debatíamos. Por todas partes se notaba la expresión gloriosa del pensamiento del Altísimo hablando de Su poder, de Su amor, de Su sabiduría...

Era frecuente que, bajo el susurro tierno de los árboles de aquellas colinas, ante las dulces vibraciones que refrescaban la noche clara, nuestros amigos, los discípulos de Allan Kardec, es decir, los médiums, los adoctrinadores, los evangelizadores cuyo altruismo y buena voluntad tanto contribuían para alivio de nuestras inquietudes, nos visitasen en nuestro campamento, en lo callado de la noche, aunque sus cuerpos físicos reposaban en un sueño profundo.

Hablaban con nosotros piadosa y amorosamente, pues tenían libre acceso a nosotros, ampliaban aclaraciones sobre la excelencia de las doctrinas que profesaban, revelándose respetuosos creyentes de la paternidad de Dios, de la inmortalidad del alma y de la evolución del ser hacia su todo poderoso creador.

Grandes entusiastas de la fe, nos invitaban al amor a Dios, a la esperanza en su paternal bondad, a la confianza en el porvenir reservado por Él al género humano, al coraje para vencer, como la base para tener serenidad en el gran esfuerzo por el progreso.

Todos ellos, aseguraban ser una prueba de la excelencia de las enseñanzas filosóficas ofrecidas por la doctrina que seguían, cuyas bases, asentadas en la moral grandiosa del divino modelo y en la ciencia de lo invisible, les había transformado en rígidas fortalezas de fe, capaces de resistir a toda adversidad con el ánimo sereno, la mente equilibrada y la sonrisa en los labios, indicando el cielo que traían en sí mismos, gracias a los conocimientos superiores que tenían de la vida y el destino humano.

Exponían, entonces, llenos de elocuencia, los ardores de la adversidad con la que muchos de ellos luchaban, y, oyéndoles, nos asombrábamos, viéndoles superiores: este varón respetable, cabeza de familia numerosa, era paupérrimo, luchando sin tregua por la subsistencia de los suyos, aquel otro, incomprendido en el hogar, aislado en el seno de su propia familia, que no respetaba su derecho sagrado de pensar y de creer como mejor le pareciese, esta señora, cargando la pesada cruz de un matrimonio desventurado, subyugada al imperativo de duras humillaciones y disgustos diarios... esta otra, que vio morir a su hijo único en plena juventud,

soporte y dulzura de su viudez y de su vejez... y esta joven, en vísperas de la esperada boda, se había visto traicionada por aquel a quien amaba... pues el ser iniciado en el Espiritismo Cristiano no excluye la necesidad de grandes reparaciones y testimonios dolorosos.

Sin embargo, la serenidad y una paciente conformidad presidían esos choques en sus corazones, al haberse vuelto confiados hacia el seno amoroso de Jesús, fieles al convite que recibían de Él permanentemente. Habían abierto sus corazones y su entendimiento a las dulces influencias celestes, sublimándose a los influjos asistenciales de sus guías instructores... y ahora marchaban confiados, esperando el futuro y la victoria final.

No tuvieron vergüenza, antes bien fue con visible buen humor que dijeron que entre ellos había los que iban para el cumplimiento del deber en sus reuniones sin haber cenado, por escasez de recursos, pero que no por eso se sentían desgraciados, pues esperaban que el Padre supremo, que viste los lirios de los campos y provee las necesidades de los pájaros que vuelan en el aire¹³, también remediaría su situación, tan pronto como fuese posible... y se sentían fuertes para, por sí mismos, y escudados en la fe y en el buen ánimo consecuente de ella, reaccionar contra la penuria del momento oportuno, y vencer.

De esa diaria convivencia, se establecieron grandes afectos, sobre todo entre nosotros, desencarnados, que nos sentíamos sinceramente agradecidos por el interés que nos dispensaban y la inestimable gratitud que les debíamos ¹⁴.

Teníamos permiso para seguirles en sus jornadas laboriosas, en el desempeño de la beneficencia. Esas labores nos servían de magnífica lección, ya que, arraigados al insano egoísmo, no comprendíamos como podría alguien dedicarse al bien ajeno con tan elevada demostración de desinterés y amor fraternal. Dedicaré algunas líneas de este relato a la descripción de esa laboriosidad a la que asistimos, sólo refiriéndonos a lo realizado por ellos en cuerpo astral, durante las horas dedicadas al sueño y al descanso físico-material.

¹³ Mateo, 6:19 a 21 y 25 a 34.

¹⁴ En efecto, en el curso de mis actividades mediúmnicas tuve ocasión de hacer sólidas relaciones de amistad con habitantes del plano invisible. En determinada fase de mi existencia, cuando testimonios dolorosos y decisivos me fueron impuestos por la Ley de causa y efecto, un pequeño grupo de antiguos sufridores a los que había auxiliado, incluso algunos suicidas y dos ex-obsesores que se hicieron amigos míos durante los trabajos prácticos para la cura de obsesionados, se hicieron visibles en cierta visita que me hicieron, ofreciéndome ayuda para aliviar la situación. No pudiendo hacerlo, ya que ésta era irremediable, mezclaron sus lágrimas con las mías, visitándome frecuentemente y proporcionándome un gran alivio con la prueba, que me dieron, de tan bondadoso afecto (nota de la médium).

Los médiums, y demás iniciados cristianos encarnados, comisionados por el Instituto María de Nazaret, merecían su confianza y estaban bajo su vigilancia hasta terminar los compromisos que habían asumido con sus directores. Muchas veces, sin embargo, esa vigilancia se extendía por tiempo indeterminado, pasando el aprendiz terreno a formar parte del grupo de trabajadores de la Colonia, es decir que se convertía en colaborador de la magna Legión de los Siervos de María.

Si estaban verdaderamente dedicados al ministerio apostólico que experimentaban bajo los auspicios de la Doctrina de Allan Kardec, no limitaban la ayuda de su buena voluntad a las sesiones semanales en el Centro. Al contrario, ensanchaban el radio de acciones propias haciendo un esfuerzo favorable para la causa a la que servían.

A lo largo de la noche, se transportaban a grandes distancias, en cuerpo astral, uniéndose a sus mentores y guías para nobles realizaciones. En grupos de diez o menos, les acompañaban con la intención de instruirse y seguirles en las peregrinaciones dignificantes en pro de la causa abrazada por el Maestro magnánimo. Sus tutelares y asistentes dirigían los servicios, y los mentores de la Legión formaban también parte de la comitiva.

Durante los dos meses de nuestra convivencia en la Tierra, tuve ocasión de seguirles algunas veces, acompañado de otros compañeros, incluso Belarmino, y de nuestros amigos, los de Canalejas y Ramiro de Guzmán.

Dirigidos por sus instructores espirituales, visitaban hospitales en el silencio de la noche, acercándose a los lechos en que gemían pobres enfermos desesperanzados y tristes, con el piadoso interés de darles alivio y vigor con aplicaciones magnéticas revitalizadoras. Les hablaban amigablemente, valiéndose de la somnolencia en que les veían sumergidos, les reanimaban infundiéndoles la fe y esperanza que iluminaban sus espíritus de creyentes fieles, les daban coraje y voluntad de vencer a través de consejos y sugerencias cuya inspiración recibían de sus bondadosos acompañantes.

Ingresamos también en domicilios particulares, observando que la intención que llevaban era siempre la de servir y aprender, ya fuera una visita a los palacios, a las chozas y hasta a los prostíbulos, pues entendían, con sus guías, que también aquí había corazones a consolar y espíritus enflaquecidos que levantar y aconsejar...

Otras veces solicitaban nuestra cooperación en el empeño de consolar a grandes infelices, es decir, a personas encarnadas que vivían dolorosas pruebas, y que tendían, fatalmente, al desánimo y la desesperación. Nos llevaban al Centro al que pertenecían y, allí, mientras sus cuerpos materiales continuaban en profundo sueño, así como los de aquellos por quienes se interesaban, reanimaban a los pobres sufridores exponiéndoles conceptos vivos y prudentes, administrándoles las grandiosas enseñanzas evangélicas que enriquecían sus propias almas y hacían de ellos grandes y animosos luchadores diarios, incapaces de darse por vencidos, ni desanimarse o desesperarse...

En esos momentos prestábamos nuestra dolorosa experiencia, hablando del abismo del suicidio al que nuestra falta de ánimo nos arrastró. Belarmino encontraba la oportunidad, entonces, para expandir su verbo arrebatador de orador fecundo y brillante; y más de una vez pudo salvar, de una caída cierta, a infelices que ya se inclinaban hacia la oscura región de la cual veníamos. Todo eso nos sirvió de valiosa enseñanza, ejemplos y aclaraciones de alto valor, a la vez que la reacción consoladora nos reanimaba y daba esperanzas.

Pasados dos meses, y no necesitando ya recibir nada más del plano material terreno, se ordenó el regreso de el grupo a la Colonia del Astral.

Emocionados, abrazamos en la última visita a nuestra bucólica aldea para las despedidas a esos tiernos y sencillos amigos, cuyos corazones nos habían comunicado tanta placidez y prestado tanto vigor a nuestras almas vacilantes. A pesar que sus cuerpos carnales se mantenían adormecidos cuando iban a vernos, les veíamos realmente, como hombres o mujeres, sin que llegase a impresionarnos la diferencia del envoltorio.

Les juramos afecto inquebrantable y gratitud eterna, les prometimos visitas frecuentes tan pronto como lo permitiesen las circunstancias, así como recomendar las gentilezas y pruebas de consideración con que nos habían honrado, en el momento que estuviésemos capacitados para ello. A su vez prometieron continuar interesándose por el drama que nos aprisionaba, bien orando a la clemencia divina en nuestro favor, o transmitiéndonos sus expresiones de amistad a través de las misivas telepáticas que sus facultades anímicas comenzaban a producir, promesa que nos halagó inmensamente.

En efecto, después de llegar a nuestro hospital, frecuentemente veíamos sus figuras amigas destacándose en la lucidez de nuestros aparatos de televisión, envueltas siempre en las ondas opalinas de la oración y de los pensamientos generosos con que elevaban a Dios los votos que hacían por la mejoría de nuestra situación.

Pasando dos largos meses sobre la Costra terrestre, huéspedes de los serenos cielos brasileños, los guardianes no nos concedieron autorización para visitar los sitios queridos de nuestra Patria, cuyo añorado recuerdo humedecía de llanto las fibras sensibles de nuestras almas, pero nos permitieron, sin embargo, conocer a estos amigos serviciales y gentiles, dóciles y humildes, discípulos del noble maestro de la iniciación —Allan Kardec—, a cuya memoria, desde entonces, pasamos a rendir respetuoso homenaje de admiración. Pensábamos, con ternura y sinceridad: —¡Una doctrina como esa, capaz de elevar los corazones, iluminándoles con las manifestaciones de la Bondad, como veíamos irradiándose en torno de nuestros nuevos amigos, no puede estar lejos de las verdades celestes!

* * *

Pasaron dos años, largos y trabajosos, en los que lloramos mucho bajo el peso de los remordimientos, analizando diariamente el error cometido contra nosotros mismos, contra la naturaleza y las sabias leyes del semipermanente, volviendo a la situación amarga dejada por el suicidio. Asistimos en ocasiones a otras reuniones en los gabinetes terrestres de experimentos psíquicos, visitando a nuestros amigos y hablándoles por vía mediúmnica.

En ese tiempo me relacioné con un médium dotado de una extraordinaria facultad, que nos visitaba frecuentemente, a mí y a los demás, bien a través de los pensamientos e irradiaciones benévolas que dirigía a nuestro favor o en el fervor de la oración.

Debo confesar que era compatriota mío, lo que me atrajo y sensibilizó poderosamente. Minucioso, valiente, impávido, incluso imprudente, era también un entusiasta de las ciencias invisibles, para las que se inclinaba con fervor, al extremo de rondar, cual romántico enamorado, las murallas de nuestra Colonia, en cuerpo astral, durante el reposo nocturno o en expresivos trances mediúmnicos, intentando atraernos para ponerse en comunicación directa con nosotros, lo que preocupaba soberanamente a nuestros instructores y a la dirección de la Colonia.

No le permitían la entrada por ser muy peligroso para él el contacto tan directo con un ambiente exclusivo de condenados, pero le proporcionaban guardia y asistencia para el retorno, tomando en cuenta la sinceridad de sus intenciones, ya que temía que pasar por lugares peligrosos de la espiritualidad.

Ese amable e intrépido amigo poseía, es cierto, consejeros y guías, asistencia particular, como médium que era. Pero tenía también su libre albedrío, es decir la voluntad de actuar como quisiera, ya que le fue recomendado seguir la disciplina apropiada al ejercicio de las facultades mediúmnicas, que el iniciado debe observar con el máximo rigor.

Él, sin embargo, se arrojaba imprudentemente por lo invisible, atreviéndose por sombrías regiones sin esperar la invitación de sus mentores, escudándose en la ardiente fe que le inspiraba el deseo del bien. Una de las veces que visitamos a nuestros amigos brasileños, los mentores nos concedieron una entrevista con el compatriota.

Le visitamos de forma inesperada y fuimos vistos fácilmente por él, que se alegró sinceramente, mientras me daban ordenes de decirle algo por vía mediúmnica, como recompensa a su gran dedicación. De repente me vi, conmovido, indeciso, perturbado, escribiendo para mis antiguos amigos de Lisboa y de Oporto, después de tantos años de ausencia. Visitamos sólo al médium, volviendo a los puestos de concentración del grupo inmediatamente.

A pesar de todo eso, proseguían las disciplinas de los primeros días sin alteraciones: continuábamos hospitalizados, sometidos a un tratamiento meticuloso y a

ejercicios complejos para corregir los vicios mentales así como a instrucciones y a la práctica en los servicios de preeducación.

Conocíamos ya la lógica férrea de la reencarnación –fantasma que asustaba a cualquier espíritu delincuente y en particular a un suicida –, ya que él se niega a aceptarlo, aunque está íntimamente convencido de que es verdad, lo niega porque lo teme, sintiendo todavía, que cada día que pasa, cada minuto que transcurre en el estadio consolador donde le asisten sus guías, es atraído por la reencarnación como un trozo de acero lo es por un imán poderoso e irresistible, aunque trate de alejarla de sus pensamientos, sabiendo que es un destino tan inevitable como lo es la muerte para los humanos.

Pero todavía no la habíamos experimentado personalmente en lo referente a las vidas anteriores, escudriñando los archivos del subconsciente para contemplar nuestro ser en la plenitud de su inferioridad moral. Nuestra calidad de suicidas, cuyas vibraciones excitadas nos torturaban la mente con repercusiones e impresiones excesivamente dolorosas, retrasaba lograr ese progreso que, por el contrario, se verifica fácilmente en las entidades normales o evolucionadas.

Para ese tiempo habíamos estrechado poderosamente nuestras relaciones de amistad con el personal de los servicios hospitalarios, y particularmente cada grupo con sus guías responsables más directos, es decir, médicos, enfermeros, vigilantes, instructores y psicólogos.

El asistente que más asiduamente nos seguía era el joven médico español Roberto de Canalejas, cuyas excelentes cualidades intelectuales y morales veíamos diariamente. Él, su padre Carlos de Canalejas, hidalgo español, alma de apóstol, corazón angelical, y Joel Steel, merecían las más efusivas demostraciones de amistad y respeto, de nuestro pabellón en general y de nuestra enfermería en particular.

Roberto, sin embargo, no era una entidad muy evolucionada, aunque fuese aventajado su capital de prendas morales adquiridas por él duramente a través de existencias planetarias. Se trataba de un espíritu en marcha hacia el progreso, y había venido de la tumba no hacía ni siquiera un siglo, después de una encarnación reparadora muy dura, en la que el dolor de una brutal traición conyugal había despedazado su corazón y la felicidad que creía disfrutar.

Roberto había visto desmembrarse su hogar por el perjurio de la esposa a quien había amado con todo su corazón y vio morir a su hija querida, la primogénita de esa unión que todo hacía suponer era venturosa y duradera, a los siete años de edad, víctima de la nostalgia originada por la ausencia materna, agravada con la tuberculosis heredada de su padre, que, a su vez, la había adquirido en sus investigaciones con enfermos portadores del terrible mal, ya que, como médico, se dedicaba a estudiarlo.

Sufrió humillaciones penosas y mil situaciones difíciles, a causa del desigual casamiento que hizo, al apasionarse irremediablemente por la encantadora Leila, hija del conde de Guzmán, nuestro muy amado amigo de la vigilancia. Correspondido con vehemencia por la voluble muchacha, que entonces contaba apenas quince primaveras, se unió a ella en matrimonio a pesar de la oposición de D. Ramiro, que, conociendo a su hija, no auguraba un final feliz para la pareja. Roberto de Canalejas, en verdad, no pasaba de un pobre y oscuro hijo adoptivo de un hidalgo generoso que le dio nombre y posición social, pero que había gastado su fortuna en meritorias obras de socorro y protección a la infancia desvalida.

A fines del siglo XVII vivió Roberto una existencia en el centro de Europa, suicidándose en el año 1680. Por esa dolorosa razón, en el siglo XX, en que estábamos en la espiritualidad, aún sufrió las consecuencias de ese acto, pues su drama conyugal sucedió en España, en la primera mitad del siglo XIX, pero esa experiencia no fue igual a las vivencias que no soportó a fines del siglo XVI.

Ese noble amigo, cuyo aspecto grave y meditabundo tanto nos atraía, tenía en el Más Allá la misma apariencia que en la última existencia, pasada en España: estatura media, barba negra y cerrada elegantemente terminada en punta, como usaban los aristócratas de la época, y acompañada de bigotes bien tratados; cabellera voluminosa y abundante, tez blanquíssima, casi nívea, ojos negros, grandes, pensativos, que recordaban a los gitanos andaluces, y manos de dedos largos indicando el ejercicio continuo del pianista o el mal terrible por el que murió en su última encarnación.

Me relató él mismo esa síntesis de su vida, durante los paseos en que nos acompañaba por los senderos tranquilos del parque del hospital. Lo hizo con la intención altruista de esclarecernos, intentándonos dar valor para enfrentar el duro futuro que nos aguardaba, ya que el suicida debe reparar la debilidad de que dio prueba, remontando el desánimo que le ata a la inferioridad, con testimonios decisivos de fortaleza y resoluciones salvadoras.

Nos unió una afectuosa simpatía por él, quizás porque había conocido y amado a Portugal, viviendo allí los últimos meses de su vida, donde había sido sepultado o porque, además de médico, era también un artista de elevado mérito, cultivando la literatura y la música, y nuestro grupo se componía de intelectuales portugueses orgullosos de su patria. Este sentimiento se convirtió más tarde en un inmortal afecto fraternal.

Belarmino de Queiroz y Sousa, el políglota filósofo que, por ese tiempo, sólo a veces se acordaba del antiguo monóculo, era uno de sus más devotos nuevos amigos, pues pretendía descubrir de algún modo en él un igual. Roberto nos confesó que había tenido la desdicha de profesar doctrinas materialistas cuando estuvo encarnado, renegando de la idea de un Ser supremo y rechazando la luz de los sentimientos cristianos por el dominio exclusivo de la ciencia, hecho que le había

desamparado mucho ante los continuos sinsabores de la existencia, agravando, más tarde, su propia situación moral, cuando sufrió el supremo golpe en su hogar.

Continuamente se enfrascaban en largas disertaciones en torno de los tan palpitantes temas materialistas a la luz de la ciencia psíquica, respondiendo Roberto con lógica irrefutable a los argumentos vivos de Belarmino, que sólo había iniciado la reeducación en el campo espiritual, pues traía aquel, sobre el interlocutor, la ventaja de conocimientos mucho más profundos no solo en filosofía sino también en ciencia y moral...

Y había que verles, discutiendo amistosa y fraternalmente sobre los más bellos y profundos asuntos; el políglota deseando volver a aprender, renovando sus patrimonios sobre las ruinas de las antiguas convicciones; el joven doctor encendiendo para él antorchas de luces inéditas con las que orientar la trayectoria del porvenir, basándose en hechos positivos que eran tan del agrado del interlocutor. Muchas veces nosotros, los oyentes, sonreíamos furtivamente, al ver la nulidad del pobre Belarmino, que se había considerado un iluminado en la Tierra, ante un simple asistente de hospital de una Colonia de suicidas, humilde trabajador que ni siquiera tenía méritos sensibles en la Espiritualidad...

Un día en que se retrasó un poco más en la visita a nuestros apartamentos, dándonos la noticia de que recibiríamos alta dentro de pocos días, le dije:

—Mi querido doctor. Los pequeños relatos de tu vida, que tuviste la magnanimidad de confiarme, llegaron a lo más profundo de mi ser, conmoviéndome profundamente, y haciéndome reflexionar. Fui novelista en la Tierra y procuré estampar en mis humildes producciones un determinado carácter moral. Dejé en la Tierra una obra voluminosa si no en calidad, —pues hoy reconozco que bien pequeñas fueron mis capacidades intelectuales— por lo menos en cantidad...

Confieso, sin embargo, que raramente inventaba mis novelas. Eran más bien hijas de la observación con los retoques sentimentales que usé en ocasiones para adornar la dureza de la realidad y así cautivar más rápidamente a editores y lectores, de los que dependía mi bolsa casi siempre vacía... lo que no debe ser una cualidad muy recomendable para un escritor terrestre.

Ojalá, doctor, pudiese obtener de tu franqueza algunos informes acerca de tu propio drama personal, que tanto me impresionó, para que algún día pueda yo volver a la Tierra y, a través de un médium, narrar a los hombres algo interesante intercalado con las luminosas doctrinas que comienzo a aprender...

Quién sabe si podría yo transmitir a los antiguos lectores de mis obras terrenas las maravillosas novedades con las que aquí me enfrenté, adornándolas con aspectos reales de la vida íntima, tan humana y tan instructiva, de espíritus de aquí que conozco, y que fueron hombres y también sufrieron, y amaron, lucharon y murieron, como toda la humanidad...

Y digo esto porque he oído afirmar a nuestros instructores, que es muy meritorio para un espíritu, deseoso de progresar, romper las barreras de la tumba para relatar a los hombres las impresiones recogidas en la espiritualidad, la moral que a todos los recién venidos de la Tierra aquí sorprende...

Él se quedó pensativo, mientras una ruda melancolía le ensombrecía el semblante que yo me había acostumbrado a ver sereno, lo que me hizo arrepentirme de lo que había dicho. Pasados algunos instantes, sin embargo, respondió, como resucitando del pasado por mí tímidamente recordado:

—¡Sí! Es meritorio para un espíritu esa labor, precisamente por tratarse de uno de los más difíciles géneros que podamos alguno de nosotros realizar.

Es más fácil penetrar en un antro de obsesores, en las capas más bárbaras de la esfera terrestre, para retenerlos, limitando su libertad, o a un antro de magia con su arsenal de patrañas, donde se practican atrocidades con desencarnados y encarnados, para anular sus intentos criminales; incluso convencer a un endurecido en el mal a volver a una reencarnación expiatoria, que conseguir vencer las barreras que representan la mente de un médium para intentar transmitir la luz que aquí nos deslumbra.

De entrada quiero aclarar que no existen muchos médiums dispuestos a tan delicado género de tareas, y cuando se nos presenta alguno que otro dotado con las aptitudes necesarias, además no poseer la educación en moral cristiana, elemento indispensable para el fin idealizado por los grandes instructores que estimulan ese género de experiencias, suelen estar atrincherados en la comodidad, sin disposición para la disciplina que por su propio beneficio se exige de ellos, así como en la duda y en la vanidad de que presumen estar iluminados, predestinados, indispensables para el movimiento de propaganda de lo invisible, tanto, que anulan completamente nuestro entusiasmo, como si sus mentes nos bañasen con duchas heladas. De ahí el preferir a las almas sencillas, a los humildes y pequeños, que, a su vez, por no disponer sino de un pequeño capital intelectual, exigen de nuestra parte perseverancia, dedicación y trabajo exhaustivo para revelar algo a los hombres a través de sus facultades.

Mi vida, querido amigo, o mejor, mis vidas, a través de las migraciones terrenas en las que he experimentado las lides del progreso, si fuesen relatadas, a tus lectores, les ofrecerían lecciones que no serían de rechazar. La vida de cualquier hombre o espíritu es siempre fértil en secuencias para iluminación, una novela instructiva que arrebata, porque refleja la lucha de la humanidad contra sí misma, a través de largas jornadas en busca del puerto de la redención. Podrás tomar tus notas aquí mismo, pues en los límites de esa institución hay buenos temas educativos para transmitir a los humanos por vía mediúmnica.

Pero debo advertirte que toparás con decepcionantes dificultades, porque todos los obstáculos surgen ante un suicida, ya que te pusiste en una situación anormal, que afectó hasta la más insignificante fibra de tu organización psíquica, así como tu

destino. Pero, tus nobles intenciones, perseverancia, tu amor al trabajo y tus ansias por el bien y lo bello podrán operar milagros y estoy convencido de que tus futuros maestros y guías educadores te orientarán al respecto.

En cuanto a los datos que me pides tendría mucha satisfacción en dártelos, amigo mío. Creo que estás sinceramente bien intencionado, y el espíritu, una vez despojado de los preconceptos terrenos, pierde el pudor, que el hombre conserva, de revelar a los amigos los infortunios y particularidades que le angustian.

Lamentablemente, sin embargo, todavía no tengo el desprendimiento necesario para revivir el drama terrible que aún me presiona. Observar el pasado cuyas cenizas aún se encuentran palpitantes, tibias por el fuego interior de un amor inolvidable, que amortaja de añoranzas y pesares implacables todos mis pasos en la espiritualidad, sacar de las sombras del subconsciente la imagen idolatrada de la perfura, a quien no pude jamás despreciar, intentando concederme el consuelo supremo del olvido; verla resurgir del abismo de mis recuerdos tal como existió todavía ayer, hermosa y seductora, enlazada a mi destino por el matrimonio, y revivir las horas felices de la convivencia conyugal, cuando las imaginaba inmortales, sin percibir que eran mentiras, ficticias, tan sólo oriundas de mi sinceridad, de la fe que me inspiraba, de mi buena voluntad, será padecer por segunda vez la insoportable aflicción de saberla adúltera cuando todo mi ser ansiaba por verla redimida de esa infamia.

¡No puedo, Camilo, no puedo! Amo a Leila y siento que tal sentimiento se prolongará conmigo a través de los siglos, porque me ha acompañado a lo largo de mi destino desde hace muchos siglos... desde cuando la voz compasiva de Pablo de Tarso resonaba victoriosa y pura, anunciando la Buena Nueva en la vieja Hispania... Y no descansaré mientras no la tenga nuevamente a mi lado, libre de la afrenta dirigida a mí, y a sí misma, a la ley de Dios, a nuestros hijos y a su calidad de esposa y madre, por las reparaciones a que se sometió, llevada por los remordimientos.

Hizo una pausa, durante la cual dejó entrever en sus ojos la inmensa ternura que vivía en su corazón y continuó en tono humilde, que me llevó a admirar todavía más su carácter, que yo observaba diariamente desde hacía tres años:

—Si yo pudiese, Camilo, evitaría los dolores de la expiación para mi pobre Leila, llamándola para una convivencia cariñosa y borrando de nuestro entendimiento, como antes lo intenté, las manchas del delito con el beso del perdón que desde hace mucho voluntaria y bienamente le concedí. Sin embargo, ella misma no quiere aceptar nada de mí antes de resarcir su propia deuda a través de una reencarnación amortajada en las lágrimas de duros sufrimientos, para poder considerarse digna de mi amor y del perdón de Dios.

Su conciencia ennegrecida por el error fue el austero juez que la juzgó y condenó, pues, con el alma llagada por las dentelladas del remordimiento, se aterra tanto con su propio pasado, que nada, nada será capaz de mitigar los ardores que le torturan sino el dolor irremediable en el sacrificio de la expiación terrena...

Yo quisiera acercarme a ella y paliar mi añoranza hablándole personalmente, en vigilia o durante el sueño, consolándola e incitándola a la lucha por la victoria con mis promesas de perenne amistad. Pero no puedo, ni siquiera aproximarme porque, si me percibe, se aterroriza y procura huir, avergonzada con la mancha acusadora que tiene en su conciencia. En cuanto a mí, podré verla o acompañarla en cualquier momento que lo desee, pero cautelosamente, para que no me perciba y evitar desorientarla...

—Cada vez me convenzo más, doctor, de cuánto mis lectores apreciarían que les narrase los conmovedores episodios que veo en todo lo que dices...

—Pediré al padre de Leila que más tarde lleve a tu conocimiento, querido escritor lusitano, el drama que tanto te atrae... ¿Quién sabe?... El trabajo es el elemento primordial para el progreso y la intención noble y generosa que inspira al trabajador sincero siempre obtendrá el beneplácito divino para su realización... Ramiro de Guzmán está a la altura de hacerlo. Se trata de un espíritu fuerte, experto en las luchas del infortunio, y que sabe dominar sus emociones, poseyendo una disciplina mental en grado adelantado. Podrá y querrá hacerlo, pues se comprometió conmigo mismo a luchar por la preeducación moral de la juventud femenina en la Tierra, en memoria de su infeliz hija tan amada por su corazón de padre, pero que tantos y tan amargos disgustos le causó... a pesar de la educación primorosa que se esforzó en darle. Le hablaré al respecto.

Viéndole dispuesto a retirarse y fiel a la impertinencia de la antigua curiosidad del novelista, que en todas partes huele sustancias sentimentales con que engrandecer sus temas, le dije:

—Y... perdóname, querido doctor... Tu esposa... la hermosa Leila... ¿dónde se encuentra actualmente?...

Se levantó con calma, fijó el pensamiento gravemente, como ejercitando un mensaje telepático a sus mentores, y enseguida se aproximó al espléndido receptor de imágenes, lo sintonizó cuidadosamente para la Costra terrestre y esperó, murmurando como a sí mismo:

—Debe estar atardeciendo en el hemisferio sur occidental... ¿No será indiscreto intentar verla en este momento?...

¡En efecto! Al rato, la figura de una criatura se destacaba en la penumbra de un aposento de una familia paupérrima. Todo indicaba que se trataba de un hogar brasileño de los más modestos, aunque no miserable. Una niña, aparentando unos cinco años de edad, cuyas facciones concentradas y tristes indicaban la violencia de las tempestades que agitaban su espíritu, se entretenía con sus modestos juguetes, pareciendo mentalmente preocupada con recuerdos que se barajaban con los hechos del presente, pues le hablaba a las muñecas como si conversase con personajes cuyas imágenes se diseñaban como contornos a lápiz en sus vibraciones men-

tales. Roberto la miró tristemente y, volviéndose hacia mí, que estaba deslumbrado ante la majestad del drama cuyos inicios me daban a conocer, me dijo:

—Ahí está. Reencarnada en el Brasil... donde pasará su doloroso calvario de expiaciones... Vive ahora fuera de los ambientes que tanto amaba, desamparada por la ausencia de aquellos que tan profundamente la amaban, pero cuyos corazones humilló con la más cruel ingratitud. Leila desapareció para siempre en la vorágine del pasado... Su nombre ahora es otro: — la llaman María... el nombre venerable de nuestra augusta guardiana... Para el mundo terrestre será una linda y graciosa niña, inocente y cándida como los ángeles del cielo. Pero ante su conciencia, sin embargo, es el resultado del juicio de la ley sacrosanta que infringió, es la gran infractora que cumplirá su merecida pena, es la adúltera, perjura, infiel, blasfema y suicida, pues Leila fue también suicida, que renegó de padres, esposo, hijos, familia, honor y deber, por la funesta atracción de las pasiones inferiores...

Dos lágrimas oscilaron en el terciopelo de sus bellas pestañas de andaluz, sin embargo, continuó commovedoramente:

—¡Oh, Camilo! ¡Gloria a Dios! ¡Gracias a su paternal bondad, que hace olvidar a los hombres encarnados el cortejo siniestro de sus errores pasados!... ¿Qué sería de la sociedad humana si cada criatura pudiese recordar sus vidas?... ¿Si todos los hombres conociesen el pasado espiritual de cada uno?...

De repente, un grito indefinible, mezcla de pavor, de emoción o vergüenza, que rozaba la locura, rompió el silencio del humilde hogar brasileño, resonando en la placidez de nuestra enfermería del Más Allá: la niña acabara de presentir a Roberto, le veía como reflejado en ondas telepáticas, pues el remordimiento decía a su conciencia que era él, la gran víctima de sus desatinos, y, llorando, buscó refugio en los brazos maternos, sin que nadie comprendiese la razón de la súbita crisis...

Se detuvo el asistente de Teócrito, apagando rápidamente el impresionante aparato.

—Siempre es así—dijo tristemente—no tiene valor para verme... No obstante, piensa en mí y desea volver a vivir conmigo...

Se despidió y se retiró meditabundo. Nunca más volví a hablarle del asunto. Pero en esa misma tarde inicié los apuntes para la preparación de estas humildes páginas...

¿Quién podía saber lo que la misericordia del Altísimo me tenía reservado?... Tal vez no me fuese del todo imposible escribir como antes... Ahora tenía algunos amigos terrestres capaces de oírme y comprenderme...

¡Sí! Yo había mejorado muchísimo, gracias al eficiente tratamiento usado en el Hospital María de Nazaret... Lo demostraba la esperanza radiante que fortalecía mi espíritu...

SEGUNDA PARTE

LOS DEPARTAMENTOS

CAPITULO I

LA TORRE DEL VIGÍA

¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarría una de ellas, ¿por ventura no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscarla que se había extraviado? Así, no es de la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que perezca uno de estos pequeños.

(MATEO, 18:12 y 14).

El hermano Teócrito nos había enviado un mensajero con una invitación para una asamblea en la sala de audición del Hospital.

Al llegar percibimos que un reducido número de hospitalizados había sido convocado, pues sólo integraban la asistencia aquellos componentes de nuestro grupo que iban a recibir el alta del tratamiento al que venían sometiéndose.

No se hizo esperar el director del Departamento Hospitalario. Acompañado de Romeu y de Alceste, tomó asiento con ellos en la cátedra de honor, mientras el cuerpo clínico, que nos había asistido durante nuestra estancia allí, aparecía en segundo plano, en la tribuna que le estaba destinada.

Haciendo uso de su acostumbrada dignidad, y con suma cortesía, el preclaro iniciado se dirigió a los presentes en estos términos:

—¡Seguro que Dios, creador de todas las cosas, en lo más alto de los cielos, mis amados hermanos y amigos, es testigo de esta reunión para la cual imploramos su bendición de padre y señor!

Una sincera satisfacción hace que hoy nuestras almas se llenen de gratitud al Maestro magnánimo, con el júbilo del triunfo que contemplamos: —vuestra conversión al estado de sumisión a la paternidad divina y, por tanto, a la aceptación del espíritu como originario de la centella emitida por la voluntad del todopoderoso y

destinado a una gloriosa evolución a través de la eternidad. Seguís, no obstante, todavía débiles, vacilantes y pequeños. Pero tenéis delante de vosotros una carrera infinita a través de los milenios futuros, convidándoos a la perseverante labor del progreso para la conquista de la redención definitiva en el seno amoroso del Cristo de Dios. Convencidos de que un padre misericordioso, justiciero, amantísimo, vela con dedicación por vosotros, dispuesto a extender su mano protectora para elevaros a las alegrías de su reino, ¿quién de entre vosotros no se sentirá lo bastante estimulado y animado para la lucha compensadora, convencido de la victoria final? ¿Quién dejará de reunir toda la buena voluntad que pueda disponer para intentar elevarse todos los días un grado en la larga y difícil, pero no imposible, ascensión, cuyo ápice es la comunión con el Maestro bien amado, en la unidad gloriosa de su amor?

Os reunimos para comunicaros que se cierra hoy la etapa a la que os era permitido llegar en este hospital, de acuerdo a las condiciones orgánicas de vuestro periespíritu, obteniendo sensibles mejoras, que es todo lo que podríais recibir de nosotros. Pero, no sólo todavía no estáis curados sino que continuáis enfermos... y enfermos continuaréis por mucho tiempo si no disponéis de una voluntad disciplinada y fuerte para el restablecimiento completo.

Somos conocedores de los indefinibles males, las pesadas angustias e indisposiciones aflictivas que en vuestro interior claman socorro, sin que comprendáis por qué os liberamos de la etapa hospitalaria cuando todavía sentís la falta de tantos cuidados. Pero, queridos hermanos, entráis ahora en una nueva fase del tratamiento que conviene a vuestra recuperación de orden exclusivamente moral y mental, pues la verdad es que ya no necesitaríais de un hospital, ni de cirujanos y enfermeros para conseguir la recuperación del plano espiritual, si fueseis individuos de cualidades morales elevadas y de un desarrollo mental basado en las virtudes del corazón y en el cumplimiento del deber.

Entonces, vuestra voluntad, conjugada a las vibraciones superiores con que deberíais armonizar vuestras propias vibraciones, abrirían los velos del conocimiento espiritual hacia el cual vuestras mentes estarían habilitadas, gracias a las afinidades espontáneas... e ingresaríais natural y francamente al mundo invisible como si lo hiciérais en vuestro propio hogar, como patria de origen que es, lo invisible, de todas las criaturas.

Lamentablemente, sois conscientes que vuestra vida terrena, así como las acciones que practicasteis no implicaron las actitudes necesarias para la admisión de un espíritu en las sociedades del mundo astral.

Descuidasteis la nobleza de los principios, la elevación de los fines, maleducasteis vuestro carácter a la acometida de las pasiones que en la Tierra intoxican la mente, esclavizasteis el corazón a los preconceptos maliciosos, rebajasteis vuestra propia alma a los impulsos del orgullo desorientador y rematasteis la serie de im-

prudencias, en las que os complacisteis, con el atentado innominable contra la ley de aquel que es el único señor de toda la creación, y que, por eso mismo, también es el único soberanamente poderoso para disponer de la vida de sus criaturas.

En tales condiciones, unidas a prejuicios calamitosos, no lograríais asimilar en la espiritualidad más que el recurso de las formas concretas y las acciones a que vuestra mente estaba habituada. Convenía tolerar vuestra ignorancia y debilidad mental en beneficio de vuestro propio progreso y convenía, asimismo, aplicar la caridad, para conseguir los máximos resultados en un corto espacio de tiempo.

Infinitamente misericordiosa, la providencia suprema permite a sus ejecutores libertad para servir al bien, a través de métodos suaves, prudentes y persuasivos. Por eso todos vosotros habéis recibido, en medio de la calamidad a que os entregasteis, el tratamiento que mejor favorecería a vuestro estado mental, por ser más rápido y eficiente en el auxilio urgente de que carecíais cuando bastaría, en verdad, vuestra propia reacción mental para conjurar el mal que os afigía, si estuvieseis en estado de intentarla.

Merced a la Sabia Providencia, hoy nos reunimos aquí para estas sencillas instrucciones a las que ya podéis prestar el valor debido.

Todo lo que nos competía hacer en beneficio vuestro fue íntegramente realizado, es decir, llevar hábil y pacientemente vuestro estado vibratorio a las condiciones de soportar la nueva programación en vuestra trayectoria de espíritus delincuentes que, por eso mismo, mucho tendrán que realizar. Una vez recuperados al estado espiritual, deberéis trabajar en pro de vuestra rehabilitación. Vuestra permanencia en este Departamento fue como el curso preparatorio para la admisión a planos donde será preciso que demostréis todo el valor y la buena voluntad de que sois capaces.

En vuestro caso será inevitable una nueva reencarnación. Deberéis repetir la experiencia terrena que malograsteis con el suicidio, negándoos al cumplimiento del sagrado deber de vivir el aprendizaje del dolor, en beneficio de vosotros mismos, de vuestro progreso y de vuestra felicidad futura. No obstante, sois libres de realizarla ahora o más tarde, cuando estéis mejor equipados con el patrimonio moral que podéis adquirir entre nosotros y os consideréis aptos para, en una sola etapa terrena, resolver los compromisos expiatorios más urgentes, lo que será de mucho provecho para vuestros espíritus y muy meritorio.

Comprenderéis, que eso quiere decir que, si reencarnáis ya, resolveréis apenas una pequeña parte de la deuda que adquiristeis; si reencarnáis más tarde, la resolveréis toda, porque estaréis en condiciones favorables para la resistencia a las luchas que exige tal proceso de purificación.

Sería aconsejable que retraséis un poco la reencarnación para la reparación. Mientras tanto, podríais, si os sentís inclinados verdaderamente a los estudios de la

ciencia de lo invisible, hacer un curso de iniciación entre nosotros, lo que os capacitaría sobremanera para la victoria, aliviando la amargura y los trastornos inherentes a las experiencias rehabilitadoras dolorosas, pues lo que os ofrecemos, con esa enseñanza, es justamente la ciencia de la vida, bajo los auspicios del gran educador Jesús de Nazaret, cuya doctrina la humanidad insiste en rechazar, desconociendo que, actuando así, postergan a un futuro remoto su felicidad y la gloria de su destino infinito.

Esa ciencia podríais aprenderla también en la Tierra, porque allá existen varios elementos, sólidos y veraces, capaces de iluminar cerebros y corazones, impulsándolos hacia el camino de la verdad. En la historia de la humanidad resplandecen figuras eminentes, señaladas con las verdaderas credenciales de las virtudes y de la sabiduría que les otorgaron el título de instructores capaces de orientar a los hombres hacia sus magníficos destinos de hijos de Dios.

Ellos bajaron de las altas esferas espirituales, reencarnaron entre sus hermanos, los hombres, se rebajaron al sacrificio del cuerpo carnal, para servir a los soberanos designios del Creador a través del amor a las criaturas menos evolucionadas, a las que tratan de educar y elevar, concediendo a los trabajos en torno de tan sublime ideal sus mejores esfuerzos y la buena voluntad que subliman sus almas de misioneros e instructores.

En Jesús de Nazaret encontrareis la más eminente de esas respetables figuras que visitaron las sombrías regiones terrenas, y bajo cuya orientación actuaron las demás, ya que hasta hoy ninguna entidad que habitó la Tierra tuvo capacidad para alcanzar, con el pensamiento remontado a los orígenes del planeta, la época exacta en que Él recibió de las manos del Todopoderoso la Tierra y su humanidad para elevarlas del abismo inicial, educarlas y glorificarlas en las irradiaciones de la luz inmortal.

Pero... hace milenios que venís reencarnando en la Tierra y hasta ahora, tan preciosos tesoros depositados en ella por las inestimables bondades del cielo, jamás pensasteis utilizar... ante ellos habéis pasado indiferentes, sin reconocer siquiera su valor, siendo de temer que, si partís de aquí sin capacitaros adecuadamente, lo que allá, en la Tierra, también podríais realizar, continueís debatiéndoos en el mismo círculo vicioso en que venís permaneciendo... pues sois débiles, no sabéis resistir a las tentaciones del mismo orgullo y necesitáis de fuerzas para recomenzar el camino...

De todos los que ingresaron aquí con vosotros hace tres años, muchos continúan en condiciones de no poder intentar nada en absoluto, por el momento. Algunos, presos a los recueros de las pasiones absorbentes, endurecidos en el error de la incredulidad y del desánimo, completamente incapacitados moral y mentalmente para los servicios del progreso normal, requerirán todavía de la tolerancia de la

caridad del amor santo de María, que tanto se compadece de los desgraciados, como Madre modelo que es.

Otros deberán, por el contrario, reencarnar inmediatamente, para corregir disturbios gravísimos que permanecen en sus periespíritus como resultado de la violencia del choque recibido con la muerte voluntaria. Sin que reencarnen para corregir esos disturbios, que les oscurecen hasta la razón, nada podrán intentar, ni siquiera la repetición del drama que les llevó a quitarse la vida, drama que tendrán que vivir nuevamente, ya que era un rescate de crímenes practicados en existencias pasadas o bien consecuencias de desvíos actuales de los que eran responsables ante la gran ley, y de los que quisieron huir a través del suicidio, a los que también tendrán que responder, porque así lo exigirá su misma conciencia, desarmonizada y envilecida ante sí misma.

Estamos hablando de aquellos cuyo tipo de suicidio, muy violento, hizo imposible su alivio a través de la terapia psíquica aplicada en vosotros, y a los que conocéis lo bastante para que tengamos que nombrarles. La larga estancia en el cuerpo terrestre será la terapia urgente y de excelencia comprobada, ya que corregirá el desorden vibratorio disminuyendo su intensidad, encaminando al espíritu, después de tan alucinante paréntesis, a la lucidez propicia a la nueva etapa, pudiéndose ocupar, sólo entonces, con las experiencias de rehabilitación, pues ya se encontrará en estado de hacerlo, con posibilidades de éxito.

¡Como veis, queridos amigos, un siglo, dos siglos... tal vez todavía más!... y el suicida estará sorbiendo la hiel de la consecuencia espantosa de su acto irrespetuoso con la ley del gran Creador de todas las cosas.

Oíamos atentamente, curiosos y con miedo ante la perspectiva del futuro, incapaces de precisarlo, temerosos de la gravedad de la falta que cometimos, que suponía para nuestra alma un sabor más amargo que una condena al patíbulo, apenados al comprender la necesidad de dejar aquel caritativo refugio a cuya sombra, si bien no habíamos encontrado la satisfacción por la que suspirábamos –ya que no la merecíamos– sin embargo, habíamos adquirido el más precioso bien al que un espíritu delincuente puede aspirar para servirle de luz en el camino donde se resolverá su calvario de expiaciones: abnegados hermanos, amigos tutelares, fieles a los elevados principios cristianos del amor y de la fraternidad.

Teócrito continuó, satisfecho por percibir nuestra actitud mental, que solicitaba un consejo sincero:

–Llegó la oportunidad de visitar la Tierra, como tanto deseáis. Os proporcionaremos guardianes y medios seguros de transporte, ya que sois inexpertos y continuáis unidos a la Legión, por lo que no damos por finalizada la ayuda que os debemos prestar para vuestra rehabilitación. Una vez llegados a la Costra terrestre, conviene que reflexionéis con la máxima prudencia –orando y vigilando–, como aconsejaría nuestro Divino modelo, es decir, razonando claramente a las inspira-

ciones del deber, de la moral, del bien, y no dejándoos arrebatar por antiguos deseos y seducciones, por las vanidades, por la ociosidad tan común en las bajas regiones del planeta.

Os advertimos que haréis mal si preferís permanecer en la Tierra olvidando a vuestros amigos de esta Colonia, y al amparo fraternal y cristiano que aquí disfrutáis. Intentad no perder el deseo de volver con los acompañantes que os servirán. Si volvéis a este hogar, que temporalmente será el único verdadero al que pertenecéis, entregándoos bienamente a la dirección maternal de nuestra Augusta Protectora, se permitirá vuestro ingreso en otro Departamento de este Instituto, mejor dotado que la Vigilancia y el Hospital, y para el cual subiréis, no para disfrutar alegrías a la que no tenéis derecho todavía, porque no las conquistasteis, sino para capacitaros para las luchas del progreso que debéis alcanzar.

Antes de partir a la Tierra estáis invitados a una visita de instrucción a los Departamentos que componen los primeros planos de nuestro Instituto. No perdéis nada con los esclarecimientos que os darán en la Vigilancia, y las dependencias del Departamento Hospitalario, es decir, el Aislamiento, el Psiquiátrico, así como el Departamento de Reencarnación y sus interesantes secciones, que os interesaran mucho... pues la verdad es que no debéis volver a ver la patria terrena sin los conocimientos que nuestros Departamentos os proporcionarán: estaréis más fuertes para resistir a los recuerdos de las antiguas seducciones...

Conviene, no obstante, que no os hagáis ilusiones en cuanto a lo que os aguarda en esa peregrinación por la Tierra; ¡recordad a Jerónimo!... Hace ya muchos años que dejasteis vuestro cuerpo en el sepulcro... Muchos de vosotros ya fueron olvidados por aquellos a quienes lastimaron con el suicidio... si no completamente, por lo menos lo bastante para haberse desinteresado por la suerte del ingrato que no vaciló en herirles con tan amargo disgusto: envuelto en las efervescencias de la vida material, el hombre olvida todo con facilidad... No creáis qué vais a encontrar alegrías en esa peregrinación.

Además, la Tierra jamás concedió compensaciones al que, sabiendo ser descendiente de una centella divina, busca marchar hacia Dios impresionado por las alegrías celestes que adivina... Nos sentimos, sin embargo, despreocupados respecto de esos detalles. Con vosotros no sucederá lo que con Jerónimo: estáis preparados para las posibles decepciones, para los choques inesperados de sucesos que ignoráis.

Ahora, id a reposar... Y que el Maestro divino os conceda inspiración...

* * *

A la mañana siguiente, cambiamos de residencia. Joel nos condujo a un pabellón anexo al Hospital, a una especie de albergue donde se hospedaban los recién desligados de la gran institución, enguirnaldado de rosas trepadoras y rodeado de esbeltos cipreses, recordando paisajes clásicos de la vieja India, tan querida y celebrada por todos los maestros a los que nos veíamos unidos. Le llamaban Pabellón Hindú o la Mansión de las Rosas. No obstante, las brumas amortajaban de nostalgias también ese rincón plácido, envolviéndole en su eterno sudario blanco.

Un bienestar indefinible llenaba nuestra alma en esa mañana encantadora. Belarmino, que de ordinario se mantenía serio y pensativo, estaba risueño y comunicativo. Juan de Acevedo se confesaba muy esperanzado y afirmaba estar dispuesto a realizar todo lo que el hermano Teócrito había aconsejado, para lo que pretendía dialogar con el director. En cuanto a mí, me sentía hasta feliz, permitiéndome hasta la veleidad de proyectos literarios para el futuro, pues creía que en la próxima visita a la Tierra conseguiría un estruendoso éxito de Más Allá de la tumba, volviendo a las lides literarias que me fueran comunes con la ayuda del primer médium que encontrase.

Todavía estábamos lejos de sospechar el volumen de las luchas que la reparación iba a exigir de nuestros esfuerzos... y el consuelo, la cariñosa acogida recibida de aquellos abnegados siervos del bien, habiendo deshecho la trágica capa que, cubriendo de dolor nuestros espíritus, nos llevaba a razonar que, al final, el suicidio no había sido tan cruel como querría parecer...

Mario Sobral era el único que no se ilusionaba, pues nos dijo, viendo nuestra satisfacción en las primeras horas que pasamos en el Pabellón Hindú:

¡Que Dios os conserve así para siempre, amigos míos!... ¡Mi conciencia no me permite tanto!... ¡Me acusa constantemente, no permitiendo treguas a mi desgraciado corazón! ¡El silencio que nuestros amigos guardan, acerca del crimen que cometí, me asustaba más que si me acusasen diariamente, anunciándome represalias!... No es posible que mi actitud con mi esposa e hijos, con la desgraciada Eulina, con mis pobres padres, pase desapercibida a la ley cuyos umbrales comienzan a abrirse a mi razón... Si soy un criminal para conmigo mismo, suicidándome, lo seré también por el mal practicado a otros... ¿Sabes, Camilo?... Hace ya algún tiempo que vengo sintiendo las manos entorpecidas... vacías... como si hubiesen sido cortadas... ¡A veces las busco, confuso, pues dejo de sentir las conmigo... y, de repente, mientras me pregunto lo que podría motivar esto, una visión dolorosa intranquiliza mi cerebro: veo a Eulina abatida sobre el sofá, retorciéndose bajo las bofetadas con que le destrocé el rostro... entre mis manos asesinas... que allá están, separadas de mis puños, estrangulándola!... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué representará semejante anormalidad?... ¿Qué mayor confusión mental surgirá para castigarme?... ¿Qué pasa?, Camilo, amigo mío, dame tu opinión valiosa....

—Deben ser los pesares que alucinan tu mente, querido amigo... Los remordimientos que inquietan tu conciencia... pues, a pesar de todo, no dejaste de amar a aquella pobre mujer... ¿Por qué no pides consejo al hermano Teócrito?

—Ya lo hice, Camilo, ya lo hice....

—¿Y entonces?... ¿qué te dijo?....

—Me aconsejó confiar en la providencia Divina, que jamás abandona a ninguna criatura que suplique su asistencia; a resignarme ante lo irremediable de la situación por mí mismo creada y a través de la fe para corregirla... Me aconsejó la oración constante, y el esfuerzo para establecer una cadena magnética, en súplicas a María para que me socorra, ilumine y consuele, preparándome íntimamente para el futuro... pues no existe otro recurso a mi alcance, por el momento....

—¡Pues hazlo!... Si él te aconsejó eso, es lo que necesitas....

—¡Lo he hecho, Camilo, lo he hecho!...—insistió, excitado. Pero, cuanto más lo intento y me consagro al fervor, más creo que es una visión, un anuncio del futuro: al reencarnar, como afirman Alceste y Romeu, para expiar mi doble crimen iré mutilado, sin las manos... porque ellas están ocupadas en otra parte, al servicio del crimen... ellas se deshonraron en mi compañía, estrangulando a una pobre mujer indefensa... Ya ni siquiera las tengo, Camilo...

No las siento, no las veo... fueron sepultadas con el cuerpo de Eulina... y para volverlas a ver, honradas y redimidas de la mancha infame, necesitaré padecer el martirio de una existencia terrena despojado de ellas, para aprender en el sacrificio, en las torturas inimaginables de ahí consecuentes, en la vergüenza de la anormalidad humillante, que las manos son un patrimonio sacroso del aparato carnal, que solamente deberemos emplearlas al servicio del bien y de la justicia, y no del crimen...

Eulina estaba indefensa por partida doble, por ser mujer, y, por tanto, frágil, y desamparada de la familia y de la sociedad, pues era apenas una desgraciada prostituta. Pero... antes de ser así, tan infeliz y desgraciada, era, por encima de todo, una criatura de Dios, hija de un ser supremo, todopoderoso y justiciero... como yo también lo soy, como tú, amigo Camilo, y toda la humanidad.

Ese Padre, que a todos los hijos ama indistintamente, ahora me pide cuentas de la vida que yo corté, bien supremo del que sólo Él puede disponer y conceder. Nadie podría arrebatar a Eulina su derecho de hija del Creador supremo... A ella, pobre infeliz, que ningún otro derecho tenía en aquel mundo abyecto, ni siquiera el de vivir, puesto que yo no quise que ella continuase viviendo y por eso la maté. ¡Yo maté a Eulina!... Y, ahora, oigo repercutir, en lo más recóndito y profundo de mi espíritu impregnado de remordimientos, la voz austera y conmovedora de la conciencia, que es como la voz del propio Dios repercutiendo en nuestro ser inmortal: “Caín, Caín!... ¿Qué hiciste de tu hermano?...” ¡Oh, Camilo, Camilo, amigo

mío!... Cuando estrangulé a Eulina, me olvidé de que también ella era hija de Dios y que también tenía sagrados derechos concedidos por ese Padre misericordioso y justo! Y ahora....

Las lágrimas corrían a borbotones entrecortando sus palabras, y una nube conmovedora cubrió de tristeza el aire sereno de la Mansión de las Rosas. Además, la satisfacción íntima que tuvimos esa mañana se basaba tan sólo en el hecho de haberle causado alegría a Teócrito con el progreso conquistado durante aquellos tres años de internado...

* * *

Carlos y Roberto de Canalejas nos acompañaron en la visita de instrucción sugerida por el Director del Departamento Hospitalario. La iniciamos en la Torre del Vigía que, cual fortaleza invencible en plena región bárbara de lo invisible, defendía un puesto avanzado de vigilancia contra las embestidas nocivas de múltiples géneros, ya que hasta las emanaciones mentales inferiores, provenientes del exterior, se combatían allí como si fuesen las peores invasiones.

La extensión a recorrer era grande. Un carro sencillo y ligero nos recogió, pues ni siquiera imaginamos hasta entonces, la posibilidad de impulsarnos con el pensamiento, practicando el vuelo. A cierta altura del viaje, estando ya bien distanciados del Pabellón hindú, respondiendo a una confidencia de Mario Sobral, oímos que Roberto decía:

—¡El desánimo es mal consejero, amigo Sobral! Es interesante que medites serenamente en la propuesta ofrecida por la experiencia del hermano Teócrito. Aparentemente es un consejo trivial e inexpresivo. Pero debes saber que encierra una sabiduría profunda y representa la llave con la que podrás superar las barreras que encontrarás en el camino de la rehabilitación. Que importa, además, una existencia de treinta, sesenta años de sacrificios, en la que el cuerpo carnal pueda ser mutilado, si a través de ella reconquistamos la honra espiritual, la paz que nos falta a la conciencia, la oportunidad para la realización salvadora que nos identificará con la Ley que infringimos?... No temas los trabajos de la expiación, Mario, ya que todos nosotros, los que erramos, la necesitamos para aliviar la conciencia y, por tanto, el destino, de las responsabilidades envilecedoras, que tanto nos indisponen con la armonía de la Ley Divina, creando anormalidades alrededor de nosotros.

Tienes el futuro ante ti para auxiliarte en la renovación moral que necesitas. Él afirmará tu raciocinio, si te propones llegar a conclusiones prudentes y serias, con las que podrás eliminar del alma el reflejo humillante de las malas acciones mediante los deberes santificantes.

Por eso es necesario renovar la experiencia terrena en un cuerpo mutilado, para que aprendas, en las dificultades que resulten de ello, a servirte de todo el conjunto de tu cuerpo solamente en un sentido digno. No vaciles, enfréntate al sacrificio, pues estás convencido de que te equivocaste, y por eso considerarás justo el asumir la responsabilidad de los actos que practicaste en detrimento de ti mismo, ya que la honra espiritual y la dignidad moral del espíritu así lo exigen.

Y si sabes esclarecer a tiempo tu ser con los resplandores de la confianza en Dios, de la esperanza en su paternal bondad, con coraje y resignación, convencido de que jamás te abandonará en la severidad del camino reparador, que el amor de aquel Padre que no condena y sí ayuda a su criatura a erguirse del abismo en que se dejó caer, podrás incluso sonreír a la desgracia y encontrar encantos a lo largo del calvario que recorrerás.

La vehemencia con que el joven doctor hablaba parecía reanimar a nuestro compañero, que calló, mostrándose sereno el resto del día.

De repente, a lo lejos vimos el lugar del Departamento al que pertenecíamos. Pensativo, murmuré, sin pensar que me oirían:

—¿En qué sitio estará el pobre Jerónimo?...

—Vuestro amigo Jerónimo de Araújo Silveira se encuentra más allá, detenido en el aislamiento —replicó Carlos de Canalejas—, como infractor de los reglamentos del hospital.

—¿Por qué llamarán Aislamiento a esa dependencia?... —preguntó Mario receloso. Porque allí son enviados aquellos cuyo comportamiento se contrapone a las disciplinas exigidas por los reglamentos del hospital, los incontrolados, que abusan de la libertad, sin ser, todavía, verdaderos rebeldes... Es como una prisión... Repugna, no obstante, este término humillante a los directores de la Colonia, y que, además, no traduce la verdadera naturaleza de la finalidad a que se destina, como veréis....

—¿Jerónimo se encuentra, por tanto, detenido?....

—¡Claro!... Para su propio beneficio y para bien de aquellos a quienes ama....

Mario se agitó, impresionado, volviendo a preguntar:

—¿Cómo es posible comprender, doctor, que Jerónimo, padre y esposo amantísimo, se encuentre preso, mientras que yo, dos, tres, diez veces criminal, estoy entre buenos amigos?....

—Eres un espíritu sinceramente arrepentido, Mario, que te dejas aconsejar por los responsables de tu tutela ante María; que deseas ser guiado hacia normas salvadoras, ya que te muestras dispuesto a los más rudos sacrificios para borrar el pasado culpable... mientras que Jerónimo se obsesionó con la inconformidad y la

incomprensión apagándose intransigentemente a todos los recuerdos del pasado, cuya pérdida lamenta y de los cuales vive, sin fuerzas para olvidarlo, opuesto a entender elementos para suavizar la situación, que sería muy diferente si tuviese la prudencia de la resignación...

Además, ¿no estuviste largos años prisionero de las tinieblas siniestras del Valle, cautivo, en desesperación, amargado ante el peso férreo que destrozaba tu conciencia?... ¿Y acaso no te conservas moralmente cautivo de ti mismo, pues tu mente triste e inconsolable no impide cualquier satisfacción a tu corazón y a tu entendimiento?....

—Me sorprende comprobar que, cuando morimos, podremos sufrir, entre muchas cosas inesperadas y sorprendentes, el hecho de vernos en una cárcel... —murmuré, contrariado con la novedad, que se me antojó absurda.

Carlos, sin embargo, con delicadeza, conquistó mi razón como había conquistado mi corazón, con esta sensata y lógica exposición:

—En primer lugar, Camilo, tú te refieres a una “cárcel”, cuando yo sólo mencioné “aislamiento”, pues la palabra “prisión” era impropia para lo que allí sucede. En segundo lugar, estaréis de acuerdo, todos vosotros, que no debería ser una sorpresa la existencia de prisiones aquí, en el Más Allá. Fuisteis intelectuales... y esa ignorancia destaca, precisamente porque sois esclarecidos.

Pensamos aquí, muchas veces, cuando llegamos a comprender las actuaciones generales de los espíritus desencarnados inferiores, sobre lo que sería la humanidad terrestre si no existiese represión en las sociedades espirituales, ya que, incluso existiendo, hay hordas siniestras de malhechores del plano invisible que atacan a todas horas a los hombres incautos que favorecen su acceso, contribuyendo para su caída y para el desorden entre las naciones.

En la Tierra no hay quien ignore la realidad que acabáis de descubrir aquí y que tanto parece disgustaros. Jesús se refirió a ese importante hecho varias veces, y hasta insinuó la posibilidad de atar al delincuente de pies y manos. Las religiones insisten en pregonar tan sombría enseñanza; y, aunque lo hagan imperfectamente, no por eso dejan de anticipar una realidad.

A su vez, la Tercera Revelación, que, en la Tierra, desde hace ya algunos años viene presentando extensas noticias del Mundo Invisible, pone al descubierto, para el entendimiento de cualquier inteligencia, impresionantes detalles al respecto de la palpitable realidad que hasta los pueblos más antiguos aceptaban y comprendían en su justa expresión, como verdades dignas de respeto.

Si os sorprendéis en este momento al conocer que vuestro amigo se encuentra detenido en el aislamiento de los rebeldes, será porque nunca os preocupasteis con asuntos realmente serios, prefiriendo orientar vuestras dotes intelectuales hacia las

frivolidades improductivas, propias de las sociedades humanas que se complacen en la ociosidad mental y en la inercia de la comodidad intelectual....

Me callé, rememorando muchas referencias que a tal respecto había obtenido cuando era hombre, a través de lecturas y estudios, pero a las que no presté sino una relativa atención, pues, cegado por la vanidad de suponerme sabio, prudente y lógico, consideraba las filosofías religiosas, en general, fuentes sospechosas del interés colectivo que las creó, reservando respetuosas deferencias sólo para los Santos Evangelios, a los que consideraba excelentes códigos de moral y fraternidad, establecidos por un Hombre Superior que se presentaría como el modelo de la humanidad, a pesar de ser excesivamente místico para poder ser imitado por criaturas en lucha perenne con obstáculos opresivos, tanto que, para mi enfermizo entendimiento, envenenado por la ignorancia presuntuosa, que, fuera del propio ámbito, exacerbado por el orgullo, sólo tinieblas puede encontrar, había fracasado Él mismo en la práctica de las magníficas normas que expuso, pues se dejó vencer en un patíbulo infame, mientras que la humanidad continuó cayendo en insondables abismos.

Roberto de Canalejas, sin embargo, continuó, manteniendo la conversación:

—¿Además, por que no iban a existir de este lado de la vida prisiones y rigores si hay aquí un mayor porcentaje de delincuentes que allí, pues grandes errores han sido cometidos por los hombres, contra los que no hay penas establecidas en las leyes humanas, pero que tienen un gran peso en los incorruptibles estatutos de la justicia del Más Allá?

—¿Cuántos crímenes dejan de recibir castigo en la Tierra, no obstante estar penalizados por sus leyes? ¿O pensáis que puede el hombre vivir en rebeldía a la justicia, sin que no pase nada?... ¿Creéis que la muerte transforma en bienaventurados a cuantos se excedieron en la práctica de desatinos en el mundo material?... ¡Os engañáis! El hombre que vivió como un impío, desafiando con sus actos diariamente las leyes divinas en contra de sí mismo, del prójimo y de la sociedad, con una tremenda falta de respeto al futuro espiritual que le aguarda, entrará como impío, como reo que es, en el mundo de las realidades, donde será castigado por las consecuencias lógicas e irremediables de las causas que creó.

Por eso le veis aquí o en otras regiones en las que son mayoría los elementos espirituales inferiores, y también en el propio escenario terrestre, ya que la Tierra ofrece a la Jurisdicción Divina campos vastísimos para el ejercicio de las penalidades necesarias a sus reos: acumulación de sufrimientos, luchas duras, incontables, en el sentido de borrar de las conciencias culpables el fuego del remordimiento... Y como en las estancias sombrías de lo invisible sólo ingresan espíritus criminales que creen todavía hombres, voluntarios y prepotentes, queriendo continuar actuando en perjuicio del prójimo y de sí mismos, se impone la necesidad de rigores, de la misma forma que en la sociedad terrena pasa con aquellos que

infringen las leyes humanas, pues debéis saber que las organizaciones terrestres son copias imperfectas de las instituciones modelo de la Espiritualidad.

Se deslizaba el vehículo, acercándose a nuestro destino. Se hizo el silencio alrededor nuestro, quedándonos todos pensativos con lo que acabáramos de oír. Tan sencillo, tan real se presentaba aquel mundo astral, que su misma realidad y su impresionante sencillez contribuía para la confusión de creernos hombres, cuando éramos espíritus.

* * *

La Torre del Vigía se dibujaba incrustada en capas cenicientas, recordando a las antiguas fortalezas de Europa. Su porte majestuoso, infundiría respeto o temor al transeúnte de las vías de lo Invisible que no conociese su finalidad.

Acompañados de los guías que llevábamos, entramos libremente. Una conmoción penosa llenó de vibraciones de angustia a nuestro ser acobardado por el recuerdo de los sinsabores soportados, pues aquel ambiente pesado y sombrío nos recordaba los dramas vividos en las penumbras del Valle Siniestro.

La Torre era, como sabemos, dependencia del Departamento de Vigilancia, y, aunque fuese autónomo, debía cooperar con la Dirección General de aquel Departamento, en cohesión perfecta de ideas y fraterna solidaridad. Podríamos decir que era el puesto de mayor responsabilidad de toda Colonia, si es que allí pudiese existir alguien menos responsable que otro, porque estaba situada en una zona peligrosa del astral inferior, rodeada de elementos nocivos y perturbadores, siendo su deber combatir y desviar a éstos, impidiendo el asedio de espíritus asaltantes, encaminar hacia otros parajes a infelices perseguidos por obsesores, que a toda costa se quisiesen refugiar en la Colonia, lo que no sería posible, porque se trataba de un local especializado para el alojamiento de suicidas.

La Dirección interna estaba a cargo de un ex-sacerdote católico, portugués, que hace mucho tiempo fue iniciado en los templos científicos de la India. Bajo su orientación servían varios condiscípulos no iniciados, sometidos, todavía, a las más exhaustivas labores en regiones inferiores, servicios escogidos por ellos mismos voluntariamente, como expiación por los desmanes con que habían tratado los intereses del Evangelio del Crucificado, cuando en la Tierra, investidos de la alta dignidad de pastores de almas, a la que habían manchado con la mentira, la hipocresía, las falsas y astutas interpretaciones. Las funciones del Director eran sólo a título interno, limitadas a una supervisión general, porque las funciones de defensa eran responsabilidad de la sede central del Departamento.

Recibidos por unos amables asistentes, fuimos inmediatamente conducidos a la sala del Director y presentados por nuestros buenos amigos, los de Canalejas, que a su vez presentaron la credencial de Teócrito, solicitando la conveniente visita a los grupos que iniciaban su instrucción.

Bondadosamente acogidos, nos saludaron en nombre del Maestro de los maestros y de la Guardiana de la Legión, haciendo el Director votos por nuestro restablecimiento completo y progreso. Encantados, notamos que no existía superficialidad o afectación social en las maneras de aquellos que nos hablaban. Al contrario, la sencillez y las hermosas expresiones de verdadera solidaridad irradiaban indefinibles atractivos, cautivándonos gratamente.

Una vez concertado el programa de visitas entre nuestros guías y el Director, padre Anselmo de Santa María, no perdimos tiempo en conversaciones ociosas, sino que el digno dirigente inició importantes explicaciones mientras caminábamos hacia los pisos superiores.

Tenemos el grato deber de concluir este capítulo con la información obtenida durante la visita.

—Comenzaré aclarando, mis queridos amigos —iba diciendo el padre Anselmo, mientras subíamos—, que la Torre del Vigía, en este momento, tiene una gran actividad, dada la circunstancia de no estar todavía definitivamente establecidos. Hay carencia de trabajadores especializados y todos nuestros departamentos se encuentran sobrecargados, desdoblándose en actividades múltiples. Nosotros, por ejemplo, los de la Torre, atendemos a casos tan diversos como difíciles, como veréis, realmente diferentes de la especialidad que sólo deberíamos tratar.

Habíamos, ya, alcanzado el piso más elevado, pues nuestra inspección iba en sentido inverso, es decir, del piso superior hacia los inferiores.

Un amplio salón circular, inmerso en la penumbra, como si las quintaesencias de las que estaba construido se basasen en los más pesados ejemplares que por allí existiesen, surgió a nuestro frente, rodeado de cómodos bancos con almohadones. Unas puertas anchas, con vidrieras, se extendían alrededor, dejando ver lo que pasaba en el interior de cada aposento. A una indicación del amable guía nos acercamos a las puertas y examinamos en lo posible el interior, pero no nos fue franqueada la entrada. Sin embargo, no oímos ningún sonido: — las vidrieras debían ser de una sustancia aislante, a prueba de ruidos.

En el primer gabinete se encontraban unas extrañas baterías de aparatos que parecían ser grandiosos telescopios, maquinarias perfeccionadas, elevadas al estado ideal, para visualizar a grandes distancias, una especie de “rayos X”, capaces de sondear los abismos del Espacio infinito, así como del Mundo Invisible y de la Tierra. Otros, sin embargo, no teníamos la menor idea de su utilidad.

En el segundo gabinete unas pantallas luminosas, colosales, con las que las existentes en las enfermerías del hospital parecían graciosas miniaturas, que respondían a la necesidad de retratar acontecimientos y escenas ocurridas a distancias incommensurables, haciéndoles visibles a los técnicos y observadores acreditados para ello, para su examen y estudio. Semejantes aparatos, cuya perfección el hombre aún no concibe, no obstante, de estar ya en su búsqueda, permite al operador conocer hasta los mínimos detalles de cualquier asunto, incluso el desarrollo de los infusorios en los lechos abismales del océano, si fuese necesario.

De la misma forma verían la secuencia de una existencia humana que se debiese conocer o las acciones de un espíritu en actividades en lo Invisible, en las capas inferiores o durante misiones penosas y viajes de los servicios asistenciales. Sin embargo, los reglamentos, rigurosamente observados, prescribían su utilización sólo en casos verdaderamente necesarios.

Existía todavía un tercer gabinete, el mayor de todos, pues ocupaba todo un piso de la majestuosa torre, que parecía un taller mecánico, donde los trabajadores debían ser científicos. Este local estaba reservado a la maquinaria magnética que permitía el uso de los magníficos aparatos existentes en la Colonia, y el sistema de iluminación nocturna, especie de central electromagnética distribuidora de diversos fluidos, necesarios para el buen funcionamiento de los mismos aparatos.

En todos los compartimentos se notaba una actividad sin interrupciones, una labor incesante y dura, quizás exhaustiva. Había muchas mujeres entre los trabajadores que desarrollaban allí meritorias actividades. Parecían figuras aladas, yendo y viniendo en silencio, serias y atentas, envueltas en bellos vestidos blancos y resplandecientes, particularidad que nos despertó la atención, suponiendo en nuestra ignorancia espiritual que eran uniformes cuando en verdad era sólo el buen patrón vibratorio de sus mentes. ¡Se esforzaban por disminuirlo, en un lugar incompatible con su verdadero nivel!

—Esta fortaleza—continuó Anselmo de Santa María—, a la cual pertenece no sólo la Torre del Vigía sino las demás que aquí se ven, acuartela al regimiento de milicianos y lanceros especializados, que hacen la guardia y defensa de la misma contra posibles contratiempos venidos del exterior. Muchos de los integrantes de ese regimiento son discípulos de la Iniciación Cristiana, y ensayan los primeros pasos en la senda de los trabajos edificantes, camino de la redención. Algunos fueron también suicidas, que ahora experimentan con nosotros la reparación de antiguos deslices. Otros salieron de la más negra impiedad, pues fueron, además de suicidas, temibles obsesores, y sus delitos, los crímenes que practicaron durante tan lamentables oficios, son bien fáciles de evaluar.

Todos son tratados por la Dirección de la Colonia con desvelado amor y caridad cristiana. En cuanto a los últimos, es decir, los obsesores, existen recomendaciones especiales venidas de lo Más Alto, ya que la Insigne Guardiana de la Legión desea

verles integrados lo más rápido posible en las huestes de los verdaderos convertidos de la doctrina de su amado Hijo, en la Legión de los trabajadores devotos de la causa magnánima del Maestro de maestros.

Además de los trabajos que desempeñan y que también forman parte de las enseñanzas que reciben, todos estudian y aprenden con sus instructores nociones indispensables de amor, justicia, del deber y del bien legítimo y se habilitan en la moral del Cristo de Dios, en el respeto debido al Todopoderoso, hasta que vuelvan a la próxima reencarnación. No obstante, muchos ya vencieron las primeras etapas, es decir, volvieron ya de las terribles reencarnaciones expiatorias, continuando aquí su instrucción para progresos futuros. Debo citar a los batallones de lanceros hindúes aquí acuartelados, que, voluntaria y abnegadamente, se dedican a servir de modelo para los recién arrepentidos, supervisándoles y cooperando con nosotros para su rehabilitación, mientras prestan su inestimable ayuda a la dirección de nuestro Instituto. Esos hindúes, antiguos discípulos particulares de los iniciados aquí domiciliados, algunos ya bastante encaminados hacia la luz de la verdad, son, como se puede ver, el verdadero sustento del orden y disciplina que mantiene la paz entre los demás.

Nuestra vigilancia ha de ser incansable, rigurosa y minuciosa, dada la zona de desórdenes en que se encuentra situada nuestra morada, vecina de la Tierra y recibiendo de ésta sus múltiples reflejos perturbadores, de las gargantas siniestras donde se localiza el valle en el que están aglomerados nuestros futuros huéspedes, de las regiones inferiores donde proliferan los elementos negativos provenientes de las sociedades terrenas, y de los caminos por donde deambulan hordas endurecidas en el mal, cuyo trabajo es seducir, atrayendo a sus huestes, a espíritus incautos e inexpertos, como vosotros. Todo eso sin mencionar las ondas malignas invisibles de fluidos y emanaciones mentales que suben desde la Tierra, engrosando las de lo invisible inferior, y a las que, desde esta Torre, damos caza como lo haríamos a microbios endémicos de la peste.

A través de los aparatos que veis, estamos en unión permanente con los sucesos desarrollados en el Valle de los Suicidas. Gracias a ellos nos enteramos de lo que ocurre allí, todo sabemos y todo oímos. Podríamos ejercitarse la clarividencia, la visión a distancia, así como otros dones anímicos que igualmente poseen nuestros técnicos, para enterarnos de lo que necesitamos saber, pues tenemos en la Torre, técnicos capaces de tan gran y delicado servicio, como aquellas laboriosas hermanas que más allá observamos atentas en el cumplimiento del deber.

Preferimos utilizar los aparatos, porque sería sacrificar sin necesidad, tan preciosas facultades anímicas en un lugar heterogéneo como éste, cargado de influencias pesadas, que exigirían de ellas un gran gasto de energías preciosas y esfuerzos supremos, cuando los aparatos que disponemos realizan el mismo servicio sin grandes exigencias de orden mental.

Por muy desgraciados que sean los condenados del Valle, o los desviados que se complacen en el mal y cuyo radio de acción se encuentra en el camino de nuestras actividades, jamás estarán desamparados, pues los siervos de María velan por ellos con la ayuda de estos magníficos aparatos de visión y comunicación y les socorren en el momento oportuno, es decir, desde que ellos mismos estén en condiciones de ser socorridos y trasladados para otro lugar.

Pero... existe un hecho en el mismo acto del suicidio, que impide que sean socorridos con la rapidez que sería de desear de la caridad propia de los obreros de la fraternidad: no estar ellos radicalmente desprendidos de los hilos que les unen al envoltorio carnal, es decir, conservarse semiencarnados o semidesencarnados, como queráis llamarlo.

Las potencias vitales que la Naturaleza Divina imprimió en todos los géneros de la creación y, en particular, en el ser humano, actúan sobre el suicida con todas las energías de su grandiosa y sutil actividad. Y eso gracias a la naturaleza semimaterial del cuerpo astral que posee, además del cuerpo o envoltorio material.

Su periespíritu tendrá que vivir así, de la vida animal, por mucho tiempo, a pesar de la desorganización del cuerpo carnal, en muchos casos. Palpitarán en él, con pujanza impresionante, las atracciones vivísimas de su calidad humana, hasta que las reservas vitales, suministradas para el período completo del compromiso de la existencia, se agoten por haber alcanzado la época, prevista por la ley, de la desencarnación. Permanecerá el suicida en tan deplorable y anormal situación, sin que nada podamos hacer para socorrerle, a pesar de nuestra buena voluntad ¹⁵.

Eso, hijos míos, es realmente así, y vosotros lo conocéis, mejor que nadie. Es la ley, ley rigurosa, incorruptible, irremediable porque es perfecta y sabia, y nosotros

¹⁵ La excelsa misericordia encamina generalmente esos casos, los más graves, a reencarnaciones inmediatas donde el delincuente completará el tiempo que le faltaba para el término de la existencia que cortó. Aunque muy dolorosas, y hasta anormales, tales reencarnaciones son preferibles a la desesperación en el Más Allá, evitando, además, una gran perdida de tiempo al paciente. Veremos entonces a hombres deformados, mudos, sordos, débiles mentales, idiotas o retrasados de nacimiento, etc. Sólo es un tema de vibraciones. El perispíritu no tuvo fuerza vibratoria para modelar la nueva forma corporal, a pesar de la ayuda recibida de los técnicos del mundo invisible. Así concluirán el tiempo que les faltaba para finalizar el compromiso de la existencia prematuramente cortada, corregirán los disturbios vibratorios y, lógicamente, se sentirán aliviados. Se trata de una terapia, nada más, recursos extremos exigidos por la calamidad de la situación. Es el único, además para los casos en que la vida interrumpida debiera ser larga. ¡Vosotros que leéis estas páginas, cuando encontréis por las calles a un hermano vuestro con este tipo de anormalidad, no dudéis de orar en su presencia: vuestras vibraciones armoniosas serán también una excelente terapia!

debemos intentar comprenderla y respetarla, para no ser más desdichados por el intento que tuvimos de violarla.

Esto explica la desgracia que sobreviene a los suicidas y la imposibilidad de abreviar los males que les afligen. Lo que les sucede es un efecto natural de la causa creada por ellos mismos, pues se colocaron en una delicada situación en que sólo el tiempo pueda ayudarles. Lo que podemos intentar en su beneficio, lo hacemos sin reparar en sacrificios.

Y, de vez en cuando, o mejor dicho, en la ocasión justa y adecuada, organizamos expediciones de misioneros voluntarios, que bajan hasta su infierno para traerles a esta institución, donde son recogidos y debidamente orientados hacia el respeto a Dios, del que no se acordaron jamás, cuando eran hombres. Y nos reunimos para el cultivo de oraciones diarias en su beneficio, irradiando nuestras vibraciones benéficas alrededor de sus mentes sobreexcitadas, procurando aliviar el ardor de los sufrimientos que experimentan con suaves intuiciones de esperanza.

Si no se conservasen tan alucinados y exacerbados en los callejones de la desesperanza, de la funesta incredulidad en Dios, en la que siempre se complacieron, percibirían la invitación a la oración que todas las tardes les dirigimos, al caer el crepúsculo, así como las palabras de valor, intentando despertarles para la confianza en los poderes misericordiosos del Padre Altísimo, pues no debemos olvidar que tratamos con cristianos que más o menos se emocionan al recordar la infancia distante, cuando, al pie de la chimenea, junto al regazo materno, balbuceaban las dulces frases de la anunciaciόn de Gabriel a la Virgen de Nazaret, que había recibido como hijo al Redentor de la Humanidad... y nosotros nos vemos en la preocupación de utilizar todos los recursos lícitos para, de algún modo, enjugar las lágrimas de esos míseros incrédulos que se precipitan en tan pavoroso abismo.

Siempre que un condenado haya extinguido o aliviado la carga de vitalidad animalizada, esté sinceramente arrepentido o no, avisamos al servicio de socorro de la Vigilancia, que partirá inmediatamente en su busca, para traerle a la guardia de la Legión. Entonces, según sea su condición moral –arrepentido, rebelado, endurecido– ese Departamento le trasladará al lugar correspondiente, como ya sabéis: – el Hospital, el Aislamiento, el Psiquiátrico e incluso a estas Torres, pues, como dijimos, en virtud de que todavía no estamos debidamente instalados, acumulamos trabajo, manteniendo, aquí mismo, puestos auxiliares para custodiar a grandes criminales a los que se les ha suspendido su libertad por excesiva permanencia en las vías del error, es decir, suicidas obsesores.

Nuestros aparatos de visión a distancia –clarividente-magnético-mecánico– traen hasta nosotros los hechos y las escenas que necesitamos conocer, seleccionándoles de otras tantas, gracias a nuestros técnicos, – como un imán poderoso atrayendo al acero – localizamos al que debemos socorrer, trazamos el esquema del trayecto, presentándolo enseguida a la dirección de la Vigilancia; esta

proporciona los elementos para la expedición... y arrebatamos, con el favor de Dios y el beneplácito de Su Unigénito, a una oveja más de las garras del mal...

Está rigurosamente prohibida la entrada a estos gabinetes a quien no ejerza alguna actividad. Por eso no entraremos para realizar una visita al conjunto de aparatos. Los trabajadores son espíritus de élite, misioneros del Amor, técnicos especializados en ese tipo de servicio, que, pudiendo desarrollar actividades en esferas floridas de luz y bendiciones, prefieren bajar a los infiernos sombríos de la desgracia para servir, por amor al Maestro Divino, a la causa sacrosanta de sus hermanos inferiores e infelices – como verdaderos ángeles guardianes de los infortunados por quienes velan.

Cada grupo se sustituye por otro cada doce horas y descansan, si lo desean, en los jardines del Templo, que, como sabéis, es el más elevado plano de nuestra humilde Colonia; o se dedican a otros menesteres que les gusten o pueden elevarse a las moradas a las que en verdad pertenecen. Se rehacen, ahí, de las angustias soportadas en el ambiente tenebroso donde heroicamente trabajan en favor del prójimo y vuelven al día siguiente, fieles al deber que voluntariamente han abrazado... pues debo deciros, amigos míos, que, para los servicios de socorro y protección a los parias del suicidio, no existen nombramientos ni imposiciones de leyes, ya que él mismo, el suicidio, está fuera de la ley.

Son tareas, por tanto, realizadas por voluntarios, luz sagrada de los sentimientos de caridad y abnegación de aquellos que desean ejercerlas por amor a las doctrinas inmaculadas del Cordero de Dios, de aquel modelo divino que hizo de la caridad la virtud por excelencia, ya que la ley que permite el derecho de ejercerla confiere el ejercicio de todo el bien posible en favor de los que sufren.

–Me admira ver a personajes tan altamente dotados dedicarse en lugares y trabajos tan poco agradables –dijo Belarmino con la ácida impertinencia de quien, en la Tierra, llevó una vida de capitalista ocioso y consideraba un descrédito los duros trabajos en las luchas continuas del deber. ¿No hay en la Legión trabajadores espiritualmente menos evolucionados, más acordes, por tanto, con la naturaleza del ambiente y de los exhaustivos trabajos que se desarrollan en él?... sufrirían menos, ya que tendrían un menor grado de sensibilidad....

Anselmo se rió con bondad y simpatía, replicando:

–Bien se ve, hermano Belarmino, que desconoces la delicadeza y la profundidad de los asuntos espirituales, cuya intensidad no es siquiera sospechada en el globo terrestre. Nuestro cuerpo de trabajadores menos evolucionados, policías, asistentes, enfermeros, vigilantes, etc., etc., podrá presentar un óptimo contingente de buena voluntad, como realmente así es, permanente disposición para el trabajo, deseo de progresar a través de actos heroicos, pero no se encuentra aún a la altura de tan magno desempeño. Solamente un espíritu dotado de virtudes puras y conocimientos expertos podría distinguir en los meandros del carácter trastornado de un

infractor, como el suicida, las verdaderas predisposiciones para el arrepentimiento, o si en su periespíritu ya no se reflejan influencias del principio vital muy pesadas para, en ese caso, proporcionarle auxilio y llevarle a un lugar donde esté seguro.

Sólo un técnico, investido de extensos conocimientos psíquicos, sabrá extraer de la memoria profunda de uno de esos reos, martirizados por el sufrimiento, sus existencias anteriores, retrocediendo con él por las vías del pasado, volviendo a ver su historia vivida en la Tierra, para, a partir de ahí, en base a su biografía, estudiar la causa que le impulsó al fracaso, orientando de ahí en adelante el programa reeducativo que le aplicarán más tarde en el Instituto, pues gracias a los informes de los técnicos de los Departamentos de la Vigilancia y del Hospital los pacientes admitidos en la Colonia serán clasificados y encaminados a los varios puestos de recuperación que tenemos, que se extienden incluso a los parajes terrestres, a través de los servicios reencarnatorios.

Solamente un ser abnegado, bastante evolucionado y seguro de sí mismo, podría contemplar, sin horrorizarse hasta la locura, los lugares inferiores donde la degradación y el dolor alcanzan la cumbre del mal, que, en comparación con el Valle donde estuvisteis, éste último parecería hasta confortable.

Por ejemplo: Existen almas de suicidas que no llegan a ingresar al Valle por vías naturales. Ingresar allí ya supone para el delincuente estar más o menos amparado bajo nuestra asistencia y vigilancia, aunque oculta, y ser inscrito en los registros de la Colonia como candidato a la futura hospitalización. Existen también aquellos que son aprisionados, o seducidos y desencaminados, antes de llegar al Valle, por bandas de obsesores, que, a veces, también fueron suicidas, o mistificadores, entidades perversas y criminales, cuyo placer es la práctica de vilezas, escoria del Mundo Invisible desorientados por sus propias maldades, que continúan viviendo en la Tierra al lado de los hombres, contaminando la sociedad y los hogares terrenos que no les ofrecen resistencia a través de la vigilancia de los buenos pensamientos y prudentes acciones, haciendo infelices a incautas criaturas que les dan acceso con su misma inferioridad moral y mental. Esclavizado por semejante horda, el suicida comienza a experimentar torturas ante las cuales los acontecimientos que suceden en el Valle –que son el resultado lógico del acto del suicidio– parecerían cosas agradables.

Al no disponer de poderes espirituales verdaderos, esos infelices, que viven divorciados de la luz del bien y del amor al prójimo, se alojan, generalmente, en lugares pavorosos y siniestros de la propia Tierra, afinados con sus estados mentales, tales como en el seno de los bosques tenebrosas, catacumbas abandonadas de los cementerios, cavernas solitarias de montañas, muchas veces desconocidas por los hombres, y hasta en los antros sombríos de roquedales marinos y cráteres de volcanes extintos.

Hipócritas y mentirosos, hacen creer a sus víctimas que esas regiones son obra suya, construidas por el poder de sus capacidades, pues envidian a las Colonias regeneradoras dirigidas por las entidades iluminadas, y, aprisionándoles, les torturan de todas las formas posibles, desde la aplicación de malos tratos "físicos" y de la obscenidad, hasta enloquecer sus mentes, ya inflamadas por la profundidad de los sufrimientos que sentían antes.

Les infligen suplicios, finalmente, cuya concepción sobrepasa la posibilidad de raciocinio de vuestras mentes, y cuya visión no soportaríais por ser todavía excesivamente débiles para aislarlos de las pesadas sugerencias que sobre vosotros caerían, capaces de lleváros a enfermar.

Pero... a los trabajadores especializados, iluminados por un excelente progreso, nada les afecta. Están inmunizados, dominan el propio horror al que asisten con las fuerzas mentales y vibratorias de que disponen, y hasta las más extrañas regiones del globo bajan las lentes de sus telescopios magnéticos, de su televisión poderosa, así como la solicitud de sus elevados pensamientos de fraternidad cristiana... Y van en busca del alma atribulada de los desgraciados que se vieron doblemente desviados de la ruta lógica del destino, por el mismo acto del suicidio y por la afinidad inferior que les arrastró a la unión con los elementos de la más baja especie existente en lo invisible.

Les encontramos, a veces, después de investigaciones perseverantes y exhaustivas. No siempre, sin embargo, al localizarlos, podremos arrebatarlos inmediatamente. El informe llega a la Dirección de la Vigilancia, que, a su vez, se entiende con la Dirección General del Instituto. Entonces se traza un plan para el rescate, un programa definido, bien delineado, solicitando la ayuda de otros grupos, a veces muy inferiores a los nuestros en capacidad y moral, pero conocedores del terreno áspero y tenebroso en el que se realizará la operación, diligencias, embajadas, negociaciones, insistencias y hasta trucos y violentas batallas, donde la espada no interviene, sino la paciencia, la tolerancia, el interés hacia el bien, la energía moral, el coraje para el trabajo. Todo esto se utiliza por los liberadores, que causan admiración y respeto por el heroísmo del que dan testimonio.

No es raro que tengan que bajar a los lugares satánicos donde el alma cautiva se retuerce flagelada por los verdugos que desean adaptarla a sus propias costumbres. Se infiltran en la horda. Se someten a la dramática necesidad de dejarse superar, muchas veces, por secuaces de las tinieblas... Invariablemente, sufren en esas ocasiones esos abnegados trabajadores del amor. Derraman lágrimas amargas, fieles, sin embargo, a los sacrosantos compromisos para con la causa redentora a la que se han consagrado. Pero no vacilan en el puesto de misioneros, al que se comprometieron con el Divino Modelo que se sacrificó por la humanidad, y prosiguen, energéticos y heroicos, en los servicios para el bien de sus hermanos menores...

Y finalmente, después de luchas inimaginables, liberan a los sufridores que, en su momento, no se habían encaminado hacia el Valle; y les entregan a la Vigilancia, que, a su vez, les traslada al lugar adecuado, generalmente al Psiquiátrico, pues los desgraciados salen enloquecidos de las redes obsesivas en las que se dejaron enredar...

Y, lo que es sumamente importante: traen también a los obsesores, a los verdugos, que no son más que espíritus audaces, de hombres malos que han vivido envueltos en las tinieblas del crimen, apartados de Dios. Si, además de obsesores, son también suicidas, podremos retenerles en nuestra Colonia. Les alojamos mientras, aquí mismo, en la Vigilancia, en un lugar apropiado de esta fortaleza, ya que ellos no tienen afinidades para ningún otro plano mejor que éste, y son considerados elementos peligrosos e indeseables en dependencias donde se opera la elevación de la moral de otros delincuentes ya predispuestos al bien.

Les mantenemos bajo severa custodia, procurando en lo posible, darles fuerzas y medios para reeducarse y rehabilitarse. De aquí no se elevarán a planos más confortables sin volver antes a una nueva existencia carnal, para despojarse del peso de los crímenes más repugnantes que cometieron, pues sus condiciones morales y mentales, excesivamente perjudicadas, les impiden mayores posibilidades.

Su instrucción se limitará a un breve aprendizaje acerca de sí mismos, nociones de las leyes fraternas expuestas en el Evangelio del Señor y trabajos regeneradores ejercidos en la Tierra, bajo la dirección de asistentes rigurosos, o en nuestro regimiento de milicianos, donde mentores especializados en este tipo de casos, les guiarán a la práctica de servicios ennoblecedores, en oposición al gran mal que practicaron en el pasado.

Como milicianos, darán caza a otras hordas de obsesores que conozcan, indi-cándonos antros maléficos que bien saben que existen aquí y allá, prestando una valiosa ayuda a nuestra causa, lo que les será llevado en cuenta en la programación de sus expiaciones. Si se trata, sin embargo, de elementos simplemente perversos, no suicidas, no nos es permitido acogerles, pero nuestro servicio de Socorro les llevará a los puestos de refugio existentes en las zonas de transición, un poco por todas partes. Son una especie de puestos policiales de lo Invisible y, una vez ahí, tendrán el destino que mejor convenga a su triste condición de espíritus inferiores, destino acorde, no obstante, con las leyes de la afinidad, de la justicia y de la fraternidad.

Siguió un corto silencio. Estábamos atónitos, sorprendidos con la inesperada exposición que nos hacían, que, verdaderamente valía por una clase de elevada erudición. Anselmo de Santa María fijó dulcemente la mirada en nuestros sem-blantes preocupados por la atención despertada por su palabra, y murmuró, como si extendiese el pensamiento a través de los floridos caminos perfumados por la esencia incomparable del Evangelio del Magnánimo Educador:

—¡Sí, hijos míos!... Eso es lo que sucede, pues el mismo Nazareno afirmó que el buen pastor deja su rebaño obediente, amparado en su redil, y parte en busca de la oveja extraviada, sólo descansando después de reconducirla, a salvo de los peligros que la rodeaban... Y resaltó, para justicia y gloria de nuestros esfuerzos en cooperar con Él:

—De las ovejas que mi Padre me confió, ninguna se perderá...

CAPITULO II

LOS ARCHIVOS DEL ALMA

“Honrad a vuestro padre y a vuestra madre”.

(Decálogo)

Éxodo, 21:12

Iba atardeciendo. Las sombras se acentuaban en el horizonte plomizo de la pesada región. Descendimos al piso inmediatamente inferior y, en el trayecto, pregunté:

—Reverendo padre, disculpe el deseo de investigar pormenores de un asunto que afecta a mis sentimientos de cristiano y a mi preocupación de aprendiz, ¿Cómo llegan los Directores de esta magna Institución a saber qué espíritus infelices por el suicidio son aprisionados por grupos hostiles, estando desaparecidos?...

—Por nuestro compromiso con Jesús como auxiliares de su ideal de redención, afiliándonos a la Legión patrocinada por su venerable Madre —respondió—, mantenemos técnicos en esta Torre con la función exclusiva de buscar a los desaparecidos, auxiliados por los aparatos que acabáis de ver... En cada uno, están señaladas las regiones que deberán rastrear... Por otra parte, antiguos obsesores, regenerados bajo nuestros cuidados y agregados al cuerpo de milicianos, tocados por el arrepentimiento, indican voluntariamente lugares de lo Invisible o de la Tierra que conocen, donde están aglomeradas las víctimas de la opresión obsesiva y donde se practican las mayores atrocidades. Una vez comprobada su existencia, esos lugares se visitarán y sanearán...

Generalmente, sin embargo, los avisos y las órdenes vienen de lo Alto... de allá, donde sobrevuela la asistencia magnánima de la piadosa Madre de la Humanidad, la gobernadora de nuestra Legión... Si las entidades consideradas no pertenecen a su tutela directa de Guardiana, podrá el guardián del grupo o de la Legión a la que pertenecen solicitar su favor en pro de los desviados, su amorosa ayuda para el blanco pretendido, ya que existe una fraterna solidaridad entre las sociedades del Universo Sideral, infinitamente más perfectas que las existentes entre las naciones terrestres...

Igualmente, por más desgraciado y olvidado que sea un delincuente, existirá siempre quien le ame y se interese por él sinceramente, dirigiendo invocaciones fervorosas a María en su favor, o directamente al Divino Maestro o al mismo

Creador. Si un suicida no deja en la Tierra alguien que se apiade de su inmensa desgracia, orando por él, es siempre cierto que en el Más Allá habrá alguien que lo haga afectos remotos, antiguos amigos, temporalmente olvidados gracias a la encarnación; seres queridos que le acompañaron en peregrinaciones pasadas en la Tierra, su tutelar, el amoroso guardián que conoce todos sus pasos y sus menores pensamientos, le asistirán con verdaderos testimonios del amor fraternal, que cultivan inspirados en el amor de Dios.

Si se dirige a María la súplica, inmediatamente serán expedidas órdenes a sus mensajeros, que, distribuidas por éstos a los diversos puestos e institutos de socorro y asilo a los suicidas, mantenidos por la Legión, indican a los servidores los detalles que rodean al nuevo sufridor, su nombre, nacionalidad, la fecha del desastre, el lugar en que se verificó y el tipo de suicidio escogido. Con esos informes, si, por ejemplo, el individuo en cuestión se encuentra en una región perteneciente nuestro radio de acción, se realizará la búsqueda por los siervos de la Vigilancia, como dijimos anteriormente.

Será localizado dondequiera que se encuentre a costa de cualquier sacrificio. Generalmente, el trabajo será fácil si no fue arrebatado de la situación normal por las hordas perversas y obsesivas que le asediaban desde antes. En otro caso si la tarea es muy espinosa y dura, por necesitar la ayuda de otros elementos de nuestra misma Legión o extraños a ella, tenemos el derecho de solicitarlos, siendo atendidos con rapidez. Hay casos, como dijimos antes, en que nos vemos en la necesidad de apelar hasta a la ayuda de elementos inferiores, es decir, de grupos inferiores en moral y esclarecimientos.

Pero, si la súplica se dirige a otro eminentes espíritu, será encaminada a María y se seguirán las mismas providencias, pues, como venimos diciendo, es María la sublime acogedora de los condenados que se arrojaron a los tenebrosos abismos de la muerte voluntaria... Todo eso, sin embargo, no quiere decir que nuestra Excelsa Directora necesita esperar súplicas y pedidos de quien quiera que sea para tomar sus caritativas providencias. Al contrario, éstas han sido siempre tomadas, manteniendo los puestos de observación y socorro especiales para suicidas; con los no especializados, pero que igualmente les acogerán en el momento oportuno, diseminados por todas partes, tanto en lo Invisible como en la Tierra, y con los propios dispositivos de la ley del amor y fraternidad, que manda que practiquemos todo el bien posible, haciendo al prójimo lo que desearíamos que él nos hiciese, ley que en lo Invisible esclarecido es observada amorosa y rigurosamente.

De cualquier forma, sin embargo, la oración, como visteis, exteriorizada con amor y vehemencia en favor de un suicida, es el sacroso vehículo que conlleva siempre inestimable consuelo y favores celestes para aquel desafortunado, ya que es uno de los valiosos elementos de socorro establecidos por la citada ley en favor de los que sufren, elemento con que cuenta para accionar vibraciones balsámicas

necesarias para el tratamiento que la carencia de la persona requiere, constituyendo, por eso mismo, un error terrible la negativa, por parte de las criaturas terrestres, a orar por ellos en la injusta suposición de que sería inútil su aplicación por ya no poderse remediar la desgraciada situación de los suicidas.

Muy al contrario, la oración, es un acto de tan loable y benévola repercusión, que aquel que ora por uno de vosotros, se hace voluntario colaborador de los trabajadores de la Legión de María, colaborando con sus esfuerzos y sacrificios en la obra de alivio y reeducación a la que se consagran.

Como habéis percibido, de esta pequeña muestra, nuestra labor es considerable e intensa. Si las criaturas que atentan contra el sagrado patrimonio de la existencia corporal –concedido por el Todopoderoso al alma culpada como oportunidad bendita y noble de rehabilitación– conociesen la extensión de los sufrimientos y sacrificios que por ellas arrostramos, se detendrían a la vera del abismo, reflexionando en la grave responsabilidad que iban a asumir, ya no por amor o compasión de sí mismas, sino en consideración y respeto a nosotros, sus guías espirituales y amigos devotos, que tantas luchas exhaustivas, tantos sinsabores soportamos y tantas lágrimas arrancaremos del corazón hasta que os podamos encaminar hacia las consoladoras estancias protegidas por la esperanza.

* * *

El amable guía nos comentó la existencia, en una de aquellas sombrías dependencias que circundaban la torre central, denominada simplemente –la Torre–, de aquellos temidos obsesores, jefes o prosélitos de grupos tenebrosos y perversos, que, además de suicidas, son también responsables por crímenes nefastos, previstos en las leyes sublimes del Eterno Legislador como punibles mediante reparaciones durísimas a través de los siglos.

Manifestamos el deseo de verles. Creímos que se trataría de entidades anormales, desconocidas completamente por nuestra capacidad de imaginación, monstruos apocalípticos o tal vez, fantasmas infernales que ni siquiera presentarían forma humana. Sonriendo paternalmente, el viejo doctor de Canalejas comentó a nuestro amable guía, si sería posible ver a alguno de ellos, ya que sería de utilidad conocerle para precavernos durante el próximo viaje a los planos terrestres, donde pululan numerosas bandas de la misma especie. El Padre Anselmo bondadosamente aceptó, aunque imponiendo una pequeña restricción:

–Estoy informado, por el director de vuestro hospital, de lo que conviene a los aprendices aquí presentes. Estoy de acuerdo, por tanto, en presentarles un pequeño panorama del lugar donde alojamos a los pobres hermanos responsables por tantos delitos, que es justamente la Torre que nos queda cerca. Allí se encuentran las

llamadas prisiones, donde son custodiados sin interrupción, como jamás lo serían los prisioneros en la Tierra. Debo informaros de que esos obsesores ya están en vías de regeneración. Les sacude el pesado entorpecimiento en el que han mantenido sus conciencias a causa de los golpes aflictivos de los primeros remordimientos. Se acobardan con el fantasma del futuro. Saben bien lo que les espera en la angustiosa región de las expiaciones, bajo el ardor de las reparaciones que tendrán que acometer tarde o temprano. Amedrentados ante sus propias culpas, creen que, mientras se resistan a la regeneración, estarán liberados de sus obligaciones... De aquí, sin embargo, no lograrán salir, volviendo a ser libres, sin que el arrepentimiento marque el nuevo camino para sus conciencias, aunque permanezcan enclaustrados durante siglos, lo que no es muy probable que pase.

¡Queridos amigos, vosotros, que iniciáis los primeros pasos en las sendas redentoras de esa ciencia divina que redime y eleva el carácter de la criatura, sea hombre o espíritu, vosotros, cuya visita a mi humilde puesto de trabajador de la siembra del Señor tanto me honra y alivia! ¡Colaborad con nosotros en esta difícil sección del Departamento de Vigilancia! ¡Colaborad con la Dirección de este Instituto, bajo cuya responsabilidad pesan tantos destinos de criaturas que deben ir hacia Dios! ¡Cooperad con la Legión de los Siervos de María y con la causa de la redención, abrazada por el Maestro divino, orando fervorosamente por estas ovejas desviadas que se resisten a la llamada de su dulce Pastor!

Este puede ser el primer paso con el que iniciáis la extensa caminata de las reparaciones que deberéis practicar y el gesto de sublime caridad que volverá a encender sus inmortales y benéficos aromas en el seno amoroso del Cristo de Dios: —la oración por la conversión de estos infelices tránsfugas de la ley, que se arrojaron, temerarios y locos, al más tenebroso y trágico abismo en el que puede deshonrarse una criatura dotada de razón y libre albedrío. ¡Orad ¡Creedlo, os lo aseguro, que de esta forma empezaréis brillantemente la programación de las acciones que deberéis realizar para la confirmación de vuestro progreso!

Continuó, después de una pausa que no osamos interrumpir con ninguna indiscreción:

Sin embargo, aquí están asistidos por dedicados celadores. Teniendo en cuenta la ignorancia de la que han dado muestras, escogiendo la práctica del mal, el único atenuante con el que pueden contar para merecer protección y amparo, es la misericordia expuesta en la ley que nos rige que nos ordena darles enseñanzas y esclarecimientos, medios seguros de rehabilitarse para el reingreso a las vías normales de la evolución y del progreso, elementos con que puedan combatir, ellos mismos, las tinieblas en que se encuentran.

Para eso, reteniéndoles y suspendiéndoles la libertad, de la que mucho, mucho, han abusado, les damos consejeros y maestros, figuras expertas en el secreto de las

catequesis de salvajes y nativos de las regiones bárbaras de la Tierra, tales como África, Indochina, América, de la Patagonia distante y desolada...

Venid y asistiréis, a través de nuestros aparatos de visión a distancia, lo que pasa en la cercana Tierra...

Se dirigió a un amplio salón que parecía un despacho de supervisión general del Director. Todo lo que tenía el solitario compartimento era un mobiliario sobrio, utensilios de estudio y muchos aparatos de transmisión de visión y sonidos, permitiendo una rápida comunicación con toda la Colonia. Nos invitó a sentarnos, mientras él se conservaba de pie cual maestro que era, siguiendo al instante su interesante explicación:

—Estas son las ‘prisiones’ en este rincón sombrío del Instituto María de Nazaret...

Se aproximó a los aparatos televisivos, accionándoles..., y nos encontramos milagrosamente en una extensa galería cuyas arcadas, recordando antiguos claustros, revelaban el estilo portugués clásico, que tantos recuerdos traía a nuestra alma.

No sé si las ondas fluido-magnéticas que se producían en esos aparatos tendrían el poder de infiltrarse en las fibras de nuestro periespíritu, uniéndose a nuestras radiaciones; o si, extendiendo sus propiedades por el ambiente, nos predisponían la mente para el elevado fenómeno de sugestión lúcida o bien si esto era el fruto poderoso de la fuerza mental de los maestros del magnetismo psíquico que nos acompañaban cuando nos llevaban a examinar las transmisiones, pero lo cierto es que, en aquel momento, teníamos la impresión de que caminábamos realmente, por aquella galería envuelta en una pesada penumbra, que transmitía penosas impresiones de angustia y temor a nuestros inexpertos espíritus.

Los “calabozos”, a un lado y otro de la galería, se presentaban a nuestros ojos sorprendidos como pequeños recintos para estudio y residencia, tales como una sala de clases, comedor y dormitorio, ofreciendo la suficiente comodidad para no enfrentar al recluso con la humillación de la necesidad insoluble, predisponiéndole a la desconfianza y a la rebelión. Parecían pequeños apartamentos de un internado modelo, en el que el alumno recibía hospedaje individual, ya que esos aposentos eran la habitación de sólo un prisionero.

No me pude contener y me atreví a exteriorizar mis impresiones, dirigiéndome al padre Anselmo:

—Pero... ¡Aquí veo un colegio, no una prisión!... Rodeados de amplias ventanas y bellos y sugestivos balcones por donde penetran un viento saludable, desguarnecidos de rejas y de centinelas, estos aposentos invitan al recogimiento, meditación y al estudio provechoso, dado el silencio inquebrantable del que están rodeados... Veo bien la influencia de misioneros educadores, habituados a la dirección de instituciones escolares, y no de carceleros que se imponen por la violencia...

—Si —replicó sonriendo el noble gobernador de la Torre—, cumplimos las leyes del amor y de la fraternidad, bajo las normas esencialmente educadoras del Maestro magnífico. No debemos castigar a nadie, por más criminal que pueda ser, por que ni Él lo hizo. Nuestro deber es instruir y reeducar, levantando el ánimo decaído, el carácter vacilante, a través de explicaciones sanas, para la regeneración por la práctica del bien..., puesto que ya tiene el delincuente el castigo dentro de sí mismo, como el infierno en que se convirtió su conciencia atacada sin interrupción por mil diferentes aflicciones..., por lo que no hay que atormentarle con más castigos y represalias. Él mismo se juzgará y aplicará en sí mismo los castigos que merezca... ¿Queréis un ejemplo vivo, de los más sugestivos?... Prestad atención...

Se aproximó a uno de aquellos aparatos, accionó atentamente un nuevo botón luminoso y, mientras se reproducía en la pantalla una figura masculina, semejante en todo a nosotros, de unos cuarenta años, nos iba explicando:

—Aquí está uno de los temibles obsesores, jefe de un pequeño grupo de entidades endurecidas y malvadas, portador de múltiples vicios y degradaciones morales, criminal y suicida, que arrastró a su abismo de vileza y miserias a cuantos incautos —desencarnados y encarnados— pudo seducir y convencer a seguirle, y cuyos crímenes se agrandan con tal gravedad en los códigos de las leyes divinas que no nos admiraríamos ver llegar, de una a otra hora, órdenes de lo alto para encaminarle a los canales competentes para una reencarnación expiatoria fuera del globo terrestre, en un planeta más inferior que la Tierra, o para un estadio espiritual en sus alrededores astrales, en las cuales, en un período relativamente corto, podría expiar el débito que en la Tierra requeriría siglos. Pero eso sería una medida drástica que repugnaría a la caridad y al inimaginable amor de nuestro dulce Pastor, que preferirá primero, agotar todos los recursos lógicos y legales para persuadirle al arrepentimiento así como a la regeneración, sirviéndose de la gran ternura y piedad de las que sólo Él sabe disponer.

María intercedió por este infeliz, junto a su divino Hijo, y a nosotros nos recomendó la máxima paciencia, la más fecunda expresión de caridad y de amor de las que fuésemos capaces, para ser aplicados en su lamentable caso. Así es que, aunque está prisionero, como veis, recibe sin interrupción toda la asistencia moral, espiritual y hasta “física”, si así me puedo expresar, que su naturaleza animalizada y grosera necesita.

Se le ofrece diariamente la moral cristiana, que absolutamente desconoce, como alimento indispensable del que no puede prescindir, en la indigencia traumatizada en que se encuentra... Y la recibe a través de la enseñanza del Evangelio bendito, en clases colectivas, figuradas y escenificadas, como presenciasteis en aquellas reuniones terrenas a las que fuisteis conducidos, que no son más que pequeños puestos auxiliares de los servicios realizados en lo Invisible; y es, como los demás alumnos prisioneros, ayudado a examinar las excelsas enseñanzas del Redentor y

compararlas con sus propias acciones.., aquel Redentor que, fiel a su finalidad de Maestro y Salvador, le extiende su mano compasiva, llevándole a levantarse del pecado.

Nuestros métodos, también tienen otra especie de enseñanza, enérgica, casi violenta, a la cual solamente los iniciados pueden asistir, dada la delicadeza de la operación, que requiere una técnica especial... Por esa razón esta parte se confía siempre a un técnico especializado de nuestra Colonia: Olivier de Guzmán, a quien conocéis como director del Departamento de Vigilancia. Sobre él pesan, acumulándose, tareas de las más delicadas, no sólo por ser el deber que le corresponde, ya que en la siembra del Señor jamás un buen obrero estará inactivo, sino también debido a la escasez de trabajadores, a la que me referí. Apreciad lo que pasa en el apartamento de este reo-alumno y evaluarlo por vosotros mismos...

Sentado en la mesa de estudio, con el rostro entre las manos, en actitud de desánimo o preocupación profunda, con los cabellos revueltos, abundantes y ondulados y el semblante atormentado por pensamientos perturbados, que emitían en torno del cerebro evaporaciones espesas como nubes plomizas, allí se encontraba el prisionero, frente a nosotros, como si estuviese presente en el mismo salón en que nos encontrábamos.

Reconocimos sorprendidos en ese terrible obsesor sólo a un hombre, simplemente un hombre –o un espíritu que había sido hombre, pero no a un ser de fantasía. Un espíritu apartado de las formas carnales, es cierto, pero con la estructura espiritual humanizada, grosera y pesada, indicando la inferioridad moral que le distanciaba de la espiritualidad.

Vestía como en el momento en que desencarnó bajo el golpe del suicidio: un pantalón de fino tejido de lana negra, que indicaba que, en la Tierra había sido un personaje de elevado nivel social, y camisa de seda blanca con puños y pecho de encaje de Flandes. A juzgar por la indumentaria pensamos que andaría cerca de un siglo su estancia entre las sombras de la maldad del plano Invisible, lo que llevó un penoso temblor de compasión hasta lo más profundo de nuestro ánimo. A la altura del corazón, a pesar del largo tiempo transcurrido, un estigma trágico le marcaba como integrante del siniestro grupo de condenados al cual también pertenecíamos: –la sangre, viva y fresca, como si hubiera comenzado a chorrear en aquel momento, se derramaba del ancho orificio producido por un florete o puñal, hiriendo sin piedad su periespíritu, se derramaba siempre, sin interrupción, a pesar del tiempo, como si se tratase de la impresión del hecho ocurrido sobre la mente alucinada y tenebrosa del desgraciado.

Entró en el recinto el maestro que le asistía, que, piadosamente, iba, de aposento en aposento, a encender en los corazones incultos de aquellos míseros delincuentes las luces del conocimiento, para que se dirigiesen gracias a ellas a un camino más adecuado.

El antiguo obsesor se levantó respetuosamente, haciendo una reverencia propia de un gentilhombre. Olivier de Guzmán –pues era él el maestro– le saludó cariñosamente:

–¡La paz del Señor sea contigo, Agenor Peñalva!

El reo no respondió, manteniendo el ceño fruncido, y, a una señal de aquel, se sentó nuevamente a la mesa, mientras el tutor permanecía de pie.

Con rostro sereno, actitud delicada y conversación paternal, Olivier de Guzmán, que, como los demás iniciados superiores, vestía la indumentaria del grupo de trabajadores al que pertenecía, expuso al discípulo la explicación del día, haciendo que lo anotara en un cuaderno, es decir, llevándole a analizarla, a meditar sobre ella para, cuidadosamente imprimirla en la mente. Al día siguiente el discípulo debería presentar la reseña de las conclusiones hechas sobre el tema en cuestión.

Esa clase, presenciada por nosotros, consistía en una importante tesis sobre los derechos de cada individuo, en la sociedad terrena como en la astral, a la luz de la ley magnánima del Creador; los derechos de mutuo respeto, solidaridad y fraternidad que la humanidad debe poseer en la armoniosa cadena de las acciones de cada criatura en sí misma y con sus semejantes. El alumno debía analizar la tesis delicada en contraste con sus propias acciones cometidas durante su última existencia en la Tierra y durante su permanencia en lo Invisible hasta aquel momento, comparándolas con las normas expresas en las leyes que rigen el mundo astral y en los códigos de la moral cristiana, indispensables para el progreso y el bienestar de todas las criaturas, y de las que ya venía recibiendo esclarecimientos desde hacía algún tiempo. Al alumno le asistía el derecho de presentar objeciones, exponer las dudas que pudiese tener, y hasta de cuestionar... observando nosotros la cantidad de preciosas aclaraciones que el maestro daba a cada impugnación del endurecido discípulo ¹⁶.

¡Y ese trabajo, de exclusiva competencia de la conciencia, podía intentar ser realizado por todos los reclusos, independientemente de su cultura intelectual!

Perplejos ante la intensidad y extensión de los servicios en la Torre, preguntamos al paciente expositor:

–Cuando este pobre espíritu se convenza de la necesidad del bien, ¿hacia donde será dirigido?... ¿qué va a ser de él?... ¿Y por qué tiene, a pesar de la mala voluntad manifiesta, un maestro de tal categoría, y lecciones profundísimas como las que presenciamos, mientras que nosotros, que nos disponemos a caminar en el futuro bienamente a través de vuestros consejos, no vemos todavía a esos iniciados que

¹⁶ Se trataba de una “adoctrinación” llevada a cabo por el instructor, como las que acostumbramos a asistir en las reuniones mediúmnicas bien dirigidas, por supuesto aventajadas por las circunstancias y el nivel de sabiduría del expositor.

tanto nos agradan, y ni conseguimos siquiera un texto donde aprender las leyes que nos regirán de aquí en adelante, ni instrumentos para escribir?...

La respuesta no se hizo esperar:

—En primer lugar—aclaró el Padre Anselmo—, no deberíais olvidar que sois enfermos a quienes ahora han concedido el alta del Hospital, y que, habiendo ingresado hace sólo tres años en este refugio, no pasáis de recién llegados que ni siquiera han finalizado el reajuste psíquico... Todo eso, además, se ve en vuestras condiciones, que no admiten siquiera opiniones en contra. No os admiréis, por tanto, que este hermano que estamos observando, obtenga lo que parece inmerecido... vuestro momento de iluminación vendrá a su tiempo y no perderéis nada por esperarlo con paciencia... Hace treinta y ocho años que ingresó Agenor Peñalva a esta Torre y sólo ahora está de acuerdo en consagrarse al indispensable estudio de sí mismo para acatar la ley y mejorar su propia situación, que le viene pesando amargamente... Por otro lado, debido a la inferioridad moral que le rodea, necesita mayor vigilancia y asistencia que vosotros, cuya tendencia para la conversión a la luz augura un buen futuro...

Su corazón endurecido, en el que se atrincheró, temeroso de las consecuencias futuras de los actos que convirtieron en tinieblas su vida, ha requerido un laborioso trabajo. Ha sido necesaria la perseverancia paternal de un Olivier de Guzmán, experto en el trato con los nativos del Norte y semibárbaros del Oriente, para convencer al gran desviado que ahí tenéis a animarse para la corrección. En breve volverá a reencarnarse. Se encuentra excesivamente perjudicado, en sus condiciones mentales, para poder conducirle a situaciones de verdadero progreso. Sólo una existencia terrestre larga y dolorosa, que redunde en decisivas transformaciones mentales, librando a su conciencia, sobrecargada de sombras, de una considerable cantidad de impurezas, le brindará la oportunidad para nuevos caminos en la ruta del progreso normal...

Para eso está aquí, para convencerse, voluntaria y satisfactoriamente de tal resolución, sin obligarle jamás y prepararle para la adquisición de fuerzas suficientes para las tremendas luchas a las que se enfrentará en la Tierra, procurando moralizarle lo más posible, reconciliándole consigo mismo y con la ley.

Si no lo hacemos así, su próxima e inevitable reencarnación le llevará al mismo círculo vicioso en el que ha degenerado las demás, lo que no le conviene a él en absoluto ni tampoco a nosotros, ya que somos responsables por su reeducación ante la misma ley.

Continuad, no obstante, observando lo que pasa en sus aposentos...

Prestando la máxima atención, nos sorprendieron los acontecimientos que se desarrollaron seguidamente, que, por su naturaleza altamente educativa merecen ser narrados con especial cariño:

A un gesto del preceptor, vimos que el paciente se levantó para acompañarle sumisamente, como tocado por influencias irresistibles. Caminaron, con Oliver delante, a lo largo de la galería extensa, donde se hallaban otras “prisiones”. Entraron en un espacioso recinto o sala de experimentos científicos. Parecía un tabernáculo donde se desvelaban misterios sacrosantos, mostrando al observador lo que le convenía aprender y progresar en psiquismo, para hacerse merecedor de la herencia inmortal que el cielo legó al género humano.

La citada sala se mantenía perennemente saturada de vaporizaciones magnéticas apropiadas para la finalidad, que suavemente emitían fosforescencias azuladas, tenues, sutiles, casi imperceptibles a nuestra visión aun muy débil para las cosas espirituales, y absolutamente invisibles a la percepción embrutecida del reo que iba a someterse a la operación. Sobre un suelo pulido como el cristal había una silla de una sustancia transparente, y en su interior pasaba un fluido azul, fosforescente, como la sangre que corre por las arterias de un cuerpo carnal, al accionar botones minúsculos, como pequeñas estrellas, que se observaban en el conjunto de todo ese extraño aparato. Delante de esta singular pieza –parecida a la existente en la sala de recepción del hospital, donde habíamos asistido a nuestro propio desprendimiento de la organización material, retrocediendo mentalmente hasta la fecha del suicidio, bajo la dirección de Teócrito y la asistencia de Romeu y Alceste–, se destacaba un cuadrilátero de cerca de dos metros, brillante como espejo, una placa fluido-magnética ultra-sensible, capaz de registrar, en su inmaculada pureza, la menor impresión mental o emocional del que allí estaba, y que vimos ensombrecerse gradualmente, a la entrada de Agenor, como si un vaho impuro la hubiese empañado.

Pregunté, impaciente y curioso, reparando en el aparato y olvidándome de la discreción que debía mantener:

–¡Parece un gabinete de fenomenología transcendental! ¿Para qué vale, reverendo Padre?...

–Dices bien... En efecto, se trata de un sagrario de operaciones muy trascendentales, amigo mío. Los aparatos que veis, armonizados en sustancias extraídas de los rayos solares –cuyo magnetismo ejercerá la influencia del imán–, es una especie de termómetro o máquina fotográfica, con la que acostumbramos medir, reproducir y movilizar los pensamientos, los recuerdos, los actos pasados que se imprimieron en lo más íntimo del psiquismo de la mente, y que, por la acción magnética, resurgen como por encanto, de la memoria profunda de nuestros discípulos, para impresionar la placa y hacerse visible como la misma vivencia real...

Un estremecimiento de terror sacudió nuestras fibras psíquicas. El primer impulso que tuvimos, captando la sucinta y profunda respuesta en toda su amplitud, fue el de huir, tan asustados que quedamos ante la perspectiva de ver también investigados de esta forma nuestros pensamientos y acciones pasadas.

Íntimamente estábamos convencidos que nuestros mentores conocían minuciosamente todo a nuestro respecto, sin excepción hasta del mismo pensamiento. Pero la discreción y la caridad de esos incomparables amigos, que jamás se valían de ese poder para afligirnos o humillarnos, nos dejaban tranquilos, quedando en nuestro interior la cómoda opinión de que íbamos a ser enteramente ignorados.

Lo que, en verdad nos alarmaba, no era el ser totalmente conocidos por ellos, y sí la posibilidad de ver, nosotros mismos, esas fotografías del pasado; asistiendo a las monstruosas escenas que fatalmente se reflejarían en aquel espejo, analizándolas y midiéndolas, lo que nos parecía como un patíbulo que nos aguardaba como una nueva clase de suplicio.

—Una entidad iluminada —continuó explicando el director interno de la Torre del Vigía—, ya educada en buenos principios de moral y ciencia, no utilizará esos aparatos cuando desee o necesite extraer de los archivos de la memoria sus propios pensamientos, los recuerdos, el pasado, en fin le bastará la simple expresión de la voluntad, la energía de la mente accionada en sentido inverso... y se hará presente el pasado, viviendo los momentos que evoque, tal como los ha vivido antes en la realidad. Para la reeducación de los inexpertos e inferiores son muy útiles e indispensables, motivo por el que los utilizamos aquí, facilitando sobremanera nuestro servicio.

Aun así, todo lo que obtenemos de la mente de cada uno será para nosotros como un sacrosanto depósito que jamás será traicionado, y sólo el maestro instructor del paciente será el depositario de sus terribles secretos, guardándolos celosamente para la instrucción del mismo, pues así lo determinan las leyes de la caridad. Esporádicamente, como en este momento, podremos ver algo, ya que se trata de la iluminación de un colectivo, y con mayor razón cuando esa colectividad se arma de buena voluntad para el progreso, como vemos irradiando en vosotros...

Mientras, Agenor, visiblemente asustado con el aspecto que iban tomando los acontecimientos, apeló a la mistificación, ignorando la elevada mentalidad del que le servía, que, piadosamente, se rebajó para ser mejor comprendido:

—¡No señor maestro, no señor! ¡No fui mal hijo para mis padres!... Las anotaciones que ayer presenté de esa etapa de mi vida son verdaderas, ¡os lo juro!... ¡Debe existir algún error en el detalle que le llevó a rechazarlas!... ¡Error y rigor excesivos conmigo!... ¡Me hace escribir las normas de un buen hijo, de acuerdo con las leyes de Dios Todopoderoso, que yo temo y respeto! ¡Quiere que, una vez más, yo las estudie para, mañana, exponer mis recuerdos respecto de mi condición de hijo, en las páginas del diario íntimo que estoy forzado a escribir, analizándolas en comparación con aquellas normas... Sin embargo, si tengo certeza de lo que vengo afirmando respecto de mis recuerdos, ¿para qué tan exhaustiva labor?.. Le pido que encamine a quien corresponda mi ruego de libertad... ¿Por qué me hacen sufrir tanto?... ¿No existe, pues, perdón y benevolencia en la ley del buen Dios, que

yo tanto amo?..., pues soy profundamente religioso y estoy arrepentido de mis grandes pecados... ¡Me encuentro aquí hace tantos años!... Pasé por infernales calabozos, en manos de una horda malvada que me raptó, después del suicidio, y me unió a su banda... Atormentado, vagué por islas desiertas, antes de someterme a sus detestables deseos... Enfrenté las furias tétricas del océano, abandonado y perdido sobre roquedales solitarios... ¡Durante diez años me vi encadenado al antro inmundo de un cementerio, donde sepultaron mi cuerpo asqueroso, embarrado y fétido! Fui perseguido por grupos siniestros de enemigos vengadores; golpeado como un perro rabioso, maltratado como un reptil, corroído por millones de gusanos que me enloquecieron de horror y angustia, bajo la tortura suprema de la confusión que nada permite esclarecer, sin lograr comprender la trágica aflicción de sentirme vivo y encontrarme sepultado, podrido, devorado por inmundas bacterias!..., me llevaron prisionero, los malvados, atado con cuerdas resistentes, y me prendieron a mi propia sepultura en la que yacía... bien..., quiero decir... usted lo sabe, maestro... En la que yacía aquella que yo amé... ¡Sí! La que yo violé y después asesiné, temiendo represalias de su familia, ya que se trataba de una niña aristócrata... Nunca nadie identificó al asesino... pero aquellos malvados lo sabían todo y después de mi suicidio vengaron a la muerta... De tal forma me vi perseguido que, para librarme de su yugo y escapar de los malos tratos que recibía, tuve que unirme a la banda y convertirme en uno de ellos, pues esa era la alternativa que ofrecían... Debo, por tanto, tener muchos atenuantes... Después fui aprisionado por lanceros y encarcelado en el Valle Siniestro, donde padecí una nueva serie de horrores... ¡Y ahora, en esta Torre, privado de mi libertad, sin siquiera poder recrearme por las calles de Madrid, que yo tanto amaba, ni respirar el aire puro y fresco de los campos, como tanto me gusta! ¿Soy o no soy hijo del buen Dios? ¿O seré hermano del mismo Satanás?...

Demostrando la más singular serenidad, replicó el generoso mentor:

—Si te oyera alguien ajeno a tus eternas quejas, Agenor Peñalva, supondría que se cometan injusticias en el recinto iluminado por los benignos favores de la magnánima directora de nuestra Legión.... Sin embargo, la larga serie de infortunios que expusiste tiene su origen sólo en los excesos pecaminosos de tus propios actos y en la truculencia de los instintos primitivos que conservas...

¡Hace treinta y ocho años que vienes siendo pacientemente exhortado a una reforma íntima, que te asegure situaciones menos ingratis! No obstante, te niegas sistemáticamente a dar cualquier paso hacia el bien, enclaustrado en la mala voluntad de un orgullo que intoxica tu espíritu, entorpeciendo los movimientos en pro de los progresos que deberías haber realizado hace mucho. Hemos tenido una gran tolerancia contigo, a pesar de no reconocerla. Sabes muy bien que tu retención en nuestro círculo de vigilancia supone para ti la protección contra el yugo obsesror del grupo que liderabas, y asimismo no ignoras que de ti depende la libertad que tanto deseas.

Jamás te molestamos aquí y te ofrecemos diariamente tesoros espirituales diariamente, con el deseo de verte enriquecido con la adquisición de las luces que irradian. Eres huésped de la Legión de María, Ella te recomendó a la dirección de este Instituto, en el sentido de reencarnar hasta que alcances un grado de progreso eficiente para el buen éxito en las futuras pruebas terrestres, que serán duras, dada la gravedad de tus deudas según la ley.

Se exponen diariamente, para que los examines, los motivos de la privación de tu libertad. Sabes que eres culpable, que arrastraste al torbellino del suicidio a una decena de hombres incautos, que se dejaron seducir por las funestas sugerencias de tus mañas de obsesor inteligente, llevándoles a la desgracia por el simple placer de practicar el mal o por envidiarles de algún modo, como antes, cuando eras hombre, cuando arrancabas la virtud a pobres doncellas enamoradas y confiadas, impulsándolas al suicidio a través de la amarga traición con que las decepcionabas, como antecedente del obsesor que serías en el futuro...

Pero tu orgullo sofoca las conclusiones lógicas del razonamiento y prefieres la rebelión y otros argumentos por ser más cómodos, esquivando tu responsabilidad por permanecer dilatando la aceptación de compromisos que te asustan, porque tienes miedo del futuro que tú mismo preparaste con las iniquidades que practicaste. Ahora, sin embargo, hay órdenes superiores con respecto a ti: urge que apresuremos tu marcha hacia el progreso, evitándote la permanencia indefinida en el círculo vicioso que prolonga tus sufrimientos. Para que pongamos fin a tan lamentable estado de cosas, haremos la experiencia suprema. Quisiéramos evitarla por dolorosa, concediéndote un plazo más que justo para, que por ti mismo, busques el camino de la rehabilitación.

Te advierto que, a partir de este momento, harás diariamente un examen sobre ti mismo, planteado por nosotros, lento, gradual, minucioso, que te permita convencerte de la urgencia en la reforma interior que careces... Sé que será penoso... Pero lo provocaste, sin embargo, tú mismo, con la resistencia en la que te vienes manteniendo para el ingreso en el camino de la elevación moral.

¿Dices que fuiste un buen hijo para tus padres?... Tanto mejor, nada deberás temer ante la evocación de ese pasado. Será, por tanto, por esa confrontación donde iniciaremos la serie de análisis necesarios para tu caso, ya que el primer deber que cabe al hombre cumplir en la sociedad en que vive es en el santuario del hogar y de la familia. Veamos, pues, los méritos que tienes como hijo, pues todos los que puedas tener serán rigurosamente acreditados en tu favor, suavizando tus futuras reparaciones:

¡Agenor Peñalva! ¡Siéntate ante este espejo, bajo el dosel magnético que fotografiará tus pensamientos y recuerdos! ¡Vuelve tu atención a tus cinco años de edad, en la última existencia que tuviste en la Tierra! ¡Recuerda todos los actos que practicaste con a tus padres, con tu madre en particular!... Asistirás al desfile de tus

propias acciones y tú mismo te juzgarás, a través de tu conciencia, que en este momento recibirá el eco poderoso de la realidad de lo que pasó y del que no te podrás esquivar, porque fue fiel y rigurosamente archivado en lo más íntimo e imperecedero de tu alma inmortal...

Como todo espíritu grandemente culpado, en ese momento Agenor quiso intentar evadirse. Se acurrucó, de repente, en un ángulo del aposento, gritando aterrizado, en el auge de la aflicción con la mirada desvariada de un perfecto condenado:

—¡No, señor maestro, por favor, se lo suplico!... ¡Déjeme regresar a mi aposento por esta vez, para una nueva preparación!...

Pero, por primera vez desde que entramos al magno establecimiento educativo, sonó en nuestros oídos una expresión fuerte y autoritaria, proferida por uno de aquellos delicados educadores, porque Olivier de Guzmán repitió con energía:

—¡Siéntate, Agenor Peñalva! ¡Te lo ordeno!

El pecador se sentó, dominado, sin proferir palabra. Suspendimos hasta la respiración. El silencio se extendió religiosamente. Parecía que la venerable ceremonia recibía la bendición de la asistencia sacrosanta del divino médico de almas, que desearía presidir al cortejo de la conciencia de otro hijo pródigo dispuesto a encaminarse a los brazos del Padre.

Agenor parecía ahora estar muy calmado. Olivier, cuyo semblante se volvió profundamente grave, como si concentrarse las fuerzas mentales a la más alta tensión, le acomodó convenientemente, envolviéndole la frente con una banda de tejido luminoso, cuya blancura resplandeciente parecía provenir de la misma luz solar. La banda, que parecía una guirnalda, se unía al dosel que cubría la silla a través de hilos luminosos, casi imperceptibles, de idéntica naturaleza, por lo que dedujimos que el dosel era el motor principal de ese mecanismo tan simple y magnífico en su cometido. La pantalla, a su vez, estaba igualmente unida al dosel por múltiples estrías centelleantes, y parecía estar en armonía con en el mismo elemento de luz solar.

La voz del mentor se elevó, aunque autoritaria, envuelta, sin embargo, en intraducibles vibraciones de ternura:

—Tienes cinco años de edad, Agenor Peñalva, y resides en casa de tus padres, en los alrededores de Málaga... Eres el único hijo varón de un matrimonio feliz y honrado... y tus padres sueñan con darte un futuro destacado y brillante. Son profundamente religiosos y practican nobles virtudes en su vida diaria, acariciando el ideal de consagrarte a Dios, haciéndote vestir la sotana sacerdotal... Despierta de lo más íntimo de tu alma tus acciones como hijo, con tus padres... con tu madre particularmente... ¡Hazlo sin vacilar! ¡Estás en presencia del Creador todopoderoso, que te dio la conciencia como portavoz de Sus leyes!...

Entonces, surgió ante nuestros ojos asombrados lo inenarrable en el lenguaje humano. El pensamiento, los recuerdos del desgraciado, su pasado, sus faltas, sus crímenes, como hijo, ante sus padres, traducidos en escenas vivas, moviéndose en el espejo sensible e impoluto, ante él, retratando su propia imagen moral, para que asistiese a todo, volviendo a ver todas sus caídas, como si su conciencia fuese un repositorio de todos los actos practicados por él, y los que, ahora, arrebatados del fondo de la memoria adormecida por una transcendental atracción magnética, se levantasen violentamente, triturándole con el peso insoportable de la tenebrosa realidad.

La lamentable historia de ese personaje –asesino, suicida, seductor, obsesor– ocuparía un libro entero, profundamente dramático, que no vamos a narrar. Para finalizar el presente capítulo, sin embargo, presentaremos un pequeño guión de lo que presenciamos en aquella memorable tarde del Más Allá, y que creemos será interesante para el lector, ya que, lamentablemente hoy, tampoco son habituales los hijos modelo en el respetable instituto de la familia terrestre.

* * *

–Desde los primeros años de su juventud, Agenor Peñalva fue un hijo rebelde y esquivo a la ternura y al respeto a sus padres. No reconoció jamás las atenciones de que fue objeto: sus padres eran esclavos cuyo deber consistía en servirle, preparándole un digno futuro, pues él era el señor, es decir, el hijo.

–En la intimidad del hogar mantenía actitudes invariablemente despóticas, hostiles, irreverentes y crueles pero fuera del hogar, sin embargo, prodigaba amabilidades, afabilidad y gentileza.

–Era rebelde a toda y cualquier tentativa de corrección.

–Deseosos de garantizarle un futuro sin trabajos excesivos, en las duras luchas de la agricultura, que tan bien conocían; y sabiendo que era ambicioso y estaba disconforme con la humildad de su nacimiento, se arrojaron los heroicos progenitores a sacrificios incommensurables, manteniéndole en la capital del reino y pagándole los derechos para la adquisición de un lugar en la compañía de los ejércitos del rey, ya que no sentía atracción hacia la vida eclesiástica, desencantando el ideal que tenían los padres. Quería hacer la carrera militar, más acorde con sus aspiraciones mundanas, y que facilitaría su ingreso en los ambientes aristocráticos que envidiaba.

–Se avergonzaba de la condición humilde de aquellos que le habían dado el ser y velado abnegadamente por su vida y bienestar, por lo que repudió el honrado nombre paterno, de Peñalva, por otro ficticio que sonaba mejor a los oídos aristó-

cratas, proclamándose falsamente descendiente de generales, cruzados y nobles caballeros libertadores de España del yugo árabe.

—Al fallecer su viejo padre, a quien no visitó durante la pertinaz enfermedad que fue víctima, desamparó inhumanamente a su propia madre. Le arrebató los bienes, chupándole los recursos con que contaba para la vejez y olvidándola en la provincia, sin medios de subsistencia.

—Le hizo verter inconsolables lágrimas de desilusión ante la ingratitud con que se portó cuando más estaba carente de protección y cariño, relegándole a un doloroso “vía crucis” de humillaciones ya que tuvo que irse a vivir con unos parientes lejanos, donde la pobre mujer representaba un estorbo indeseable.

—Se negó a recibirla en su casa de Madrid, ya que era una pobre vieja ruda en el trato, simple en el lenguaje y rústica en su aspecto y su piso era frecuentado por personajes destacados entre la alta burguesía y la pequeña nobleza, donde quería contraer matrimonio, haciéndose pasar por noble.

—La envió en secreto a Portugal, visto que insistía la pobre en valerse de su protección en la miseria insoluble en que se veía zozobrar. La envió a un tío paterno que hacía mucho se fue a Oporto. Lo hizo superficialmente, sin comprobar antes el paradero exacto del aludido pariente. Su madre no logró localizar a su cuñado que ya no residía allí, y se perdió en tierras lusitanas, donde fue acogida de favor por unos compatriotas piadosos.

—Le escribieron esos compatriotas, contándole la angustiosa situación de su madre, que de nuevo le imploraba socorro. No respondió, disculpándose ante su conciencia con un determinado viaje que emprendería en breve.

—En efecto, alimentando ideales desmedidamente ambiciosos, se fue a la lejana América, abandonando realmente hasta a su esposa, a quien había ilusionado con falaces promesas, para al fin escaparse a consecuencia de un repugnante caso pasional, en el que una vez más, asumió el papel de verdugo, seduciendo, vilipendiando y hasta induciendo al suicidio a una pobre e ingenua doncella en sus relaciones. Desinteresándose completamente de su madre, la abandonó para siempre, viendo a la infeliz viejita al extremo de arrastrarse miserablemente por las calles, a merced de la caridad ajena, mientras tanto él prosperaba en la libre y auspiciosa América.

Eran cuadros dramáticos y repulsivos, que se sucedían en escenas de un realismo conmovedor, angustiando nuestra sensibilidad y disgustando a los mentores que estaban presentes, que bajaban la cabeza, entrustecidos.

Agenor, que al principio parecía sereno, se exaltó gradualmente, hasta la desesperación; y, llorando convulsivamente, ahora gritaba, en alardos alarmantes, que le perdonasen y que el instructor se compadeciese de él, rechazando las visiones como si el mismo infierno amenazase con devorarle, con el semblante congestio-

nado, enloquecido por la suprema angustia, atacado de la fobia cien veces torturadora del remordimiento.

—¡No! ¡No, maestro, mil veces no!—vociferaba entre lágrimas y gestos dramáticos de desesperada repugnancia. —¡Basta, por el amor de Dios! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Enloquezco de dolor, mi buen Dios! ¡Madre! ¡Mi pobre madre, perdóname! ¡Aparece, madre mía, para saber que no maldices a tu hijo ingrato que te olvidó, y me podré sentir aliviado! ¡Socórreme con la limosna de tu perdón, ya que no puedo ir donde estás a suplicártelo, pues vivo en el infierno, soy un condenado por la sabia ley de Dios!... ¡No puedo soportar la existencia sin tu presencia, madre mía! ¡Las más angustiosas añoranzas desorientan mi corazón, donde tu imagen humilde y vilipendiada por mí se grabó en caracteres indelebles, bajo el fuego devorador del remordimiento por el mal que practiqué contra ti! ¡Que venga tu figura triste a aclarar las tinieblas de la desgracia en que se perdió mi miserable ser, envenenado por la hiel de tantos crímenes! ¡Aparécete al menos en sueños, en mis alucinaciones, para que tenga el consuelo de intentar un gesto respetuoso contigo, que suavice la amargura insopportable de la tortura que me destroza por haberte ofendido! ¡Aparece, para que Dios, por ti, me pueda perdonar todos los males de que vilmente te hice!... ¡Perdón, Dios mío, perdón! ¡Fui un hijo infame, oh Dios clemente! ¡Sé que soy inmortal, Dios mío! ¡Y que Tú eres la misericordia y la sabiduría infinitas! ¡Concédemme entonces la gracia de volver a la Tierra para purificar mi conciencia de la abominación que la deforma! ¡Déjame reparar la falta monstruosa, Señor! ¡Dame el sufrimiento! ¡Quiero sufrir por mi madre, para merecer su perdón y su amor, que fue tan santo, y que no tuve en consideración! ¡Castígame, Señor! ¡Yo me arrepiento! ¡Yo me arrepiento! ¡Perdóname, madre mía! ¡Perdóname!...

Le retiró el profesor la banda centelleante de la frente.

—¡Levántate, Agenor Peñalva!—ordenó, autoritario.

Se levantó el desgraciado, tambaleante, con los ojos alucinados, como embriagado. Habían cesado las visiones.

Inconsolable, se arrojó de rodillas, cubrió su rostro trastornado con las manos crispadas y continuó llorando, vencido por el más impresionante desaliento que me fuera dado presenciar en nuestro Instituto hasta aquella fecha...

Olivier de Guzmán no intentó consolarle. Sólo le levantó y, sosteniéndole paternalmente, le condujo a su apartamento. Al llegar allí puso sobre la mesa de estudio un gran cuaderno, cuyas páginas aparecían arrugadas; y, en una hoja en blanco, escribió un título y un subtítulo cuya profundidad lanzó a nuestra alma un estremecimiento de penosa emoción:

—TESIS: El 4º Mandamiento de la Ley de Dios: “Honrad a vuestro padre y a vuestra madre, para que viváis largo tiempo en la Tierra que el Señor vuestro Dios os dará”.

—Descripción de los deberes de los hijos para con sus padres.

Luego se alejó sin articular palabra. Otro discípulo le esperaba. Una nueva tarea requería su desvelada actividad.

El Padre Anselmo tocó un minúsculo botón del aparato y finalizó nuestra visión.

No me pude contener y, malhumorado, dije:

—Entonces ¿dejan al infeliz así desamparado, entregado a tan desesperante situación?... ¿Habrá en ese gesto suficiente caridad por parte de los trabajadores de la magnánima Legión que nos acoge, responsable de su protección?...

Carlos y Roberto sonrieron vagamente, sin responder, mientras el viejo sacerdote iniciado satisfacía bondadosamente mi indiscreta pregunta:

—Los mentores conocen minuciosamente a sus discípulos y las tareas a las que se dedican. ¡Saben lo que hacen, cuando operan!... De cualquier forma ¿quién os dice que el penitente quedará sólo y desamparado? ¿No se encuentra bajo la tutela maternal de María de Nazaret?...

Cuando los portones de la fortaleza se cerraron detrás de nosotros, para iniciar nuestro retorno, oímos todavía, resonando angustioso en nuestras mentes atontadas, el alarido del mal hijo entre sus convulsiones rabiosas...

CAPITULO III

EL PSIQUIÁTRICO

“Por tanto, si tu mano o tu pie es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno”.

(13) MATEO, 18:8.

Vamos a transcribir las sensacionales impresiones que recibimos en la segunda visita de la serie programada por el hermano Teócrito, para nuestra instrucción, en la tarde del día siguiente al que visitamos la Torre.

Se abrieron de par en par los magníficos portones del Psiquiátrico, permitiéndonos el paso. Como lo indicaba su nombre, recogía a las personas cuyo estado mental excesivamente deprimido por las repercusiones originadas del efecto del suicidio, impedía la facultad de razonar normalmente.

Era el director del Psiquiátrico un antiguo psiquista natural de la vieja India –cuna de la sabiduría espiritual de la Tierra– y conocedor profundo de la ciencia esotérica del alma humana, lúcido y experimentado psiquiatra, cuyos cabellos nevados escapando del turbante parecían una hermosa corona de laurel evidenciando sus méritos adquiridos en el trabajo y en la dedicación a sus hermanos infelices. Su nombre –un nombre cristiano– adoptado después de la iniciación en la luz redentora del Cristianismo, era Juan, el mismo del apóstol venerado que le desveló los arcanos radiantes de la Doctrina Inmaculada a la que para siempre se consagró, desde entonces. Y como el hermano Juan, simplemente, conocimos a ese encantador personaje sobre cuyos hombros pesaba la tremenda responsabilidad de los enfermos más graves de toda la Colonia.

Suficientemente materializado, para permitirnos una mejor comprensión, el hermano Juan mostraba la tez morena, como generalmente la tienen los hindúes, grandes ojos penetrantes, frente amplia e inteligente, cabellos completamente encanecidos y estatura elevada. En el dedo anular de la mano izquierda tenía una esmeralda, que indicaba su calidad de médico, así como en lo alto del turbante, pues, en verdad, no habíamos visto aún a ninguno de aquellos sabios iniciados que no se vistiesen de la misma manera que los demás compañeros, excepción hecha de los

sacerdotes, que preferían conservar la sotana sacerdotal atendiendo a exigencias circunstanciales.

Nos acercamos a esa figura venerable, rodeándole sin más ceremonias, como si le conociésemos hacía largo tiempo, atraídos por las espléndidas vibraciones que emitía, mientras nos dirigíamos hacia el interior del importante establecimiento que comprobamos estaba rigurosamente montado bajo los auspicios de la fraternidad inspirada en el divino amor cristiano, así como en las exigencias de la ciencia médico-psicológica.

—Antes de tratar cualquier asunto interesante—aclaró, gentil y atento—, debo informaros que mis queridos pacientes son inofensivos, simplemente son entidades anormales a causa del sufrimiento. Algunos están todavía en un estado de alucinación; otros inmersos en una postración impresionante, necesitando de nuestros cuidados especiales, conforme veréis.

Digo, sin embargo, que son inofensivos, tomando por base a un loco terreno, pues mis pobres pacientes no harán nada a nadie conscientemente; no agredirán, no atacarán, como generalmente acontece con los locos de los hospitales psiquiátricos terrenos. No obstante, son portadores de los más nefastos peligros —no sólo para hombres encarnados, sino hasta para espíritus aun no inmunizados por las actitudes mentales sanas y vigorosas—, razón por la que los tenemos separados de vosotros, manteniéndoles aislados.

Sus deplorables estados vibratorios, rebajados a un nivel superlativo de depresión e inferioridad, son tan perjudiciales que, si se aproximases a un hombre encarnado, permaneciendo junto a él veinticuatro horas, y si ese hombre, ignorante en temas psíquicos, les ofreciese analogías mentales, prestándose con su pasividad para el dominio de las sugerencias, podrían llevarle incluso al suicidio, inconscientes de que lo hacían, o postrarle gravemente enfermo, alucinado, realmente loco. Al lado de un niño podrían matarle a causa de un mal súbito, si el pequeño no tuviera alrededor de él a alguien que, por disposiciones naturales, atraiga para sí tan perniciosas radiaciones, o una terapia espiritual inmediata, que le salvaguarde del fúnesto contagio, que, en ese caso, sería considerado como el efecto lógico de alguna peste que se propagó...

Impresionado, Belarmino inquirió, frunciendo el ceño:

—¿Cómo puede darse un caso delicado de esos, hermano Juan? ¿Existen tales posibilidades bajo la Ley sabia del Creador?... ¿Cómo he de comprenderlas sin perjudicar mi respeto por las mismas?...

El interlocutor esbozó un gesto de indefinible amargura y respondió:

—La Ley de la Divina Providencia, hijo mío, preconizó el bien, como también lo bello, como patrón supremo para la armonía en todos los sectores del Universo. Distanciándose de ese magnífico principio —camino evolutivo incorruptible— el

hombre se responsabiliza por toda la falta de armonía en que está sumido. Esos casos que tratamos, tienen posibilidades de suceder y son el resultado de infracciones cometidas por nuestros estados de imperfección, perjuicios desagradables y constantes de la inferioridad del planeta en que se dan.

Debéis notar, sin embargo, que no digo que tales casos sean frecuentes, y sí que pueden suceder, y lo han hecho realmente. Así ocurre cuando existe semejanza de tendencias –afinidades– entre las dos partes, es decir, entre el desencarnado y el encarnado. En cuanto al niño, ser delicado e impresionable por excelencia, convengamos que es susceptible de afectarse por factores muy insignificantes, bastando que no estén estos de acuerdo con su delicada naturaleza. No ignoramos, por ejemplo, que un susto, una impresión fuerte, un sentimiento dominante, como la añoranza de alguien muy querido, podrán igualmente llevarle a enfermar y abandonar su pequeño cuerpo.

La misma Ley, bajo la contradicción de la cual aquellas posibilidades podrán subsistir, también da a los hombres medios eficaces de defensa.

A través de la higiene mental, reajustando los sentimientos en la práctica del verdadero bien, así como en el cumplimiento del deber, en las vibraciones de armonía originadas en la comunión de la mente con la luz que de lo Alto proporciona rayos de beneficencia para aquellos que la buscan, el hombre encarnado puede inmunizarse de tal contagio, así como lo hace contra males epidémicos, propios del mundo físico, con las substancias profilácticas apropiadas a la organización carnal, es decir, vacunas... Tratándose de un virus psíquico, está claro que el antídoto será análogo, basado en energías opuestas, también psíquicas... Por nuestra parte, ya que en la Ley que orienta la patria Invisible, existen órdenes perennes para evitar en lo posible calamidades de ese tipo, empleamos todos los esfuerzos para cumplirlas bien, constituyendo un deber sagrado, para nosotros, el preservar a los hombres en general, y a los niños en particular, de accidentes de esa naturaleza.

Infelizmente, no siempre somos comprendidos y auxiliados en nuestra intención, porque los hombres se entregan voluntariamente, a través de actitudes impías y completamente desgobernadas, a esas posibilidades, que conforme venimos afirmando, aunque anormales, podrán suceder...

Para aquel que se deja vencer por el asedio de la entidad desencarnada, los males que resultan son la consecuencia del descuido, de la inferioridad de las costumbres y sentimientos, del conjunto de actitudes mentales inferiores, del alejamiento de la idea de Dios, a la que se prefiere paralizar, olvidando de que es el manantial inmarchitable que proporciona elementos imprescindibles para el bienestar, para la victoria, en cualquier sector en que se mueva la criatura. Para el causante “inconsciente” del mal evidenciado, supone una carga más, derivada del acto de su suicidio, y cuya responsabilidad irá a unirse a las demás que le sobrecargan...

—¿Y no existe algún medio seguro de prevenir al hombre del nefasto peligro al que está expuesto, como si pisase en un terreno falso, minado por explosivos?... —interrogué, pensativo, pensando en muchos dramas terrenales cuya causa estaría en la exposición que nos hacían.

—Sí, existen. —replicó vivamente el esclarecido doctor. Existen varios medios por los que se les avisa y realmente puedo asegurar que la alarma es permanente, incansable, sin interrupción, eterna. Y no sólo dirigida a éste o aquel grupo de ciudadanos, sino a la humanidad entera.

Esa alarma que disponen los hombres para desviarse no sólo de ese abominable resultado y de los demás tormentos que pueden alcanzarles durante los ensayos terrenos para el progreso, está en las advertencias de la propia conciencia de cada uno, que es el portavoz de las leyes por las que se debe regir, indicándole la práctica del deber como protección contra cualquier fracaso que pueda sorprenderle, tanto en la sociedad terrestre como en la espiritual. Están en las creencias y tradiciones sagradas de todos los pueblos, a lo largo de generaciones, asimismo se encuentran en las reseñas de la moral educativa legada al género humano, como espíritus pertenecientes en la Tierra, por el gran Maestro Nazareno, que, lejos de ser el fruto del misticismo e imaginación de un pueblo apasionado y fantasioso, como presumen los supuestos espíritus fuertes, es, al contrario, la norma lógica y viva, cuya aplicación en los actos de la vida práctica diaria vendrá a garantizar al hombre —a la humanidad— los estados felices con los que sueña desde hace milenios, por los que se debate a través de luchas incessantes y sin gloria, pero para cuya conquista han desperdiciado un tiempo valioso dejando de abrazar los únicos elementos que le ayudarían en la heroica odisea, es decir, el respeto a las leyes que rigen el universo y presiden su destino y la consecuente auto-reforma indispensable.

Y actualmente, con absoluta eficiencia, están en los códigos luminosos de la llamada Nueva Revelación que preside, en los tiempos actuales, sobre la Tierra, la transformación social que se esboza en el planeta.

Proporcionando relaciones sinceras entre los planos objetivo e invisible, estableciendo y popularizando la comunión de ideas entre nosotros, los espíritus desencarnados, y los hombres aun retenidos el cuerpo, la Nueva Revelación instruirá a cuantos se interesen por los edificantes y grandes asuntos de su especialidad, permitiendo a los hombres de esta forma, recibir de lo Invisible todo lo que necesiten realmente, para fortalecerse para la ciencia de la victoria.

De esta manera, el hombre conocerá todos los aspectos de la vida de lo Invisible que el estado de su progreso moral y mental le permita. Le serán reveladas sus glorias y bellezas, así como los supuestos secretos que envolvían a la muerte y se encontraban en niveles inaccesibles, serán solucionados por hechos clarividentes y explicativos, así como los peligros que le rodean —como los que tratamos— los

abismos y las calamidades de las que podría ser víctima por parte de habitantes de lo Invisible, todavía inferiores.

Todo cuanto los espíritus han podido intentar para despertar la atención de los hombres con la intención de instruirlos, advirtiéndoles en lo que concierne a sus destinos espirituales, ha sido realizado a través de la Nueva Revelación.

Pero los hombres sólo atienden de buena voluntad a los imperativos de las pasiones. Les interesan tan sólo las opiniones personales y los goces del momento. Atienden con preferencia a la satisfacción de sus propios caprichos, aunque deprimentes, como las exigencias del egoísmo generador de caídas fatales, y, por eso mismo, frecuentemente se evaden de todo que los podría elevar hacia Dios, evitándoles desgracias y decepciones –posibilidades pavorosas como las que acabé de mencionar–, pues no será condenándose diariamente, al ímpetu de las ruines pasiones, como se podrá inmunizar contra una especie de males cuyo único antídoto se encuentra en la práctica de las virtudes reales, como en la elevación mental hacia los dominios de la Luz.

Se hacen adrede los sordos a las invocaciones del Protector Divino, que desea resguardarles de las embestidas del mal a la sombra de su Evangelio de amor, así como a la Nueva Revelación, que, en Su nombre, convoca a todos para la sublime transformación, al advertir:

–Oh, hombre, criatura forjada del aliento radiante del Foco Divino: –¡Recuerda que eres inmortal!... ¡Piensa que todo lo que ves, todo lo que palpas y tienes –las conquistas modernas que fomentan el orgullo en tu seno, las vanidades que cortejan tu egoísmo, las locas pasiones que arrasan tu carácter, comprometiendo tu futuro, las ficticias glorias mundanas que lisonjean y adulan tu vanidad, esclavizándote a la materia– todo pasará, desapareciendo un día, destruyéndose ante el fuego implacable de la realidad, inmersas en el olvido de las cosas que no podrán prevalecer en el seno de una creación perfecta.

Pero tú persistirás siempre. Quedarás en pie para contemplar los deplorables escombros de tus propios engaños, aguardando con miedo la aurora de los nuevos sucesos del porvenir. Recuerda que los mundos que ruedan en el infinito azul, esos focos de luz y energía, que tonifican tus ideas cuando, por la noche, disfrutando del merecido reposo después de las luchas diurnas, te abandonas para observarlos brillando a distancias impenetrables, esos planetas lejanos que en diversos parajes siderales del Universo Ilimitado crecen, progresan y relucen a lo largo de milenios, cargando en sus espaldas generosas a otras humanidades, hermanas tuyas, en ascensión constante hacia el Eterno distribuidor de la vida, y arrastrando en su órbita hermosas pléyades de otras tantas joyas del inimitable contenido del Universo, el mismo astro rey que te vio nacer y renacer tantas veces sobre la Tierra, prestándose vida, guiando y entibiando tus pasos, sonriendo ante tus victorias de espíritu en marcha, velando por tu salud y protegiéndote en la noche de los milenios, colabo-

rando contigo en las batallas de los aprendizajes necesarios para tu educación de heredero divino –igualmente pasaran, morirán para ser substituidos por otros ejemplares nuevos y mejores, que a su vez alcanzaran idénticos destinos. Tú, sin embargo, no pasarás. Resistirás a la sucesión de los evos, como Aquel que te creó y te hizo eterno como Él mismo, dotándote con la esencia de la vida que es Él mismo, y de cuyo seno provienes.

Cuídate por eso mismo, ¡oh hombre! estando tú, por derecho de filiación, predestinado a la gloria divina en el seno de la eternidad, no podrás huir a los servicios de la evolución que es imprescindible que realices y de los movimientos de ascensión propios de tu naturaleza, para que alcances la órbita de la que desciendes!..., y, en ese largo trayecto que te será indispensable recorrer, cuantas veces infrinjas los dispositivos que determinan la armoniosa escala de tu elevación, tantas veces sufrirás los efectos de la disonancia que creaste contrariando la Ley a la que estás sujeto como criatura de un Ser perfecto!... ¡Cuida de ti mientras haya tiempo!..., mientras estás en el camino del trayecto normal, que te pide sólo buenas realizaciones... no irá el dolor a visitarte, obligándote a estadios penosos, por tu negligencia en el cumplimiento del deber, forzándote a lavar la conciencia, con reparaciones inapelables, a la vez que aquellas realizaciones...

¡Aprende con tu Padre Altísimo, que tan bien te dotó para la gloria de Su reino, el amor y el respeto al bien, base inconfundible en la que te deberás apoyar para alcanzar la magnífica victoria que estás invitado a alcanzar en honor de ti mismo, felicidad que, por ley, es atributo de tu Espíritu inmortal!... ¡Trata, pues, de modelar tu carácter abrillantando de virtudes esa alma que deberá reflejar, en algún día de la eternidad, la imagen y semejanza de su Creador!...

Para conseguir tan glorioso objetivo te fue concedido por el cielo magnánimo –el Modelo ideal, el Instructor insuperable, capaz de guiarte hasta la cumbre del destino que te es reservado: –Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios.

¡Ámale! ¡Síguele! ¡Imítale! ¡Y alcanzarás el Reino del Padre Altísimo!

Así habla la Nueva Revelación que los invisibles proclaman sobre la Tierra.

Pero ¿quién se dispone a oírla con reverencia aceptando la sublime invitación que el Cielo, abriéndose a través de ella, dirige a los hombres?...

Los hijos del infortunio, de preferencia aquellos, cuyas almas abatidas por las supremas desilusiones del mundo, hacen que sus corazones revivan al influjo de las verdades celestes que sus enseñanzas preciosas dejan entrever. Los bondadosos idealistas, de almas sensibles y humildes, enamoradas del bien y de lo bello, los cerebros pensantes, no contaminados de indigestas teorías hijas de falibles opiniones personales, y cuyos vuelos mentales sobrepasaron las barreras terrestres, con el deseo generoso de afinarse con las armoniosas vibraciones que se irradian de lo Perfecto...

No obstante, los grandes y poderosos, los mandatarios endiosados por las buenas situaciones terrestres, cuya bolsa bien provista y mesa repleta desafían preocupaciones: el capital inmenso que sólo cree en sí mismo y sólo se adora a sí mismo, porque podrá comprar todos los caprichos y saciar todas las pasiones, regocijándose en las ruines alegrías que engañan los sentidos mientras envenenan su alma – esos prefieren no entender nada de eso, dando la espalda a todo lo que podría detener su caída en el precipicio... hasta que, en efecto, allá se despeñan, a pesar de los reiterados avisos esparcidos desde hace milenios por todo el mundo... Y allí se quedan, reduciéndose a este deplorable estado... ¿Queréis comprobarlo?...

Avanzando, caminó hacia una barandilla que daba a un extenso patio, especie de claustro pintoresco donde arbustos graciosos limitaban el paisaje. Algunos bancos artísticos adornaban las pequeñas alamedas, donde tristes e impresionantes figuras, de entidades sufridoras que, como nosotros, habían sido hombres, se sentaban para, en silencio, descansar.

El hermano Juan nos invitó a inclinarnos sobre la barandilla, que se elevaba cerca de un metro encima del nivel del patio, y continuó:

—Estas extrañas figuras que contempláis, pues no conviene que os aproximéis a ellas, llegaron, como vosotros, del Valle de los Suicidas. Pero mientras vosotros recuperasteis la serenidad, consiguiendo condiciones satisfactorias para intentos prometedores, estos pobres hermanos sólo lograron desprenderse de las exasperaciones de las que se castigaban para caer en la apatía, lo que indica que están bien lejos de vuestro nivel moral y del grado de responsabilidad en el suicidio... Están atontados, entorpecidos bajo las impresiones violentas y, por ahora, invencibles.

No pueden razonar como sería de desear en un espíritu desencarnado ni reflexionar con la plenitud de sus sentidos, y sólo comprenden lo que pasa alrededor de ellos como si desde el fondo de un sarcófago viesen la realidad. Los empujones dramáticos que les sorprendieron en las tormentas de sus propias inconsecuencias y la truculencia de los males que desde hace mucho se rodearon, se elevaron a una extensión tal que les adormeció la vivacidad propia del espíritu, del ser consciente originario de un impulso divino.

Aquí, en la desoladora estrechez de este patio, que la misericordia sempiterna del Señor de todas las cosas permitió fuese dotado de comodidades agradables, se encuentran, en una gran penuria moral, muchas entidades que fueron hombres ilustres en la Tierra, a los que admiradores solícitos prepararon necrológicas elocuentes en páginas de periódicos importantes y en memoria de quienes se celebraron exequias pomposas, que poseían todo lo mejor que existe sobre la Tierra, pero que, lamentablemente, se olvidaron de que no todo en el universo ilimitado se resume al placer ni a éxitos temporales, y que no siempre las elevadas posiciones sociales o las riquezas materiales son garantía para aquellos que las asociaron a los errores y no siempre la práctica de abominaciones o las inconsecuencias de la

inmoralidad, así como las odiosas actitudes del egoísmo, quedan impunes, cayendo los que las cometan en el descenso irreparable a las tinieblas.

Aquí se encuentran orgullosos y sensuales que creyeron poder disponer livianamente de sus mismos cuerpos carnales, entregándose a la disolución de las costumbres, saciando sus sentidos con mil gozos funestos, sabiendo, sin embargo, que perjudicaban su salud y se irían a la tumba antes de la fecha prevista en los códigos de la creación, porque de eso mismo les prevenían los médicos a quienes recurrían cuando los excesos de todo orden traían indisposiciones orgánicas en sus cuerpos –en caso no se detuviesen a tiempo, corrigiendo sus disturbios con la práctica de la templanza.

¡Todos estos lo sabían también! Sin embargo, continuaban practicando el crimen contra sí mismos. Sentían los efectos depresivos que el vicio nefasto producía en sus contexturas físicas y morales. Pero proseguían, sin ninguna intención de enmienda. Se mataban, pues, lentamente, conscientemente, convencidos del acto que practicaban, ya que habían tenido tiempo para reflexionar. Se suicidaron fría e indignamente, obcecados por los vicios, conscientes de que se mataban, debilitando la prenda invaluable que del Sempiterno recibieron con aquel cuerpo que les daba la oportunidad de nuevos progresos.

Observareis, queridos amigos, que, entre tantos, muchos querrían olvidar pesados infortunios con el adormecimiento cerebral provocado por las libaciones. Que, inconsolables, apremiados por angustias irremediables, buscarían el supremo consuelo en la embriaguez que les llevaría, posiblemente, a la deseada tregua ante el sufrimiento. Pero ese supuesto atenuante es el argumento propio del inveterado rebelde, porque la invitación al alivio de los pesares, que afligen y persiguen a la humanidad, desde hace dos milenios resuena por todos los rincones del Planeta, y os puedo realmente garantizar que ni un sólo hombre, desde que fue proferido por el Gran exponente del amor, que se dio en sacrificio en lo alto del Calvario, dejó de conocerlo, ya sea cuando le fue dado el instrumento carnal o durante su estancia en lo Invisible a la espera de la reencarnación, y, por eso, ciertamente, también estos pobres que aquí están tuvieron la ocasión de oírlo en algún lugar de la Tierra o de la Patria Espiritual:

—Venid a mí, vosotros que estáis fatigados y cargados, y os haré descansar... ¹⁷

¿Cómo, por tanto, quisieran olvidar pesares e infortunios torturantes en las libaciones viciosas, desmoralizadoras y deprimentes, que no sólo no podrían socorrerles sino incluso agravar su situación, convirtiéndoles en suicidas cien veces responsables?... Pues sabed que infractores de este tipo cargan un mayor grado de

¹⁷ Mateo, 11:28.

responsabilidad que el desgraciado que, traicionado por la violencia de una pasión, en un momento de supremo desaliento se deja arrebatar hacia el abismo.

Atended, a esta nueva clase: son los cocainómanos, los amantes de las drogas en general, viciosos que se rebajaron al último estado de decadencia al que un espíritu, criatura de Dios, podría llegar. Se encuentran en un lamentable estado de depresión vibratoria, verdaderos débiles mentales, idiotas del plano espiritual, humillados moral, mental y espiritualmente, pues sus monstruosos vicios no sólo deprimieron y mataron el cuerpo material, sino que comunicaron al periespíritu las nefastas consecuencias de la abominable intemperancia, contaminándole de impurezas, de influencias pestíferas que mancharon atrozmente –a esa constitución impresionable y delicada, entrelazada de delicado brillo, que debería el hombre enriquecer con la adquisición de virtudes meritorias y ennoblecero a través de pensamientos puros, irradiados en impulsos ennoblecedores que limitan con las aspiraciones divinas– pero jamás, jamás rebajar con la práctica de tan tristes conductas...

Efectivamente, veíamos, siguiendo con la mirada interesada las indicaciones que el instructor nos hacía, personas desfiguradas por el mal que conservaban en sí, las consecuencias calamitosas de la falta de templanza –atontadas, llorosas, doloridas, abatidas, cuyas facciones alteradas, feas, deprimidas, recordaban todavía los trágicos panoramas del Valle Siniestro. Excesivamente manchadas, dejaban a la vista, en su periespíritu, los estigmas del vicio al que se habían entregado, algunos ofreciendo realmente la idea de estar leprosos, mientras que otros exhalaban olores fétidos, repugnantes, como si la mezcla de tabaco, de alcohol y drogas, de los que tanto abusaron, fermentasen exhalaciones pútridas cuyas repercusiones contamina-
sen sus mismas vibraciones que, pesadas, viciadas, traducían el virus que había envenenado el cuerpo material.

Los “destrozados” integraban el grupo internado en el Psiquiátrico. Conservaban todavía cicatrices sanguinolentas. De vez en cuando, les sacudían horribles espasmos como si se mortificasen con el recuerdo del pasado. Los movimientos que hacían eran pesados, con dificultad, mostrando la carencia de fuerzas vibratorias para accionar la mente y usar las facultades naturales tanto del hombre como del espíritu. Parecían reumáticos, enfermos envueltos en ataduras que les envolvían dificultando la agilidad de las articulaciones...

Entristecidos ante tan duros sufrimientos, y espantosa decadencia moral, pre-guntamos, llenos de angustia:

–¿Y qué va a ser de estas pobres criaturas?... ¿Qué futuro les aguarda?...

Rápidamente y con el mismo tono de voz, el jefe del establecimiento respondió nuestra pregunta, traduciendo la tristeza que enternecía su noble alma de discípulo del Evangelio, ante tan lamentables manifestaciones de inferioridad:

—¡Que dramático futuro les aguarda, en la confusión expiatoria de la reencarnación próxima e inevitable! —Los ejemplos que os presento ahora son irremediables en la vida espiritual. Nada, aquí, podrá sanar las feroces angustias que les oprimen, ni cambiar la situación embarazosa que para sí mismos crearon con su incontinencia, y la imprevisión que creyeron bueno saciarse, en el libre curso de los vicios a los que se hicieron adictos.

Ellos mismos y sólo ellos, serán los agentes de la misericordia para consigo mismos, ya que voluntariamente se responsabilizaron por los desvíos de los que no quisieron evadirse. Pero esto les costará disgustos, opresiones y dolores infinitamente amargos, ante los que una persona se quedaría aterrada. Para que se convenzan de la propia situación, sometiéndose más o menos resignadamente a las consecuencias futuras de las pasadas imprecisiones, es necesario de nuestra parte, mientras están aquí, un trabajo duro de catequesis, aplicaciones incansables de terapia moral y fluídica especial y una cariñosa asistencia de hermanos investidos de una sagrada responsabilidad.

Sucede frecuentemente, sin embargo, que muchos de estos infelices traen la rebelión en el corazón, la rabia impenitente por la desgracia de considerarse víctimas y no responsables. No se resignan a la evidencia del presente e inconformes, parten a tomar un nuevo cuerpo, agravando su misma situación con la mala voluntad en la que se ratifican, por falta de sumisión y paciencia, acobardados ante la expectativa de las luchas tormentosas de la expiación irremediable.

Tal como se encuentran aquí, no representan más que una pequeña banda de futuros leprosos que renacerán entre las amarguras de las sombrías vertientes del globo terrestre, en los planos miserables de la sociedad planetaria, de cancerosos y paralíticos, débiles mentales e idiotas, nerviosos, convulsivos, enfermos incurables llenos de complejos desorientadores para la medicina terrena, desafiando los intentos generosas de la noble ciencia, pesando mientras desagradablemente en la sociedad humana, pues son fruto de ella, de sus errores, le pertenecen, siendo justo que ella misma les hospede y mantenga mientras sea necesario, hasta cuando se atenúe la calamitosa situación.

Reencarnarán en breve. Permanecerán con nosotros sólo el tiempo necesario para rehacerse de las crisis más violentas, bajo el cuidado de nuestros dedicados cooperadores responsables de su vigilancia. Partirán hacia un nuevo renacimiento así como están, pues no hay otro remedio capaz de disminuir la profundidad de los males que cargan. Llevarán al futuro cuerpo, que moldearán con la configuración manchada con la que actualmente se encuentran, todos los perjuicios derivados de la disolución de las costumbres de las que se hicieron esclavos... y allí, como quedó aclarado, serán grandes desgraciados arrastrándose penosamente en miserias y lágrimas...

Tan ardientes manifestaciones de sufrimiento, sin embargo, redundarán en buenas adquisiciones de provechos futuros. Bajo el fuego redentor del infortunio, las capas impuras que impiden el brillo de ese cuerpo astral se reducirán, dando lugar a que las vibraciones se activen, reanimándose para acciones precisas en el campo de las reparaciones. Sus corazones, impulsados por el dolor educador, ascenderán en aspiraciones de súplicas vibrantes en busca de la causa suprema de la vida, en un incremento constante de vehemencia y de fe, hasta alcanzar las capas luminosas de la espiritualidad, donde se reflejarán, afinándose al amparo de vibraciones generosas y superiores, que, lentamente, educaran las suyas... Poco a poco, el virus se irá deshaciendo hasta que, con la desaparición del cuerpo físico, se encuentren aliviados y en condiciones de aprender algo aquí con nosotros, incentivando su misma reeducación, después de recibir el alta de nuestro establecimiento...

—Si entendí bien, la reencarnación que aguarda a esos hermanos ¿les es impuesta, simplemente, como un tratamiento médico hospitalario de esta sección de nuestro Departamento?... ¿se trata de un antídoto, de un medicamento, verdad?... — pregunté, sacudido por una aguda decepción.

—¡Sí! —dijo tristemente el instructor— ¡sólo un medicamento! Un tipo de tratamiento que la urgencia y la gravedad del mal imponen al enfermo. Una operación dolorosa que nos pesa hacer, pero a la que no vacilamos en conducir a los pacientes, convencidos de que sólo después de realizada es cuando entrarán en convalecencia...

No se trata de un castigo, pues nadie le condenó ni dictó sentencia, bien al contrario, todos los que aquí servimos a la Ley, nos esforzamos, en lo posible, por suavizar esa situación. Es el efecto de la misma causa que el paciente creó con los excesos en los que se deleitó... Como tuvisteis ocasión de saber, no obstante, la solicitud maternal de María, sometida a la ley de la Fraternidad preconizada por el Amigo incansable que nos conduce a la redención, les da una asistencia desvelada y constante. Reencarnados, inmersos en las ondas terrestres de la expiación, continuarán bajo nuestra dependencia, hospitalizados y registrados en nuestro Departamento, visitados y asistidos por nuestros médicos y vigilantes como si todavía estuviesen aquí... y aquí mismo volverán, al finalizar el destierro para el que les preparamos.

Seguimos visitando los gabinetes médicos en el interior del edificio. Al pasar por ellos, el hermano Juan nos hizo entrar en las enfermerías donde se encontraban aquellos que continuaban presos de una postración impresionante desde su ingreso desde el Valle Siniestro, ya que, deprimidos por excesos de toda naturaleza, especialmente en los de carácter sexual, sus facultades anímicas se habían deprimido, reduciéndoles a aquella insólita situación, prueba indudable de los instintos a los que se aficionaron.

Acostados en lechos que la bondad excelsa de Jesús les dio el derecho de usar, a través de los dispositivos amorosos de las leyes de caridad que inspiraban todos los servicios de la Colonia, estaban aislados de los demás, en amplios recintos, completos. Pertenecían a todas las clases sociales y nacionalidades admitidos en la circunscripción de la Colonia. Pesadillas atroces les tenían en constantes sobresaltos, sin que, a pesar de eso, lograsen despertar. Incapaces de moverse y de hablar, exponiendo los tormentos que remolineaban en su cerebro, apenas proferían gemidos débiles, acompañados de repugnantes contorsiones, como si estuviesen atacados de un virus desconocido.

Emocionados, pasamos entre las filas de los lechos, observándoles a las indicaciones del mentor, que nos iba explicando:

—Si tuvierais bastante desarrollada la visión espiritual, veríais las terribles emanaciones que se elevan de sus mentes, contemplando en figuras y escenas deprimentes y vergonzosas, el resultado de la disolución de sus costumbres, de los actos practicados contra la decencia y la moral, pues sabed que tanto los actos practicados por los hombres como los pensamientos emanados de su mente se imprimen en caracteres indelebles en su estructura periespiritual, mostrándose después a nuestros ojos, cuando, sin respetar la ley, pasaron a este lado de la vida. En estos lechos hay suicidas de todos tipos: —desde los que empuñaron el arma o el tóxico fatal hasta aquellos que se consumieron víctimas de sus mismos vicios. Les une la más abyecta afinidad, la de la inferioridad del carácter y de los sentimientos...

En efecto. Si no podíamos ver las escenas mentales indicadas, como en otro tiempo en el Valle Siniestro, cuando destacamos las relacionadas con el acto violento del suicidio, sin embargo percibíamos vapores oscuros, como nubes espesas, elevándose de sus cerebros, esparciéndose en ondas voluminosas por el ambiente, que se oscurecía envolviendo los aposentos en una penumbra crepuscular acentuada, como si las sombras nocturnas allí fuesen eternas... podríamos afirmar que, para aquellas pobres víctimas de sí mismos, no saldría todavía la aurora reconfortante que para nosotros ya se vislumbraba en el horizonte del futuro.

No podía ser de otra forma ya que allí se encontraban criminales morales, verdugos que habían pervertido y hecho infelices a su prójimo, impulsados por la torpeza de los instintos, monstruos humanos que tantas veces se saciaron en la calamidad que hacían caer sobre el corazón y el destino ajenos...

¿Cómo no habría oscuridad y penumbra, si las tinieblas que les rodeaban provenían de ellos mismos, pues siempre se recrearon en sus vicios, provocándoles y saciándose en ellos durante la vida social e íntima que vivieran, acentuándoles con el remate cruel del suicidio?... Allí les veíamos, tales como eran ayer en la Tierra, hombres galantes, seductores, insinuantes, hipócritas, mentirosos, sin moral, muchas veces situados en los mejores puestos sociales, licenciosos, borrachos,

incrédulos del bien, incrédulos de Dios, siervos del mal, esclavos de la animalidad, arrastrándose en el lodo de los instintos, rivalizando con los gusanos, olvidados de que eran criaturas de Dios y que a Él rendirían cuentas un día, del abuso que hacían de la libertad en que la Creación mantiene al ser humano? Ahora estaban aniquilados, estigmatizados por el pasado vergonzoso, cuya imagen les seguía como un fantasma acusador, demostrando la situación de indigencia, única que deberían soportar como resultado de sus conductas.

Viendo nuestro interés, el expositor prosiguió, fiel a la solicitud de Teócrito, para instruirnos:

—La reencarnación es el único correctivo bastante enérgico para que levanten sus deprimidas fuerzas. Aquí, sólo asimilaran muy débilmente los fluidos tónicos perennemente esparcidos en el recinto de las enfermerías, pues las capas de impurezas que rodean sus facultades son muy espesas para que puedan beneficiarse, como les pasa a otros internos en nuestro Instituto. Igual que sus semejantes de este establecimiento, frecuentemente son conducidos a la Tierra para lograr beneficios al contacto con médiums moralmente aptos para favorecerles con irradiaciones fluídicas capaces de actuar benéficamente, auxiliándoles en el despertar...

—¿Y cuándo van a reencarnar?... ¿Cómo se presentaran en la sociedad en la que vivieron en otro tiempo?... —preguntó el antiguo estudiante de Coímbra, con sus ojos encendidos por el interés.

—En el momento en que se atenúe el estado de postración, les encaminaremos a nuevos renacimientos, sin que en realidad se den cuenta de eso, lo que equivale a decir que serán incapaces de solicitar algo para la nueva existencia (para eso les faltarían méritos), de colaborar en las providencias para la importante lucha en la que no desempeñaran el principal papel —observó, bondadoso, el siervo de María. Sólo nosotros, los responsables del Psiquiátrico, así como los técnicos del Departamento de Reencarnación, gestionaremos los acontecimientos en torno a ellos, de acuerdo con la justicia de las leyes establecidas por el Creador y bajo las órdenes de la amorosa caridad del Maestro Salvador, que a todos los desgraciados trata de socorrer con el consuelo de su ternura, y al que todos los obreros deben sumisión, respeto y veneración. El grupo de mis pobres pacientes emigrará entonces, en retorno expiatorio, para la Tierra. No puedo dar más detalles. Pero los conocimientos adquiridos por mí en asuntos espirituales me dan el derecho de examinar aquí a retrasados mentales, locos, epilépticos, posiblemente sordomudos de nacimiento y hasta ciegos —todos deplorablemente atormentados por la infamia de que se rodearon, en un grado equivalente a los delitos practicados.

—No es excesivamente severo el castigo citado, Sr. Director..., partiendo del principio de que toda la humanidad yerra, cometiendo crímenes diariamente?... —pregunté disconforme, mientras ante mi visión interior se desarrollaban panoramas

análogos a las sugerencias presentadas por el instructor y por mis recuerdos de la Tierra.

—¡No lo creas, amigo mío!— respondió gravemente. —Reflexiona en lo que expuse sobre la Ley de Causa y Efecto, establecidas por el Legislador Supremo intentando advertir al hombre y a los espíritus, de los errores que practican en oposición a la armonía de las demás leyes. Ved el castigo impuesto por la persona que violó aquellas leyes, colocándose en la situación de sufrir su reacción, pues las facultades concedidas por el Sempiterno a las criaturas, jamás serán contaminadas por impurezas por el mal uso que haga de ellas su poseedor, sin que le alcancen consecuencias inevitables.

Siendo el bien la base suprema de la vida, ¿en qué amarga situación se pondrá el ser que las manchó, dándose al mal, desviándose todos los días del trayecto natural que asciende hacia la perfección, arrastrado por actos opuestos a los que el Señor estableció como normales en la sublime jornada?... ¿Olvidáis las lágrimas que estos infelices hicieron derramar a sus hermanos, a los que infligieron tormentos provenientes de su egoísmo y de las demás vilezas que salían de su corazón infame?... ¿De las difamaciones con que hirieron a sus víctimas, complaciéndose en lanzarles al descrédito de las personas de buena reputación?... ¿De las delaciones, las críticas ácidas y las ignominias con que muchas veces ensuciaron el nombre respetable del prójimo, valiéndose de las facultades del raciocinio y de la inteligencia solo para perjudicar a otros, preparando también, para sí mismos, los abismos en que se habían de despeñar?... ¿Pensasteis en la ingratitud, en las traiciones cometidas a los sencillos e ingenuos corazones femeninos, que enredaron en sus garras abominables, impulsados por sórdidos instintos?..., ¿en la inocencia infantil y juvenil, que muchos de estos que aquí veis, pervirtieron monstruosamente?... ¿en las escenas degradantes creadas por ellos y practicadas comúnmente, durante la existencia terrena, llevando a la corrupción y a la perversión a los habitantes de los planos objetivo e invisible que las presenciasen, y contaminando las cadenas fluídico-magnéticas que suben de la Tierra hacia lo invisible, sobrecargándonos a nosotros de preocupaciones por obligarnos a exhaustivos servicios de saneamiento e higienización, para que nuestras propias Colonias no fuesen corrompidas?...

¡Ah, hijos míos! ¿Cómo os admiráis, ahora, de que renazcan estos pobres tullidos con incapacidades invencibles si de la existencia que les fue concedida, para tratar de progresar, hicieron un arma contra las reglas sagradas del propio Creador de todas las cosas, a quien ofendieron mucho, ofendiéndose a sí mismos y al prójimo?... Además, no estarán eternamente caídos en los abismos llenos de las iniquidades que cometieron... El dolor educador corregirá sus anomalías, reconciliándolos con la Ley ¡Dios es la misericordia infinita, amigos míos! Y desea que sus criaturas armonicen con la belleza eterna de sus leyes. Y si sabemos que esas leyes son incorruptibles, debemos observarlas y respetarlas para no sufrir la hiel

irremediable de las consecuencias que creamos por nuestra propia voluntad al desviarnos de la ruta natural y luminosa...

Bajé la frente, como siempre, ante la lógica abrumadora de aquel discípulo del Maestro Nazareno...

* * *

Por las galerías y antecámaras próximas a los gabinetes médicos, donde se realizaba caritativamente la distribución de efluvios, vimos que iban y venían los enfermeros, protegiendo a enfermos débiles y atemorizados venidos del patio que acabáramos de visitar y de otras dependencias, para ser tratados. Vimos que a los "destrozados" les daban una especial atención, ya que sólo se podían mover muy penosamente. A juzgar por la exposición del hermano Juan, al respecto de lo que les esperaba, eran futuros paralíticos y enfermos de nacimiento, revelando anormalidades impresionantes desde la más tierna edad.

Sus actitudes estaban impedidas por dificultades externas de vibraciones, a causa del choque terrible, sus gestos pesados y torpes, como embarazados por las sombras de los golpes y contragolpes que se fotografiaron trágicamente en el espejo sensible de su periespíritu. Lloraban sin interrupción, como si el llanto hubiese degenerado en un hábito atroz creado por la intensidad del martirio, inquietos siempre bajo la angustia de un perenne malestar, aunque sumisos, incapaces de blasfemar, como generalmente sucede a los suicidas muy desgraciados.

Dejando atrás los gabinetes médicos, donde no entramos, llegamos a un amplio salón, una especie de auditorio sencillo y sugestivo, donde se impartían enseñanzas moralizadoras por un joven que, en una existencia remota, llevó dignamente el hábito de religioso franciscano, pero cuya alma se iluminó bajo las virtudes aprendidas en las enseñanzas redentoras del testamento del Divino Misionero.

Usando aquella inconfundible dulzura, atributo de los caracteres moldeados en la verdadera escuela de la iniciación cristiana, ese legionario exponía sencillamente, como quien da consejos o enseña a observar, la idea de Dios y de su paternidad sobre toda la Creación, así como también la misión mesiánica y sus dilatadas consecuencias benéficas para el género humano.

Se repetía y explicaba todos los días la invitación a la oración, al examen individual interior, antes del ingreso a los gabinetes para la higienización fluídica realizada por los dedicados psicólogos. Esos eran los principales recursos que se utilizaban para el tratamiento de los enfermos, ya que eran intentos para la reeducación mental, ejercicios que llevarían al paciente a establecer más tarde cadenas armoniosas con los benéficos poderes de lo Alto, y esa enseñanza trascendente era enun-

ciada sencillamente, con métodos al alcance de aquellas mentes perturbadas, y bajo inspiraciones de una dulce y fraternal caridad cuya fragancia penetró hasta el fondo nuestras almas conmovidas ante la visión de tan nobles corazones dedicados al auxilio amoroso del prójimo.

El joven trabajador, sincero y humilde en su incommensurable esfuerzo por la caridad, no veía, en aquellos condenados feos y repulsivos a quienes servía, individuos manchados por los errores vergonzosos, ni el periespíritu del que fuera un hombre absoluto que dilapidó la facultad noble de los sentidos en el dominio de los gozos impuros. Lo que él veía y piadosamente amaba, deseando servir y engrandecer, era a hermanos menores que él, a los que el deber ordenaba que fuesen ayudados por los más expertos a subir las laderas del progreso, eran almas destinadas a la glorificación de la Luz, que necesitaban orientarse en el largo camino en el que realizarían el espinoso trayecto de la ascensión hacia el foco sublime, generador de la vida.

—*Nos podrían dar detalles respecto a la reencarnación de esos compañeros?..* — preguntó nuevamente el doctor de Coímbra, a quien interesaban vivamente las referencias al delicado asunto de un renacimiento en la Tierra, ya que, en su conciencia, intuía el deber urgentísimo, pendiente en su caso, de una nueva reencarnación, para rescatar, a través de la expiación, el crimen cometido con aquella a quien había amado.

—*Si, mi joven amigo —dijo el amable guía—, no es sólo posible, sino indispensable poneros al tanto de los trabajos generales en torno a ese importante asunto que os interesa a todos. Pero no es cometido nuestro el dar aclaraciones más amplias, ya que existe en el Instituto un Departamento autorizado para los servicios generales del retorno a las existencias corporales. Lo visitaréis. En ese Departamento veréis que destacan, por su importancia, los laboratorios donde se concretan planes para la delicada lucha, donde se preparan los diseños y planos para los futuros cuerpos a ser habitados por aquellos cuya tutela nos es temporalmente confiada. Si una persona debe renacer en un cuerpo físico deformé, o adquirir alguna enfermedad como la ceguera, por ejemplo, en la secuencia de la existencia, o accidentarse en su curso, quedándose mutilado, el plano que le sea destinado será trazado con las necesarias indicaciones, pues ya sobre su periespíritu existirá la señal de la futura deformidad física, porque su estado mental y vibratorio, coaccionado por los remordimientos, imprimió en la poderosa sensibilidad de aquella sutil organización la voluntad de quedarse mutilado, ciego, mudo, etc., etc., para expiar el mal pasado, como viene realmente sucediendo con vosotros, querido hermano Sobral, que estás fuertemente impresionado con el caso de tus propias manos... La preparación de esos diseños está siempre a cargo de técnicos conscientes de su gran responsabilidad, lo que indica que son espíritus merecedores de la plena confianza de los Directores de esta Colonia.*

Una vez concluidos se llevan a la Dirección de los gabinetes de análisis, que harán su trabajo en función de la expiatoria del interesado, contemplando tanto los méritos que tenga como las desventajas de la falta de merecimientos, todo de acuerdo con las conclusiones anteriormente hechas por la sección de "Programación de las Recapitulaciones". Todo cuanto sea posible para suavizar las penurias de las pruebas, se concede por ley a la persona que vuelve a renacer en la Tierra. Por otro lado, se estimarán y equilibrarán su fuerza moral y su capacidad de resistencia.

Conviene destacar, queridos amigos, que la reencarnación es una concesión sublime hecha por el Padre Supremo a sus criaturas para que progresen y se engrandezcan, preparándose para la herencia que les está reservada en la gloria de Su reino. Es la Ley. Y no hay nadie que alcance su destino inmortal sin recorrer los escalones de los renacimientos, en la Tierra o en otros mundos planetarios. Sin embargo, si el alma rebelde ha desperdiciado un largo tiempo, abusando de esa concesión, con manifiesta falta de respeto a la Ley Magnánima que le permite tantas veces la misma ocasión, vemos que se trata de una concesión todavía más apreciable porque, generalmente, en esos casos, existe la intercesión del propio Maestro Redentor, que suplicará al Creador Supremo nuevos ciclos para que el rebelde pueda...

—De lo expuesto ¿podemos deducir que, siendo el cuerpo físico un depósito sagrado, como verdadera dádiva celeste que es, las criaturas encarnadas procederían más inteligentemente si estuviesen a la altura de la concesión recibida, portándose con respeto, consideración y prudencia durante su estancia en la Tierra?... ¿y eso evitaría la repetición de existencias expiatorias, dolorosas e inevitables, que son resultado de la falta de respeto a las leyes venerables a que es sometida la Vida Universal?... —dijo yo.

—Así es, amigo mío, se evitarían así muchos dolores! —respondió el director del Psiquiátrico. Y si el cuerpo físico es un depósito sagrado que el hombre debe respetar y proteger, el periespíritu, que es lo que tenéis ahora, no lo es menos, mientras que nuestra alma, inteligencia, conciencia, razón, sentimiento, el ser, en fin, es la misma esencia del Creador, partícula Suya, centella extraída de Su supremo ser.

Como podréis ver, queridos amigos, todos somos templos venerables, puesto que tenemos la gloria de traer a Dios en nosotros, y que, ya en la Tierra, como seres humanos, o en lo Invisible, como espíritus libres, debemos respeto y veneración a nosotros mismos y a nuestros semejantes, sabiendo que todas las criaturas son perfectamente iguales ante su Creador, joyas muy amadas del joyero eterno de Aquel que es la suprema razón de la vida. No olvidemos la ley básica divina:

—Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

A eso siguió una pausa prolongada mientras el leal servidor atendía a las exigencias de su cargo y durante la cual nos quedamos, pensativos y silenciosos, observando lo más posible a las figuras angustiadas de los pobres internos que podíamos contemplar. A su vuelta, Mario Sobral, impaciente e interesado, rompió el silencio, diciendo:

—Quisiera, si es posible, seguir oyendo sus explicaciones técnicas, venerable hermano...

El viejo siervo de Jesús sonrió y, correspondiendo a la humilde solicitud con un amigable gesto, continuó, atrayendo nuevamente nuestra atención:

—Aun así, como os decía, ha habido casos en que nuestra Guardiana no permite la reencarnación tal como fue proyectada por nosotros, concediéndonos entonces el gracioso favor de su inspiración para una programación más acertada, de acuerdo con el estado de la persona. No obstante, la planificación de una encarnación es rigurosamente estudiada, combinada, realizada y revisada, de acuerdo siempre con la más equitativa justicia... cumpliendo siempre la sentencia inmortal sancionada por el Maestro Divino, que viene a esclarecer también todos los grandes e irremediables problemas que afligen y decepcionan a la Humanidad:

—A cada uno le será dado según sus obras.

Normalmente es la persona que va a encarnar la que escoge las pruebas por las que pasará, y los espinos que encontrará en su nueva existencia terrestre para ayudarlo a remediar las consecuencias del pasado culpable. Suplicará a las Potestades Guías nuevas ocasiones propicias que le permitan demostrar su arrepentimiento, y el deseo de iniciar el camino regenerador, que favorezcan la ocasión de corregirse de los impulsos inferiores que anteriormente le arrastraron..., y esa demostración podrá ser realizada tanto en un cuerpo cualquiera, dominado por grandes sufrimientos morales, como en uno mutilado o tullido por enfermedades irremediables, si así lo imponen los agravantes de sus errores, o la falta de méritos acumulados...

El mismo paciente organizará el trazado de los planos para su futuro estado corporal y la programación de los acontecimientos principales e inevitables que deberá vivir, efectos lógicos e inseparables de las causas creadas con las infracciones cometidas, pero asistido siempre por sus mentores.

En lo que concierne a los internados en esta dependencia hospitalaria, no es el caso. Mis pobres enfermos no se encuentran en condiciones de intentar algo voluntariamente. Su vuelta al renacimiento carnal supondrá el cumplimiento de un dispositivo de la Gran Ley, que permite una nueva ocasión al infractor siempre que haya fracasado en la ocasión anterior... Será el movimiento de impulso hacia el progreso, el medicamento decisivo que ha de colocarles en situación de convalecientes, señalando la alborada de etapas redentoras en sus destinos...

Aturdido ante esta profunda y delicada tesis, que, podría caber en muchos volúmenes, pregunté a continuación, mientras salíamos hacia el exterior, pensando en el regreso:

—Disculpe mi insistencia, hermano Director... El tema que acaba de exponer, por su carácter inédito, y la intensidad y profundidad de los razonamientos que provoca nos sorprende al pensar en ello, conmoviéndonos sinceramente... ¿Sería posible examinar ya algunas de esas planificaciones, incluso antes de la preparación de las que nos correspondan?... ¿Cómo son?... ¿O esa noble labor debe estar oculta a los ojos profanos?...

Me sentía realmente conmovido y acobardado, recordando que también yo era un reo, que me había suicidado huyendo de la ceguera de los ojos, que todo indicaba que el pobre Mario tendría en su futuro mapa corporal las manos mutiladas, y que algo me decía que yo debería volver a ser ciego, de cualquier forma, pero ciego...

El hermano Juan percibió la angustia ensombrecía mi mente y el corazón, puesto que asumió una expresión de inconfundible bondad al responder:

—Es cierto que un servicio de tanta responsabilidad no se realiza públicamente, para divertir a curiosos, que también los hay aquí. No obstante, con la autorización competente, podremos efectuar una visita. Estoy convencido que lo haremos, ante la necesidad de instruiros... Intentad no desanimaros ante las perspectivas futuras, amigo mío. Confiad en la ternura de nuestro amado Maestro y Señor, que es el guía infalible de nuestros destinos... Y recordad también que Aquel que estableció la sabiduría de las leyes que rigen el Universo también os sabrá fortalecer para la victoria sobre vosotros mismos...

* * *

Todo era suavidad en torno del Pabellón hindú, donde acabábamos de llegar. Oímos la dulce invitación para la meditación de la noche. Era el momento solemne en que la Colonia se consagraba a la comunión mental con su augusta tutelar María de Nazaret...

Me acuerdo todavía que, en esa tarde, nuestras oraciones fueron más tiernas, más humildes, más puras...

CAPITULO IV

OTRA VEZ JERÓNIMO Y FAMILIA

“¡Ay del mundo por los tropiezos, porque es necesario que vengan tropiezos!, ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!

(15) MATEO, 18:7.

Carlos de Canalejas vino a buscarnos al Pabellón Hindú bien temprano, y, después de algunos efusivos saludos, nos dijo:

—Soy de la opinión de que la programación de hoy comience por el Aislamiento. Allí está vuestro amigo Jerónimo de Araújo Silveira y aprovechareis la oportunidad para hacerle la visita que hace tanto venís proyectando. El se va a sentir reconfortado con vuestra presencia, a la vez que habréis cumplido un delicado deber de solidaridad y fraternidad.

El Aislamiento no estaba lejos del edificio central, en cuyas inmediaciones estábamos alojados.

El importante Departamento se hallaba en un lugar elevado, donde se perdía la vista, envuelto en neblina. A lo largo del camino destacaban las azucenas y rosas blancas, que parecían ser las flores más adecuadas para el melancólico retiro. El Departamento Hospitalario, así como el de la Vigilancia, parecían grandes barrios de una gran metrópoli, de una magnitud difícil de imaginar. Charlábamos familiarmente, sin darnos cuenta de que ya no éramos hombres y sí espíritus despojados de las vestiduras carnales.

La dirección del Aislamiento, así como el tratamiento fraternal dispensado a los pacientes, eran idénticos a los de las demás secciones que habíamos visitado, todos inspirados en la más convincente justicia, en la caridad amorosa y fraternal.

Más allá de aquellos muros inmensos, que disponían incluso de un puente levadizo, estaban recogidos pobres colegas nuestros a quien los dolores impuestos por el desánimo o la rebelión superaban al arrepentimiento por el mal acto practicado, que se limitaba al insopportable pesar de llegar a la conclusión que el suicidio sólo sirvió para dilatar y prolongar los sufrimientos juzgados antes insopportables, además de, entre otras, la decepción de verse con vida, pero separados de los objetos de sus mayores predilecciones. Se puede realmente afirmar que el Aislamiento estaba especializado en los casos sentimentales, pues es sabido que el sentimen-

talismo llevado al exceso constituye una enfermedad moral que produce los más deplorables resultados.

Encontramos allí los más variados casos de suicidios sentimentales, en los que el condenado es agitado por un verdadero sentimiento extraído del corazón, sin duda, aunque desequilibrado: desde el amante anhelante de pasión y celos por la felicidad concedida al rival feliz hasta el cabeza de familia desorientado por situaciones difíciles o el padre subyugado por el desaliento ante la muerte del ser que era la razón de su felicidad. Una consternación general dominaba el ambiente de esa sección del Hospital María de Nazaret. Sus huéspedes, insatisfechos, presentaban la característica de las criaturas sin resignación e impacientes por todo, además de entregadas al dolor sin intentar ningún esfuerzo para vencerlo, reteniéndolo con la exageración de un sentimentalismo enfermizo y exagerado, mientras engendraban nuevos motivos para sufrir, a través de autosugestiones pesadas que les envenenaban por completo.

La dirección interna del Aislamiento, así como la de la Torre, estaba confiada a un sacerdote católico, en lugar de uno de aquellos iniciados que ya estábamos acostumbrados a ver al frente de las organizaciones de la Colonia. Todo el cuerpo de auxiliares internos, estaba constituido por religiosos católicos, excepción hecha del cuerpo clínico, que se componía de psiquiatras iniciados. No obstante, el cargo más importante, el de Director, consejero y educador, era ocupado por un sacerdote, que estaba también iniciado en las elevadas doctrinas secretas. Era un espíritu de élite, poseedor de méritos distinguidos ante la Ley, y destacado en la Legión de los Siervos de María, además de estar graduado en el seno del grupo de científicos que gobernaba el Instituto Correccional María de Nazaret.

La disciplina era semejante a la de un convento.

Era urgente alejar de aquellos eternos insatisfechos y caprichosos las atracciones por las pasiones mundanas y personales, los impulsos impuros y caprichosos que les habían perdido. La institución debía instruirles hacia la resignación en la desventura, las resoluciones decisivas y las renuncias inalienables, reconciliándoles con la verdadera fe cristiana, que hasta entonces habían despreciado conocer a la luz del debido criterio.

Todos ellos habían sido educados en la Tierra bajo los auspicios de enseñanzas católico-romanas. En sus corazones y en sus mentes y en las concepciones religiosas que dirigían sus pensamientos, no existía lugar para otros conceptos que no viniesen de la Iglesia que acataban desde la infancia. Sentimentales fanáticos y obstinados, ablandados mentalmente por el descuido en el ejercicio del razonamiento sobre elevados asuntos, ensanchaban la morbidez de los preconceptos que eran propios a las conclusiones religiosas dadas por los catecismos, apasionándose intransigentemente por todo cuanto las tradiciones católicas habían infundido en el entendimiento poco maduro de la humanidad. Muchos no tenían ni siquiera una

creencia definitiva. Incrédulos, y hasta impíos, jamás se habían preocupado con el aspecto religioso o divino de las cosas. Pero, acostumbrados a la Iglesia por comodidad y tradición, sólo concedían a ella los derechos de guiar conciencias, considerando que sólo ella disponía de suficiente sabiduría para las interpretaciones pertinentes.

Era caritativo pues, que la reeducación de tales mentalidades se hiciese a la sombra de un ambiente idéntico a aquel que les inspiraba confianza y respeto.

Por lo tanto, un sacerdote católico les hablaría del Evangelio de la Verdad, para que aprendiesen que por encima de su fanatismo dogmático sobrevolaba el eterno lucero de las realidades que necesitaban aceptar para saber venerar debidamente al Creador. También les instruiría sobre la vida del mundo astral, enseñándoles observaciones y experiencias y retirando de su cerebro las tontas suposiciones a las que se amoldaron perezosamente, rasgado los velos del conocimiento verdadero a su entendimiento, para que concluyesen por sí mismos que, tanto en el seno de la religión como en el de la ciencia, puede resplandecer el ardor de aquella fe que dirige al corazón hacia lo alto, purificándole al calor siempre vivo del amor de Dios.

Después de la visita, cuyos detalles omitiremos por ser similares a las demás efectuadas, manifestamos el deseo de visitar a un amigo retenido allí y el Padre Miguel de Santarém, Superior de la comunidad, exclamó bondadosamente, entre risueño y satisfecho:

—¡Hicisteis bien en venir, hijos míos!... Os agradezco el afectuoso interés por un compañero tan carente de aliento como ese en cuestión. Visitar a un enfermo y reanimar con vuestra presencia consoladora al pobre entristecido por la angustia de remordimientos implacables, es una obra meritoria auspiciada por el Modelo Divino, amigo de los pobres y de los pequeños... Jerónimo quedará satisfecho... Le mandaré llamar inmediatamente...

Mientras hablaba, reconocimos en él al religioso que reconfortó al antiguo mercader de vinos, en la memorable tarde de la visita a su familia hacía cerca de tres años. El hermano Teócrito le reclamó para asistir al rebelde, a petición del mismo, y, desde entonces, Jerónimo se encontraba a cargo del competente consejero.

Mientras aguardábamos la presencia del compañero de desdichas, el director del Aislamiento nos dijo:

—Vuestro amigo entra en una fase de transición, precursora del restablecimiento. En las circunstancias que le rodean podréis observar el modelo de los demás internos que están aquí, pues el Aislamiento se interesa por casos que tienen, más o menos, la misma base, como sucede en las demás organizaciones de nuestro Instituto. Después de vencer la apatía a que le condujo la rebelión inútil, resultante

de desilusiones, estará preparado para la repetición de las experiencias en las que fracasó.

Se encuentra bajo una asistencia rigurosa, como todos los que nos son confiados, pues su periespíritu, y su propia mente, necesitan de profundos cuidados. El tratamiento que le administran nuestros clínicos se puede resumir que es moral y consta de aplicaciones magnéticas especiales, con las atenciones inspiradas en los estatutos de la Legión, que en este caso, se dirige a la reeducación, porque el mal que afectó a Jerónimo, como el que os atormenta a vosotros, solamente puede ser removido con la renovación individual, operada interiormente por el mismo paciente...

La pasión mórbida y desequilibrada que alimentó por su esposa y sus hijos, se prestó como instrumento para la expiación de las deudas que sus seres queridos tenían por la Ley de Justicia que rige los destinos humanos. Jerónimo amaba de un modo egoísta, desorientado, atrincherando el corazón contra toda posibilidad de amparo que la razón y el razonamiento lúcido podrían conferir... y, como sabéis, debemos estar siempre advertidos de que el hombre no debe amar, ni siquiera a sus propios hijos, arbitrariamente con los impulsos ciegos de la pasión.

Su devoción a la familia le proporciona méritos ante el Legislador Supremo, es cierto. Pero más honrosos serían los laureles si hubiera encaminado a sus seres amados al culto legítimo al cumplimiento del deber, y no proporcionándoles lujo y gozo mundanos mientras descuidaba la educación moral que debería promover en primer lugar, incluso luchando contra la pobreza adversa, ya que todas las criaturas del Señor son aprovechables y para ello confiere Dios la autoridad paterna al hombre encarnado, para auxiliarles a progresar y educarse en sentido benéfico. Si lo hubiese hecho así, cumpliendo el sagrado deber de padre previsor y honrado, Jerónimo se habría ahorrado la amargura de las situaciones embarazosas, de las que fue responsable por su suicidio... Mirad, ahí llega... os dirá cosas interesantes...

Acompañado por el hermano Ambrosio, un asistente religioso, el antiguo comerciante de Oporto entró en la sala donde estábamos y se arrojó en nuestros brazos, conmovido.

—¡Gracias, queridos compañeros! —exclamó—, por haberos acordado de mi humilde persona tan gentilmente. ¡Vuestra visita me llega tan dentro en mi corazón!... ¡Si supieseis qué terribles han sido mis aflicciones!...

Le abrazamos efusivamente, dándole votos por su felicidad personal, pues otra cosa no sabíamos, hasta entonces, decir o desechar a los amigos.

Nos pareció Jerónimo muy cambiado. Le veíamos más sereno y con unas maneras más distinguidas que antes. Y pensamos que el Aislamiento, dirigido por virtuosos espíritus de antiguos sacerdotes, tendría la misión de elevar también el nivel de la buena educación social, como interno que era en ese convento.

Ardíamos en el deseo de interrogar al antiguo cómplice del Valle Siniestro y recoger noticias de sus desgraciados hijos, que quedaron allá, en la Tierra, llenos de lágrimas y desdichas. Pero nos detuvo el miedo a ser indiscretos, lo que hizo que el silencio se prolongase después de los saludos. Sin embargo, el virtuoso mentor Santarém nos dio la feliz oportunidad, conociendo la sinceridad que nos impulsaba:

—Hablábamos de ti, querido Jerónimo... Tus amigos desean saber si te sientes mejor y más reconfortado en el amor de Dios, pues partirán en breve hacia otro plano de nuestra Colonia y, han venido para despedirse, querían llevarse la impresión de que dejan atrás a un amigo en vías de un verdadero restablecimiento...

Corroboramos esas expresiones con la intención de mostrarnos ante él resignados y confiados en el futuro, y añadimos:

—Gracias a los amigos tan desvelados que hemos encontrado aquí, nos podríamos sentir hasta felices, si no fuese por los pesares que nos persiguen por la deshonra con que envilecimos nuestra alma...

El antiguo compañero bajó la frente con tierna humildad, diciendo:

—¡Tenéis razón, queridos amigos! ¡Será posible, sí, para nosotros, el alivio supremo en la conquista de la resignación y de la fe, que llevará a la conformidad!... Felices, sin embargo, no creo que podamos ser tan rápido, porque no será por las vías del suicidio que la persona encuentre a la diosa felicidad, que más se aleja cuanto más mayores han sido la rebelión y la insubordinación en el corazón que la desea.

Yo quería que el suicidio hubiese exterminado para siempre mi ser. ¡Pero no fue así!... Y comprendí que sólo me quedaba rendirme a la evidencia, enfrentando con resignación y fortaleza de ánimo la amarga situación creada por mí mismo. Debo a la solicitud del hermano Santarém, a sus consejos y ejemplos edificantes, así como a sus abnegados asistentes y a las reglas verdaderamente providenciales de esta mansión educadora, la transformación que se viene operando en mí.

Igual que vosotros, sorbí mi cáliz de hiel, tragué muchas amarguras entre aullidos de desesperación y blasfemias de condenado. Pero ahora me siento otra persona, a quien la confianza en el amor del Ser Supremo resucitó de los escombros de la más nefasta incredulidad, porque ésta, disfrazada con la hipocresía de la falsa fe y de la afectación de la virtud, como suele ocurrir tradicionalmente, aunque satisface las apariencias sociales, no vale ni siquiera para convencer al mismo que las simuló, y mucho menos para edificar su alma ante el Creador...

Yo podría ser feliz, amigos míos, de algún modo, rodeado con la atención de estos nobles y excelentes protectores, instruido, fortalecido, reconfortado como me veo por su incansable caridad, convencido de las luchas y deberes que debo afrontar. Pero cometí un crimen de duras consecuencias para mí y los míos. Me veo cargado de faltas... y no puedo, de ningún modo, sentirme satisfecho en ningún

lugar, cuando el arrepentimiento vivo y ardiente me persigue, exigiendo un rescate inmediato para que la serenidad vuelva a mi corazón, permitiéndome nuevos emprendimientos, significantes y honrosos... justamente lo opuesto de los actos de antaño.

Debo confesaros que, cuando fui un comerciante fallido y arruinado, traicioné los compromisos y la confianza de firmas honestas, de instituciones bancarias honorables, y hasta de las autoridades municipales, pues ocasioné grandes perjuicios a Hacienda y a las Aduanas, ya que practiqué muchas veces el contrabando. Me avergüenzo por no haberme esforzado por salir honrosamente de esa maraña de situaciones y de no haber resuelto esos compromisos escondiéndome bajo la macabra ilusión del suicidio, que el rubor sólo desaparecerá de mi rostro cuando me sea posible ser comerciante otra vez, para resolverlos personal, digna, y honestamente...

¡Cuántos actos indecorosos cometí ante la sociedad, amigos míos! ¡Debí y no pagué, defraudé a los sacrosantos derechos de la patria, de la bendita tierra en que viví! ¡Tengo compromisos vencidos, préstamos, cuentas y más cuentas, letras y más letras que pagar y no rescaté nada hasta el momento! ¡El peso de esta deshonra convirtió mis días en una tortura constante, a la vez que las desventuras que, por culpa mía, alcanzaron a mis hijos!...

—Felizmente, sin embargo, la Ley de la sabia Providencia confiere al espíritu en bancarrota medios honrosos para liberarse de situaciones incómodas y vejatorias como esas, y Jerónimo, en un futuro no muy lejano, podrá reparar esos compromisos, recuperando el beneplácito de su misma conciencia, a través de nuevas experiencias y oportunidades, gracias a la reencarnación, que a todos nos permite progresar y rehabilitarnos, y él se encuentra muy animado para la nueva jornada... —dijo el hermano Santarém, cortando la expresividad humillante para el mismo expositor.

—Me alegro de verte reconfortado y decidido a la lucha por el honor de una victoria que retire de tu conciencia la visión deshonrosa de la caída que te arrastró a la desgracia, amigo Jerónimo... Quiera Dios que las fuerzas se centupliquen en tu alma como las mías se multiplican a cada nueva vibración de mi propio dolor... pues también estoy animado a las más rudas experiencias, con tal de alejar de mis íntimas visiones el trágico fantasma de los remordimientos por el monstruoso delito que practiqué —dijo Mario Sobral, a quien sacudió un impresionante estremecimiento, haciéndole agitar las manos como esforzándose por desprenderlas de algo que le inquietaba y afligía.

—La oración, que aprendí a practicar, se ha convertido en un manantial indispensable para mi pobre alma, guiado por las fértiles exhortaciones del hermano Santarém —continuó el ex-comerciante de Oporto—, las súplicas vehementes que aprendí a dirigir a María —nuestra Madre y Guía— me concedieron la tregua precisa

para reunir los pensamientos atropellados por la desesperación y fijarles en mi razón... lo que ha constituido la llave para la solución de muchos problemas considerados insolubles por mí...

La suerte de mis infelices hijos, a los que tanto y tanto amaba, la conducta de Zulmira, prostituida y envilecida –incapaz como yo, de consagrarse al deber, viendo honestamente las circunstancias de la miseria– eran hechos que me hacían perder la razón hasta la locura y la blasfemia, convirtiendo mi alma en la de un reo más salvaje y furioso que una fiera de las selvas africanas. La oración continua y humilde, tal como el buen consejero me recomendó, corrigió la anomalía; y, poco a poco, recobré la lucidez y el tino, teniendo la sensación, después de serenar mi ánimo, que había estado durante siglos inmerso en las tinieblas inferiores de la irresponsabilidad. ¡Aun así, la situación de mis hijos, que recordareis, me llevaba a sufrimientos inconsolables!...

Según iba evocando, Jerónimo se reanimaba. Nuestro grupo está muy atento, vibrando homogéneamente con el emocionado narrador. Y tales fueron los colores vivos y sugestivos con que supo esbozar los acontecimientos que le sucedieron, y las expresiones ardientes emitidas por las vibraciones con que traducía las sutilezas de la memoria, que intentaremos transmitir al lector su discurso:

—Cierta vez, al atardecer me encontraba casi absolutamente sólo, deambulando tristemente por las calles melancólicas del inmenso parque que veis... Se aproximaba el dulce, emocionante momento del Ángelus. La unción religiosa –consuelo y esperanza de los desafortunados irremediables– sutilmente se infiltró por los rincones de mi ser, llevándome el pensamiento al seno maternal de María, Madre Amantísima de los pecadores y afligidos... No ignoráis que el momento de la salutación a María es fielmente respetado por sus legionarios y homenajeado con sinceras demostraciones de gratitud en esta Colonia, que se edificó, creció y produjo excelentes frutos de amor y caridad a la sombra augusta de su protección, utilizando las palabras que oigo de mis bondadosos instructores.

Me senté en la hierba, dispuesto a recogerme también. Con el corazón palpitante de fe aguardé el solemne momento de la oración, que luego fue anunciado por las dulcísimas melodías que del Templo se amplían hacia los rincones más distantes de esta habitación –ecos de las vibraciones de los directores mayores de la Colonia en comunión con los planos superiores– sirviéndome de las expresiones de los mentores de esta casa...

Oré esa vez, como nunca jamás había orado. Supliqué a la amorosa Madre de nuestro Redentor asistencia y misericordia para mis hijos. Le pedí que intercediese ante Jesús Nuestro Señor, para beneficiar a las infelices criaturas abandonadas por mí a las inclemencias embestidas de la adversidad. Nombré a Margarita, mi pobre hija menor, tirada al lodo de las cunetas por la orfandad que provocó mi suicidio y recordé a Albino, encerrado en una cárcel en su juventud, por no haber tenido su

padre la suficiente dignidad para abrirle caminos y orientaciones honrosos, ya que yo, yo... que fui su padre, que ante Dios y la sociedad me comprometí a la noble misión de la paternidad, me deshonré y le deshonraré con los malos ejemplos que le dejé como única herencia.

Pedí su maternal intervención respecto a la angustiosa situación de ambos, aunque mis propios sufrimientos se dilatasen por tiempo indeterminado. Le ofrecía, como garantía de mi reconocimiento por cualquier beneficio que les concediese su tierna compasión de Madre, la renuncia a ellos mismos, pues bien reconocía yo no merecer la sacrosanta misión de la paternidad. Me alejaría para siempre, si eso fuese necesario... pero que Margarita, bajo su maternal amparo, fuese apartada del Embarcadero de la Ribera y Albino no fuese llevado a la desesperación hasta arrojarse al suicidio, y que se resignase a la cárcel, al exilio, donde, más tarde, podría rehabilitarse, ¿quién sabe?....

El hermano Ambrosio, vigilante responsable de reunirnos al anochecer, vino a encontrarme bañado en lágrimas. Una vez más le narré mis desventuras, poniéndole al tanto de las suplicas que acababa de dirigir a María. Me dio tiernas expresiones de aliento, llenándome de esperanza el corazón dolorido, concluyendo, mientras me sostenía bondadosamente para el regreso a la comunidad:

—¡Debes perseverar en esos ruegos, querido Jerónimo! Hazlo con buen ánimo y coraje, exaltando enérgicamente, en lo posible, el grado de tus vibraciones, para que repercutan armoniosamente tus peticiones en el momento justo, en las capas astrales superiores donde brota, irradiando flores de auxilios y bendiciones, la amorosa caridad de la dulcísima Guardiana de nuestra Legión. No obstante, te aconsejo orar en conjunto, reuniendo a otros a tu pensamiento, para que tus fuerzas, todavía inexpertas, se refuercen y exalten al calor de los demás, pues tus súplicas de este momento son muy importantes, representando un verdadero mensaje dirigido a María... Hablaré de lo ocurrido a nuestro bondadoso consejero.

A la mañana siguiente, el hermano Miguel de Santarém me visitó discretamente, invitándome a tomar parte en sus reuniones particulares, con otros afines para que, fraternalmente unidos, solicitásemos los favores que deseaba sobre lo que más me apenaba, ya que era justo que ayudasen, no sólo por ser yo un discípulo del internado que dirigían, sino, por encima de todo, porque era caritativo asistir a quien sufría, deber que alegremente cumplirían, dado lo justo de las aspiraciones alimentadas por mí en torno a mis seres queridos.

Así se hizo.

Bajo los árboles frondosos, en un rincón aislado del inmenso parque, y cuando las melodías de la salutación diaria a María cautivaban con suaves sugerencias la quietud armoniosa del crepúsculo, el hermano Santarém elevaba el pensamiento fiel y, humildemente, transmitía en sentidas oraciones mi pedido a la celestial Señora. Dejé, así, varias veces, a mi alma arrastrarse a través del trazado luminoso

que iban dejando las mentes virtuosas de mis buenos consejeros, y acompañaba, vibrante de confianza y de esperanza, las expresiones que, del fondo de su ser, arrancaban en mi beneficio.

Se repitieron estas reuniones sencillas y dulces muy en secreto, varias veces seguidas, y siempre generosas y ardientes. Allí se pronunciaban los nombres de mis hijos diariamente, siendo un consuelo para mi compungido espíritu oír que se referían caritativamente a ellos los amorosos seguidores del complaciente Maestro y Señor —que hasta en los brazos infamantes de la cruz trataba de regenerar a los pecadores, condolido de sus grandes miserias— y una tierna esperanza, humilde paciencia, y respetuosa resignación visitaron el interior de mi ser, como un rayo de Sol elevando aleluyas en las tinieblas angustiosas después de una noche de tormenta...

Pasados algunos pocos días, me sorprendí al ver reclamada mi presencia en el despacho del hermano Director. Me presenté inquieto y conmovido, pues hacía muchos años que me había acostumbrado a sólo encontrar disgustos en mis encuentros. El Director, sin embargo, me serenó después de presentarme un pequeño rollo de pergamino, especie de “papiro” compuesto de rayos de luz, mientras me informaba de lo que sucedía:

—¡Antes de nada, da gracias al Señor todo bondadoso y misericordioso, querido Jerónimo! ¡Tus mensajes a María han tenido éxito ante las leyes eternas e incorruptibles!... Aquí está la respuesta de nuestra amable Señora y guardiana, que, en honor a su augusto Hijo, atiende a lo que le rogaste... Del Templo, donde militan los responsables de nuestra Colonia y adonde llegan las instrucciones de lo Más Alto, nos envían nuestros orientadores estas instrucciones, una especie de programación a realizar con tus hijos Albino y Margarita... Como tiene la aprobación del hermano Teócrito, hoy mismo podremos iniciar la tarea...

Aturdido con lo inesperado de la noticia, no respondí nada de momento, dejando, no obstante, que mi alma, expresase, en el secreto del pensamiento, mi agradecimiento al Dios bueno y misericordioso que tan rápidamente permitía atenderme en mis deseos más grandes del momento.

Tomé el pergamino centelleante, girándole varias veces entre las manos, sin atreverme a abrirla. El mismo director, con la bondad que le es peculiar, vino en mi auxilio, desdoblando cuidadosamente...

Eran cuatro páginas sueltas que centelleaban con reflejos de estrellas, en sus manos. Tenía caracteres azulados, como si estrías del firmamento azul sirviesen a los iluminados del Templo para transmitir las sublimes inspiraciones que recibían en el sentido de beneficiar a los sufridores y traducían las órdenes que la Magnánima Señora enviara para mi socorro supremo.

Ordenaban que tanto mi pobre Margarita como Albino, fuesen, sin más tardanza, atraídos a un puesto de emergencia mantenido por este Instituto en la Tierra, o en sus inmediaciones, para someterse a un tratamiento magnético especial, con vistas al reajuste psíquico de los sistemas nervioso y mental, ambos muy enraizados en las garras del medio ambiente viciado en que se desarrollaban y desorganizados por la intensidad de los choques derivados de las luchas que enfrentaban diariamente. Que se aconsejase, advirtiese y aclarase a los pobrecitos porque de lo que más carecían era de la iluminación interior de sí mismos. Y que se estableciese, alrededor de ambos, una caritativa cadena de amor, simpatía y protección, porque el Astral Superior se encargaría de crear las oportunidades necesarias a los acontecimientos...

Debo confesaros, sin embargo, bondadosos amigos, que bien poco, hasta ahora, entiendo de estas cosas... Las expongo como el que sabe de un hecho por haberlo presenciado, sin aptitudes para realizar el necesario análisis...

En cuanto a Marieta y Arinda, debía estar tranquilo; eran honestas y trabajadoras, encontrándose ambas en armonía con las situaciones que les correspondían. Debíamos perseverar, sin embargo, en socorrer al infeliz esposo de la primera –por quien yo no había rogado en mis ardientes súplicas, pero que no había sido olvidado por la amable Madre del Señor Jesús–, pues estaba preso a impulsos inferiores, que le convertían en el tirano del hogar. Una severa vigilancia se debía realizar en su favor, pues sería dócil a las influencias generosas. Sus obsesores deberían ser aprisionados y conducidos a las respectivas comunidades astrales, lo que les daría nuevas oportunidades y beneficios...

–Vemos que es bien dura la labor responsabilidad del Aislamiento y los esfuerzos máximos que requieren, de todos vosotros, sobre todo la buena voluntad –interrumpió Roberto de Canalejas, también visiblemente interesado. –¿Ya iniciasteis el movimiento regenerador?...

El hermano Santarém, a quien él se había dirigido, se adelantó sonriente, satisfaciendo nuestra curiosidad.

–Si –dijo–, y con muy buen éxito, ya que tenemos a la Madre de las Madres como patrocinadora de estos casos de redención... cuyas excelentes consecuencias fácilmente entrevemos...

–Le ruego nos aclare respecto al desempeño de tan espinosa y noble tarea, hermano Santarém –dijo el joven doctor.

–Con gran placer, mi joven amigo, ya que hablamos con amigos generosos y sinceros, que podrán incluso prestarnos el auxilio de su fraternal simpatía...

Como debía ser –continuó el noble religioso–, asumí la dirección de la empresa, con órdenes del hermano Director del Departamento, convencido que la intervención

de nuestra augusta Protectora, así como la generosa asistencia de nuestros Superiores del Templo, no nos abandonarían a la indecisión de las propias flaquezas.

Esa misma mañana se dirigió una petición a la dirección del Departamento solicitando auxiliares voluntarios para la empresa, pues sabéis que para esa clase de tareas no hay obligatoriedad en nuestro núcleo. Los trabajadores para servicios externos han de ofrecer espontáneamente su ayuda, atendiendo a la petición, además de que los servidores de nuestra Colonia son todos voluntarios...

Atendido sin dilación, me entrevisté cordialmente con los colaboradores que se presentaron, todos animados de interés y buena voluntad por la causa del bien, quedando establecido que, antes de proyectar el programa decisivo, visitásemos a los personajes en cuestión, estudiando todas las facetas del asunto y comparándolas con nuestras propias posibilidades. Así lo hicimos, hasta que, en la noche del tercer día, después del homenaje que muy gratamente prestamos diariamente a nuestra Guardiana, partimos todos juntos, hacia la Tierra....

Era plenilunio. La luz dulce y melancólica de la luna –la humilde hermana de la Tierra– aclaraba los caminos tristes del astral inferior por donde deberíamos transitar. Para el transporte nos servimos de una levitación lenta, visto que las zonas pesadas por donde gravitaríamos no nos permiten el empleo de la rapidez sino con gran esfuerzo de nuestra parte, lo que de ningún modo convendría hacer porque necesitábamos reservas de energías para los servicios a realizar.

¡Ah, queridos amigos! –continuó el antiguo sacerdote con dulzura intraducible. Avistamos con emoción los contornos de la vieja ciudad de Oporto, envuelta en los velos de las ondas atmosféricas, que la presentaban como inundada de un sutil torrente de humo transparente a nuestros ojos de espíritus, para quienes el vacío es un vocablo carente de significado.

Nuestro preclaro hermano, el Conde Ramiro de Guzmán, que, como sabéis, dirige las expediciones misioneras al exterior de nuestra Colonia, y que, como siempre, fue el primer voluntario en atender nuestra petición para el servicio extra, nos llevó a dar una vuelta por la ciudad que tanto habíamos amado, pues también había vivido en Oporto, bajo aquellos techos amigos, cuyas cornisas y vidrieras ahora distinguíamos iluminadas por las tiernas centellas del plenilunio...

Buscamos a Margarita Silveira por las inmediaciones del Embarcadero de la Ríbera. El Duero, río amigo, se agitaba dulcemente, ofreciéndonos su poesía a nuestra audición de portugueses, para quienes las dulzuras del viejo terruño natal –que lo sería nuevamente, en posterior encarnación– no se había extinguido todavía, a pesar de la larga permanencia en la patria Espiritual, el Espacio...

–¿Y Jerónimo formaba parte de la expedición?... –pregunté.

—¡Oh, no! No sería prudente que lo hiciese. Debíamos evitarle el disgusto de realidades durísimas... y hasta podría constituir un estorbo para nosotros, en lugar de ayuda...

No voy a describir el espectáculo amargo en el que encontramos a Margarita representando el principal papel. Imaginad, sin embargo, uno de aquellos antros de vicio y libertinaje, como tantos que, infelizmente, existen en el sombrío globo terrestre, clasificado policialmente como de quinto orden, como si pudiesen existir vicios menos degradantes unos que otros. Pensad en lo que sería la falta de pudor allí reinante, la licencia, los torpes impulsos de los instintos inferiores y deprimidos por la perversión de las costumbres y tendríais una pálida idea del infierno del que deberíamos sacar a Margarita Silveira —porque así lo había ordenado el Astral Superior, solícito a nuestras invocaciones.

¿Cómo podríamos hacerlo?...

Ante las escenas lamentables que veíamos, la angustia de la repugnancia intentó dominar nuestras almas, haciéndose necesaria de nuestra parte la vigilancia de la comunión mental con nuestros directores del Templo y de lo Más Alto, para que nuestras voluntades no se debilitasen, perjudicando la misión.

Torturada por infamias inclementes, vilipendiada por la degradación, maniatada al miserable tronco de una situación insoluble para su inexperiencia, Margarita aparecía como la gran víctima de un nuevo Calvario, donde también faltaban el consuelo, el socorro de corazones generosos dispuestos a aliviar y consolar. La vímos, a despecho de su misma íntima repugnancia, inmediatamente reconocidas por nosotros, sometida a los torpes caprichos de clientes desalmados, que la forzaban a tomar alcohol, intoxícadola y emborrachándola, sin piedad. La desgraciada, semidesnuda, pues tenía las ropas rotas por las brutalidades infligidas por los verdugos, y empapadas de vino; los cabellos desgreñados y los ojos alucinados por los desvaríos del alcohol, la boca espumante, desfigurada por gestos ridículos, se veía también forzada a danzar al son de guitarras tediosas, cantando las piezas más en boga, para divertir a los asistentes. Al no poder hacerlo mejor, dado el lamentable estado en que se encontraba, recibía bofetadas por parte de unos y otros, mientras desgarraban brutalmente el resto de sus vestidos.

Recordando que las instrucciones recibidas de lo Más Alto recomendaban que la pobre muchacha fuese retirada con urgencia de aquel malsano ambiente, no dudé en tomar providencias inmediatas, haciendo uso de medidas extremas. Le dije a un aprendiz de la Vigilancia, que venía conmigo, de aquellos que se iniciaban en experiencias regeneradoras a través de los servicios de beneficencia al prójimo, señalando a la mísera joven:

—Es necesario arrebatarla de aquí... El Astral Superior recomienda asistencia inmediata para ella... Adormécela, mi amigo, con una descarga magnética fuerte,

sirviéndote de los elementos fluidos de los presentes... Dale la apariencia de una enfermedad grave... y aleja con presteza a estos infelices que la maltratan...

Este aprendiz sabía operar con cierto desembarazo, a pesar de que sus conocimientos no eran muy grandes y su capital moral pequeño. Había sido, no hacía mucho, jefe de un grupo contrario al bien y al amor. Convertido desde hacía cierto tiempo al aprendizaje sincero de la Luz y de la Verdad, ahora era un trabajador sumiso y subordinado a la dirección de entidades iluminadas, capaces de guiarlo a la regeneración completa, que no sólo lo ayudaban a instruirse sino a elevarse moralmente, ofreciéndole oportunidades de servicios rehabilitadores. Se llamaba Osorio y, como es natural, aún se encuentra bajo nuestros cuidados. En otro tiempo vivió en las selvas brasileñas, donde había practicado ritos y magias africanas.

El resultado de la orden no se hizo esperar.

Se aproximó a la infeliz pescadera del Embarcadero de la Ribera, le pasó ambas manos a la altura de las rodillas, como aflojándolas. La pobre muchacha se tambaleó, sujetándose en un banco próximo. Casi sin interrupción, el mismo "pase" se repitió a la altura del busto y, enseguida, rodeando la frente, a toda la cabeza Margarita cayó tibia en el piso, presa de convulsiones impresionantes, llevándose la mano al pecho y gimiendo. Sin interrupción, y mientras yo distribuía otras recomendaciones a los demás voluntarios, Osorio se acercó a uno de los asistentes que estaba estupefacto ante el incidente, y le cuchicheó algo al oído, con vehemencia y emoción, interesado en el buen éxito de su trabajo. El individuo se sobresaltó de repente, exclamando aterrado, creando un pánico indescriptible entre los clientes:

—¡Cielos! La pobre va por morir por nuestra culpa... ¡Huyamos! ¡Huyamos antes que venga la policía!...

Salieron en confusión, empujándose mutuamente, dejando a la pobre víctima a merced de los posibles sentimientos de caridad del propietario del antró.

Margarita, en efecto, se debatía pareciendo estar en el borde de la agonía. La rodeamos, mis dedicados auxiliares y yo, con la intención de ayudarle con los bálsamos que en el momento podríamos disponer. Conviene aclarar, sin embargo, que a ninguno de nosotros podían presentirnos, ni ella ni los demás presentes del plano material, pues nuestra calidad de espíritus desencarnados nos hacía inalcanzable a su visión.

Mientras, la moza experimentaba los efectos nerviosos de la descarga magnética recibida. Le aplicamos bálsamos sedantes, compungidos ante sus sufrimientos. Quedó inanimada, calmándose poco a poco, tirada sobre las losas del antró, mientras el tabernero, desecho en pánico por el acontecimiento, buscaba ayuda médica y un lecho en el interior de la casa, pues debía ocultar la verdad del caso, para no tener complicaciones con la policía, dada la actividad ilegal que se efectuaba en su local.

Nosotros, los siervos de María, deseábamos verla en un hospital y no en la cárcel. Por esa razón alejamos la posibilidad de la presencia de la policía, mientras buscábamos la ayuda de algún médico cuyos sentimientos de caridad nos inspirasen confianza.

Algunos minutos después, llegó el médico, que la consideró gravemente enferma debido a la intoxicación por el alcohol. Nosotros tomamos medidas humanitarias tejiendo alrededor de él una corriente armoniosa de sugerencias compasivas...

Y así fue que, tal como habíamos deseado y era necesario, pasadas las sombras dramáticas de aquella noche decisiva, la hija de nuestro pupilo aquí presente ingresaba en un modesto hospital, bastante caritativo para resguardarla, mientras providenciásemos sobre sus días futuros, guiados por las inspiraciones generosas de María...

Con ánimo de investigar, pregunté: Si Jerónimo no debía tomar parte en la expedición, para evitarle ardientes amarguras, ¿cómo está informado de los acontecimientos?... y dirigiéndome a mi compañero, le dije:

—¿No te sientes mal al oír estas descripciones, amigo mío? ... Además porque son extraños los que las oyen.

—En efecto, me siento amargado, y no podría ser menos... Además, la amargura y el pesar han sido mis compañeros en todo momento... No obstante, el sufrimiento y las instrucciones que vengo aquí recibiendo me iluminaron lo bastante para razonar mejor hoy que en otro tiempo... Conviene que reflexiones, querido Botello, que si el hermano Santarém describe para vosotros los acontecimientos que me atañen, será porque aquí vinisteis para los servicios de instrucción, además de que sois amigos sinceros y hermanos afines capaces de actitudes fraternales no sólo en mi beneficio, sino también el de aquellos que me son muy queridos. Nuestro afecto no es de hoy, recuerdo bien que estamos unidos por una conmovedora amistad desde las tristes peripecias del Valle Maldito...

—¡Sí! —intervino el instructor—, él debería ser informado de todo, en un momento oportuno, aunque la caridad hubiese aconsejado su ausencia del teatro de los acontecimientos... Nada podría realmente ignorar, ya que era responsable por todo lo que resultó del abandono de su familia y porque todavía le urgía meditar sobre los delicados acontecimientos con vistas a los planes para las próximas reparaciones...

Al incidente siguió una pequeña pausa, que fue quebrada por el mismo Jerónimo, al exclamar:

—Le ruego continúe explicando a mis compañeros de jornada la secuencia de mi drama personal, hermano Santarém, pues como tantas veces me ha hecho analizar, creo que será también válido para edificar e instruir a otros...

—Sí, hijo mío, estoy convencido de que vendrá bien a sus almas oír el episodio que venimos narrando... —dijo pacientemente el sacerdote, cuya sonrisa bondadosa dulcificó el malestar creado por mi impertinencia. Además, la vida de cada uno de nosotros proporciona enseñanzas majestuosas y sublimes, siempre que nos tomemos el trabajo de comprenderla a la luz de las leyes divinas que rigen los destinos humanos...

Se interrumpió por un momento, como si recopilase recuerdos, continuando enseguida:

—En el instante en que Margarita Silveira caía sobre las losas de la taberna, tratamos de llevar a su espíritu —parcial y temporalmente desligado del cuerpo físico— al puesto de Emergencia que este Instituto mantiene en las proximidades del globo terrestre.

Los servicios allí son variados y constantes como en el interior de la Colonia. Muchos enfermos encarnados son curados por la medicina del plano espiritual, muchas criaturas desviadas del camino del deber han recibido bajo aquel hospitalario refugio nuevas fuerzas para la enmienda y consecuente regeneración, mientras que muchos corazones afligidos y llorosos han sido consolados, aconsejados, dirigidos hacia Dios, a salvo del suicidio y reintegrados en el plano de las acciones para las que nacieron y de las que se habían alejado.

Conducida allí en espíritu, Margarita fue sometida a exámenes rigurosos, viendo nuestros hermanos las precarias condiciones en que se encontraba su organización fluídica —el periespíritu— y que se hacía urgente un tratamiento riguroso. Mientras eso ocurría, el cuerpo físico también era examinado por el médico terrestre en el hospital donde había sido transportada en estado comatoso.

Resolvimos que, a beneficio del futuro de Margarita Silveira, el estado letárgico se debía prolongar por varios días, tantos cuantos fuesen necesarios para la asistencia moral que la urgencia de la situación requería. Por eso mismo, ofrecimos todo el interés y los cuidados más delicados a su cuerpo físico, al que transmitíamos fuerzas vitales necesarias para su salud y conservación. Además, la joven no estaba verdaderamente enferma, sino sólo intoxicada por el alcohol. Presentaba órganos normales, a excepción del sistema nervioso, que sufría los resultados de la amarga anormalidad que vivía. Sus sufrimientos más graves, cuya naturaleza estaba exigiendo desvelos abnegados, eran los morales, razón por la que los médicos del hospital de Oporto, donde se encontraba su cuerpo, la dejaron en observación, confundidos con el singular estado letárgico.

El hermano Santarém se detuvo por algunos instantes, consultando si nos interesaría la secuencia de la narración. Le suplicamos que no se detuviese, ya que, no sólo nos preocupaba la suerte de la pobre muchacha, que por tanto haber oído hablar de ella a su padre desde hacía tantos años, la llegamos a estimar, como también nos atraían profundamente las enseñanzas. Además, el mismo Jerónimo

animaba la exposición de los hechos, lo que constituía el mejor incentivo para el narrador.

Agradeció el bondadoso consejero con una amable sonrisa y continuó, mientras le atendíamos.

—Sabed amigos míos, que Margarita no sólo no era mala sino que no se amoldaba por su gusto al vicio. Hasta le repugnaba, ansiando liberarse de él. En su caso doloroso, lo que había era una tenebrosa expiación, secuencia funesta e imprescindible de acciones arbitrarias practicadas por ella misma en anteriores encarnaciones y que quedaron clamando justicia y reparaciones a través de los siglos, no sólo en los rincones de su propia conciencia, sino también en los armoniosos códigos de la Ley Suprema, que no permiten ningún desvío del camino recto.

—¿Podría darnos una pequeña muestra de las acciones practicadas por el espíritu de esta joven en otras encarnaciones para causar las graves situaciones que experimenta en este momento? —me atreví a solicitar, llevado por el sincero deseo de aprender.

—El estudio de la Ley de Reencarnación es profundo y delicado, amigo mío, a la vez que simple y de fácil comprensión, ya que nos aclara muchos problemas que persiguen a la humanidad, aparentemente insolubles. En el futuro lo haréis con vosotros mismos, volviendo a leer las páginas del libro de la conciencia... Hasta ese momento, sin embargo, no hay ningún inconveniente en satisfacer vuestra natural curiosidad, ya que las enseñanzas os beneficiarán...

Sí, amigos míos, la profundidad de las leyes divinas es vertiginosa, pudiendo realmente asustar a los espíritus mediocres, no capaces todavía de comprenderlas. Pero la justicia que resulta de esas leyes destila tanta sabiduría y tan gran misericordia, que el temor se transformará en respetuosa admiración, ante un examen más prudente y minucioso. Por más increíble e incómodo que os parezca, en anteriores vidas planetarias, es decir, en más de una existencia terrena, el espíritu que actualmente conocéis con el nombre de Margarita Silveira anduvo reencarnado en cuerpos masculinos, existiendo como hombre —porque el espíritu no está subordinado a los imperativos del sexo, tal como se cree en la Tierra— y abusó de la libertad, de las prerrogativas que la sociedad terrena concede a los varones en detrimento de los valores del espíritu, y pervirtió deberes sagrados.

Como hombre, llevó a la deshonra a hogares respetables, envileció a doncellas confiadas, esparció la hiel de la prostitución en torno de sus pasos, desgració y destruyó destinos que parecían maravillosos y esperanzas dulcemente acariciadas... Pero... llegó el día en que la Suprema Ley, que no quiere la destrucción del pecador, y sí que él viva y se arrepienta —le impidió continuar esos atentados contra Su soberanía.

Le impuso la ocasión propicia favorable para rehacerse de la anomalía de tantas iniquidades, impeliéndole a renacer en un cuerpo femenino, para probar la misma hiel que hizo sorber a otros, y así ahorrarse un tiempo precioso en la programación de los rescates, por sujetarse al rigor de penalidades idénticas a las que impuso, en otro tiempo, por su mal orientado libre albedrío.

Reencarnó como mujer para aprender, en la desgracia de ser traicionada en su castidad, desacreditada, vilipendiada y abandonada, una arrebatadora lección de que además de no deberse infringir en vano uno sólo de los mandamientos de Dios, uno se debería educar buscando la finalidad sublime del amor a Dios y al prójimo.

Un gran malestar inquietó a nuestra mente sorprendida con la expectante novedad. Nos estremecimos, mientras sentíamos rezumar un sudor helado en nuestra epidermis. En aquel momento recordábamos, vivamente, que habíamos sido hombres y que nuestras conciencias no se encontraban libres de culpa respecto al gravísimo asunto. No obstante, fiel a mi defecto por la polémica, que arrastraba commigo más allá de la muerte, dije, decepcionado y aturdido:

—Si fue así, ¿cómo Jerónimo se volvió responsable por los desastres de su hija?...

—¡Ah, amigo mío! ¡Bastaría una pequeña dosis de razonamiento para comprender que no por ser así la conciencia del pobre padre dejará de acusarle duramente!... —suspiró tristemente el sacerdote. “¡El escándalo ha de venir, mas ay del hombre por quien el escándalo venga!” —afirmó nuestro Sabio Maestro y educador incomparable, ya que, si procedió así, era porque él estaba en desacuerdo con los dictados virtuosos de la Ley Suprema.

Margarita Silveira tenía reparaciones que efectuar, es cierto; pero lamentablemente, el suicidio de su padre, desamparándola, fue la piedra de toque que la llevó a precipitarse en los tristes acontecimientos. La deuda debía ser rescatada a través del tiempo, aunque podría no ser obligatoria para la presente existencia, quedando pendiente de una ocasión más oportuna.

Mientras tanto, el libre albedrío de su padre, llevándole al error fatal del suicidio, precipitó los acontecimientos cuya responsabilidad bien podría dejar de pesar sobre sus hombros, para que, ahora, no sufriese las consecuencias del remordimiento. ¿Qué me dirías, querido amigo, de un hombre que fuese la causa de la muerte trágica de un ser amado, aunque no tuviese intención de asesinarlo, abominando hasta la idea de verlo morir?... ¿acaso no sufriría?... ¿No viviría corroído de remordimientos el resto de sus días, amargado, desolado para siempre?... Margarita debía expiar el pasado, es cierto. Pero no era necesario que el escándalo que le alcanzó estuviese motivado por las consecuencias de un acto practicado por la imprevisión de su propio padre...

Decepcionado, me callé, mientras el hermano Santarém continuaba:

—Ya que la joven no se complacía con el vicio, por el contrario sufría la humillante situación esperando la hora de librarse de él, nos fue más fácil a nosotros ayudarle a levantarse y convencerla de su regeneración, dirigiéndose hacia un fin seguro.

Durante los seis días que estuvo en el Departamento de Reposo del mencionado Puesto, conversé a menudo con ella, ya que, me asignaron como consejero y agente de los verdaderos Guías que trabajan a favor de su regeneración. Allí la llevamos a una sala apropiada, una especie de locutorio, en el que ondas magnéticas favorecían la retención de mis palabras en su conciencia, actuando fielmente sobre su memoria y llevándole a registrar en su subconsciente, todas las recomendaciones que yo le hacía y que le convenía recordar cuando despertase, en la ocasión oportuna para la ejecución, lo que, en efecto, vino a hacer más tarde, sin darse cuenta que sólo cumplía las recomendaciones que a su espíritu le habían sido aconsejadas durante el letargo en que estuvo inmerso su cuerpo material, pues, al despertar, olvidó todo, como era natural.

Exhorté a Margarita, en primer lugar, a la oración, lo que hizo bañada en lágrimas. Le di a conocer el recurso salvador de la oración como luz redentora capaz de arrancarla de las tinieblas en que se confundía, para guiarla a parajes rehabilitadores. Le di, tanto cuanto me permitían el corto tiempo que disponía y las circunstancias, rudimentos de educación moral religiosa que ella no había recibido nunca, hablando de los deberes impuestos por el Creador Supremo en sus Leyes, recordando que, en el amor del Divino Crucificado, encontraría la presencia de ánimo necesaria para remover las montañas de iniquidades que le venían esclavizando a la inferioridad, así como el mejor bálsamo para dulcificar la hiel que hacía infeliz su vida.

Le infundí esperanzas y nuevos ánimos, valor para una segunda etapa que se hacía necesaria en su destino, confianza en el Amigo Celeste que extiende su mano compasiva y protectora a los pecadores, amparándoles en la renovación de sí mismos... y le convencí de que, si como mujer había sido desgraciada, sin embargo su alma encerraba valores de origen divino y que su fuerza de voluntad exigía acciones nobles y heroicas, capaces de promover su rehabilitación ante su propia conciencia y en el concepto de Aquel que de sí mismo extrajo rayos de luz para darnos la vida.

Fiel a las observaciones que recibía por vía telepática del Templo, le impulsé a alejarse de Oporto, y hasta de Portugal. Continuar en su tierra natal sería imposibilitar la reacción de la voluntad para la consecución de la enmienda, cuando ella necesitaba realmente olvidar que un día vivió en el Embarcadero de la Ribera. Debía crear, con el esfuerzo heroico de la buena voluntad, un abismo entre sí misma y su pasado nefasto, para iniciar una nueva fase de vida.

Era imprescindible que confiase en sí misma, juzgándose buena y fuerte para vencer en la lucha contra la adversidad..., porque el Cielo le enviaría ocasiones

propicias para la renovación. Brasil era una tierra hospitalaria, amiga de los desgraciados, y sus puertos, como el corazón de sus hijos, eran bastante generosos para acogerle sin preocuparse por su pasado... Debía preferir el exilio en suelo brasileño, porque se convertiría más tarde en su verdadero hogar..., porque el espíritu es ciudadano universal y su verdadera patria es el infinito, lo que lo llevará a entender que, donde quiera que se encuentre, el hombre estará siempre en su patria, a la cual deberá siempre amar y servir, honrándola y engrandeciéndola para los altos destinos morales. Tenía que olvidar su pasado. Y, con el alma y el corazón vueltos hacia el eterno Compasivo, podía esperar la acción del tiempo, las dádivas del futuro: la solicitud celeste no la dejaría huérfana en la experiencia para la regeneración.

Oíamos conmovidos, apreciando el valor de estos razonamientos que servían a cuantos estuviesen inmersos en idénticas penalidades. Guardábamos todavía silencio, mientras el digno educador, cuyas palabras se endulzaban a medida que se arrebataba en su hermoso discurso, continuó, después de algunos instantes de pausa:

Convenía despertar a Margarita, es decir, hacer que su espíritu volviese al cuerpo para continuar las tareas impuestas por el curso de la existencia.

Como realmente no estaba enferma, el despertar se operó natural y suavemente, bajo nuestra desvelada asistencia, como si volviese de un prolongado y benéfico sueño. Médicos y enfermeros se quedaron atónitos. La joven, sin embargo, tenía pena por haber vuelto a la vida objetiva, y derramaba abundantes lágrimas. Una terrible angustia pesaba en su corazón. No se acordaba de nada de lo que pasó con su espíritu durante aquellos seis días de sueño magnético. Sólo mantenía una vaga sensación de ternura, una misteriosa dulce añoranza en el fondo de su ser, que no podría definir...

Después de algunos días de ansiosa expectación, decidió viajar hasta Lisboa en busca de su hermana Arinda, que sabía estaba sirviendo en un hotel de buena reputación.

La situación, sin embargo, se presentaba difícil para la desventurada joven. No poseía recursos para emprender el viaje. Su pasado y su infeliz reputación le impedían trabajar en casas honestas, como criada. Pero alrededor de los desgraciados existen siempre ángeles tutelares dispuestos a intervenir en la ocasión oportuna, remediando situaciones consideradas insolubles.

En cuanto a Margarita la intervención del Cielo se presentó, para conseguir el dinero necesario para el transporte, en sus compañeras del hospital, que, viéndola llorar frecuentemente, le arrancaron la confesión de la amarga situación. Pobres, humildes, bondadosas, sufridoras, y, por eso mismo, pudiendo interpretar mejor las desdichas ajenas, las buenas criaturas contribuyeron, exigieron ayuda a sus maridos y parientes y, al cabo de pocos días, Margarita recibió lo necesario para viajar a la capital del reino.

Arinda acogió a su hermana. Le perdonó los pasados desvaríos, comprendiendo, finalmente, que en tan lamentable drama había más ignorancia y desgracia que verdadera maldad, pues no poseía esclarecimientos capaces de percibir, en los acontecimientos que rodeaban a su hermanita menor, los antecedentes espirituales que acabé de revelar.

La empleó en un hotel, cerca del suyo, procurando habilitarla en los menesteres domésticos pensando colocarle más adelante en ambientes familiares. Sucedió sin embargo, mis amigos, que la hija de Jerónimo fue al Brasil más deprisa de lo que esperaba... En este hotel, se hospedaba una familia portuguesa residente en São Paulo, el gran centro industrial brasileño. Estaban visitando su tierra natal y la capital... Margarita, guiada por la hermana, les sirvió con atenciones y bondad... Hubo simpatía de parte a parte... La familia le invitó a acompañarles para ir a Brasil, como criada... Arinda intervino, entendiendo las ventajas de esa situación... Margarita estuvo totalmente de acuerdo... y después de algunos días se cerró la página negra de su existencia para recomenzar nuevas experiencias y ocasiones de progreso y realización...

Nos miramos todos, como en un singular desahogo, deteniéndonos a mirar a Jerónimo, el personaje que ostentaba, en la tormentosa odisea que acabábamos de oír, la tremenda responsabilidad, ante la ley divina, de haberla provocado con su suicidio. El ex-comerciante de vinos, sin embargo, mantenía la frente baja, concentrada en pensamientos profundos.

De repente, en medio del silencio que siguió a la conmovedora exposición, una voz compasiva, revelando cariñosas entonaciones, preguntó, sinceramente interesada:

—¿Y Albino, hermano Santarém?... ¿el Cielo le concedió también alguna dádiva?...

Era Belarmino, cuya alma bondadosa, convertida a la enmienda, presentaba ya las mejores y más sólidas características de fraternidad, entre los de nuestro grupo.

—¿Albino?... —dijo sonriente el digno sacerdote, como absorto en grato recuerdo. Albino va muy bien, mucho mejor que su hermana... El aislamiento de la cárcel fue propicio a la meditación, haciéndole reflexionar con madurez y llevándole a buscar a Dios a través del sufrimiento. Tal como hicimos con su hermana, adoctrinándole en nuestro Departamento de Reposo, y, aceptando fácilmente nuestros consejos, se resignó rápidamente a la dolorosa situación, comprendiendo el justo castigo, puesto que realmente se equivocó en el seno de la sociedad.

Se dedicó a lecturas y estudios educativos, guiado muy de cerca por un alma de élite en quien depositamos mucha confianza, y actualmente encarnada en la Tierra —nuestro agente fiel y portavoz sincero— es decir un médium, un iniciado cristiano de la Tercera Revelación, llamado Fernando...

En los servicios realizados en el citado Puesto de Emergencia, le dieron instrucciones al querido intérprete respecto de lo que debería hacer para ayudarnos con relación al joven, siendo transportado su espíritu laborioso a aquella sala, durante el sueño profundo. Fernando, que ejerce su actividad profesional en la Policía, como adepto que es de la Tercera Revelación busca siempre en lo posible, testimoniar los preceptos del Divino Misionero. Entre los innumerables actos generosos que realiza como espírita cristiano, destacaremos el interés tomado por los encarcelados y sentenciados, a los que procura asistir y servir, llevándoles un rayo de amor en cada visita que les hace. Infunde esperanzas en sus corazones desfallecidos, calma su rebelión interior con la suavidad fraternal y buena de su palabra inspirada, de donde fluyen aclaraciones regeneradoras para apagar en lo posible su sed de justicia y protección.

Albino se sintió atraído por aquellas expresiones tiernas que le revelaron las dulzuras del Evangelio del Reino de Dios, como hablando de un mundo nuevo, una era nueva que surgía en su vida de joven desamparado. Los ojos grandes y soñadores de Fernando, reflejando el manantial de Luz que deslumbraba su alma de escogido del Cielo, impresionaron fuertemente al hijo de Jerónimo, que, aturdido y dominado por una singular simpatía, le confió su propia historia atormentada. Nuestro querido agente se conmovió sinceramente. Reconfortó al joven, le dio educación moral-religiosa bajo las inspiraciones de la Tercera Revelación, tal como le habíamos recomendado, lo que nos evitó un gran trabajo con el joven encarcelado...

En la soledad de la misma cárcel, Albino pudo recibir directamente nuestros incentivos, pues, gracias a los piadosos esfuerzos del siervo del Señor y a la buena voluntad del propio preso, se le hizo posible a éste hablarnos, tomándole de la mano y dictándole preceptos educativos, que tanto y tanto necesitaba fortalecerse para el camino redentor. Y el propio Albino escribió lo que le susurrábamos al pensamiento a través de la intuición, bañado en lágrimas, emitiendo una buena voluntad continua para el futuro.

Sin embargo, no acabó allí la labor fraternal de nuestro querido Fernando.

Tenía buenas relaciones en el Palacio Real. Se empeñó y obtuvo las atenciones de su majestad, la reina Dña. Amelia¹⁸, para el infeliz hijo de nuestro suicida. Le hizo comprender que se trataba de un huérfano desamparado, a quien la inex-

¹⁸ En 1889, Amelia de Orleans se transformó en reina de Portugal junto con su esposo que fue proclamado rey como Carlos I. El 1 de febrero de 1908, a su regreso a Lisboa, la familia real sufrió un atentado en la Plaza del Comercio de Lisboa, en el cual resultaron muertos el rey, de forma instantánea, y el príncipe real, veinte minutos después; queda vivo su hijo menor, Manuel. Doña Amelia se convirtió en una especie de tutora del nuevo rey, Manuel II. En 1910 con la abdicación de su hijo Manuel II de Portugal y el advenimiento de la República, Amelia de Orleans abandonó Portugal con el resto de la familia real (nota del traductor).

riencia y las malas seducciones habían desdichado, pero a quien se podría ayudar todavía, convirtiéndole en un ser útil a la sociedad, con un poco de protección y ayuda fraterna.

Aquí, en nuestro Instituto, se sabe que el espíritu de esa ilustre dama de la sociedad terrena es generoso, compasivo y deseoso siempre de enmendar. Para el progreso moral y espiritual de Albino, según las instrucciones que recibíamos de lo Más Alto, era indispensable prolongar la prueba de la cárcel todavía por tres años. Apoyamos, por tanto, los esfuerzos de Fernando, fielmente inspirado por nosotros, en el sentido de obtener cuanto antes el traslado del prisionero a África, donde, como fue estipulado, quedaría en libertad...

—Perdón, respetable Padre Santarém ¿no sería mejor que Albino hubiese sido enviado al extranjero?.. Al Brasil, por ejemplo, la segunda patria de los portugueses, donde nos gusta tanto vivir y también morir, al dejar Portugal... ¡Pobre Albino! ¡África!... ¡Inhóspita e inclemente!... —se atrevió ingenuamente a decir Mario Sobral, sin pararse a pensar lo inconveniente de su expresión.

—No, mi joven amigo. Albino necesita todavía ser conservado en custodia, ya sea policial terrenal ya sea espiritual, por parte de los que velan por su futuro... En Brasil encontraría demasiadas facilidades, que podrían alejarle de la unción en la que se viene conservando desde que conoció a Fernando y se afilió a la magna ciencia de la espiritualidad. Tendría excesiva libertad y la gran democracia brasileña no es lo que le conviene en este momento... Le arrastraría, posiblemente, a desvíos perjudiciales, cuando, al iniciar su propia regeneración, rodeado de responsabilidades, estaría todavía muy débil para vencer tantas y tan grandes tentaciones, como las que encontraría en el seno de aquel generoso país. El África inclemente es más propicio a los intereses espirituales. Es más caritativo enviarle allí que a ambientes contrarios a la enmienda que debe intentar para bien de su propio destino inmortal. Esperamos, pues, verle trasladarse para Lourenço Marques u otra cualquier localidad africana...

Considerando que los acontecimientos descritos por el consejero del Aislamiento influirían necesariamente en el corazón afligido de aquel padre suicida, ofreciéndole al mismo tiempo recuerdos torturantes y esperanzas de ánimo, le felicité sinceramente por el hermoso éxito de sus ruegos de oraciones, loando con júbilo, la amorosa solicitud de la Virgen de Nazaret, cuya intervención había remediado situaciones supuestamente definitivas. Y concluí con una pregunta, cuya respuesta me pareció tan interesante, que la adjuntaré a estas notas, finalizando el capítulo.

Pregunté a Jerónimo, abrazándole fraternalmente, mientras los compañeros parecían apoyar mi gesto, con sonrisas amistosas:

—...Y ahora, mi querido Jerónimo, resueltos los problemas más urgentes que ensombrecían de amarguras tu vida, ¿no te sientes más sereno para cuidar del futuro que,

según veo, ya ha sido bastante perjudicado por las aflicciones constantes e impacien-cias contraproducentes, en que te sumía el recuerdo de tus hijos queridos?...

—¿No te alegras, sabiendo que el heredero de tu nombre está dispuesto a servir honradamente a la sociedad, y tiene el corazón abierto a las auras celestiales de una fe religiosa que es como la bendición del Todopoderoso glorificando su futuro?... —¿No sonríes, sabiendo que tu rubia Margarita está en el seno de una familia respe-table, tan respetable que fue honrada con las atenciones de la Virgen, a quien supli-caste, para dirigirle a la rehabilitación eterna?... Jerónimo, ¡estarás muy alegre! —¡Todos nos alegramos contigo, amigo mío!...

Sólo entonces levantó su semblante entristecido, mientras respondía con una entonación lacrimosa:

—¡Si, amigo Camilo! Tan grandes y de tan profundo alcance han sido los beneficios recibidos por mí a través de la asistencia dispensada a mis seres más queridos, que jamás serán bastante elocuentes cuantas expresiones pueda yo tener para ofrecer a la Madre Santa de mi Salvador la gratitud que entremece mi pecho... a no ser que, por misericordia todavía más grande, me permita convertirme en protector de huérfanos y abandonados, evitando que se despeñen por los abismos en que vi inmersos a mis queridos hijos.

—Me alienta la esperanza de que ese milagro suceda, Camilo! Pues aprendí con mis dedicados maestros de esta acogedora casa que el espíritu vive sobre la Tierra sucesivas vidas, naciendo y renaciendo en formas humanas cuantas veces sean necesarias para el desarrollo de su ser en busca de la bendición de Dios.

Espero, por tanto, hacer eso mismo un día, en la Tierra, con otra forma humana que me sea concedida. Si, como hoy, ardiente y sinceramente acepto, que tenemos un alma inmortal, marchando progresivamente hacia Dios, demostraré mi recono-cimiento a las potestades celestes, creando, reencarnado en la Tierra, orfanatos, internados amorosos y acogedores, hogares cristianos donde los pequeños huérfanos estén a salvo de las dramáticas situaciones en las que mi suicidio lanzó a mis indefensos hijos...

—Sí! Estoy reconfortado, agradecido y esperanzado, pero alegre, aún no, porque una avalancha incómoda de deudas a pagar abrasa mi conciencia, quemándola con los fuegos impíos de mil razones para los remordimientos. No acuso a Zulmira, porque también me siento culpable de su nefasta caída. La pobreza irremediable, las privaciones acumuladas, el hambre torturante, fueron verdugos que la persiguie-ron y vencieron, encontrándola poco preparada moralmente para la resistencia necesaria, para las luchas diarias contra la adversidad, pues la infeliz, estuvo demasiado consentida en el hogar paterno, y por mí, que la amaba tanto, estaba acostumbrada a la comodidad excesiva y contraproducente y a la ociosidad nefasta que el dinero mal dirigido produce.

Si yo, el hombre, que tenía el deber sagrado de velar por el futuro de mi familia, educando a la prole, defendiéndola, honrándola, fracasé desastrosamente, abandonándola en la desgracia, ocultándome tras un suicidio para evitar la lucha honrosa, sin valor para el desempeño de la misión que hasta los seres inferiores de la Creación observan con apego, ternura y satisfacción; si yo, el jefe natural, que ante los hombres con el matrimonio, y ante Dios con la paternidad, me había comprometido a conducir el rebaño de la familia al santuario de la honra y la felicidad, les abandoné al fuego vivo de las iniquidades mundanas, escondiéndome bajo la tumba cavada por la cobardía de un suicidio –¿Quién debía recoger el deber que era mío?... ¿Qué podría hacer la pobre Zulmira, si yo, peor que ella, llegué a matarme para evitar el cumplimiento de deberes inalienables?...

¡Oh! para que Zulmira hubiese vencido a la desgracia, defendiendo y honrando cuatro hijos menores, era preciso que hubiese conocido la luz de principios elevados, bajo la orientación de una elevada comprensión cristiana, como tantas veces afirmó el hermano Santarém, viéndome sufrir al no estar conforme con su procedimiento. ¡Pobre Zulmira, que, como yo, ignoraba incluso que era creación divina... a pesar de la afectación religiosa exigida por la sociedad hipócrita en que vivíamos! La oración es mi alivio, así como los estudios que vengo realizando respecto a la nueva concesión de un cuerpo terreno... Y dando gracias a Dios por todo eso, amigo mío, ya es mucho para quien, no hizo nada en absoluto para merecer tanta misericordia...

– ¿Podría darnos alguna información respecto a las condiciones en que se realizarán las nuevas experiencias de nuestro querido Jerónimo, hermano Santarém? –pregunté, atraído por las enseñanzas que se desprendían de todos aquellos hechos.

– Será un razonamiento simple, amigo mío, al alcance de todo aprendiz aplicado.

Cuando, en la sociedad terrena, practicamos delitos irremediables, al volver a la patria espiritual debemos prepararnos para más tarde volver al teatro de nuestras infracciones, en existencias posteriores, para recapitular el pasado, actuando de modo contrario al de nuestro fracaso. Partiendo de esa regla, en este caso, necesariamente, Jerónimo deberá enfrentarse de nuevo con la ruina financiera, la deshonra comercial, tal como la Tierra considera la bancarrota de una firma comercial, con la pobreza, con la falta de crédito –motivos que ayer le llevaron al suicidio–, para que pruebe el arrepentimiento que siente y los valores morales que la amarga experiencia del Más Allá le llevó a adquirir. Para que eso se haga posible, la ruina deberá producirse a despecho de sus esfuerzos por evitarla y a pesar de su probidad pero nunca por las causas que acaba de expresar, dilapidando en goces y vanidades mundanas el préstamo de la fortuna que el Distribuidor Supremo le había confiado para su progreso y el de sus semejantes. Quedará el problema creado con su familia, a quien abandonó en una situación espinosa, huyendo al deber sagrado de luchar para defenderla... La conciencia le aconsejará sobre los detalles en el desempeño de tan delicada reparación, pues él tiene su libre albedrío.

Las luchas de la expiación, los momentos amargos y los dramas que vivirá para su labor de reparación serán agravados por un precario estado de salud orgánica y moral, males indefinibles, que la ciencia de los hombres no curarán, porque serán repercusiones dañinas de las vibraciones del periespíritu perjudicado por el traumatismo, resultante del suicidio, sobre el sistema nervioso de su cuerpo físico. Es posible que incluso sufra sordera y una parálisis parcial, que quizás afecte su visión, en su futuro estado de reencarnado... porque él prefirió matarse destrozando su aparato auditivo con el proyectil de un arma de fuego... y sabéis, amigos míos, que el cuerpo astral –el periespíritu–, siendo, como es, una organización viva y semimaterial, también se resiente, forzosamente, con la brutalidad de un suicidio, y así modelará su cuerpo futuro padeciendo mentalmente los mismos perjuicios...

* * *

Nos despedimos del hermano Santarém emocionados. No teníamos expresiones con las que agradecer la gentileza de las aclaraciones proporcionadas. Abrazamos a Jerónimo y salimos, apenados con la gravedad de su situación, pues, a pesar de todo cuanto acabábamos de conocer, el pobre compañero seguía siendo un solitario recogido en el Aislamiento, de donde no saldría ni siquiera para visitar a sus hijos, sino para instruirse dentro de la medida de sus capacidades, y bajo la vigilancia severa de los mentores. Cargado de vibraciones pesadas, el contacto con los seres queridos podría sugerirles angustiosamente, arrastrándoles a posibilidades desastrosas.

—Debéis cerrar esta serie de visitas con una al Departamento de Reencarnación — advirtió el viejo doctor de Canalejas—, ya que, en algunos días, deberéis realizar vuestro antiguo sueño, volver a ver la patria y el antiguo hogar...

El pequeño vehículo nos esperaba. Cayó el inmenso puente levadizo y salimos al campo matizado de azucenas. Una indefinible amargura apretó nuestros corazones, mientras yo creí aunar las impresiones de todos mis pobres cómplices, al exclamar:

—!Adiós, pobre Jerónimo! No sé si nos veremos otra vez, antes que la inevitable jornada de la reencarnación nos separe... ¡Que el Celeste Bienhechor se apiade de tu espíritu, iluminando con los favores de Su paternal clemencia la ruta por donde peregrinarás rodeado de espinos y decepciones! ¡Tu historia es también la nuestra, bien lo sé!... Cuando el noble hermano Santarém explicaba tus problemas con su palabra sugestiva y educadora, me daba perfecta cuenta que él, caritativamente, deseaba advertirnos sobre los momentos difíciles que a también nos esperan a nosotros...

CAPITULO V

PRELUDIOS DE REENCARNACIÓN

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, te digo, que aquel que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. “No te maravilles de lo que te digo: Os es necesario nacer de nuevo”.

JUAN, 3:3 y 7.

El Departamento de Reencarnación se localizaba en el extremo de la Colonia Correccional María de Nazaret, limitando con las regiones propiamente consideradas espirituales, o zona educacional. Podemos comprender esa ubicación fácilmente sabiendo que, tanto de la zona inferior como de la regeneradora de la Colonia, venían frecuentemente grupos de pretendientes a la reencarnación planetaria.

El núcleo de servicios comprendía las siguientes secciones, ejerciendo todas funciones destacadas, aunque interdependientes:

1. Recogimiento.
2. Análisis – (Salas secretas, inaccesibles a los visitantes).
3. Programación de las reencarnaciones.
4. Investigación.
5. Planificación de los cuerpos físicos.
6. Laboratorio de Reducción –(Salas secretas, inaccesibles a los visitantes).

Gran parte de los trabajadores que desarrollaban allí su labor, estaba compuesta de espíritus femeninos. Sin embargo, los puestos clave, así como la Dirección General del Departamento, eran responsabilidad de los iniciados que conocemos.

Al traspasar sus límites demarcados por murallas inaccesibles a visitantes no autorizados, fue una grata sorpresa recibir la suave luz del sol, percibiendo sus tonos coloridos por primera vez en cuatro años de hospitalización.

Con sorpresa, vimos una ciudad muy animada, donde se elevaban edificios soberbios, en elegante estilo hindú. La India legendaria y sugerente surgía en aquellas avenidas pintorescas y encantadoras, invitando a la meditación, al estudio, al elevado cultivo de las cosas sagradas de la Espiritualidad y de los destinos del alma.

En aquellos palacios rodeados de columnas o adornados de cúpulas típicas, como también en las mansiones residenciales, graciosas y sugestivas, hermosas miniaturas de aquellos, y donde residían los servidores dedicados a la causa redentora del Maestro de Jerusalén, se imprimía la belleza grave e indescriptible del ambiente sacroso de lo Invisible, servido por entidades de élite cuyo ideal era la observación de la Ley Suprema, los servicios de Jesús y la protección a los pequeños y débiles. Parecía encontrarse allí la verdadera civilización hindú, que solo fue entrevista entre los éxtasis de los iniciados de los antiguos santuarios secretos, y que nunca fue comprendida y, por eso mismo, jamás practicada sobre la Tierra.

Nos sentíamos bien, plenos de emociones que hablaban de consuelo y esperanza a nuestras almas. Y para mayor satisfacción nuestra, el Sol hermoso, reuniendo en las mismas dulces expresiones de belleza parques y jardines, lagos y cascadas chispeantes, el caserío como el horizonte que se extendía hasta el infinito, acariciándoles con tonos suaves, como si su luz de oro fluido se colase a través de velos translúcidos, reduciendo el tamaño del panorama como si todo estuviese construido en finísima porcelana...

Guiados por nuestros queridos amigos, los de Canalejas, entramos al edificio donde se encontraba el gobierno central del Departamento.

La bondad y gentileza del eminente gobernador, el hermano Demetrio, nos concedió un instructor local, dispuesto a prestarnos los esclarecimientos necesarios, como principiantes en la vida espiritual. Era una joven, cuyo semblante risueño y atractivo nos infundió una inmediata confianza. De tan amable personaje nada más logramos saber que se llamaba Rosalía y había vivido en Portugal su última peregrinación terrena.

Pudimos prescindir de la presencia de Carlos y Roberto. Nos entregaron, pues, a los cuidados de Rosalía y se despidieron para atender a labores más urgentes, con la promesa de venir a nuestro encuentro, para volver al pabellón donde residíamos.

Nos reunió la joven a su alrededor, y, en el centro del grupo nos dijo, ya bajando las escaleras del edificio:

—Empezaré la pequeña tarea ordenada por nuestro querido jefe, el hermano Demetrio, queridos amigos diciendo, que es inmensamente grato a mi corazón servir a vuestra instrucción, como si lo hiciese con hermanos muy amados. Siento que el loable deseo de observar para aprender y progresar florece en vuestras mentes y por eso, os auguro un formidable futuro en nuestro grupo, cuya finalidad es servir para engrandecer al prójimo carente de amor y auxilio. Pero, omito cualquier felicitación, porque sería prematuro. Deseo para vosotros, el aliento misericordioso de lo Alto, para que os ayude en el mantenimiento de los buenos propósitos actuales...

Le dimos las gracias, encantados. Seguimos caminando por una de aquellas magnificas avenidas ornadas de primorosas plantas, mientras iban y venían, cruzándose con nosotros, trabajadores apresurados, dando gran animación al ambiente. Un singular silencio reinaba en ese nuevo núcleo, tal como sucedía en los demás ya conocidos, lo que no dejó de despertar nuestra atención.

La joven continuó, mientras una sensible corriente de superioridad se desparramaba de su personalidad, infiltrándose en el fondo de nuestro ser y así despertando las mejores actitudes de respeto y veneración que éramos capaces:

—Como vais a comprobar, nadie que sea acogido en este Instituto como huésped temporal, que necesite recapitular experiencias terrenas, podrá hacerlo, sin antes ingresar en nuestro Departamento para una estancia que varía de uno a dos años, de acuerdo a su estado, antes de iniciar las actividades relacionadas con el cuerpo que será llamado a animar. Diariamente comparecen aquí espíritus ansiosos por volver al teatro de sus propias caídas, presurosos por reparar el pasado cuyo recuerdo les desespera, de expiar faltas, de recapitular el drama íntimo, para conseguir vencer el remordimiento tiránico que quema sus conciencias, fantasmas sangrientos de sí mismos, encadenados al infamante resultado del suicidio.

Obteniendo el beneplácito del Templo para su reencarnación, el cual a su vez, ya lo recibió de lo Más Alto, donde está la dirección soberana de la Legión, el pretendiente, al presentarse a la jefatura de este Departamento, primero irá a la sección de Recogimiento, donde se confeccionarán sus registros relativos a la Tierra, admitiéndole allí bajo los cuidados paternales de guías que le asistirán fielmente a partir de esa fecha, acompañándole incondicional e ininterrumpidamente durante su “vía crucis” expiatorio en los escenarios terrestres.

Resuelto el primer problema, acudirán los técnicos de la Sección de Análisis, que deberán estudiar sus tendencias características, estudiando pormenorizadamente su psique: su alma, su ser y los rincones más remotos de su conciencia serán escudriñados por esos trabajadores del Señor, que, por ser iniciados superiores, están a la altura de esta delicada misión. Utilizando las facultades magnéticas superiores que poseen, obligan al paciente a abrir las páginas del libro inmenso del Alma, recapitulando en él el pasado, y así revelándose tal como realmente es, pues, sabed —si todavía lo ignoráis— que todas las criaturas traen la historia de sí mismas impresa en caracteres indelebles en los laberintos del ser, siendo capaces, en determinadas circunstancias, de revivirla en detalle y darlas a otros para igualmente examinarlas, estén todavía presas a los lazos carnales, o liberadas de ellos...

Sin embargo, existen excepciones, como son los asilados del Psiquiátrico. Estos, lamentablemente, reencarnarán tal como se encuentran. No es posible intentar nada para beneficiarles, a no ser el retorno al cuerpo físico, que será la terapia impuesta para correctivo del descontrol general de las vibraciones, creando, así, ocasiones para nuevas tentativas futuras. Esa terapia, ayudada por la oración que

diariamente les será administrada en cadenas simpáticas, dulces y benéficas, hechas en su favor desde aquí, es todo cuanto, de momento, lograrán obtener esos infelices, a pesar del gran deseo que tenemos de verles serenos y dichosos.

Una vez concluidos los trabajos analíticos del carácter, los mismos técnicos harán un informe de lo que comprobaron, minucioso y rigurosamente exacto, pasando entonces el caso a la sección de Programación de las Reencarnaciones.

Por lo expuesto habréis comprendido que estos análisis son indispensables ya que establecen el programa de la existencia a seguir. Los méritos y deméritos del reencarnante, las caídas pasadas más graves y que, por eso mismo, mayor urgencia exigirán en la reparación, las concesiones atenuantes que se les pueda hacer, la preparación, en fin, de la existencia proyectada, se establecerá a través de la investigación descrita, aunque debo aclarar que esa importante elaboración se divide en dos partes distintas, con una sensible diferencia en la forma de operar.

Es difícil, exigiendo hasta varias experiencias, realmente torturantes, cuando la persona que va a reencarnar procede de la zona inferior de la Colonia, es decir, de los Departamentos del Hospital y las prisiones de la Torre, mientras que supondrá una mera revisión y constatación de los informes cuando el pretendiente sea un interno del Instituto propiamente dicho, es decir, de la región regeneradora dedicada a la reeducación, el Colegio de la Iniciación, etc., donde no tardareis en ir vosotros. De cualquier forma, ese trabajo se facilita en gran medida por los informes derivados del Templo y por la ayuda de los Guías misioneros indicados por el Astral Superior, ya que sin su presencia no se hará nada en absoluto para la finalidad de la reencarnación.

Una vez establecida la programación y concluido el borrador de las luchas expiatorias o reparadoras del reencarnante, de acuerdo con sus fuerzas de resistencia moral, es decir, de las posibilidades que dispone para la victoria y previstos los emprendimientos que pueda concretar a la vez que las expiaciones, las realizaciones para las que tenga capacidad; las facilidades que deba encontrar por el camino, que son efecto de los méritos anteriormente conquistados o las dificultades que, en su propio beneficio, encontrará durante el desarrollo de la existencia, consecuencia de los deméritos que arrastra del pasado, planificado, en fin, el panorama de la vida que le espera dentro de la reencarnación terrestre, que tanto le conviene, y que, generalmente, es tan deseada por la misma persona acosada por el arrepentimiento, todo este magnífico trabajo, verdadera epopeya sabiamente trazada, es enviado a la Dirección General de la Colonia, que lo examinará ¹⁹.

¹⁹ No se debe hacer conclusiones exageradas de esa exposición. Antes de la encarnación, el Espíritu podrá escoger las pruebas de la pobreza, por ejemplo, sujetándose entonces a las peripeyas del grado de pobreza que le convenga acarrear a su existencia. No se debe creer, por tanto, que en el Más Allá hayan sido discriminados minuciosamente todos los detalles y accidentes de la pobreza prevista. Si la prueba es la ceguera o mutilación, eso vendrá a

Hay casos que necesitarán correcciones, que podrán referirse a la disminución de las pruebas, dejando para un futuro remoto la solución de algunos problemas, o el incremento del volumen de reparaciones para un período más corto, siempre de acuerdo con las posibilidades generales del amparado. El mismo Templo, no obstante, sólo expedirá órdenes en este último sentido cuando reciba autorización de lo Más Alto.

Tanto los Guías misioneros de la persona como los técnicos del Departamento de Reencarnación, son espíritus de elevado linaje en las regiones virtuosas del Más Allá, portadores de una gran sabiduría y gloriosa inspiración al servicio de la causa de la redención humana, generalmente los programas que ellos establecen tienen el beneplácito del Gobierno General de la Legión que, a través del Templo, autoriza la preparación del nuevo cuerpo físico para el aprendizaje en la Costra del planeta...

Nos habíamos parado bajo los árboles que había a lo largo de la avenida por donde caminábamos, y oímos tales exposiciones interesadísimos accordándonos de las citas que nos daban ciertos libros antiguos sobre las clases que daban Pitágoras, Sócrates y Platón, rodeados de discípulos, y más o menos basadas en principios análogos, a la sombra de los plátanos, en los parques de Atenas.

Intervino Belarmino, que atendía las palabras de Rosalía con atención:

—Hermana, ¿podemos deducir de tus palabras que los dramas de la vida humana, las desgracias, las tragedias que diariamente sacuden el globo, convirtiendo a la humanidad en un juguete de fuerzas ciegas y superiores, son dirigidas por una fatalidad inexorable?...

Sonriendo con encantadora sencillez, la lúcida sierva de María dijo, mientras nos invitaba a subir las escaleras del noble edificio rodeado de columnas y arbustos floridos y árboles frondosos, en cuyos pórticos se leía esta simple inscripción: “Recogimiento”:

—¡No, amigo mío! El sentido común indica que la humanidad no puede ser regida por la ceguera de la fatalidad. Eso que llamáis fatalidad no es sino el efecto de una causa que el mismo hombre crea con el conjunto de las acciones practicadas en la Tierra, cuando vive divorciado del bien, de la moral y del deber, o, en el Más Allá, como espíritu desviado de la Ley, embrutecido en las tinieblas de las que se rodeó, pues es él mismo, a través de los actos buenos o malos que practica, quien determina la naturaleza de su propio futuro.

La fatalidad existirá, si así lo queréis, no ciegamente, reduciendo a la humanidad a un mero juguete, sino como una secuencia lógica, inteligentemente correcti-

suceder sin que sea necesario indicar en la programación hecha antes de la vuelta al cuerpo carnal, el accidente o la enfermedad que le conducirá al estado conveniente de prueba. Esto es lo que se concluye de las obras básicas de la Doctrina (nota de la médium).

va, de los desvíos delictivos, programada por su propio libre albedrío al preferir el error a las reglas de la razón y de la conciencia. Al ser un correctivo, ese estado de cosas desaparecerá en el momento en que se corrija la causa que le dio origen, es decir, los restos inferiores de la maldad en que se fundaron los actos practicados.

Asimismo, en los programas que se elaboran aquí, para el futuro de la persona, no se incluyen los pormenores ni las actividades diarias que desarrollará en los trabajos, de la vida terrena, así como las particularidades necesarias para alcanzar lo inevitable. Sólo anotamos los puntos principales, los que constituyen reparaciones, hechos decisivos y secuencias que han marcado los pasados acontecimientos, es decir, la causa. La expiación se encuentra de tal forma arraigada en la conciencia de la persona, como efecto de los remordimientos y de la necesidad de progreso por un pasado criminal, que él mismo, bajo el impulso de su libre voluntad la cumpliría, aunque no fuese proyectada bajo nuestro criterio. Conviene, sin embargo, que así lo hagamos, porque, entregado a sí mismo, quizás caería en excesos perjudiciales, creando posibilidades desastrosas.

Igualmente, se anota también la capacidad que tenga para realizaciones meritorias, pudiendo incluso ser discriminadas e indicadas..., pues ningún espíritu, encarnado o no, sólo porque se encuentre encadenado a sus pruebas, será inhibido de colaborar con su propio progreso mediante su dedicación a las causas nobles, dedicándose a actividades para el bien del prójimo. El reencarnado, es libre de efectuar o no aquellas metas que se comprometió a alcanzar, antes de la reencarnación, cuando se proyectaban las líneas de su futuro.

Será libre, sí. Pero, en caso de desviarse del compromiso asumido, le angustiarán grandes pesares más tarde, al sentir que, además de haber faltado a la palabra empeñada con sus Guías, dejó de adquirir méritos que podrían haber abreviado mucho su camino de recapitulaciones. Como ves, amigo mío, no se trata de fatalidad, sino de un encadenamiento armonioso de causas y efectos...

Entramos en un amplio salón con muchos compartimentos, teniendo cada uno, en lugar de puertas, discretas cortinas de suavísimo tejido azul celeste. Un silencio impresionante llamaba nuestra atención, creyendo que no habría nadie allí. Un aroma delicado y sugestivo, prestaba un encanto indefinible a ese interior lleno de atractivos, donde una luz dulcemente dorada penetraba por unas claraboyas ovaladas adornadas con rosas blancas. El recinto estaba adornado discretamente con esas flores, dejando entrever un exquisito gusto femenino en su decoración.

En un ángulo del salón, sobresalía un mostrador semicircular. Una señora de edad indefinible se levantó inmediatamente al vernos, y, dejando aflorar en los labios una bondadosa sonrisa, nos saludó con esta fórmula singular, mientras caminaba en nuestra dirección, extendiendo gentilmente su mano:

—¡La paz del Divino Maestro sea con vosotros!

Rosalía nos la presentó, amablemente:

—¡Ya os esperaba, amigos míos! El hermano Teócrito se comunicó conmigo esta mañana, informándome de vuestra necesidad de rápidas aclaraciones sobre esta sección... Os acompañaré yo misma por este Recogimiento, que os recibirá un día a todos vosotros, pues no hay nadie, internado en esta Colonia, que deje de pasar por aquí...

Era una religiosa. Su hábito blanco, matizado por fosforescencias de oro pálido, que parecían venir de la luz que se proyectaba sobre el apacible recinto, era muy bello, como si se tratase de la túnica de una Virgen legendaria de los poemas sagrados.

No identifiqué a que congregación religiosa pertenecía, cuando vivía en la Tierra, esa dama encantadora que, ahora, en el Mundo Espiritual, nos sorprendía como trabajadora de una Colonia auxiliar para corrección de suicidas, colaborando, al lado de ilustres iniciados de las Doctrinas Secretas, en los servicios de la Viña del Señor. Sé, sin embargo, que, honrando ciertamente el hábito humilde en el desempeño de tareas terrenas ennoblecedoras, veía ahora sublimarle en al Más Allá, en el seno de una congregación fraterna y modelo, donde merecía dirigir una de las más importantes secciones, el Recogimiento, como fiel iniciada cristiana que era.

Gentil y bondadosa, nos invitó a reposar por algunos instantes, ofreciéndonos a cada uno de nosotros, y a Rosalía, una de sus bellas rosas, mientras hablaba, risueña y simple, como una grácil muchacha:

En la época, en que viví, reclusa en el Convento de Santa María, en mi exilio terreno, cultivaba rosas en mis horas de ocio, cuando no solicitaban mis servicios los enfermos más allá de los muros que me aislaban... Este fue el único pasatiempo del que disfruté en el mundo de las sombras, durante mi última peregrinación en él. Yo hablaba a las rosas y a las otras flores. Las entendía, educaba y criaba como si lo hiciese con personas muy queridas, me divertía con ellas, y tenía mis confidencias con ellas, depositando en sus pétalos las lágrimas que los infortunios de las desilusiones y de la tierna añoranza salían de mi corazón.

En la comunidad no se permitía tener ni siquiera un animalito, un pájaro, nada que pudiese desviar el afecto y las atenciones de las reclutas de los deberes austeros a que eran obligadas o de la contemplación íntima a que se deberían invariablemente dedicar, con la intención de limpiar el carácter y los sentimientos para la buena sintonía con los efluvios divinos... Incluso las flores, no las cultivaba para mí, sino para la comunidad... Pero yo seguía las normas establecidas por Francisco de Asís y estaba convencida de no haber ningún mal en dedicar un poco de mis afectos también a las mimosas flores que surgían de la tierra bajo mis cuidados... Me acostumbré a ellas, desde entonces...y no sólo no me impidieron estar en armonía con las vibraciones con los planos del Amor y del Bien, sino que

las continúo cultivando en la plena intensidad de la vida espiritual, sin jamás olvidarlas...

Impresionado con los encantos que se desprendían de la religiosa, Belarmino hizo una pregunta, que consideré indiscreta y de muy mal gusto:

—Si —dijo él—, veo que sigue cultivando rosas en estos parajes del mundo invisible... Me siento un tanto confuso... ¿es posible eso, hermana...?

—...hermana Celestina... para servirte, querido hermano Belarmino. ¿Cómo dices?... ¿No ves ahí las flores?... ¿cómo no va a ser posible, entonces? ¿Y por qué no se cultivarían flores en el Más Allá, si es aquí, y no en los mundos materiales, donde existe el verdadero modelo de la Vida, enriquecido cada día con los progresos de cada uno de sus habitantes?... ¿Acaso existirá en la Tierra alguna cosa, en lo que concierne al bien y a lo bello, que no sea una pálida reminiscencia conservada de la Patria Espiritual por las personas allí retenidas?... El fluido de la vida, que hace germinar las flores y plantas terrenas, perfumándolas, y embelleciéndolas, ¿no es por ventura el mismo que fecunda y anima la quintaesencia y sus derivaciones, de las que nos servimos en estas regiones?... El Artista Divino que adornó la Tierra, con tantos motivos hermosos, ¿no es el mismo, que vivifica y embellece todo el universo?...

Agradecimos la dádiva, que parecía refulgar y vibrar, poseída de ignorados principios magnéticos. Aspiramos el aroma sutil que impregnaba el salón, mientras la interlocutora nos hacía pasar a una extensa galería, sustentada por majestuosas columnas. Parecía un claustro. A un lado y otro, se alineaban puertas esculpidas en motivos clásicos hindúes. Y, de arriba venía la misma claridad fluida y dulce, encendiendo tonalidades doradas, infundiéndo confianza y alegría a cada paso.

Nos guió la gentil señora a una de aquellas puertas y, mientras entrábamos, comprobamos sorprendidos que pertenecían, a extensos dormitorios. Nos explicó:

—Cuando es evidente la necesidad y el momento en que el asilado de esta Colonia vuelve al aprendizaje de la carne, para completar el compromiso de la existencia interrumpida con el suicidio, se presenta al Departamento de Reencarnación acompañado de los mentores que le asisten, con las recomendaciones y autorizaciones necesarias, provenientes de la jefatura del Departamento donde estuvo con nosotros.

Del despacho del hermano Demetrio, vendrá a esta sección y aquí pasará a residir como interno. Le hospedamos con afecto y satisfacción, procurando hacer su estancia lo más consoladora posible... porque, generalmente, el suicida es un ser triste a quien nada le alegra, un inconsolable que, sabiendo que no tardará en volver a la Tierra en durísimas condiciones, mucho más se angustia al entrar aquí, donde permanecerá mientras duren los preparativos para su retorno.

Sus miedos, las meditaciones acerca de lo que pasará en el futuro, enclaustrado nuevamente en la vestimenta carnal, se van dilatando a cada minuto que pasa, pues no ignora, sino que percibe con claridad, lo que le aguarda en la vida en que deberá rehabilitarse para la conquista de sí mismo, para los planos del verdadero Bien.

Ese estado de ansiedad, agravándose en la proporción que se van haciendo los preparativos, se vuelve verdaderamente angustioso, provocando lágrimas frecuentes en sus corazones desgarrados por el arrepentimiento, por el temor y la añoranza..., pues, desde el día que un pretendiente a la reencarnación traspasa los umbrales del Recogimiento, se despide de la Colonia o del Instituto, de los maestros que le han instruido, de los compañeros y amigos que tuvo allí, sólo los reencontrará más tarde, al terminar el exilio...

Aunque es verdad que, una vez reencarnado, no estará separado de estos, como a primera vista se podría suponer. Al contrario, continuará siendo el blanco de las atenciones todos los que velaron por él durante la estancia en la Colonia, ya que la permanencia en el plano físico no disminuirá el deber de estos para con él, ni estará, por eso, desligado de ella. Podrá incluso continuar siendo recibido aquí, aconsejado, instruido, confortado por sus antiguos mentores, gracias al sueño del cuerpo físico, que le permitirá una relativa libertad, y lo hará, necesariamente, pues no se desligó aún de nuestra tutela, está de la misma forma internado en nuestro Instituto porque la reencarnación a que se somete no es sino uno de los recursos con que contamos para el trabajo de educación necesario para su recuperación al plano normal de la marcha gloriosa hacia el progreso. Pero..., ellos saben que, una vez en el cuerpo físico, ya no serán tan lúcidos y olvidaran la convivencia fraterna, las caritativas bendiciones de la presencia de aquellos que fueron como ángeles tutelares que enjugaban las lágrimas de la desgracia, y por eso, se angustian y sufren...

Mis auxiliares y yo velaremos por ellos aquí, en el Recogimiento, ayudándoles a la readaptación a las cosas de la Tierra, despertándoles el gusto por la existencia en el seno generoso del planeta tan bien dotado por la Sabiduría del Todo Misericordioso, y que sólo los desvaríos del hombre le vuelven inclemente e ingrato..., pues conviene no olvidar que el suicida se desencantó de la permanencia en la sociedad terrena, la detesta y quisiera afinarse con otra que hablase mejor a sus íntimos deseos. Muchos, asustados con las perspectivas de las expiaciones, que sólo conocen minuciosamente después de ser internados aquí, se arrepienten de la intención que traían y, acobardados, piden retrasar un poco más la época del renacimiento, en lo que son atendidos. En lágrimas, son reconducidos, entonces, al lugar de donde vinieron y entregados a sus tutores locales, quedando sin otros progresos hasta que se decidan al único recurso que les proporcionará la posibilidad de días mejores: la reencarnación.

Aquí, no permanecen inactivos, a la espera de quien les prepare la morada terrena del futuro. Trabajan con sus instructores en los preparativos para su renacimiento, colaboran en la exhaustiva labor de las investigaciones para escoger los padres que mejor convengan a las pruebas que deberán presentar ante las leyes sacrosantas que infringieron, porque, generalmente, los suicidas no reencarnan para la expiación en los círculos de afectos que les son más queridos, sino fuera de ellos, para que estudien, bajo la orientación de los guías misioneros, la programación de sus actividades en la Tierra, aprendiendo, en una especie de clase práctica, ofrecida a través de cuadros inteligentes y animados como escenas teatrales o cinematográficas, a desarrollarlas, realizarlas, remediarlas y llevarlas a una finalidad positiva, actuando con acierto y prudencia.

Viajan asiduamente a la Tierra, donde están siempre acompañados de sus tutelares generosos, procurando orientarse en las costumbres a las que tendrán que adaptarse, según sean los ambientes en los que arrastrarán la prueba que consigo llevan porque les conviene a ellos mismos que se resignen a la situación antes del ingreso en el cuerpo carnal, para que no sientan demasiado el cambio de costumbres que les proporcionó la convivencia con nosotros; y, después de ultimar las investigaciones y escogido el medio familiar en que ingresarán, estarán alrededor de sus futuros padres, procurando ajustarse con ellos, conocerles mejor, adaptarse a sus costumbres, principalmente si es necesario para el progreso la difícil situación de aceptar para el renacimiento un medio hostil, donde pueden existir enemigos de otras vidas o espíritus extraños, indiferentes por tanto a los infortunios que les sacudirán...

—Quiere decir hermana, que esas investigaciones a que se refiere... —pregunté, aprovechando una pequeña pausa de la elocuente interlocutora.

—... se mueven en torno de la búsqueda de una familia, de un ambiente, de padres bastante caritativos para estar de acuerdo en recibir en su seno a un hijo extraño, que será motivo de constantes preocupaciones, dadas las pruebas que acompañan la reencarnación de un suicida. Existen realmente casos penosos, difíciles de ser resueltos, amigos míos. Tenéis un ejemplo en esas personas, las que visteis en el Psiquiátrico, cuando se quedan aquí, en el Recogimiento, esperando que se les consigan padres, pues, como sabéis, ellos, además de incapacitados para colaborar con sus mentores en su beneficio, el estado en que están es de tal forma precario que, para el renacimiento, sólo se les permite un cuerpo entorpecido por achaques insolubles, inaccesible al estado normal de la criatura encarnada, constituyendo una angustiosa prueba para los padres que les reciban.

Como ya explicamos, muchos de esos infelices volverán a la vida planetaria ocupando cuerpos carnales paralíticos, dementes, sordomudos, enfermos incurables, etc., etc., y su vida transcurrirá en ambientes donde existan grandes pruebas a

ser expiadas por los padres. Para eso, sus guías y dedicados mentores establecen, con los posibles padres, conmovedores convenios, acuerdos supremos como este:

—Que estén de acuerdo en recibir en su seno a aquellos desdichados, como hijos, y les amparen en el “vía crucis” de su expiación, pues necesitan la reencarnación para volver en sí del entorpecimiento a que el suicidio les arrojó, y, así, mejorar su situación.

—Que practiquen esa sagrada caridad, por el amor del Divino Cordero, inmolado en lo alto del Calvario por amar a los pecadores y desear su recuperación para la vida inmortal, porque la suprema Ley del amor al prójimo les otorgará el mérito de la buena obra, favoreciéndoles oportunidades dignificantes para realizaciones rápidas en el plano de la evolución, para conseguir un estado feliz y compensador.

—Que consientan en convertirse temporalmente en agentes de la Legión de María, aceptando en su hogar generoso a sus enfermos infelices por el pasado pecaminoso, hasta que finalicen la expiación necesaria, resultante de la lección pavorosa del suicidio... Pues, determina la Ley que la caridad cubra una multitud de pecados..., y ellos, padres, que también han fallado contra la supremacía de la incorruptible Ley, verían lavados muchos delitos por esa sublime virtud que bien pudieron practicar, sirviendo a los sagrados designios del Creador.

Pero, si algunos están conformes bondadosamente con cumplir la honrosa y amarga tarea, hay otros que la rechazan, prefiriendo reparar las propias faltas hasta el último céntimo, a contribuir con sus servicios para que uno de estos infelices repare las consecuencias del gesto macabro que cometió, bajo un techo amoroso y honrado. No sintiéndose obligados a eso por ley, prefieren sus propias pruebas, al lado de una prole sana y graciosa, a suavizar las penas, con la concesión de oportunidades generosas y compensadoras, bajo la condición de ejercer la sublime caridad de prestarse a la paternidad de pequeños monstruos y anormales, que sólo les acarrearían disgustos e inquietudes...

—¿Y cómo pues, reencarnaran esos pobres compañeros de desgracia, Dios mío?... ¿Cómo reencarnaremos entonces nosotros, a quienes todo nos faltará, incluso padres?... —pregunté, impresionado y ansioso, recordando que yo volvería al cuerpo ciego, Mario sin las manos y Belarmino enfermizo e infeliz desde la cuna...

—Os darán informes en la Sección de Investigación, queridos hermanos. Ahora, visitemos estas dependencias que también os alojarán un día, al iniciarse las jornadas reparadoras...

Era el Recogimiento como un enorme internado, compuesto de cuatro pisos bien diferentes, aunque no hubiese ninguna diferencia en su disposición interna.

En el primero, se reunían espíritus venidos de las regiones menos infelices de la Colonia, es decir, los internos y aprendices del Instituto, ya iniciados en la ciencia

de la Espiritualidad propiamente dicha. En el segundo, permanecían las personas del Hospital María de Nazaret que habían preferido la reencarnación inmediata, y los del Aislamiento, mientras que el tercero tenía a los prisioneros de la Torre, y el cuarto era reservado a los del Psiquiátrico. Para los espíritus femeninos existía un alojamiento idéntico, localizado en un lugar vecino al nuestro, en un edificio separado.

Celestina nos llevó a conocer todo. Allí se registraba al reencarnante: –su nombre, el lugar donde renacería, la fecha, nombre de sus padres, el tiempo previsto de existencia planetaria, etc., etc., todo, quedaría perfectamente archivado.

Los internos vivían allí hermanados por idénticas preocupaciones orientados por los asistentes incansables, que lo intentaban todo para verles salir victoriosos en las luchas terrestres. A cualquier parte a que las obligaciones del momento les llamasesen, es decir, a la Tierra, a las salas de Análisis, donde eran sometidos a la delicada intervención ya descrita; a las secciones de programación de las Recapitulaciones y de Investigación, el Recogimiento siempre era el punto de retorno, donde estaban todos hasta el final de los preparativos y también hacia donde gravitarían más tarde, cuando acabase la existencia corporal para la que entonces se preparaban.

Los preparativos, frecuentemente se dilataban por algún tiempo, excepto los enfermos del Psiquiátrico, cuyas gestiones para el retorno a la Tierra eran breves, limitándose casi exclusivamente a los trabajos de Investigación.

Una vez concluidos los preliminares, venía la fase de las realizaciones. La jefatura del Departamento daba órdenes al Laboratorio de Reducción para iniciar la operación magnética necesaria, así como la atracción hacia el feto, cuyos elementos biológicos ya se encontrarían en proceso de desarrollo en el óvulo fecundado, dentro de la madre, cuyas entrañas serían la continuación del Laboratorio, como una dependencia temporal, o de emergencia del Departamento de Reencarnación, sujeta a la vigilancia de los técnicos responsables del grandioso servicio y de los guías misioneros del espíritu que, reducido y restringido en sus vibraciones normales, iba modelando el cuerpo a medida que se adelantaba la gestación.

También nos explicaron que el molde ideal para ajustarse a la forma de ese feto en elaboración era el cuerpo astral que disponíamos en ese momento –el periespíritu–, lo que nos aclaró suficientemente cómo vendría a ser el futuro cuerpo que ocuparíamos, estructurado bajo el magnetismo enfermizo de vibraciones oriundas de grandes desgraciados, como nosotros, según lo que, ya nos habían comentado los pacientes mentores.

No pudimos visitar el Laboratorio de Reducción, ni las salas de Análisis. Pero nos informaron que, al ingresar en el Laboratorio, no se quedaba la persona en él. Al contrario, a través de poderosas cadenas magnéticas que parten de las mismas fuerzas ilimitadas y divinas, que mantienen el Universo, era impulsado hacia el

cuerpo que debía habitar, afinándole con éste, al mismo tiempo que armonizaba su periespíritu al de la mujer que había consentido, voluntariamente u obligada por la Gran Ley, en ser su madre, para sufrir y llorar con él la consecuencia dramática e irremediable del suicidio.

Durante esa atracción, que se opera lentamente, a medida que progresá la gestación, la persona va perdiendo poco a poco la facultad de recordar su propio pasado, ya que su cuerpo astral sufrió las reducciones necesarias al fenómeno del modelaje del feto, lo que se verifica también gracias al auxilio magnético y vibratorio de los psicólogos responsables, sobre la voluntad y sobre las vibraciones mentales del paciente.

A medida que avanza el estado de gestación en el seno materno, sus vibraciones, comprimiéndose más y más, van limitando profundamente en el periespíritu los recuerdos, las reminiscencias y las impresiones vivas de los dramas dolorosos vividos por él en el pasado, produciéndose entonces el olvido impuesto como un regalo de Misericordia por parte del Legislador Supremo, condolido de las desgracias que sucederían si los hombres pudiesen recordar libremente los verdaderos motivos de porqué nacen en la Tierra en condiciones lastimosas, muchas veces luchando y llorando desde la cuna a la tumba.

Al entrar allí, se inicia en su ser un estado parecido al preagónico, fácil de ser comprendido por la reducción que sufren todas sus facultades, su mente y sus vibraciones. Tal estado, muy penoso para cualquier espíritu, se vuelve odioso para un suicida, ya que su periespíritu se encuentra angustiosamente perturbado con el choque sufrido por la violencia producida en él por el suicidio, y del que sólo será aliviado muchos años más tarde, cuando al desencarnar, se verifique la desconexión natural y lenta de los lazos magnéticos que le unen al cuerpo, al que comienza a estar unido desde la intervención en el Laboratorio.

Supimos que esa epopeya, digna de la Creación Divina será facilitada en su cumplimiento, y suavizada en sus perspectivas, cuando el paciente demuestre un arrepentimiento sincero por el pasado que vivió, y buena voluntad y humildad para reparar errores cometidos y progresar en busca de los beneplácitos dignos de la conciencia, pues entonces, su voluntad se hará maleable bajo la acción protectora de los desvelados Guías, que emplearan todos los esfuerzos para ayudarle a salir victorioso y rehabilitado de la maraña de caídas y delitos contra la Ley Incorruptible del Todopoderoso.

Pasando por todas las dependencias y obteniendo siempre valiosas aclaraciones de la hermana Celestina, Rosalía, o de los jefes de las salas, llegamos a los recintos reservados a la Programación de Reencarnaciones, cuya finalidad ya describimos en este mismo capítulo. Destacaremos tan sólo que, al ingresar en el confortable

edificio donde estaba aquella sección, recibimos una agradable sorpresa ²⁰: Todas las trabajadoras eran mujeres de diversas edades, desde adolescentes hasta venerables ancianas. Activas, lúcidas, perfectamente capaces para el elevado desempeño que les era confiado, consultaban las notas venidas de las salas de Análisis y las órdenes del Templo y trazaban con sabiduría el esquema de la existencia que convendría a cada enfermo de la Colonia que volvía a la Tierra.

Eran dirigidas por sabios iniciados y Guías misioneros de cada uno, con los que formaban un perfecto equipo. Como ya dijimos, vimos que muchos reencarnantes colaboraban en esos mismos planes que suponían el rosario de sus expiaciones, los días de angustia que les arrancarían lágrimas de su corazón oprimido y las pruebas que todo delincuente siente necesidad de presentarse a sí mismo para aliviar la conciencia de la deshonra que le aflige, en especial a un suicida, inconsolable ante el abismo creado por sí mismo.

No me pude contener. Ante un ejemplar de esos esquemas –verdadero compendio de salvación que, al ser observado, haría del pecador el hombre ideal, convertido a la sublime ciencia del deber–, pregunté, dirigiéndome a uno de los técnicos que dirigían la sección:

–¿Y todos nosotros, los suicidas, una vez reencarnados, llegaremos a cumplir esa programación?...

El psicólogo sonrió, sin mitigar sin embargo, cierta expresión melancólica, al tiempo que respondía:

–Si todo lo que hay ahí, amigo mío, se deriva de una causa, es evidente que la misma causa debe ser corregida para que los respectivos efectos se armonicen con la ley incorruptible que rige la Creación. Si hay una programación a cumplir, es que la Justicia Suprema puede dictarla, y, por eso, será observada a despecho de cualquier conveniencia o sacrificio. La legislación que fundamenta los principios de esta Institución es la misma que mueve el Universo Absoluto. Por eso nuestras determinaciones están de acuerdo con la más perfecta ecuanimidad, lo que equivale a decir que no será posible dejar de ser rigurosamente cumplida por la persona una programación de estas, ya que, si ella existe, es porque el mismo paciente la creó con las causas que produjo con su mal proceder. Ella, pues, existe y está con él y en él, formando parte de su personalidad.

²⁰ La sorpresa, indudablemente, se debe a la mentalidad que, en ese momento, todavía tenía el espíritu que hace el relato, fruto de su incipiente elevación espiritual. Recordemos que había vivido y desencarnado en una época, donde a las mujeres no se les concedían responsabilidades en la sociedad humana, e incluso se les negaban abiertamente (finales de siglo XIX y principios del XX). En el Mundo Espiritual no hay distinciones entre los espíritus por razón del sexo (nota del traductor).

Y será preciso que la observe para liberarse del cortejo de sombras que la inobservancia proyecta en su alma. Es más, él puede observarla, teniendo para eso todas las posibilidades. Si no lo hace, será porque se desvió nuevamente del buen camino. Entonces, adquirirá nuevas responsabilidades, y repetirá dos, tres, cuatro peregrinaciones planetarias para que pueda pagar, hasta el último céntimo, las deudas que haya adquirido con la Suprema Ley, según la advertencia del Insigne Maestro...

En ese momento nos despedimos de la amable cultivadora de flores, dejando la sección de Programación de Reencarnaciones para ir a la de Investigación.

Un gran número de trabajadores prestaban allí eficiente colaboración, bajo la dirección de un jefe y varios supervisores, pues los servicios se elaboraban por comisiones compuestas de dos a cuatro personas y un supervisor, que eran responsables de la preparación de posibilidades para la reencarnación de un determinado grupo de personas.

No obstante, el número de trabajadores era insuficiente, por lo que encontramos, prestando valiosa ayuda en ese Departamento, a algunos personajes ya conocidos nuestros como el propio Teócrito, dirigiendo una pequeña caravana de investigaciones, cuyos trabajos se desarrollarían, como sabemos, sobre la costra terrestre, y compuesta de sus discípulos Romeu y Alceste; el conde Ramiro de Guzmán, como jefe de otra comisión, de la cual formaban parte los dos Canalejas; Olivier de Guzmán, el educador de la Torre, al lado del Padre Anselmo, El hermano Juan, venerable en su presencia impresionante de oriental, y varios otros, todos eficientes, prudentes y esclarecidos para el desempeño de esa alta misión.

Reconocimos commovidos la benevolencia de esos siervos del Dulce Nazareno, que, a ejemplo del Maestro que tanto amaban –que no desdeñó presentarse en la Tierra vistiendo la configuración humana, para servir a la instrucción de las criaturas confiadas por el Padre Supremo a Su Guardia–, se disminuyeron también, disminuían sus propias vibraciones, se materializaban, tornándose densos y casi humanizados, con la intención de servir a la causa abrazada por Aquel Maestro inolvidable e incomparable. Nos admiraba el hecho de merecer por su parte tan expresivas demostraciones de fraternidad, mientras, enterneidas, nuestras almas murmuraban a nuestro entendimiento que debíamos corresponder con nuestra actitud a las amorosas solicitudes, dignas de tan nobles instructores. El hermano Teócrito nos sacó de esos pensamientos, dirigiéndose hasta nosotros, saludándonos y preguntándonos, sonriente:

–Por lo que puedo comprobar, amigos míos, habéis aprovechado bastante las instrucciones que os han dado... Estoy informado de vuestro interés por todo, lo que me causa una excelente impresión, porque demuestra cambios compensadores en vuestras resoluciones y, necesariamente, en vuestros destinos... ¿Qué deducís de lo que visteis hasta ahora?...

Belarmino de Queiroz y Sousa se hizo portavoz de la opinión general:

—Deducimos, querido hermano —dijo con vehemencia—, que, si hubiéramos conocido estas cosas cuando fuimos hombres, sería muy probable haber evitado el suicidio, rigiéndonos por sistemas opuestos a los que nos perdieron...

En cuanto a lo que a mí concierne en particular, entiendo que seré fuerte para las consecuencias que habré de afrontar... hasta cubrir los déficits que ensucianaron mi conciencia. ¡Oh, querido hermano Teócrito! Aunque sufra, me siento ahora otro hombre..., es decir, otro espíritu. Se ha encendido una luz de esperanza en mi ser que me fortalece y reanima poderosamente, impulsándome a partir en busca del futuro, sea cual sea.

Saber positivamente que existo, que soy, que seré, convenciéndome de que ni uno sólo de mis afectos más santos, de mis aspiraciones, mis ideales, así como de los esfuerzos empleados para el enriquecimiento de mis patrimonios intelectuales y morales se perderán jamás, triturados en los recovecos execrables de la muerte, que yo creía antes era el punto final de todo cuanto existe; convencido de que la eternidad es mi sublime herencia, a la que me asisten derechos legítimos, por la filiación divina de que, como espíritu, desciendo, y, por eso, también convencido de que deberé alcanzar la sucesión de los evos progresando incesantemente, enriqueciendo mis facultades con atributos que me llevarán a alcanzar honrosamente los planos magníficos de la Espiritualidad, con la conquista de mí mismo para la realización del ideal divino, saber todo eso, es para mí una felicidad arrebatadora, que hará oscurecer sacrificios y lágrimas, domar fatigas, afrontar todas las consecuencias delictivas del pasado, para sólo ocuparme de la conquista del futuro, aunque tenga que pasar calvarios dolorosos.

Jamás como hombre, concebí ser el héroe de tan sublime epopeya. Estoy dispuesto a luchar, hermano Teócrito, a luchar y sufrir, para aprender, realizar y vencer. Sé lo que me aguarda en el transcurso de las existencias que habrá en mi trayecto. Sé cuantas horas amargas sacudirán mi alma, en los siglos que pasen en mi jornada evolutiva. ¡Pero no importa, no importa! ¡Soy inmortal!

Y si un Dios Todopoderoso me destinó a la eternidad, será para la realización de un ideal sublime, cuya verdadera perfección escapa a mi entendimiento de huésped de una Colonia Correccional; no para errar y sufrir siempre, ya que el Creador omnipotente no se limitaría a dejar a su descendencia tan parcos recursos de acción... ¡Oh, venerable Teócrito! me siento disminuido todavía. No me despojé siquiera de los bacilos que corroyeron mi última organización animal, destruida por mí antes que el virus de la tuberculosis terrible la pudriese finalmente, enervado como quedé al verla nauseabunda y detestable! Sé que tendré que volver a la Tierra muy en breve, pobre, huérfano, tuberculoso todavía, tullido por decepciones diarias, sujeto a quien no dará una ilusión: ¡Lo sé! Pero estoy dispuesto a aguantarlo todo... Incluso me alegro con la severidad de esa justicia soberana, porque su

lógica la revela también oriunda de una sabiduría que impone con la fuerza del derecho.

¡Y me inclino, resignado y respetuoso!...

Teócrito sonrió. Pasó, complacientemente, su mano sobre el hombro del interlocutor y dijo, paternalmente:

—¡Qué lúcidas y vehementes palabras, querido Belarmino! Mientras hablabas, estuve pensando en cómo serían de bellos los discursos que proferías en tus aulas clásicas de Dialéctica... Mis más sinceros votos para que perseveres en tan hermosas y edificantes resoluciones... puesto que, siendo así, los caminos del progreso que serás obligado a realizar serán fáciles de vencer... Sin embargo, no te dejes arrebatado demasiado por el esplendor del panorama divino de la vida que, a muchos otros, antes de ti, ofuscó... La evolución del espíritu hacia la Luz es bella y grandiosa, no cabe duda. La vida del hombre, en su incesante escalada hacia lo mejor hasta lo divino, es una gloriosa epopeya que honra a aquel que la vive. Pero el trayecto es duro, amigo mío. Los cardos y las espinas llenan esos caminos redentores, exigiendo del peregrino de la Luz las más activas energías y los más edificantes sacrificios.

Te veo sincero, idealista, animado de una digna buena voluntad, y eso me satisface mucho. Sin embargo, el entusiasmo por sí sólo no llevará a nadie a la victoria real, sino a la aventura dudosa. Medita sobre la necesidad de disponer de armas morales sólidas, para la travesía tumultuosa a la que te obligarás para conquistar el primer escalón de esa inmensa espiral evolutiva de tu destino, que ha de ser, simplemente, la próxima existencia que tomarás en la arena terrestre...

Vienes de una encarnación en la que fuiste primogénito de una buena familia, donde no te faltaron atenciones y respeto. Fuiste un individuo culto, viviendo fácilmente entre gozos y comodidades, prestados por el oro y por las atenciones de una madre tierna y dedicada... A pesar de todo eso, fallaste, no soportando siquiera las aflicciones de una enfermedad física, patrimonio común a toda la humanidad. Piensa, ahora, querido Belarmino, en lo que será tu vida, siendo tú, como deseas, huérfano, pobre, enfermo, vacío de consuelos y esperanzas y perseguido por una adversidad inevitable... Será también una epopeya no pequeña ni libre de sublime grandeza, a ser vivida y vencida —pues tuquieres vencer— porque será un calvario de redención que deberás andar con resignación y dignidad, jamás entre rebeliones y ultrajes a la Providencia, porque eso empalidecería la victoria, incluso pudiéndola anular... Será necesario algo más que el entusiasmo, Belarmino, mucho más... y conviene que te prepares antes de iniciar la lucha...

Mario Sobral se aproximó, intranquilo como siempre:

—¿Puede atenderme un instante, hermano Teócrito?...

—Aquí me tienes, hijo. Dime todo, con confianza...

—Es que..., deseo tomar una resolución..., la tomé ya... pero necesito ayuda..., me siento desorientado...

—Bien lo sé, Mario, continua...— respondió el director del Hospital María de Nazaret.

—Hermano Teócrito ¿quién es el responsable directo por mí, en esta Colonia Correccional en la que estoy?...

—Soy yo, Mario...

—¡Gracias a Dios! Espero encontrar facilidades para los proyectos que me interesan... Señor... hermano... Apiádese de mí, ¡no puedo más! Permita mi retorno a la sociedad terrestre, ¡quiero ser hombre otra vez! ¡Quiero librarme de los ultrajes llevados a cabo por mí mismo en el seno de mi familia!... A mi madre, Dios del Cielo, a quien cubrí de disgustos desde pequeño, a mi esposa, a quien traicioné y abandoné... A mis hijos, a los que rechacé y olvidé... y a Eulina... Quiero sacarme la obsesión ejercida en mis recuerdos por el remordimiento por el crimen cometido contra aquella pobre mujer. Necesito olvidar, hermano Teócrito, para lograr tregua y serenidad, para desarrollar acciones apaciguadoras, capaces de amansar las angustias que hierven en mi conciencia... Quiero intentarlo todo, para también progresar ya que la Ley es progreso incesante para toda la Creación, de acuerdo a las instrucciones que aquí recibimos. ¡Quiero expiar y reparar!

La imagen humillada y frágil de Eulina, indefensa bajo mi brutalidad, debatiéndose en la agonía malvada del estrangulamiento entre mis manos, absorbe mis facultades, impidiéndome meditar, obsesionando mis ideas y enloqueciendo las fibras más íntimas de mi ser. Y yo preciso alejar de la mente ese cuadro satánico para poder sentir el perdón del Cielo y rociar de esperanzas mi conciencia inconsolable.

¡Quiero sufrir, hermano Teócrito! La trágica tormenta del Valle Siniestro no fue suficiente. No fue por Eulina lo que allí sufrí sino por mí mismo, por mi acto de suicidio. Prometí, de rodillas, a la sombra dolorosa de Eulina agonizante, ser otra vez hombre, arrastrar una existencia, de la cuna a la vejez y a la tumba, sin las manos que la estrangularan... Yo mismo me impondré ese castigo, como muestra de mi sincero arrepentimiento. No es Dios el que me la impone, ni la Ley quien me la exige: soy yo el que, voluntariamente, suplicó al Padre todo-misericordia que me la conceda como supremo aliento a mi desventura de tránsfuga de Su Ley de amor al prójimo, como suprema ocasión de rehabilitación, ya que la muerte es una quimera ilusionando a los incautos que se arrojan en el suicidio. ¡Sí! Pasaré sin las manos que sirvieron para asesinar a una pobre mujer indefensa. ¡Que se vuelva contra mí el crimen cometido contra Eulina! ¡Y que yo me vea tan indefenso, sin manos, como Eulina sin fuerzas, en aquella noche abominable, sorprendida ante mi ferocidad! Creo, hermano Teócrito, que sólo así tendrá alivio para, después, enca-

rar de frente las demás deudas a ser saldadas, con la ayuda paternal de Dios, mi Creador...

El antiguo bohemio de Lisboa hablaba deshecho en llanto, mientras que nuestro digno tutor espiritual, enternecido, comentó gravemente:

—¿Ya reflexionaste maduramente sobre las responsabilidades que afrontarás con semejante reencarnación, mi pobre Mario?...

—¡Ya, hermano Teócrito!

—¡Sí! ¡Te veo sincero y fuerte para el rescate y plenamente arrepentido del pasado culpable! Realmente, ese será el recurso aconsejable para tu caso, una medida drástica que acelerará la rehabilitación honrosa que de ti exige la conciencia. Pero ten en cuenta que fuiste también suicida y, por eso, las condiciones precarias en que se encuentra tu periespíritu, modelador que será de tu futura estructura carnal, te llevará a recibir, con el renacimiento, un cuerpo enfermo, debilitado por achaques irreparables en el plano físico...

—¡Lo deseo, hermano Teócrito!... ¡Todo, todo, es preferible al suplicio de este remordimiento que me tiene encadenado al infierno que se extendió por mi alma!... Al menos, como hombre, cuando todo me falte, para que sólo las desgracias me flagelen, tendrá un consuelo, el cual la Misericordia del Todopoderoso Padre concederá como limosna suprema a mi irremediable situación: ¡El olvido!...

Teócrito prometió interesarse inmediatamente por su pretensión, añadiendo paternalmente:

—En el momento que se terminen las instrucciones planificadas, visítame, en mi Departamento, Mario, para establecer los preparativos previos de tan delicadas realizaciones...

Enseguida nos invitó a tomar parte en la comitiva que bajo sus cuidados investigaría medios para la reencarnación, ya ordenada y programada, de algunos pacientes suyos, que se someterían, así, a la terapia por excelencia, aun bajo su vigilancia, aunque ya varios de ellos no dependían del Hospital María de Nazaret. Iríamos como simples observadores, ya que nuestras condiciones no permitían colaborar de ninguna forma.

Una vez en posesión de las instrucciones necesarias, preparado para la espinosa misión, el abnegado paladín de María se volvió hacia nosotros, exclamando:

—Tenemos todavía mucho tiempo, pues los servicios solamente pueden ser realizados en la tranquilidad de la noche. Id a reposar, queridos amigos, hasta que os mande a buscar para ir al lugar indicado, ya que hasta altas horas de la madrugada no estaremos de vuelta...

Roberto y Carlos de Canalejas se acercaron, con la intención de reconducirnos al Pabellón donde residíamos. Rosalía se despidió, prometiendo reencontrarnos en el mismo lugar, ya al día siguiente, para seguir las recomendaciones de nuestro querido tutor, el hermano Teócrito.

CAPITULO VI

“A CADA UNO SEGÚN SUS OBRAS”

“De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante”.

MARCOS: 5:26.

Cerca de la media noche, muy emocionados, dejamos el Pabellón Hindú atendiendo a la llamada de nuestro paternal amigo, por intermedio de los dos Canalejas.

Hasta entonces no habíamos salido jamás de noche. La disciplina rigurosa de las mansiones hospitalarias, verdadero método correccional, nos imponía el deber de recogernos a las seis de la tarde, no permitiéndose a un interno la permanencia fuera de los muros de su albergue después de esa hora. Solamente el director del Departamento podría permitir una excepción, y muy raramente lo hacía, solo para fines de instrucción.

Los sitios por donde fuimos hasta el de la Vigilancia, así como los demás núcleos y Departamentos, no se encontraban, todavía, en tinieblas, sino iluminados por un sistema de luces que no podemos comparar con nada conocido. No comprendíamos cuál era la naturaleza de esa luz que se extendía a lo largo de las alamedas inmensas rodeadas de árboles cubiertos de neblina. Más tarde, dedujimos que era la propia electricidad condicionada de modo favorable al ambiente astral. Lo que era cierto es que ese sobrio y discreto fulgor, producía efectos cristalinos muy apreciables, realmente bellos, sobre la blanca estructura del lugar.

Nos aguardaba un vehículo de los que normalmente usaban los internos para viajes locales. Al llegar a la sede de la Vigilancia, vimos que una enorme caravana integrada por milicianos y lanceros se disponía a partir.

Durante algún tiempo le sentimos deslizarse suavemente, sin ninguna dificultad. Era tanta la naturalidad que de ningún modo nos daríamos cuenta de la verdadera naturaleza del medio de tracción.

El vehículo paró de repente, mientras un vigilante nos convidaba a bajar, lo que hicimos, curiosos y satisfechos.

Nos encontrábamos en un amplio patio rodeado de majestuosas murallas, donde, a pesar de lo adelantado de la hora, había una gran movimiento de transeúntes,

desencarnados y hasta de encarnados, aunque se presentasen estos últimos sólo con sus periespíritus, mientras los cuerpos materiales yacían descansados en sus lechos, entregados a un sueño reparador. Al fondo, el edificio immense, muy iluminado, todo blanco y centelleante a la claridad de poderosas lámparas, nos pareció un hotel o un lugar oficial destinado a expedientes nocturnos. Realmente era un anexo de la Colonia, un sitio necesario para la variedad de servicios realizados por aquella noble institución, un puesto de emergencia móvil del que nos habló el jefe de nuestro Departamento, y el que no nos resultaba totalmente extraño por haber oído referencias de él en el caso de Margarita Silveira. Los milicianos de la Legión se apostaban de centinelas en los portones de entrada, e incluso por los alrededores.

Cada grupo de expedicionarios tenía en ese edificio dependencias particulares, donde situaban su despacho de trabajo. Llegando al lugar reservado a Teócrito, vimos que era una sala de trabajo con diversos aparatos, ya conocidos de la Colonia, y un locutorio secreto.

Teócrito reunió a Romeu y Alceste y, mientras nos invitaba a sentarnos en los confortables sillones que había en la antecámara les entregó dos direcciones diferentes, diciendo:

—Hace cerca de dos horas que estas damas, cuyas direcciones os confío, conciliaron el sueño reparador. Traédmelas aquí, después de reforzar su cuerpo físico con reservas magnéticas... Intentad traer con ellas a sus respectivos esposos o compañeros... Sin embargo, no es indispensable esta última recomendación...

Les proporcionó auxiliares de la guarnición del mismo Puesto y milicianos para las garantías necesarias, despidiéndoles con animosas palabras. Enseguida, se volvió hacia nosotros y, sentándose a nuestro lado, inició con nosotros una animada charla.

Nos sentíamos muy satisfechos. La presencia de ese atractivo personaje, cuya actitud democrática tanto nos aliviaba, nos infundía interiormente tan suaves y benévolas impresiones, que nos sentíamos renovados y encantados. Una natural timidez, sin embargo, nos inhibía de dirigirle la palabra antes de ser interpelados. Él, leyendo en nuestros pensamientos las preguntas que flotaban, no se hizo esperar, viniendo a nuestro encuentro con esclarecimientos utilísimos, bondadoso y sonriente:

—Conozco bien —dijo— la pregunta que desde esta tarde os excita la curiosidad, loable curiosidad en este caso, porque veo irradiar de vuestros pensamientos el noble deseo de aprender. Mientras esperamos el regreso de la misión de mis auxiliares, aprovecharemos la ocasión para pequeñas observaciones. Estoy a vuestra disposición, preguntadme...

Fue Mario, como siempre, el que se atrevió, pues, como sabemos, se agitaba todas las veces que oía referencias a la Tierra y a las reencarnaciones en ella:

—¿Podríamos saber, querido maestro, lo que fueron a hacer en la Tierra vuestros ayudantes?...

—¡Cómo no, amigo mío! Yo no os traería aquí sino para proporcionaros algunas observaciones en torno a nuestros trabajos de investigación. Romeu y Alceste fueron a la isla de S. Miguel y a un lugar del Nordeste brasileño —lugares donde la penuria del infortunio alcanza proporciones inconcebibles a los felices habitantes de los centros civilizados— a la búsqueda de dos hermanas nuestras cuyos nombres están registrados en nuestros archivos como grandes delincuentes del pasado, que, en este momento, procuran levantarse moralmente, a través de una existencia de severas pruebas de arrepentimiento, resignación, humildad, paciencia...

Mis ayudantes traerán sus espíritus aquí, cuando sus cuerpos físicos estén inmersos en un sueño profundo y reparador, gracias a lo adelantado de la hora. Aquí, negociaremos la posibilidad de ser madres de dos pobres internos del Psiquiátrico, cuyo único recurso por intentar, en este momento, para aliviarse, será la reencarnación en un círculo familiar oscuro y sufridor, pues solo ahí conseguirán liberarse de las deprimentes sombras de las que se contaminaron...

—Por lo que venimos observando, ¿esos infelices renacerán en condiciones muy problemáticas?... —intervino Belarmino, impresionado.

—¡Si, hermano Belarmino! —continuó. Se encuentran en situación tan desfavorable que, antes de las experiencias, que deberán repetir, ya que huyeron de ellas con el suicidio consciente y perfectamente responsable, sólo podrán animar un cuerpo físico enfermizo, donde se sentirán tullidos e insatisfechos a lo largo de toda la existencia.

Una vez en posesión de ese cuerpo —con el cual se afinaran por las acciones que practicaron—, cumplirán el tiempo que les quedaba de permanencia en la Tierra, interrumpida, antes del tiempo justo, por el suicidio. De esa forma se aliviarán de la perturbación vibratoria que crearon, y obtendrán capacidad y serenidad para repetir la experiencia en la que fracasaron... pero esto implicará una segunda etapa terrestre, es decir, una nueva reencarnación, como se puede comprender...

Ya hemos consultado a varias mujeres, en otras localidades, si se prestarían, de buena voluntad, a la caridad de aceptar hijos enfermos, por amor al bien y respeto a los sublimes preceptos de la fraternidad Universal. Lamentablemente, sin embargo, ninguna de ellas tenía principios de moral bastante elevados para aceptar el servicio a la causa Divina con abnegación, voluntariamente. La vuelta al mundo de aquellos sufridores, por eso, sufría retrasos, cuando era urgente proporcionarles alivio por ese medio supremo. Entonces, la Dirección General del Instituto nos envió datos sobre las dos señoras ya mencionadas, capaces ambas de enfrentarse a la espinosa misión por ser deudoras de grandes reparaciones ante las Leyes de la Creación...

—Supongamos, hermano Teócrito, que se nieguen... —pregunté, fiel al pesimismo que todavía no me había abandonado.

—¡No es probable, querido Camilo, ya que se trata de dos almas bastante arrepentidas de un mal pasado, y que, actualmente son humildes e ignoradas, deseando sólo la rehabilitación por el sacrificio y la abnegación. Estoy encargado de convencerles para que acepten buenamente la delicada y heroica tarea. Sin embargo, si la rechazan, la Divina Providencia encarnada en la Ley que rige el plan de las causas estará en el derecho de imponerles el mandato como prueba en los servicios de reparación de las malas acciones pasadas, pues ambas son espíritus que, en anteriores existencias planetarias, se equivocaron como madres, huyendo, criminalmente, a las sublimes funciones de la maternidad, sacrificando, en sus propias entrañas, los cuerpecitos en preparación para espíritus que deberían renacer en ellas, algunos en misiones brillantes, y descuidando, lamentablemente, los cuidados y celos a los hijos que la misma Providencia les había confiado otras veces...

Ahora, inmersas en las tinieblas de los crímenes que cometieron contra la Divina Legislación, por menospreciar la naturaleza, la moral, el matrimonio, los derechos ajenos y a sí mismas, encarceladas, una en la soledad de una isla de donde jamás podrá escapar, la otra en lo áspero de un desierto inclemente, en vez de hijos misioneros, inteligentes, considerados nobles y dignos en el Plano Astral, y, por eso mismo, útiles y queridos por todos, tendrán que expiar los infanticidios pasados, inclinándose sobre miserables cunas donde darán a luz, chirriando sus dientes, a otros espíritus, ahora culpables, reputados como grandes condenados en el plano espiritual, transformados por el renacimiento expiatorio en monstruos repulsivos, a los que deberán dedicarse como verdaderas madres: amorosas, pacientes, resignadas y dispuestas para el sacrificio en defensa del fruto de sus entrañas, por más falta de armonía que suponga...

Después de un penoso silencio, en el que todos nosotros, razonando angustiosamente, nos perdíamos en conjeturas confusas, apareció Belarmino, justificando su antiguo renombre de profesor de dialéctica:

—Dígame, hermano Teócrito: ¿nos obliga la Ley a reencarnar entre extraños como hijos de padres cuyos espíritus nos sean completamente desconocidos?... Creemos que semejante castigo será sumamente doloroso...

—¡Si, es doloroso, no queda la menor duda, amigo mío! Pero no por eso dejará de ser justo y sabio. Generalmente, eso sucede no sólo a suicidas, sino también a aquellos que fallaron en el seno de la familia llevando, de cualquier forma, el disgusto a los corazones que les amaban. El suicida, sin embargo, perturbando el seno de su propia familia al infringirle el amargo disgusto con su gesto, ultrajando, con el menosprecio del que dio prueba, el santuario del hogar que le amaba, incapacitándose para la conquista de un nuevo hogar afín, se colocó, de cualquier

forma, en la penosa necesidad de reeditar su propia existencia corporal fuera del círculo familiar que le era grato. Existen casos, no obstante, en los que podrá volver a un ambiente afectuoso, si posee afectos remotos que se encuentren nuevamente presentes en las experiencias terrestres, en la época en que haya de reencarnar, si estas consienten en recibirlle para ayudarle en la expiación... De cualquier manera, sin embargo, renacerá en un círculo favorable al tipo de pruebas que deberá prestar.

Hay otros casos más comunes, son los más dolorosos, en los que tendrán que reiniciar el aprendizaje carnal, del que huyeron, entre espíritus enemigos, lo que será mucho peor que si lo hiciesen entre extraños, simplemente... Además, todas las criaturas son hermanas por su origen espiritual y es preciso que esas cosas se cumplan bajo la sublime ley de amor que debe atraer y unir, indisolublemente, a todos los hijos del mismo Creador y Padre...

En ese momento, entraban en la sala dos infelices asilados del Psiquiátrico, amparados por auxiliares del hermano Juan. Tristes y ajenos a todo lo que les rodeaba, la mirada vaga e indecisa y el andar lento, con expresión de angustia. Conducidos al locutorio, entraron con Teócrito, desapareciendo de nuestra vista. Pasaron algunos minutos. Los asistentes del hermano Juan aguardaban nuevas órdenes en la misma sala donde nos encontrábamos, conservando una respetuosa actitud. No nos atrevíamos a emitir siquiera una palabra. El silencio dominaba el amplio ambiente del Puesto singular y un vago temor nos inhibía proseguir la conversación.

De repente, notamos como si algo muy importante pasase en el exterior..., y Romeu, Alceste, Carlos y Roberto, con algunos auxiliares más, entraron en el salón conduciendo a dos mujeres de humildísima condición social, con lanceros a ambos lados, como prisioneras de gran importancia.

Las examinamos con curiosidad. Una, flaquita, delicada, pareciendo enfermiza y frágil, rubia, reflejando en su periespíritu los trajes que llevaba en su vida diaria, era portuguesa y tendría unos dieciocho años, todo indicaba que se trataba de una recién casada. El marido la acompañaba, humilde y respetuoso, era ¡un pescador! La otra, trigueña, vivaz, asustadiza y nerviosa, parecía brasileña, con el tipo clásico egipcio, con los cabellos negros y lisos que caían por su espalda, bien pronunciados los pómulos del rostro, una expresión enigmática en los bellos ojos profundos y relucientes, donde las lágrimas parecían señalar grandes amarguras. Se encontraba sola. ¡No estaba casada! El engaño de un seductor la había abandonado a merced de los acontecimientos provenientes de un amor infeliz, mal conducido y profanado por la traición masculina, en una sociedad que no perdona a la mujer el dejarse engañar por el hombre en quien depositó su confianza, eso lo supimos más tarde, con pena.

Los tres estaban protegidos por un finísimo envoltorio que parecía cristal, cuya forma correspondía exactamente a la de la silueta que traían, y de ellos se desprendía una estrecha banda luminosa, extendiéndose, estirándose como si estuviese atada a las paredes de una prisión invencible ²¹.

Teócrito les acogió bondadosamente, y, tratándolos con inmensa ternura, les hizo entrar a los gabinetes del locutorio, donde ya se encontraban los pacientes del hermano Juan. Enseguida nos sorprendimos con la presencia del propio hermano Juan, que se acercó, sonriente. Nos levantamos respetuosos y emocionados ante su presencia, recibiendo de él un cordial saludo. Entró, con Teócrito, en el locutorio, y el silencio cayó de nuevo en el salón.

Aunque nos encontrásemos allí para instrucción, no asistimos a lo que pasó en secreto entre los trabajadores de Jesús y los pacientes necesitados de redención. Hoy, sin embargo, trazando un esbozo de estas memorias –treinta años después que estas escenas pasaran– podré aclarar al lector el dramático episodio desarrollado en aquel augusto recinto que entonces nos era vedado, pues, en ese largo espacio de tiempo, adquirimos un sólido conocimiento, que nos permite explicarlo.

* * *

Teócrito y Juan procuraban entrar en negociación con la pareja portuguesa y con la brasileña sobre la ventaja del renacimiento, gracias a ellos, de aquellos infractores de la Soberana Ley, necesitados de la existencia corporal terrestre para aliviar los insoportables sufrimientos por los que venían pasando. Se explicaron los pormenores a los tres con detalle, mientras les presentaban a los pretendientes a la calidad de hijos en toda la dramática veracidad de las circunstancias en que se debatían. Los pacientes instructores actuaban como portavoces de la Suprema Legislación, exponiendo con eficiencia y nobleza el sublime alcance de la medida que aconsejaban. Los posibles padres, que podrían recibir el sagrado depósito de los hijos de Dios que necesitaban hacerse hijos del hombre para su rehabilitación, se resistían a la invitación:

–¡Oh, no, no! –decía la humilde pareja de portugueses. –No deseamos hijos enfermos, defectuosos o débiles mentales. Nos casamos hace apenas un mes. Y nuestro sueño más querido es que el buen Dios nos conceda para nuestro primogénito un niño rosado y sano. Queremos hijos, sí, pero que sean fuertes y alegres... y que quizás nos sirvan de soporte en nuestra vejez...

²¹ Se trata del revestimiento de fluidos vitales propios de todos los seres vivos y del cordón fluídico que une el espíritu al cuerpo material, durante la encarnación, respectivamente (nota de la médium).

La brasileña, avergonzada, ante una entidad como Teócrito, que conocía sus más secretos pensamientos, y todas las acciones por ella practicadas, dijo:

—¡No señor, no puedo ser madre, prefiero antes la muerte! ¿Cómo podría llevar esa vergüenza ante mis padres, mis vecinos, y mis amigas?... sería menospreciada por todos... incluso por “él”, ¡bien lo sé! ¿Un hijo paralítico?... ¡Dios del Cielo!, ¿cómo podré criarle y soportarle?...

Intervino Teócrito, secundado por el hermano Juan, con gravedad, digno defensor de la Causa Redentora, cuyo jefe expiró en los brazos de una cruz mostrando a los hombres el camino sublime de la abnegación:

—Si te equivocaste como mujer, descuidando tus deberes morales, deberás rehabilitarte por la abnegación del sacrificio, observando con fidelidad la Ley, que te permite ser generosa en tus acciones. Tienes ahí la oportunidad, que resulta de tus propios actos. Sí, necesariamente, serás madre, ya que la maternidad es una función natural de la mujer fecundada para el divino servicio de la reproducción de la especie humana, y debes aceptarla para animar a quien se reproducirá en ti, un pobre espíritu sufridor, como tú, y también necesitado de rehabilitación.

Ayudándole a salir del abismo donde se arrojó, ayudaras a tu propia redención, y te garantizo, hija mía, en nombre del Divino Mesías, que, cumpliendo tus deberes de madre, aunque los hombres te cubran de oprobio y humillaciones, castigándote por tu error, el Cielo te dará ánimo suficiente para que superes todos los obstáculos y venzas la prueba, glorificándote espiritualmente por el heroísmo que hiciste gala como madre de un enfermo, de un pobre suicida del pasado, que no tiene a nadie lo bastante caritativo para amarle y protegerle a pesar de su desgracia, y que, sirviendo a los misericordiosos designios del Señor, vele por él, trayéndole a las expiaciones de una nueva permanencia en la carne.

En la cuna pobre y humillada de tu hijo menospreciado por todos, pero no por tí ni por la Divina Providencia, sonriendo con amor al pequeño paralítico que te buscará con los ojos tristes llenos de confianza, reconociendo tu voz entre mil y tranquilizándose con tu afecto maternal, habrás encontrado, hija mía, la mejor forma de lavar tus errores pasados...

Los interlocutores seguían resistiéndose. Pero Teócrito y Juan continuaban la exposición de las ventajas que les suponía aceptar esta situación y de los méritos que conquistarían ante la Ley Suprema, de la asistencia celestial que tendrían, de los honores que recibirían, en el futuro, de la Legión patrocinada por María, como premio supremo al gesto de caridad que tendrían con sus pobres amparados.

Mientras sucedía todo esto, los enfermos, que estaban presentes, captando con mucha dificultad lo que pasaba, se sentían atraídos hacia las dos mujeres, afinándose con el tono vibratorio emitido por sus emanaciones mentales y sentimentales, pudiendo afirmar que la atracción magnética, indispensable al fenómeno de incor-

poración a través del nacimiento, había comenzado a recibir el impulso divino que la debería consolidar. Sin embargo, ya que los tres personajes humanos no se animaban a establecer el acuerdo definitivo, los dos incansables instructores, requiriendo la colaboración de Romeu y Alceste, se decidieron a tomar una medida vigorosa, capaz de convencerles buenamente.

Bajo la acción de la voluntad de los dos mentores, pasaron las dos mujeres y el varón a visualizar sus pasadas existencias vividas en la Tierra y archivadas en las capas incorruptas del periespíritu: las acciones inconfesables practicadas contra la Ley Soberana, en perjuicio del prójimo y de sí mismos, los crímenes nefastos, cuyas consecuencias estaban exigiendo siglos de reparaciones y reajuste, entre las lágrimas de dolores decepcionantes.

La pareja de portugueses se volvió a ver como adinerados emigrantes en Brasil, extrayendo de brazos de esclavos el bienestar del que se sentían orgullosos, llevando a la desesperación a míseros africanos que subyugaban, enfermos y exhaustos, bajo la rudeza de trabajos excesivos, maltratados cada día por nuevas disposiciones arbitrarias e impías.

La brasileña, a su vez, se vio como una dama orgullosa de su propia hermosura, en una existencia planetaria anterior, irreverente y vanidosa, profanando los deberes conyugales con la falta de respeto al matrimonio, negándose además, a ser madre, cometiendo incluso infanticidio.

Un desfile siniestro de faltas abominables, de errores calamitosos y de acciones irreverentes emergieron de las profundidades de la conciencia de aquellos infelices, que habían encarnado deseos de su rehabilitación, y ahora, como un incremento de misericordia concedida por el Todopoderoso, recibían la invitación para ayudar a su propia causa practicando la excelente acción de prestar su paternidad terrestre a otros, que como ellos, carecían de evolución y progreso moral. Y tal fue la intensidad de las escenas revividas, que se oían gritos espantosos desde la sala donde nos encontrábamos, lo que nos emocionaba y sorprendía vivamente.

Pasado algún tiempo, el silencio volvió a reinar en la sala. Se abrieron las puertas de los despachos secretos, dando paso a cuantos allí estaban. Triste, pero resignada y dispuesta para cumplir su generosa misión, la portuguesa caminaba al lado de su esposo, que compartía su conformidad con lo inevitable, mientras la brasileña, deshecha en lágrimas, se veía reconducida bajo la ayuda fraterna del viejo de Canalejas y de su inseparable hijo Roberto.

* * *

Al día siguiente, nos vinieron a buscar para proseguir la visita de instrucción que debíamos realizar antes de retirarnos de la tutela del Departamento Hospitalario.

En el edificio central del Departamento que íbamos a visitar encontramos a Rosalía, tal como prometió hacerlo, y que, solícita, nos aguardaba.

—Haremos hoy nuestra última excursión —nos dijo— el hermano Teócrito desea llevaros a la Tierra, donde finalizaréis vuestra gira instructiva. Como ya tenéis una idea de lo que es un trabajo de investigación para observar el medio ambiente favorable a las condiciones en que deberá uno de vosotros encarnar, os llevaré a la Sección de Planificación de cuerpos físicos.

Sabéis, amigos míos, que antes de establecer definitivamente la reencarnación de uno de vosotros, ha sido estudiado no sólo el medio ambiente sino incluso el estado fisiológico de los futuros padres, es decir, su salud, la herencia física, etc., etc., en especial si el espíritu culpable debe sufrir deformaciones físicas, enfermedades graves e incurables, etc. Sólo después de esclarecer todo eso, se esbozarán los planes para los futuros cuerpos, que, no se construirán sin que lo conozca el espíritu reencarnante ni tampoco los científicos, representantes del Señor para la tarea que deben supervisar.

—¡Sed bienvenidos a esta casa, amigos míos!— exclamó la dama que nos recibió, y a quien fuimos presentados por nuestra gentil acompañante. —Entrad con toda confianza... La hermana Rosalía os acompañará.

Nos condujo a una sala de grandiosas proporciones, rodeada de puertas con arcos de fina labor artística, que estaban cubiertas por extensas cortinas centelleantes y flexibles como la mejor seda. Entramos al interior por una de ellas y nos presentaron a un técnico risueño y simpático.

Observamos, sorprendidos, que aquel lugar parecía como un legitimo cenáculo de arte, un rincón seductor, si se nos permite la expresión, un taller de artistas donde los maestros de las artes plásticas practicaban sublimes encargos, conscientes de las responsabilidades de la que les investía la acción de la Divina Providencia.

Varias salas se sucedían en una bonita perspectiva circular, pudiendo pasar de unas a otras directamente a través de magníficas arcos, trazados en la más pura arquitectura hindú, y cada una comunicándose con el exterior con una entrada independiente, como vimos en la antesala guardada por el vigilante.

En la primera dependencia de esa admirable fila de salas circulares se destacaban técnicos venidos de otras secciones como la de Análisis, Investigación y del Templo, trabajando sobre páginas de apuntes y documentos importantes para los servicios a realizar, relativos a los pretendientes al ingreso al mundo objetivo o material.

Era una larga fila de escritorios de estudio y trabajo, dispuesta en forma semi-circular, como la sala, bajo una impresionante claridad azul dorada que bajaba de la majestuosa cúpula, recordando las antiguas catedrales. Desde las ventanas, suggestivos encantos de arquitectura, destacaba el amplio panorama del Departamento con sus jardines suavemente coloridos bajo el azul del cielo sublimado por la luz del sol que, allí, esparciendo los sanos valores de su magnetismo, parecía una bendición inspiradora iluminando la mente de los artistas.

Una vez se estudiaba allí el contenido de los apuntes venidos del exterior, se enviaban las órdenes para la sección de Modelaje, en la sala siguiente, para esbozar el futuro cuerpo tal como las instrucciones determinaban, a saber:

- a) Mutilado de nacimiento.
- b) Factible de serlo en el transcurso de la existencia, por enfermedad o accidente.
- c) Factible de la adquisición de enfermedades graves e incurables.
- d) Normales, lo que indicaba, por tanto, hechos decisivos en la programación de la existencia a vivir por el paciente, de acuerdo a las expiaciones y pruebas de cada caso, pues conviene no olvidar que muchos de aquellos compañeros nuestros, reencarnarían posiblemente en cuerpos físicos normales y hasta bellos y sanos, por así exigirlo sus nuevas experiencias, aumentando, en esos casos, luchas y sufrimientos irreparables, solamente de orden moral.

En el gabinete siguiente se veían también las réplicas de los cuerpos primitivos, es decir, de los que el suicidio había desperdiciado y destruido antes de su hora, hábilmente clasificados, en un lugar apropiado, de fácil acceso al observador, y en un pedestal apropiado, pues estas réplicas eran como estatuas móviles, enormemente bellas, dadas la perfección y naturalidad que tenían, dando una apariencia real del cuerpo destruido. Citamos la clasificación:

- a) El cuerpo primitivo, tal como existió y fue aniquilado por el suicidio.
- b) Al lado, en una placa fosforescente, la descripción del estado en que se encontraba en la ocasión del siniestro, a saber: estado de salud, volumen de las fuerzas vitales, grado de vibración, estado mental, grado de instrucción social, ambiente en que vivió, fecha de nacimiento, fecha en que se hubiera debido dar la extinción de la fuerza vital y desencarnación, fecha del suicidio, lugar del desastre, tipo del mismo, causas determinantes, nombre del infractor.

- c) El órgano alcanzado por el atentado, cuya alteración motivó la extinción de las fuentes vitales localizadas en el cuerpo, estaba señalado en la réplica, con la lesión idéntica a la que sufrió el cuerpo material.
- d) Casos especiales: ahogamiento, trituración por destrucción, caída. Reproducción plástica de los restos del cuerpo, tal como quedó reducido por el suicidio. La impresionante perfección de esta última reproducción impresionaría a cualquier observador que no estuviese esclarecido, como aquellos maestros, o no hubiese sufrido dolorosas experiencias, como nosotros.

A esta sala, que era la más bella y sugestiva, si hubiese allí algún lugar inferior a los demás, le seguía el de la preparación de las réplicas para los cuerpos futuros de la siguiente encarnación. Era la Sección de Modelaje. Idéntica las otras, destacaba, sin embargo, por la intensidad y delicadeza de los trabajos desarrollados y por el elevado número de trabajadores.

Los mapas o réplicas encomendados se realizaban siguiendo rigurosamente las instrucciones recibidas, enviándose después para revisión y aprobación del Templo, de las secciones de Análisis, Investigación y hasta para el Recogimiento, donde los pretendientes los examinaban con demora, bajo el criterio de sus mentores y Guías particulares.

No era raro que sus futuros ocupantes los aprobaran entre crisis de angustiosas lágrimas, dándose a veces casos de retrasar los preparativos finales, para poder fortalecerse mejor y tener valor para lo inevitable. Pero si el estado del paciente, por ser demasiado precario, no le permitía la lucidez suficiente para un examen conveniente y su respectiva aprobación, el Templo y sus Guías misioneros suplían las deficiencias, velando por sus intereses con justicia y amor, como un abogado con sus clientes.

Recorrimos las salas con una gran emoción, observando todo con el máximo interés. Nos acompañaban, dándonos explicaciones, además de nuestra buena Rosalía, el responsable de la sección, el hermano Clemente, cuya cultura y grado de elevación en el mundo en que vivíamos eran fáciles de adivinar a través de la responsabilidad de la que estaba investido.

—¡Sí, queridos amigos, hermanos míos!— decía Clemente, mientras paternalmente nos guiaba de sala en sala, proponiéndonos tesis hermosas y reconfortantes respecto de las Soberanas Leyes de las que él era digno intérprete, que tantas aclaraciones llevaron a mi pobre alma oscurecida por el error, que me permitiré transcribir en estas modestas páginas del Más Allá:

—¡Si, amigos míos!, bendito sea el Creador Supremo, Dirigente del Universo, cuya sabiduría y bondad insuperables nos sacan de las incomprensiones del error hacia las elevadas vías de la regeneración, a través de los servicios ininterrumpidos

de los renacimientos planetarios. En la Tierra, los hombres están aún lejos de conocer la sublime expresión de esa Ley que sólo el pensamiento Divino, realmente, sería capaz de establecer para dotar a Su creación con posibilidades de victoria.

La ignorancia de los elevados principios que presiden los destinos de la humanidad, la mala voluntad de querer participar de conocimientos que les conducirían a las fuentes de la vida, así como los preconceptos inseparables de las mentalidades esclavizadas al servilismo de la inferioridad, han impedido a los hombres reconocer ese amplio y glorioso cimiento de su propia evolución y de su emancipación espiritual.

El hombre de ciencia, por ejemplo, considerado un semidiós en las sociedades terrestres, de las que exige todos los honores y glorias ficticias, no admitirá, en ningún caso, por el gran orgullo que arrastra, parejo a su ilustración, que posteriormente pueda ser conducido a una reencarnación oscura y humilde, en la que su corazón, reseco y árido de virtudes edificantes, adquirirá los dulces sentimientos de amor al prójimo, las delicadas expresiones de la verdadera fraternidad, que sólo el respeto y la veneración a la causa cristiana podrán inspirar, mientras el intelecto reposa...

El soberano, el magnate, las clases consideradas "privilegiadas" por la sociedad de la Tierra, que usan con liviandad las concesiones hechas por el Soberano Supremo para que contribuyan en la labor de protección a la humanidad y al desarrollo del planeta, no admitirán que sus excesos cometidos en incompatibilidad con las divinas leyes les induzcan a renacimientos desgraciados, en los que existirán miseria, esclavitud, humillaciones, luchas continuas y adversas, para que en tan laboriosas recapitulaciones expíen por la indiferencia o la maldad que dieron pruebas en el pasado, dejando de favorecer a las clases oprimidas, el bienestar general de la sociedad y de la nación en la que vivieron, prefiriendo el egoísmo cómodo y pusilánime a la solidaridad fraterna, debida por los hombres unos a otros...

El blanco, celoso de la pureza de la raza que la que su orgullo y vanidad le hace suponer que está privilegiado por el favor divino, no estará de acuerdo en rendir homenaje a una Ley universal y divina capaz de imponerle, un día, la necesidad de renovar la existencia carnal ocupando un cuerpo de piel negra, o amarilla, bronzeada, mestiza, etc., etc., obligándole a reconocer que es el espíritu, y no su cuerpo material pasajero y circunstancial, el que necesita clarearse y resplandecer, a través de las virtudes abnegadas y adquisiciones mentales e intelectuales, cosas que podrá obtener en el seno de una o de otra raza. Y es más: que negros, blancos, amarillos, etc., todos descienden del mismo principio de Luz, del mismo foco inmortal y eterno, que es el Padre supremo de toda la creación.

Pero, amigos míos, lo quieran o no todos esos respetables ciudadanos terrestres, aunque a ellos y también a vosotros os repugne el imperativo de esa Ley magistral,

lo cierto es que es irremediable e indestructible y que, por eso mismo, todos los hombres mueren en un cuerpo para resurgir en la vida espiritual y después volver a renacer en nuevos cuerpos humanos... hasta que les sea concedido, por el progreso ya realizado, ingresar en planetas más dichosos –también reencarnados– en cuyas sociedades iniciaran un nuevo ciclo de progreso, en la escala ascensional de la larga y gloriosa preparación para la vida eterna. Esto, sin embargo, llevará milenios y milenios...

Ningún hombre, por tanto, como ningún espíritu, podrá huir de las atracciones irresistibles de esa Ley, le guste o no le guste, ya que es necesaria a toda la creación, como factor principal de su progreso, de su ascensión hacia lo mejor, hasta lo perfecto.

En la Viña del Señor –el universo infinito– existen trabajadores indicados para el delicado servicio de promoverla. En lo que concierne a la Tierra, están bajo el control del Unigénito de Dios, responsable de la redención del género humano. Así como diariamente el hombre asiste al nacer del Sol y a su ocaso en el horizonte, así como siente soplar los vientos y ve caer la lluvia, crecer y fructificar las plantas, emitir sus perfumes las flores y los astros brillar en el infinito del espacio, sin evaluar la inmensidad y aspereza del trabajo que todo eso significa, y aun menos la dedicación, los sacrificios que tan sublime labor requiere de las legiones de siervos invisibles que, en el mundo astral, están encargados de la conservación del planeta, según los altos designios del Omnipotente Creador, también diariamente asiste a millares de renacimientos de semejantes suyos, y de muchos otros seres vivos y organizados, ignorando la emocionante, encantadora epopeya divina que contempla...

Y tanto se habituó el hombre a verse rodeado de las manifestaciones divinas, que se volvió indiferente a ellas, no pensando en la apreciación y el loor a sus grandezas, considerándolas naturales, y hasta comunes, como realmente son. ¿Cómo, no va a ser así, si él mismo está inmerso en el seno del universo divino, como descendiente del Divino creador de todas las cosas?...

Lo oíamos todo con mucho agrado, sin perder detalle. Todo aquello era nuevo y muy emocionante para nosotros. Nos sentíamos disminuidos y molestos en una sociedad para la que nos reconocíamos incapacitados. Y nos admiraba recibir de ella un trato tan gentil y atenciones tan amistosas, como en aquel momento.

Nos llevaron hacia una de las espléndidas galerías donde se alineaban las bellísimas estatuas-planos. Enfrente de cada una de ellas se encontraba la mesa de trabajo del operador. Varios técnicos iniciados se encontraban allí, fieles al noble deber de servir a hermanos con menos experiencia en la ciencia de la vida, más atrasados en la peregrinación hacia Dios.

Algunos examinaban detenidamente los detalles de la configuración a su cuidado, otros estudiaban apuntes e instrucciones, y otros examinaban la fotografía de

los despojos, realizando mapas de los futuros cuerpos a ser enviados para las pruebas, etc., etc. Y cada uno, empleando en ese extraordinario trabajo lo máximo de atención y buena voluntad que eran capaces, nos hizo concebir el ideal del funcionalismo perfecto, consciente del deber a cumplir.

Nos aproximamos a las estatuas. Eran réplicas del cuerpo anterior al suicidio. Observamos con sorpresa que esos modelos singulares estaban animados de movimientos y vibraciones, formando así, el tipo ideal a ser plasmado. A través de las arterias, veíamos deslizarse, con toda la pujanza y precipitación naturales al cuerpo humano, un líquido rojo luminoso, indicando la sangre con sus manifestaciones normales en un cuerpo material terreno. Las vísceras estaban trazadas por sustancias fluídicas luminosas sutilísimas translúcidas, como si para obtenerlas tuviesen que comprimir reflejos de la luz delicada de la luna... En cuanto a los cartílagos, el encaje de los nervios, la carne, eran igualmente representados por organizaciones delicadas, de colores diferentes: blancos, jade, rosados, respectivamente, por lo que la pieza tenía una expresión de gran belleza. El pequeño universo del cuerpo humano con todos sus detalles, se encontraba allí ideado con la maestría de verdaderos artistas y anatomistas.

Había dependencias exclusivas para los modelos y para los casos femeninos. En nuestras observaciones, nunca vimos servicios mixtos, en ningún sector.

Pasados algunos minutos, oímos que Rosalía decía, con singular emoción:

—¡Efectivamente, amigos míos! ¡Es un mecanismo magnífico!... El hombre terrestre debería considerarse honrado y dichoso, por obtener de la bondad del Creador la merced de poder hacer la propia evolución planetaria en la posesión de un vehículo así... En el universo infinito existen mundos físicos donde el espíritu que en ellos reencarna tiene que arrastrar ciclos de progreso ocupando cuerpos materiales pesadísimos, que comparados con estos, serían considerados monstruosos...

Callamos, sorprendidos, sin ánimo para discutir, iniciando polémicas tan de nuestro agrado, dada la ignorancia en que nos encontrábamos respecto al impresionante asunto... El noble instructor, sin embargo, intervino, dirigiéndose a nosotros, risueño como siempre:

—¡Sí! Es más que una simple máquina, amigos míos... Es el propio universo en miniatura, donde se reproducen fabulosos fenómenos en todo momento, pues, en efecto, su naturaleza participa de muchas condiciones contenidas en la organización del propio Universo. ¡Es un templo!... Un santuario donde se depositará la centella sagrada que emanó del Todopoderoso, es decir, el alma inmortal, para que se embellezca y perfeccione en la secuencia de los renacimientos...

—Ved el corazón! Órgano sensible y heroico, infatigable centinela, destinado a los más elevados servicios de una reencarnación, cofre donde el espíritu localiza la sede de los sentimientos que lleva consigo desde la vida espiritual... Examinad el

cerebro, aparato prodigioso, joya solo imaginada por el Excelso Artista, tesoro inapreciable que el hombre recibe al nacer, sobre el que actuará la mente espiritual, sirviéndose de él para las nuevas adquisiciones de los trabajos realizados. Es otro universo en miniatura, el farol que dirige la misma vida humana, brújula generosa en medio de las tinieblas del encarcelamiento físico-terrestre...

¿Y el aparato visual?... Que lleva al cerebro la impresión de las imágenes, traduciéndolas en entendimiento, comprensión, certeza y hechos... ¿No es un digno compañero de los primeros?... ¿No es en ese precioso relicario de luz donde se acumulan las potencias sublimes de la visión espiritual, dosificadas armoniosa y sensatamente, para el uso conveniente del individuo durante la estancia en la carne, facilitándole así las realizaciones que le competen en el concierto de las sociedades humanas?...

¡Observad, estas joyas auditivas, laberintos perfectos que presentan indudables armonías con los antecedentes! Tan bien dotados y perfectamente dispuestos, que permiten al terrestre alcanzar las más delicadas vibraciones, que son necesarias para el progreso y tareas que deberá realizar, e incluso, en muchos casos, la sutil expresión provenida de un murmullo de los planos invisibles...

¡Pero no es solo eso! Aquí está la organización gustativa, detentora del paladar. Sutil, oscura, modesta, tan preciosa cualidad del cuerpo pero absolutamente indispensable al género humano, auxiliándole generosamente, copartícipe del trabajo de la alimentación, fiel colaborador de la conservación del cuerpo. Qué grandiosa debe parecer la labor de la lengua al observador consciente, órgano que traduce, además el pensamiento de la criatura encarnada, a través de la magia de la palabra enunciada. ¡Cómo sería el hombre de respetable si ese aparato sublime lo usase sólo al servicio del bien, de lo bello, de la verdad! De sus complejas fibras se desprenden las vibraciones emitidas por el pensamiento, haciendo posible el entendimiento entre la humanidad a través de la palabra. Gracias a su productiva labor que se concretan los sonidos de las más bellas expresiones conocidas en la Tierra, tales como las dulces promesas de amor, cuando el corazón entusiasmado, ennoblecido por elevados proyectos sentimentales, se inflama de ardientes deseos; las armonías arrebatadoras de vuestros más queridos poemas, así como las suaves nanas del amor materno junto a la cuna en la que adormece al querubín risueño... y también el nombre sagrado del Todopoderoso, en los murmullos fervorosos de la oración...

¡Ninguna pieza es inútil! ¡Ninguna línea superflua o consagrada a la inactividad! Todas las particularidades son esenciales, integrando un todo generoso; son indispensables para su armonía magistral, se completan, se corresponden, se atraen, confraternizan en una belleza majestuosa de actividades, dependiendo unas de otras para formar un conjunto favorable al equilibrio del espíritu que habitará en él temporalmente, como una lámpara sagrada en un santuario eficaz...

La naturaleza, amigos míos, que es la voluntad de Dios manifestada bajo la presión soberana de Su divino poder magnético, convirtió al cuerpo humano en habitación sumuosa para el espíritu necesitado de la reencarnación para el aprendizaje en el ciclo terrestre... pues convenceros de que la finalidad de la reencarnación es la preparación del ser espiritual para el triunfo en la inmortalidad, y no sólo para los servicios de la expiación. Esta última es la consecuencia del desvío de la verdadera ruta, simplemente, y existe únicamente por la responsabilidad del "yo" de cada uno.

El estado definitivo de los cuerpos humanos para la habitación temporal del espíritu, que proviene de un soplo divino, el modelo originado de la voluntad del Sublime Artista, penosamente evolucionado a través de los siglos, es la belleza. La existencia de desarmonías en el conjunto proviene de que los espíritus que lo modelaron para habitar en él, sirviendo a su propio progreso o a causas excelentes, lo desearon así, ya fuese por modestia y humildad o por comodidad o recelo de situaciones perturbadoras, pues la belleza física, muy admirada sobre la Tierra, se convierte, sin embargo, en una cualidad peligrosa en sus sociedades, ante las tentaciones y excesos a los que se ve expuesta. También muchas veces la rechazan, prefiriendo lo inverso o la mediocridad de líneas discretas, aquellos que renacen expiendo grandes errores pasados, pues no ignoráis que el estado de fealdad, de anormalidad de trazos, que por no ser lo natural, se torna repugnante y penoso para el que lo arrastra, constituyendo una prueba.

¡Ved estos modelos en tamaño natural!... Al reencarnar, sus poseedores recibieron cuerpos carnales así de perfectos: hermosos, dotados de fuerzas vitales y magnéticas que garantizarían excelentes funciones orgánicas, salud permanente, capacidad para las competiciones diarias. Nada les faltó a sus ocupantes sino la fuerza de voluntad, el coraje de vencer. La ayuda que dependía de la naturaleza, para que venciesen, le dio el cuerpo apropiado al tipo de trabajo que debían desarrollar, como una armadura sólida de otros cruzados que luchasen por la victoria del espíritu. A pesar de todas las reservas concedidas por el Cielo en su provecho, no solo fallaron, huyendo de los deberes para los que habían reencarnado, sino que destruyeron el precioso cuerpo puesto en su poder, tan bien dotado, aniquilándolo con el suicidio...

No nos caían bien en la conciencia las exposiciones del ilustre técnico de Planificación. Una amarga tristeza iba avasallando nuestras más íntimas facultades a cada nuevo concepto proferido. No obstante, le seguimos bienamente cuando nos invitó a acercarnos a las mesas donde los inspirados anatómistas trazaban los planos de futuros cuerpos a ser modelados en la carne por el espíritu culpable, pronto a reencarnar.

—En estos bancos de trabajo —continuó— mis colaboradores preparan mapas corporales para suicidas portadores de deudas grandiosas, aquellos que, antes del

fracaso, habían recibido aparatos materiales bien dotados en toda su admirable organización.

Ellos abusaron de la magnífica salud que tenían. ¡Salud! El bien inapreciable que el hombre desdeña, fingiendo ignorar que se trata de una ayuda divina que la solicitud del Altísimo concede a las criaturas, para darles valor para los trabajos dignos que le permitirán conseguir los laureles del progreso espiritual...

Sin la mínima muestra de respeto a la autoridad del Creador, estos desdichados hermanos nuestros envenenaron sus cuerpos con excesos de todo tipo. Lentamente, les depredaron con los abusos del alcohol, les intoxicaron con las inhalaciones del tabaco o les envilecieron con los vicios sexuales. Los animalizaron con los excesos alimenticios, desviándose a la gula, lo que supuso alteraciones en las funciones gástricas, infartando las glándulas hepáticas, dañando lamentablemente, por exceso de trabajo, el delicado aparato digestivo, que veis allá, en el modelo primitivo, retratado en aquellas estatuas que tanto admirasteis.

Otros, no satisfechos con ese grave desacato a sí mismos como al Generoso donante de la vida, que sólo por sí mismo, respondería por un auténtico gesto de suicidio, fueron incapaces de soportar las consecuencias de tanta intemperancia, ya sea, un cáncer, la tuberculosis torturante, una úlcera, la neurastenia, un desvío mental, alucinaciones producidas por el pésimo estado del sistema nervioso, la hipocondría, enfermedades físicas, mentales y morales que para sí mismos crearon, usaron de una violencia igualmente reprobable... Y coronaron el cúmulo de consecuencias destruyendo completamente y matando brutalmente el cuerpo concedido por la bondad paternal de Dios, empuñando contra sí mismos armas homicidas.

¡Aquí está, sin embargo, el resultado del que se asustan!

No murieron, porque el verdadero ser no era aquel santuario destruido, sino lo que en él habitaba. Y ahora, arrepentidos, martirizados por el inalienable dolor de los remordimientos y convencidos del error que practicaron, vuelven al teatro de los desatinos cometidos, animando arcillas corporales ya no idénticas a las destruidas por su espontánea voluntad, pero apropiadas al género de expiación que crearon con la consecuencia natural de su acción...

A esa altura nos sentíamos fatigados de aflicción y profundamente melancólicos. La fuerte realidad que irradiaba de aquellos planteamientos, el mismo ambiente, rodeado por sugerencias inherentes a las reencarnaciones expiatorias, infiltraba un angustioso malestar en nuestros corazones, llevándonos hasta la ansiedad. Pero el estado de aprehensión y angustia era un acontecimiento tan vulgar en nuestro ser, que no nos quejamos de nada, callándonos, pensativos...

Nos invitó a continuar oyéndole, en reposo, ofreciéndonos confortables sillones donde nos sentamos. Y, tomando lugar a nuestro lado, recomendó fraternalmente el hermano Clemente:

—Sabéis ya por la hermana Celestina cómo se realiza vuestro ingreso en este Departamento, así que no me extenderé en ello. Diré sólo que seremos responsables de vosotros mientras dure vuestra existencia planetaria, esa existencia anormal que creasteis fuera de la programación establecida por la divina providencia. Asistiremos vuestros momentos difíciles de vuestra expiación; enjugaremos vuestras lágrimas en los momentos culminantes, insuflando nuevo ánimo en vuestros corazones a través de sugerencias benéficas, que no escatimaremos en vuestro favor; os susurraremos recursos para las aflicciones que os alcancen, a través de vuestra facultad de intuición, activa por el sufrimiento; velaremos por vuestra salud, por vuestras condiciones físicas, necesarias para la permanencia en la experiencia terrestre; vigilaremos para que no se agraven las pruebas por las que pasaréis, dadas las condiciones egoísticas en que se mantienen las sociedades en que seréis llamados a probar el arrepentimiento en que permanecéis, que os podrían dificultar demasiado la victoria, acumulando dolores excesivos en vuestro trayecto, ya de por sí contaminado de brezos y espinos...

Y solamente acabaremos esta amplia y espinosa misión cuando, una vez finalizada vuestra expiación reparadora del acto del suicidio, cortemos las conexiones fluídicas que os ataron al cuerpo, convertido naturalmente en cadáver, y os reconduciremos hacia aquí, enviándoos al Departamento del cual os recibimos, y que, a su vez, aguardará ordenes del Templo para llevaros a nuevos lugares que por derecho y afinidad os convengan...

Jamás —insisto—el retorno al plano físico-material se efectuará si no queréis. Puede dilatarse vuestra permanencia en esta Colonia por largo tiempo, porque, contra vuestra voluntad, no reencarnareis. Ni siquiera la Ley soberana os obligará a nuevos intentos en la Tierra porque, uno de sus más sublimes dispositivos, que nos empuja a la adquisición de honrosos méritos, es exactamente el no imponer el cumplimiento del deber a nadie, sino dar a todos las posibilidades de observarla voluntariamente. Lo más queharemos, para animaros para el buen desempeño, es aconsejaros, tratando de convenceros de la importancia del renacimiento a través del razonamiento y del examen de los hechos. Esos procesos serán efectuados durante la estancia en el Departamento al que ingresasteis y no en éste, como ya sabéis por las instrucciones que habéis tenido.

Generalmente, sin embargo, el suicida se ve en tan precarias condiciones, bien físico-astrales o morales y mentales, que pocas veces tenemos el trabajo de convencerle para la reencarnación. Él mismo la desea ardientemente, se apresura en obtenerla, la suplica realmente al Todo misericordioso, a través de fervorosas

oraciones, muchas veces en el momento inadecuado, lo que nos fuerza a obligarle a una espera que permitirá mayores probabilidades de éxito...

El respetable instructor se permitió una pequeña pausa para atender a algunos colaboradores, que le consultaron sobre detalles del servicio.

Les observamos con mucho interés, durante los minutos en que conversaba con los suyos. No supimos de lo que trataban. Sin embargo constatamos que conservaba, invariablemente, en su delicado semblante, una cautivadora sonrisa que debía ser la característica de su ser eternamente afable. El hermano Clemente era muy joven y dotado de una gran pureza de líneas. Parecía el modelo ideal que a los escultores de la Grecia antigua inspiró las obras que nunca más los hombres produjeron. Parecía no alcanzar todavía los treinta años, lo que nos sorprendió bastante, dada la elevada responsabilidad de la que le veíamos investido, pues, entonces, ignorábamos que el espíritu es independiente de la edad, pudiendo presentarse con el aspecto fisonómico que fuese más grato a su corazón y a su recuerdo. Le veíamos como si fuera realmente un hombre, noblemente vestido con el uniforme del grupo. Pero algo se irradiaba de su personalidad, indefinible para nosotros, confirmando su excelente calidad espiritual, a pesar del caritativo favor de materializarse tanto, para consolarnos y servirnos.

Volviendo a nuestro grupo, continuó, paciente y grave:

—De todo el extenso grupo de pacientes que han pasado por aquí, hay que exceptuar de lo que os he explicado antes a los internos del Psiquiátrico. Excesivamente perjudicados, bajo una presión vibratoria limitadísima, reencarnarán bajo los imperativos de la Ley, pero igualmente asistidos por la paternal solicitud de Aquel que es el amor supremo para todas las criaturas. No estando en situación de facilitar auxilio en provecho propio, sus lagunas serán llenadas por su guardián mayor y demás guías dedicados, que pasaran a dirigir directamente todo lo que más convenga al pobre amparado, incapacitado para el ejercicio del raciocinio ni del libre albedrío...

Nos ofreció para examinar ciertos planos que tenía entre sus manos, tomados a uno de sus colaboradores. Eran réplicas para el futuro, miniaturas encomendadas para la próxima encarnación, mientras que las estatuas en tamaño natural eran las que, en verdad, deberían estar en actividad, porque representaban al cuerpo aniquilado por el suicidio. Tomando las miniaturas, vimos que no se encontraban en ellas, ni siquiera diseñados, nada parecido a aquellas, y sí figuras esculpidas, torturadas por síntomas impresionantes de profunda amargura interior, caricaturas marcadas por indicios de enfermedades atroces, como la parálisis, la ceguera, la demencia, etc., que tanto afligen a las criaturas en todas las clases sociales terrestres.

Nos hizo caminar con él hasta uno de los clásicos modelos que se veían a lo largo de la hermosa galería de las estatuas y explicó, no sin dejar entrever un

expresivo acento de tristeza, mientras, asombrados, leíamos sobre la placa del pedestal esta inscripción:

Vicente de Siqueira Fortes ²².

Reencarnado el 10 de Octubre de 1868.

Debería retornar al hogar Espiritual a los setenta y cuatro años de edad, es decir, en el año 1942.

Se suicidó en Río de Janeiro, Brasil, en el año 1897, tirándose bajo un tren, con veintinueve años.

—¿Veis esta miniatura? —continuó Clemente, señalando una de las que examinábamos. —Pues, así alterada, reproduce el estado mental y vibratorio al que se redujo Vicente con el desesperado gesto que practicó. Fue sacada del mismo estado actual de su periespíritu, lo que es lo mismo que decir, si así se encuentra, es porque así se hizo, pues la Ley que crea la belleza no impone este estado dramático y feo a sus criaturas. Ahora, el pobre Vicente, como tantos otros que están entre nosotros, es obligado a retomar el cuerpo carnal, nacer de nuevo para completar el tiempo que le faltaba para el compromiso de la existencia que destruyó. Es urgente, además que reencarne, con sólo nueve años de estancia en lo Invisible, porque, tan grave fue el choque provocado en su periespíritu por la infernal resolución de matar su cuerpo físico que, para lograr la comprensión que le permita un progreso razonable, será precisa su permanencia en la carne, única terapia, como ya sabéis, bastante eficaz para aliviarle.

Pero volverá plasmando el cuerpo bajo el molde periespiritual que este momento arrastra, lo que significa decir que renacerá enfermo, presa de atroces males, irremediables en el plano objetivo, indefinibles fuera de las leyes psíquicas, abatido por vibraciones anormales, que le incapacitarán para que disfrute de buena salud, aunque herede de sus padres una genética vigorosa, así como de cualquier expresión de paz y de alegría. Y en base a esa genética, de padres sifilíticos, por ejemplo, o anémicos, alcohólicos, etc., etc., será posiblemente paralítico, débil mental, o tuberculoso, etc., etc.

—¿No podría el infeliz permanecer en el Psiquiátrico hasta que, de cualquier forma, se atenúe tan lamentable estado de cosas, para no exponerse a situaciones tan dramáticas y dolorosas, en el plano de la reencarnación? —pregunté, desolado.

—¡Oh, no! no conviene esa demora en absoluto a sus intereses espirituales —respondió el jefe de la Planificación. —sería demasiado largo y doloroso ese proceso. Él no tiene ni podrá adquirir percepciones para la vida espiritual mientras se encuentre en este estado. Debe rehacerse al contacto con las fuerzas vitales que,

²² Nombre ficticio. Cualquier semejanza será mera coincidencia.

con el suicidio, se dispersaron indebidamente por su periespíritu, con el que concertaban poderosas afinidades químico-magnético-psíquicas, dando como resultado este tenebroso efecto, esta incalificable intoxicación del periespíritu y mental, no prevista por la ley, más realizada por aquel que se disoció de las leyes mentales y morales que se inclinan hacia la verdadera idea de Dios...

—¡Pero... hermano!... ¿Tal estado de cosas demostrará el elevado modelo de la justicia celeste, en la que tanta esperanza depositábamos?... ¿considerando lo que hace poco dijó, es decir, que el supremo amor del Padre Altísimo acompañaría a estos desgraciados en sus renacimientos expiatorios?... Pregunto... ¿nos acompañará a Belarmino, a Mario, a Juan, o a mí?, pues también estamos encadenados a este grupo infortunado... ¿Existe misericordia al consentir la providencia este montón de desgracias con lo infelices que somos? —Si nos perdimos en el suicidio, fue porque múltiples desventuras nos hacían insopportable la existencia... —pregunté yo, poseído de una gran angustia.

El hermano Clemente sonrió con bondad, no teniendo mis protestas en consideración. Respondió simplemente, con una naturalidad desconcertante para nosotros:

—¿Olvidaste, amigo mío, que todo el universo está sometido a leyes inmutables y armoniosas, que debemos tratar de conocer y respetar, honrándonos con su sublime observancia? —Por qué se descuidan tanto los hombres encarnados respecto del deber de estudiarse a sí mismos para conocerse mejor, procurando respetarse, dándose a sí mismos el valor que merecen como creación divina que son?...

El caso que vemos ahora sólo se trata de una falta de observancia de las mencionadas Leyes... —Es el simple efecto lógico de una desarmonía, nada más!... Es lo que es, lo que los hombres inventaron para torturarse, en desacuerdo con lo que el Creador estableció con sus leyes armoniosas, inmutables y perfectas para su felicidad... Además, ¿no es para aliviar al suicida, justamente, apartándole de ese estado de cosas, insostenible para un espíritu, que la Ley le impulsa a la reencarnación?...

—Qué creéis, entonces, que debíamos hacer a Vicente o a cualquiera de vosotros, bajo los planes amorosos del Médico celeste y los consejos maternales de su Madre, por quien somos orientados?... La reencarnación para Vicente, en sus condiciones, es el medicamento apropiado para el caso. Reencarnado, continuará perteneciendo a nuestro Instituto. Estará, de la misma forma, hospitalizado en el psiquiátrico, tal como está en este momento, asistido por los médicos y psicólogos de ese establecimiento, además de la vigilancia ejercida por la dirección del Departamento hospitalario, del Departamento de Reencarnación, de la Dirección General del Templo, así como por los asistentes misioneros nombrados por lo alto. Esta reencarnación, que parece horrorizaros, será como una delicada intervención quirúrgica, una medida drástica, prevista por la gran Ley para la reacción de lo mejor sobre lo inferior, pero que proporcionará alivio y cura, un resurgir de las

fuerzas vibratorias y una recuperación de las facultades destrozadas por el atroz traumatismo.

Decís si puede existir amor y misericordia en que la Ley permita el retorno a cuerpo físico en la condición actual?... ¿Cómo podéis concebir un mayor ejemplo de tolerancia, amparo y misericordia que esa, de conceder el Altísimo nuevas oportunidades al gran pecador –llamado suicida – levantarse del abismo en que se despeñó, mas levantarse honrosamente, bajo la tutela del dulce Nazareno, y a costa de sus propios esfuerzos, de la nobleza edificante del deber fielmente cumplido?... ¿Acaso creéis que él no tiene los derechos de criatura de Dios, de espíritu en marcha evolutiva hacia la gloria de la vida inmortal?... ¿No le dan, por el contrario, oportunidades preciosas, con la reencarnación?... ¿No estará amparado, hoy como mañana, por los cuidados de Jesús el Nazareno, paternalmente asistido por sus trabajadores, por legionarios de María, que le ayudarán en ese calvario forjado por el acto insano que practicó en rebelión contra la Ley de Dios?... Los espíritus que sobrevuelan las esferas celestes, como el mismo divino Médico de las almas, ¿no están preocupados con él, solicitando al Soberano omnipoente nuevas oportunidades para que se reconstruya al calor de actos justos y meritorios, saliendo de la humillante situación en la que yace en este momento, dentro del menor plazo posible?...

Si él sufre, ¿de quién fue la responsabilidad?... ¿No es, además, el sufrimiento, una lección magnífica, que acumula sabiduría a través de la experiencia?...

¿Quién, en la Tierra, ignora que el suicidio es una infracción que no se debe cometer por ser contraria a la naturaleza, a la Ley y al amor de Dios?...

En la Tierra, las religiones, la razón, el sentimiento, el sentido común, la honra, todos lo condenan...

Ahí tenéis el porqué: el pensamiento, la intuición que el buen sentido tiene de la deplorable situación a que se reduce el alma de un suicida...

A Vicente, como veis, la Ley le otorgó el sagrado derecho de existir sobre la Tierra animando un cuerpo físico perfecto, como el modelo que está aquí, en este pedestal...

Sin embargo ¿qué hizo él de ese cuerpo?...

¡Le rechazó y humilló! ¡Le lanzó brutalmente a la destrucción!... ¡Tan irrespetuosamente como si se lo tirase de vuelta a la cara del mismo Dios! ¡Ese insulto a la Ley, le costará todavía muy caro!

Expiará las consecuencias naturales de su acto, reparará los desastres ocasionados a sí mismo, como a otros, si alguien, además de él, fue perjudicado; se amargará entre sacrificios y lágrimas, herencia lógica del desatino practicado, hasta que consiga fuerzas vibratorias suficientes para obtener de la providencia la concesión

de otro préstamo corporal equivalente al destruido, otro templo, perfecto y sano, para recomenzar el camino normal de la evolución, interrumpido por la caída en los desvíos del suicidio...

Él sufre, es cierto. Pero..., ¿quién le hizo sufrir?... ¿Por qué sufre?... ¿Dónde está el mayor responsable por sus sufrimientos?...

Triste, bajé la cabeza, prefiriendo callar.

CAPITULO VII

LOS PRIMEROS ENSAYOS

“De cierto os digo que en cuanto no hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco por mí lo hicisteis”.

MATEO, 25:45

Pasaron dos días desde los acontecimientos narrados, durante los que nos dedicamos a sopesar todo lo que habíamos visto y aprendido en las visitas a los Departamentos del hospital.

Comprendimos las lecciones.

No era posible tener ninguna ilusión más después de concluir el estudio de aquella Biblia cristalina y sabia que representaba cada una de las secciones visitadas. ¡Estábamos angustiados! Y todos lloramos en el recinto del Pabellón Hindú, rodeados de nostalgia y soledad.

A la mañana del tercer día Roberto de Canalejas contribuyó para impedirnos resbalar hacia un estado de depresión, invitándonos a pasear por el parque en su compañía.

Sirviéndose de la encantadora afabilidad que era característica en él, discreta y simple, nos comentó mientras caminábamos:

—¡El desánimo es siempre mal consejero, que debemos atacar con todas nuestras fuerzas! Reaccionad, amigos míos, volviendo vuestra voluntad hacia la fuerza suprema, de donde emanan la energía que alimenta el universo... y luego sentiréis que unas inclinaciones regeneradoras reforzarán vuestra capacidad para proseguir la jornada...

¡Cuándo os sintáis pusilánimes y tristes ante lo inevitable, trabajad! ¡Buscad en la oportunidad, en la acción noble y honesta la restauración de las facultades en crisis! Nunca seremos tan insignificantes y faltos de posibilidades, ya sea en la Tierra como hombres o en lo invisible como espíritus, que no podamos servir a nuestro prójimo, cooperando para su alivio y bienestar. En vez de refugiaros en este Pabellón, perdidos en pensamientos dolorosos e improductivos, que agravan vuestros sufrimientos, venid conmigo a visitar a vuestros hermanos que sufren más que vosotros y están todavía hospitalizados, sumergidos en el drama de las

tinieblas que también se extendió sobre vosotros... Volvamos al Hospital para volver a ver a los amigos, a los colegas, a los enfermeros que bondadosamente velaron por vosotros, consolando vuestros corazones angustiados por el dolor, a los médicos que os ayudaron a expulsar de la mente las impresiones contumaces que os restaban valor...

Aceptamos. Acompañados por él durante todo el día, visitamos a nuevos enfermos, dirigimos frases solidarias a pobres recién llegados del Valle Siniestro, abrazamos a Joel y a los demás dedicados amigos que se desvelaron por nosotros días y noches de angustiosa memoria, presentamos nuestros respetos y agradecimiento a los eminentes psicólogos que tantas veces se acercaron a nuestros lechos dándonos alivio con las reconstituyentes energías de sus diáfanas virtudes...

Y gracias a eso el ánimo volvió a nosotros, enseñándonos a buscar tregua para los propios dolores, aliviando los dolores ajenos, estando junto a corazones virtuosos capaces de comprendernos.

A la tarde, de regreso al albergue, un emisario de Teócrito nos comunicó que, al día siguiente, deberíamos ir a la sede de la Vigilancia, uniéndonos a la gran caravana que iría a la Tierra.

Teócrito no tomaría parte en ese viaje. Sus asistentes Romeu y Alceste le representarían, velando por nuestros intereses y necesidades mientras nos encontrásemos en libertad, no obstante deberían hacerlo disimuladamente, para no privarnos del mérito y de la responsabilidad. Carlos y Roberto de Canalejas, Ramiro y Olivier de Guzmán, el Padre Anselmo y otros amigos que ya conocíamos y queríamos, integraban el numeroso cortejo, encargados, por órdenes superiores, de las instrucciones que fuesen precisas, en el caso de que nuestra conducta durante la libertad impusiese otras necesidades.

Y cuando los primeros paisajes del terruño natal se dibujaron entre las emanaciones pesadas de la atmósfera, el llanto me salió de lo más íntimo, en una sacro-santa aspiración de añoranzas, respeto y alegría...

¡Hacía dieciséis años que mi cuerpo, recibido de la madre naturaleza para, a través de su inestimable ayuda, habilitarme para el reinado de la inmortalidad, había caído en convulsiones siniestras, triturado en las garras del suicidio! ¡Dieciséis años de prisión, de lágrimas, de dolores espantosos e inenarrables en su verdadera expresión!

Aturdido y desambientado en mi propia tierra natal, me asaltó un irreprimible recelo de recorrer sólo las tan conocidas y añoradas calles de Lisboa, de Oporto, de Coímbra, que yo tanto había amado. Me sentí angustiado y triste, viéndome en posesión de la libertad. Nuestros amigos se retiraron de nuestra visión, refugiándose en la invisibilidad inalcanzable a nuestras capacidades, y nos dejaron entregados a nosotros mismos, aunque no nos abandonaban del todo. Mi interior se veía

diferente por profundos cambios, debido a la larga estancia de sufrimientos en lo invisible, porque me reconocí tímido y asustado al estar, cara a cara, otra vez, con aquella sociedad a quien yo había amado y despreciado al mismo tiempo; y que yo había criticado sin contener la ira al descubrir sus defectos morales, para después en ocasiones, exaltarla en commovidas páginas salidas del corazón, herido siempre por dramáticas razones. Recordé las adversas etapas que habían constituido mi existencia, que la desesperación acabó por destruir, que, si bien no destacaron por las virtudes, que no demostré tener, si lo hicieron por el infortunio que la destruyó.

Una vez despierto el subconsciente, tan cariñosamente tranquilizado y adormecido por la terapia del Instituto María de Nazaret, ante la vuelta al teatro del pasado, el drama que viví se desarrolló en mi recuerdo con el mismo sabor ácido de antaño, agitándome las entrañas del alma con las tribulaciones soportadas en otro tiempo. Recordé a los que amé y a los que me amaron, o, por lo menos, a los que tenían el deber de amarme, y tuve miedo de buscarles...

Tenía muy vivas en mis recuerdo las desilusiones sufridas por Jerónimo Silveira para que, imprudentemente, me arrojase a provocármelas, visitando, sin pensarlo, el viejo hogar, los amigos, la parentela de quien yo apenas había tenido noticias, sin haber recibido jamás de ella demostraciones de añoranza a través de buenos votos dirigidos a mí, en el fervor de una oración.

Apelé al afecto de Belarmino, a quien yo había conocido en los días de desgracia, suplicándole que no me abandonase, y que mejor caminásemos juntos,..., pues Mario se fue en busca de noticias de su esposa y de sus hijos, de los cuales nunca había sabido en lo Invisible, hasta ese momento.

Belarmino estaba acometido por idénticas impresiones, aunque se mantenía mudo y firme, mientras yo exteriorizaba mi pensamiento por cualquier motivo.

Volví con él al antiguo solar que le vio nacer y vegetar, donde había disfrutado de la convivencia amorosa de la familia, que tanto le había apreciado, y por cuyas salas alfombradas la figura de su inconsolable madre parecía todavía moverse alucinadamente, desde el momento en que le vio extinguiéndose, con las venas cortadas. Ya no pertenecía a los de Queiroz y Sousa la quinta, ni allá estaba la amorosa anciana que él, ahora, con los remordimientos brotando de los archivos del alma, buscaba con aflicción, inconsolable por no haber tenido nunca noticias de ella, cuando todo su ser vibraba en ansias de añoranza...

Vi al antiguo profesor de Dialéctica llorar ante la chimenea, de rodillas en el lugar exacto donde en otro tiempo se encontraba el sillón de la anciana señora, rogando su perdón por el disgusto atroz infligido a su tierno corazón de madre, suplicando, con un llanto entre afectivo y commovedor, su añorada presencia, aunque fuese por algunos instantes, para amainar en su pecho el dolor feroz de la añoranza que le destrozaba el alma. La buscó por todas partes donde creía posible encontrarla como un peregrino desolado. La amorosa anciana, sin embargo, para

quien la vida, la alegría y la felicidad se resumían en él, no estaba en ningún lugar. Hasta que una idea desconcertante le indicó la última posibilidad: se dirigió al panteón de la familia, donde reposaban las cenizas de sus antepasados. Su madre quizás estaría allí...

¡En efecto! El nombre adorado allá se encontraba, grabado en la lápida, al lado de su propio nombre...

Belarmino se arrodilló, a la vera de su propia tumba, y oró por su madre, deshecho en lágrimas.

Atardecía cuando, silenciosos, bajamos la cuesta alfombrada del cementerio. Traté, en la medida de mis posibilidades, de levantar el ánimo de mi amigo, y mientras vagábamos por las calles, observé, esforzándome por parecer confiado y consolador:

—Es fácil deducir el destino de tu venerada madre, amigo mío. Seguro que no está enclaustrada en aquella jaula de mármol y podredumbre, pulverizándose con los últimos elementos materiales que allí se encierran... ya que ni tú te encuentras allí... El sentido común nos dice que, siendo nosotros dos seres portadores de personalidad eterna, también ella lo será y que, como nosotros, se encontrará en el lugar apropiado a su existencia extra corporal, pero nunca en la tumba...

—¡Sí!... Ya lo había pensado, Camilo... Sin embargo, ¿dónde estará?... ¿En qué lugar del infinito invisible?... ¿Y por qué será que nunca más, siendo yo inmortal, pude encontrar a mi madre querida?... ¿Por qué no la vi jamás, reflejada en los grandiosos aparatos de nuestra enfermería, en visita telepática?... ¿La veré algún día?...

—Perdón, Belarmino... ¿Me pareció oírte decir que también tu madre compartía las creencias materialistas que tú profesabas?... ¿Cómo quieras que viviese orando por ti, reflejándose en un medidor de vibraciones espiritualizadas, como les llaman nuestros instructores de la Colonia?... Indaguemos antes sobre su paradero al Dr. de Canalejas o a Roberto... Por mi parte, no dudo que tú la volverás a ver. Si todo cuanto nos ha rodeado, desde que entramos en el Más Allá, se impone por la precisión de la lógica, la misma lógica te conducirá a volver a ver a tu madre, tarde o temprano...

—Sí, preguntemos otra vez a los doctores de Canalejas... Ya lo hice, pero ambos esquivaron darme una respuesta... Pero... ¿dónde les encontraremos ahora?... No dejaron ninguna dirección...

—¡Esperemos, entonces, hasta encontrarles... Seamos pacientes, amigo mío... En diecisésis años de desgracias sorprendentes, creo que aprendí rudimentos de la sublime virtud llamada paciencia....

—Sin embargo, Camilo, prefería no haber vuelto a Portugal... Me siento intransquilo y triste...

Nos sentíamos fatigados y queríamos descansar. Pero, ¿dónde encontrar refugio?...

El decoro y el respeto al domicilio ajeno nos inhibían de buscar hospedaje en casas extrañas... En cuanto a los viejos amigos, no pudiéndonos ver, se convertían en más respetables para nosotros, por no desear participar de su intimidad como intrusos o indiscretos. Acostumbrados a la sólida disciplina del Instituto y presionados por la añoranza de un refugio, continuábamos transitando por las calles de la ciudad. Una irreprimible tristeza nublaba nuestros corazones, mientras el crepúsculo derramaba nostalgias alrededor, agrandando las sombras y las impresiones que recibíamos.

Belarmino sugirió que nos alojásemos en una iglesia, cuya nave, repleta de fieles, invitaba francamente a entrar. Rechacé la sugerencia, fiel a mi antigua incompatibilidad con los representantes del clero. Recordamos muchos sitios, pero al decirlos, los rechazábamos inmediatamente...

De repente, como si la fraternal solicitud de Teócrito nos viese a través de las pantallas magnéticas, acompañando nuestros pasos como lo había hecho con Jerónimo, una idea salvadora me iluminó la mente y grité, jubiloso:

¡Fernando!...

¡Sí, Fernando de Lacerda! El protector inolvidable, cuyos caritativos pensamientos de amor y de paz, diluidos en centellas de oraciones, tantas veces me había visitado en el desconsuelo de las tinieblas, donde mi alma expiaba la osadía del suicidio. Ese buen corazón que continuaba, incansable y piadoso, cautivándome con sus constantes visitas mentales, sus abrazos amorosos convertidos en radiaciones benéficas de nuevas oraciones para nuevas conquistas de días mejores para mi destino...

Conocíamos el domicilio del viejo amigo y el lugar donde ejercía su honesta labor y donde se reunía para experimentos científicos y culturales, al lado de atentos compañeros dedicando sus mejores esfuerzos, por haberle ya visitado la primera vez que logramos bajar a la Tierra. Nos dirigimos pues, a su domicilio, refugiándonos allí, discretos y humildes, ocupando un cuarto encima del tejado, que parecía haber sido preparado por lo Invisible para huéspedes de nuestra categoría.

Algunos días de permanencia al lado de Fernando y sus amigos fueron suficientes para readaptarme a los acontecimientos terrenos, volviéndome a ambientar a la vida social, aunque con sensibles problemas, añorando sinceramente la convivencia serena y leal de la sociedad Invisible a la que ya me había acostumbrado.

Me confesé mucho a este médium tan estimado en nuestro Instituto. En aquel dulce refugio reuní ideas y resolví realizar un programa, para llevar a cabo las recomendaciones de Teócrito. Debería, antes de nada, volver a esclarecer a mis antiguos amigos, colegas, editores, y hasta a los adversarios, que el suicidio no había logrado cortar mi vida, ni la inteligencia y la acción. Entonces escribí, hablando al cerebro de Fernando, en coloquios amistosos que me reconfortaban mucho y sirviéndome de su mano como de un guante que calzase a mi propia mano, largas cartas a los amigos de antes, que la muerte no me hizo olvidar, noticias sinceras y verídicas de mis impresiones, procurando identificarme a través del estilo literario con que me conocían.

Ya no había vanidad en mi gesto. Pretendía preparar el ambiente para reportajes futuros más amplios. Mi intención era avisarles, antes de nada, que yo continuaba vivo, bien vivo y pensante, no obstante la tragedia inconcebible que la tumba había ocultado a los débiles ojos humanos. Mi deseo era revelarme a aquella misma sociedad que me había conocido y alegrarla con la noticia de que, como yo, también ella era inmortal, prevenirla, en fin, conscientemente, de los peligros existentes tras el monstruo llamado suicidio.

Pero... a pesar de mi buena voluntad y de la dedicación del generoso amigo, que me prestaba su inestimable ayuda, pasé por la decepción y la vergüenza de ser rechazado por la mayoría de aquellos mismos a quienes deseaba servir revelándome como una persona pensante, una inteligencia viva, independiente y normal, a pesar de mi estado invisible. Sin querer, acarreé grandes disgustos al pobre Fernando, a quien yo quería, respetaba y honraba en virtud del magnífico don que traía, el de transmitir fácilmente el pensamiento de las almas difuntas: Fue el blanco de críticas demasiado ardientes e injustas, insultos ingratos y burlas abusivas.

Me quedé decepcionado y contrariado. No podía defender al noble amigo, ya que no me querían oír. De nada valían tantas y tan interesantes noticias que traía yo del Más Allá para sorprender a los antiguos competidores en la literatura, tantos y tan impresionantes dramas y narraciones con que enriquecer a otros editores que necesariamente me reconocerían a través del lenguaje que les había sido habitual. Me veía forzado a callar, porque bien pocos eran los que me aceptaban.

No obstante, la convivencia con Fernando me compensaba de las derrotas en los otros sectores, me sentí muy elevado gracias a las charlas que entablaba con él, dándole mi mayor afecto, y agradeciéndole la simpatía que, tanto a mis amigos como a mí, demostraba infatigablemente.

* * *

Una tarde soleada, un mes después de nuestra llegada a Portugal, cuando los perfumes amenos de las adelfas se mezclaban al sugestivo olor de los manzanos esparciendo vida y encanto por la atmósfera serena, volví, solo y pensativo, en un gesto abusivo y temerario, a la finca de S...

Los recuerdos dolorosos se erguían como duendes obsesores a cada paso por el sendero alfombrado y tibio... y el pasado se imponía poco a poco, sacudiendo de mis recuerdos las cenizas del olvido, que los dulces favores celestes habían esparcido sobre mis dolores, reavivándolos para de nuevo crucificar mi corazón...

Me pareció abandonado el viejo caserón. Uno a uno visité los solitarios compartimentos bajo el ácido mental de recalcitrantes ansiedades. Sobre mi raciocinio incidían sombras de odiosas amarguras, llevándome hacia atrás a cada recuerdo que establecía una extraña retrospección de mi vida, tan abundante en episodios adversos y decepcionantes.

En mi conciencia, sobreexcitada por el fenómeno de la introspección voluntaria, se desarrollaba un panorama auténtico de lo que había sido mi vivir, con las luchas y responsabilidades del día a día, obligándome a sentir, sufrir y revivir íntegramente lo que había lastimado mi alma en el pasado. Mi ser astral sufría, denunciando a la conciencia la completa ausencia de méritos, para que no tuviese la oportunidad de auto justificaciones en aquel momento. Podría decirse que los episodios evocados por las emociones impregnadas en el ambiente en que viví, pensé, actué e impregné de fuerzas mentales, se agigantaban ante esa hipersensibilidad momentánea, convirtiéndose en fantasmas tiránicos que me acusaban, llevándome a la depresión.

La insoportable convivencia con la intimidad doméstica, de las que las paredes eran mudos testigos, la falta de armonía e incompatibilidades constantes, que me convertía en un océano agitado, el peso lúgubre de pensamientos viciados por la insatisfacción enfermiza, que la neurastenia arrastró a la completa desorganización nerviosa, la desolación de las tinieblas que se confirmaban, tapándome la luz de los ojos, que se cegaron, la larga premeditación para el desenlace siniestro, la desesperación suprema y la caída final hacia el abismo, todo salía asombrosamente, de las entrañas de mi "yo", bajo las sugerencias pesadas del ambiente que presenció los últimos días de mi existencia de hombre...

Y, sobre todo, la grandiosa facultad, que tanto premia como castiga la conciencia, según sean las acciones que se hayan fotografiado en ella. Volví a ver, sintiendo sus efectos, hasta las últimas escenas, es decir, los estertores macabros de la muerte aniquilando, antes del justo plazo, a aquel cuerpo que me confió la solicitud divina como sagrado deposito, para la recuperación honrosa de un pasado, cargado de deudas.

Desorientado y subyugado por una crisis conmovedora, perdí la memoria del presente, envuelto como estaba en las sendas del pasado, como absorbido por una infernal demencia retrospectiva, y empecé a gritar, como el condenado que había

sido en las convulsiones siniestras de antaño, a gemir, blasfemar y llorar con el llanto satánico de aquel para quien se había extinguido la esperanza de consuelo y la tregua para reposar y reflexionar... Y si alguien, allí dentro o en los alrededores, hubiese pasado y fuese un sensitivo, percibiendo la tragedia que yo estaba rememorando, podría afirmar que diecisésis años después de mi muerte me presentía todavía, entre gemidos y aturrido por incontenibles dolores.

Cuando volví en mi, rehecho del colapso, Romeu y Alceste, tiernos y solícitos, aplicaban en mi frente los refrescantes efluvios de su potencia magnética, que me tonificaban el alma como una niebla caritativa sobre la planta reseca y débil.

En el cielo, la luna revelaba que había pasado así muchas horas, alucinado dentro del círculo del pasado, pues era ya de noche y brillaban las estrellas lejanas, adornando el firmamento. Me vi reposando bajo el frescor de la arboleda perfumada, y los viejos ramajes del viñedo próximo me dijeron que me encontraba aún en la finca. Mi corazón sentía un inenarrable disgusto, mientras las lágrimas caían suavizando la opresión que sofocaba mi pecho.

Rogué a los Guías que, por un favor especial, me recondujesen al Pabellón Hindú, donde me encontraría seguro, a salvo de cualquier celada de la mente todavía trastornada por el pasado. Portugal con sus recuerdos amargos, Lisboa, el viejo Oporto –la Tierra en fin– todo ennegrecía mi espíritu, predisponiéndole a la extracción de sombras y sufrimientos que yo deseaba y necesitaba olvidar. Pero no fui atendido, en beneficio de mi propia rehabilitación moral, afirmando los mentores que yo debería realizar algo en aquellos mismos ambientes, como testimonio de la capacidad de renuncia y desprendimiento adquirida para nuevas incursiones en los planos espirituales, que ni mis compañeros ni yo habíamos verdaderamente alcanzado hasta entonces, a pesar del tormento infligido por los recuerdos.

Conmovido hasta las lágrimas, emití entonces una ardiente súplica, intimidado ante las pesadas responsabilidades que me sobrecargaban:

–¡Nobles y queridos mentores, indicadme entonces que es lícito intentar para mitigar las torturas morales que intoxican mis energías, debilitando mi voluntad!... Los recuerdos revividos, el ambiente, las desilusiones, el olvido sentimental de aquellos en quienes más confié, son sinsabores que lastiman dolorosamente mi corazón, sobreexcitando mi sensibilidad hasta un grado insoportable... Quiero actuar con acierto, practicar algo meritorio y lo bastante honroso que me permita consuelo y alivio. ¡Aconsejadme!...

Dicho esto, y mientras las imágenes hermosas de los dos jóvenes se reducían cada vez más, desapareciendo bajo los rayos lunares, oí que me respondían con una pregunta:

–¿Cuáles fueron las advertencias de Roberto a vuestro grupo, en la víspera de vuestra partida?

-¡Ah! sí, me acuerdo... Que intentásemos paliar nuestras facultades convulsionadas por el sufrimiento... llevando auxilio a sufridores en peores condiciones... Y que nos reanimásemos al contacto de los buenos y sinceros amigos, cuyos corazones, iluminados por autenticas virtudes, fuesen bastante fuertes para calentarnos el frío del desánimo, indicándonos los pasos para un camino más prometedor...

-Pues haced eso... Roberto os aconsejó correctamente...

Reuní entonces todas las fuerzas de que era capaz, impuse serenidad a los sentidos perturbados por las emociones, elevé las energías mentales recordando las invocaciones al Maestro Nazareno, y oré también, fervoroso y humilde, pidiendo socorro y protección.

¡Me aterraba la soledad que había a mi alrededor! Contemplé el caserío siniestro y sentí los escalofríos de odiosas emociones que me impulsaban a alejarme muy lejos, donde fuese posible olvidar la tragedia que todo aquello suponía para mí. Apuré el paso y me alejé... pero, al poco tiempo, una compensadora sorpresa me aguardaba, con toda seguridad era la respuesta a la súplica hecha al Amigo divino:

¡Ramiro de Guzmán y Roberto de Canalejas estaban allí esperándome!

-¡Loado sea Dios! -exclamé, con un suspiro de gratitud profunda...

Y confiado seguí a tan valiosa compañía, que me llevó piadosamente a un modesto domicilio terrestre, retirándose enseguida.

* * *

Obedientes a los impulsos de largas elucubraciones, provenientes de antiguos consejos, advertencias y ejemplos de nuestros vigilantes e instructores, organizamos una "asociación de estudio", por así llamarlo, con la intención de estudiar y realizar acciones contrarias a las ideas de suicidio y a las inclinaciones mórbidas, que mantenían la infernal predisposición que contaminaba a las diferentes clases sociales, a las que, ahora, podríamos volver, como entidades invisibles que éramos. La empresa no nos parecía nada fácil... Y si no fuera por los eficientes socorros de la luminosa asistencia que nos inspiraba, ciertamente no habríamos logrado ningún resultado satisfactorio.

En principio quisimos volvemos visibles y comprensibles a los hombres, que creyeran nuestros conceptos a través de los testimonios, sinceros y minuciosos, que les dábamos, de la realidad del mundo en que vivíamos, bien evidenciando nuestra identidad, o por varias otras particularidades a nuestro alcance. Queríamos tener relaciones amistosas y serias con ellos, conversaciones interesantes y esclarecedoras, un intercambio permanente de noticias, que nosotros considerábamos de la

mayor utilidad para todo el género humano, porque tenía a advertir del peligro desconocido que representaba el suicidio para la sociedad terrestre.

Pero eran raros, sin embargo, aquellos que consintieron en aceptar nuestra sinceridad, y casi todos estaban fuera de Portugal. Normalmente sucedía que, después de grandes esfuerzos y fatigas para crear el ansiado momento, después de muchos días de experiencias exhaustivas con médiums ansiosamente descubiertos aquí y allí, y a veces porque nuestra palabra del Más Allá se presentase algo desfigurada del estilo habitual, sin tener en cuenta el esfuerzo de vencer las dificultades presentadas, no sólo por los sensitivos sino por la exigente e impía comitiva que generalmente les rodea, se negaban a darnos crédito y nos rechazaban, criticándonos con burlas y chanzas ofensivas, impropias de corazones educados, ahuyentándonos como a vagabundos e indeseables del Astral, tratándonos de mistificadores y malintencionados.

Sí, intentábamos describir las sorprendentes peripecias encontradas por el desvío del suicidio, o la vida del Más Allá, con toda su crudeza, creyendo un deber de solidaridad el ayudar a los incautos a percatarse, desviaban la atención del plano espiritual digno y serio para permitirse preguntarnos sobre asuntos superficiales que sólo les interesaban a ellos mismos, y que ignorábamos completamente, humillándonos la idea de solicitar ayuda a nuestros nobles instructores para poder ser agradables. Preferían tratar de frivolidades y cuestiones mediocres, con poco criterio, lo que nos decepcionaba y tristecía, provocando frecuentemente nuestras lágrimas, pues el tiempo pasaba y no obteníamos nada que tuviese algo de bueno y meritorio en el severo libro de nuestra conciencia...

Nos encontrábamos, así, luchando para conseguir ese objetivo, cuando nos asaltó el deseo ardiente de irnos a Brasil. Sabíamos que era un país hermano, campo amplio y fácil para los ejercicios que teníamos en mira, con muchos menos preconceptos que el encontrado en nuestra patria. Nos acordábamos todavía de la hermosa reunión a la que asistimos una noche, en el interior de Minas Gerais, donde nos llevaron en grupo nuestros instructores del Instituto, y queríamos, ahora, tratar de hablar con los brasileños, a ver si lográbamos algo más positivo. Pero ¿cómo hacer para llegar hasta allá?...

Fueron los incansables legionarios los que acudieron a los vehementes gritos de socorro dirigidos por nuestras mentes ansiosas, unidas en oraciones, a la caridad sublime, de la que eran dignos representantes. Nos llevaron al lugar deseado, transportándonos fácilmente bajo su protección, situándonos con nuevas instrucciones en un asilo seguro, bajo la protección del cual estaríamos a salvo de sorpresas desagradables. Se trataba de una benemérita institución registrada en el Mundo Espiritual como depositaria de inspiraciones superiores, sirviendo de modelo para las demás que se quisiesen expandir en tierras brasileñas, dedicándose a los estudios y

prácticas de las doctrinas secretas y a los hechos propios de verdaderos iniciados cristianos.

Comenzamos, entonces, una lucha ardua y exhaustiva.

Con todos los recursos disponibles que teníamos, intentamos encontrar médiums brasileños para el santo proyecto que teníamos en vista. Humildes, dóciles, afables, amorosos, sinceros en el deseo de servir, encontramos a varios de ellos que podríamos llamar cirineos de nuestras aflicciones, suavizando nuestro calvario de reparaciones y experiencias. Lo hicimos todo para utilizar sus facultades para los trabajos literarios con los que queríamos testimoniar a Dios nuestro arrepentimiento por infringir Sus Leyes.

Pero... ¡oh! ¡La tortura del idioma!

¿Porque los brasileños, Dios del Cielo, descendientes nuestros, de nuestra raza, nuestra misma sangre, tanto se desviaron del gusto por la lengua patria?... ¿Por qué los hombres no tratan de comunicarse en un idioma universal, que tanto a nosotros, los espíritus, como a ellos, nos daría la posibilidad de expresarnos brillantemente y podernos servir de excelentes médiums como los hay en tierras del Brasil? Me acordé, de las advertencias de Roberto, previniéndome de las dificultades con que tropezaría para comunicarme con los hombres, y entendí que eran justas y verdaderas.

¡Me invadió el desánimo! Una profunda tristeza amenazaba renovar sinsabores deprimentes, humillando mi alma, cuando, una noche en que estábamos reunidos, tratando tristemente de lo que tanto nos preocupaba, en nuestro refugio de la magna institución brasileña, fuimos sorprendidos por la visita de Fernando, cuyo cuerpo físico dormía profundamente, en su domicilio, en el viejo y amado Portugal, pues allá eran altas horas de la noche. Había orado en nuestro beneficio al recogerse, impresionado con nuestras frecuentes apariciones e impulsado por inspiraciones caritativas del plano etéreo, no tardó en descubrirnos para servirnos piadosamente otra vez, servicial como siempre.

Se estableció entonces una amistosa y útil conversación en el silencio propicio de aquella casa. Nos invitó a ejercer con más frecuencia el santo deber de la oración, para establecer a través de ella medios de comunicación más directos con nuestros mentores, y recibir de ellos la inspiración permitida en el caso, pues éramos como alumnos que ponían a prueba enseñanzas ya recibidas para permitirse oportunidades nuevas en el futuro.

Reiteró su ofrecimiento para la intención que teníamos, viéndonos afligidos ante las barreras que se presentaban. Nos incitó a continuar diciendo algo al mundo sirviendo él mismo de vehículo, y que no nos diésemos por vencidos ante las algarabías de adversarios acostumbrados al hábito de la crítica insana, dejando a nuestra disposición, como siempre, sus diáfanas facultades psíquicas, donde nos podía-

mos reflejar como en un espejo. Extrajo consejos y advertencias de su corazón generoso, mitigando la ansiedad que nos oprimía ante la idea de un fracaso en los penosos exámenes a los que nos veíamos expuestos. Y añadió, conmovido y sincero, deseoso de impulsarnos al camino recto:

—Si en vez de lo que venís intentando sin provecho, buscaseis el medios de convertiros en agentes de la auténtica fraternidad, ejercida con tanta eficiencia por el Divino modelo del amor, alcanzaríais la victoria y estaríais alegres en lugar de mostrar vuestra alma triste y agitada. La caridad, amigos míos —permítidme que os lo recuerde—, es la generosa redentora de aquellos que se desviaron de la ruta delineada por la providencia. Por eso mismo el sabio Rabí de Galilea la ofreció como enseñanza suprema a la humanidad, que Él sabía que estaba divorciada de la Luz, por ser el camino más fácil y rápido hacia la regeneración. Debéis pensar ya con desprendimiento en el divino mensaje traído por Jesús y de saturar las profundidades de vuestro ser con algunas gotas de sus esencias inmortales e incomparables. Reparando el rápido gesto que os impelió al abismo, podréis practicarla, sirviendo a un mismo tiempo a la causa vuestra y ajena.

Día a día aumentan en las sociedades terrestres, así como en las invisibles, problemas dolorosos a solucionar, desvaríos a moderar, infinitas modalidades de desgracias, desventuras terribles que afligen a la humanidad, solicitando ayuda fraterna de cada corazón generoso para poder ser resarcidas y consoladas.

En los hospitales, las prisiones, las residencias humildes así como en la opulencia de los palacios, por todas partes se encuentran mentes enlutadas por la incomprendión y por la desesperación, corazones imprudentes por el ritmo violento de pruebas y de problemas insolubles en este siglo. En cualquier rincón donde se haya ocultado la incredulidad, donde la pasión se instale y la desventura y el infortunio se mezclen con la rebelión o el desánimo; donde el honor, y la moral, el respeto propio y ajeno no cuentan en las conductas, y donde, en fin, la vida se convirtió en fuente de animalidad y egoísmo, se siembra la posibilidad de una caída en los abismos de tinieblas donde os agitasteis entre rabiosas convulsiones.

¡Intentad encontrar esos rincones: están por ahí, a cada paso!... ¡Aconsejad al pecador a detenerse, en nombre de vuestra experiencia!... e indicadle, como bálsamo para sus problemas, a Aquel mismo que desdefnasteis cuando erais hombres y hoy reconocéis como el único alivio, la única fuerza capaz de elevar a la criatura de la desgracia para ennoblecerla a la luz de la conformidad en las luchas donde saldrá victoriosa, sean cual sean las decepciones que la azoten: el amor a Dios! ¡La sumisión a lo irrevocable!

Convertíos en consoladores, ejercitando la bondad, sugiriendo mensajes confortantes al corazón de las madres afligidas, de los jóvenes desesperados por las desilusiones prematuras, de las desgraciadas mujeres tiradas al lodo, cuyos infortunios raramente encuentran la compasión ajena, las que sufren aisladas entre los

espinos de sus propias inconsecuencias, sin valor para reclamar para sí mismas la ternura paternal de Dios, a la que, como las demás criaturas tienen su sacroso derecho. Todos estos son seres que están buscando el aliento protector de los corazones sensibles, bien intencionados, aunque sólo sea con la dádiva luminosa de una oración. Pues dadla, ya que también la recibisteis de almas serviciales y tiernas, cuando os encontrabais braceando entre bramidos de dolor, en las tinieblas que os sorprendieron después de la tragedia en que os sumergisteis.

Contadles lo que os sucedió, impulsadles a sufrir todas las situaciones deplorables que os deprimían, con la paciencia y valor que os faltaron a vosotros, para que no vayan a pasar por los trances dramáticos que os enloquecieron en el Más Allá...

Y cuando encontréis médiums cuyas vibraciones se adapten a las vuestras, no os preocupéis con vuestros laureles pasados, con vuestro nombre entre los humanos. Esta gloria se perdió con vosotros en el pasado, al no saberla honrar debidamente. Huid del vanidoso placer de identificaros al hacer vuestros discursos o mensajes psicográficos a través de los médiums. Aunque digáis grandes verdades, no podréis ser como fuisteis, como os ha ocurrido hasta ahora. Vuestro nombre fue tan popular en la Tierra que ahora no se conformarán en verlo filtrado por la mente humilde de médiums sencillos...

Debéis preferir la caridad discreta y oscura... Y entonces sentiréis, en esos caminos, el alivio y la luz de una gran alegría...

Le oímos con mucho agrado e interés. Fernando, hablando en cuerpo astral, mientras su cuerpo dormía más allá, en Portugal, parecía inspirado por alguien de nuestra añorada Colonia, interesado en nuestros éxitos. Reconocimos varias veces, en su discurso vigoroso y tierno a un mismo tiempo, las expresiones dulces de Teócrito, el acento paternal, simple, amoroso, del amigo distante que no nos olvidaba... y las lágrimas rodaron por muestras mejillas, mientras una honda nostalgia embargaba nuestro corazón...

Al día siguiente decidimos visitar hospitales y enfermos en general, dejando para más adelante otros servicios de auxilios al prójimo. Éramos en total treinta entidades, y acordamos dividirnos en tres grupos distintos, imitando los métodos de nuestro refugio del mundo astral.

Con sorpresa notamos que, no sólo nos percibían los pobres enfermos en sus lechos de dolor, sino que nos oían, gracias al sopor en que les mantenía la fiebre y la postración de los fluidos que les ataban al cuerpo físico. Llevamos en lo posible a esas amargadas almas enjauladas en la carne nuestra solidaridad, inspirándoles conformidad en el presente y esperanzas para el futuro y procurando, por todos los medios a nuestro alcance, mitigar las causas morales de los muchos disgustos que percibíamos que agravaban sus males.

Belarmino, a quien la tuberculosis le impulsó al suicidio, prefirió dirigirse a los enfermos de ese tipo, para susurrarles sugerencias de paciencia, esperanza y buen ánimo a los que de esta forma expurgaban deudas embarazosas de existencias pasadas o consecuencias desastrosas de actos del mismo presente.

Yo, que fui tan pobre que preferí huir del deber de vivir mi vida, hasta el final, por los caminos de la ceguera, dándome a la aventura endiablada de un suicidio, fui impelido, por el remordimiento, a buscar, no sólo en los hospitales a aquellos que se iban quedando ciegos a despecho de todos los recursos, sino también por las calles y caminos, a pobres ciegos y miserables, para servirles de consejero, murmurando a sus pensamientos, como podía, el gran consuelo de la moral radiante que vi al contacto de los eminentes amigos que me habían asistido y reconfortado en la estancia del hospital donde me recogió el favor del Señor supremo.

Muchas veces vi que alcanzaba el éxito, que corazones marcados por el desánimo y por la desolación se reanimaban ante mis sinceras y ardientes exhortaciones telepáticas. Juan de Acevedo, el desgraciado que se deshonró en las tinieblas de terribles consecuencias espirituales, esclavizándose al vicio del juego, que lo sacrificó todo al abominable dominio de las cartas y de la ruleta: fortuna, salud, dignidad, honra, y hasta su propia vida y la paz espiritual, volvió, angustiado y oprimido, a los antros tan conocidos en vida por él, para sugerir advertencias y consejos prudentes a pobres dominados por el vicio, con la intención de alejar del abismo al menos a uno sólo de aquellos infelices, suplicando fuerzas a lo Alto y ayuda a los mentores que estaban dedicados a la acción de desviar del suicidio a incautos que se dejan rodear por mil ocasiones desastrosas.

Eran más ásperos todavía los testimonios del desventurado Mario Sobral.

Fijada en los hábitos del pasado, su mentalidad le arrastraba a los lupanares, contra la voluntad del sincero arrepentimiento que tenía. Le exigía reparaciones difíciles para un espíritu, actividades que frecuentemente le llevaban a sufrimientos indecibles, provocándole lágrimas de dolor. Le veíamos queriendo sacar desesperadamente a la juventud inconsciente que se esclavizaba a los malos principios, contando a todos, a través de discursos en lugares inadecuados, sus propias desventuras, pero donde no aceptaban sus ideas, porque en los antros donde la perversión ha mantenido su imperio, las intuiciones del Más Allá no se hacen sentir, ya que las excitaciones de los sentidos animalizados, viciados por tóxicos tanto materiales como psíquicos, de repulsiva inferioridad, se convierten en barreras que ninguna entidad en sus condiciones podría remover para hacerse comprender.

Extendimos tales ensayos, después, a las prisiones, teniendo éxito en el sombrío silencio de las celdas donde se formaban remordimientos, en el trabajo de la meditación... Y por fin invadíamos domicilios particulares en busca de sufridores inclinados a la posibilidad del suicidio, y que aceptasen nuestras advertencias contrarias a través de sugerencias benévolas. Había casos en que el único recurso que nos

quedaba al alcance era el sugerir la idea de la oración y de la fe en los poderes supremos, induciendo a aquellos a quienes nos dirigíamos, generalmente mujeres, a una más amplia devoción a la creencia que poseían. Pero sufríamos, porque el trabajo era demasiado rudo, excesivamente grande para nuestra debilidad de penitentes cuyo único mérito estaba en la sinceridad con que actuábamos y en la buena voluntad para el trabajo reparador.

Viajamos por el interior del Brasil procurando en lo posible, prevenir contra la mala tendencia observada, tristemente por nuestros guías, en el carácter impulsivo de los brasileños, tendencia que producía una estadística inquietante en los casos de suicidios.

Conocimos, así, las extensiones desoladas del inclemente Nordeste, rindiendo homenaje al campesino heroico que, en duras e incessantes luchas con la penuria de la eterna sequía, no niega jamás ni a su Dios ni al futuro, esperanzado siempre en la venida de días mejores, de una patria compensadora que, realmente, sólo encontraría en el seno de la inmortalidad.

En los viajes altamente instructivos a que nos llevaban, recibimos grandes lecciones, que calaron muy profundamente en nuestros corazones, iluminando nuestras mentes con nuevas y fecundas apreciaciones filosóficas. Dignos representantes de la dirección espiritual de las tierras de Brasil, como el gran, y buenísimo Bezerra de Menezes, y el tierno poeta del Señor –Bittencourt Sampaio– nos enseñaban, junto a nuestros mentores, ejemplos fecundos cogidos en la vida cotidiana de muchos brasileños, sobre los que lloramos de pena y arrepentimiento, pues tuvimos ocasión de examinar con ellos modalidades de desgracias y sufrimientos comparados a los cuales aquellos que nos habían llevado a la desesperación no eran sino como pequeñeces propias de bohemios sentimentales... Mientras, los destinos, amazónicos y hasta nativos del centro inexplorado del país lo superaban todo refinadamente, incluso la indiferencia de sus compatriotas más felices, con el pensamiento vigoroso de aquel que sabe creer, que sabe esperar...

Veíamos, apenados, que Mario Sobral se distanciaba poco a poco de las posibilidades de otro futuro inmediato distinto al escogido por él mismo, único, además, hacia el que se sentía impulsado: el retorno inmediato a la encarnación, para rescatar pesados, en un medio familiar correspondiente a su estado mental. No acudía frecuentemente a las reuniones y viajes explicativos presididas por los asistentes, faltaba a las expediciones piadosas de visita a los sufridores, olvidando deberes sagrados que le convenía cumplir para su propia rehabilitación.

Parecía que, al contacto con la sociedad terrena, se dejaba animalizar por las antiguas atracciones mundanas, olvidándose de las vehementes protestas de obediencia emitidas en el Departamento Hospitalario. Se sentía arrastrado hacia los locales degradantes que fueron sus preferidos en otro tiempo; y, con el pretexto de intentar convertir a desviados e inconscientes a la moderación de las costumbres, se

comprometía mucho ante los Guías observadores, afinándose con el pasado hasta tal punto que, a su alrededor, presentíamos la posibilidad de un renacer en las bajas esferas del vicio. Fue advertido piadosamente en varias ocasiones, por Alceste y Romeu, que intentaban convencerle de los peligros de aquella predilección para ejercer actividades reparadoras. Lamentablemente, la pasión por Eulina que le había convertido en un desgraciado en la Tierra y después le turbó tanto en lo invisible, le impulsaba al pretencioso deseo de, en su memoria, intentar sacar del barro de los vicios, prematuramente, a otras tantas criaturas caídas del pedestal del deber.

Nuestra estancia en la Tierra era como un examen para ascender a nuevos cursos. Teníamos libertad de acción, aun cuando no estuviésemos desamparados y fuese muy relativa la libertad con que contábamos. Hasta ahora veníamos aprobando los exámenes. Mario, sin embargo, era candidato al suspenso.

CAPITULO VIII

NUEVOS RUMBOS

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría; porque voy a prepararos el lugar”.

JUAN, 14: 1 y 2.

Hacía cerca de dos meses que acabó nuestra estancia en la Tierra. Regresamos al Instituto María de Nazaret y nos instalamos de nuevo en el pabellón anexo al Hospital, donde residíamos desde que recibimos el alta. No logramos aún, ver al hermano Teócrito para conocer su opinión sobre cómo fue nuestra conducta en libertad. Lo que más nos preocupaba era su opinión y las deliberaciones de la Dirección General sobre nuestro futuro.

¿A dónde iríamos?... ¿Qué sería de nosotros una vez separados de Teócrito, de Roberto, de Carlos, de Joel, de aquella élite acogedora de los Departamentos del Hospital?... ¿Reencarnaríamos inmediatamente, en caso de no haber conseguido méritos para un mayor estadio en el aprendizaje espiritual?...

Uno de aquellos días de ansiosa expectación, nos sorprendió la visita del viejo amigo Jerónimo de Araújo Silveira.

Llegó al Pabellón Hindú por la mañana, acompañado del asistente Ambrosio, a cuya bondad tanto debía. Había pasado ya por el Hospital, a despedirse de Teócrito y sus auxiliares, en cuyos corazones encontró siempre un sólido afecto; y ahora nos buscaba para retribuir las visitas que le hicíramos y también para despedirse, pues aquella misma semana se dirigiría al Recogimiento, a cuidar de los preparativos de la próxima reencarnación. Se veía la amargura impresa en sus facciones, con un tremendo aspecto de postración. Él nunca había conseguido resignarse y desde los tiempos del Valle Siniestro le conocíamos como de los más faltos de armonía de nuestro grupo. Le sugerí, con pena y midiendo mis palabras para no herirle:

—¿Por qué no retrasas un poco más la vuelta al teatro de los infortunios que tanto daño te hicieron, amigo Silveira?... Me consta que no es obligatorio, en determinados casos, la vuelta de manera obligatoria... En cuanto a mi trataré de dilatar lo más posible mi permanencia aquí... si no surge nada en contra...

Pero, es cierto que las deliberaciones tomadas después de la última visita que hicimos al Aislamiento fueron muy serias e importantes, porque respondió con ardor y vehemencia:

—No conviene en absoluto a mis intereses personales dilatar por más tiempo el cumplimiento del deber... ¿qué digo?... de la sentencia labrada por mí mismo el día en que comencé a desviarme de la Ley soberana que rige el universo. Fui bien preparado por los hermanos Santarém y Ambrosio, mis dignos tutores, para ese servicio que se impone a mis críticas necesidades del momento. Después de mucho pensar, llegué a la conclusión de que debo, realmente, renovar la existencia humana cuanto antes, ya que mis errores fueron graves y grandes mis responsabilidades, con su abundante carga de deudas. Ahora, mi inquieta conciencia, me obliga a expurgar de ella los reflejos deshonrosos que la ensombrecen, y eso sólo será posible volviendo al teatro de mis infracciones para realizar nuevamente, y de forma honrosa, lo mismo que en un pasado indigno desbaraté, incluso mi propia organización material.

—¿Quieres decir que renacerás en Oporto?... —preguntamos a coro.

—¡Si, amigos! ¡Loado sea Dios!... Renaceré realmente en Oporto, como en otro tiempo... Pasare la vida en una hacienda... Seré de nuevo una persona rica, cuidaré de recursos económicos tanto míos como ajenos y me enfrentaré por segunda vez a las rigurosas tentaciones inspiradas por el orgullo, la vanidad y el egoísmo... Subiré en el concepto de mis semejantes, me consideraran una persona honrada y grata... Seré el mismo, tal cual fui ayer... Pero no me conocerán más con el nombre deshonrado de Jerónimo de Araújo Silveira, porque recibiré otro al nacer, para cubrirme de la vergüenza que sigue mis pasos... Todo eso lo realizare como expiación, la terrible expiación de tener riquezas, más arriesgada y temible que la de la miseria, más difícil de conceder méritos a su infeliz poseedor...

La cercanía de una nueva cuna para ser una vez más hombre y resarcir antiguos delitos me commueve hasta las lágrimas por comprobar la paternal bondad del Omnipotente, concediéndome la gracia del retorno protegido por el olvido, por el disfraz de un nuevo cuerpo y un nuevo nombre, para que mi deshonra de otros tiempos no sea reconocida y rechazada por toda la sociedad en que viví; y yo, confiado y fortalecido de esta forma, pueda intentar mi rehabilitación ante la Ley universal que infringí de todas las formas posibles, incluso ante mí mismo... Pues debéis saber, amigos míos que la vergüenza de la deshonra me ruboriza todavía el rostro espiritual, como en el día aciago en que me suicidé, intentando librarme de ella...

—¡Me impresionan tus argumentos Jerónimo! Compruebo con satisfacción que no fueron inútiles los esfuerzos de los hermanos Santarém y Ambrosio en tu caso... —intervino Juan de Acevedo.

—Sí,—intervine, conmovido y preocupado en desmenuzar las noticias para los apuntes de mis proyectadas memorias. —Observo que serios cambios han producido un milagroso efecto en tu modo de pensar... Pero, ¿en qué familia renacerás, Silveira?... Todavía nos acordamos de varias familias ricas de allá...

—Aunque lo supiese, no te lo podría revelar, querido Botello. Me informaron mis tutores de que ese hecho es estrictamente confidencial, por no permitir la Ley Magnánima ninguna indiscreción que pueda perturbar la buena marcha de la evolución a confirmar... Según explicaciones del hermano Ambrosio sabremos, como mucho, el lugar donde iremos..., hasta que nos internemos en el Recogimiento, donde nos informarán con todo detalle...

—Sin embargo, asistí a una entrevista de dos reencarnantes del Psiquiátrico con sus futuros padres... y he oído decir a algunos vigilantes nuestros, que se pueden dar muchos pormenores sobre ese asunto, incluso a los hombres... —dije, recordando la visita al Puesto de Emergencia de la Colonia, con la expedición del Departamento de Reencarnación.

El hermano Ambrosio intervino, corroborando con autoridad lo que decía el futuro capitalista de Oporto:

¡Sí! Para estudio colectivo o esclarecimientos personales que produzcan efectos saludables, y también como premio a la sinceridad de las intenciones y a la dedicación al trabajo, se permiten ciertas revelaciones sobre el delicado acontecimiento, incluso a los legos. A los hombres, principalmente, les han sido dadas muchas indicaciones al respecto, para que les sirvan de incentivo para el progreso e incluso de alivio durante las reparaciones. Sin embargo, para satisfacer la mera curiosidad, ya sea entre nosotros o entre los humanos, nunca se desvelará nada. Al reencarnante se le explicará, al internarse en el Recogimiento, lo que a él respecta, de lo que sea útil y necesario. —Te refieres al acontecimiento del Puesto de Emergencia?... Pero, ¿quiénes son aquellos personajes?... —Sus nombres?... —Sus residencias?... Una isla existente bajo bandera portuguesa... Cierta localidad del inmenso nordeste brasileño... Estemos de acuerdo, amigo mío, que el sacrosanto secreto no fue revelado, ¿no es verdad?...

Bajé la cabeza, mientras Belarmino, interesado, se volvía hacia Jerónimo:

—¿Y tienes confianza en la victoria de la rehabilitación?...

—¡Sinceramente, sí la tengo! Aún cuando me sienta dolorido ante la idea de reproducir, acto por acto, con circunstancias gravantes, la existencia en que fracasé. Creo estar preparado, porque, si no lo estuviera, dejaría de recibir el visto bueno de mis mentores mayores para proseguir en el único intento rehabilitador que debo realizar. Además, no lograré alcanzar del plano invisible nada más sin responder debidamente a mis inmensos débitos.

Hay que entender que hice desgraciada a mi propia familia y que lancé a la miseria a otras familias que me prestaban la ayuda con sus propios bienes y su trabajo, que se vieron vilipendiados por mí gracias a mi locura de jugador y libertino. Debo recordar que engañé a mi patria, crimen que repugna a cualquier hombre honrado, dejando mal incluso a funcionarios que, bondadosamente, intentando socorrerme, dándome plazo para rehabilitarme, no me embargaron como era su deber ni me denunciaron a la justicia ni decretaron mi bancarrota, etc. Todo esto pesa en la balanza de una conciencia despierta por el arrepentimiento, Belarmino, pues lo hice bajo la influencia de la de mis costumbres licenciosas, de la irresponsabilidad y del desamor al bien. Me enredé de tal forma en el siniestro del suicidio, que ahora me siento tan encadenado al pasado que, para realizar algo en los planos espirituales, debo volver al escenario de mis errores para subsanarlos, rehaciendo dignamente lo que insensatamente hice.

Jerónimo prosiguió sin que le interrumpiésemos, mientras la tristeza ensombrecía nuestros corazones:

—¡Mis hijos no estarán más junto a mí! Dejando de velar por mi familia hasta el final; rechazando a medio camino la honrosa tarea de cabeza de familia, concedido por el cielo con la intención de hacerme ascender en méritos, me situé en la desgraciada situación de no tener la oportunidad en mi próxima existencia, de constituir un hogar y ser padre de nuevo.

No obstante, para resarcir mi actitud con Zulmira y mis hijos, prometí a María, madre buenísima de mi Redentor, cuya solicitud maternal rehabilitó a Margarita y Albino, emplear todos los esfuerzos, cuando esté en la Tierra, en el sentido de amparar a criaturas huérfanas, levantar, de cualquier modo, refugios que acojan a la infancia, y volverme un padre de los pobrecitos como lo sería de mis propios hijos. Ese será mi ideal en la existencia expiatoria a la que no tardaré en regresar...

—¡Quiera Dios que construyas esos refugios para la infancia desvalida, antes que la ruina económica te alcance, amigo Jerónimo!—interrumpí yo, sorprendido con el valor que destilaban sus afirmaciones.

—¡Dios lo quiera, amigo mío!... porque, antes o después de la ruina que me aguarda en la expiación terrestre, debo proteger a muchos huérfanos: las imágenes llorosas de mis hijos arrojados al desamparo y a la desgracia por mi muerte prematura están indeleblemente fotografiadas en mi conciencia, esperando por mi parte el debido rescate, a costa del sacrificio que sea!...

Nuevamente interrumpió el hermano Ambrosio, aclarando cautelosamente:

—Sí, quiera Dios que, en el apogeo de las posibilidades económicas o en el ocaso de las mismas, sus pensamientos y su voluntad no se desvían de la ruta rehabilitadora que resolvió caminar. En este momento nuestro penitente está animado de las mejores intenciones. Pero la victoria en lo que pretende, dependerá de su fuerza de

voluntad y de la continuidad en los buenos propósitos que abriga. Generalmente el espíritu, una vez reencarnado, se deja engañar por las fraudulentas atracciones del medio ambiente a que se ve sometido, olvidando los compromisos de honor asumidos en la espiritualidad, por lo que mucho conviene, a la persona que los olvida, que sean cumplidos a la altura de la importancia que tienen... Pero, si la voluntad firme de vencer le impulsa sin descanso, sobreponiéndose a las influencias del mundo egoísta, es bien cierto que establecerá una armoniosa correspondencia telepática con sus mentores invisibles, que procuraran animarle a través de sanas y discretas inspiraciones, auxiliándole según la ley de solidaridad establecida con el intento de fraternizar el universo entero...

—Supongamos que Jerónimo descuidase las promesas hechas al reencarnar... ¿Qué pasará?... —pregunté, con mi pesimismo habitual.

—Tendrá siempre su conciencia inquieta, y, más tarde, al regresar a la espiritualidad, se avergonzará de haber faltado a su palabra, comprendiendo, además, la necesidad de cumplirla en una nueva existencia... Esperamos, sin embargo, que eso no suceda en este caso. Jerónimo tiene el principal factor para realizar lo prometido: la buena voluntad y la ternura por el hermano abandonado...

Súbitamente, en medio del rápido silencio que se produjo, Belarmino, cuyos sentimientos delicados el lector ya tuvo ocasión de apreciar, levantó la vista interesada hacia el futuro capitalista de Oporto y preguntó afectuosamente:

—¿Qué noticias nos puedes dar de tu Margarita?... ¿Se fue al Brasil?... ¿Y Albino?... ¿continua en prisión?... ¿Su majestad se interesó por él, realmente?...

—¡Ah, sí!... —dijo el inconsolable padre suicida, como si en las cuerdas de su corazón hubiesen vibrado acordes punzantes. Iba a comentarlos las buenas noticias... No pude visitarles más, como sabéis, por no permitírmelo mi situación moral, capaz de muchas indiscreciones... Pero estoy bien informado que Margarita, al llegar al Brasil, se casó con un compatriota, hombre probo y honesto, que le dio amor leal y un nombre honrado. ¡Loado sea Dios! ¡Qué bien hace a mi alma el daros esta noticia!... En cuanto a Albino, es un modesto comerciante en Lourenço Marques y se escribe asiduamente con su amigo Fernando, que le ha aconsejado honradamente e hizo todos los esfuerzos posibles para proporcionarle un medio honrado de vida, instruyéndole además, en la ciencia de los espíritus, de la que es fiel adepto. Se casó también, hace poco más de un año, con una bonita morena afro-portuguesa... ahora es padre de dos lindas gemelas recién nacidas...

—Les pudiste ver, aunque no les visitases, Jerónimo?... —pregunté, compartiendo la añoranza que se desprendía de sus expresiones.

—Sí, amigo Botello! Les veo a través de los aparatos del hermano Santarém, y es como si les viese de bien cerca y hablase con ellos, pues eso me lo permiten... En cuanto a Zulmira, cómplice infeliz de mis desatinos, termina su desgraciada vida

amparada por nuestras dos hijas mayores, que no se negaron –gracias a Dios– a ayudarle, cuando las buscó. Intentó impedir la ida de Margarita al Brasil, sin conseguirlo. ¡Pobre Zulmira! ¡La amaba tanto, Dios mío! Fui el responsable de su caída. También a ella le debo reparaciones, que más tarde compensaré, con el favor del cielo...

Dos días después, Roberto de Canalejas volvió a visitarnos con una invitación del hermano Teócrito para tener una reunión solemne en la Sede del Departamento Hospitalario por la noche. Se trataba, decía el joven Canalejas, de una ceremonia de despedida, durante la cual nos liberarían de la tutela del Departamento y nos considerarían habilitados para emprender otros caminos en busca de las reparaciones para los servicios del progreso.

De los barrios anexos al hospital asistirían antiguos amparados, que interesaba a todos profundamente. Como se puede comprender, el movimiento era intenso, en ese crepúsculo en que todas las dependencias del gran Departamento enviaban a contingentes de espíritus considerados aptos o necesitados de nuevas encarnaciones expiatorias, debido al mayor crimen que puede cometer la criatura ante su Creador.

Al entrar por primera vez en la sede del Departamento donde Teócrito tenía sus despachos de dirección, nos sorprendió la majestuosa estructura interior del mismo, en el habitual estilo portugués clásico, de gran belleza y sobriedad de líneas.

Al llegar, nos llevaron a la amplia sala de asambleas, que parecía una Cámara representativa, donde las tribunas de los conferenciantes serían ocupadas por el gran público, es decir, por nosotros, los amparados, reservando el nivel inferior a los Directores, como en un anfiteatro. Sobresalía el magno escenario, por una singular palidez iluminada de manera que parecía provenir del exterior, llenando el ambiente de irisaciones blanco azuladas.

Poco a poco se llenó el recinto. Los lugares reservados a las secciones eran rigurosamente separados por líneas divisorias, convirtiéndose las graderías o tribunas, como grandes camarotes destinados a clases sociales diferentes. Allí, sin embargo, no era social la diferencia existente, sino moral y vibratoria, lo que quiere decir que cada grupo se armonizaba completamente, teniendo un grado idéntico en la escala de las responsabilidades, de los méritos y deméritos.

Mientras, los responsables de las diferentes dependencias del gran Departamento se mantenían al lado de su director, es decir, de Teócrito, la tribuna de honor situada al nivel de la sala. A su vez, los asistentes y vigilantes acompañaban a los internos en las tribunas, codeándose fraternalmente con ellos, como modestos espectadores.

Entre los primeros, notamos la presencia del Padre Anselmo, educador del grupo de suicidas-obsesores prisioneros de la Torre; del hermano Miguel de Santarém, el abnegado consejero del Aislamiento; del hermano Juan, el venerable

anciano, guía paciente y caritativo del triste grupo del Psiquiátrico, todos rodeando al director del Departamento, responsable, a su vez, por el Hospital María de Nazaret, mientras que sus asistentes se mantenían con nosotros, a excepción de Romeu y Alceste que, como iniciados, pertenecían a la graduación más elevada en la jerarquía espiritual, aunque fuesen asistentes de Teócrito.

A lo lejos, pudimos distinguir, a la claridad plateada que bajaba de la majestuosa cúpula, a algunos antiguos compañeros, como Jerónimo, cabizbajo y pensativo, a Agenor Peñalva, el obsesor convertido bajo los cuidados del Padre Anselmo y de Olivier de Guzmán, después de treinta y ocho años de pacientes esfuerzos, y cuyas facciones, severas, duras, parecían expresar desconfianza, expectativa ansiosa y sombría, así como un pavor indefinible.

En medio de la augusta sencillez, se desarrolló la magna ceremonia. Ninguna particularidad sorprendió nuestra atención ávida del sensacionalismo mórbido de la Tierra. Quiera Dios que, un día, los hombres encarnados, responsables por los graves problemas que agitan a la humanidad, aprendan con los espíritus la sencillez que entonces tuvimos ocasión de apreciar, cuando se reúnan en festividades o deliberaciones. Sin embargo, se trataba de una sesión magna, en la que se dirimían los destinos de centenas de criaturas que se deberían recuperar del error para marchar hacia Dios.

Teócrito se levantó, dejando irradiar de su semblante fino, casi translúcido, una sonrisa amable para sus pupilos, como si les saludase fraternalmente, y, después de una seña afable, comenzó inspirando nuevos ánimos de vida en nuestras almas y el rejuvenecimiento para las luchas del porvenir:

—¡Os saludamos a todos, queridos hermanos en Jesucristo! ¡Y en Su nombre excuso os deseamos la gloriosa conquista de la paz!

La voz del insigne director, o las vibraciones de su pensamiento generoso en nuestro favor, que entendíamos como si se tratase de su voz, llegaba a nuestro entendimiento dulce y leve, casi confidencial. Sin embargo, la gran asistencia le oía nítidamente, sin perder un sólo monosílabo. Los españoles afirmaban después, que el orador había hablado aquella noche en su idioma patrio, utilizando incluso expresiones usuales de su lengua, conocidas por ellos desde la infancia, lo que mucho les conmovía y sensibilizaba. Nosotros, los portugueses, sin embargo, les contradecíamos, pues lo que habíamos oído era un buen portugués clásico de Coímbra, mientras que los brasileños presentes pretendían haber oído el suave y tierno lenguaje de las tierras nativas, con sus acentos y modulación propios...²³.

Un sincero encanto emocionaba a toda la asistencia... Él, no obstante, prosiguió:

²³ Incluso entre desencarnados, solamente los espíritus muy elevados pueden producir semejante fenómeno telepático.

—No desconocéis, amigos míos, el motivo de la presente reunión. Es vuestro futuro y el destino que os aguarda el que aquí se proyecta, que serán concertados en la programación que deberéis no sólo conocer, sino principalmente, establecer y aprobar.

Desde el día en que abrimos las puertas de esta Colonia Correccional, por órdenes de lo Alto, para recibiros y alojaros, habéis vivido entre las alternativas de un hospital-presidio. Lo hicimos en vuestro propio beneficio, para que no fuesen más profundas vuestras desgracias ni más áridas vuestras responsabilidades en los desvíos de las inconsideraciones funestas que fatalmente os habrían absorbido totalmente, por siglos de gravísimas transgresiones, si no hubiese sido por la intervención caritativa del Pastor Inmaculado que partió en busca de vosotros, ansioso por traeros al aprisco.

Pero hoy vengo para comunicaros que, a partir de este momento, los mismos portones que se cerraron detrás de vosotros, aprisionándoos por imposiciones de severa protección y vigilancia, se abren ahora, permitiéndoos la libertad. Sois libres de la tutela del Departamento Hospitalario, hermanos. Todo cuanto a esta Colonia debía intentar para ayudaros en la emergencia crítica en la que estabais sumidos, fue realizado. De ahora en adelante se imponen en vuestro trayecto nuevas tentativas. Los nuevos quehaceres y condiciones de vida reclaman por vuestra parte una actividad y energía que sinceramente deseamos emitáis sin desaliento ni tibieza... pues ya habéis comprendido bien que jamás habréis de morir. Nunca conseguiréis desaparecer de vosotros mismos, ni de la creación, ni del universo.

Y esto os sucede porque sois criaturas emanadas del fluido eterno de la mente divina, en vosotros reside la vida eterna de Aquel que os concedió la gloria de crearos a Su semejanza, lo que equivale a decir que seréis como Él: ¡eternos!

¡Ved que, poseyendo la vida eterna, una finalidad gloriosa reclama vuestra presencia en el seno de la patria eterna, donde el soberano Señor del universo mantiene la intensidad de Su gloria!

¿Para qué, entonces, habéis de luchar contra vuestro origen divino? ¿Por qué se disminuye la criatura en la desobediencia contumaz a las leyes inmutables de la creación, si en su cumplimiento es donde encontrará los verdaderos motivos para sentirse honrada, así como la felicidad por la que tanto se empeña y suspira, la alegría, la paz, la gloria inmortal?... Vuestro suicidio, ¿de qué os sirvió?... Sólo para demostraros vuestro grado de ignorancia e inferioridad, presumiendo poseer mucho saber y mucha ciencia; sólo para dilatar vuestras amarguras a magnitudes incalculables para vuestro entendimiento, mientras que sería mucho más leve, porque es meritorio, acomodaros a las imposiciones de la ley que permite las tribulaciones cotidianas como incentivo al espíritu para el progreso y para el desarrollo de las facultades sublimes de las que es depositario.

Que os sirva la amarga lección de la experiencia, amigos míos y que las lágrimas vertidas por vuestras almas, inconsolables ante la realidad que venís contemplando, se perpetúe en el fondo de vuestras conciencias como una saludable advertencia para los días venideros, cuando, renovando las experiencias en las que fracasasteis, practiquéis el sublime intento de la rehabilitación...

Dándoos la libertad que la ley os otorga, nos referimos al derecho que tenéis que, por vosotros mismos, y bajo vuestra responsabilidad, de tratar de vuestros intereses, presidiendo con vuestro propio raciocinio los destinos que os aguardan. ¡Sí! sois libres de escoger lo que mejor os parezca. Aquí habéis recibido todo tipo de esclarecimientos, que os permitirán elegir con buen acierto:

¿Queréis volver a la Tierra inmediatamente, ocupando un nuevo cuerpo, vosotros, cuya razón debidamente esclarecida se percató de la necesidad imperiosa e indispensable, de la terapia de la reencarnación, la única que os conducirá a la cura definitiva de los complejos que os han hundido en los pantanos de irremediables amarguras?...

¡Tenéis libertad para hacerlo, ya que estáis preparados para eso!

¿Preferís quedaros y cooperar con nosotros, durante algún tiempo, retrasando la época del inevitable retorno al orbe terráqueo, aprendiendo a servir en el cuerpo de nuestra milicia o desarrollando facultades de amor en el aprendizaje fraternal de catequesis a los grupos obsesores que infectan la Tierra y lo invisible inferior, o en la ayuda a nuestros hospitales y enfermerías, es decir, en asistencia benemérita de caridad y consuelo fraternal, vigilancia, etc.?...

¡Podéis escoger!

Nuestro campo de acción es intenso y muy amplio, y en las filas de nuestro grupo siempre es bien recibido el voluntario que, amando al Señor y respetando sus Leyes, deseando trabajar y servir para progresar, sometiéndose a nuestros principios y dirección, si es inexperto, quiera colaborar para el engrandecimiento del bien y de la justicia.

Ved a Joel, a quien tanto queréis: aquí entró en vuestras mismas condiciones. El amor de Jesús le convirtió en una oveja pacífica. Y a pesar de lo mucho que todavía tendrá que experimentar en la Tierra, como resultado del infeliz suicida, en cuanto al amor que sabe dar a sus hermanos sufridores, ¿cuántos gestos nobles y meritorios distribuye todos los días entre los que están confiados a su vigilancia?...

¿Quizás deseáis quedaros aquí, sin intentar nada en beneficio propio, ambulando de Departamento en Departamento, observando, presos a un círculo vicioso de contemplación improductiva, o entre lo invisible inferior y la Tierra, arriesgándoos a peligrosas tentaciones, inactivos, ociosos, ejerciendo la mendicidad en lo astral, sin hacer nada de meritorio, aunque incapaces de la práctica del mal, ya que no sois malos?...

¡No nos opondremos tampoco, aunque, con todas las fuerzas de nuestra alma y el sincero empeño de nuestros corazones, os aconsejemos que no procedáis así, porque esto redundaría en daños penosísimos para vuestra situación, en angustias evitables, prolongadas en estados insostenibles que os harían acumular desventajas amargas y responsabilidades que convendría mucho que evitéis!...

¿O, también, si deseáis prolongar la permanencia a nuestro lado, para iniciáros en los conocimientos superiores de la vida, consagrándoos a los cursos preparatorios para la verdadera iniciación, solo posible después de los rescates a que os comprometisteis con la propia conciencia?

¡Sed bienvenidos, amigos míos! Y aprended con el Maestro de los maestros los principios que os han faltado. Y recibid en Su nombre los elementos con que os fortificareis para la consecución de los ideales del amor, de la justicia y de la verdad...

Muchos de vosotros, presentes en esta asamblea, ya son capaces de seguir ese curso preparatorio. Para otros, sin embargo, el momento aún no llegó. Sus conciencias les susurran el camino a seguir sin que tengamos que indicárselo nosotros. Incluso para los que son ya capaces, nada les obligará a aceptar la invitación que les hacemos. Aceptadlo si lo queréis, por libre y espontánea voluntad...

Un murmullo discreto recorrió la asistencia, admirando la caritativa sutileza del método puesto en práctica, que inhibía a todos los de nuestro grupo, de juzgarse favorecidos con cualquier clase de superioridad, ya que no podíamos evaluar los dictados de nuestras conciencias, así como eliminando cualquier predilección por parte de los mentores. Teócrito continuó, después de una pausa:

—Os será concedido un plazo de treinta días para que mediteis deliberadamente sobre lo que acabáis de oír; pues, aunque estéis desde hace bastante tiempo adoctrinados y esclarecidos para tomar, por vosotros mismos, la decisión que os conviene, la tolerancia manda que tengáis algún tiempo de meditación con respecto a vuestras tentativas futuras.

Durante ese plazo, os atenderán diariamente en la sede del Departamento, si deseáis informaciones o más esclarecimientos en lo que os interese particularmente... y podréis, sin ningún tipo de obligación, expresaron ampliamente con el que os reciba aquí, porque él hablará en nombre del divino Pastor, y porque os conoce en todas las particularidades y sutilezas, leyendo en vuestras almas como en un libro abierto. También, estáis invitados a las reuniones que se realizarán en este mismo local para vosotros, en las que trataremos todo cuanto, de modo general, os pueda esclarecer, instruir y reanimar para el futuro al que seréis impulsados por vuestras afinidades. Al agotarse el plazo concedido, comunicaréis a la Dirección de la Institución, a la que estáis afiliados, las resoluciones tomadas, y ella, entonces, bajo nuestra planificación, os llevará hacia el destino que voluntariamente hayáis escogido.

A estas sencillas e importantes pautas siguió la primera exposición de los deberes que tendríamos como espíritus arrepentidos y deseosos de rehabilitación. Era la primera conferencia de la serie a la que nos convocaban y el orador fue el mismo Teócrito. Habló paternalmente y aconsejó, sin éxtasis apasionados de oratoria, pero dejando penetrar hasta el fondo de nuestras almas, profundas reflexiones sobre las particularidades inferiores de cada uno. Parecía que, como legítimo conocedor de los complejos que mantenían nuestro ser, traía el objetivo de ayudarnos a reconocerlos, medirlos, desmenuzarlos, para animarnos a darles combate.

Nos retiramos, en esa noche memorable, reconfortados y fortalecidos por maravillosas esperanzas... Y allí volvimos muchas veces todavía para oírle expresarse sobre los más elevados conceptos que podríamos concebir acerca de la vida, las leyes del universo, las magnificencias morales resultantes del cumplimiento del deber, la observancia de la justicia, la práctica del amor y de la fraternidad, la obediencia a la razón como a la moral y a todos los demás principios del bien.

Una vez agotado el plazo establecido por los reglamentos internos, hubo un gran movimiento en el Departamento Hospitalario y la Torre. Grupos de asilados cruzaban las alamedas nevadas de los parques, yendo a la sede del Departamento, acompañados de sus mentores, para comunicar a la autoridad máxima del noble grupo las resoluciones definitivamente tomadas después de las más graves elucubraciones y análisis sobre la situación propia, asistidos por los desvelados consejeros y educadores y orientados por el mismo Teócrito, como vimos.

Agenor Peñalva, así como otros prisioneros de la Torre, suicidas-obsesores que habían sembrado desorden, lágrimas, incontables desgracias en el pasado, bien en calidad de hombres encarnados o, más tarde, como espíritus inferiores que eran, Jerónimo de Araújo Silveira, Mario Sobral y otros prefirieron la reencarnación inmediata, dada la incomodidad de los remordimientos y las angustiosas perspectivas del pasado que obsesionaban sus mentes, incapacitándoles para cualquier otro intento. Tenían urgencia de expiación, para conseguir treguas en el olvido temporal de los servicios de renovación planetaria, para después, atender, más serenos, mayores realizaciones.

Otros se decidieron por la estancia en los trabajos de la Vigilancia, donde podrían aprender algo para fortalecerse un poco más, porque aún tibios e indecisos, temían todavía el contacto con la carne, desconfiando de sus propias flaquezas. Algun tiempo de contacto con las caravanas heroicas, en el servicio de socorro y auxilio tanto a los desgraciados del Valle Siniestro como de la Tierra, desempeñando la beneficencia, creían que les prepararía con mayor seguridad, señalándoles caminos más amplios en la senda de la fraternidad.

Belarmino, Juan de Acevedo y yo, así como otros pocos que se afinaban muy bien con nosotros, todos del Hospital María de Nazaret, atraídos por las magníficas enseñanzas del preclaro director del Departamento, después de muchas y cuidado-

sas investigaciones dentro de nosotros mismos, nos presentamos ante él, declarando que, si éramos merecedores de proseguir en las sendas preparatorias de la iniciación, a pesar de los errores que sobrecargaban nuestras conciencias, nosotros lo preferíamos, porque nos seducía la perspectiva del conocimiento que pudiésemos adquirir.

—¡Sed bienvenidos, amigos! —fue la respuesta. Mañana mismo podréis seguir vuestro nuevo destino... ¿Para que aguardar más?... Sin embargo, no dependeréis de mí... Mi misión junto a vosotros está finalizada, y caminaréis hacia adelante, bajo los cuidados de nuevos mentores... Nos unirá, sin embargo, para siempre, el dulce afecto que se estableció en nuestros espíritus durante el tiempo que aquí pasasteis...

Convencidos de que al día siguiente dejaríamos el Departamento Hospitalario, separándonos de los generosos amigos que tanto nos consolaron en la desgracia, una tristeza profunda nos ensombreció el corazón. Sin embargo, todos nosotros sabíamos que la permanencia en un hospital es temporal, y generalmente corta.

Nos despedimos, comenzando por el propio Hospital, que estaba cerca. Joel, nos abrazó entre una sonrisa y un minuto de intervalo en los quehaceres que eran muchos aquella mañana, ya que, en pocas horas, llegaría un nuevo contingente de condenados traídos del Valle, y nos dijo, reconfortándonos una vez más:

—No penséis que estaréis separados de nosotros... Nos veremos muchas veces... Paciencia, amigos míos, paciencia...

Carlos y Roberto, como siempre, se ofrecieron a guiarnos en las visitas de despedida. Volvimos a ver y abrazamos a todos los nobles mentores, amigos de incansable dedicación, a quienes debíamos los conocimientos que obtuvimos fuera de nuestro Departamento, que se extendieron a través del tiempo, solidificándose en perpetuo afecto.

Estábamos en el Departamento de Reencarnación, acompañados de las gentiles hermanas Rosalía y Celestina, en el momento que daban entrada a varios pretendientes a la matrícula en el Recogimiento. Era doloroso verles madurar sobre los dramas nefastos que les impulsaban hacia el futuro redentor. Parecían condenados expulsados del paraíso por falta de afinidad para vivir allí por más tiempo, el triste éxodo de los condenados por las más graves desobediencias a las Leyes del Señor todo bondad y misericordia.

Era un grupo de arrepentidos que, entre las luchas de las incomprensiones de las pruebas terrestres, iban a limpiar su conciencia manchada por el pecado, a través del bautizo en el fuego redentor del sufrimiento y, de esta forma, sacarla de la deshonra.

Caminaban en una extensa fila, de dos en dos, subiendo las escaleras de la sede del Departamento y desaparecían enseguida en el interior del mismo... Prisioneros

de un pasado abominable, esclavizados por su mente oscura, incapacitados, en vista de sus punzantes remordimientos, para cualquier tentativa antes de una reencarnación expiatoria, seguían cabizbajos, tristes y temerosos, dando la impresión de que se sometían sólo porque no habían encontrado otro remedio para restituir el honor espiritual, la serenidad íntima, más que ese providencial recurso señalado por la Ley magnánima: volver a ser hombres. Se renovarían en las luchas planetarias a través de los ejercicios rehabilitadores del cumplimiento del deber.

Una desoladora sensación de pavor estremeció nuestras fibras más sensibles al encontrarnos con un grupo conducido por el hermano Juan, director del Psiquiátrico. Incapaces de razonar libremente seguían hacia su reencarnación, impulsados por la necesidad imperiosa de una mejora y algún progreso; y sólo los escasos atenuantes que deberían traer, así como los deméritos que evidentemente mostraban y sus lastimosos estados vibratorios establecerían las condiciones para la existencia que buscaban. El Hermano Juan, el generoso Teócrito, los técnicos del Departamento de Reencarnación, la dirección general de la Colonia, sus guardianes mayores, todos inspirados en la justicia y en la misericordia de las Leyes soberanas del Omnipotente creador, eran los que suplían sus incapacidades de justo discernimiento para libremente escoger su futuro, estableciendo en consejo lo que mejor les convenía, y recibiendo para eso el beneplácito del Maestro redentor.

No pudimos contener las lágrimas al ver a Jerónimo y a Mario, nuestros pobres compañeros y afines desde la sombría desesperación del Valle Siniestro. El primero, abatido, curvaba la cabeza sobre el pecho, como el condenado sumiso en el momento supremo. No nos vio, ya que seguía absorto en las ondas afflictivas del pensamiento. El segundo, sin embargo, sonriente y valeroso, con los cabellos revueltos, como el primer día en que le vimos; el pecho erguido desafiando las luchas futuras, los ojos vivos mirando al frente, como un soñador que prevé la victoria de la empresa penosamente iniciada entre los sacrificios exigidos por la razón y las lágrimas vertidas por el Corazón, unidos por un sincero arrepentimiento. Al vernos, nos saludó amigablemente, en un adiós que parecía el último, mientras un rumor de indescriptible horror angustiaba nuestras almas: el desgraciado nos saludó con sus brazos, donde no existían manos, mientras que éstas allá estaban, arrancadas, enclavadas en su propio cuello, recordando la muerte violenta por estrangulación, la misma que él provocó a la infeliz Eulina.

—Bien seguro que vencerá —profetizó la hermana Celestina, pensativa. Su próxima existencia terrestre será un duro calvario, propio de las almas valientes, que se arrepienten. Sólo conocerá lágrimas de la cuna a la tumba. Se arrastrará sin esperanza ni compensaciones, mutilado, enfermo, humillado, ridiculizado, traicionado por su propia madre, que le repudiará al darle la vida, pues sólo obtendrá un cuerpo en los ambientes viciosos donde anduvo en otro tiempo...

Pero es preciso que sea así para que se reconcilie con su propia conciencia y se reencuentre armonizado con el progreso natural de cada criatura en busca de Dios. Así lo comprendió, puesto que él mismo escribió la sentencia que le convenía y la entregó al hermano Teócrito para dirigirla a la Dirección General y conseguir la aprobación de su guardián mayor, es decir, de María, gobernadora de la Legión a la que pertenecemos... Mario se impuso una expiación durísima, como tantos y tantos hermanos nuestros existentes sobre la costra de la Tierra, en rescate severo y decisivo.

Al atardecer del día siguiente dejamos el Departamento Hospitalario...

Nos vino a buscar un pequeño vehículo, del tipo usual en el interior de la Colonia. Silenciosamente, commovidos, nos sentamos y, animados por la presencia de Romeu y Alceste, que nos acompañarían al nuevo domicilio, observamos mientras se deslizaba suavemente, que las nieves melancólicas se deshelaban y el paisaje se coloreaba de hermosos tonos de madreperla, las flores surgían en una fiesta policroma a la vera de un camino amorosamente cuidado, mientras los primeros edificios de una magnifica metrópoli hindú aparecían ante nuestros ojos sorprendidos, que creían soñar.

¡Loado sea Dios! ¡Era, pues, verdad, que habíamos progresado!

TERCERA PARTE**LA CIUDAD UNIVERSITARIA****CAPITULO I****LA MANSIÓN DE LA ESPERANZA**

La primera noche la pasamos en ansiosa expectación. Nuestros aposentos daban al jardín y desde allí veíamos el amplio horizonte de la metrópoli, adornado de pabellones graciosos que parecían construidos en madreperla y de cuyos cobertizos, que lo adornaban pintorescamente, emanaban fragancias delicadas de miríadas de arbustos y tiernas flores, que ya no eran monótonas, blancas, como en el Departamento Hospitalario.

Todo indicaba que estábamos, según nuestras afinidades, en una Ciudad Universitaria, donde iban a concedernos nuevos ciclos de estudio y aprendizaje, según nuestro deseo.

Mientras paseábamos, ante nuestros ojos interesados se extendía un paisaje ameno y seductor, donde soberbios edificios, en un estilo fantástico, que parecía el modelo de una civilización que nunca llegaría a concretarse en la Tierra, nos llevaron a meditar sobre la posibilidad que neblinas ignotas, irisadas de palideces también desconocidas, habían servido a los artistas de aquellas cúpulas seductoras, los encajes sugestivos, el pintoresco encanto de los balcones convidando a la mente del poeta a devaneos profusos, camino al ideal.

Unas inmensas avenidas se abrían entre arboledas majestuosas y lagos dulcemente encrespados, orlados de ramilletes floridos y perfumados. Y, alineadas, como en una visión inolvidable de una ciudad de hadas, las facultades donde el infeliz suicida debería capacitarse para sus decisivas reformas personales, indispensables para ser admitido a la verdadera iniciación, más tarde, después de una nueva encarnación terrena, donde testificase los valores adquiridos durante la preparación.

No es posible describir el encanto que irradiaba de ese barrio donde las cúpulas y torres de los edificios parecían filigranas resplandeciendo discretamente, como rociadas, y sobre las que los rayos del astro rey, proyectados en conjunto con evaporaciones de gases sublimados, prestaban tonalidades de efectos cuya belleza no se puede comparar con nada.

En todo, sin embargo, se adivinaba una augusta superioridad, desprendiendo sugerencias grandiosas, inconcebibles al hombre encarnado. Pero no se trataba de una residencia privilegiada, sino sólo un nivel más arriba del triste asilo hospitalario...

Emocionados, nos detuvimos ante las facultades donde íbamos a estudiar. Allá estaban, coronándolas, los letreros descriptivos de las enseñanzas que recibiríamos:

—Moral, filosofía, ciencia, psicología, pedagogía, cosmogonía, e incluso un idioma nuevo, que no iba a ser sólo una lengua más, utilizada en la Tierra como adorno de ricos u ornamento frívolo de quien tuviese recursos monetarios suficientes para comprar el privilegio de aprenderla. ¡No! El idioma cuya indicación allí nos sorprendía sería el idioma definitivo, que habría de estrechar en el futuro las relaciones entre los hombres y los espíritus, por facilitarles el entendimiento, removiendo igualmente las barreras de la incomprensión entre los humanos y contribuyendo para la confraternización ideada por Jesús de Nazaret:

¡Una sola lengua, una sola bandera, un solo pastor!

Ese idioma, cuya ausencia entre médiums brasileños me había imposibilitado realizar obras como yo hubiese deseado, contribuyendo para que fuese más penoso el trabajo de mi rehabilitación, tenía un nombre que se aliaba al dulce alivio que aclaraba nuestras mentes. Se llamaba, como nuestro barrio, *Esperanza*, y allá estaba, junto a los demás, el majestuoso edificio donde se impartía su aprendizaje. Convenía que lo aprendiésemos, para que, al reencarnar, llevándolo impreso en el fondo del Espíritu, no descuidásemos de ejercitarlo en la Tierra.

El benéfico frescor matinal traía a nuestro olfato el perfume dulcísimo, que creímos provenían de los claveros sanguíneos que las portuguesas tanto gustan de cultivar en sus jardines y de las tiernas glicinias, excitadas por el rocío saludable de la alborada. Y los pájaros, cantaban a lo lejos tiernas melodías, completando la dulzura del cuadro. Habíamos llegado la víspera, cuando las estrellas comenzaban a brillar irradiando caricias luminosas.

Romeu y Alceste nos presentaron a la dirección del nuevo Instituto y se despidieron enseguida, dando por terminada su misión junto a nosotros. No fue sin profunda emoción que vimos partir a los jóvenes a quienes tanto debíamos, y a los que abrazamos, conmovidos, aunque, sonriendo, nos dijeron:

—No estaremos separados. Sólo cambiasteis de recinto, dentro del mismo hogar. ¿No es el mismo universo infinito el hogar de las criaturas de Dios?...

El hermano Sóstenes era el director de la ciudad Esperanza. Nos habló grave, discreto, bondadoso, sin que nos animásemos a mirarle:

—¡Sed bienvenidos, queridos hijos! Que Jesús, el único Maestro que aquí encontrareis, os inspire la conducta a seguir en la nueva etapa que hoy iniciáis. ¡Confiad! ¡Aprended! ¡Trabajad! para que podáis vencer. Esta casa es vuestra. Habitáis, por

tanto, en un hogar que es el vuestro, y donde encontrareis hermanos, como vosotros, hijos del Eterno. María, bajo el beneplácito de su Augusto hijo, ordenó su creación para facilitarlos la indispensable rehabilitación. Encontrareis en su amor de Madre la base sublime para vencer los errores que os alejaron de los pasos del gran Maestro a quien debéis amor y obediencia. Es necesario, por tanto, apresurar la marcha y recuperar el tiempo perdido. Espero que sepáis comprender con inteligencia vuestras propias necesidades...

No respondimos y las lágrimas humedecieron nuestras mejillas. Éramos como niños tímidos que se viesen a solas por primera vez con el viejo y respetable profesor todavía difícil de comprender. Después, nos condujeron al internado donde íbamos a residir. Pasamos allí la noche y por la mañana, salimos a pasear.

En los parques que rodeaban la ciudad, encontrábamos a grupos de alumnos oyendo a sus maestros bajo la poesía dulcísima de arboledas frondosas, atentos y absortos como en otro tiempo lo habrían sido los discípulos de Sócrates o de Platón, bajo el murmullo de los plátanos de Atenas; los iniciados del gran Pitágoras y los habitantes de Galilea y Judea, Cafarnaúm y Genesaret, embebidos ante la intraducible magia de la palabra mesiánica.

Las jóvenes caminaban por las alamedas, acompañadas de asistentes como Marie Nimiers, a quien más tarde conoceríamos muy de cerca; o como Vicenta de Guzmán²⁴, joven religiosa de la antigua orden de S. Francisco, hermana de nuestro antiguo benefactor, Ramiro de Guzmán, que igualmente pasamos a bien querer cuando supimos su parentesco con aquel magnífico servidor de la Sección de las Relaciones con la Tierra.

Absortos, consentíamos que la imaginación se desbocase arrastrada por las sugerencias, dejando palpitar en nuestra mente múltiples impresiones, cuando alguien me tocó suavemente en el hombro, produciendo en mi sensibilidad la tierna emoción de una caricia infantil que me despertaba de un prolongado entorpecimiento. Me volví, ya que sólo estaba con Juan y Belarmino, y los demás se habían internado en el Recogimiento. Dos damas estaban a nuestro lado, invitándonos para una reunión de honor convocada para el pequeño grupo llegado ayer. Decían que íbamos a ser presentados a nuestros nuevos mentores, aquellos que nos darían la educación definitiva. Nos iban a entregar a ellos como los verdaderos guardianes que velarían paternalmente por nosotros hasta terminar el curso de experiencias renovadoras que urgía realizar en nuestra próxima encarnación en el plano terrestre.

²⁴ Personajes de una narración incluida en los apuntes concedidos por el verdadero autor de estas páginas en el curso de veinte años de experiencias mediúmnicas, pero que su compilador tuvo a bien omitir en el presente volumen, reservándolo para un nuevo ensayo literario espírita.

La primera de ellas, justamente la que había tocado mi hombro, era una joven rubia y delicada, que tendría unos quince años, muy agraciada. Vestía curiosamente de una manera que no escapó a nuestro análisis: Una túnica blanca atada a la cintura, manto azul colgado al antiguo uso griego y una pequeña guirnalda de minúsculas rosas adornándole la frente. Parecía un ángel a quien le faltasen las alas. Al comienzo creí que era víctima de una alucinación, ya que, salido del Valle de los Condenados para la Ciudad de la Esperanza, tendría el don de crear lo opuesto de lo hediondo, o sea, lo agradable y lo bello. La niña se llamaba Rita de Cassia de Forjaz Franzão, nombre de una familia aristócrata en su última etapa terrestre en Portugal. Más tarde, pasados algunos días, me explicó el origen de su vestimenta:

—Me sepultaron así, o mejor, así vistieron mi cuerpo, cuando lo abandoné por última vez, en la Tierra. Tan grata fue a mi corazón la vuelta a lo invisible, a pesar de la tristeza que ocasionó a un ser muy querido para mí, que retuve en mi mente el recuerdo del último “vestido” terrestre...

La segunda, alta, también rubia, debería haber dejado el cuerpo no lejos de los cincuenta años, conservando aun las impresiones mentales que permitían esas observaciones. Simpática y atractiva, me extendió la mano muy gentilmente, presentándose a nosotros:

—Tengo la certeza que ya oísteis hablar de mí... Soy Doris Mary Steel da Costa y vengo de una existencia pasada en la que muy gratamente serví de madre a mi pobre Joel... vuestro amigo del Departamento Hospitalario.

Nos sentimos encantados, sin palabras suficientemente expresivas para traducir la emoción que nos conmovía. Respetuosamente besamos su mano pero sinceramente, sin la afectación que antes teníamos costumbre...

A la hora señalada entramos en la sala de reuniones, situada en la sede central del nuevo Departamento, acompañados por las hermanas vigilantes encargadas del servicio interno.

Nuestro grupo, cerca de doscientas personas, era de los más grandes que había en ese momento en la Ciudad, contando en su conjunto con un gran contingente de damas brasileñas pertenecientes a diversos planos sociales de la Tierra, lo que nos sorprendió, reconociendo que la estadística de suicidios de mujeres en el Brasil era mucho mayor que la de Portugal. Presidía la magna reunión el Director del Instituto, el hermano Sóstenes.

De entrada, nos exhortó a un homenaje mental al Creador, lo que hicimos orando íntimamente, tal como nos fuese posible, impulsados por un sincero respeto. A su derecha estaba un anciano, cuyas blancas barbas, bajando hasta la cintura, para terminar en punta, le imprimían tal aspecto venerable que, emocionados, nos creímos en presencia de uno de aquellos patriarcas que los libros sagrados nos

retratan o a un faquir hindú experto en virtudes y ciencias a través de las más austeras disciplinas. A la izquierda, otro iniciado nos despertó la atención con su perfil hindú clásico, lo que infundió a nuestro espíritu un singular sentimiento de atracción. Tan venerable como el otro, el nuevo personaje tenía, sin embargo, menos edad, reflejando antes la madurez con la pujanza de su equilibrio racional estampada en el vigor de sus facciones que nos dejaba ver con nitidez. Más allá, un joven casi adolescente nos despertó mayor atención, ya que ocupaba otra cátedra de maestro, y no el lugar reservado a los adjuntos. Con un rostro angelical, por así decirlo, su perfil hebreo irradiaba una dulzura tan impresionante que creíamos tratarse antes de una aparición de las que mencionan los libros orientales, si no fuese por la realidad indiscutible de todo cuanto nos rodeaba. Sóstenes estaba a la derecha, al lado del anciano.

A una seña del hermano Sóstenes, se inició la llamada de los pacientes. Nuestros nombres, registrados en el voluminoso libro de matrícula donde firmamos al llegar resonaban, uno a uno, proferidos por la vigorosa voz de un adjunto que, al lado de la tribuna de honor, ejercía como secretario de la reunión. Y, oyendo que nos llamaban, respondíamos tímidamente, como colegiales bisoños, mientras el eco hacia repetir nuestros nombres más allá, entre salas y galerías, llevándolos, a través de las alamedas distantes, de los parques de la ciudad que se extendía entre flores y pabellones grandiosos, para perpetuarles, ¿quién sabe? repercutiéndoles a través del infinito y de la eternidad...

El director se levantó para el discurso de honor:

—Iniciáis en este momento una nueva fase en vuestra existencia de espíritus, queridos amigos. Entre tantos pacientes que llegaron con vosotros a esta Colonia, fuisteis los únicos en alcanzar las condiciones indispensables para las luchas del aprendizaje espiritual que os proporcionará una base sólida para adquirir valores personales en el porvenir. Seréis matriculados en nuestras Facultades, ya que presentáis el necesario desarrollo moral y mental para la adquisición de esclarecimientos que os permitirán la próxima reencarnación recuperadora, capaz de daros la rehabilitación decisiva del error en que sucumbisteis.

Como debéis haber percibido desde hace mucho, no sois condenados irrecuperables a los que la Ley universal aplica medidas extremas, relegándos a la eterna inferioridad del presente y al abandono de las angustias inconsolables actuales, por excluiros vosotros mismos de la armonía apropiada a toda criatura originada del Sempiterno amor. Al contrario, os decimos que tenéis el derecho de esperar mucho de la bondad paternal del Omnipotente creador, porque, la misma Ley, establecida por Él, que infringisteis con el suicidio, os proporcionará a todos la posibilidad de recomenzar la experiencia interrumpida por el suicidio, dándoos, honrosamente, la oportunidad de una rehabilitación segura.

Nada conocéis, sin embargo, de la vida espiritual y es preciso que la conozcáis. Hasta ahora vuestras estancias en la erradicidad vienen verificándose en zonas inferiores de lo invisible donde poco habéis aprovechado moralmente, a causa de la coraza de animalidad que envuelve vuestras vibraciones mentales unidas, particularmente, al dominio de las sensaciones. Hace cerca de un siglo, sin embargo, llegó la época de anteponer rigores a vuestros continuados desatinos y despertaros del círculo vicioso en que os dejasteis estar encaminándoos hacia la alborada de la redención con Jesús, que os conducirá al verdadero objetivo que, como criaturas de Dios, debéis forzosamente alcanzar.

Muchos de vosotros, que fuisteis doctos en la Tierra, lúcidas inteligencias que se impusieron en el concepto de la sociedad terrestre, desconocéis, todavía, los más rudimentarios principios de espiritualidad, llevando realmente la displicencia al extremo de negarlos y combatirlos, cuando los descubristeis en el carácter del prójimo. Debéis, por eso mismo, iniciar con nosotros un curso de reeducación moral-mental-espiritual, que es lo que os ha faltado, ya que las predisposiciones para ello se encontraban en las invocaciones desesperadas de los sufrimientos por los que pasáis.

Si no hubiera sido por el gesto audaz de precipitación, contrario a las leyes invariables que aun desconocéis, hoy estaríais glorificados por una victoria magnífica, laureados por el cumplimiento del deber, preparados para nuevos ciclos de aprendizaje. Sin embargo, el suicidio, que no os trajo la muerte, porque la muerte es ficción en este universo vivo y regido por leyes eternas provenientes de la sabiduría del Creador eterno que no os concedió ni reposo, ni olvido, ni aniquilamiento, porque no alcanzó sino al cuerpo físico y nunca al espiritual, donde reside vuestra personalidad verdadera y eterna. El suicidio, insisto, arrebató todo el mérito que podríais tener, precipitándoos a una situación calamitosa, de la que no saldréis mientras no se realice una restauración total. Y os advierto, mis amigos, que, en la lucha que emprenderéis para conseguir tal objetivo, más de un siglo presenciará las lágrimas que derramareis sobre las consecuencias del execrable acto irrespetuoso tanto hacia vosotros mismos, como hacia Dios.

Sin embargo, las enseñanzas que os administraremos influirán bastante en la victoria que alcanzaréis. Pero, no saldréis de este local, alcanzando esferas espirituales más compensadoras, mientras de nuestro Instituto, o de vuestras conciencias, no recibáis certificados de rehabilitación, que os permitirán el ingreso a lugares normales en la jerarquía de la evolución, y tales certificados, mis amigos, solo os serán confiados después de la reencarnación que deberéis abrazar, una vez terminado el curso iniciado en este momento...

Siguió una breve pausa, dándonos la impresión de que nuevas disposiciones despertaban las fibras de nuestras almas. Volviéndose hacia los tres compañeros que le rodeaban, el orador continuó, acaparando más nuestra atención:

—Aquí tenéis a vuestros educadores. Son como ángeles tutelares que se inclinarán sobre vosotros y vuestros destinos, amparándos en la espinosa jornada. Os acompañarán, a partir de este momento, todos los días de vuestra vida, y solo darán por cumplida la noble misión junto a vosotros, cuando, una vez glorificados por la observancia de la Ley que infringisteis, volváis de la Tierra, nuevamente, a este asilo, recibiendo, entonces el pasaporte para otra localidad espiritual, donde iniciareís la ruta evolutiva normal interrumpida por el suicidio.

Las credenciales de los maestros a quienes, en este momento, os entregamos en nombre del Pastor celeste, se extienden, en virtudes y méritos, a un pasado remoto, comprobado muchas veces en testimonios santificantes.

A mi derecha, está Epaminondas de Vigo, quien, en escala ascensional brillante, viene desde el antiguo Egipto hasta los sombríos días de la Edad Media, en España, sirviendo a la verdad y exaltando el nombre de Dios, sin que sus triunfos se hayan aminorado en los planos de la Espiritualidad hasta el momento presente. En los tiempos apostólicos, donde, como discípulo de Simón Pedro, glorificó al Maestro Divino, tuvo el honor supremo de sufrir el martirio y la muerte en el circo de Domício Nerón.

En España, bajo el imperio de las tinieblas que rodeaban las leyes impuestas por el llamado Santo Oficio, brilló como estrella salvadora, mostrando caminos sublimes a los desgraciados y perseguidos, así como a muchos corazones ansiosos por el ideal divino, empuñando antorchas de ciencias sublimadas en el amor y en el respeto a los Evangelios del Cordero Inmaculado, ciencias que había ido a buscar, desde hacía mucho, en peregrinaciones devotas, a los arcanos sagrados de la vieja India, sabia y protectora, en la Tierra, de verdades inmortales.

Pero justamente porque brilló en medio de las tinieblas, le sacrificaron nuevamente, ya no tirando su viejo cuerpo carnal a las fieras hambrientas, y sí quemándole en la hoguera pública, donde, una vez más, probó él su incorruptible dedicación al Señor Jesús de Nazaret.

A la izquierda tenéis a Souria-Omar, antiguo maestro de iniciación en Alejandría, filósofo en Grecia, después de la venida de Sócrates, cuando comenzaban a encenderse para el pueblo los brillos inmortales, hasta entonces alejado de los conocimientos sublimes, ya que estos eran mantenidos en secreto y sólo para conocimiento y uso de sabios y doctos. Como eminente precursor del Gran Maestro, enseñó la doctrina secreta a discípulos elevados de las más modestas clases sociales, a los desheredados e infelices; y, a la sombra benéfica de las hayas frondosas o bajo la poesía de los plátanos, les proporcionaba enseñanzas llenas de divina magnificencia, transportándoles de felicidad en la elevación de los pensamientos hacia el Dios sempiterno, creador de todas las cosas, aquel Dios desconocido cuya imagen no constaba en la colección de los altares de piedra de la antigua Hélade...

Más tarde, le tenéis reencarnado en la propia Judea, atraído por la figura incomparable del Maestro de los maestros, manifestándose en actitudes humildes, oscuras, pero generosas y sanas, por seguir los pasos luminosos del celeste Pastor. Entrado ya en edad avanzada, conoció las férreas persecuciones de Jerusalén, después del apedreamiento de Esteban. Estoico, fortalecido por una fe inquebrantable, sufrió un largo martirio en el fondo siniestro de un antiguo calabozo; torturado con la ceguera, por ser considerado hombre letrado y, por tanto, peligroso, nocivo a los intereses farisaicos; martirizado con golpes y mutilaciones dolorosas, hasta sucumbir, ignorado por la sociedad, irreconocible por la propia familia, pero glorificado por el Maestro Excelso, por cuyo amor soportó todo con humildad, amor y reconocimiento.

Souria-Omar, como Epaminondas, tuvo la mente vuelta, desde hace muchos siglos, hacia las altas expresiones de la espiritualidad, con el alma fervorosamente entregada en la pira sagrada de la ciencia divina y del amor a Dios. Hoy, se encuentra trabajando en la región de angustias en que nos encontramos todos, materializado hasta el punto de poder ser reconocido por vosotros en su última estructura corporal. No será porque le falten luces y méritos para alcanzar otros lugares, en armonía con sus méritos, sino porque fieles, ambos, a los principios de la iniciación cristiana, que observa por encima de cualquier otra norma, prefiere extender atenciones y amor a los más desgraciados y desprovistos de ánimo, dedicándose a encaminarles a la redención inspirados en el ejemplo del Príncipe celeste que abandonó Su reino de glorias para darse, en sacrificios continuos, al bien de las ovejas de la Tierra...

Y Aníbal, queridos hijos. Este joven que conoció personalmente a Jesús de Nazaret, durante sus sermones inolvidables a través de la sufrida Judea. Aníbal de Silas, uno de aquellos niños presentes en el grupo que Jesús acarició cuando exclamó, demostrando la inconfundible ternura que una vez más expandía entre las ovejas aun vacilantes:

“Dejad que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los Cielos...”

Aníbal, que os dará enseñanzas cristianas exactamente como las oyera del mismo Rabí, a quien ama con arrebatos de idealista entusiasta y ardoroso, desde la infancia lejana, pasada, entonces, en Oriente.

Dice que, cuando el Señor enseñaba su hermosa doctrina de amor, surgían escenas explicativas, de maravillosa precisión y encanto inefable, a la visión del oyente de buena voluntad, explicando todo de manera inconfundible, al imprimir en los arcanos del ser de cada uno el ejemplo que nunca más sería olvidado. Por eso, hablando, conseguía el gran Enviado refrenar, con una serenidad inalterable, multitudes hambrientas por largas horas, dominar turbas rebeldes, arrebatar oyentes, convencer corazones que, o se arrodillaban a su paso, tímidos y aturdidos, o se prendían a su doctrina para siempre, encantados y fieles.

Los impíos, sin embargo, cuyas mentes viciadas permanecían desafinadas con las vibraciones divinas, no percibían nada, oyendo sólo relatos cuya sentido excelso no eran capaces de alcanzar, ya que traían las almas impregnadas del virus letal de la mala voluntad. Uno de esos cuadros o escenas, ciertamente el más bello de cuantos el Maestro amado creó para instruir a sus ovejas descarriadas, el que lo retrataba en su gloria de unigénito del Altísimo, bastó para que Saulo de Tarsio se transformase en ardiente defensor de la doctrina redentora con que honró al mundo.

Aníbal creció, se hizo hombre, sintiéndose siempre envuelto por las radiaciones del divino Pastor, que nunca más se apagaron en sus recuerdos. Trabajó por la causa, repitió aquí y allí lo que oyera del Señor o de sus Apóstoles, prefiriendo, sin embargo, instruir a criaturas y jóvenes, acordándose de la dulzura indecible con que Jesús se dirigía a la infancia. Viajó y sufrió persecuciones, ultrajes, injurias, injusticias, porque era de buen gusto social criticar a los adeptos del Nazareno, ofenderles, perseguirles y matarles. Y, una vez llegado a Roma, se vio glorificado por el martirio, por amor al Enviado celeste: su cuerpo fue quemado en uno de aquellos postes de iluminación festiva, en la célebre ornamentación de los jardines de Nerón, a los treinta y siete años de edad. Pero, entre la tortura del fuego y el espanto del sublime testimonio, él, que se consideraba humilde e incapaz de merecer tan elevada honra, volvió a visualizar de nuevo las márgenes del Tiberiades, el lago hermoso de Genesarét, las aldeas simples y pintorescas de Galilea y a Jesús evangelizando dulcemente la Buena Nueva celestial con aquellas arrebatadoras escenas que, en la hora suprema, se mostraban aún más bellos y fascinantes a su alma de adepto humilde y fervoroso, mientras su voz dulcísima repetía, como el beso de la extremaunción que bendecía su alma, destinándola a la gloria de la inmortalidad:

“Venid a mí, benditos de Mi Padre, pasad a mi derecha...”

Como enamorado sincero de la Buena Nueva del Cordero inmaculado, esa será la enseñanza que os administrará, pues, para él, sois niños que todo lo ignoráis acerca de ella... Y lo hará como aprendió del Maestro inolvidable, en cuadros demostrativos que os representen, lo más fielmente posible, el encanto que para siempre le arrebató y prendió a Jesús.

Para especializarse en tan sublime nivel mental le han sido necesarias al devoto Aníbal vidas sucesivas de renuncias, trabajos, sacrificios, múltiples y dolorosas experiencias en el camino de su progreso, pues solamente así es posible desarrollar en las facultades del alma tan precioso don. Él lo consiguió, sin embargo, porque jamás en su corazón faltó la voluntad de vencer, jamás olvidó los días gloriosos de los sermones mesiánicos, el momento, sempiterno en su espíritu, en que sintió la diestra del celeste Mensajero posándose sobre su frágil cabeza de niño, para el convite inolvidable:

“Dejad que los niños vengan a mí...”

Aníbal venía siendo preparado desde eras lejanas para eso.

Vivió en los tiempos de Elías, respetando el nombre del verdadero Dios. Fue, más tarde, iniciado en los misterios augustos de las ciencias, en la antigua escuela de los egipcios. El respeto y la devoción al Dios verdadero, y a la esperanza inquebrantable en el advenimiento libertador del Mesías divino, iluminaban su mente desde entonces, entre antorchas de virtudes que nunca desaparecerían.

No obstante, después del sacrificio en Roma, trabajador e infatigable, renació de nuevo sobre la costra del planeta. Le seducía la voluntad poderosa e inflexible de seguir las pisadas del Maestro, siguiendo a Sus divinas invocaciones. Sufrió, por eso, nuevas persecuciones en tiempos de Adriano, y se alegró con la victoria de Constantino.

Desde entonces, se dedicó particularmente al amparo y a la educación de la infancia y de la juventud. Sacerdote católico en la Edad Media, en más de una ocasión se convirtió en el ángel tutelar de pobres criaturas abandonadas, olvidadas por la prepotencia de los señores de entonces, convirtiéndolas en hombres útiles y aprovechables para la sociedad y en mujeres honestas, dedicadas al culto del deber y la familia. Y tanto Aníbal se preocupó con la infancia y la juventud, tanto fijó sus energías mentales en aquellas caritas hermosas y dulces, que su mente imprimió en sí misma un eterno rostro de adolescente gentil, pues, como veis, se diría que aún es el niño acariciado por el Maestro Nazareno, en Judea, hace casi dos mil años... hasta que un día, glorioso para su espíritu de siervo fiel y amoroso, una orden directa bajó de las altas esferas de luz, como gracia concedida por tantos siglos de abnegación y amor:

—Ve, Aníbal... y ofrece tus servicios a la Legión de Mi Madre. Socorre con Mis enseñanzas, que tanto aprecias, a los que encuentres más carentes de luces y de fuerzas, confiados a tus cuidados... Piensa, preferentemente, en aquellos cuyas mentes han desfallecido bajo las penas del suicidio... Les entregué, desde hace mucho, a la dirección de Mi Madre, porque sólo la inspiración maternal es lo bastante caritativa para levantarles hacia Dios. Enséñales Mi palabra. Despiértalas, recordándoles los ejemplos que dejé. A través de Mis lecciones, enséñales a amar, a servir, a dominar las pasiones, oponiendo a ellas las fuerzas del conocimiento, a encontrar el camino de redención en el cumplimiento del deber, que tracé para los hombres, a sufrir con paciencia, porque el sufrimiento es anuncio de gloria y palanca poderosa del progreso... Ábreles el libro de tus recuerdos. Recuerda cuando me ofías, en Judea... e ilumínales con la claridad de Mi Evangelio, pues solo es eso lo que les falta...

Y aquí le tenéis, queridos hijos, modesto, pequeñito como un adolescente, pero tocado por la llama inmortal de la inspiración que le une a la bondad del Maestro Excelso... A él os confío.

Una intensa conmoción alcanzaba nuestras almas, extrayendo de lo más íntimo de nuestro ser sentimientos de admiración por las tres figuras que nos presentaban y que tan estrechamente se ligarían a nuestro destino por un tiempo que no podíamos prever en absoluto. También la inconfundible figura del Nazareno nos estaba siendo singularmente presentada. La verdad es que, hasta entonces, Él aparecía en nuestro pensamiento más como algo sublime e ideal, incomprensible a la mente humana, que como una personalidad real, capaz de hacerse comprensible e imitada por las demás criaturas. Nuestros tres maestros, sin embargo, habían sido contemporáneos suyos. Le conocieron y le oyeron hablar. Realmente hablaron con Él, porque era se notaba que el divino Maestro jamás se negó a hablar con quien le buscase. Uno de aquellos mismos maestros había sentido la blanda caricia de su mano acariciarle la cabeza. Jesucristo, así conocido, visto y amado, atraía nuestra atención.

Muchos internos presentes habían bajado la frente. Otros se abandonaban a un llanto silencioso y discreto que bajaba rociando sus almas, en un grato y fervoroso bautismo. Se produjo un silencio por algunos instantes, después Sóstenes continuó:

—Como nunca es aconsejable la pérdida de tiempo, porque, algunos minutos desperdiciados en la bendita labor del progreso podrán acarrear en el futuro sinsabores difícilmente reparables, iniciaremos hoy mismo medidas favorables a vosotros. Seréis nuevamente divididos en grupos homogéneos de diez individuos, continuando separados, como en el Hospital, las damas de los caballeros. Solamente durante las clases o en días fijados para reuniones recreativas, podréis veros e intercambiar ideas. Eso sucede porque traéis aún restos penosos de la materia, inquietudes mentales perturbadoras, que conviene educar. Vuestros pensamientos deberán habituarse a la disciplina higiénica, encaminándose lo más rápidamente posible hacia las buenas expresiones del espíritu, para pensamientos cuya meta esté en la idea de Dios.

Hareís con nosotros el ejercicio mental de elevación del ser hacia el Infinito; pero para que consigáis eso será indispensable que os desprendáis de preocupaciones subalternas. La idea del sexo es una de las más incomodas trabas para las conquistas mentales. Las inclinaciones sexuales oprimen la voluntad, turban las energías del alma y entorpecen sus facultades, arrastrándola a vibraciones pesadas e inferiores, que retrasan la acción del verdadero estado de espiritualidad. Por eso, es prudente el aislamiento, mientras no progreséis lo suficiente, será un buen consejero que os llevará al olvido de que ayer fuisteis hombres y mujeres, recordándoos que, ahora, os debéis buscar preferentemente con el amor espiritual y con el sentimiento fraternal e inclinación divina, apropiada para los arrebatos del espíritu.

No obstante, entidades ya educadas en las reales afinidades del alma, y que animaron en la Tierra cuerpos femeninos, van a acompañaros tanto en la misión educativa, como en la familiar. Escogidas en nuestro cuerpo de vigilantes, serán

preceptoras que os auxiliarán en la verdadera adaptación al ambiente espiritual, que en verdad desconocéis, ya que vuestras estancias en el Más Allá han sido, hasta ahora, sólo entre las capas inferiores de lo Invisible, lo que no es la misma cosa... Ellas oirán vuestras confidencias, os consolarán con sus consejos y experiencias, cuando las fatigas o las posibles añoranzas amenacen vuestro ánimo; atenderán vuestras peticiones, transmitiéndolas a la dirección de esta Mansión, y, actuando así, mantendrán alrededor de vuestros corazones los dulces y sacrosantos sentimientos de la familia, impidiendo que les olvidéis por una larga separación, pues no podréis prescindir de estos sentimientos, como son experimentados en la Tierra, porque reencarnareis todavía muchas veces en sus escenarios, reconstituyendo hogares que no siempre supisteis apreciar, testimoniando enseñanzas que habéis de aprender en el plano espiritual, con vuestros maestros, delegados de Jesús. Desempeñarán junto a vosotros el papel de la solicitud materna y del interés y la dedicación fraterna.

Como veis, toda la ayuda que la Ley permite en vuestro caso, os será concedida por la magna Dirección de la Colonia Correccional que os recoge, cuyos estatutos, fundamentados en la doctrina excelsa del amor y de la fraternidad, tienen por ideal el educar para elevar y redimir.

Avanzad, pues, queridos amigos y hermanos, valientes y decididos, para la batalla que os concederá la libertad de las graves consecuencias que creasteis en la hora de la infeliz y temeraria inspiración.

* * *

En un salón que precedía a la sala de asambleas, encontramos a las Damas de la Vigilancia, noble corporación de legionarias que ejercían el aprendizaje sublime para las futuras tareas femeninas que experimentarían en la Tierra, y lo hacían junto a nosotros, sus hermanos sufridores carentes de consuelo. Esperaban a sus protegidos, para ser debidamente presentadas. El grupo formado desde el Hospital por Belarmino de Queiroz y Souza, Juan de Azevedo y yo, con algunos aprendices afines, portugueses y brasileños, recibió como futuros "genios buenos" a las damas que nos habían llevado a la reunión de la que saliéramos, es decir, Doris Mary y Rita de Cassia. Encantados con el acontecimiento, porque una irresistible simpatía ya impulsaba nuestros espíritus hacia ellas, confesamos commovidos la satisfacción que nos inundaba al besarles la mano que bondadosamente nos extendieron.

Sin pérdida de tiempo, fuimos encaminados al noble edificio en el que se impartían las clases de filosofía y moral, uno de los magníficos palacios situados en la hermosa avenida académica.

Cuando entramos al recinto de las aulas, una suave commoción agitó las fibras doloridas de nuestro ser. Era un salón inmenso, dispuesto en semicírculo, cuyas cómodas graderías tenían un trazado idéntico, mientras una placa luminosa de grandes dimensiones despertaba la atención del visitante, y en el centro, junto a ella, la cátedra del expositor, profesor emérito del trascendental curso que íbamos a iniciar. Notamos que no nos resultaban extraños los aparatos. Ya los habíamos visto más de una vez en los servicios del Hospital. Sin embargo este parecía perfeccionado, presentando una ligereza y dimensiones diferentes.

Suaves tonalidades blanco azuladas proyectaban en el ambiente en que entrábamos por primera vez el encanto sugestivo de los santuarios. Jamás habíamos sentido tan profundamente la insignificancia de nuestras personas como al entrar al extraño anfiteatro donde el primer detalle que despertó nuestra atención era la sublime invitación del Señor de Nazaret, escrito en caracteres fulgurantes sobre la pantalla:

“Venid a mí; todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”²⁵.

De repente el tintinear suave de una campanilla despertó nuestra atención. Apareció el maestro: –era el joven Aníbal de Silas, a quien habíamos sido presentados hacía pocos minutos. Venía seguido de dos adjuntos, Pedro y Salustio, dos adolescentes como él, delicados y atractivos, que inmediatamente iniciaron los preparativos para la magna actividad. Los pensamientos remolineaban precipitadamente por los rincones de mi conciencia, dejando que recuerdos queridos de la infancia afloraran gratamente al corazón... y me volví a ver de pequeño, conmovido y temeroso al enfrentar, por primera vez, al viejo maestro que me dio a conocer las primeras letras del alfabeto...

Los adjuntos conectaron al sillón, donde Aníbal estaba ya sentado, hilos luminosos imperceptibles, y prepararon una diadema parecida a la que vimos en la Torre, para las explicaciones de Agenor Peñalva. El silencio era religioso. Se percibía una gran homogeneidad en la asamblea, pues se imponía la armonía, creando un bienestar indefinible a todos nosotros. Sufridores, excitados, afligidos, angustiados, aplacamos las quejas y preocupaciones personales, aguardando la secuencia del momento.

Sobre el estrado se presentaron seis iniciados más. Se sentaron en cojines dispuestos en semicírculo, mientras Aníbal se conservaba en el centro y Pedro y Salustio se distanciaban.

²⁵ Mateo, 11:28,29, y 30.

Aníbal se levantó. Parecía que besos maternales rociaban nuestras almas densas. Nuevas ansias de esperanza susurraban misteriosamente a nuestros corazones obstruidos por la larga desesperación, y emitimos suspiros de alivio, que hicieron descender nuestra opresión. Oímos sonidos lejanos y armonías de conmovedoras melodías, como un himno sacro, que predispusieron a nuestros espíritus, alejando del ambiente cualquier resquicio de preocupación subalterna que aún permaneciese en el aire. Instintivamente nos vimos presa de un profundo y singular respeto, que llegaba realmente a una impresión de temor. Escalofríos desconocidos rozaban nuestras fibras psíquicas, calentándolas dulcemente, mientras que un extraño rocío de lágrimas refrescaba nuestras pupilas ardientes por el llanto inflamado de la desgracia. Era evidente que, a través de los sonidos de aquel himno admirable nos llegaban ondas magnéticas preparativas, que unificaba nuestras mentes a los balanceos de acordes irresistibles, haciéndonos vibrar convenientemente, en un agradable estado de concentración de pensamientos y voluntades.

En medio de un gran silencio, en el que no nos distraímos siquiera con las molestias de los males que nos afectaban, la voz de Aníbal, grave y cariñosa a un solo tiempo, esparció por la sala una tierna invitación:

—¡Vamos a orar, hermanos! Antes de intentar nada para fines elevados, tenemos el honroso deber de presentarnos a Dios Altísimo a través de las fuerzas mentales de nuestro espíritu, homenajeándole con nuestros respetos para que solicitemos Su bendición divina...

Las pupilas encendidas, con el fulgor de la inteligencia, entraron en lo más íntimo de nuestros corazones, como si levantasen de las sombras interiores de nuestro ser el conjunto de nuestros pensamientos, con la intención de iluminarles. Tuvimos la impresión de que aquella mirada chispeante era una antorcha viva que iluminaba nuestras almas temerosas y abatidas, una a una, y bajamos la cabeza, amedrentados ante la fuerza psíquica superior que entraba en lo más recóndito de nuestras almas.

Bondadoso, prosiguió, como en un agradable preludio:

La oración, queridos hermanos, será el vigoroso baluarte capaz de mantener serenos vuestros pensamientos ante las tormentas de las experiencias y renovaciones indispensables para el progreso que haréis. Aprendiendo a elevar la mente al infinito, en las suaves y sencillas expresiones de una oración sincera e inteligente, estaréis en posesión de la llave dorada que promoverá el secreto de una buena inspiración. Orando, y presentándoos, confiados y respetuosos, ante el Padre Supremo, es un deber de cada uno de nosotros, de Él recibiréis la bendita influencia de fuerzas desconocidas, que os capacitarán para las luchas en las realizaciones diarias, propias de aquellos que desean avanzar por el camino del progreso y de la luz. Impulsados por la oración bien sentida y comprendida, aprenderéis, progresi-

vamente, a sumergir el pensamiento en las regiones acariciadas por las claridades celestes, y volveréis esclarecidos para el desempeño de las tareas más difíciles.

Con la intención de iniciarios en ese camino provechoso os convido a extender el pensamiento por el infinito, acompañando al mío... No importa que el ardiente recuerdo de los delitos cometidos en el pasado os pese en las conciencias, ni que, a causa de ello, tengáis dificultades de expansión que parezcan impedir el necesario desprendimiento. Lo que es preciso, lo que es urgente e impostergable es querer iniciar el intento, y entonces os arrojareis, reanimados por el más vivo coraje que podáis extraer de lo profundo del ser, para el camino por los compensadores canales de la oración... porque, sin que os preparéis en este curso iniciático de unión mental con los planos superiores, ¿cómo podéis entrar en ellos para vuestra renovación?

Y Aníbal oró, atrayendo nuestros pensamientos hacia aquellas vías suaves, distribuidoras de los bálsamos consoladores, de las fuerzas renovadoras. A medida que oraba, una banda fosforescente, de radiación entre blanca y azulada, se extendía sobre él, y, abarcando a la asistencia, nos envolvía a todos como un beso maravilloso de bendiciones. El himno acompañaba dulcemente, sin estrépito, las palabras ungidas de fe, que Aníbal profería... y dulcísimas impresiones suavizaban las contusiones todavía doloridas del pasado...

Aníbal de Silas se sentó en el centro del semicírculo formado por los seis iniciados que le acompañaban. Pedro y Salustio le colocaron en la frente la diadema de luz, conectándola a una pantalla a través de los hilos plateados que citamos. Un minuto grave de recogimiento y fijación mental predominó entre el grupo de maestros que veíamos en acción, concentrando y armonizando sus voluntades. Aníbal inició la explicación de esa importante clase.

Por la magnitud de lo que pasó, no sólo en aquel día, sino en los siguientes, durante esas clases inolvidables, por la inmensa influencia que ejerció sobre nuestro destino, nuestro desarrollo moral y mental y la importancia del método pedagógico, absolutamente inédito para nosotros, dedicaremos un capítulo especial para su exposición, conscientes de que, a pesar del esfuerzo y de la buena voluntad que empleemos, lo que presentemos al lector será un pálido reflejo de lo que presenciamos.

CAPITULO II

“VENID A MI”

Aníbal comenzó comentando la urgencia de que cada uno de nosotros y de la humanidad entera, bien del plano físico o del invisible inferior e intermediario, se reeducase bajo la orientación de las fecundas normas cristianas. Afirmó, en un análisis sucinto, contrariando las ideas que muchos de nosotros abrigábamos, que no existían ni misticismo supersticioso ni hechos milagrosos y anormales en la epopeya magnífica del cristianismo, epopeya que no se limitaba del pesebre de Belén al drama del Calvario, sino que se extendía de las Esferas de Luz a las sombras de la Tierra, perennemente, en sucesos patéticos, positivos y sublimes, que sólo la ceguera de la ignorancia deja de apreciar debidamente. Al contrario de eso, el cristianismo, doctrina universal cuyo origen se fija en las propias Leyes Sempiternas, poseía bases prácticas por excelencia, teniendo por finalidad la recuperación moral del hombre para sí mismo y la sociedad en que sea llamado a vivir en su larga caminata evolutiva, con vistas al engrandecimiento de la humanidad ante las Leyes Sabias del Creador.

Recordó que los hombres terrenos habían proyectado sombras sobre las enseñanzas del Excelso maestro, envolviéndolas en complejos calamitosos, al empañar el brillo de la esencia primitiva con innovaciones y adornos propios de la inferioridad personal de cada uno, desfigurando, de ese modo, la verdad de que son, las mismas enseñanzas, el exponente máximo. Afirmó con vehemencia impresionante, de la que no juzgaríamos capaz a un adolescente, que sólo los magnos y altruistas conocimientos de las doctrinas educativas expuestas por el excelso catedrático Jesús de Nazaret nos permitirían a nosotros y a la humanidad, la ocasión para la imprescindible rehabilitación, preparándonos para la adquisición de una nueva y elevada moral, para acciones capaces de hacer surgir en nuestros corazones amplios horizontes de resurgimiento personal y colectivo, de un progreso legítimo, en la escala de ascensión para la vida abundante de la inmortalidad.

Que por, doctos, sabios o genios que fuésemos, de nada nos serviría todo eso si ignorásemos las normas de la moral del Cristo de Dios, en cuya aplicación reside la gloria de la felicidad eterna, ya que sabiduría sin amor y sin fraternidad tiene sus ficticias glorias sólo en el seno de las sociedades terrenas...

Nos comentó que su primera clase consistiría en presentarnos a nosotros, sus discípulos, su persona. Que sería necesario que le conociésemos íntimamente, para que su ejemplo nos estimulase en la senda espinosa en la que deberíamos solventar grandes deudas, porque siempre es pedagógico que el mentor presente sus propios

ejemplos a los alumnos, y también para que aprendiésemos a amarle, a confiar en él, convirtiéndonos en sus amigos y considerándole lo bastante digno de ser oído y acatado. Que pudiésemos, en un primer análisis, observar en él mismo los efectos de un carácter reedificado por el amor del buen Pastor, redimido a través de los preceptos que deberíamos, a nuestra vez, conocer para levantarnos de las sombras de la impiedad en la que yacíamos, pues la verdad era que desconocíamos totalmente el cristianismo legado por el Maestro nazareno, no éramos cristianos, sino adversarios de Cristo, ovejas rebeldes que, en verdad, no conocían a su Pastor.

Entonces, el joven Aníbal nos contó su vida. No sólo la última existencia, en tierras de Italia durante los azarosos días de la Edad Media, sino las vidas pasadas terrestres en la evolución que le correspondió, sus deslices como espíritu en marcha, las luchas por la redención, los sacrificios y las lágrimas de las reparaciones, los impulsos hacia el bien, las incansables labores que le aportaron méritos en las inspiraciones del verdadero arrepentimiento por el tiempo perdido, trabajos siempre crecientes, cada vez más duros, como también el aprendizaje realizado durante la erráticaidad, las tareas y misiones en el plano Astral y en el físico, para probar la eficiencia de los progresos adquiridos, su devoción a Jesús Nazareno, a quien se unió por los ardores de una pasión que nada más podría ensombrecer o enfriar.

Oíamos las palabras de Aníbal traducidas en imágenes y escenas que se reflejaban en la singular pantalla que estaba a su lado. Mientras hablaba, la realidad de sus transmigraciones terrestres y espirituales se reproducían, allí, con tal nitidez, que creíamos participar con él a través de las edades resucitadas de la reserva secreta de sus pensamientos, pues la elevada sugestión ejercida sobre nosotros dominaba nuestras facultades, ligándolas a la voluntad del mentor y de sus compañeros allí presentes, y llevándonos a olvidar que no pasábamos de meros alumnos que recibían la introducción a la primera clase. Mucho más real, completo y sugestivo que el cinematógrafo de nuestros días y más convincente que las escenas teatrales que tanto absorben y arrebatan al espectador, porque era la vida en sí misma, natural, humana, realmente vivida, el examen retrospectivo del pensamiento de Aníbal fue pasando gradualmente por la pantalla mientras ni siquiera de él nos acordábamos, pues no le distinguíamos, sino los hechos conmovedores que se imprimían en nuestras mentes como estímulos para futuras acciones. Cuando cesó el dramático desfile, el bello instructor adolescente aparecía en nuestro entendimiento como un ser amado de quien nunca más queríamos apartarnos. Fue, por así decirlo, una participación completa de nuestras almas con la suya lo que se produjo a través de las exposiciones realizadas, porque, nos impulsaba hacia él la más viva atracción afectiva, correspondiendo, de esta forma, nuestros sentimientos a sus nobles y fraternales deseos.

No obstante, observando nuestra confusión, pues todavía no teníamos conocimientos suficientes para entender perfectamente la clase, el profesor dijo, terminando los trabajos del día:

—Queridos discípulos, las escenas que acabáis de ver, en esta pantalla reproductora, que es un espejo singular, desconocido para vosotros, donde dejé que se reflejase mi propia alma, fueron mis recuerdos, despiertos intactos, vivos, de los rincones supremos de la conciencia.

Todos los hijos del Altísimo, al vivir las existencias planetarias y espirituales, las imprimen en los archivos del alma, en las capas profundas de la conciencia, toda la gran epopeya de las trayectorias vividas, las acciones, las obras y hasta los pensamientos que conciben. Su larga y tumultuosa historia se encuentra grabada, como la historia del globo, donde ya vivimos, está archivada en las capas geológicas y eternamente reproducida, fotografiada, igualmente archivada, en las ondas luminosas del éter, a través del infinito del tiempo.

A su vez el periespíritu, el envoltorio que tenemos actualmente, como espíritus libres del cuerpo físico, aparato delicadísimo y fiel, cuya maravillosa constitución todavía no podéis comprender, registra, con nitidez idéntica, los mismos depósitos que la conciencia almacenó a través del tiempo, los archiva en sus arcanos, los refleja o expande conforme a la necesidad del momento —tal como lo hice ahora—, bastando para eso la acción de la voluntad educada.

Si tuvieseis educadas las facultades de vuestra alma, si, habiendo ido a las universidades, en la Tierra y esclareciendo inteligencias como hombres que fuisteis, hubieseis cultivado igualmente los preciosos dones del espíritu, conquistando los sublimes conocimientos de las Ciencias Psíquicas, además de no haber existido en vosotros la derrota producida por el suicidio, por haber estado en planos superiores a los de las pasiones y locuras que provocan este lamentable acto, ahora estaríais a la altura de comprender mis expresiones mentales sin la ayuda material, por así decirlo, de este aparato que fotografió y animó mis pensamientos y recuerdos, reproduciéndoles, para vosotros, tal como están archivados en los libros secretos de mi espíritu.

Es una operación delicada la que acabáis de ver. Exige sacrificio por parte de quien lo realiza. Mis hermanos de ideal aquí presentes y mis discípulos proporcionaron los fluidos magnéticos necesarios para corporificar las imágenes y la reproducción de los sonidos, para que mi esfuerzo no fuese excesivo, y envueltos en un ambiente dominado por ondas especiales, de un magnetismo superior, que es nuestro principal elemento, vosotros mismos os sugestionasteis en la convicción de vivir conmigo mis vidas, cuando la verdad es que sólo asistíais al desarrollo del pasado depositado en mi ser...

Os comunico que no tardaréis en sufrir las mismas experiencias, extrayendo de vosotros mismos el pasado que aun duerme, porque mantenéis, embrutecidas por las repercusiones de vuestro estado de suicidas, dones del alma que en las entidades normales despiertan con facilidad al ingresar en la espiritualidad... sin embargo, no es mi misión el orientaros en este riguroso examen retrospectivo...

El conocimiento que adquiristeis con el hecho que habéis presenciado es normal en los planos de la espiritualidad, aunque vulgarísimo y un día enriquecerá las adquisiciones intelectuales y científicas de la Tierra, para galardón de los hombres, a través de la Ciencia Psíquica Transcendental. Hasta ese momento, tendrá el hombre que moralizarse y desarrollar facultades preciosas del espíritu, que, hasta el momento, ignora poseer, para, sólo entonces, hacerse digno de tan sublime adquisición, para que no se sirva de un don de naturaleza divina como instrumento de crímenes y pasiones subalternas, como ha sucedido con otros valores sagrados que hasta hoy ha recibido.

En la propia Tierra, ese don, cuyo valor inestimable todavía es desconocido para las inteligencias vulgares, fue ejercido para las altas finalidades de la educación de las primeras masas que se hicieron cristianos. Sería difícil hacer comprender el sublime alcance del Evangelio del Reino a criaturas simples y analfabetas, sólo con el ardor de la oratoria y la magia de la palabra. El Nazareno, compasivo y amoroso, señor de poderes psíquicos incalculables para nosotros, donó la mayor fuerza mental que podamos concebir, y al exponer sus hermosas lecciones creaba escenas y las corporificaba, dando a los oyentes maravillados el esplendor de visiones interiores, que su pensamiento fecundo y poderoso no se cansaba de distribuir.

Es cierto, sin embargo, que no todos aquellos que le oían estaban a la altura de comprenderle. Incluso entre los escogidos para auxiliarle en el ministerio redentor hubo quien no le comprendió. Pero los otros, para quienes Él representaba la luz incorruptible de la Verdad, los humildes, los sufridores sedientos de justicia y esperanza, los de buena voluntad, destituidos de vanidad, en quienes el egoísmo no hacía mella, vibrando más o menos en armonía con Él, seguían las ondas creadoras de Su pensamiento luminoso y absorbían Sus enseñanzas exemplificadas de todas formas. Sus discípulos, del mismo modo, al hablar de Él, inconscientemente proyectaban recuerdos y pensamientos que, recogidos por los cooperadores espirituales encargados de asistirles, eran inmediatamente corporificados, en sugerencias poderosas, para la visión del oyente sincero y de buena voluntad, que pasaba de oír una narración a visualizarla, y la veía como si estuviese presente en los hechos sublimes del inolvidable Maestro.

De la misma forma, queridos discípulos, daremos nuestras lecciones sobre la doctrina legada por el Divino Instructor, pues la dirección de esta Colonia tuvo la muy acertada inspiración de adoptar este método para la instrucción de sus internos, ya que con él es imposible que existan interpretaciones personales, conceptos erróneos, argumentos o interpolaciones.

A partir de aquel día asistíamos periódicamente a las clases de Aníbal, iniciada ya definitivamente, nuestra preparación moral a la luz de las doctrinas superiores expuestas por la maravillosa palabra del Divino Mesías.

El catedrático explicó, al principio, las causas de la venida de Jesús a la Tierra. Un arrebatador desfile de civilizaciones pasó, gradualmente, por la mágica pantalla, mostrando a nuestras mentes sorprendidas la más fecunda exposición de las necesidades humanas, muchas de las cuales jamás habíamos tenido ocasión de percibir. Sin la palabra mesiánica las sociedades terrenas, nos parecieron, como bien lo conceptuaba Aníbal de Silas, un mundo sin la tibia luz de un globo solar, un corazón vacío de la fuerza impulsora de la esperanza. El maestro hablaba y sus historias, sus exposiciones magistrales, sus ejemplos más que convincentes, irresistibles, y su palabra entusiasta y ardiente arrancaban del torbellino polvoriento de los siglos muertos, de las edades desaparecidas y hasta de los momentos contemporáneos, imágenes y escenas, motivos reales, ejemplos colectivos o individuales, que, bajo el calor magnético de su superior voluntad, asociada a la de sus compañeros, se humanizaban delante de nosotros, llevándonos a examinarles y estudiarles bajo el criterio explicativo de sus orientaciones.

Iniciamos entonces un curso superior y atractivo de filosofía y análisis comparado. Y era conmovedor, bello e impresionante, resucitar del silencio de los siglos con nuestro instructor la existencia de las sociedades que se sucedieron en los tiempos, sus costumbres, sus caídas, su heroísmo, sus victorias... Ante nuestro entendimiento se presentó la vida de la humanidad desde los orígenes, ofreciéndonos el más bello estudio que pudiésemos concebir, la más fecunda explicación que nuestras mentes serían capaces de abarcar, porque la historia magnífica del crecimiento de las sociedades que lucharon sobre la costra del planeta, de los grupos que iniciaron allí su propio desarrollo moral y mental, que nacieron y renacieron muchas veces y después se fueron, alcanzando ciclos mejores en otras moradas del universo, y dando lugar, de esta manera, a otros grupos y humanidades, sus hermanas, que, a su vez, lucharían también, a través de los renacimientos, trabajando continuamente en busca del mismo progreso, enamoradas del mismo objetivo: la perfección.

Al realizar estas observaciones, eran tantas las desgracias que descubríamos para estudiar, los sufrimientos, las apremiantes situaciones, los problemas indefinidos, los complejos engendrados por el egoísmo con sus múltiples modos apasionados, tan grandes las luchas de la humanidad ignorante de su propia finalidad, que era imposible permanecer indiferentes como un frío observador que estudia sólo el cadáver. Formando parte de esa sociedad terrena, de esa humanidad desgraciada, impía y sufridora que desconoce a Dios por preferir sus pasiones, éramos solidarios con sus mismos infortunios, puesto que también eran nuestros, y una pesada angustia se infiltraba en nuestro espíritu, despertando ansias inexpresables, estados mentales y alucinatorios inconcebibles al pensamiento humano, como un deseo sacro-santo de algo que nos liberase de las tinieblas en las que nos sentíamos inmersos...

Hasta que, en una clase, un día ameno en el que palpitaban en nuestro interior un vago deseo de esperanza, de promesas benditas que entonasen aleluyas por nuestro ser, Aníbal nos presentó la figura inconfundible e inolvidable del Dulce Rabí de Galilea, a través del recuerdo reproducido en la pantalla magnética con el colorido vivo y seductor de la realidad. Entonces, se desarrolló magistralmente la epopeya augusta del cristianismo, desde el pesebre humilde de Belén transformada en cuna celeste, en estudios fecundos para nuestro entendimiento, que comenzó a deletrear, sólo entonces, la palabra sacrosanta de la redención.

Las escenas descritas por el profesor, que tan bien había conocido la época de la venida de la Buena Nueva del reino de Dios, mostraban circunstancialmente, con claridad impresionante, las predicaciones inolvidables del Divino mensajero, los discursos sugestivos, animados por el vivo colorido de los cuadros citados, las lecciones resplandecientes de la más elevada y pura moral, lanzadas a los aires de la humilde y oprimida Judea, pero resonando por los rincones más lejanos del mundo como una invitación amistosa y perenne a la regeneración de las costumbres para el reinado del verdadero bien, invocaciones amorosas de confraternización personal y social, para la concreción de una patria ideal en la Tierra, cuyas normas de gobierno Él ofrecía a través de su oratoria impecable, de su ejemplo en la vida práctica sin precedentes, así como en el brillo inmortal de aquella Doctrina cuyo objetivo era la educación moral del hombre, cuya finalidad era su exaltación hacia la gloria de la vida sin ocasos y de la vida eterna en la unidad con Dios.

La imagen seductora del enviado celeste se grabó, por así decirlo, también en nuestras mentes, en trazos cautivadores e indelebles, convirtiendo a cada uno de nuestros corazones en un sincero enamorado del cristianismo, predisuestos a adquisiciones morales bajo sus benéficas inspiraciones, pues, mientras Aníbal narraba hechos, recordando pasajes enternecedores, mientras su palabra vibraba en ondas sonoras de comentarios fértiles, extrayendo esencias de enseñanzas capitales para nuestra iluminación, veíamos los escenarios que servían a la acción grandiosa del Gran Maestro, al mismo tiempo que su figura inconfundible dominaba la expresión, ejerciendo el apostolado sublime.

Teníamos la impresión convincente de oírle en el Sermón de la Montaña, mientras la brisa perfumada que venía dulcemente de la cumbre de la colina hacía ondear su manto y sus cabellos... Otra vez, era a las márgenes del Tiberiades, era en Genesarét, por las ciudades de Judea o por las aldeas pobres de Galilea, como si le siguiésemos también, formando parte de aquella masa de pueblo ávido de sus palabras consoladoras, de sus dulcísimos favores...

Y por todas partes: en conversaciones con partidarios, amigos o discípulos; en el Templo, explicando a los intérpretes de la ley de la época las reglas doradas de la buena nueva que traía, o curando, favoreciendo, protegiendo, consolando, exaltando, educando, enseñando, redimiendo, Aníbal nos llevaba a oírle y a aprender, con

Él mismo, los caminos para nuestra urgente rehabilitación. Lo hacía pacientemente, tejiendo comentarios como un profesor celoso de la claridad de las tesis expuestas, para la buena comprensión de los alumnos...

Fuimos informados de que no sólo la Tierra recibió el premio de la buena nueva, a través de su palabra de bondad y redención, sino también el Astral inferior fue visitado por su presencia, ya que Él tenía suficiente poder para presentarse en cualquier lugar, haciéndose visible como quería, y ya que se trataba de un lugar donde los infortunios y las calamidades de orden moral son, indudablemente, más intensos y profundos que los del planeta, allí también comparecía, convirtiendo espíritus que permanecían hacía siglos en las tinieblas de la ignorancia o en el pozo del ostracismo, tal como en la Tierra convertía hombres, extendiendo a todos su mano fraterna y redentora.

Igualmente nos decía que el mundo terrestre desconoce gran parte de las enseñanzas traídas por Él, puesto que, fueron destruidos muchos aspectos, verdaderamente importantes, de la verdad divina expuesta por Él, que fueron rechazados por la mala fe o por la ignorancia presuntuosa de los hombres. Pero llegaría el momento en que su doctrina grandiosa sería debidamente situada para el conocimiento de todas las sociedades. Para eso, la Tercera Revelación de Dios a los hombres había sido ya ofrecida a la humanidad en nombre del Redentor... y nosotros mismos, que éramos espíritus, estábamos invitados a colaborar con ese movimiento dirigido por el Maestro, intentando hablar con los hombres para revelarles todas estas cosas, porque la llamada Tercera Revelación no era más que un intercambio ostensivo y minucioso, de ideas entre los espíritus y la humanidad, subordinado a los dictámenes tanto de la ciencia universal como de la moral excelente del propio Cristo de Dios.

Después, al terminar el drama del Calvario, conocimos las ardientes luchas de los discípulos por la difusión del testamento regenerador del Maestro, el martirio de los humildes y abnegados cristianos, inspirados siempre por la fuerza inmanente de la fe... y la reforma consiguiente de los individuos que se sometían a aquellos principios regeneradores y educativos. Estudiamos, analizamos e investigamos todo cuanto era posible a nuestra mentalidad admitir respecto a la doctrina de Jesús Nazareno. Muchos tomos complejos y delicados necesitaríamos escribir para poder dar cuenta al lector de la profundidad y extensión de esa incomparable doctrina que tiene origen el propio pensamiento divino, y que, siendo la misma Ley establecida por el Creador de todas las cosas, un día envolverá con su brillo inmortal a todos los sectores de las sociedades terrestres y espirituales.

Nos sentíamos atraídos y arrebatados. Sólo entonces comprendimos la razón de la súbita transformación de María Magdalena, tan seductoramente señalada en el Evangelio del Señor; de Saulo de Tarso, persona escogida por el Mesías Celeste; y lo que antes nos parecía un mito o leyendas fabulosas de místicos orientales, se

agrandó en nuestro entendimiento como un hecho lógico e irresistible, que no podría dejar de existir tal como se dio y las tradiciones narraron.

Presentado a nuestra comprensión de esta forma, naturalmente, con sencillez, sin los adornos de los misterios con que los hombres se obstinan en ofuscar su grandeza, el Enviado celeste se impuso a nuestra convicción realmente como el Maestro por excelencia, el guía incomparable, dedicado al superior ideal de la regeneración humana a través del amor, de la justicia y del trabajo. Le comprendimos y amamos lo necesario para abastecernos de fe y de la esperanza, cualidades indispensables al espíritu en marcha hacia el progreso, que, hacía siglos, nos faltaban en el patrimonio de nuestros corazones.

Ese admirable curso requirió nuestra buena voluntad y esfuerzo, y de la abnegación de nuestro preceptor espiritual, así como largos años de dedicación y estudios incansables, de ejemplos y práctica, ya que la doctrina mesiánica es práctica por excelencia, confirmándose invariablemente a través de la vida cotidiana de cada adepto. Era la iniciación cristiana rigurosamente administrada, para no dejarnos motivos ni ocasiones para futuros deslices en los campos de la moral.

Pero el camino parecía extremadamente largo y duro para muchos de nuestros compañeros, que se dejaban vencer ante la labor espinosa y constante, que era imprescindible desarrollar todavía. Habíamos llegado a una época de nuestra existencia de espíritus en la que ya no era posible parar, aplastados bajo los engranajes del desánimo. Reaccionábamos contra las amenazas de la debilidad, de la angustia que nos rondaba, comprendiendo que debíamos seguir a pesar de las infinitas luchas que nos esperaban en el porvenir, mientras que la protectora voz de la conciencia nos advertía que, con el profesor magnífico de Nazaret, tendríamos los recursos necesarios para la jornada que se presentaba ante nuestro entendimiento de delincuentes arrepentidos: "Venid a mí, los que sufrís, y yo os aliviaré..."

Atendíamos a la dulce e irresistible llamada y avanzábamos... y seguíamos... Jesucristo, Divino Redentor de las almas frágiles y rebeldes cumplía la promesa: nos atraía con sus enseñanzas sublimes, nos acogía en su redil y nos convencía a perseverar en sus consejos, probándonos todos los días, a través de la transformación milagrosa que se operaba en nuestro ser y su caritativo interés en desviarnos de la desgracia para encaminarnos a la redención.

Impresionados por este curso atractivo, que tanto alivio nos proporcionaba, olvidábamos los dramas penosos, el desequilibrio de las pasiones que nos habían llevado a la desgracia, olvidábamos la Tierra y sólo nos acordábamos de ella gracias a otros estudios que recibíamos de forma alternativa, para una preparación más eficiente, pues, como ya hemos citado, teníamos clases prácticas, donde afianzábamos el aprendizaje teórico, antes de que las pruebas reales en una nueva encarnación terrestre nos diesen la palma de la rehabilitación.

No era raro recibir la visita, durante las clases, de otros antiguos maestros de iniciación, que, presentados por nuestro catedrático, exploraban conceptos y apreciaciones respecto a las doctrinas y normas cristianas, con un ardor impresionante y sublime. Obteníamos nuevos motivos para nuestra instrucción, ni menos bellos ni agradables de lo que los que diariamente nos exponían. Vivíamos como reclusos, bien cierto, no había permiso para salir de la Colonia a no ser en grupos escoltados, en los grupos de aprendices, pero también no era menos verdadero que vivíamos rodeados de una asistencia selecta, en el ámbito social de una pléyade de educadores e intelectuales cuya elevación de principios sobrepasaba todo cuanto podríamos concebir. Comprendíamos que esa reclusión era una dádiva magnánima para ayudarnos a progresar, y nos resignábamos a ella con paciencia y buena voluntad.

Diariamente, al atardecer, podíamos descansar en el gran parque de la universidad. Nos reuníamos en grupos homogéneos y conversábamos sobre nuestras vidas y la situación presente. Nuestras buenas preceptoras, las vigilantes de cada grupo, generalmente tomaban parte en esos descansos, y también nuestras hermanas de los Departamentos Femeninos, lo que nos permitió ampliar mucho nuestras relaciones de amistad. Era difícil, después de diez años de internado en el Instituto de Ciudad Esperanza, reconocer en nosotros las figuras enfurecidas y trágicas del Valle Siniestro, aquellos seres reproduciendo a cada instante el acto maléfico del suicidio y sus satánicas impresiones. Sosegados por la esperanza y aliviados por la magia envolvente del amor de Jesús, bajo la inspiración de cuyas enseñanzas ensayábamos un nuevo vuelo, éramos entidades que podrían ser consideradas normales, si no fuera por la conciencia que teníamos de nuestra propia inferioridad de tránsfugas del deber, lo que mucho nos afligía y avergonzaba, considerándonos indignos nosotros mismos y no mercedores del auxilio del que nos rodeaba.

Las solemnidades del Ángelus nos encontraban, frecuentemente en el parque. Se acentuaba la penumbra en nuestra ciudad y la nostalgia dominaba nuestros sentimientos. Del Templo, situado en la Mansión de la Armonía, donde iban con frecuencia los directores y educadores de la Colonia, partía la invitación a los homenajes que, debíamos prestar a la Protectora de la Legión a la que pertenecíamos todos: María de Nazaret.

En ese momento, por los rincones más sombríos de la Colonia resonaban dulces acordes y melodías, entonadas por las vigilantes. Era el momento en que la Dirección General daba gracias al Eterno por los favores concedidos a cuantos vivían bajo el abrigo generoso de aquel lugar, bendiciendo la solicitud incansable del Buen Pastor en torno de las ovejas rebeldes, tuteladas de la Legión de su Madre amorosa y piadosa. Y era cuando bajaban órdenes de lo Más Alto, orientando los intensos servicios que se efectuaban bajo la responsabilidad de los dedicados siervos de la Legión. Sin embargo, no nos obligaban a orar. Lo hacíamos sólo si queríamos. Sin embargo, jamás tuvimos conocimiento de que algún aprendiz o

interno se negase a agradecer al Nazareno o a su buenísima Madre, entre lágrimas de sincera gratitud, los favores recibidos de su inapreciable amparo.

La ternura de aquella oración, tan sencilla como excelsa, despertaba en nuestras mentes los más tiernos recuerdos de la existencia: volvíamos a ver, los dulces y añorados días de la infancia, las figuras cariñosas de nuestras madres enseñándonos el dulce homenaje del Arcángel a la Virgen de Nazaret, y las palabras inolvidables de Gabriel, ungidas de veneración y respeto, repercutían en las profundidades de nuestro “yo” impregnadas del añorado sabor del desvelo materno que, en la vida planetaria, jamás supimos debidamente considerar. ¡Llorábamos!

Y rodeaban a nuestro ser agudas añoranzas familiares y de la cuna natal, del hogar que habíamos menospreciado y enlutado, de los entes queridos y amigos a los que herimos con la deserción de la vida, predisponiéndonos a un gran pesar en nuestros sentimientos, como nuevas fases de remordimientos dolorosos. Entonces orábamos, allí mismo, en la tranquilidad del parque o recogidos en un lugar determinado, orábamos sintiendo cada día un benéfico aliento vivificando nuestras almas, como si misericordiosos bálsamos refrescasen nuestras conciencias de los excesivos ardores que habían rasgado nuestro ser las garras infames del suicidio que nos había deprimido y desgraciado ante nosotros mismos. Y, mezclado con el consuelo, súbitamente se agrandaba la necesidad imperiosa de hacernos dignos de esa misericordia que nos amparaba tanto: la necesidad de los testimonios que probasen a Dios nuestro inmenso pesar por reconocernos graves infractores de sus magníficas leyes.

CAPITULO III

¡HOMBRE, CONÓCETE A TI MISMO!

Asistimos a otros cursos, no menos importantes para nuestra reeducación, alternándoles con el de moral establecida por el insigne Maestro Nazareno. Uno de ellos trataba de la ciencia universal, cuyos rudimentos nos dieron a conocer, dos años después de iniciados en el curso de Moral Cristiana, a través de estudios profundos, análisis tan penosos como sublimes. Y en estos análisis se incluía la necesidad de estudiarnos a nosotros mismos, aprendiendo a conocernos íntimamente. Se efectuaban exámenes personales delicados con detalles penosos para nuestro orgullo y vanidad, pasiones dañinas que nos habían ayudado en la caída hacia el abismo, al mismo tiempo que, siendo las clases mixtas, adquiríamos la doble enseñanza de analizar también el carácter, la conciencia, el alma, en fin, de nuestros hermanos y hermanas de infortunio, lo que nos proporcionaba un valioso conocimiento del alma humana.

El profesor de esa cátedra magnífica era el venerable Epaminondas de Vigo, espíritu cuya rigidez de costumbres, virtudes inatacables y energía inquebrantable, nos infundían más que respeto, una verdadera impresión de pavor. En su presencia nos sentíamos, desnudos de cualquier disfraz o atenuante que nos pudiese justificar, el peso vergonzoso de la inferioridad que nos marcaba, el oprobio de la incómoda situación de responsables por delitos degradantes, pues inundaba nuestra mente la convicción de que no pasábamos de ser rebeldes cuya insensatez obligaba a los trabajadores abnegados del Mundo Espiritual a sacrificios permanentes para conseguir elevarnos de las tinieblas en las que nos habíamos precipitado. La vergüenza que sentían nuestros espíritus en presencia de Epaminondas era un suplicio nuevo e inesperado, de naturaleza absolutamente moral, pero superlativa, que se presentaba en esta segunda fase de nuestra situación de suicidas en preparación de futuras realizaciones reparadoras.

El instructor nos ayudaba a hojear la propia conciencia, llevándola a abrirse hasta los recuerdos remotos de nuestras vidas pasadas. Cuando preguntaba a nuestra alma, penetrándola con la mirada centelleante de fuerzas psíquicas que eran como baterías de irresistibles energías, los estremecimientos sacudían lo más íntimo de nuestro ser, mientras alucinaban nuestros sentidos, acometiéndonos deseos de fuga precipitada, que nos librarse de su presencia y de la nuestra propia.

Mientras Aníbal de Silas, con la ternura consoladora del Evangelio, encendía en nuestro seno antorchas benéficas de confianza en el porvenir, aclarando nuestras vidas con las benditas posibilidades de redención, Epaminondas arrancaba lágrimas

de nuestros corazones, renovaba angustias al obligarnos a estudiar en el inmenso libro del alma, arrastrándonos a estados de sufrimientos cuya intensidad y aterradora complejidad, absolutamente inconcebible a la mente humana, nos hacían alcanzar los límites de la locura.

Por esa razón le temíamos, y éramos dominados por el temor y una angustia irreprimible al subir, diariamente, las escaleras de la academia para aprender con él los principios de la terrible disciplina exigida igualmente a los antiguos iniciados de las Escuelas de Filosofía y Ciencias de Egipto y de la India: el reconocimiento de la inferioridad personal para el método de la elevación moral por la autoeducación.

Pero esas clases eran tan necesarias para nuestro desarrollo psíquico como las de Aníbal. Eran realmente su continuación, como pasaremos a exponer más adelante.

Había, todavía, un tercer curso, donde se resumía la aplicación, en la vida práctica, de los valores adquiridos durante los estudios y observaciones de los cursos anteriormente mencionados. Sin embargo, en vez de instruirnos para una “práctica profesional”, como se diría en lenguaje terrestre, ese tercer curso, orientado hacia la práctica de la observancia de las Leyes de la Providencia, que habíamos infringido hacia siglos, tenía por mentor al Profesor Souria Omar y se desarrollaba generalmente fuera del recinto de la Escuela, preferentemente en la superficie terrestre y en los dominios inferiores de nuestro Instituto.

Los domingos reposábamos teniendo en cuenta que éramos seres cuyas facultades espirituales poco desarrolladas y perturbadas por el traumatismo vibratorio provocado por el suicidio, no permitían trabajos continuos, como veíamos ejercer a nuestros instructores, que jamás estaban ociosos. Descansábamos, y hasta nos divertíamos, en reuniones fraternas efectuadas por las vigilantes o visitando, en viajes amistosos, otros Departamentos de la Colonia, inferiores al nuestro, volviendo a ver a viejos amigos y antiguos maestros, como Teócrito, y de esa forma, prestando solidaridad y alivio a hermanos más desdichados que nosotros, que se encontraban en aquellas dependencias conocidas.

Nunca dejábamos totalmente, como vemos, de ejercer actividades. Aprendíamos y progresábamos en conocimientos obteniendo en las citadas reuniones, nociones de Arte Clásico Transcendental, del que eran dignos exponentes no sólo nuestros maestros, sino también otros que caritativamente nos visitaban, y hasta nuestras vigilantes, que ensayaban con ellos una nueva modalidad de servir a Dios y a la Creación, o sea, utilizando lo bello, empleando la belleza.., pues conviene destacar que nuestros maestros, a pesar de ser científicos, también se revelaban como amantes de la estética, enamorados de la suprema belleza que se origina del sempiterno Artista.

Veamos, no obstante, en qué consistían las importantes y pavorosas clases del eminente preceptor Epaminondas de Vigo, que, como sabemos, fue maestro de iniciación en antiguas Escuelas de la doctrina secreta, en la India y en Egipto.

* * *

En uno de los encantadores palacios de la Avenida Académica se instalaba la Escuela de Ciencias de la Universidad del Barrio de la Esperanza.

Majestuoso y severo en sus líneas arquitectónicas, al traspasar sus umbrales nos acometía la impresión de que allí se veneraba a Dios con todas las fuerza de la razón, de la lógica y del conocimiento. Soplos de indefinibles convicciones agitaban nuestro ánimo, dándonos la intuición de nuestra propia pequeñez ante la sabiduría, mientras que fuertes emociones nos infundían un singular respeto por lo desconocido que allí encontraríamos, llevándonos a los límites del terror. Nos acordábamos entonces de Aníbal. Su recuerdo nos traía la imagen dulcísima del Maestro de Nazaret, a quien en toda la Colonia llamaban el Maestro de los maestros, el magnífico rector de la Espiritualidad. Eso nos aportaba valor y el convencimiento de que estábamos bajo su dependencia, refugiados en su redil y amados y protegidos por Él.

Idéntica en dimensiones a la sala donde se administraba la Ciencia del Evangelio, el aula tenía la diferencia de ostentar el célebre precepto griego ornamentoando en fulgores diamantinos en lo alto de la pantalla, que existía en todas las salas para la captación de las vibraciones del pensamiento: “¡Hombre! ¡Conócete a ti mismo!” antes de una no menos célebre sentencia cristiana cuya profundidad todavía revolverá el mundo terrestre y sus sociedades, una especie de autorización del verbo divino para los trabajos que se desarrollaban bajo la invocación de sus Leyes: “Nadie entrará en el reino de Dios si no renace de nuevo”.

Era evidente que los educadores que nos dirigían subordinaban sus métodos a las normas establecidas por Jesús de Nazaret, al que inequívocamente demostraban venerar como orientador y jefe del movimiento no sólo en nuestro favor, sino en el de toda la humanidad. No teníamos pues, ninguna duda que se trataba de iniciados cristianos de elevada clase moral. Y si eran filósofos, científicos, investigadores, sociólogos y pedagogos, como más tarde tuvimos ocasión de comprobar, también estaba fuera de duda que era en la sublime escuela de moral y de fraternidad establecida por el Cristo de Dios donde extraían los modelos y métodos para ejercer, entre los hombres encarnados y los espíritus en tránsito, las elevadas aptitudes que poseían.

Intrigados con todo lo que observábamos, nos acometían vértigos a veces al pensar sobre la realidad de la vida que encontrábamos en el Más Allá, cuando

habíamos creído no existir más después que la última palada de tierra ocultase nuestro cuerpo inerte de la visión humana.

Presintiendo acontecimientos importantes sobre nosotros mismos, oímos que el tintinear de una campanilla nos advertía, atrayendo nuestra atención. Un respetuoso silencio dominó el recinto. Se diría que todos los pensamientos se entrelazaban en la unión fraternal de sentimientos homogéneos, mientras ondas fluídicas de lo Más Alto bajaban en chorros de bendiciones esclarecedoras, protegiendo e inspirando los sacrosantos trabajos que se iban a realizar a continuación.

Se levantó Epaminondas de Vigo y por primera vez “oímos” su voz.

Enérgica, positiva, intrépida, imperiosa, la palabra del nuevo maestro, que había afrontado en otro tiempo el suplicio de la hoguera por amor a los elevados ideales de la Verdad, se extendió por el salón inmenso, vibrando bajo las bóvedas que nos abrigaban y reproduciéndose para siempre en la profundidad de nuestras almas, preparándonos para nuevas conquistas morales, mentales, intelectuales y espirituales.

Delgado, modesto, venerable con su larga barba, que tenía una inmaculada blancura de luminosidades trascendentes, aquel anciano que nos presentaron dos años antes, y a quien supusimos un tanto decrepito surgía ante nuestros ojos en actitud varonil, cual gigante de la oratoria, exponiendo las bases de una Doctrina Renovadora hasta entonces desconocida para nosotros, y cuyos fundamentos se asentaban en la ciencia universal.

De entrada nos explicó que debíamos recibir, en primer lugar, las enseñanzas morales expuestas en los Evangelios del Redentor, para que, al encanto de sus palabras, pudiéramos adquirir criterio suficiente para después alcanzar otros esclarecimientos que, sin conocimiento de la reeducación moral previa ofrecida por aquellos, resultarían no sólo estériles sino hasta nulos o incluso perjudiciales.

La moral divina del Maestro Jesús, saneando de algún modo nuestra mente y, por tanto, nuestro carácter, de la vileza que congestionaba nuestras facultades, había, en aquellos dos años de aplicación incansable, predisposto nuestro “yo” para recibir ahora la continuación del curso que nos capacitaría para, decisivamente, levantar nuestra moral. Por esa razón, ahora íbamos a entrar en contacto con él. Bajo su dirección haríamos un curso leve, rápido, o preparatorio, de Ciencia Universal, denominada, en los tiempos antiguos como Doctrina Secreta, que se enseñaba sólo a mentalidades muy esclarecidas y fuertes, aptas, por tanto, por las virtudes de las que diesen pruebas, de penetrar los misterios de orden divino, que se conservan ocultos a las inteligencias vulgares, ociosas o presuntuosas.

En los tiempos remotos, anteriores a la venida del Misionero Celeste, las enseñanzas secretas sólo eran dadas a individuos que, durante diez años, por lo menos, diesen las más rigurosas pruebas de sanidad moral y mental y que, en idéntico

espacio de tiempo, demostrasen, de forma inequívoca, la propia reforma interior, es decir, el dominio de las pasiones, los instintos y los deseos y emociones en general, por tener la voluntad iluminada con las santas aspiraciones del bien y los testimonios de las virtudes.

Pero, con la bajada del Maestro complaciente de las esferas de luz a las sombras de la Tierra y a las regiones astrales inferiores del mismo planeta, se popularizó la enseñanza secreta, porque su Doctrina, una vez afirmada en el corazón de la criatura, la capacita para un entendimiento más amplio en el terreno científico-psíquico. La Doctrina Mesiánica trajo a la humanidad otros esclarecimientos, rechazados por los hombres, que expresaban los valores inmortales de la ciencia psíquica.

Desde entonces, los decretos divinos habían ordenado que se diese la enseñanza secreta a todas las criaturas terrenas así como a espíritus en tránsito en las regiones astrales inferiores que circundan el Planeta, pues el Padre supremo, condolido con las amarguras humanas, provenientes de la ignorancia, deseaba que todos sus hijos fuesen iluminados por el sol de las verdades eternas. Comenzaron entonces muchas luchas insanas ante el anuncio de la Luz, con los detentores de las pasiones inferiores, una lucha dura y constante que se dilataba por casi dos mil años, y los trabajadores del Mesías habían utilizado todos los recursos posibles para instruir a los rebeldes en las Verdades Celestes, que se obstinaban en no aceptar.

Por eso mismo, habían bajado nuevos decretos de lo más alto, para ofrecer las enseñanzas de manera más ostensiva, con toda la eficacia posible, y también con la mayor claridad, no a uno o dos de buena voluntad sino a toda la humanidad y a todos los espíritus errantes que deseasen aprender, ya fuesen virtuosos o pecadores, ya que era urgente ayudar a la regeneración del género humano, al ser inminente una rigurosa selección por parte de la Providencia, entre los espíritus y los hombres pertenecientes a los núcleos terrestres, porque el planeta sufriría en breve la expulsión para mundos inferiores de los incorregibles desde hace dos mil años, para conservar en su seno sólo a los mansos y a los pacíficos ²⁶, a los de buena voluntad, y entonces establecer, no sólo en el planeta sino también en sus continentes astrales, la era de progreso soñada por el Maestro de Galilea, presidida por el socialismo fraternal establecido en los divinos códigos de su doctrina.

Por eso mismo, recibiríamos también los rudimentos de la Enseñanza Secreta, sólo rudimentos, suficientes para fortalecernos para la eficacia de la reparación que debíamos ante la Ley, pues éramos aún muy frágiles, mentes traumatizadas por la violencia del acto que se había cometido en contra de la Ley de la naturaleza y caracteres viciados por el abuso de siglos y siglos inmersos en el materialismo. La enseñanza sería gradual, de acuerdo con nuestras capacidades, por esa razón nos

²⁶ Mateo, 5:5-Bienaventurados los que son mansos. Porque ellos poseerán la Tierra.

dividían en grupos homogéneos. La Doctrina Secreta en su plenitud solo la conocían el Señor Jesús de Nazaret, que era uno con Dios Padre, y sus Arcángeles, grupos de auxiliares, o ministros, que eran unos con Él.

Esa enseñanza comenzaba en la Tierra, en parcelas diminutas para los hombres inmersos en las sombras iniciales, y ascendía en progresión sin límites hasta lo infinito del seno divino. Por eso mismo se llamaba a dicho conocimiento Ciencia Universal y que nosotros, suicidas, ínfimos ciudadanos del universo de Dios, parias de las sociedades del Astral, para quienes se hacía necesario crear siempre colonias de refugio, estábamos invitados a compartir la asamblea luminosa de la Verdad, porque había sido la falta de esas enseñanzas lo que nos llevó, de caída en caída, hasta la caída máxima a través del suicidio. Él, en nombre de Jesús Nazareno, a quien debíamos el resurgir de nuestras almas para la redención, y en el de María, su Madre, a quien debíamos el amparo recibido hasta el momento presente, nos invitaba al rigor de un ensayo para una severa iniciación, más tarde, en los misterios, pues, de nuestra buena voluntad y de nuestro valor en la aplicación del experimento presente, iban a depender nuestros futuros éxitos.

Vibrante y fecunda hasta el deslumbramiento, como puede observar el lector, esa pieza oratoria aunó nuestro sincero interés, por lo que, íntimamente, ovacionamos al catedrático al finalizar. Expresándose en portugués clásico; brillante para portugueses y brasileños, y en español claro y puro para españoles, Epaminondas de Vigo utilizaba la palabra en inflexiones suaves y melodiosas, o vibrantes y fuertes como si un himno literario, que bien podría parecer también musical, si él lo hubiese deseado, nos deleitase los oídos y la sensibilidad.

Encantados, Belarmino, Juan, los amigos brasileños Raúl y Amadeo, recién llegados al grupo, y yo, nos sentimos atraídos hacia el nuevo monitor, ansiosos por las lecciones que seguirían. Y suponemos que idénticas impresiones animaban a los demás colegas, porque percibíamos sonrisas de satisfacción y auténtico interés en los asistentes.

Mientras, el aprendizaje científico siguió su curso normal, alternándose con el que veníamos ya recibiendo, más los conocimientos prácticos a través de las clases del eminentе Souria-Omar.

El respetable anciano nos ofreció la maravilla de presenciar el nacimiento y progresión, lenta y esplendorosa, del propio globo terrestre, que conocíamos superficialmente a través de la ciencia terrestre, es decir, de la geología, la arqueología, la geografía y la topografía. El ilustre instructor descorrió el velo de los milenios para ofrecernos como un regalo descrito en escenas vivas, en actividades reales, como si hubiéramos estado allí, el nacimiento y crecimiento del planeta del sistema solar que un día nos albergaría, protegiendo nuestra ascensión hacia el infinito, ayudándonos en el perfeccionamiento del germen divino que en nosotros, hombres, como en él mismo, también palpita.

Presenciamos todo: la centella en ebullición, las tinieblas del caos, los aguaceiros y diluvios aterradores, los grandes cataclismos para la formación de los océanos y ríos, el maravilloso advenimiento de los continentes y el nacimiento de las montañas majestuosas, cadenas graníticas eternas como el propio globo, tan conocidas y amadas por aquellos que en la Tierra han hecho su ciclo de progreso: los Alpes sombríos como monarcas poderosos desafianto las edades, los Pirineos graciosos, el Himalaya y el Tíbet venerados, la Mantiqueira sombría y majestuosa ²⁷, todos, en diferentes épocas, surgieron ante nuestros ojos deslumbrados, arrancando lágrimas a nuestras almas, que se inclinaban tímidas ante tanta grandeza, belleza y majestad. Pero, antes de eso, en un continuo mágico de maravillas, la lucha de los elementos furiosos para el crecimiento del pequeño planeta del cielo, el océano conflagrado en convulsiones pavorosas, sacudiendo el seno naciente del mundo inmerso en la soledad, el cataclismo de los vientos y tempestades del que no podemos dar al hombre una idea aproximada... así como las primeras señales de movimiento y vida en el inmenso lecho de las aguas convulsas, la vegetación, fabulosa y tétrica, en el gigantesco volumen de las proporciones... los dinosaurios monstruosos, los lagartos de forma y fuerza inconcebibles, la delicadeza corporal del hombre, los mastodontes, la Prehistoria.

Era un libro tenebroso, inmenso, magnífico, la Epopeya divina de la creación, soltando algunos pocos acordes de su inmortal sinfonía a través del infinito del tiempo, de la eternidad de las cosas. Y en ese libro deletreábamos el “a, b, c” de la iniciación, gradualmente, pacientemente, a veces impresionados hasta el delirio; otras, bañados en lágrimas hasta el temor, pero siempre ávidos y encantados, ansiosos por más conocimientos, lamentando más que nunca nuestras diminutas fuerzas de suicidas, que no nos permitía entrever ni siquiera la tercera parte del programa excelso ofertado por la naturaleza.

Un desfile indescriptible de períodos genésicos se abrió a nuestra observación y análisis, durante el cual, diariamente, imbuía en nuestro espíritu el respeto, la veneración por aquel Ser supremo y creador a quien habíamos negado, de quien dudamos a lo largo de los siglos, pero a quien ahora dábamos las gracias, asustados e ínfimos frente a su grandeza, a la vez que muy felices por reconocernos como sus hijos y herederos de su gloria eterna.

²⁷ La Sierra de la Mantiqueira (en portugués *Serra da Mantiqueira*) es una formación geológica que data del período Cretáceo; esta compuesta por un macizo rocoso que posee una gran área de tierras altas, entre 1.000 hasta casi 3.000 metros, a lo largo de los Estados de São Paulo, Río de Janeiro y Minas Gerais, siendo en este último donde se localiza la mayor parte de la formación rocosa; su nombre tiene origen en una palabra tupí que significa *montaña que llora* (nota del traductor).

Aquí, eran la flora y la fauna inmensas en la variedad de las especies, la geología rica de atracciones y encantos, poblando el seno del globo con la multiplicidad de los minerales, más allá, el infinito laboratorio del planeta, el océano con sus infusorios prodigiosos, sus infinitos depósitos de vida, de creación, de especies, de riqueza indudablemente divina, y todo a la mano del hombre, todo creado para él, pero que él desconoce, viviendo como vive, engañado en las tinieblas de la animalidad a través de los milenios, incapaz, por eso mismo, de tomar posesión de ese paraíso que el Señor ideó y creó para él con todo su amor infinito de Padre, con toda la fuerza de su mente poderosa de supremo creador.

Y así surgió, en lecciones siempre seguidas y hábilmente secuenciadas, la edad del hombre, la división de las razas, la suprema gloria del planeta albergando, finalmente, la parcela divina que, un día, deberá reflejar la imagen y la semejanza de su Creador.

Durante largos años ininterrumpidos, diariamente deletreamos ese libro asombroso cuya intensidad y magnificencia nos solían causar vértigos por lo que necesitábamos aspirar nuevas energías mentales al contacto de los clínicos encargados de nuestra vigilancia, siendo el mismo Epaminondas uno de los más dedicados a la causa de nuestro restablecimiento... Y hoy, en la víspera de nuestra vuelta a la Tierra, que ahora conocemos desde su nacimiento, sólo averiguamos que todavía nada pudimos aprender, que apenas deletreamos las primeras letras del plano físico terrestre.

¿De qué forma, sin embargo, podían Epaminondas y sus asistentes darnos esas clases, haciendo visible en el presente lo que los milenios devoraron en el pasado?... ¿Cómo reflejar con tanta realidad, al punto de asustarnos, las edades primitivas del planeta y los períodos devastados por el tiempo?...

Es porque vivimos todos en plena eternidad, somos ciudadanos del infinito, y para la eternidad lo que existe es el momento presente, sin lapsos ni pasados. La eternidad vive dentro del presente, porque justamente es esta su particularidad.

Epaminondas extraía de las ondas luminosas del éter invisible, es decir, de los archivos del infinito así como de los depósitos de la eternidad, el material para sus clases. Las imágenes que se eternizaron, retenidas en las ondas vibratorias del éter luminoso, la reproducción de lo que pasó en la Tierra desde su creación, guardada, fotografiada, impresa en las vibraciones de la luz como el paisaje en la fragilidad de una pompa de jabón, eran seleccionadas por los técnicos de la ciencia trascendente, captadas y transportadas hasta nuestro conocimiento a través de procesos y aparatos cuya sensibilidad y potencia magnética ya hoy el hombre no ignora totalmente.

Epaminondas podía, al conversar con un igual, reportarse al pasado sin necesidad de aparatos. Pero nosotros, los necesitábamos, a menos que el abnegado monitor disminuyese todavía más sus propias posibilidades para hacerse comprensible,

agrandándonos las nuestras a la vez en un tremendo esfuerzo, lo que no iba a hacer. Lo cierto era que un equipo de técnicos especialistas en el servicio y artistas de la palabra y de la sugestión, escudriñaban el éter con sus poderes de atracción científico-transcendentales, en busca de lo que convenía, y lo reflejaba en la pantalla sensible a través de sugerencias poderosas, y todo con tal perfección que era como si asistiésemos realmente a todo cuanto veíamos.

Ese proceso común y normal en el mundo invisible, esa forma de captación de la imagen y de los acontecimientos, llevará un día al hombre a la misma posibilidad, así como al conocimiento de los propios planos del astral intermedio. Sólo es necesaria una única cosa para acelerar tal conquista de la ciencia para la humanidad: el dominio de la moral en sus sociedades y el imperio de la honradez.

No puedo dejar de citar el sublime espectáculo de la armoniosa marcha de los astros, que nos enseñaron durante la prolongación de los mismos estudios, obedeciendo no ya a los procesos limitados a un recinto académico, y sí a viajes en pleno espacio, viajando a través del infinito, como universitarios en un curso práctico. Nuestras limitadas fuerzas, no nos permitieron la mágica contemplación de los mundos estelares en el conjunto sorprendente de su grandeza.

Solamente como estímulo, nos dieron visiones más o menos aproximadas de esa esplendorosa grandeza, a través de diversos aparatos, apropiados para la percepción de la astronomía, en la que no profundizamos. Nuestras observaciones y estudios, por tanto, no sobrepasaron los conocimientos sino de otros planetas de nuestro sistema solar, permitiéndonos las más bellas adquisiciones a que, en nuestro estado podríamos aspirar, lo que ya nos encantaba y satisfacía muchísimo... hasta que pasamos al estudio de nosotros mismos, joyas que somos, todos nosotros, las almas, del joyero sideral, futuros adornos de la *corte universal* en la que se imprimió el sello sagrado del *pensamiento supremo*, y para quien todo, todo fue imaginado y creado por el Padre amoroso que nada necesita, que nada quiere sino que nos amemos unos a los otros.

Nos explicó el maestro a lo largo del aprendizaje, la triple naturaleza humana, probando prácticamente su tesis con análisis llevados a averiguaciones en torno de nosotros mismos y de otros, lo que, a veces proporcionaban grandes sorpresas para nuestros preconceptos y orgullo. Habíamos empezado a ver ese mismo estudio en el Departamento Hospitalario, donde el paciente aprendía rudimentos de su propia calidad de espíritu, sin alcanzar todavía los pormenores que en Ciudad Esperanza se abrían para nosotros.

Expuso la realidad de las vidas sucesivas, sus leyes, sus consecuencias benéficas, su finalidad magistral, sublime, su inalienable necesidad para la gloriosa evolución del ser. Nos indicó la jornada espinosa del espíritu en esa ascensión sublime hacia lo *alto*, sometido al trabajo de los renacimientos y renovaciones en cuerpos carnales, en los estadios en el Más Allá, en los trabajos ininterrumpidos en uno y

otro plano. Veíamos abrirse, emocionados a través de esos estudios, los campos de la *vida espiritual*, que sólo entonces comenzamos a comprender debidamente, pues su realidad, a veces amarga, derribaban viejas convicciones filosóficas, destruían arraigados preconceptos religiosos condescendientes y modificaban conceptos científicos que las tradiciones y también el orgullo ciego del fanatismo materialista habían enseñado y mantenido.

Para conocer bien ciertas particularidades de la personalidad humana partíamos con nuestros maestros, en viajes de estudios prácticos. Souria-Omar era el catedrático de esa nueva modalidad, acompañado de sus asistentes. Visitábamos los Departamentos Hospitalarios, observando, como académicos de Medicina, la constitución de los cuerpos astrales de nuestros hermanos allí detenidos, ayudados por Teócrito, que nos facilitaba todo y fraternalmente asistidos por nuestros amigos Roberto y Carlos de Canalejas.

Bajábamos a la Tierra, periódicamente, visitándola durante años consecutivos, en estancias de algunas horas, por los hospitales y casas de salud, estudiando el fenómeno de los desprendimientos, siempre asistidos por entidades de la *patria espiritual*, así como por las casas particulares y hasta en prisiones, a la espera de sentenciados a la pena capital, pues debíamos enriquecer la mente con análisis alrededor de todas las modalidades del fenómeno de la separación de un espíritu de su temporal envoltorio carnal, desde el feto, expulsado voluntariamente o no, del órgano generador materno, hasta el condenado por la justicia de los hombres a la muerte en el patíbulo.

Cada carácter, cada personalidad o género de enfermedad, así como la naturaleza del desprendimiento, era una nueva adquisición de esclarecimientos, a través de estudios minuciosos y sublimes. Era bien cierto que jamás asistimos a ninguna escena de asesinato o catástrofe. Llegábamos siempre después del drama, a tiempo de recoger la explicación necesaria. Nos era impuesto con frecuencia el doloroso deber de acompañar el penoso desprendimiento, envuelto en trabajos de repercusiones aterradoras, muros adentro de un cementerio.

Allí Souria-Omar impartía sus clases magistrales como catedrático genial, digno de ser oído por atentos discípulos. Y, bajo el susurrar del ramaje donde los pajaritos piaban a la noche, enterneados, soñando con la alborada, o a la sombra augusta de los majestuosos cipreses, en la noche tachonada de estrellas o bajo el resplandor del *astro rey*, recibíamos las anotaciones del antiguo maestro de Alejandría, aprendiendo con él el fenómeno magnífico del alma que se despoja de la vestidura que la enclaustraba, para volver a la libertad de los páramos espirituales.

En muchas ocasiones no podíamos evadirnos a las vivas impresiones de sufrimiento durante tan augustos espectáculos. El aprendizaje implicaba la contemplación de muchas desgracias ajenas, agudos dolores, angustias, miseria y desesperación ante las que corrían nuestras lágrimas y se estremecía nuestro corazón. Pero

era necesario aprender, con esos espectáculos, el dominio de las emociones, imponer serenidad a las fuerzas mentales y al sentimiento, intentando reflexionar, para aplicar esfuerzos encaminados a ayudar y remediar situaciones, sin perder un tiempo precioso con lamentaciones estériles y lágrimas improductivas.

Semejantes impresiones alcanzaron su céñit cuando nos vimos obligados a observar los desprendimientos prematuros ocasionados por el suicidio. Entonces, la locura que nos había acometido en otro tiempo subía de las profundidades anímicas adonde había sido relegada e irrumpía a pesar nuestro, afigiéndonos con el espectro de un pasado que se convertía en presente. Nuestra rebeldía y rabia pasadas se agrandaba en la fiebre de los recuerdos, desorientándonos y haciéndonos resbalar hacia la alucinación colectiva.

En ese momento toda la energía, caridad y sabia asistencia de nuestros Guardianes entraba en acción, imponiendo silencio a nuestras emociones y repeliendo nuestras alucinaciones, eliminando, al contacto benévolos de sus terapias fluídicas, las excitaciones mentales provenientes de los recuerdos, hasta que el presente se impusiese.

Volvimos, así, al Valle Siniestro, integrando las caravanas de socorro, fieles al sublime aprendizaje, y, allí, llorando sobre nuestra misma desgracia, tuvimos ocasión de asistir a nuestros hermanos inmersos en la misma situación calamitosa que tan bien conocíamos, examinándoles con nuestros maestros, viendo si estarían en condiciones de partir al Departamento de la Colonia correspondiente. Les hablábamos piadosamente, animándoles y consolándoles. Pero no nos comprendían, pasábamos anónimamente... Así fuimos benévolamente asistidos nosotros en otro tiempo por otros, sin que nuestras precarias condiciones lo pudieran sospechar...

De todos los conocimientos que gradualmente íbamos adquiriendo, debíamos presentar resúmenes realizados por nosotros mismos, crear ejemplos en tesis que honrarían mucho a los institutos terrenos, en el caso que quisieran adoptar las mismas enseñanzas para esclarecimiento y moralización de sus alumnos; extraer análisis, todo lo que pudiese probar nuestro aprovechamiento en la iniciación del Psiquismo.

Nos daban para ello álbumes bellísimos, cuadernos y libros centelleantes como algodón de estrellas, e incluso aparatos delicados, que nos enseñaban a manejar, para que también aprendiésemos a proyectar para otros los ejemplos que creábamos, o incluso los análisis extraídos de los ejemplos dados por los maestros durante las clases prácticas en la Tierra o en otra localidad de nuestra Colonia.

De ahí la creación de mis novelas y mi deseo de dictar obras a los médiums, pues, durante las clases prácticas existía permiso para hacerlo, siempre que el trabajo compuesto por nosotros consiguiese aprobación de los instructores, de ahí nuestro sacrificio de intentar durante cerca de treinta años escribir algo, que a la vez testimoniase a Dios nuestro reconocimiento por lo mucho que su misericordia

nos permitía y el deseo de relatar a nuestros hermanos de infortunio, encarcelados en los dolores terrestres, lo que el Más Allá les reservaba. Para ello no era necesario ser escritores, porque el aprendizaje con nuestros mentores nos educaba el sentimiento, equilibrándonos el razonamiento de manera que pudiéramos conseguir servir a la verdad que nos rodeaba.

Esos estudios trascendentales exigían mucha aplicación y dedicación, ya que tanto los campos de observación como los motivos diariamente encontrados eran muy numerosos. Enumero las materias estudiadas por nosotros hasta donde nos permitieron las fuerzas mentales que teníamos:

- Génesis planetaria o cosmogonía.
- Prehistoria.
- La evolución del ser.
- Inmortalidad del alma.
- La triple naturaleza humana.
- Las facultades del alma.
- La ley de las vidas sucesivas en cuerpos carnales terrestres, o reencarnación.
- Medicina Psíquica.
- Magnetismo.
- Nociones de magnetismo transcendental.
- Moral Cristiana.
- Psicología.
- Civilizaciones terrenas.

Alternativamente con las clases de Evangelio, esos estudios presentaban una íntima correlación con aquellas, lo que nos impulsaba a comprender mejor y venerar la sublime personalidad de Jesús Nazareno, al que pasamos a distinguir, como lo hacían nuestros instructores, como el jefe supremo de la Iniciación, pues, en efecto, en todos los compendios que consultábamos, buscando explicación en la Ciencia, encontrábamos lecciones, claras enseñanzas, actos y ejemplos de aquel Gran Maestro, como modelo máximo de sabiduría y verdad, y brújula que nos invitaba a seguir para alcanzar el fin sin los desvíos provenientes de la adulación astuta y de las falsas interpretaciones.

Como ya aclaramos en más de una ocasión, nuestros estudios eran enriquecidos con la práctica y el ejemplo. Ese detalle, sin embargo, implicaba incluso realizaciones en nuestro futuro, durante la renovación imprescindible en un cuerpo carnal, que no siempre nos daban satisfacciones al corazón. Al contrario, frecuentemente le ocasionaba grandes angustias, arrancándonos lágrimas dolorosísimas y hasta momentos tenebrosos de desesperación que nos abatían, llevándonos a enfermar. Las situaciones críticas y los vejamenes aumentaban sobre nosotros, como veremos, sin que pudiéramos eximirnos a cosas tan desagradables, porque todo era consecuencia del bagaje moral inferior que con nosotros llevábamos al Más Allá.

Después, en el primer día de clase, el venerable Epaminondas de Vigo, lanzó una advertencia que nunca más se borraría de nuestras almas:

—Ninguna tentativa para la recuperación moral será eficiente si continuamos presos en la ignorancia de nosotros mismos. Es indispensable, primero, averiguar quiénes somos, de donde vinimos y hacia dónde vamos, para que nos convenzamos del valor de nuestra misma personalidad y de que debemos dedicarnos a su elevación moral, consagrando a nosotros mismos toda la consideración y la máxima estima. Hasta aquí, mis queridos discípulos (al contrario de Aníbal, que nos mimaba con el tierno tratamiento de hermanos, Epaminondas sólo nos daba un trato académico), habéis caminado ciegamente, por las etapas de las existencias en la Tierra y estancias en el Astral, moviéndoos en un círculo vicioso, sin conocimientos ni virtudes que os hayan llevado a un progreso satisfactorio. Seducidos por los deseos impuros de la materia, pasivos ante los impulsos ciegos de las dañinas pasiones o embrutecidos por los instintos, habéis ignorado, a propósito, gracias a la mala voluntad, o absortos en una criminal indiferencia, que el Todopoderoso enalteció nuestro ser con esencias que le son propias, y que debemos cultivar bajo las bendiciones del progreso, hasta que florezcan y fructifiquen en la plenitud de la victoria para la que fuimos destinados...

Dijo esto y señalando a uno de los compañeros que estaba más próximo en las graderías, le hizo entrar al círculo en que se levantaba su cátedra y donde se agrupaban, concentrados y mudos, sus asistentes.

Determinó el azar, o la propia clarividencia del profesor, que la elección alcanzase a nuestro compañero de grupo, Amadeo Ferrari, un brasileño de origen italiano, natural del interior del Estado de São Paulo, que, según conocimos en ese mismo instante, se había suicidado a los treinta y siete años de edad, creyendo posible escapar a la vergüenza de la prisión, debido a ciertos hechos imprudentes, así como también a la amenaza de un cáncer que había comenzado a entumecerle la garganta. Delante de él, le pregunto:

—¿Cuál es tu nombre, querido discípulo?...

Un súbito malestar nos dominó a todos, advirtiéndonos que algo muy grave iba a ocurrir. Queríamos huir, escaparnos a la responsabilidad terrible del aprendizaje que creímos, de repente, demasiado grandioso y delicado como para seguirlo. Tuvimos la intuición de que irían a pasar cosas irremediables, que marcarían una nueva era en nuestros destinos, y tuvimos miedo. Epaminondas de Vigo se nos presentaba como un juez inflexible que nos juzgaría, arrastrándonos hasta encontrarnos con el tribunal temible de nuestra propia conciencia, y un profundo terror nos inspiró su venerable presencia, mientras la figura jovial y tierna de Aníbal de Silas, con sus exposiciones sobre la Buena Nueva, que tanto nos habían consolado, acudió a nuestra imaginación, produciendo una profunda añoranza de su palabra mansa que cariñosamente rememoraba los hechos sublimes del Dulce Nazareno. Pero el

anciano nos advirtió, en un aparte precioso y enérgico, sorprendiéndonos con el conocimiento, que demostró, de las impresiones que había suscitado en nuestra mente:

—Acordaos que el Señor Jesús de Nazaret, a quien invocáis en este momento, es el gran Maestro que nos inspira, y que, bajo sus auspicios, os damos las enseñanzas sagradas que engrandecerán vuestros espíritus para la conquista de los méritos futuros, pues es Él el jefe supremo de nuestra Escuela y distribuidor de nuestra ciencia...

Se volvió hacia Amadeo y repitió:

—¿Tu nombre, por favor?...

—Amadeo Ferrari...

—¿Dónde vivías antes de ingresar en este lugar?...

—En la ciudad de XXX... en el Brasil...

—¿Por qué abandonaste tu destino, cuya finalidad debía ser la unidad con Jesús, nuestro Redentor, confiándote a la ilusión de un suicidio?... ¿No sabías que practicabas un crimen contra Dios Padre, y contra ti mismo, ya que es cierto que todos traemos centellas del Creador en nosotros?... ¿Creías, quizás, poder aniquilar los elementos de vida existentes en ti, esa vida que es eterna porque la recibiste del eterno Creador?...

Visiblemente forzado, Amadeo se esquivó a través del argumento, único recurso que se le ocurrió para esta delicada situación:

—Afortunadamente, señor, fue sólo una pesadilla... una alucinación... Yo no me pude matar, aunque lo desease, puesto que estoy vivo... ¡Vivo! ¡Vivo, loado sea Dios, estoy vivo!...

Pero, con una serenidad desconcertante, que a nosotros nos irritaría si no estuviésemos sinceramente dispuestos a dejarnos conducir, insistió el sabio anciano:

—Reitero la pregunta, Amadeo Ferrari, ¿por qué deseaste desaparecer de la presencia tanto de ti mismo como de tus semejantes, cuando el poema del universo cantaba a tu alrededor el sacrosanto deber del compromiso, como es la excelsa belleza de la existencia humana, que debe habilitar al alma para el reinado de la inmortalidad?

—Señor... Es que... yo me desanimé... yo... si... Pero, ¿tengo que responder aquí, en presencia de todos?... ¿Estoy, pues, de nuevo, enfrentándome a un tribunal?...

—Existe, claro que sí, un tribunal, y todos vosotros os enfrentáis con él: es vuestra conciencia, que inicia el despertar del largo letargo que desde hace siglos la mantiene presa a las más deplorables inconsecuencias. Y es imprescindible que yo, autorizado por los poderes máximos de nuestro Redentor, os oriente para que,

examinándola, aprendáis a despojaros del orgullo que os ha cegado desde hace muchos siglos, impidiendo que os reconozcáis a vosotros mismos y, por tanto, a la soberanía de las Leyes que rigen los destinos de la humanidad.

—Señor, la miseria, la enfermedad, el desánimo, fueron la causa... Cometí una falta grave, ante tan dolorosas circunstancias... No tuve otro recurso a no ser lo que hice... La prisión... la enfermedad...

—Y ese acto —el suicidio— ¿lavó la mancha con la que te habías contaminado antes?... ¿Te consideras inculpado, honesto, honrado, aún después del acto?...

—¡Oh, no! No puedo huir a la responsabilidad de los actos que practiqué. Me siento deshonrado por haber abusado del dinero que me fue confiado..., aunque lo hiciese intentando recuperar la salud, pues la amenaza tenebrosa de un cáncer me desorientaba, justamente cuando estaba presto a realizar un matrimonio cuya expectativa era mi razón de ser... La cantidad era grande... yo era un empleado del banco... la prisión o la muerte... El cáncer, el robo, pues era robo... El ideal de mi amor desmoronado. Preferí el suicidio... Sé que fueron grandes crímenes... Pero me siento todavía confuso, a pesar de haberme esclarecido mucho, últimamente... ¿Por qué fui colocado en tan desgraciadas circunstancias?... La confusión es como un remolino en mi mente... Tengo intuiciones pavorosas que me susurran un pasado del cual tengo pavor... ¡Oh Jesús de Nazaret! ¡Misericordia!... Tiemblo y vacilo... No comprendo bien...

—¡Pues vas a comprender, Amadeo Ferrari! ¡Es imprescindible que lo comprendas!

Llamó a dos asistentes que aguardaban sus órdenes. Hicieron sentar al penitente ante una pantalla clara, colocándole una diadema idéntica a la usada por el maestro para las disertaciones.

Había en el ambiente una sincera emoción religiosa.

Sentíamos que un grandioso y sacroso misterio iba a revelarse en aquel momento, y contritos y temerosos aguardábamos, mientras benéficas influencias envolvían el momento sagrado que vivíamos.

Epaminondas se volvió hacia la asamblea de discípulos y clamó:

—¡Atended! ¡La historia de este hermano vuestro es también la vuestra! Sus caídas no representan más que las caídas de la propia humanidad en luchas diarias con sus propias pasiones. Por la misma razón no debéis comentar lo que vais a presenciar, pero observad la lección que se os brinda como ejemplo, del que debéis extraer la moral necesaria para aplicarla en vosotros mismos... pues es útil recordar que sois todos almas decaídas a quienes la iniciación en principios de moral elevada y redentora trata de conducir a las puertas del deber.

Se puso de manos cruzadas hacia el infinito, en actitud de oración y concentración fervorosa. Se le acercaron los asistentes, como para ayudarle mentalmente en sus intenciones. Una poderosa cadena fluídica se estableció, envolviéndonos a todos en fuertes ondas, que estábamos atentos y respetuosos. Hasta que, de pronto, resonó en tono enérgico una orden singular que no admitía réplica.

Epaminondas de Vigo imponía a Amadeo Ferrari la vuelta al pasado, es decir, a un minucioso examen de conciencia pasando revista a los hechos de sus pasadas vidas en la Tierra, para que comprendiese en toda su plenitud la razón de las circunstancias dolorosas en que se había visto colocado, circunstancias a las que no se había resignado y que, para resolverlas, se comprometió aun más con el suicidio.

En sentido retrospectivo, pasando del suicidio al inicio de su existencia, de repente le encontramos en condiciones bien diferentes. Era verdad que estaban los motivos de aquella pobreza que desafió todos los esfuerzos para remediarla en una encarnación anterior, ya que Amadeo había sido obstinado en el trabajo y en la fuerza de voluntad contra aquel cáncer que le torturaba con sus garras invencibles, corroyéndole la lengua y la garganta lentamente y de aquel repudio de amor que absorbió sus últimas fuerzas, quitándole el deseo de vivir.

La cortina del presente se abrió... El primer velo de la conciencia fue suspendido para que, en el escenario de otra existencia terrena, se revelase un drama immense, drama que no alcanzó sólo a una o dos personalidades, y sí a una colectividad, implicando realmente a toda una raza heroica y sufridora.

Amadeo Ferrari se nos apareció descrito por su propia mente en el año 1840, como traficante de esclavos negros de Angola para el Brasil... Tenía entonces nacionalidad portuguesa, y de ahí nuestra afinidad con él. En viajes reiterados, se enriquecía con aquel comercio abominable, no ahorrando esfuerzos ante la torpe ambición de volver millonario a la metrópoli, infligiendo martirios incontables a las personas que arrancaba de su patria para esclavizarles por parte de otros despreciables cómplices de las mismas alucinadas ambiciones. Con un instinto inhumano, se cebaba en el maltrato a los negros, ordenando azotarles por la más insignificante falta o incluso por ninguna, infligiéndoles castigos cuya crueldad gritaba a los cielos, tales como el hambre la sed, la tortura y la separación de las familias, puesto que vendía, aquí a los hijos, más allá a la madre, más allá, al padre... que nunca más se encontrarían a no ser más tarde, en el Más Allá, muriendo muchos de estos desgraciados atacados por la nostalgia y por la añoranza de los seres amados.

Cierta vez, en su hacienda, humilló a una esclava negra adolescente. Y porque el desventurado padre de la desgraciada, un viejo esclavo de sesenta años, que en un momento de suprema desesperación, loco de dolor, ante el cadáver de su hija que buscó en su propia muerte encubrir la vergüenza de que se sentía poseída, le gritase su vil procedimiento, acusándole del suicidio de la joven, mandó que

feroces capataces quemases la lengua del viejo esclavo con un hierro al rojo vivo, hasta verle caer exánime, en las convulsiones de la agonía...

Ahora, mientras nos esclarecíamos con la majestuosa lección, Amadeo se reconocía tal como era: portador de pasiones inferiores, múltiples defectos, grandes desmerecimientos, y se debatía violentamente, presa de convulsiones indescriptibles, acobardado frente al tormento que le infligía la conciencia, desorientada en la tortura de los remordimientos.

—¡Apiadaos de mi, Señor!— gritaba con expresiones de dolor y arrepentimiento, repitiendo en presencia de la numerosa asamblea la súplica vehemente que había producido la existencia expiatoria que, al final, interrumpió criminalmente, enredado en complejos desconcertantes. ¡Qué desgraciado y miserable que soy! Dejad que vuelva otra vez al cuerpo y vea mi propia lengua, la boca y la garganta desaparecer bajo cualquier maleficio, reducidas al punto que reduje las del desventurado esclavo Felicio... ¡Dadme la miseria, Señor! ¡Quiero sufrir el suplicio del hambre y de la sed, y que ni siquiera pueda hablar para quejarme! Que se aparten de mí todos con asco, dejándome limpiar sólo esta mancha infamante que me humilla ante mí mismo...

El noble orientador, sin embargo, le impuso silencio, a través de fluidos apaciguadores. Después nos dijo, como respondiendo:

—¡Es inevitable tu retorno a las reencarnaciones expiatorias, Amadeo Ferrari ya que esa es la ocasión bendita para la remisión de las culpas! De nuevo la pobreza, el cáncer, el perjurio... agravados, ahora, con los males acumulados por el suicidio... ya que no quisiste someterte debidamente... Pero es imprescindible que no te hagas ilusiones: será necesaria más de una encarnación expiatoria para reparar las acciones que hemos visto...

La lección continuaba desarrollándose, viniendo su remate a asustarnos todavía más:

Una vez muerto el viejo esclavo, pasaron los años...

El gran señor lo olvidó, como todo, absorto en la agitación de la buena suerte... Volvió a Europa, feliz, habiéndose enriquecido a costa del “trabajo honesto”, bien visto y considerado por la gran riqueza que trajo de Brasil...

Pero... un día murió: exequias solemnes, cánticos, gran luto, lágrimas y muchas flores... porque el vil metal adquirido en la iniquidad puede comprar todo eso.

De repente se encontró en el Más Allá. Es el momento sagrado de la realidad, del cumplimiento integral de la justicia incorruptible. Le vimos debatirse, perdido en pleno desierto africano, atacado por un grupo de fantasmas negros sedientos de venganza, que venían a pedirle cuentas de los desgraciados compatriotas esclavizados por él y perdidos para siempre, lejos de sus tierras nativas. Eran los padres

que habían perdido sus hijos, arrancados por él para llevarles lejos y las madres despojadas de hijos pequeñitos, que él había vendido a otro, como si fuesen objetos. Eran las hijas ultrajadas y sacrificadas lejos de los padres y los hijos que, en lugar de caricias maternales sufrieron el látigo inclemente del señor a quien servían.

Y todos le pedían cuentas de los martirios que sufrieron. Aprisionaron su espíritu en el seno de los bosques tenebrosos y le martirizaron a su vez, aterrándole con la reproducción de las maldades que había practicado contra todos. El silencio de la selva, sólo interrumpido por ruidos amenazadores, las tinieblas inalterables, el rugir de las fieras, las acusaciones perennes del remordimiento, la rabia y el bramido de los fantasmas alternándose con todos los demás pavor, acabaron por enloquecerle. Entonces, le abandonaron a su suerte, cautivo de sí mismo y de las torpezas que realizó contra hermanos suyos indefensos, hijos como él del mismo Creador y Padre y portadores de la misma esencia inmortal.

El hambre, la sed, mil necesidades imperiosas se juntaron para torturarle aún más, aferrado a la animalidad de los instintos y apetitos inferiores, como todavía se conservaba... Vagó desesperadamente, presa de las más absurdas alucinaciones, flagelado por su mente, que sólo se había alimentado del mal. A cada súplica que intentaba emitir, sólo recibía como respuesta el llanto de los esclavos que morían de añoranza, separados de sus entes queridos. Si un grito de misericordia se le escapaba en la incertidumbre de la demencia, venía el estallido del látigo sobre la desnuda espalda de los negros cautivos de la hacienda, sobre el busto profanado de las desgraciadas cautivas que amamantaron a sus hijos, criándoles con amor mientras los de ellas mismas eran relegados al hambre y al mal trato. A un sollozo de remordimiento respondía el lamento de agonía de alguien que sucumbía atado al poste del tormento o el grito postrero de aquellos que, ingenuos, sufridores, desgraciados, se tiraban al barranco o a la corriente de los ríos, impulsados por el terror al trato que recibían...

Se alejaba entonces en loca carrera a través de los matorrales salvajes, presa de la más perturbadora demencia espiritual. Pero, a cualquier sitio que fuese, entre el ramaje del majestuoso bosque o en pantanos movedizos, en el espinoso suelo que pisaba, en cualquier lugar encontraba a sus víctimas llorando, agonizantes, desesperadas...

Hasta que, cierta noche en que se sentía exhausto, en pleno terror, y después de muchos años... en una alameda que repentinamente se abrió ante él, vio al esclavo Felicio caminando a su encuentro, trayendo una antorcha mágica, que iluminaba el tenebroso camino, permitiéndole orientarse... Felicio venía lentamente, sereno, grave, no más torturado por el hierro ardiente, compasivo, extendiéndole la mano e intentando levantarle:

Salga de ahí, "mi señor", levántese... Vámonos...

Él acompañó a Felicio... Y a través de la continuación del intenso drama vimos que el viejo esclavo había perdonado a su verdugo e intercedió por él ante la Divina complacencia... y se fue a conseguir liberarle de las garras de los que no le habían perdonado...

Todo eso era percibido intensamente por nosotros, como si estuviéramos viviendo tan dramáticas escenas, gracias al privilegio, que el hombre desconoce, de las profundas capacidades inherentes al espíritu alejado de la carne, capacidades que le llevan a sufrir, sentir, comprender, impresionarse, conmoverse, alegrarse, etc., en grado superlativo, lo que fulminaría a una criatura encarnada, en el caso que intentase experimentarlo. Mientras se desarrollaba el drama, el maestro emitía conceptos, elevando la moral de los personajes presentados, enseñando con sabiduría la tesis magnífica a la luz de la ciencia sagrada en la que nos iniciábamos. Y añadió, severo, rematando la serie de pequeños discursos que el pasado espiritual de Amadeo había provocado, vibrante, con la voz enérgica que tan bien traducía el carácter inquebrantable del que afrontó el suplicio del fuego por amor a la verdad:

—La sociedad brasileña, queridos discípulos, sufre hoy y sufrirá todavía, por un espacio de tiempo que estará a su alcance dilatar o acortar, las consecuencias de las iniquidades que en pleno dominio de la era cristiana permitieron que fuesen cometidas en su seno. Me refiero, como bien sabéis, a la esclavitud de seres humanos, tratados por esa sociedad con mayor rigor que a los animales inferiores, para conseguir posesiones y riquezas que les permitiesen el gozo y el imperio de las pasiones. Al no ser un crimen individual y sí colectivo, será la colectividad la que expiará y reparará el gran oprobio, el gran martirio infligido a una raza carente del amparo fraternal de la civilización cristiana, para que, a su vez, también se beneficiase de las bondades de la educación ofrecida a través de la Buena Nueva del reino de Dios.

Bajo los cielos señalados por el símbolo augusteo de la iniciación como el del cristianismo —la cruz—, resuenan todavía, repercutiendo angustiosamente en la espiritualidad, los gritos angustiosos de millares de corazones torturados que durante el paso de los decenios sufrieron a causa de la infamia de la que eran víctimas. No han dejado de repercutir todavía en las ondas delicadas del éter, donde se asientan las esferas de protección de las sociedades humanas, los rumores trágicos del látigo temible de los capataces diabólicos, azotando a hombres y mujeres indefensos, cuyas lágrimas, recogidas una a una por la incorruptible justicia del Todopoderoso, han sido esparcidas, por ley, sobre esa misma colectividad criminal, para que, a su vez, las absorba en luchas posteriores, purificándose de las maldades e infamias practicadas.

Por esa razón el gran país sudamericano se debate en problemas complejos, con su sociedad en lucha dolorosa consigo misma, víctima de un cúmulo de daños que la desorienta, ocupando hoy un lugar más favorable aquellos que ayer se han visto

oprimidos, y sufriendo bajo aflicciones colectivas y relegados a la indiferencia de las clases favorecidas, los orgullosos e imprevisores del pasado, que no se tuvieron en cuenta los ejemplos del celeste Enviado, renegando de la cordura y de la fraternidad para con sus semejantes, ni previeron sembrar amor para recibir misericordia en el día del juicio supremo.

Y así proseguirán hasta que la voz celeste de los misioneros del Señor les oriente para una finalidad apaciguadora, en el trabajo sublime de la reconciliación individual por amor a Cristo. Vosotros, discípulos que presenciáis los dramas antiguo y moderno –vividos por Amadeo Ferrari y que presenciasteis su pasado como su presente, rematado por un suicidio, del que ha de dar igualmente cuentas al Señor de las vidas y de las cosas. Sabed que entre los esclavos que, bajo los cielos de Brasil lloraron, agotados por el trabajo excesivo, hambrientos, rotos, enfermos, tristes, anhelantes, desesperados ante la opresión, la fatiga, la maldad, no todos traían las características íntimas de la inferioridad, como muchas veces ha sido comprobado por testigos idóneos; no todos presentaban caracteres primitivos.

Grandes grupos de romanos ilustres, del imperio de los Césares; de patricios orgullosos, de guerreros altivos, autoridades de las huestes de Diocleciano, de Adriano y Majencio, dolorosamente arrepentidas de las monstruosas series de arbitrariedades cometidas en nombre de la fuerza y del poder contra pacíficos adeptos del Cordero Inmaculado, pidieron reencarnar en el África infeliz y desolada, para demostrar nuevos propósitos al contacto de expiaciones decisivas, fustigando, así, el desmedido orgullo que la raza poderosa de los romanos había adquirido con las mentirosas glorias del exterminio de la dignidad y de los derechos ajenos. Suplicaron, siempre valientes y fuertes, nuevas conquistas pero ahora, en las luchas contra sí mismos y en el combate al orgullo dañino que les perdió en otro tiempo. Suplicaron por tener un disfraz carnal como armadura redentora, en cuerpos negros de pueblos que iban a ser sometidos y esclavizados, sin facilitar sus posibilidades de reacción, y enarbolando en sus conciencias la blanca bandera de la paz, concedida por la reparación del mal. Y los antiguos conquistadores de tantos pueblos y tantas generaciones dignas, los inhumanos señores del mundo terrestre, que reían mientras gemían los oprimidos y que se alegraban y mofaban del martirio y la sangre inocente de los cristianos, limpiaron bajo el cautiverio de los africanos la mancha que ensuciaba su espíritu.

De ahí, mis queridos discípulos, la dulce y sublime resignación de esa raza africana, digna por todos los motivos de nuestra admiración y de nuestro respeto, la pasividad heroica que no siempre se basó en la ignorancia y en la incapacidad oriunda de un estado inferior, sino en el deseo ardiente y sublime de la propia rehabilitación espiritual. Y sabed además que el esclavo Felicio, que acabáis de ver como símbolo entre todos, redimido de una serie de culpas calamitosas, como tantos otros, cuando vivió ejerció autoridad bajo las órdenes de Adriano, volvió a

Roma en espíritu, al terminar su compromiso entre los de la raza africana, retornando a Italia y...

Un murmullo de sorpresa sacudió a los atemorizados asistentes al ver que Amadeo Ferrari caía de rodillas, dejando escapar un grito que no supimos si era de sorpresa, de horror, alegría, vergüenza o de otro cualquier sentimiento indefinible, sólo experimentado por entidades en sus deplorables condiciones, mientras que un llanto violento le sacudía con gran agitación:

A una señal de Epaminondas se abrió una puerta lateral silenciosamente y apareció Felicio, sereno y grave, dirigiéndose hacia su antiguo señor de otras vidas... Amadeo le contemplaba aterrado, al conocer el pasado de su espíritu... Pero, lentamente, Felicio se transformó bajo el poder de la voluntad, que actúa fácilmente sobre el periespíritu, y se dejó ver ahora, en la actual persona de Rómulo Ferrari, el padre de Amadeo.

Volviendo al entorno que le correspondía, Felicio reencarnó allí para proseguir en la peregrinación para la redención completa, bajo los auspicios de aquel dulce Nazareno a quien había perseguido en tiempos de Adriano, en la persona de sus adeptos. Efectuó una nueva fase de progreso bajo otro nombre; emigró, aun joven, al Brasil, llevado por un fuerte sentimiento de atracción, formando allí su familia y consintiendo piadosamente en servir de padre para su antiguo verdugo...

Ahora, seguiría ayudándole a expulsar de la conciencia una nueva infracción: la del suicidio.

Cuando, pensativos y silenciosos, dejamos la sala, donde nos habían desvelado tan sublime misterio con la primera lección, repercutía en lo más íntimo de nuestra alma esta profunda, inenarrable impresión:

—¡Oh, Dios de misericordia! ¡Bendito seas por habernos concedido la ley de la reencarnación!...

CAPITULO IV

EL “HOMBRE VIEJO”

Volvimos a la Tierra muchas veces, permaneciendo en sus sociedades, con pequeños intervalos, desde el año 1906. Nos reclamaban allí múltiples deberes. Era un amplio campo de eficientes experiencias, porque, teniendo que volver todavía muchas veces, era de gran utilidad ejercitarse entre nuestros hermanos los conocimientos gradualmente adquiridos en los servicios de la espiritualidad. Bajo los cuidados de Aníbal de Silas, y teniendo por asistente práctico a Souria-Omar, ampliamos los trabajos de beneficencia iniciados bajo la dirección de Teócrito, multiplicando nuestros esfuerzos para servir a los corazones sufridores de los planos materiales o en lo invisible bajo las dulces inspiraciones de las lecciones de Jesús.

Nos servimos de los puestos de emergencia de la Colonia a la que pertenecíamos, del Hospital María de Nazaret y sus filiales, integrando caravanas de socorro a infelices suicidas perdidos en las soledades de lo invisible inferior y en los abismos terrenos, acosados por grupos obsesores; seguimos el rastro de nuestros maestros de la Vigilancia, aprendiendo con ellos la caza a jefes temibles de grupos misticadores, perseguidores de los mortales, a los que indujeron muchas veces al suicidio, visitábamos frecuentemente las reuniones organizadas por discípulos de Allan Kardec, colaborando con ellos tanto como ellos mismos lo permitían. Acudimos ante la necesidad imperiosa de muchos sufridores ajenos a las ideas espirituistas, pero verdaderamente carentes de socorro, fuimos a presidios y hospitales, descubrimos desolados desiertos brasileños y africanos, intentando fortalecer el ánimo y proveer socorro material a desgraciados prisioneros de un mal pasado espiritual, que habían vuelto para su rehabilitación en cuerpos desfigurados por la lepra, humillados por la demencia o marcados por la mutilación, y entramos incluso en los domicilios de los grandes de la Tierra, donde, también, pululaban posibilidades de dolores intensos y de graves ocasiones para el suicidio, a pesar de las ficticias glorias de las que estaban rodeados. Y por todas partes donde hubiese lágrimas a enjugar, corazones exhaustos a reanimar y almas vacilantes y desfallecidas por los infortunios a aconsejar, Aníbal nos llevaba para guiarnos con las enseñanzas del Maestro modelo, con las que aprenderíamos a ejercer, a nuestra vez, el apostolado sublime de la fraternidad.

Nuestras actividades se multiplicaron durante muchos años en los diferentes sectores de la caridad, ostensivas a través de la colaboración mediúmnica organizada para fines superiores, ocultas y oscuras a través de acciones diversas, imposibles de ser narradas íntegramente al lector, y, si en más de una ocasión nos afligía

el contacto de las angustias ajenas, muchas más veces obtuvimos un dulce consuelo al sentir que nuestra buena voluntad había contribuido para enjugar alguna lágrima, o para que alguien recibiese la esperanza, el amor y la fe que nosotros igualmente, aprendíamos a sentir.

A cada lección del Evangelio del Señor, explicada por el joven instructor, a cada ejemplo del Maestro inolvidable, debían seguir nuestros trabajos, en la práctica entre los humanos y los desventurados sufridores, así como análisis a través de temas que debíamos desarrollar y presentar a una junta examinadora, que comprobaría nuestro aprovechamiento y comprensión del tema.

Frecuentemente, producíamos artículos basados en temas elevados e inspirados en el Evangelio, en la moral y en la ciencia, romances, poemas, noticias, etc., etc. Una vez aprobados, estos trabajos podrían ser dictados por nosotros o revelados a los hombres, si eran instructivos, educativos o convenientes para su regeneración; y lo hacíamos esto a través del trabajo mediúmnico, subordinados a una filosofía, o sirviéndonos de sugerencias e inspiraciones para cualquier mentalidad que, siendo seria, fuese capaz de captar nuestras ideas sobre asuntos moralizadores o instructivos. Y cuando suspendíamos, repetíamos la experiencia hasta hacer coincidir el tema con la verdad que abrazábamos y también con las expresiones del arte, del que no podríamos prescindir.

Los días consagrados a esos exámenes eran festivos para todo el Barrio de la Esperanza. Legítimos certámenes de un arte sagrado –el del bien–, el encanto que destilaba de esas reuniones sobrepasaba cualquier concepto anterior de belleza que pudiéramos tener. Se esforzaban las vigilantes en la decoración de los ambientes, con juegos y efectos de luces transcedentes indescriptibles en el lenguaje humano, mientras los mentores de nuestra Colonia, como Teócrito, Ramiro de Guzmán y Aníbal de Silas se revelaban como artistas portadores de dones superiores, tanto en la literatura como en la música y oratoria descriptiva, es decir, en la exposición mental, a través de imágenes, de las propias producciones.

Venían grupos fraternos, bajando de otras esferas vecinas, a prestar brillo artístico y reconfortante a nuestras experiencias. Nombres que en la Tierra se pronuncian con respeto y admiración acudían bondadosamente a reanimarnos para el progreso, activando en nuestros humildes corazones el deseo de proseguir en las luchas prometedoras. No faltó realmente en esas reuniones el estímulo genial de figuras como Víctor Hugo y Federico Chopin, este último considerado suicida en la patria espiritual, dado el desinterés que mantuvo respecto a su propia salud corporal. Ambos, como muchos otros, cuyos nombres sorprenderían igualmente al lector, expresaban la magia de sus pensamientos, dilatados por las adquisiciones de un largo período en la Espiritualidad, a través de creaciones intraducibles para las apreciaciones humanas del momento.

Tuvimos, así, ocasión de oír al gran compositor que vivió en la Tierra más de una experiencia carnal, siempre consagrado al arte o a las letras, sus mejores energías mentales, traducir su música en imágenes y narraciones, en una variedad increíble de temas, mientras que el genio de Hugo mostraba en lecciones inapreciables de belleza e instrucción la realidad mental de sus creaciones literarias. El poder creador de esta mentalidad, a quien la Tierra aún no olvidó y que volverá a ella al servicio de la verdad, sirviéndola bajo prismas sorprendentes, en verdadera misión artística al servicio de Aquel que es la suprema belleza, deslumbraba nuestra sensibilidad hasta las lágrimas, atrayéndonos hacia la adoración al Ser divino con idéntico fervor y atracción con que lo hacían Aníbal de Silas y Epaminondas de Vigo valiéndose del Evangelio de la redención y de la ciencia.

El pensamiento del gran Víctor Hugo se vivificaba por la acción de la realidad, concretada de forma que podíamos conocer los matices primorosos de sus vibraciones emotivas traducidas en temas encantadores de la epopeya del espíritu a través de sucesivas vidas en la Tierra y estancias en lo invisible, colaborando en la obra de nuestra reeducación. Nos sorprendió la noticia de que el genio de Víctor Hugo se asentaba en la Tierra desde hacía muchos siglos, partiendo de Grecia para Italia y Francia, dejando siempre tras de sí un rastro luminoso de cultura superior y de arte. Su espíritu, pues, en varias edades diferentes ha sido venerado por muchas generaciones, mereciendo positivamente la gloria que tiene en los planos intelectuales. En cuanto a Chopin, alma insatisfecha, que sólo ahora comprendió que con el humilde carpintero de Nazaret encontraría el secreto de los sublimes ideales que saciarían su espíritu, en maravillosas expansiones de música arrebatadora, convirtiendo la magia del sonido en el deslumbramiento de la expresión real, nos ofreció el dramático poema de sus vidas pasadas, una de ellas anterior al advenimiento del gran Emisario, pero ya al servicio del arte, cultivando las letras como poeta inolvidable, que vivió en pleno imperio de la fuerza, en la Roma de los Césares.

En cuanto a nosotros, los ensayos que deberíamos realizar serían igualmente, traduciendo nuestras creaciones mentales en imágenes y escenas, como hacían nuestros mentores con sus lecciones y los visitantes con su gentileza. Para ese objetivo contábamos con la ayuda de técnicos encargados del delicado servicio, un equipo de eminentes científicos, poseedores del secreto de la captación del pensamiento con los aparatos a los que nos hemos referido. Algunos médiums de confianza de nuestro Instituto eran atraídos a esas reuniones, bajo la tutela de sus Guardianes, y ahí entreveían con alguna dificultad lo que para nosotros se revelaba en todo su esplendor. Para ellos era un estímulo al trabajo mediúnico para el que se comprometieron al reencarnar, inherente al programa de reeducación adecuado a su progreso de intérpretes del Mundo Invisible y sobre todo, el medio menos difícil para prepararles para los trabajos que deberían desarrollar.

Nos llenamos de santo entusiasmo por juzgar fácil la tarea de informar a los hombres de las novedades que íbamos consiguiendo, convencidos de que serían

inmediatamente aceptados nuestros esfuerzos en ese sentido. No contábamos, sin embargo, con el problema desconcertante del poco deseo existente en el corazón de los médiums de sinceramente sumergirse en los ideales cristianos, que ellos creen defender cuando al mismo tiempo son incapaces de realizar una sola renuncia ni la mínima adhesión a los altos estudios inherentes a todo aquel que se cree iniciado, ni de su tibieza en la redención de sí mismos y de sus semejantes, a los que tienen el deber sagrado de defender de la ignorancia relativa a las cosas espirituales, ya que están dotados de facultades apropiadas para ello, ni cuando, por falta de propia armonía interior y con las esferas iluminadas, traducen efectos mentales propios y conceptos personales, creyendo que interpretan el pensamiento de los espíritus, cuando la verdad nos dice que nada hicieron para merecer el alto mandato, ni siquiera la moralización de su propia mente.

Es con la más profunda tristeza que señalamos en estas páginas, escritas con nuestro más ardiente deseo de servir, el disgusto de cuantos se interesan por el bien de la humanidad, en el Más Allá, al ver la falta de vigilancia mantenida por los médiums en general, sus pocos deseos de desprenderse de los atractivos y de las ociosidades naturales del plano material, huyendo del deber urgente de despojarse de muchas actitudes nocivas al mandato sublime de la mediumnidad, de las que la voz dulcísima del buen Pastor aún no consiguió desprenderles. Nos valemos, pues, de estas palabras, para resaltar el hecho de que ellos mismos, los médiums, lamentablemente dificultan la acción de los espíritus instructores del planeta, porque muchos de ellos, con excelentes disposiciones físico-psíquicas caen en el ostracismo y la improductividad de cosas serias, mientras se acumula el servicio del Señor por falta de buenos trabajadores en el plano terreno y la humanidad se agita en las tinieblas, en pleno siglo de las luces, prosiguiendo desorientada por falta del pan espiritual, hambrienta de la luz del conocimiento, sedienta del agua viva que calmará su alma desconsolada y triste por la acumulación de desgracias.

* * *

Dos acontecimientos de gran importancia vinieron a modificar los detalles de una situación que parecía indecisa e indefinible, aunque estuviesen separados por un espacio de dos años.

Fue uno de aquellos días festivos que permitían las visitas.

En la víspera, nos informaron que los internos recibirían visitas de sus “muertos” queridos, es decir, miembros de su familia, seres queridos ya desencarnados. Creímos que se refería sólo para los más antiguos que nosotros en el aprendizaje del Instituto, y, por eso, nos limitamos a esperar que algún día nos tocaría también a nosotros volver a ver a los nuestros. Buenas y caritativas, como toda mujer que

tiene la educación moral inspirada en el ideal divino, las damas vigilantes dispusieron los parques para la gran recepción que se celebraría al día siguiente, utilizando toda la habilidad de que eran capaces; y, con arte y talento, crearon rincones dulcísimos a nuestra sensibilidad, ambientes íntimos encantadores que llamaban a los recuerdos más queridos tanto de la infancia como de la juventud, cuando las desesperanzas de la existencia no nos habían dado todavía a sorber el cáliz fatal de las amarguras.

Y, creándolos para nosotros, nos los ofrecían como agradables sorpresas, para recibir a nuestros parientes y amigos, a medida que llegaban. Creados al aire libre y diseminados por los numerosos parques y jardines, a la vera de los lagos serenos, sobre las laderas de las graciosas colinas que parecían brillar, suavemente irisadas bajo reflejos multicolores, esos rincones no eran permanentes, existiendo temporalmente, mientras durasen nuestras necesidades de comprensión y consuelo. Muchos de ellos traducían el hogar paterno, aquel recinto en que transcurrió nuestra infancia y donde las primeras ansias de vida y las primeras esperanzas habían florecido, recordado con añoranza por quien encontró sólo tinieblas y desesperación al llegar al Más Allá. Otros recordaban escenarios edificados bajo las dulzuras del amor conyugal: un rincón de la sala, una baranda florida, mientras que otros mostraban un paisaje más grato de la tierra natal: un puente bucólico, un trecho sugestivo de playa, una alameda conocida, por donde muchas veces paseábamos del brazo protector de nuestras madres... y fue, pues, en el propio escenario que parecía la casa donde nací, donde tuve la inefable satisfacción de volver a ver a mi querida madre, que había visto morir y sepultar en mi infancia, y besarle las manos como en otro tiempo, mientras me tiraba, sollozando, en los brazos protectores de mi anciano padre, aliviando el corazón de una añoranza que jamás se había esfumado de mi corazón, torturado siempre por la incomprensión y mil razones adversas.

Volví a ver a mi esposa, a quien la muerte arrebató de mi destino en pleno sueño de un matrimonio venturoso, y a la que yo podría haber reencontrado en lo Invisible desde hacía mucho, a no ser por mi suicidio. De todos ellos recibí cariñosas advertencias, consejos preciosos y el testimonio de un afecto perenne, reparando que ninguno me pedía cuentas del desperdicio en que las pasiones y las desdichas me habían transformado la vida. y les recibí como si estuviésemos en nuestro antiguo hogar terreno: los mismos muebles, la misma decoración interna, la misma disposición del ambiente que yo tan bien había conocido... porque Rita de Cassia y Doris Mary habían preparado todo para que se perpetuasen en mi corazón las impresiones sacrosantas de los verdaderos lazos de familia.

Ambas dijeron más tarde que nosotros mismos, sin percibirlo, habíamos proporcionado los elementos para que todo se realizase así, ya que nuestros maestros, que siendo instructores y educadores eran también auténticos agentes de la caridad, examinando nuestros pensamientos e impresiones mentales más queridas, descubrieron lo que llegase mejor a nuestros corazones y lo transmitieron a través de pla-

nos y visiones equivalentes, para que la reproducción fuese lo más exacta posible, porque necesitaríamos de toda la serenidad y del mayor estado de placidez mental posible, para aprovechar mucho el aprendizaje que haríamos.

Para mayor sorpresa, nuestros seres queridos destacaron que no pudieron hacer nada en nuestro beneficio debido a la situación delicada que creamos con el suicidio, situación equivalente a la del sentenciado a muerte terrestre, a quien las leyes del país imponen un método de vida separado de los demás ciudadanos. Derramé muchas lágrimas, escondiendo mi rostro avergonzado en el seno compasivo de mi madre, cuyos consejos saludables reanimaron mis fuerzas, reavivando en mí la esperanza de días menos ácidos para la conciencia.

Y bajo el cortinado oloroso de los árboles, reunidos todos bajo el dosel florido que recordaba a los pomares y al patio de la vieja casa en que viví, acunado por la protección de mis inolvidables padres, me demoraba muchas veces en dulce coloquio con muchos miembros de mi familia que, como yo, habían muerto. A su vez, mis compañeros de infortunio lo hacían igual, no habiendo allí favores especiales ni predilecciones, sino una rigurosa justicia basada en las leyes de atracción y afinidad.

Y, finalmente, Belarmino de Queiroz y Sousa pudo encontrar a su madre, a quien amaba con todas las fuerzas de su corazón, recibiendo su visita inesperada aquella misma tarde. Le comentó el dolor profundo e inconsolable que había tenido con la sorpresa de verle sucumbir al suicidio, afectando su salud irremediablemente, sucumbiendo ella también, medio año después, sin resignarse jamás a la desventura de haberlo perdido tan trágicamente. Después de su muerte le asaltaron las más angustiosas decepciones, ya que, creyendo encontrar el supremo olvido en el seno de la Naturaleza, se encontró viva después de la muerte y muy disgustada, al no tener ninguna capacidad mental y espiritual que le pudiese indicar las regiones felices o consoladoras de lo Invisible.

En vano le buscó por las sombrías regiones por donde anduvo acosada por funestas confusiones, debatiéndose entre los sorprendentes efectos del orgullo y del egoísmo que marcaban su personalidad y el arrepentimiento por haber renegado a las dulces efusiones del amor a Dios por el dominio exclusivo de la ciencia materialista, dado que su conciencia le decía que tenía una gran dosis de responsabilidad por el desastre de su hijo, al ser ella una madre incrédula de los ideales divinos, imprevisora y orgullosa, cuyas aspiraciones no iban más allá de los gozos y de las pasiones mundanas, modelando así el carácter de su hijo y dándole de beber del mismo virus mental que a ambos arrastró a tan deplorables caídas morales.

Pero, llegada finalmente la razón, gracias a los imperativos del dolor educador, había trabajado, luchado y sufrido resignadamente el espacio durante varios años. Suplicó, sinceramente convertida a la verdad de Dios y sus leyes, y, de esa forma, teniendo en cuenta su ardiente deseo de enmienda y progreso, había recibido el

permiso para volver a ver a su hijo como una dádiva misericordiosa del Ser supremo, ahora reconocido con respeto y contrición.

Doris Mary y Rita de Cassia proporcionaron a la madre y al hijo el alivio de un gratísimo y nostálgico ambiente: la vieja biblioteca de la mansión de los de Queiroz y Sousa; el hogar crepitando alegremente; la mecedora de la vieja señora y el pequeño sillón de Belarmino junto al regazo de su madre, como en su infancia...

El segundo acontecimiento paralelo al primero, aunque dos años más tarde, marcó un camino decisivo para mi espíritu, fue el conocimiento que tuve de mí mismo, rebuscando en el gran compendio de mi alma los recuerdos del pasado, que desde hacía mucho yacían cobardemente adormecidos debido a la mala voluntad de la conciencia para revisarla integral y meticulosamente. Algunos días después de la primera clase de ciencias dada por Epaminondas de Vigo, me tocó la vez de extraer de los arcanos profundos de mi ser el recuerdo de las encarnaciones pasadas de mi espíritu en luchas por la conquista del progreso, memoria que mi orgullo repudiaba, confesándose asustado con las perspectivas que veía a mi alrededor.

Epaminondas, incisivo y autoritario, no retrasó el momento exacto destinado a tal evento. Me senté, pues, en la silla que imaginábamos como el venerable tribunal de la suprema justicia, en aquellos momentos terribles en que nos enfrentábamos al lúcido instructor. Un silencio absoluto llenaba el recinto, como siempre. Sólo las vibraciones mentales de Epaminondas, traducidas en vocabulario correcto, llenaban la atmósfera respetable donde los sacrosantos misterios de la ciencia celeste se revelaban para iluminarnos el espíritu ensombrecido por la ignorancia.

No ignoraban los asistentes la clase de individuo que yo fui en Portugal, caracterizado por un gran orgullo que corrompió mi carácter, porque tan ruin bagaje moral todavía me rondaba, a pesar de la humildísima condición a la que me veía reducido. Lo que tal vez no todos supiesen, porque se trataba de un hecho que mi orgullo raramente me permitía esclarecer, era que yo fui paupérrimo de fortuna, luchando siempre ásperamente contra la adversidad de una pobreza desconcertante, que no sólo no me daba cuartel sino que parecía desafiar cualquier recurso que emplease para superarla, y que, para huir a la calamidad de la ceguera que sobre mis ojos extendía un denso velo de sombras, reduciéndome a la indigencia más despiadada que, en mi concepto, podía darse en este mundo, fue por lo que me precipité en el suicidio cuyas dolorosas consecuencias me condenaban a las circunstancias que todos conocían.

Los auxiliares me prepararon delicadamente, tal como convenía al reo que se va a examinar, frente a frente con el tribunal de la conciencia, juzgándose a sí mismo sin los atenuantes acomodaticios de los conceptos y subterfugios humanos, porque lo que va a ver, es lo que él mismo dejó registrado en los archivos vibratorios de su alma a través de cada una de las acciones que anduvo practicando durante la existencia como espíritu, encarnado o no encarnado.

Me rodearon los maestros, lanzando sobre mí poderosos recursos fluídicos, con la intención caritativa de ayudarme. Era como si fuesen médicos que operasen en mi alma, poniendo al descubierto su anatomía para que yo mismo la examinase descubriendo el origen de los males inflexibles que me perseguían, sin acusar más a la providencia.

Una intuición angustiosa auguraba desesperanzas en mi pecho. Estaría bañado en un sudor helado, si todavía tuviese mi cuerpo físico. La sensación de pavor me acobardó y quise resistir, previendo la vergonzosa situación que me esperaba frente a los circunstantes, y, derramando lágrimas amargas, pedí suplicante, de manera a ser oído apenas por Epaminondas:

—¡Señor, por piedad! ¡Compadézcase de mí!

—¡No vaciles! —respondió en aquel tono imperioso que le era peculiar, mientras sus palabras resonaban por el anfiteatro, oídas por todos. Para realizar la renovación interior que llevará a nuestras almas a la redención necesitamos apoyarnos en nuestro valor. Sin decisión, ni heroísmo, ni valor, no conseguiremos progresar ni marcharemos hacia la gloria. Recuerda que los pusilánimes son castigados con la propia inferioridad en que se dejan estar y con la degradación de que se rodean. Recuerda que es por tu rehabilitación por lo que el dolor se acerca a ti y siempre que el sufrimiento hace vibrar dolorosamente las fibras de tu ser. Sé fuerte, pues, porque el Sumo creador premia a las almas valerosas con la satisfacción de la victoria.

Me conformé al influjo de aquella mentalidad vigorosa, invocando íntimamente el auxilio maternal de María de Nazaret, a quien yo había aprendido a venerar desde que ingresé en el caritativo Instituto, recordando que estábamos bajo sus amorosos cuidados.

Entonces, armonizando mi propia voluntad con las de los instructores y técnicos que me dirigían, no sé positivamente describir lo que se desarrolló en mí. Vi a Epaminondas y a sus auxiliares acercándose y envolviéndome en extraños chorros de luz. Un sícope me atontó el cerebro como si de las potencias sagradas de mi “yo” se produjeran repercusiones excepcionales, extrayendo de los repositorios del alma, para reanimar en mí, toda la larga serie de vidas planetarias que yo había tenido en uso de la responsabilidad y del libre albedrío.

También acompañaron a los dramas pasados en la Tierra las estancias en lo Invisible entre una y otra reencarnación, ya que esos estadios son inseparables de las consecuencias acarreadas por los actos practicados en el plano terrestre. Tuve la extraordinaria impresión de encontrarme ante mi propio “yo” —o de mi doble—, si así me puedo expresar, tal como si ante un espejo pasase a ver que en mi propia memoria se iba sucediendo un revivir espantoso. La palabra irresistible del instructor repercutió, dominante, en el interior de mi espíritu apaciguado por la voluntad de obedecer, e invadió todos los rincones de mi conciencia, como la irrupción de

olas que saltasen los diques y se proyectasen en un impulso irresistible, inundando una región indefensa:

—Yo te lo ordeno, alma creada para la gloria de la elección en el Seno Divino: Vuelve al punto de partida y estudia en el libro que traes dentro de ti misma las lecciones que las experiencias proporcionan. Y contigo misma aprende el cumplimiento del deber y el respeto a la Ley de aquel que te creó. Traza, después, tú misma, los programas de rescates y edificación que te convienen, para que a ti misma debas la gloria que tienes que construir para alzar vuelos redentores hasta el seno eterno de donde partiste...

Lentamente, me sentí envolver por un singular entorpecimiento, como si girase vertiginosamente todo a mi alrededor... Rodeaban mi frente sombras espesas, como nubes amenazadoras... Mi pensamiento se alejó del anfiteatro, de la Ciudad Esperanza, de la Colonia Correccional... Ya no distinguía a Epaminondas, ni siquiera le conocía, y ni me acordaba de mis compañeros de infortunio... ¡Pero, no estaba durmiendo! Continuaba lúcido y razonaba, reflexionaba, pensaba, actuaba, lo que indica que me encontraba en posesión absoluta de mí mismo... aunque retrocediese en la escala de los recuerdos acumulados durante los siglos... Perdí, pues, el recuerdo del presente y zambullí mi conciencia en el pasado...

Entonces, me sentí viviendo en el año treinta y tres de la era cristiana. Yo, sin embargo, no recordaba, simplemente, yo vivía esa época, estaba en ella como realmente estuve.

La vieja ciudad santa de los judíos —Jerusalén— vivía horas febres en esa mañana cálida y soleada. Me encontré poseído de una alegría satánica, yendo y viniendo por las calles llenas de forasteros, promoviendo desórdenes, intrigando y sembrando rumores inquietantes, pues estábamos en el gran día del Calvario y se sabía que un cierto revolucionario, llamado Jesús de Nazaret, había sido condenado a la muerte en la cruz por las autoridades del César junto con otros dos reos. Corré al Pretorio, sabiendo que de allí saldría para el patíbulo el sentenciado a quien tanto los judíos maldecían. Yo era miserable, pobre y malo. Debía favores a muchos judíos de Jerusalén. Comía las sobras de sus mesas y me vestía con los trapos que me daban. Ante el Pretorio ovacioné, frenético, a la figura hirsuta y torpe de Barrabás, mientras que, ante la última tentativa del Proconsul para librar al carpintero Nazareno, pedí la ejecución de éste con estertores de demonio enfurecido, pues me complacía ver tragedias y emborracharme con la sangre ajena, contemplar la desgracia hiriendo a indefensos e inocentes, a los que despreciaba, considerándoles pusilánimes... Y al ver a aquel delicado joven, tan bello como modesto, subiendo pacientemente la cuesta pedregosa bajo los ardores del inclemente sol, con el pesado madero a los hombros, alcanzado por los azotes de los rudos soldados romanos, contrariados ante el deber de realizar una subida tan ardua en pleno calor

del mediodía, era un espectáculo que sabía bien a la maldad de mi carácter y al que, de cualquier forma, no podría dejar de asistir...

No obstante, volviéndome a ver en ese pasado, la misma conciencia, que había guardado este acontecimiento, lo rechazó, acusándose violentamente. Sudores de pavor y agonía surcaron mi frente, alucinada por el remordimiento, y grité enloquecido, sintiendo que mi grito repercutía por todos los rincones de mi espíritu:

—¡Oh! ¡Jesús Nazareno! ¡Mi salvador y mi Maestro! ¡No fui yo, Señor! ¡Yo estaba loco! ¡No me veo más como enemigo Tuyo! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Jesús!...

El llanto quemó mi alma y alejó el recuerdo amargo del pasado. Pero, vigilante, gritó enseguida el instructor ilustre, velando el progreso de su alumno:

—¡Adelante, alma, creación divina! Prosigue sin desánimo, que de la lectura que ahora haces en ti misma es necesario que salgas convertida al servicio de ese Maestro que ayer apedreaste...

Yo no me podía escapar al impulso vibratorio que me arrojaba en el sondeo de ese pasado remoto, porque allí estaban, con sus voluntades conjugadas piadosamente en mi favor, Epaminondas y sus auxiliares; y proseguí, entonces, en la deprimente recapitulación:

Súbitamente me encontré ante el Pretorio, en actitud hostil. No hubo insulto que mi palabra traicionera dejase de proferir contra el Nazareno. Feroz en mi insistencia, le acompañé en la jornada dolorosa gritando burlas soeces, y confieso que sólo no le agredí a pedradas o golpes con mi brazo, por la guardia que tenía a su alrededor. Me sentía inferior y mezquino en todas partes donde me llevaban las aventuras. Nutría envidia y odio a todo lo que consideraba que era superior a mí. Feo, hirsuto, abyecto, mutilado, pues me faltaba un brazo, degenerado, ambicioso, mi corazón destilaba el virus de la maldad. Maldecía y perseguía todo lo que reconociese como bello y noble, consciente de mi imposibilidad de alcanzarlo.

Integrando el extenso cortejo, entré a perturbar con difamaciones viles y sarcasmos infames a su Madre sufriente y humilde, ángel conductor de ternuras inenarrables para los hombres desterrados en los sufrimientos terrestres, ya entonces, la misma María, piadosa y consoladora, que ahora me albergaba maternalmente, con celeste solicitud. Y después, en secuencias siniestras y aterradoras me vi continuando con el abominable papel de verdugo: denunciando a cristianos al Sanedrín, persiguiendo, espiando cuanto podía por cuenta propia, apedreando a Esteban, mezclado con la turba temible de la gente de baja ralea; traicionando a los “santos del Señor” por el simple placer de practicar el mal, pues no me asistía ni siquiera el celo que impulsaba a la raza hebraica en la suposición de que defendían un patrimonio nacional cuando intentaba exterminar a los cristianos: ¡yo no era hijo de Israel! Había venido de lejos, incrédulo y aventurero, de la Galia distante, donde era un forajido en mi tribu, y fui condenado a muerte por el doble crimen de trai-

ción y homicidio, habiendo escapado a Judea casualmente, en los últimos meses del apostolado del Salvador.

Me fue, pues, concedida la oportunidad máxima de regeneración y yo la rechacé, sublevándome contra la “Luz que brilló en medio de las tinieblas”...

Siguió el curso del tiempo arrastrándome a luchas constantes. Las reencarnaciones se sucedieron a través de los siglos... Yo pertenecía a las tinieblas... y durante el intervalo de una existencia y otra, me complacía en permanecer en las capas inferiores de la animalidad... Me hacían reiteradas invitaciones para los trabajos de regeneración o en cualquier plano en que me encontrase, en la condición de hombre o en la de espíritu sin cuerpo, porque también en las regiones astrales inferiores resuenan las dulzuras del Evangelio y la figura sublime del Crucificado es tenida como el modelo generoso a imitar. Pero me hacía el sordo, cegado por la mala voluntad de los instintos, como sucede a tantos otros... Ni siquiera llegaba a percibir con la debida claridad la diferencia existente entre la encarnación y las estancias en lo invisible, pues mi modo de ser era siempre el mismo: la animalidad.

Hoy sé que la ley inmanente del progreso, como imán sabio e irresistible, me impulsa hacia nuevas posibilidades en cuerpos carnales, bajo la orientación de dedicados trabajadores del Señor, haciéndome renacer como hombre para que la expiación y las luchas incessantes inherentes a las condiciones de la vida en la Tierra y los sufrimientos inevitables, provenientes del estado de imperfección tanto del planeta como de su humanidad, desarrollosen lentamente en mí las potencias del alma embrutecida por la inferioridad. En la época que me refiero, no percibía nada de eso, y tanto la existencia humana como el intervalo en el Más Allá me parecían la misma cosa.

Pero a través de los siglos experimenté también grandes infortunios.

Como era un criminal impenitente, ateniéndome a las prácticas nefastas del mal, sufría, como es natural, el reverso de mis propias acciones, cuyos efectos se reflejaban en mi propio estado. Subía, a veces, a alturas notables de la escala social terrena, lo que no implicaba tener virtudes, porque eran ilimitadas las ambiciones que me orientaban. Esas ambiciones, viles y degradantes, me llevaban a grandes caídas morales, revolcándome cada vez más en el pantano de los deméritos, y creando responsabilidades espantosas para mi conciencia.

Mis reencarnaciones siempre se dieron entre pueblos cristianos. Todo indica, en la vida laboriosa y disciplinada de lo Invisible, que los espíritus son registrados en grupos o colonias, y bajo sus auspicios se educan y evolucionan, sin disociarse de su tutela hasta que se complete el ciclo evolutivo normal, es decir, una vez estén adquiridos los patrimonios que les permitan transmutaciones difíciles y útiles al bien propio y ajeno. Lo cierto es que nunca me moví de Francia o de la Península Ibérica, como lugares de nacimiento, hasta el momento presente.

La idea de la regeneración comenzó a insinuarse en mi pensamiento a fuerza de percibir lo susurrado a mis oídos a través del tiempo, en la Tierra bajo forma humana o como espíritu en las penumbras propias de los seres de mi inferior categoría. Acepté calculada e interesadamente, buscando recursos para solucionar las pesadas adversidades que perseguían mi destino a través de los siglos, en esa doctrina cristiana que, según afirmaban, tantos beneficios concedía a aquel que se confiase a su tutela. Lo que yo no podía comprender, sin embargo, absorto en mi mundo íntimo inferior, era el elevado alcance moral y filosófico de tales consejos, repetidos siempre en torno de mí en cualquier lugar terreno o astral en que estuviese... y por eso esperaba de la gran Doctrina sólo ventajas personales y poderes misteriosos, que me ayudarían a conquistar la satisfacción de mil caprichos y pasiones...

Sin embargo, al oír referencias de aquel Maestro Nazareno cuyas virtudes eran modelo para la regeneración de la humanidad, me sentía alucinado por un súbito malestar, como si vibrasen en mi interior incómodas repercusiones, mientras una corriente hostil se establecía en mi conciencia, que parecía temer cualquier investigación sobre el delicado asunto. Era verdad que si mi inteligencia y mis conocimientos intelectuales se reforzaban con las luchas por la existencia y a través de los infortunios bajo el impulso del propio esfuerzo y de las ambiciones, el corazón yacía inactivo y helado y el alma embrutecida para las generosas manifestaciones del bien, la moral y de la justicia.

La primera mitad del siglo XVII me sorprendió en una deplorable confusión, en la oscuridad de una cárcel terrestre envuelto en tinieblas, a pesar de mi calidad de habitante del mundo invisible.

¿Qué odiosa serie de hechos criminales, provocó tan amarga represión para la dignidad de un espíritu liberado de las cadenas de la carne?... ¿Qué abominables razones habría dado a la ley de atracción y afinidad para que mi estado mental y de conciencia sólo afinase con las tinieblas de la mazmorra de una prisión, infecta y martirizante?...

Conviene que te enteres de lo que hice en aquel tiempo, amigo lector...

CAPITULO V

LA CAUSA DE MI CEGUERA EN EL SIGLO XIX

Transcurrían los primeros decenios del siglo XVII cuando renací en los alrededores de Toledo, la antigua y noble capital de los visigodos, que las aguas amigas suurrantes del viejo Tajo rodean como un incansable centinela...

Me arrojaba a otro renacimiento en la escena terrestre en busca de posibilidades para el urgente aprendizaje que liberase mi espíritu confuso, que debería aliviar los débitos de mi conciencia ante la incorruptible ley, pues se imponía la necesidad de los testimonios de resignación en la pobreza y en la humildad pasiva y regeneradora, de conformidad ante un perjurio de amor que tenía en los registros del pasado como deuda.

Pertenecía entonces a una antigua familia noble arruinada y, perseguida por adversidades insuperables en el momento, tales como rivalidades políticas y religiosas y desavenencias con la corona.

En mi primera juventud era un analfabeto, trabajando en las duras tareas del campo. Apacentaba ovejas y araba la tierra, repartiéndome en múltiples quehaceres bajo la mirada severa de mi padre, rudo hidalgo provinciano a quien el desmedido orgullo religioso, inspirado en las ideas de la reforma, había hecho caer en desgracia, según el concepto del soberano, al ser sospechoso de infidelidad a la fe católica por lo que se le vigilaba. Era riguroso en el trato con la familia y con los siervos, como un condestable con los feudos. Los rígidos deberes que me ataban a las responsabilidades agrarias, atizaban en mi interior la nostalgia singular que desalentaba mi carácter, pues en lo oculto de mi alma se hallaban ambiciones vertiginosas, impropias de un joven en mis penosas condiciones.

Soñaba, nada menos, que con abandonar el campo, rebelarme contra el despotismo paterno y convertirme en un hombre culto y útil como los primos residentes en Madrid, militares algunos de ellos, cubiertos de glorias y condecoraciones y otros formando en la poderosa compañía de Jesús, eruditos representantes de la iglesia considerada por mí como la única justa y verdadera, en oposición con las opiniones paternas, que la repudiaban. Envidiaba a esa parentela rica y poderosa, sintiéndome capaz de los más pesados sacrificios para alcanzar idéntica posición social.

Un día revelé a mi madre el deseo que, con la edad, se agrandaba, y me hacía sentir insatisfecho e infeliz. La pobre señora que, como los hijos y los siervos, también sufría a opresión del tirano doméstico, me aconsejó prudentemente, como inspirada por el Cielo, la moderación de los anhelos por la obediencia a los princi-

pios de la familia, alegando que era indispensable mi presencia en la casa paterna, para la buena continuidad del cuidado de los cultivos que aseguraban nuestra subsistencia. No obstante, dada mi insistencia, intercedió ante el señor y padre en el sentido de permitir instruirme, lo que me valió toda clase de malos tratos y castigos inconcebibles en un corazón paterno.

Con la íntima rebelión que sentía, se fortaleció el deseo y se convirtió en una obsesión irresistible, que podía contener a duras penas y con un inmenso sacrificio, dado mi genio impetuoso y rebelde.

Recurrí al párroco de la circunscripción, a quien sabía servicial y amigo de las letras. Le expuse las desventuras que me humillaban, expresando el deseo de alfabetizarme e instruirme cuanto fuese posible. Aceptó con bondad y desprendimiento, pasando a enseñarme cuanto sabía. Y como se trataba de un hombre culto, intelectualmente superior, devoré las lecciones que caritativamente me concedía, demostrando siempre tanta lucidez y buena voluntad que el digno profesor se esmeraba todavía más, encantado con las posibilidades intelectuales encontradas en su alumno.

A petición mía, y comprendiendo, con elevado espíritu de colaboración, las razones expuestas, mi familia no fue puesta al corriente de tal acontecimiento. Mi frecuencia de visitas a la casa parroquial se interpretó como una ayuda a la parroquia para el cultivo de la tierra, favor que mi padre no osaba negar, temeroso de represalias y delaciones.

Un día, después de mucho tiempo pasado de martirizar la mente en busca de la solución para lo que consideraba yo mi desventura, surgió en el fondo de mis ambiciones la infeliz idea de hacerme sacerdote. Sería, pensé, un medio seguro y fácil de llegar a los fines que deseaba... No se trataba de una honrosa vocación para los ideales divinos, ni de servir a las causas del bien y de la justicia a través de un apostolado eficiente, puesto que, en las manifestaciones de religiosidad que nos impulsaban a mi madre y a mí, no entraban la verdadera creencia en Dios ni el respeto debido a sus leyes.

Expose al párroco, mi antiguo maestro, la intención que mis pretenciosas ambiciones consideraban loable. Para mi sorpresa me aconsejó, bondadosa y dignamente, evitar cometer el sacrilegio de servirme de la sombra santa del divino Cordero en beneficio de las pasiones personales que inquietaban mi corazón, oscureciendo la razón... pues percibía muy bien, por ver al descubierto mi carácter, que no tenía verdadera inclinación para el difícil ministerio.

—El Evangelio del Señor, hijo mío —dijo una vez, después de uno de los prudentes discursos en que acostumbraba a exponer las graves responsabilidades que pesan sobre la conciencia de un sacerdote—, debe ser servido mediante el amor al bien y continuas renuncias, durante las que debemos muchas veces morir para nosotros mismos, así como para el mundo y sus pasiones, con un trabajo siempre

activo, incansable, renovador, en beneficio ajeno y para gloria de la verdad, y que se destaque por su legítima honestidad, espíritu de independencia y cooperación, sin ningún personalismo, porque el servidor de Jesús debe darse incondicionalmente a la causa, abstrandose de las opiniones y voluntades propias, que ningún valor pueden tener su doctrina. Es un camino áspero, sembrado de espinas y percances, de inacabables testimonios, sobre el que el peregrino derramará lágrimas y se herirá continuamente, al contacto de enormes disgustos. Sólo recogerá las flores, cuando pueda presentar al excelso Señor de la viña los preciosos talentos confiados a su celo de siervo obediente y servicial... “Quien quiera venir tras de mí –fue Él mismo quien lo dijo–, renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga”.

Fuera de eso, querido hijo, sólo sirve al ambicioso el regalo de las ambiciones personales, alejándose del Señor con acciones reprobables mientras finge servirle. ¿No tienes vocación para la renuncia que se impone ante ese honroso desempeño?... Estate tranquilamente, sirviendo al prójimo con buena voluntad y como puedas, en el seno de tu familia, que no andarás mal... ¿No te sientes verdaderamente sumiso a la palabra de aquel que se dio en sacrificio en los brazos de una cruz?... No te precipites, entonces, queriendo arrostrar responsabilidades tan grandiosas y pesadas que pueden comprometer tu futuro espiritual.

Vuelve, hijo, a tus obligaciones de ciudadano, cumpliendo tus deberes cotidianos y experimentando a cada paso la decencia de las costumbres... Vuelve a tu aldea, cuida tu ganado y tus campos, libérate de ambiciones precipitadas, que eso te va a ser más meritorio que traicionar un ministerio para el que no te encuentras aún preparado... Ara cuidadosamente la tierra amiga, velando por el terreno que te sirvió de cuna... y esparciendo en su generoso seno las semillas pequeñas y fecundas y bien pronto comprenderás que Dios está contigo, porque verás sus bendiciones siempre renovadas en los frutos sabrosos de tus pomares, en las espigas rubias del trigo que alimentará a toda tu familia, en la leche nutritiva que robustecerá el cuerpo de tus hijos... crea tu hogar y educa a tus hijos en el respeto a Dios, en el culto a la justicia y en el desprendimiento del amor al prójimo. Sé amigo de cuantos te rodean, sin olvidar tus plantaciones y los animales amigos que te sirven tan bien como tus propios siervos, que todo eso es un sacerdocio sublime, es servicio santificante del Señor de la viña...

* * *

La idea del matrimonio sustituyó con rapidez a las antiguas aspiraciones, quedándose impresionado con los consejos del digno siervo del Evangelio, que me habían llegado muy hondo. Me entregué apasionadamente al noble anhelo, y me preparé, con el corazón arrebatado, para hacerlo realidad. Sin embargo, dada la situación delicada en la que me encontraba en la casa paterna, llevándome mal con

mi padre, y la pobreza que dificultaba las acciones, mantuve en secreto los proyectos del matrimonio elaborados cariñosamente por mi corazón, que se enamoró perdidamente...

Entre las numerosas muchachas que adornaban nuestra aldea con la gracia de los atractivos personales y las prendas morales que eran sus mejores recomendaciones, se destacaba una, sobrina de mi madre, a la cual hacía mucho que admiraba, sin que me atreviese a exteriorizar a nadie los ardores que avivaban mi pecho al verla y hablar con ella.

Se llamaba María Magdalena y era esbelta, linda, sonrosada, con largas trenzas negras y perfumadas que le caían hasta la cintura, y un bello par de ojos lánguidos y seductores. Como yo, era hija de nobles arruinados, con la única ventaja de haber adquirido una buena educación doméstica y hasta social, gracias a la buena predisposición de sus padres.

Pasé a buscarla con ardor y muy enamorado, tal como era lógico en un carácter violento y rebelde. Me sentí correspondido, sin sospechar que sólo la soledad de una aldea aislada entre los arrabales tristes de Toledo, donde escaseaban jóvenes galantes, había creado la oportunidad considerada irresistible en mis sueños. Amé a la joven con indomable fervor, depositando mi destino en sus manos. Me habría refugiado de buen grado para siempre en la paz de un hogar honradamente constituido, poniendo en práctica los consejos del generoso consejero.

Pero la adversidad, rondaba los pasos, presentándose fuertes tentaciones en los trabajos de los testimonios imposergables, tentaciones de las que no me pude librar, debido a mi genio que destruía mi carácter, a la insumisión del orgullo herido y a la rebelión que predominaba siempre en mis actitudes ante un disgusto o una simple contrariedad.

María Magdalena, con quien, en secreto, había concertado el compromiso matrimonial para una ocasión propicia, me rechazó por un joven madrileño, primo de mi padre, adepto oculto de la Reforma, que había visitado nuestra humilde mansión, para pasar el verano con nosotros. Se trataba de un guapo militar de veinticinco años, a quien le quedaban muy bien los cabellos largos, los bigotes brillantes y arreglados, como buen caballero de la guardia real que era; la espada de mango reluciente como el oro, los guantes de gamuza y la capa oscilante y olorosa, que le daba aires de héroe.

Se llamaba Jacinto de Ornelas y Ruiz y se creía, o realmente era, conde provincial, heredero de buenas tierras y buena fortuna. Entre su figura reconocidamente elegante, las ventajas financieras que tenía y mi sombra rústica de labrador bisoño y paupérrimo, no era difícil escoger para una joven que no llegaba a los veinte años...

Jacinto de Ornelas no volvió solo a su mansión de Madrid.

María Magdalena quiso unir su destino al de él por los vínculos sagrados del matrimonio, dejando la aldea y alejándose para siempre de mí, risueña y feliz, aprovechándose, para la traición infligida a mis sentimientos de dignidad, del secreto de nuestros proyectos, porque nuestros padres lo ignoraban todo al respecto, mientras que yo, humillado y con el corazón sangrando insoportables torturas morales, tuve, desde entonces, el futuro irremediablemente comprometido para aquella existencia, fracasando en los motivos para los que reencarné, olvidando los consejos y advertencias de abnegados amigos, a causa de la disconformidad y rebelión que eran el atributo de mi personalidad.

Juré odio eterno a ambos. Rencoroso y despechado, les deseé toda suerte de desgracias, mientras mi mente elaboraba con maldad proyectos de venganza convirtiendo mi existencia en un infierno sin bálsamo, en un desierto de esperanzas. Mi aldea se me hizo odiosa. Por todas partes donde iba era como si me enfrentase a la imagen graciosa de María Magdalena con sus trenzas negras balanceando a lo largo de su cuerpo... Me ahogaba en una añoranza inconsolable, humillándome profundamente. Me avergonzaba ante el pueblo por la traición de la que había sido víctima y me sentía ridiculizado, apuntado por antiguos compañeros de juerga, creyendo girar mi nombre en comentarios chistosos, pues muchos habían descubierto mi secreto. Perdí las ganas de trabajar. El campo se me volvió intolerable, por sentirme humillado ante el recuerdo del elegante aspecto de mi rival que me había arrebatado los sueños de novio.

En vano mis compasivos amigos me aconsejaron escoger otra compañera para asociarla a mi destino, advirtiéndome de que el hecho, que tan profundamente me había herido, era algo normal en la vida de cualquier hombre menos riguroso e irascible. Ardiente y exageradamente sentimental, sin embargo, eliminé el matrimonio de mis aspiraciones, encerrando en mi corazón sublevado la añoranza del corto noviazgo que me convirtió en un desdichado.

Entonces volvieron nuevamente a mi mente las antiguas tendencias hacia el sacerdocio. Las acogí ahora con alborozo, dispuesto a no dejarme seducir por las cantilenas de quien fuese, encontrando gran serenidad y alivio en la idea de servir a la iglesia mientras eso sirviese para elevar mi humildísima condición social. No iba a ser muy difícil; si bien los recursos económicos escaseaban, tenía un nombre respetable y parientes bien vistos que no me negarían ayuda para la realización del gran intento. Me amparé en la impetuosa esperanza de vencer, de ser alguien, de subir, por el medio que fuese, con tal de sobrepasar a Jacinto en la sociedad y en el poder, haciéndole curvarse ante mí, y al mismo tiempo humillar a María Magdalena, obligándole a preocuparse por mí, aunque sólo fuese para odiarme.

La muerte de mi padre ayudó a la realización de mis nuevos proyectos. No atendí las razones alegadas por mi madre, en cuanto a hacerme cargo de la dirección de nuestras propiedades, en el lugar del difunto. Una inquietud insoportable

ocupaba mis días e ideas obsesivas minaban mi cerebro en un estado permanente de agitación y angustia, implantando un problema en mi ser, difícil de solucionar en el curso de una existencia.

Presa de pesadillas alucinatorias, soñaba por noches enteras, que mi viejo padre, así como otros amigos fallecidos, volvían de la tumba para aconsejarme detenerme en la pretensión adoptada respecto al futuro, prefiriendo el matrimonio honesto con alguna de mis compañeras de infancia, pues ese era el camino más digno para proporcionarme dicha y tranquilidad de conciencia. Pero el resentimiento hacia María Magdalena, convertía en irrealizable cualquier nuevo intento sentimental y deshacía rápidamente las impresiones sugeridas por los venerables amigos espirituales que deseaban impedir que practicase nuevos y deplorables deslices ante la ley de la providencia.

¡Me hice sacerdote con gran facilidad!

La Compañía de Jesús, famosa por el poderío ejercido en todos los sectores de las sociedades regidas por la Iglesia Católica Romana y por los hechos que no siempre primaron por la obediencia y el respeto a las recomendaciones de su Excelso Patrono, de cuyo nombre usó y abusó, me proporcionó una ayuda inestimable e inapreciables ventajas. Me instruyó brillante y rápidamente a su sombra, como tanto ansiaba desde la infancia. Absorbía, ávido, el manantial de ilustración que me ofrecían en la comunidad al ver mis ambiciones vehementes, como fácil instrumento que apuntaba ser yo para amoldarse bajo el férreo dominio de sus garras.

Era como si mi inteligencia sólo se acordase de lo que debía aprender, tal era el poder de asimilación que existía en mis facultades. Mi gratitud, a su vez, no conoció límites. Me uní a la Compañía con todas las fuerzas que disponía mi alma ardorosa. Obedecía a los superiores con un celo fervoroso, sirviéndolos satisfactoriamente, yendo realmente en busca de sus deseos. Aprendí a respetar los intereses de la Iglesia, y los de la organización clerical en que me encontraba, por encima de todas las demás conveniencias, fuesen las que fuesen, tal como haría un verdadero jesuita.

No me referiré a la causa divina. No la desposé, pensando edificar mi alma con las claridades de la justicia y del deber. Tampoco aprendí a amar a Dios o a servir al Maestro redentor en el seno de la comunidad en la que estaba.

En la Compañía de Jesús existían siervos eminentes, cuyos desempeño cristiano se podría equiparar a los de los primeros trabajadores del apostolado mesiánico. Pero no me solidaricé con esos. No les conocí ni lograron interesarme sus existencias. De la poderosa organización religiosa que fue la Compañía de Jesús, yo sólo deseaba la posición social que me podía proporcionar, compensando la oscuridad de mi nacimiento, así como los deleites del mundo, las locas satisfacciones del

orgullo, las ambiciones inferiores y las vanidades soeces, ya que el perjurio de la novia idolatrada había cortado mis nacientes proyectos honestos.

Siendo así, es decir, para lograr adquirir todo ese detestable patrimonio, serví con celo frenético a las leyes de la inquisición. Perseguí, denuncié, calumnié, intrigué, mentí, condené, torturé y maté. Habría denunciado a mi propio padre, tal era la demencia que se había posesionado de mí, llevándole ante el tribunal como agente de la Reforma, si protegido por la Misericordia Celeste, no hubiese entregado antes su alma al Creador. No lo haría, sin embargo, con refinamientos de maldad; mi intención era servir a los superiores, engrandecer la causa de la Compañía, probar con dedicación eterna la incondicional gratitud que dominaba mi alma apasionada, por el amparo que me habían ofrecido. Fui, yo mismo, víctima de la institución, porque, sabiéndome sumiso y agradecido por los favores recibidos, mis superiores explotaban esos sentimientos, induciéndome a la práctica de crímenes abominables, seguros de mi aceptación.

Si, en vez de esta Compañía, hubiese optado por alguna comunidad franciscana, me habría educado, transformándome en un alma creyente e incapaz de prácticas dañinas. Por lo menos me habría habituado a la honradez de las costumbres, al respeto al nombre del Creador, al interés por las desgracias ajenas, pensando en remediarlas. La Compañía de Jesús, sin embargo, a pesar del nombre excelso del cual se valió para inspirarse, me convirtió en un réprobo, ya que me atrajo justamente el departamento político-social, que tantos abusos cometió en el seno de las sociedades, ¡y en nombre de la religión!

Durante mucho tiempo olvidé a aquellos que me habían traicionado. No les busqué, no me importó el destino que habían tomado. La verdad es que se fueron a Holanda, donde Jacinto de Ornelas tenía cierta misión militar. Mas un día el azar me puso nuevamente ante su presencia. Habían pasado ya quince largos años desde que su visita a la mansión de mis padres había convertido a mi corazón sentimental en un horno de odios. Los deberes profesionales, que le habían alejado de la patria, ahora le hacían retornar, gozando de un excelente concepto hasta en las antecámaras reales y disfrutando una envidiable posición social.

Al verme obligado a estrechar su mano en una ceremonia religiosa, lo hice como a un extraño, sintiendo, no obstante, que en mi corazón, a causa de la antigua rivalidad, hervía la dolorosa angustia experimentada en el pasado, que creció ante su presencia, previniéndome que, si el sentimiento de amor por María Magdalena había desaparecido, sofocándome en la vergüenza del perjurio indigno, la llaga que se abrió entonces aún sangraba, clamando por desquites y represalias.

Procuré observar su vida, sus pasos de adepto a la Reforma, su pasado y su presente, lo que hacía, lo que pretendía, cómo vivía, el grado de armonía existente en el hogar doméstico y hasta las particularidades de su existencia, gracias al experto cuerpo de espías que estaba a mis órdenes, como buen agente que era yo

del Santo Oficio. Jacinto de Ornelas era feliz con su esposa y se amaban tierna y fielmente. Tenían hijos, a los que procuraban educar en los preceptos de una buena moral. María Magdalena, dama hermosa y cortejada, que se imponía en la sociedad por virtudes inatacables, tenía la belleza altiva y digna de sus treinta y tres primaveras, y, desorientado, enloquecido por mil proyectos nefastos y degradantes, al verla por primera vez, después de tantos años de ausencia, sentí que no la había olvidado como al principio supusiera, y que todavía la amaba, para desventura de todos nosotros.

La antigua pasión, difícilmente adormecida por el tiempo, irrumpió aún más ardiente desde que comencé a verla nuevamente, todas las semanas, practicando oficios religiosos en una de las iglesias de nuestra diócesis, como buena católica que deseaba parecer, para ocultar sus verdaderas inclinaciones reformistas que animaban a toda la familia.

Deseé atraerla y cautivar, ahora, las atenciones amorosas negadas en otro tiempo, y, bajo la presión de tal intento, la visité ofreciéndole ayuda y deshecho en amabilidades. No lo conseguí, aunque las visitas continuaron. Recrudeciò en mi pecho el furor sentimental, sabiéndome totalmente olvidado, tal como la erupción inesperada y violenta de un volcán adormecido durante siglos. Intenté cautivarla tiernamente, arrastrándome en mil actitudes serviles, apasionadas y humillantes. Me resistió con dignidad, probando el absoluto desinterés por el afecto que ponía a sus pies, como también por las ventajas sociales que yo le podría ofrecer. Intenté sobornarla llevándola a comprender el poder del que disponía, la fuerza que el hábito de la Compañía me proporcionaba en todo el mundo, los favores que podría prestar a su marido, incluso reales garantías para ejercer su fe religiosa, pues yo sabría protegerlos contra las represiones de la ley, siempre que estuviese de acuerdo en consentir a mis proyectos de amor. Sin embargo me rechazó, sin compasión ni temor, escudada en la más santificante fidelidad conyugal que yo había visto hasta entonces, dejándose, además, convencido de que se había abierto más que nunca un abismo entre nuestros destinos, que yo creía unidos para siempre.

Ahora, Jacinto de Ornelas y Ruiz, que era conocedor de la pasión que me destruyera la existencia, viéndome asediar su hogar con actitudes amistosas, percibió fácilmente la naturaleza de los intentos que me animaban. Yo, además, no procuraba disimularlos. Actuaba, al contrario, provocativamente, dado que la persona de un jesuita y, aun más, oficial del Santo Oficio, era inviolable para un lego. Puesto al corriente de los hechos por su misma esposa, que buscaba en él fuerza y consejos para resistir mis insidiosas propuestas, se llenó de temor, no confiando en los lazos de parentesco; y, de acuerdo con sus superiores, se preparó para dejar Madrid, buscando refugio en el extranjero para sí mismo y su familia.

Sin embargo, le descubrí a tiempo. Vivir sin María Magdalena era una tortura que ya no podía soportar. No me importaba sentirme desgraciado, incluso despre-

ciado por ella, quería realmente ser odiado con todas las fuerzas de su corazón, pero poderla tener al alcance de mis ojos, que la viese a menudo, que la supiese junto a mí, aunque en verdad estuviésemos separados por duras e irremediables circunstancias.

Desesperado, pues, deseando lo inalcanzable a cualquier precio, denuncié a Jacinto de Ornelas como protestante, al Tribunal del Santo Oficio, pensando librarme de él para poder conquistar a su esposa. Probé con hechos la denuncia; libros heréticos con relación a la Virgen Madre, que siempre fueron armas terribles en las manos de los denunciantes para perder a las víctimas de sus persecuciones, espartajos fabricados, casi siempre, por los mismos que hacían la denuncia; correspondencia comprometedora con luteranos de Alemania; acuerdos con adeptos dispersos por el país entero y en Francia; su ausencia sistemática al confesionario, los propios nombres de los hijos, que recordaban a Alemania y a Inglaterra, pero no a España, y cuyos registros de bautismo no pudo presentar, alegando haber sido realizados en Holanda. Todo lo probé, no, por celo a la causa de la religión que debía considerar digna de respeto, y sí para vengarme del desprecio que, por amor a él, María Magdalena me profesaba.

Una vez preso y procesado, Jacinto me fue entregado por orden de mis superiores, que no me pudieron negar la primera solicitud de este género que yo les hacía, dados los buenos servicios prestados por mí a la institución.

Le conservé desde entonces en el fondo de una mazmorra infecta, donde el desgraciado pasó a soportar una larga serie de horribles privaciones, angustias y sufrimientos indescriptibles, inconcebibles a la mentalidad del hombre moderno, educado bajo los auspicios de democracias que, aunque todavía bastante imperfectas, no pueden permitirse la comprensión exacta de la aplicación de las leyes férreas y absurdas del pasado. Cebé en él la rebelión que me retorcía el corazón sintiéndome despreciado por la mujer amada, por su culpa. Mi despecho inconsolable y los celos que me habían alucinado desde hacía tantos años me inspiraron toda clase de torturas feroces, que le aplicaba poseído de un placer demoníaco, recordando el rostro sonrosado de María Magdalena, que ya no había podido besar más; las trenzas ondulantes cuyo perfume no aspiraba; los lindos brazos que a él y no a mí habían abrazado tiernamente contra su corazón. Cobré, uno a uno, a Jacinto de Ornelas y Ruiz, en la sala de torturas del tribunal de la Inquisición de Madrid, todos los besos y caricias que me había robado de aquella que yo había amado hasta la locura y la desesperación.

Hice que le arrancaran las uñas y los dientes, que le fracturasen los dedos y dislocasen las muñecas, que le quemasesen la planta de los pies hasta convertirlas en una llaga, pero lenta y pacientemente, con láminas calentadas sobre brasas, que le azotasesen sus carnes, destrozándolas, y todo bajo el pretexto de salvarle del infierno

por haber anatematizado, obligándole a confesiones de supuestas conspiraciones contra la Iglesia, bajo cuyo nombre me oculte para la práctica de vilezas.

Presa de enloquecedora inquietud, María Magdalena me buscó...

Me suplicó, entre lágrimas, piedad y compasión. Me recordó que ambos eran parientes míos, los días lejanos de la infancia encantadora, disfrutados en la dulce convivencia campestre, entre las alegrías del hogar doméstico, protegidos ambos por una intimidad casi de hermanos...

Cínico y cruel, le respondí, preguntándole si fue pensando en todos aquellos detalles inefables de nuestra juventud que, ella misma, o tal vez con Jacinto, concertaron la traición abominable que me perpetraron...

Me habló de sus hijos, que iban a quedar a merced de durísimas consecuencias, con el padre acusado por el Santo Oficio, y, todavía más, si él muriese, a causa del encarcelamiento prolongado, concluyendo por suplicar, bañada en lagrimas, por la vida y la libertad de su marido, como también por mi protección para refugiarse en Inglaterra...

Hablé entonces, después de lanzarle en el rostro la odiosa hiel que salía de mi alma, viéndola a merced de mi resolución:

—Tendrás a tu marido, María Magdalena... pero con una condición, de la que no desistiré jamás: ¡Entrégate! ¡Sé mía! Consiente en unir tu existencia a la mía, aunque a escondidas... y te lo devolveré sin incomodarte más...

La desgraciada se resistió todavía durante algunos días. Me expuso, entre lágrimas y súplicas, todas las razones que una mujer virtuosa, fiel a su conciencia y a los deberes de esposa, podría concebir para que mi afán de conquistador sin escrúpulos, renunciase a su propósito. Pero yo hice oídos sordos, como ella, cuando en otro tiempo le supliqué, desesperado al verme abandonado, que se apiadase de mí, no traicionando mi amor en favor de Jacinto. Aquella mujer que yo tanto había amado, que habría hecho de mí un esposo dedicado y humilde, me convirtió en una fiera con su perjurio en favor del otro. Se levantaban, del fondo de mi ser psíquico, las remotas tendencias maléficas que, en Jerusalén, en el año 33, me hicieron condenar a Jesús de Nazaret en favor de la libertad del bandolero Barrabás.

Además, existía mucho de capricho y vanidad en las actitudes que me llevaban a desear la ruina de María Magdalena, y, mientras la pareja sufría el drama punzante que el hombre moderno no puede comprender sino a través del colorido de la leyenda, yo me alegraba con la satisfacción de vencerla, destrozando su felicidad, que tanto incomodaba a mi orgullo herido.

Cuando, algunos días después de nuestra reunión, la desventurada novia de mi juventud, bajando a la sala de torturas, vio el espectro a que se había reducido su bello oficial de mosqueteros, ya no dudó en acceder a mis innobles caprichos. Yo

la había llevado hasta allí a propósito, con la excusa de visitarle, viendo que su rechazo amenazaba prolongarse.

Para suavizar los sufrimientos de su marido, ahorrándole las torturas diarias, que lo extenuaban y para salvar aquella vida, para ella preciosa sobre todos los demás bienes, que yo amenazaba con exterminar, la infeliz accedió a mis pretensiones, inmolándose para que su sacrificio permitiese la liberación y la vida del padre de sus hijos.

Pero mi despecho se exasperó con el triunfo, puesto que más que nunca, me vi rechazado. Yo había pretendido convencer a María Magdalena a asociarse para siempre a mi destino, concediéndole el retorno de su esposo. Ella, sin embargo, que se había sacrificado a mis exigencias intentando salvarle la vida, no podía ocultar el desprecio y el odio que mi persona le inspiraba, lo que, finalmente, me provocó el cansancio y la rebelión.

Entonces me detuve, exhausto de luchar por un bien inalcanzable, y renuncié a los insensatos anhelos que me enloquecían. Pero, aun así, una siniestra venganza se engendró en mi cerebro inspirado en los poderes del mal, que, realizada con el más detestable refinamiento que puede fluir de las profundidades de un corazón envidiioso, despechado y celoso, fue la causa de las desgracias que desde hace tres siglos persiguen mi espíritu como una sombra siniestra de mí mismo proyectada sobre mi destino, desgracias que los siglos futuros todavía verán en sus dolorosos epílogos.

María Magdalena me pidió la vida y la libertad de su marido y me comprometí a concederlas. Se olvidó, sin embargo, de hacerme prometer devolverle intacto, sin mutilaciones. Entonces, hice que le vaciasen los ojos, perforándoles con puntas de hierro candente, y así desgraciándole para siempre y lanzándole en las tinieblas de un martirio intolerable, sin darme cuenta que existía un Dios todopoderoso contemplando, de lo alto de su justicia, mi acto abominable, que yo había archivado en lo más íntimo de mi conciencia como reflejado en un espejo, para acusarme y exigirme inapelables rescates a través de los siglos.

Todavía hoy, tres siglos después de estos tristes hechos, recordando tan tenebroso pasado, me hiere en el alma la visión de la desgraciada esposa que, yendo, a petición mía, a recibir a su pobre compañero en el patio de la prisión, al ver la extensión de mi perversidad no hizo sino contemplarme sorprendida para, después, deshacerse en llanto, postrada de rodillas ante su esposo ciego, abrazándole las piernas vacilantes, besándole las manos con indescriptible ternura, recibiéndole maltratado e inválido con increíble amor, mientras yo me burlaba, entre risas.

—Te concedí la vida y la libertad del hombre amado, tal como consta en nuestro acuerdo... No puedes negar mi generosidad para con la novia perjura de otro tiempo, puesto que, pudiendo matarle, le pongo en tus brazos...

Pero estaba escrito, o yo así lo quise, que María Magdalena seguiría recorriendo un duro calvario en aquella desventurada existencia; Jacinto de Ornelas y Ruiz, sin poderse resignar con esa situación tan inesperada como terrible, no queriendo ser un estorbo para la vida de su dedicada compañera, que ahora llevaba su hogar, multiplicándose en actividades que permitían la subsistencia de los suyos, abandonada por los amigos, que temían las sospechas del mismo tribunal que había juzgado a su marido y olvidada hasta por mí, que me desinteresé de poseerla, aburrido de las inútiles tentativas para hacerme amar, Jacinto, que deseaba salvar de la persecución religiosa que amenazaba sin tregua a ella y a sus hijos, se suicidó dos meses después de obtener la libertad, ayudado en su gesto siniestro por su hijo más joven, que, en la inocencia de sus cinco años, entregó a su padre el puñal solicitado discretamente por éste, y que usó poniéndole en su garganta mientras apoyaba la otra extremidad sobre el borde de una mesa, poniendo, fin a su existencia.

María Magdalena volvió a la aldea natal con sus hijos, desolada e infeliz. Nunca más, hasta el momento en que escribo estas páginas, pude verla o tener noticias de ella. ¡Y ya pasaron tres siglos, oh Dios mío!...

* * *

El arrepentimiento no tardó en hacer mella en mi disminuido ser. Nunca más, desde entonces, logré tranquilidad ni siquiera para conciliar el sueño. Un indescriptible estado de sobreexcitación nerviosa me mantenía continuamente aturdido y perplejo, haciéndome ver la imagen de Jacinto de Ornelas, martirizado y ciego, por todas partes donde me encontrase, como si se hubiera estampado en mis recuerdos de forma indeleble.

Puedo asegurar que mi deseo de enmienda comenzó en el momento justo en que, al entregar a Jacinto a su mujer, la vi postrarse ante él, cubriéndole las manos de besos y de lágrimas mostrando, en el ápice del infortunio, un sentimiento sublime de amor y compasión, que yo no estaba a la altura de comprender. Desde entonces traté de evitar cumplir las tenebrosas órdenes de mis superiores, lo que, lentamente me indujo a la inobservancia de los deberes a mí confiados, y me hizo perder la confianza que hasta entonces me tenían y, más tarde, me llevó a la prisión perpetua. Desde la segunda mitad, del siglo XVII hasta ahora, entré a expiar, ya en la Tierra como hombre o en lo invisible como espíritu, los crímenes y perversidades cometidos bajo la tutela del Santo Oficio.

Un arrepentimiento sincero y que yo os garantizo, amigos míos, que ha inspirado todos mis actos, me ha animado a enfrentar situaciones con todos los matices del infortunio, con tal de borrar de mi conciencia la mancha de haberme valido del nombre augusto del divino Crucificado para la práctica de acciones criminales.

Narrar lo que han sido esas luchas hasta hoy y las lágrimas que han ardido en mi alma arrepentida y desolada, los remordimientos terribles, impuestos por la conciencia exacerbada, la serie, en fin, de los acontecimientos dramáticos que desde entonces me persiguen, sería una tarea fatigosa y realmente horrible, a la que no me expondré. Serían necesarios, además, algunos libros, para cada etapa...

Hasta que, en la segunda mitad del siglo XIX, me preparé ¡sólo entonces! para la última fase de las expiaciones inapelables: la ceguera.

Debía perder, de cualquier forma, la vista, viéndome impedido de esa forma, de garantizar mi subsistencia, y privarme del trabajo honroso para aceptar la ayuda, que cuanto más compasiva y tierna era, más vejatoria y humillante resultaba para el desmedido orgullo que todavía no pude arrojar de mi carácter rebelde, desbaratar ideales, deseos, ambiciones, viendo, al mismo tiempo, caer mis valores morales e intelectuales, mi posición social, para aceptar la oscuridad inalterable con mis ojos apagados para siempre. Pero también debía hacerlo resignada y dignamente, demostrando pesar por las salvajes acciones cometidas contra el rival de otros tiempos, demostrando respeto y probando íntimos homenajes hacia aquel mismo Jesús cuya memoria había sido ultrajada por mí tantas veces.

Todos vosotros sabéis la debilidad que me asaltó al verme ciego. No tuve fuerzas en absoluto para el terrible testimonio, en la hora culminante de mi rehabilitación. ¡Oh, la justicia inmanente del Creador, que nos deja entregados a nuestra propia responsabilidad, para que nos castigemos o nos glorifiquemos a través de las acciones que cometemos a lo largo de las sucesivas existencias!

El mismo horror que Jacinto de Ornelas sintió con la ceguera lo sentí yo también, tres siglos después, al percibir que había perdido la luz de mis ojos. Los tormentos morales, las angustias, las humillaciones insufribles, la desesperación inconsolable, al verse uno a merced de las tinieblas, y que llevaron a aquel desgraciado al funesto error del suicidio, también se acumularon en mí con tal dominio que imité su gesto, convirtiéndome en 1890, en suicida, como lo había sido él a mediados del siglo XVII...

Todo eso ocurrió así. Ciento, errado o discutible, así fue como sucedió... y tal como fue es como lo debía relatar.

De este enredo pavoroso, ¿habría que considerar que la suprema ley del Creador me imponía como expiación cometer un suicidio para sufrir sus consecuencias?

¡Absolutamente, no!

La suprema Ley, que se asienta en la supremacía del amor, la fraternidad, el bien, la justicia, así como del deber y todas sus gloriosas consecuencias, y que, al mismo tiempo, previene contra todas las posibilidades de falta de armonía y heterogeneidad con sus sublimes vibraciones, no establecería como ley jamás, la infracción máxima, condenada por ella misma. Lo que pasó conmigo fue el efecto

lógico de una causa creada por mi desconocimiento de la ley soberana y armoniosa que rige el Universo. Falto de armonía con ella y enredándome en problemas cada vez más deprimentes a través de las acciones cometidas en la sucesión de las existencias corporales, fatalmente llegaría al desastre máximo, como una roca que, cayendo de lo alto de la montaña, rueda rápidamente hasta el fondo del abismo...

Y la fatalidad es esa creación nuestra, generada con nuestros errores e inconsecuencias a través de las edades y del tiempo.

Que me creas o no, lector, no destruirá las líneas de la verdad expuesta en estas páginas; la triste historia de la humanidad con su carga de desgracias, que tan bien conoces, ahí está, diariamente dando ejemplos idénticos al que acabo de presentarte...

CAPITULO VI

EL ELEMENTO FEMENINO

Dejé la sala donde el misterio de tantas existencias había salido del fondo de mi alma, ofreciéndome a mí mismo y a mis compañeros preciosos esclarecimientos, amparado por los brazos compasivos de Pedro y Salustio. Había resultado exhaustivo el esfuerzo para rememorarlas, a pesar de la presencia y la ayuda poderosa de los instructores que me asistían. Los recuerdos del pasado delictivo, los sufrimientos experimentados a lo largo de las edades vividas por mí, y ahora reanimados y acarreados para su apreciación en el presente, me impresionaron profundamente, abatiendo mi ánimo y traumatizando mis sentimientos y mis facultades.

Me sentí enfermo, ya que la mente y los sentimientos, se habían unido en un agotador y delicado servicio de revisión psíquica personal, y, por eso, me llevaron a un gabinete clínico anexo al propio recinto de las singulares y sublimes experiencias. Había allí dos técnicos de guardia, ya que, accidentes como el experimentado por mí, eran diarios y normales entre los discípulos cuya penoso bagaje mental les lanzaba a crisis insoportables de alucinación, en las que, a veces, llegaban al borde de la demencia.

Fui bondadosamente recibido en dicha dependencia, donde la caridad daba a aspirar su fragancia a nuestros espíritus frágiles y pusilánimes y allí me administraron aquellos dedicados servidores de la Legión un tratamiento magnético balsámico, para la urgencia del momento, efectuando, en los días siguientes, un seguimiento clínico-psíquico especializado y muy eficiente.

Pasados algunos días, y vuelto a la luz de la realidad, completamente lúcido en cuanto a mi verdadera personalidad, reflexioné con madurez y llegué a una conclusión única para poderme, algún día, sentir plenamente rehabilitado ante mi propia conciencia y la Ley suprema que venía infringiendo hacia tanto tiempo: ¡Reencarnar! ¡Sí, renacer una vez más! Sufrir digna y serenamente, la prueba de la pérdida de la visión material, en la que hacía poco había fracasado, prefiriendo el suicidio a seguir viviendo con la incapacidad de ver, hacer lo contrario de lo que había hecho antes, es decir, amar compasiva y caritativamente a mis semejantes, proteger, auxiliar y servir al prójimo, utilizando todos los medios lícitos a mi alcance, llegando, si fuese necesario, a la abnegación del sacrificio, bajo las hecatombes morales de mi pasado amargo, construyendo santos aspectos del bien legítimo, que me ayudasen a resarcir las tinieblas que había sembrado hasta entonces.

Una tristeza irresistible, todavía más penosa de la que tenía hasta ese momento, cubrió de nuevas angustias las horas que vivía, y las impresiones ingratis y dominantes de un remordimiento, que nada entre los humanos será capaz de traducir, impedían la posibilidad de alcanzar cualquier forma de verdadera felicidad.

Sin embargo, los bondadosos instructores, los amigos que nos rodeaban y las vigilantes caritativas y afables reanimaban mis fuerzas, como también lo hacían a mis compañeros de luchas e infortunios, pues los sufrimientos de uno reflejaban los de los demás, dando lo mejor de sus consejos y ejemplos, insistiendo en las lecciones del aprendizaje, que seguía su curso normal, y motivándonos para el trabajo reconstructivo, sin esperar una nueva reencarnación, que no estaba ni siquiera proyectada.

Ahora, uno de los grandes incentivos que nos ofrecían para conformarnos con la situación, eran las reuniones de arte y moral a las que ya tuvimos ocasión de referirnos, que, con el paso del tiempo, asumieron un aspecto especial por servir a la causa de la rehabilitación particular, en los ejemplos, las demostraciones y en los análisis que nos ofrecían, indicándonos caminos a seguir, ejemplos a imitar, etc., etc.

En los parques de la ciudad, cuya extensión no habíamos conseguido evaluar hasta entonces, existían rincones con una belleza sugestiva inconcebible a un ser humano, tal era la superioridad ideal del conjunto como de cada detalle, y los matices evocativos que atraían al pensamiento hacia el dominio de la armonía en el arte. Se trataba de residencias y habitaciones, en que la arquitectura y el arte decorativo, sobrepasaban todo lo que los clásicos terrenos han imaginado de más noble y bello; miniaturas de ciudades o aldeas pintorescas y lindas, con lagos rodeados de alfombras floridas y olorosas, templos consagrados al cultivo de las letras y de las artes en general, en especial de la música y de la poesía, que allí notamos alcanzaban proporciones vertiginosas e inimaginables para cualquier pensador terrestre, como en el caso de Federico Chopin, a quien tuvimos ocasión de ver transfigurar la magia del sonido, en encanto de vocabulario poético traducido en una secuencia arrebatadora de visiones ideales, que sobrepasaban nuestras posibilidades en cuanto a la idea de lo bello, arrancándonos lágrimas y una ternura inédita, ayudando así al despertar de facultades espirituales que yacían latentes en nuestro ego.

Parecía que eran la música y la poesía las artes preferidas por los iniciados –si es posible afirmar tales predilecciones en mentes como aquellas, educadas bajo los más adelantados principios del ideal que podríamos concebir. Y hasta reproducciones exactas, presentadas en un sublime estado de quintaesencia, bellas hasta el límite, construidas fluídicamente bajo el influjo de voluntades adiestradas en la superioridad de los conceptos magnánimos del amor y del bien, de los paisajes evocativos de la peregrinación mesiánica, escenarios sugestivos y atractivos de los

primeros acordes de la palabra inmortal que había bajado de las regiones celestes para consuelo de los sufridores y liberación de los oprimidos.

De esta forma, nos fue concedida la grata satisfacción de caminar a lo largo de los lagos de Genesarét y Tiberiades y de otros lugares nostálgicos, testigos del divino apostolado del Señor; y, tales eran las sugerencias de que se impregnaban de esas reproducciones, que era como si el Divino Amigo se hubiese alejado de allí hacía apenas unos pocos momentos, pues recibíamos todavía, en nuestras repercusiones mentales, el dulce murmullo de su voz como emitiendo los últimos acordes, que se dirían vibrando en el aire, de la melodía inolvidable que tan bien ha calado en el corazón de los desheredados, hace dos mil años: "Venid a mí, vosotros que sufrís, y yo os aliviaré. Aprended conmigo, que soy blando y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas..."

Ante esas augustas expresiones de amor y veneración al Maestro, concedidas por las nobles entidades ejecutoras de la belleza del lugar donde vivíamos, muchas veces me sumergí en meditaciones profundas y tiernas, mientras dejaba rodar lágrimas de arrepentimiento ante la evocación de aquel año 33, que, ahora, yo podría recordar con facilidad, cuando, madero al hombro, paciente, humilde, resignado, el Mesías, ahora venerado en mi corazón, subía la cuesta rumbo al Calvario, mientras yo vociferaba demoníacamente, exigiendo su suplicio.

A la entrada de cada uno de esos locales se veía el distintivo de la Legión y el nombre de las servidoras que los imaginaban y realizaban, pues conviene explicar que todas esas minucias eran realizadas por la mente femenina con sede en los servicios educativos de nuestro Instituto.

Cada día de reunión, eran ofrecidas a los circunstantes, en particular a los internos, horas gratísimas de sublime aprendizaje, durante el cual nos daban como ejemplos de abnegación, de dedicación al prójimo, de humildad y paciencia, así como de heroísmo y valor moral frente a la adversidad, que caían en nuestra alma como un generoso estímulo al progreso que necesitábamos realizar. Ese aprendizaje, realizado a través de la magnífica explicación extraída de la propia historia de la humanidad con sus luchas y dolores innumerables, sus victorias y rehabilitaciones, era administrado, conforme nos dijeron, por nuestros propios maestros y mentores o por los grupos de visitantes de otras esferas que bajaban hasta nosotros con el intento fraternal de contribuir para nuestro alivio y progreso.

Nos permitieron conocer muchos dramas, vividos por las propias damas de la Vigilancia, así como por personajes destacados de nuestra Colonia, como Ramiro de Guzmán y los dos de Canalejas, como ejemplo y advertencia, presentados realmente como modelos dignos de ser imitados. Y esos dramas no eran más que la descripción de las luchas sustentadas durante las experiencias de progreso y de los sacrificios testimoniados en la encarnación o a través de trabajos incansables en el Espacio. Sobre esto, nos invitaban a opinar y a hacer comentarios morales y artís-

ticos después, observando nosotros, entre otras muchas cosas importantes para nuestro reajuste en los campos de la moral, el hecho sorprendente de encontrarse el hombre rodeado de las más hermosas expresiones de un arte superior entre todos, en las luchas profundas de cada día; el arte glorioso de aprender a desarrollar en sí mismo los valores espirituales que se encuentran latentes en sus profundidades anímicas.

Un día, finalmente, fuimos informados de que había llegado la vez a nuestras bondadosas vigilantes de presentar el fruto de sus meditaciones brillantes, de su sensibilidad noblemente inclinada hacia los ideales superiores. Un gran alborozo agitó nuestro grupo, como era natural; la expectativa nos emocionaba, y con una gran satisfacción el día marcado, nos dirigimos a los lugares creados por aquellas tiernas amigas, cuyo fraternal desvelo mantenía siempre encendida en nuestra alma la llama el amor sacroso a la familia, el hogar y el respeto a nosotros mismos.

Rita de Cassia era poetisa. Su sensibilidad de creyente convencida y su hermoso carácter fortalecido en el fervor diario de actos de amor y dedicación al prójimo, en el seno de la sociedad en que espiritualmente vivía o en el desempeño de tareas a su cuidado confiadas para los trabajos en el plano terrestre, se realizaban al ritmo de una legítima inspiración. Ella misma vino al Internado a requerir nuestra presencia, conduciéndonos a su residencia, donde entramos por primera vez. Se trataba de una delicada sala construida bajo el dominio de sugerencias conmovedoras de su gran piedad filial, pues ella la había imaginado a través de añoranzas santificantes y resignadas de los que fueron sus padres en la Tierra, que la habían amado mucho, pues Rita era un modelo de hija amorosa tierna, agradecida y respetuosa. Imprimió a su residencia en Ciudad Esperanza el reflejo del hogar paterno, pero mucho más bello, donde vivió su corta existencia planetaria, la última vez, en Portugal, desencarnando allá el año 1790...

Atardecía suavemente y suaves tonalidades se mezclaban con múltiples reflejos en la atmósfera melancólica de la Ciudad Universitaria, que parecía llena de fluidos suavizantes y regeneradores, que inducían a todas las mentes que allí se encontraban a vibraciones tiernas, impulsando a todos los corazones hacia ritmos superiores.

Eran pocos los invitados que recibía aquella hermosa entidad esa tarde. Sus alumnos, algunos amigos más íntimos y los maestros iniciados, cuya presencia era indispensable, puesto que ella también al contacto de las lúcidas mentalidades que nos educaban, componían toda la asistencia. Entre los amigos vimos con placer a los dos de Canalejas, Joel Steel, a quien la muchacha parecía rendir un culto fraternal y fervoroso, y a Ramiro de Guzmán.

Una vez reunidos todos, la joven poetisa nos llevó a un rincón del jardín, donde el efecto de los últimos rayos del astro rey, unidos a los fluidos del ambiente, proporcionaban unos matices maravillosos, que, para nosotros, pobres ignorantes de los fascinantes motivos comunes al mundo espiritual, parecía un retazo del

cielo, trasplantado allí como bendición encantadora y consoladora. Entramos entonces, en una cámara de dimensiones amplias y agradables, un verdadero lugar de ensueño, cuya gracialidad y dulce belleza eran una demostración delicada de la gentileza de su creadora, muchacha cuya mente, a pesar de ser muy esclarecida, conservaba la delicada sensibilidad de las quince primaveras.

Se trataba de un pequeño salón al aire libre, engalanado de rosas trepadoras cuyo aroma deleitaba, estimulando el sentido de lo bello. Unos artísticos y originales sillones se alineaban en semicírculo, y parecían hechos con ramas de arbustos floridos, predisponían graciosamente el recinto, como si se esperasen ángeles o hadas para una reunión selecta, mientras arriba el firmamento dulcemente azulado mostraba la claridad lejana de los planetas y de los soles multicolores, derramando también con ella la armonía esplendorosa de su celestial belleza.

Un arpa, que parecía estar hecha de esencias brillantes doradas, muy bellas y translúcidas, se destacaba al lado de una pequeña mesa de idéntica construcción, artística como una joya y sobre ella un libro –un gran álbum–, un primor fluídico, luminoso como una pequeña estrella azul, despertaba inmediatamente la atención de los presentes.

Rita de Cassia se sentó a la mesa, después de haber acomodado a los convidados en los sillones, estando nosotros, sus amparados, en primer plano. Tomó el libro la gentil preceptoría y le abrió. Se trataba de la más reciente colección de sus composiciones poéticas, creaciones de su mente dirigida hacia ideales superiores, en los campos del noble y meritorio arte del buen verso. Los caracteres luminosos, como si estuviesen accionados por un indefinible magnetismo, centelleaban reproducidos en estrías besadas por los reflejos que las estrellas distantes compartían con nosotros la armonía del atardecer. La joven anfitriona solicitó al hermano Ramiro de Guzmán que le acompañase al arpa, en lo que fue gentilmente atendida. Unos acordes clásicos de una suave melodía serpenteaban por el recinto florido y perfumado, dando la extraña impresión, de que se oía una orquesta completa apoyada solamente en la protección sugestiva ofrecida por el divino instrumento.

Entonces, en el silencio armonioso de la Ciudad Universitaria, bajo el florido dosel de las rosas centelleantes y la bendición brillante de las estrellas, Rita declamó sus producciones poéticas. Y nosotros, que, apenas acabábamos de acomodarnos al ambiente y, que, a pesar de eso, ya habíamos recibido hermosas lecciones de moral, filosofía y ciencia, fuimos también agraciados con visiones inéditas de indescriptible belleza literaria, hasta entonces inconcebibles a nuestras mentes. Rita leía en su libro. Pero, su lectura superior, su declamación más que maravillosa, divina y artísticamente entonada por vibraciones cuya arrebatadora dulzura supera cualquier posible descripción que hagamos, sugerían encantos y emociones inimaginables, mientras Ramiro completaba la fascinación de la pieza con los acordes de una música elevada y pura.

Como espíritu ya capacitado para los caminos de un auténtico progreso, Rita de Cassia de Forjaz Frazão, cuyo nombre era, por sí mismo, poesía, también era una de las pocas vigilantes que sabían plenamente crear las escenas del pensamiento, coordinarlas, darles vida y rodeándolas de un aspecto moral y pedagógico, realizando, en un mismo trabajo mental, lo bello del arte, la moral de la Ley, la utilidad de la lección que indique el sagrado deber de cada uno servir a la causa de la verdad con las dotes intelectuales y mentales que tenga.

Nosotros, el grupo de los diez alumnos presentes, habíamos cultivado las letras cuando estuvimos encarnados en la Tierra. Ninguno de nosotros, sin embargo, supo ennoblecer el don magnánimo conferido por la labor continua del pensamiento, aplicándole al servicio regenerador de los lectores. Fuimos útiles, como mucho, a nuestra propia bolsa, vanidad y orgullo, y nos sentimos satisfechos, por creernos privilegiados, señores de una situación especial, apartados de los demás, pero en verdad produciendo sólo banalidades destinadas al olvido, o con teorías erróneas, pudiendo envenenar la mente impresionable de algún lector, tan frívolo como nosotros, que nos tomase en serio.

Pero en el Más Allá, una muchacha de apenas quince años nos presentaba el modelo del intelectual moralizado, enseñándonos a servir a la noble causa de la redención propia y ajena mientras cultivaba lo agradable y lindo, ofreciéndonos, así, la provechosa lección que captamos con nuestro entendimiento, confundiéndonos y avergonzándonos ante el recuerdo del desperdicio de los valores intelectuales que tuvimos.

Mientras declamaba la gentil poetisa, leyendo en su libro de color de estrellas, de su mente marfileña emanaban ondas luminosas, que, ocupando todo el recinto adornado de rosas, le absorbía en sus vibraciones dulcísimas, impregnando todo con su auténtico poder sugestivo. Las escenas descritas en los deliciosos versos se corporeizaban alrededor de nosotros, tenían vida y movimiento arrastrándonos a la ilusión inefable de estar presentes en todos los escenarios y paisajes, asistiendo, cual espectadores a las elegías, epopeyas o a los dulces romances de amor magníficamente expresados a través de los más lindos y perfectos poemas que hasta ese momento pudimos concebir.

El desfile poético que la Tierra venera como patrimonio inmortal, legado por los genios que la han visitado, era una pálida idea de lo que presenciamos aquella tarde suave en el Barrio de la Esperanza. Los versos cantaban preferentemente a la naturaleza, tanto de la Tierra como del espacio, y de algunos otros planetas habitados, estudiados por ella atentamente, loando en arrebatabadas aspiraciones o glorificando en dulzuras de oración la obra de la divina sabiduría, envuelta siempre en las maravillosas expresiones de la belleza y la perfección.

Aquí eran los mares y océanos deslumbrantes, retratados hábilmente a nuestra vista, a medida que declamaba la poetisa, poniendo de relieve la suntosa belleza

que tienen. A la página siguiente venían las odas triunfales las montañas altaneras e imponentes, monumentos eternos de la naturaleza a la gloria de la creación, ricas depositarias de valores inestimables, cofres sagrados donde el Omnipotente ocultó tesoros hasta que el hombre, por sí mismo, tome digna posesión de ellos, como herederos que son de la divina herencia.

Más adelante, la exuberancia de las selvas, mundos desconocidos ante los cuales la criatura mediocre se intimida y retrocede, pero que al idealista emociona y vigoriza de fervor en el respeto a Dios. ¡Las selvas! sagrario fecundo y profuso, como el océano, en cuyo seno un tropel de seres inician el giro multimilenario en la ascensión hacia los pináculos de la existencia, y seres, como toda la creación, marcados con las bendiciones del Sempiterno, que les dirige a través de la perfección suprema de sus leyes. Pero eso no era todo; más allá, en otra página, florecían elegías hablando de los panoramas humanos en busca de la redención, historias emocionantes y atractivas, de amigos de la poetisa, y que recorrieron un largo camino de sacrificios, para alcanzar dichosos planos en la escala espiritual...

Nuestras mentes vibraban con el arte poético de Rita, captando sus mismas emociones, que penetraban en nuestras fibras espirituales como bálsamos refrescantes que daban una tregua, serenando nuestras constantes penurias personales. Era como si estuviésemos presentes, con su pensamiento, en todas aquellas secuencias imaginadas; navegando por los inmensos mares, escalando montañas suntuosas para ver horizontes arrebatadores, exaltando espacios estelares, inmersos en el éter irisado para el éxtasis de la contemplación de la marcha armoniosa de los astros; participando en dramas y acontecimientos narrados elocuentemente, con las elevadas y sublimes expresiones a las que sólo la legítima poesía era capaz de proporcionar.

Ciertamente, los temas presentados no nos eran desconocidos.

Ella hablaba, simplemente, de asuntos existentes en nuestros conocimientos. Por eso podíamos captar hasta el deslumbramiento la grandiosa belleza que se irradiaba de todo. Sus análisis de orden superior revelaban aspectos inéditos para nuestra percepción, traduciendo una novedad impresionante para nuestros espíritus atados a las conjeturas simplemente humanas, cuando lo que estábamos presenciando era la clase elevada con que, literariamente, se podría acceder al plano divino. Cuando calló su voz y el sonido del arpa se desvaneció en los acordes finales, nosotros, que desde hacía mucho nos habíamos olvidado de sonreír, dejamos escapar de nuestro corazón una auténtica sonrisa de saludable satisfacción. Ella hizo uso de la palabra, dirigiéndose a nosotros:

—Como habéis comprendido, mis queridos hermanos, procuré asociar la idea de lo divino a mis humildes composiciones. Os invité, como celadora que soy del progreso del sentimiento moral-religioso en vuestros corazones, para recordaros que olvidasteis de incluir en vuestros ensayos literarios, cuando fuisteis hombres,

nexos benéficos a las magnificencias que el Universo ofrece al legítimo pensador... Tenéis a Dios revelándose a vuestros ojos, representado en las maravillas de la naturaleza. Podríais glorificarle haciendo de vuestras producciones exaltaciones a la verdad, y así ayudando a otros, menos esclarecidos que vosotros, a encontrar el pensamiento divino esparcido en la gloriosa historia de la creación...

Pero habéis preferido el negativismo destructor, formas y análisis insulsos, conceptos puramente humanos, infectados, por tanto, de prejuicios, y destinados al olvido, porque ni siquiera fueron capaces de edificáros a vosotros mismos, preparándos para la victoria... Lo que presenté esta tarde, lo habéis recibido como la más elevada y sublime expresión literaria que podríais concebir. Pero debéis saber que, para nosotros, es apenas el punto inicial, un simple abecedario de los conocimientos artísticos, pues sólo soy una aprendiza humilde y todavía titubeante, de la ciencia universal...

* * *

No finalizaremos esta exposición sin dar cuenta al lector de lo que se desarrollaba en los Departamentos Femeninos. Tratamos hasta ahora de los casos de suicidio relativos al elemento masculino. Sin embargo, bien poco tendré que añadir sobre lo descrito en este volumen, y sólo en lo que se refiere a ciertas particularidades de instrucción y reeducación íntima, algo diferente para espíritus que deban renacer, bajo la apariencia carnal femenina, para renovar esfuerzos fracasados o reparar delitos graves, para el sexo o para la entidad que los ha cometido.

Como espíritus que son, todas las criaturas tienen idéntico grado de responsabilidad en los actos que practican dentro o fuera de los dispositivos de la ley soberana que rige todo, es decir, que nuestras hermanas, las mujeres que se dejan llevar por la desesperación del suicidio, están sujetas a los mismos efectos resultantes de la causa que han creado con un acto de su propia voluntad, efectos ya suficientemente expuestos en estas páginas. Son, pues, tan responsables por sus propias acciones, pensamientos y estados mentales, como nosotros, los hombres. De ahí se desprende que el bagaje moral que tengan, óptimo o pésimo, influirá sobremanera en el estado al que se verán reducidas por el suicidio, estado ya de por sí calamitoso y, por eso mismo, digno de ser evitado con el uso de la valentía y el coraje moral ante los embates comunes a la existencia, y con resignación ante lo inevitable.

Durante el desarrollo de nuestro aprendizaje práctico, en el que teníamos por instructor responsable al insigne maestro Souria-Omar, entidad extraordinaria, cuyas reencarnaciones habían abarcado todos los sectores sociales terrenos y que, por eso mismo, había obtenido amplios conocimientos sociológicos, en experiencias poco comunes en el terreno psicológico, Souria-Omar, cuyas clases solo se

daban en sentido práctico, nos llevó en una ocasión a observaciones muy interesantes en las dependencias donde estaban nuestras hermanas de infiernito, infelices mujeres que, huyendo al noble papel de depositarias de sublimes virtudes, en el mundo, se dejaron arrastrar hasta el mismo abismo de las pasiones desordenadas, que nos consumió a nosotros.

Nos acordamos que, al llegar al Valle Siniestro, todavía en el Departamento de Vigilancia y al ser inscritos como amparados de la Legión de los Siervos de María, nos separaron de ellas, en virtud de la necesidad de ocupar locales indicados para nuestra recuperación. Nuestro reajuste espiritual se realizaba, pues, en sectores diferentes, aunque dirigidos por idénticas normas y bajo la tutela de la misma institución.

Jamás convivimos con el elemento femenino suicida. Al ingresar en la Ciudad Universitaria, sin embargo, coincidimos con ellas, ya que había también varias mujeres suicidas cursando el mismo aprendizaje renovador y, tal como nosotros, viviendo allí mismo hasta el momento de la reencarnación, existiendo, no obstante, una completa separación entre ellas y nosotros.

Una mañana clara y fresca adornaba de tonalidades azuladas y doradas las inmensas avenidas de aquella parte de la Ciudad de la Esperanza, que mostraban un movimiento inusual. Era un gran grupo de alumnos que partían, con sus preceptores, en visita de instrucción a los Departamentos Femeninos, situados al otro extremo de la Colonia. Íbamos todos, con nuestra sensibilidad a flor de piel y satisfechos y reconfortados por el atractivo que suponía la selecta compañía que nos honraba con su protección, porque también Aníbal de Silas, Epaminondas de Vigo y varias vigilantes formaban parte de la caravana.

Hacía diez años que habíamos ingresado en Ciudad Esperanza. Ya no nos arrastrábamos, caminando por el suelo o necesitando la ayuda de un vehículo, como en otro tiempo. Habíamos progresado y hecho menos densos, menos sujetos las atracciones planetarias. Habíamos aprendido a planear por el espacio, transportándonos por un impulso de la voluntad, en vuelos suaves que nos complacían mucho, en especial en el perímetro de nuestra Colonia, donde todo parecía ser más fácil, como lo que sucede en la propia casa paterna. Ese es la forma normal para transportarse un espíritu, pero nuestro estado disminuido de pacientes nos lo había impedido por largo tiempo.

Para alcanzar los Departamentos Femeninos, iniciamos la caminata partiendo del límite entre la Vigilancia y los Departamentos Hospitalarios, pues allá estaban las fronteras en la magnífica avenida divisoria, indicando la dirección para los diversos sectores de la solitaria Colonia Correccional del astral intermedio.

Al entrar al Departamento Hospitalario Femenino, creímos encontrarnos en el nuestro propio, donde nos alojamos al llegar, tal era la semejanza existente entre ambos. Las mismas áreas, el Aislamiento, el Psiquiátrico, etc., etc., e idénticas características en el estado moral y mental de las hermanas que allí residían y en la

organización interna. La dirección de los establecimientos era la misma, ya que Teócrito era el director general de los hospitales, el hermano Juan a la cabeza del Psiquiátrico, el padre Miguel de Santarém en los servicios del Aislamiento, y el padre Anselmo como responsable de la Torre así como los técnicos internos, sin embargo los enfermeros, vigilantes, guardias etc., ya no eran los mismos conocidos nuestros en los sectores masculinos.

Ocupaban esos cargos, allí, hermanas cuyos méritos y virtudes nada tenían que envidiar a los varones de los Departamentos Masculinos. Al contrario, en el altruista afán de instruir, consolar, acompañar, velar y dirigir las actividades internas de aquel barrio, encontramos figuras femeninas tan respetables y virtuosas que las recordamos con gran emoción, procurando retratarlas en estas páginas. Del principio al fin de nuestras observaciones, una gran verdad resaltó a nuestros ojos mientras que en nuestro ego se inició la construcción de un legítimo respeto por la mujer, a la que pasamos a juzgar con más elevada consideración y mayor dosis de buena voluntad; el espíritu reencarnado muchas veces para tareas y misiones femeninas adquiere con mucha más rapidez y eficiencia las virtudes sólidas y redentoras, engrandeciéndose moralmente en menos tiempo.

Las técnicos de los sectores femeninos, como podían ser las asistentes de los instructores, hay que reconocerlo, tenían cualidades morales y espirituales mucho más elevadas que nuestros de Canalejas, Joel Steel, el Hermano Ambrosio, etc., etc., a los que tanto debíamos por la atención incansable con que nos habían asistido. El cuerpo clínico, compuesto, como sabemos, por científicos iniciados, era el único representante masculino que ejercía tareas allí. Aún así, discretos, y sólo presentes en los breves minutos en que operaban, eran también para nuestras compañeras de la Colonia el mismo enigma que había sido para nosotros. No supimos jamás sus nombres, ni siquiera oímos sus voces. Pero ¡cuántos favores les debíamos y cuántas bendiciones celestiales tendrían para suavizar los dolores íntimos, gracias a sus poderes psíquico-magnéticos! Les vimos dedicarse a la causa de nuestro reajuste, consolándonos las exaltaciones mentales al influjo de bálsamos fluídicos poderosos, aliviando los ardores de las repercusiones feroces que durante tantos años habían perseguido a nuestros periespíritus perturbados por el choque derivado del suicidio.

El hermano Teócrito, sonriente, nos recibió en la sede del Departamento, autorizando nuestra visita a los hospitales. Nos acordamos que, cuando estábamos bajo su responsabilidad, fuimos visitados muchas veces por grupos idénticos al nuestro, y sonreímos ahora, comprendiendo lo que entonces había pasado...

Había una vicedirectora, que se encargaba de transmitir las órdenes de los instructores a los técnicos que, bajo su dirección, desempeñaban nobles y santificantes labores. Se llamaba Hortensia de Queluz, aparentaba unos treinta años y la vimos irradiando una singular belleza, probando el sereno equilibrio de sus pensamientos

dirigidos hacia el bien y de las vibraciones armoniosas de la mente fortalecida por incorruptibles directrices. Se ofreció para acompañarnos bondadosamente, y, mientras caminábamos sobre las anchas avenidas recubiertas por la neblina blanca tan conocida nuestra, que allí, como en nuestro antiguo Departamento hospitalario, presentaba la característica de las zonas astrales muy densas, Hortensia hablaba, mostrando elevados conocimientos referentes al carácter femenino.

—Os llevaré primero, conforme a la orientación de vuestros maestros, a una de los más duras áreas de nuestro Instituto, donde veréis lo inconcebible reflejarse en efectos inesperados, en nuestras infelices hermanas pacientes... Es oportuno recordar, hermanos, antes que vuestros mentores inicien los esclarecimientos que necesitaréis, que en la Tierra la mujer, en una gran mayoría, lamentablemente, todavía no llegó a comprender el verdadero motivo por el que reencarna en ese sexo ni el papel que le corresponde en el concierto de las naciones terrestres y en el seno de la humanidad, que está llamada a servir, de igual forma que el hombre. Acostumbrado a que le juzgasen inferior a lo largo de los siglos, el elemento femenino terrestre acabó, en gran medida, por acomodarse a la inferioridad, sin ánimo para elevarse virtuosamente de la presión que soporta... hasta tal punto que, en los días de hoy, como en el pasado, se limita al servilismo en pro del elemento masculino, incrédula de los ideales redentores, sin capacitarse para cumplir las intenciones del Creador y disminuyéndose más aún cuando cree equipararse al hombre, imitando sus pasiones y actos sucios, que, si desacredita a los representantes del primer género, a las del segundo enreda en un laberinto de deméritos ante la soberana Ley. De ahí las desgracias que vienen sobrecargando a la mujer, que serían ciertamente insolubles si la providencia no estableciese las necesarias correcciones a través de sus leyes tan misericordiosas cuanto sabias, correcciones que tienden siempre a la rehabilitación justa y rápida de la mujer, en los campos de la moral espiritual... Observad, sin embargo, con vuestros propios ojos... Vuestros preceptores sabrán qué presentar para la lección del día...

Legamos al psiquiátrico. Una religiosa nos recibió. Era Vicenta de Guzmán, la noble hermana de nuestro amigo de la Vigilancia.

Después de los fraternales saludos y presentaciones, Hortensia nos recomendó a la hermana Vicenta, a quien dio autorización para llevarnos a los recintos prohibidos a las visitas comunes, pues se trataba, en este caso, de las instrucciones programadas para los aprendices universitarios, retirándose enseguida. Amable y delicada, la joven religiosa que atendía el área, en ausencia del hermano Juan, nos llevó a un patio de enormes dimensiones, pintoresco y agradable, hacia donde daban numerosas ventanas, todas enrejadas, pertenecientes a habitaciones, o mejor dicho, a celdas individuales donde se debatían espíritus de mujeres suicidas atacados del más abominable género de demencia que pude observar durante el largo tiempo que pasé en el Más Allá. Gritos desesperados y gemidos aterradores llenaban el lugar de ondas trágicas, transformándole en repulsivo y de mal agüero, como una

verdadera casa de locos. A pesar del tiempo que llevábamos en la caritativa Colonia, nos acordamos del Valle Siniestro y admiramos profundamente oír allí el coro nefasto propio de aquellos parajes de tinieblas. No preguntamos nada, seguros de que las explicaciones vendrían a su tiempo.

Intuyendo nuestro interés, la propia religiosa nos aclaró las dudas, al mismo tiempo que nos hacía acercarnos a las ventanas para ver el interior de las celdas, ya que era imposible entrar allí de otra forma:

—Son las suicidas que tienen mayor grado de responsabilidad en la práctica del delito y que, por eso mismo, arrastran la mayor cantidad de perjuicios para el futuro, enfrentándose a lo largo del tiempo a situaciones atroces, que llevarán quizás siglos para estar completamente curadas. Estas infelices, queridos hermanos, se dejaron esclavizar por trastornos siniestros, que se extienden en secuencias tan desastrosas que, moralmente, es como quien, naufragando en el lodo, se revuelve más en él, humillándose para liberarse...

Un componente de estos pavorosos trastornos es el vergonzoso motivo que les arrancó de la existencia terrestre antes de la época determinada por la acción de la ley natural... Muchas, además, traicionaron la moral del compromiso conyugal, olvidando que, al reencarnar, habían prometido a la Ley y a sus Guardianes, ser fieles a la familia, educando a sus hijos en las leyes del deber y de la justicia, intentando convertirles en ciudadanos útiles a su patria y a la humanidad y, por tanto, a la causa divina y a la ley de Dios. Con semejantes compromisos en su conciencia y ante la suprema ley, no solo profanaron su matrimonio sino también las leyes de la creación, negándose a ser madres y entregándose a las pasiones y a los vicios terrestres, sin cumplir sus sacrosantos deberes y dominadas por las vanidades propias de las esferas sociales viciosas y andando por los caminos de la inferioridad moral.

Expulsaban de sus propias entrañas los cuerpecitos en gestación, esquivando los compromisos meritorios y sublimes de la maternidad, que iban a ser la habitación temporal de pobres espíritus que tenían compromisos por desempeñar tanto a su lado como en el seno de la misma familia, y que necesitaban urgentemente renacer en ellas, para progresar en su ámbito familiar y social, practicando ese crimen muchas veces y anulando las benditas labores llevadas a cabo, en los planos espirituales, por trabajadores dedicados de la viña del Señor, que habían preparado la sublime hazaña de la reencarnación del espíritu carente de progreso, con todo el mimo y cuidado para que el éxito compensase los esfuerzos, y, lo que es más grave todavía, después que la entidad reencarnante ya se encontraba unida a su nuevo cuerpo en preparación, es decir que, conscientes de lo que hacían, cometían infanticidios abominables.

Al final de tantos y tan graves desatinos a la luz de la razón, la conciencia, el deber y la moral, así como del pudor pertinente al estado femenino, dejaron prematuramente el cuerpo carnal, suicidándose, en uno de los más vergonzosos ultrajes

cometidos contra los sagrados derechos de la naturaleza. Otras, después de extinguir en sí mismas las fuentes sublimes de la reproducción, propias de su condición humana, adquirieron, como secuencia natural, enfermedades lastimosas, como la tuberculosis, el cáncer, infecciones repulsivas, etc., etc., que les hicieron prematuramente ir al plano invisible, sacrificando con el cuerpo carnal también el futuro espiritual y la paz de la conciencia, manchando además su perispíritu con estigmas degradantes, conforme podréis examinar... y rodeándose de ondas vibratorias tan densas y faltas de armonía que lo deformaron por completo, reduciéndole a la expresión vil de sus propias mentes...

Nos aproximamos, temerosos de lo que íbamos a ver, mientras Vicenta añadía:

—Pertenecen a todas las clases sociales terrenas, pero aquí se igualan por la idéntica inferioridad moral y mental. La mayor parte de ellas, sin embargo, viene de las clases elevadas, con agravantes insolubles hasta dentro de dos o tres siglos e incluso más... ya que, lamentablemente, hermanos, debo deciros que existen algunas que, para librarse de las garras de tanto horror en menos tiempo, tendrán la terrible necesidad de reencarnar en mundos inferiores a la Tierra durante algún tiempo, porque que la criatura no puede impedir en vano la marcha de los designios divinos ni de la Ley Suprema...

A un gesto de la hermana miramos el interior de las celdas, pero nos echamos atrás inmediatamente, con un involuntario gesto de horror. Souria-Omar se acercó, obligándonos a una actitud digna y respetuosa, mientras Vicenta se retiraba hacia un rincón.

Volvimos a la observación, y, mientras nuestro instructor nos aportaba las explicaciones pertinentes al examen práctico de lo que veíamos, y que podría ocupar un libro entero, se destacaban a nuestros ojos espirituales las envilecidas figuras de las infanticidas, también consideradas suicidas.

¡Oh, Señor Dios Misericordioso! ¿Cómo pueden existir tales monstruosidades bajo la luz sacrosanta del universo que creaste para que el hombre se glorificase en él, progresando en amor, virtud y sabiduría hasta alcanzar Tu imagen y semejanza?.... ¿Qué formas repelentes y abominables se presentaron, entonces, ante nuestros ojos de espíritus que pretendían deletrear las primeras frases del majestuoso libro de la vida?... ¿Cómo puede la mujer, ser delicado y lindo, rodeado de encantos y atractivos indudables, bajar moralmente tanto, para llegar a tan funestos resultados?... Lo que veíamos, allí... ¿Sería una mujer?... ¿Un monstruo primitivo?...

¡No! Veíamos, eso sí un espíritu defraudador de la más sublime y respetable ley del Creador, la Ley de la reproducción de la especie que permite el progreso. ¡La ley divina de la Procreación!

Bultos negros, desgreñados, que parecían envueltos en harapos, trágica imagen de la ruina de todo tipo, braceaban contra mil formas perseguidoras que llenaban el

recinto rodeándoles. A lo largo de sus cuerpos, ennegrecidos por las impurezas mentales, había placas o llagas, sobre las que aparecían dibujos singulares marcados a fuego o sangre. A una señal del instructor, fijamos la atención, procurando observar mejor. Se trataba de la reproducción mental de embriones humanos que tendrían que haberse desarrollado en otro tiempo, en sus cuerpos femeninos, pero que se vieron rechazados del sagrado óvulo materno por un acto de falta de respeto tanto a la naturaleza como a la paternidad divina, permaneciendo, todavía reflejados en el periespíritu de la madre infiel, como el producto mental de un crimen cometido contra un ser indefenso y merecedor de todo el amparo y de la máxima dedicación.

Varias de aquellas criminales entidades se veían desfiguradas por tres, cinco o diez imágenes pequeñitas, lo que alteraba sobremanera sus vibraciones, dejando su estado mental totalmente falto de armonía. Escenas deplorables, fieles productos de la mente que sólo se alimentó de la ociosidad nociva del pensamiento, recuerdos lujuriosos, pruebas de la conducta infiel a la moral poblaban el lúgubre recinto, transformándole en la habitación de una colectividad enloquecedora. Luchaban las pobres, braceando sin tregua, intentando rechazar las visiones macabras que provenían de sus propios pensamientos.

Los pequeñitos seres, sacrificados por ellas en sus entrañas en otros tiempos, sobrevolaban a su alrededor, llevados por las repercusiones del periespíritu a las ondas vibratorias de la mente, y ahí reflejadas a través de la conciencia, castigando a la infractora en la secuencia de leyes naturales, accionadas por ellas mismas al cometer la infracción. Eran como moscas zumbando continuamente alrededor de la paciente, desequilibrándola y desorientándola hasta la locura.

Algunas, además, estaban completamente obsesionadas por las entidades que deberían haber vivido en aquellos cuerpos repudiados, entidades que, al no perdonarles el aborto, por perjudicar sus urgentes intereses espirituales, pasaron a perseguirlas con odio y afinaron sus periespíritus con los de ellas por los enlaces magnéticos naturales de los procesos creadores del renacimiento carnal, unidos ambos, como si continuase en el Más Allá el proceso de gestación fetal iniciado en el estado humano físico que el infanticidio interrumpió.

Estas últimas, parecían monstruos fabulosos y ninguna expresión del lenguaje humano habrá que pueda describir la fealdad que arrastraban. Renacerían, expiando el error fatídico, como nos explicó el instructor, locas irremediables, en un intento de corregir las desarmónias vibratorias, ya que tales casos son irremediables en el estado espiritual. Serían monstruos repulsivos, deformes, enfermos, cuyo grado de anormalidad llevaría a los hombres a dudar de la sabiduría de un Dios omnípotente, cuando justamente estarían ante una hermosa página de la excelsa sabiduría. Y otras marcharían a las tinieblas exteriores, donde chirriarían sus dientes y llorarían

hasta que se pudiesen liberar del mayor oprobio que puede deprimir al espíritu de una mujer ante su creador y Padre.

Esas tinieblas exteriores, sin embargo, no eran más que la estancia en planetas inferiores a la Tierra, el destierro para aquel que no mereció consideración entre las sociedades civilizadas de un planeta que tiende a elevarse en el concierto del progreso, rumbo a la fraternidad y la moral.

Horrorizados ante lo que veíamos y nos decía el instructor, y no sin sorpresa, vimos que los casos del psiquiátrico femenino eran más dolorosos y graves que los de los hombres, porque sobrepasaban a estos en la tragedia de las consecuencias.

Nos sentíamos impresionados ante tanta miseria, que, a pesar de considerarnos culpables, jamás hubiéramos podido concebir. Preferíamos la palabra tierna de Aníbal, repleto de la magia suave del Evangelio y de las visiones encantadoras del apostolado mesiánico... Pero debíamos aprender, porque teníamos el propósito de progresar, y todo cuanto estábamos viendo era una labor de reeducación y de experiencia para enriquecernos la mente y el corazón.

Uno de los aprendices expresó una pregunta que rondaba en la mente de todos:

—No nos acordamos de haber visto a estas mujeres en el Valle Siniestro... ¿El estado en que están no es más propio de lugares como aquel?...

—¡Creéis que las personas culpables son obligadas por la ley, a permanecer en una única y determinada región de lo Invisible? —aclaró el mentor— ¡o ignoráis, que también se arrastran por las bajas capas terrestres, en contacto con ámbitos viciosos con los que se afinaban antes de su desencarnación?... ¡Que su infierno, el ardor que quema sus conciencias, se encuentra en realidad, en los remordimientos surgidos en su propia mente por ellas mismas?...

¡No! Estas mujeres, que veis ahí, no estuvieron en el Valle Siniestro, porque, el simple hecho de una entidad suicida ir allí, ya supone algo que implica una afinidad para su progreso normal... Estas infelices hermanas, sin embargo, totalmente afinadas con las tinieblas, con su conciencia emponzoñada por tremendas responsabilidades, y acompañadas, todas, desde hace mucho, por un siniestro cortejo de entidades empeñadas en la práctica del mal, a cuyas sugerencias se prendían a través de lazos mentales idénticos, al desencarnar, fueron envueltas en las ondas vibratorias maléficas que les eran afines, permaneciendo así hasta ahora y siguiendo así en el futuro, hasta que a través de expiaciones durísimas y existencias fértiles en los servicios en pro del bien legítimo, puedan desatar las ligaduras que les esclavizan al mal, expurgando de sus conciencias todo ese patrimonio siniestro que ahora les desfigura...

En la lamentable situación en que las vemos, es cierto que se encuentran en mejor estado que ya estuvieron... Por lo menos están bajo la dedicada protección de fieles amigos del bien, refugiadas en un lugar seguro donde no las perturbarán más

los odiosos cómplices adquiridos en la práctica del mal, ni los enemigos que desde hace mucho les siguen los pasos, como los cuervos olfateando la carnaza. Muchas que ahí vemos –al desencarnar fueron arrebatadas por los componentes del grupo perverso que merecieron con los desatinos que practicaron y aprisionadas en lugares tétricos de lo invisible y de la propia Tierra, siendo allí sometidas a malos tratos y vejámenes inconcebibles, indescriptibles.

Hay casos en que los seres que debían nacer de ellas, y fueron rechazados con un montón de perjuicios y sufrimientos, se asocian a los seres perversos que les rodean para también castigarles, vengativamente. Otras, llevadas por antiguas propensiones, permanecerán en antros de perversión e inmoralidad, en la Tierra durante largo tiempo, viviendo animalizadas y mentalmente esclavizadas a instintos soeces; mientras que otras, todavía francamente desesperadas, se acercan a otras mujeres, todavía encarnadas, y que les permiten acceso, para sugerirles la práctica de acciones idénticas a las que ellas cometieron, tejiendo, así, una acción detestable por inspirarse en los más degradantes testimonios de la envidia y del despecho, al no disponer ya ellas de un cuerpo.

No vamos a comentaros ahora los exhaustivos trabajos que se imponen los servidores de la Sección de Relaciones Externas y los demás voluntarios, para liberarles de las garras de tamaña degradación, ya tenéis algunas nociones de eso, gracias a vuestra colaboración en los servicios de la Vigilancia, que forma parte, como sabéis, del aprendizaje que debéis realizar entre nosotros. Reencarnarán tal como se encuentran y ya se tomaron todas las precauciones para ello... No estando en condiciones de escoger nada voluntariamente, la Ley les impone encarnar de nuevo para la conquista de una mejor situación, de acuerdo al grado de responsabilidad que traen, o mejor dicho, el demérito acumulado por los errores practicados les impulsa a reencarnaciones expiatorias terribles, lo que quiere decir que, cuando cometieron esos errores en otro tiempo, ellas mismas trazaban ese destino de tinieblas, lágrimas y expiaciones, de las que no podrán escapar.

Los trastornos que padecen son insolubles en el Más Allá y, por su urgente necesidad de mejoría vibratoria, renacerán en cualquier medio familiar terrestre donde igualmente haya rescates dolorosos o bastante cristianos y abnegados para que ejerciten la caridad de recibirlas por amor a Dios...lo que no es tan fácil...

Las demás dependencias del Psiquiátrico, así como las filiales del Aislamiento y de la Torre ofrecían a nuestros ojos, un dramatismo comparable al que ya expusimos, que no vamos a repetir. Todo eso nos demostró una gran y esplendorosa verdad; la mujer es tan responsable como el hombre, espiritualmente, ante la Gran Ley, porque, antes de ser mujer, es, antes que nada, un espíritu que debe afinarse con el bien, la justicia y la luz, aceptando buenamente desempeñar las nobles y santificantes tareas que le son confiadas por la ley del Creador, si no quiere incurrir en los mismos errores y responsabilidades.

Descubrimos en el Departamento Femenino una sección inexistente en los parques residenciales masculinos, y que conviene describir. Era el Internado de las Jóvenes –como le llamaban las buenas vigilantes–, una especie de Colegio modelo para jóvenes suicidas, que habían cometido este acto por desequilibrios sentimentales o no, desilusiones amorosas, etc., etc.

Esa dependencia existía tanto en el parque del hospital como en Ciudad Esperanza, lo que vino a explicarme por qué no vivían en compañía con los demás casos femeninos, desde su ingreso en la Colonia. Durante la estancia en el hospital, estaban sujetas a un severo tratamiento psíquico, bajo los cuidados de los mismos médicos abnegados que nos asistían a nosotros, que conseguían las suficientes mejoras vibratorias para el ingreso a la sección reeducativa de la Ciudad Universitaria.

Eran dirigidas por virtuosos espíritus femeninos, que trataban de prepararles para su retorno a las pruebas de la Tierra, teniendo en cuenta los deberes abandonados por el suicidio, y además tareas apropiadas a los desvelos de la mujer. La iniciación se realizaba a través de los mismos maestros que nos atendían a nosotros, así como el aprendizaje en los sectores de la cooperación a los servicios internos y externos de la Colonia, como ya citamos. Cursaban, en una Facultad Femenina, donde debían aprender el legítimo papel al que es llamada la mujer a ejercer en la Tierra, es decir, el papel de un ser virtuoso y cristiano, porque precisamente el móvil de su suicidio fue la desviación de ese ajuste. No obstante, del Psiquiátrico y del Aislamiento era raro que saliese alguien para los cursos de esa Facultad. Generalmente, esos grupos eran pequeños y, como pasaba con nosotros, los hombres, partían del Hospital. Del Internado de las jóvenes siempre acudía un mayor porcentaje para los diversos cursos de la Ciudad Universitaria.

CAPITULO VII

ÚLTIMOS TRAZOS

Hace cincuenta y dos años que habito el mundo astral. Por haberlo alcanzado a través de la violencia de un suicidio, todavía hoy no logré alcanzar la felicidad, ni la paz íntima que es el deleite inmortal de los justos y obedientes de la Ley. Durante tan largo tiempo he postergado voluntariamente el sagrado deber de renacer en un nuevo cuerpo en el plano, lo que me preocupa ya ahora, a pesar de haber recibido la educación necesaria de mis nobles instructores, para una vez inmerso en la carne, protegerme lo suficiente para salir victorioso en las grandes luchas que enfrentaré rumbo a la rehabilitación moral-espiritual.

Aprendí mucho durante este medio siglo en que permanecí en esta Colonia Correccional que me albergó en los días en que eran más ardientes las lágrimas que lloraba mi alma, más dolorosos los estiletes que herían mi corazón vacilante y más atroces las decepciones que sorprendieron mi espíritu, dentro de la tumba cavada por el acto terrible del suicidio. Pero, sobre todo aprendí algo de lo que ignoraba y era necesario para mi rehabilitación, también sufrió y lloró mucho, ante la perspectiva de la responsabilidad de los actos practicados por mí. Incluso disfrutando de la convivencia reconfortante de tantos amigos dedicados y tantos mentores celosos del progreso de sus alumnos, derramé abundante llanto, mientras que, en muchas ocasiones, el desánimo, esa hidra avasalladora y maldita, intentaba detener mis pasos en las vías del programa que tracé.

También valoré respetar la idea de Dios, lo que ya era una fuerza vigorosa que me escuda, ayudándome en el combate contra mí mismo. También aprendí a orar, conversando con el Maestro amado en la oración auténtica y provechosa. Trabajé mucho, esforzándome diariamente durante cuarenta años, con las lecciones sublimes de maestros virtuosos y sabios, para que, de las profundidades de mi ser, surgiese la imagen de la humildad para combatir la figura perniciosa del orgullo que durante tantos siglos me viene acompañando en el mal y zarandeando en la animalidad. Al influjo cariñoso de los legionarios de María también comencé a deletrear las primeras letras del divino alfabeto del amor, y colaboré con ellos en los servicios de ayuda y asistencia al prójimo, dedicándome a aquellos que sufren, como nunca me hubiese creído capaz.

Luché por el bien, guiado por esas nobles entidades, extendí las actividades tanto en los parques de trabajos espirituales accesibles a mi humilde capacidad como también en el plano material, donde me fue permitido contribuir para que en varios corazones maternos volviese a brillar la tranquilidad, y despuntase la sonrisa de

nuevo en muchos rostros infantiles, después de días y noches de impaciente expectativa, durante los que la fiebre, la tos y la bronquitis les habían debilitado, y hasta en el corazón de los jóvenes, desesperanzados ante la realidad adversa, pude colocar la lámpara bendita de la esperanza que hoy dirige mis pasos, desviándoles de la ruta traicionera del desánimo, que les habría impulsado a abismos idénticos a los conocidos por mí.

Durante cuarenta años trabajé, pues, denodadamente, al lado de mis queridos Guardianes. No serví sólo al bien, con actitudes fraternas, sino también a lo bello, aprendiendo con insignes artistas y “virtuosos” a homenajear a la verdad y respetar la Ley, dando al arte lo que de mejor y más digno fue posible extraer de lo profundo de mi alma.

No obstante, nunca me sentí satisfecho y tranquilo conmigo mismo. Existe un vacío en mi ser que no se llenará sino después de la reencarnación, después de estar yo mismo convencido del deber que no cumplí como debía en la última encarnación, abreviada por el suicidio. El recuerdo doloroso de aquel Jacinto de Ornelas y Ruiz, al que provoqué una ceguera irremediable en un gesto de despecho y celos, permanece indeleble, imponiéndose a las cuerdas sensibles de mi ser como un estigma trágico del remordimiento inconsolable, pidiendo para mi destino futuro idéntica penalidad, es decir –la ceguera, ya que la prueba máxima de ser ciego la anulé en la primera ocasión ofrecida por la Providencia, mediante el suicidio con que pensé liberarme de ella, quedando, por tanto, con esa deuda en mi conciencia. Ya hace mucho que debería haber vuelto a la carne.

Todo lo que pude aprender en las Academias de Ciudad Esperanza se me dio generosamente, por la magnánima dirección de la Colonia, que no puso ninguna traba al largo aprendizaje que deseé hacer. Adquirí incluso aventajados conocimientos de la medicina psíquica al contacto de los maestros, durante las clases de Ciencia desarrollando tareas en las enfermerías del Hospital María de Nazaret, donde sirvo desde hace doce años, sustituyendo a Joel, que partió para nuevas experiencias terrestres, para las pruebas que a la Ley debía, como suicida que también fue. Tal aptitud me permitirá ser un “médium curador”, más tarde, cuando habite de nuevo en la costra del planeta donde tan grandes y graves expresiones de sufrimiento existen para flagelar a la humanidad culpable de errores constantes.

Todavía me faltaba el idioma fraternal del futuro, aquel empeño inestimable de la humanidad, que tendrá que envolverla en el abrazo unificador de las razas y de los pueblos confraternizados para la conquista del mismo ideal; el progreso, la armonía y la civilización iluminada por el amor. Ese era un estudio voluntario, como, todos los demás que realizábamos, pero que los iniciados aconsejaban en especial que hiciéramos, dándole una gran importancia, porque ese idioma, cuyo nombre simbólico es el mismo de nuestra Ciudad Universitaria, es decir, Esperanza –(Esperanto)–, resolverá problemas incluso en el Más Allá, permitiendo a los espí-

ritus elevados comunicarse eficiente y brillantemente, a través de obras literarias y científicas, que el mundo terreno recibirá de lo Invisible en los días futuros –sirviéndose de médiums que lo hayan aprendido– para lograr éxito en la misión que, en nombre de Cristo y por amor a la verdad y a la redención del género humano, deberán ejercer.

Por eso, convenía extraordinariamente a mis intereses en general y a los espirituales en particular, la adquisición, en el plano Invisible, de ese nuevo conocimiento, del idioma “Esperanto”. Al reencarnar, llevándole impreso en las fibras lumínicas del cerebro periespiritual, en la ocasión oportuna tendría la intuición de volver a aprenderlo al contacto de maestros terrenos. Me informaron, además, que sería médium en la existencia futura y me comprometí a trabajar, una vez reencarnado, por la difusión de las verdades celestes entre la humanidad, a pesar del inconveniente de mi ceguera. Medité profundamente en lo conveniente que sería el empleo de un idioma universal entre los hombres y los espíritus, y de lo que yo mismo, como médium, podré producir a favor de la causa de la fraternidad –la misma de Cristo–, una vez que mi intelecto posea tal tesoro. Obtuve pues, el permiso para recibir el curso, me matriculé en la Facultad que lo enseñaba y me dediqué fervorosamente al noble estudio.

No se trataba de un edificio más, en la extensa Avenida Académica donde sumptuosos palacios se alineaban con el magistral efecto del arte puro, y sí un ejemplo de belleza arquitectónica, que llevaría al pensador al sueño y al deslumbramiento. Era también un templo, como las demás edificaciones, y en sus majestuosos recintos interiores, la fraternidad universal era homenajeada sin cesar bajo las inspiraciones de la Esperanza, por ministros del bien, incansables en la laboriosidad tendente al beneficio y progreso de la humanidad.

Localizado en un extremo de la arteria principal de la ciudad del Astral, se elevaba sobre un ligero montículo rodeado de jardines, enviando ofrendas de perfumes al aire fresco, que se impregnaba de esencias agradables y puras. Una arboleda florida, caprichosamente mezclada de tonalidades verdes y translúcidas repleta de árboles esbeltos y frondosos, se alineaban en las alamedas y pequeñas plazas del jardín, prestando al encantador rincón el idealismo augusto de los ambientes creados bajo el fulgor de las inspiraciones de esferas más elevadas.

Con un estremecimiento de emoción en mi espíritu, lentamente subí las escaleras que llevaban a la alameda principal, acompañado, la primera vez, de Pedro y Salustio, como representantes de la Dirección de la Universidad del área, es decir, como inspectores escolares.

A lo lejos, el edificio brillaba dulcemente, construido en esmeraldinos tonos de delicada quintaesencia del Astral. Parecía que los rayos del astro rey, que penetraba muy suavemente por el horizonte de nuestro sector, cayendo suavemente por las bóvedas y cornisas, lo envolvían en bendiciones diarias, apoyando con besos de

fraterno estímulo la idea genial procesada en su interior por un grupo de entidades esclarecidas, enamoradas del progreso de la humanidad y de realizaciones trascendentales en las sociedades de la Tierra y del Espacio.

Era, sin embargo, la única edificación que brillaba con tonalidades esmeraldas y doradas, a diferencia de sus iguales, que centelleaban con matices azulados y blancos, y que no obedecía al clásico estilo hindú.

Recordaba más bien al estilo gótico, evocando realmente ciertas construcciones famosas de Europa, como la catedral de Colonia, con su construcción bordada como una joya de filigrana y sus torres apuntando graciosamente hacia lo alto entre resplandores que parecían ondas transmisoras de perennes inspiraciones hacia el exterior. Los recintos interiores eran de lo más bello y noble que pude apreciar dentro de la Ciudad Esperanza. Con aspecto de catedral, y efectos de luces sorprendentes y un acento de arte fluídico de la más fina clase que pudiese concebir, comprendí inmediatamente que no eran orientales ni tampoco iniciados sus idealizadores y que no pertenecían al grupo que cuidaba de nuestra reeducación, sino que debería tratarse de una realización trasplantada de otros grupos, una embajada especial, situada en otras regiones, pero con elevadas misiones entre nosotros, y cuya finalidad sería altruista, sin ningún género de dudas.

Así era. Al preguntarlo, Pedro y Salustio respondieron que se trataba de una filial de la gran Universidad de Ciudad Esperanza del Astral, con sede en otra esfera más elevada, que irradiaba inspiraciones para sus dependencias de lo Invisible, incluso en la Tierra, donde ya se iniciaba un apreciable movimiento en torno de la nobilísima lucha, entre intelectuales y pensadores de todas las razas planetarias.

De la misma forma no estaba, como las demás Facultades de nuestro sector, dirigida por iniciados en Doctrinas Secretas. Sus directores eran neutrales, en la Tierra como en el Más Allá, en materia de conocimientos filosóficos o creencias religiosas en general. Eran preferentemente renovadores por excelencia, idealistas pugnando por un mejor estado en las relaciones sociales, comerciales, culturales, etc., etc., que tanto interesan a la humanidad.

Descubrimos allí a grandes figuras reformadoras del pasado prestando su valiosa ayuda a la hermosa causa, algunos de ellos habiendo vivido en la Tierra aureolados por insospechables virtudes, y con sus nombres registrados en la Historia como mártires del progreso, porque trabajaron en varias etapas terrenas, noble y heroicamente, por la mejora de la situación humana y de la confraternización de las sociedades. Sorprendido, allí encontré una pléyade de intelectuales de toda Europa adheridos al movimiento, entre otros al gran Víctor Hugo, por referirme a un sólo representante de Francia, genial y trabajador, ayudando con su magnífica energía a la difusión de un inapreciable patrimonio para la humanidad. Cuando tomé lugar en

el amplio y bien iluminado salón para las primeras clases, me sentí atraído sobremanera hacia ese admirable grupo de servidores de la Luz.

Una vez en el recinto, donde tonalidades esmeraldas se unían a los tonos dorados de la arquitectura fluídica y sutil, prestándole sugerencias encantadoras, comprobé que el elemento femenino era superior en número al masculino, en lo que alumnos se refiere. Y, durante todo el interesante curso, pude comprobar con qué fervor mis gentiles colegas de aprendizaje, las mujeres, se dedicaban a la gran conquista de almacenar en el fondo de su cerebro periespiritual las bases espirituales de un idioma que, una vez reencarnadas, sería un grato consuelo en el futuro y un afán generoso para abrirles horizontes más vastos, tanto para la mente como para el corazón, ampliando las posibilidades de suavizar situaciones críticas, remover obstáculos y solucionar problemas que se encontrarían en las reparaciones y pruebas del porvenir. Durante mi estancia, recibí sensaciones de un afecto purísimo. Al amparo de mis compañeros de ideal esperantista, desde los primeros días armonizaron nuestras vibraciones y se llenó mi espíritu de una indecible satisfacción, y abriendo mi corazón para la llegada de la esperanza de mejores días presidiendo las sociedades terrestres del futuro, donde tantas veces todavía renaceríamos, rumbo a las sublimes regiones del progreso.

Igual que en las lecciones dadas por los antiguos maestros Aníbal y Epaminondas, desde el primer día de clase en la Facultad de Esperanto se vio un magistral desfile de las civilizaciones terrenas. Se analizaron sus dificultades muchas no remediadas hasta hoy, ante nuestra interesada visión, en escenas como en el cine, mostrando a la humanidad debatiéndose contra las ondas hasta hoy insuperables de la multiplicidad de idiomas y dialectos, dificultades que aparecían allí como uno de los flagelos que asolan a la atribulada humanidad, complicando realmente hasta su futuro espiritual, porque incluso en el Mundo Invisible se lucha contra inconvenientes motivados por la diferencia de lenguas, en las zonas inferiores o de transición, donde prolifera el elemento espiritual poco evolucionado o todavía muy materializado.

Todo fue magistralmente examinado, detalles, ramificaciones, consecuencias sorprendentes incluso dentro del hogar doméstico, obstáculos desalentadores en la prolongación de las relaciones y hasta del amor, entre las naciones, los pueblos y los individuos, desde las primeras civilizaciones del planeta hasta el siglo XX, que yo no había alcanzado en el plano material. Y, después, la simplificación de esos mismos casos, la caída de esas barreras y la aurora de un auténtico progreso, basado en la claridad de un idioma que será patrimonio universal, de la misma forma que la fraternidad y el amor, uniendo ideas, mentes, corazones y esfuerzos para un único movimiento general, una gloriosa conquista; la difusión de la cultura en general, la aproximación de los pueblos para el triunfo de la unidad de puntos de vista, y la felicidad de las criaturas.

Deletreamos, entonces los vocablos. Nos eran presentados artística y gentilmente, a través de escenas vivas e inteligentes. Se mostraban en secuencias admirables de lectura, dándonos lo que necesitábamos para alcanzar los secretos que nos permitirían más tarde hasta hablar fluidamente. Eran, por tanto, libros móviles, inteligentes, animados por algún fluido singular, para enseñarnos la conversación, la escritura, todo el contenido de un idioma que se iba imprimiendo en nuestro intelecto, permitiéndonos, al reencarnar, la eclosión de intuiciones brillantes cuando nos encontrásemos en la pista del asunto.

Y tales eran las perspectivas que nos presentaba aquella conquista, que nos sentimos triplemente hermanados a toda la humanidad; por los lazos amorosos de la doctrina de Cristo; por el beneplácito de la ciencia que nos iluminaba el corazón y por la finalidad a la que nos arrastraría el uso de un idioma que en el futuro nos habilitaría para sentirnos como en nuestra propia casa, estuviésemos en nuestra patria o viviendo en el seno de naciones situadas en los más diferentes rincones del globo terrestre, y hasta en el mundo Invisible.

La Embajada Esperantista en nuestra Colonia no se limitaba a darnos elementos lingüísticos capaces de confraternizar con los demás ciudadanos terrestres, con quienes viviríamos en los pueblos de la costra planetaria, en un futuro próximo. De cuando en cuando, desde las esferas más elevadas bajaban visitas de confraternización, con la intención generosa de dar valentía a los hermanos de ideal inmersos en las dificultades de antiguos delitos. Esas visitas a nuestra Facultad eran verdaderos congresos y trataban, en asambleas brillantes, del interés de la causa, de las actividades para la victoria del ideal, de los sacrificios y luchas de muchos compañeros del nuevo emprendimiento para su difusión y progreso. Ahí teníamos ocasión de evaluar la colaboración de aquellas figuras eminentes que vivieron en la Tierra y cuyos nombres registró la historia, y que citamos anteriormente. Grandes grupos de alumnos, aprendices del mismo movimiento, y pertenecientes a otras esferas, se adherían a esos congresos, colaborando caritativamente para el alivio de sus pobres hermanos suicidas.

Esos eran días festivos en Ciudad Esperanza. En las suntuosas plazas y jardines que rodeaban el majestuoso palacio de la Embajada Esperantista, sobre suaves tapetes de gramíneas, mezcladas de flores azules y azaleas blancas o rosadas, se creaban los juegos florales, perfectos torneos de arte clásico, durante los cuales el alma del espectador se dejaba transportar al ápice de las emociones gloriosas, deslumbrada ante la majestad de lo bello, que se revelaba en todos los delicados y tiernos matices posibles a su comprensión.

Se destacaban los bailes de conjunto e individuales, llevados a escena por jóvenes esperantistas, cuyas almas reeducadas a la luz benéfica de la fraternidad no desdeñaban testimoniar a sus hermanos el aprecio y la consideración que les tenían, bajando de los parajes luminosos y felices en los que vivían para la visita amistosa,

proporcionándoles una tregua en sus preocupaciones a través de magníficas expresiones artísticas.

La belleza del espectáculo alcanzaba en ese momento lo indescriptible, cuando, deslizándose graciosamente por las flores y sobrevolando en el aire como libélulas multicolores, los hermosos conjuntos evolucionaban traduciendo el hermoso arte de Terpsícore ²⁸ a través del tiempo y de las características de los grupos que mejor supieran interpretarla; ahora, eran jóvenes que vivieron en otro tiempo en Grecia, interpretando la belleza ideal de los “ballets” de su antigua cuna natal; después, eran egipcias, persas, hebreas, hindúes, europeas, una extensa grupo de cultivadoras de lo bello que venían a encantarnos con la gracia y la gentileza de que eran portadoras, cada grupo mostrando el sublime talento que enriquecía su ser, mientras sumptuosos efectos de luz inundaban el escenario como si fuegos mágicos de artificio bajasen de los confines del firmamento para irradiar en bendiciones de luz sobre la ciudad, que se engalanaba de tonalidades multicolores y matices delicados y lindos, que se convertían a cada momento en rayos que se entrechocaban, indescriptiblemente, en artísticos juegos de colores, entrecruzándose y derramándose en centelleos siempre nuevos y sorprendentes.

Y todo ese conmovedor e intraducible espectáculo de arte, que por sí solo sería una oferta al Supremo detentor de la belleza, realizada al aire libre y no en el recinto de los Templos, se hacía acompañar de orquestaciones delicadas donde los sonidos más delicados, los acordes llorosos de poderosos conjuntos de arpas y violines, que eran como pájaros gorjeando modulaciones siderales, arrancaban de nuestros ojos deslumbrados, de nuestros corazones enterneados, aspiraciones de emociones generosas que tonificaban nuestros espíritus, alimentando nuestras tendencias hacia lo mejor, abriendo a nuestro frágil ser horizontes jamás imaginados hacia el plano intelectual.

Muchas veces músicos célebres que vivieron en la Tierra acompañaron a los grupos esperantistas a nuestra Colonia, colaborando con sus sublimes inspiraciones, ahora mucho más ricas y nobles, en esas fraternal festividades que promovían el amor al prójimo y el culto a la belleza. Pero todo eso era manifestado en un estado de superioridad y grandiosa moral que los humanos están lejos de concebir.

Se sucedían, los conciertos; cánticos de orfeones alcanzaban expresiones maravillosas, piezas musicales ante las que empalidecerían las más arrebatadas melodías

²⁸ En la mitología griega, Terpsícore (en griego Τερψιχόρη “La que deleita en la danza”) es la musa de la danza, de la poesía ligera propia para acompañar en el baile a los coros de danzantes y también se le considera como la musa del canto coral. Representada como una joven esbelta, con un aire jovial y de actitud ligera. Guirnaldas de flores forman su corona y entre sus manos, hace sonar una lira (nota del traductor).

terrestres, certámenes poéticos con escenas de declamación cuya suntuosidad rozaba lo inimaginable, arrebatándonos hasta el éxtasis. Y el idioma selecto que utilizaba ese grupo magnífico de artistas pertenecientes a grupos que vivieron y progresaron bajo la bandera de todas las naciones del globo terrestre, era el esperanto, el que iría a coronar la iniciación que habíamos hecho, reeducándonos en los conceptos de la moral, de la ciencia y del amor.

Sólo se admitía, el arte clásico. En nuestra ciudad Universitaria jamás vimos regionalismo o folclore de cualquier clase. Y después que las lágrimas bañaban nuestro rostro, conmovidas nuestras almas ante tanto esplendor y maravillas, nos decían nuestras buenas vigilantes, de vuelta al internado para el reposo nocturno. No os admiréis, amigos míos. Lo que visteis es apenas el inicio del arte en el Más Allá... Se trata de la expresión más simple de lo bello, la única que vuestras mentalidades podrán alcanzar, por ahora... En esferas más altas que la nuestra existe más, mucho más... sin embargo, el alma pecadora debe rehacerse de las caídas en las que incurrió, haciéndose virtuosa a través de la renuncia, del trabajo y del amor, para merecer ir hacia ellas...

* * *

El sentimiento del deber me lleva a pensar seriamente en la necesidad de volver a la Tierra para probar el deseo de afinarme definitivamente con la ciencia de la verdad que he descubierto durante mi estancia en esta Colonia. No debo permanecer más en Ciudad Esperanza, a menos que pretenda agravar mi responsabilidad con un estado de estacionamiento incompatible con los códigos que acabo de estudiar y aceptar. Incurriría en una grave falta retrasando por más tiempo la reparación que me debo a mí mismo, como también a la ley del Sempiterno, incumplida por mí desde hace muchos siglos.

De los antiguos compañeros y amigos que vinieron del Valle Siniestro y que ingresaron en la Ciudad Universitaria procedentes del hospital, soy el único que está aquí, sin valentía de experimentar sus propias fuerzas en las luchas de la Tierra. Belarmino de Queiroz y Souza, el amigo cuyo afecto suavizaba gratamente las difíciles luchas espirituales camino de la rehabilitación, hace diez años que partió para nuevas experiencias, habiendo preferido renacer en Brasil, por la mayor facilidad que ofrecía, allí, el amparo de la protectora doctrina que abrazó durante su preparación en las Facultades.

Me agaché, conmovido y afectuoso, sobre su triste cuna de pobre huérfano, pues perdió a su madre, tuberculosa, un año después de su nacimiento. Muchas veces he susurrado palabras tiernas a sus oídos infantiles, durante las horas desoladas en que se pone a meditar, pequeñito e infeliz, en las espinas que ya le hieren

el corazón. Y he llorado mucho de compasión y tristeza contemplando su angustiosa infancia; el brazo semiparalítico, herencia inevitable del suicidio en el siglo XIX, hijo marchito y enfermo de una tuberculosa, con un idéntico futuro aguardándole cuando sea adulto.

Deseé partir con él y servirle de hermano, viviendo a su lado para ampararle y consolarle, reanimándome a mí mismo al contacto de su leal afecto. Sin embargo, era imposible hacerlo. Era una misión de amor que no estaba al alcance de un condenado como yo, carente de los mismos socorros y atenciones. En la Tierra, nuestros destinos y situaciones iban a ser diferentes. Sólo más tarde, después de la victoria de las pruebas bien soportadas, nos reencontraremos aquí mismo, para reiniciar la marcha hacia lo mejor. Doris Mary se presentó a su favor igualmente. Deseaba seguirle en el círculo familiar, puesto que le amaba tiernamente, disponiéndose a sacrificios por desear suavizarle las mismas amarguras con los desvelos de un sentimiento basado en la fraternidad cristiana. No le concedieron el permiso para ello, porque tal abnegación implicaría un círculo de infortunios sucesivos y Doris tenía méritos, derechos y compensaciones concedidas por la Ley, en el panorama social terreno, por haber venido de una existencia en que transitó una áspera vía de amarguras bien soportadas al lado de un esposo incomprendido y brutal, vía que el suicidio de Joel desdichó aún más. Ahora, sus guías no aconsejaban nuevos sacrificios por el hijo en las pruebas que debía superar y tampoco por Belarmino, que le causó idéntico disgusto a su anciana madre. Ella velaría por ambos, como una sombra luminosa y protectora que proyectaba desde el Más Allá, sobre el camino a realizar, inspiración y consuelo en las horas decisivas.

Como vemos, no sólo Belarmino, sino también Joel había bajado a las renovaciones reparadoras. Juan de Acevedo y Amadeo Ferrari volvieron igualmente al deber de renovar las experiencias fracasadas, y ya hace ocho años que les vi ingresar en el Recogimiento para los debidos preparativos. Este último, presa de disgustos e inconsolables remordimientos, ni siquiera terminó el curso de preparación que nos pasábamos todos. Se proveyó del coraje suficiente a la luz de las enseñanzas del divino Emisario y partió al Brasil, solicitando el favor de un cuerpo de color y humildísimo, donde evidenciase pacientemente el doble pesar que le afligía, el suicidio de ayer y la tiranía de otro tiempo, como señor de esclavos. Y no sé, Dios mío, porqué no me animo todavía a imitar su noble gesto, cuando incluso el mismo Roberto de Canalejas ya no formaba parte del cuerpo de médicos internos del Departamento Hospitalario, pues acaba de tomar nuevo vestido carnal en una hermosa misión en los campos de la Tercera Revelación, y también Rita de Cassia, la linda y encantadora vigilante que tantas lágrimas enjugó de mis ojos torturados de penitente, Rita que me trató con la más dulce ternura fraternal posible, imitó el gesto de Roberto.

En las luchas planetarias no existirá el matrimonio para este amigo admirable. Fiel al antiguo sentimiento por su adorada esposa, prefirió servir a causas más

amplias, esforzándose en actividades en pro de la colectividad. Rita, sin embargo, de carácter inquebrantable y con su corazón dispuesto hacia las altas aspiraciones y capaz, por eso mismo, de realizar misiones femeninas de gran responsabilidad, pidió y obtuvo permiso para seguir los pasos de Joel, casándose con él después de la prueba indispensable ante la repetición de las experiencias en las que fracasó, surgiendo en su vida como radiante aleluya después que él se rehabilite ante su propia conciencia. Se amaban y lo percibí rápidamente. Y, mientras escribo estas líneas, me pongo a pensar sobre la excelsa bondad del Señor de los mundos y de las criaturas, que permite al alma humana tales compensaciones, después de resurgir de las tinieblas del pecado... ²⁹

Rita será, en la Tierra como fue en el Espacio, la vigilante amorosa y gentil que, en el círculo familiar terreno, se rodeará de almas aún carentes de amparo, consolándolas y reanimándolas bajo las dulzuras de su afecto, al mismo tiempo que, a través de virtuosos ejemplos, les impulsará para los caminos de la victoria.

En el amplio dormitorio del Internado de Ciudad Esperanza, donde habito desde los albores del año 1910, solo existen “novatos”. A veces una profunda desolación viene a postrar mi alma, como si alguien que, viviendo en la Tierra muchas décadas, se viese despojado de la presencia de los amigos y familiares más queridos, viendo las ruinas que la ausencia de los seres amados, tragados por la muerte, dejaron para su vejez, donde se ubica el hielo de las íntimas agonías, haciéndole incomprensible e intolerable para lo que piensan los jóvenes que ahora acompañan mis días. Los lechos de mis viejos amigos están hoy ocupados por otras entidades que, aunque también afinadas por idénticos principios e ideales, no están tan tiernamente estrechadas conmigo por las cadenas forjadas en el tiempo e infortunios pasados juntos...

Allí está la ventana de columnas bordadas, amplia, dividida en tres arcos de fina labor artística, recordando construcciones hindúes sublimadas por una clase superior. Al amanecer, Belarmino se asomaba a ella para saludar la alborada y comulgar con lo Alto mediante la oración. Aquí, la sencilla mesa en que me parece ver todavía inclinada la figura y triste de Juan de Acevedo ejercitando la programación de las actividades convenientes que debía acometer en la Tierra. Más allá, dispuestos pintorescamente bajo el cortinado oloroso de los árboles del parque, los

²⁹;Cuántas veces, en las efervescencias de un sufrimiento creído irremediable, la criatura se desespera, tirándose a la aventura siniestra del suicidio, sin pensar que dentro de un corto espacio de tiempo, encontraría la solución para su problema, y la compensación, el auxilio de la providencia como consuelo del que carecía! Le faltó la paciencia y la calma necesaria para reflexionar y esperar la mejoría de la situación, y por eso tendrá un abismo de tinieblas, en siglos de luchas y renovaciones idénticas a las fracasadas, las que se creó para su destino; aprendiendo que lo que le conviene es la fortaleza y paciencia en la adversidad, pero nunca la rebelión y la desesperación, que de nada sirven.

bancos donde mis viejos compañeros de infortunio y yo nos recreábamos, hablando de las esperanzas que proporcionaban nuevas energías.

Contemplando esas pequeñas cosas las lágrimas me corren de los ojos. Es la añoranza que susurra angustias a lo más íntimo de mi alma, diciendo que debo imitarles sin demora, para resolver las deudas incómodas de la conciencia. Nunca, sin embargo, estuve ocioso. Procuro serenar mi corazón entristecido, al lado de mis queridos consejeros, y sirviendo a los más sufridores que yo. Me reparto entre las tareas del Hospital y varias otras actividades a mi alcance, tanto en la costa del planeta como en el perímetro de nuestra Colonia, únicos límites en los que podré transitar mientras no presente a la gran Ley los testimonios debidos.

Pero nada de eso será capaz de alejar de mis ansiosas preocupaciones el juicio que tengo de mí mismo, juicio despectivo del que sabe que comienza a incurrir en nuevas faltas, agravando voluntariamente sus responsabilidades que ya le pesan. Parece que no paso de ser un parásito, ocupando un sitio que mejor le vendría a otro. Y el rubor cubre mi rostro siempre que, por las alamedas pintorescas de la Ciudad, me cruzo con Aníbal de Silas, Epaminondas de Vigo y Souria-Omar, que desde hace mucho ya no me tienen en sus clases, hasta que, a través de la reencarnación, pueda yo dignamente probar los valores adquiridos.

Sonriéndome bondadosamente, me miran con interés. Pero las miradas que me dirigen son como flechas de fuego preguntando a mi conciencia la razón porqué no me animé todavía al cumplimiento del deber.

Carlos de Canalejas y Ramiro de Guzmán me han aconsejado mucho en estos últimos tiempos. Antes de partir a la reencarnación, Roberto hizo que se estrecharan mis relaciones de amistad con su antiguo suegro y amigo, recomendándole que no olvidase contarme algún día, la historia dramática de Leila, cuyo amor transportó a las cumbres del dolor al corazón de ambos. He trabajado con él frecuentemente, lo que me dio un amplio campo de trabajo en el sector terrestre, pues, como sabemos, es el jefe de la Sección de Relaciones Externas.

Bajo su orientación he visitado a los amigos de otros tiempos, ahora en la Tierra. Hace cerca de dos meses regresé de una estancia de doce semanas en las tierras brasileñas, donde diversos servicios, en el campo de la propaganda de las verdades sublimes que hoy me edifican, absorbieron mis preocupaciones. Me llevó el buen mentor a visitar a Mario Sobral, reencarnado en una capital tumultuosa de Brasil. No me contuve y estallé en copioso llanto junto al catre en el que vi reposando el cuerpo mutilado del desgraciado amante y asesino de la hermosa Eulina.

Su habitación miserable, construida de frágiles tablas de pino y chapas de zinc arruinadas por el tiempo, es la expresión de la más sórdida miseria de los brasileños unidos a las expiaciones dolorosas, en la reconstrucción sublime de sí mismos. Pero es también el único hogar que conviene a la reencarnación de un antiguo bohemio vanidoso de sus dotes físicas, que, por los antros de ocio brillante y la

vileza de los lupanares, dilapidó la herencia paterna adquirida honrada y dificultosamente en las labores del campo.

Andrajosamente vestido, sus pies descalzos callosos por el continuo contacto con las piedras y el polvo de los caminos, mutilado sin manos, los cabellos aún revueltos, despeinados, como le veíamos desde el Valle Siniestro, en lo invisible, los rasgos fisonómicos semejantes a los que conocíamos en el Más Allá, enfermo y nervioso, atacado por una extraña enfermedad que le tortura la tráquea y la faringe, lo que lo lleva frecuentemente a crisis penosas, con fiebre alta y dejándole afónico, sin familia, porque en otros tiempos, en Lisboa, ultrajó el círculo familiar en el que había nacido, honrado y amoroso, que la providencia le diera para que a su contacto virtuoso se nutriese de buena voluntad para realizaciones honestas, pobre, miserable, incluso hambriento, porque no fue depositario fiel en el pasado de los bienes materiales que el cielo le confió, sino que los disipó, valiéndose de ellos para la perversión de sus costumbres; analfabeto, ya que, cuando fue universitario en Coímbra en la existencia pasada, no aprovechó para ninguna finalidad noble la rica cultura intelectual de la que estaba dotado, dejándose caer en la improductividad y alterándose en la brutalidad de las costumbres e incapacidad moral para la edificación tanto de sí mismo como de sus semejantes.

Lo que yo veía ahora ya no era aquel Mario cuya palabra brillante y extenso vocabulario encantaba a los compañeros de la enfermería, y sí a un infeliz mendigo, que suplicaba la caridad de los transeúntes. Era la ruina social reducida al más bajo y amargo nivel posible, y, por eso, estallé en llanto compadecido y angustiado. Pero a mi lado Ramiro de Guzmán sonreía enternecido, intentando reconfortarme con la luminosidad consoladora de estas palabras:

—¡Exageras, Camilo! No vemos una ruina en esta pobre casa o en ese cuerpo mutilado, y sí el resurgir de un alma perteneciente a la inmortalidad, a quien los fuegos de sinceros remordimientos fustigaron, impulsándola a nobles conquistas. Profundamente arrepentido de su mal pasado, como puedes recordar, Mario trazó —él mismo— el plan de expiaciones que ahí ves, ya que el suicidio por ahorcamiento dio origen a la enfermedad nerviosa y a la insuficiencia vibratoria de los aparatos faríngeos, ya que su organismo periespiritual se vio alcanzado en gran medida por las repercusiones de este acto... lo que viene a demostrar que todo este lamentable presente es obra de su propio pasado y no el castigo de un juez severo o inclemente que se quiera vengar. ¿Dices que ves ruinas?... Pues bien, de esta ruina que amarga tu visión, despuntará para tu amigo Mario Sobral una alborada de progresos nuevos, porque, rehaciéndose, está pagando la deuda deshonrosa que le ataba a la galera del remordimiento, rehabilitándole ante sí mismo y ante las leyes que infringió... Además, ¿crees que está aquí abandonado, a merced sólo de la caridad de las criaturas humanas?... Te engañas...Pues ¿no es un alumno de la Legión de los Siervos de María?... ¿No pertenece al Hospital María de Nazaret? Debes recordar

que tal encarnación es el tratamiento conveniente a los casos graves como el suyo y una sublime cirugía que le llevará rápidamente a la convalecencia...

¿No está el hermano Teócrito pendiente de sus pasos? Los vigilantes y enfermeros del Hospital, y del Departamento al que pertenezco, ¿no le asisten cariñosamente, velando por él como por un enfermo grave, reforzándole diariamente con valor y esperanzas, siempre nuevas y más sólidas, con la sublime preocupación de ayudarle a remover las pesadas iniquidades provocadas en su destino por los actos por él mismo cometidos en contra del bien?... Frecuentemente, le visito, como en este momento lo hago, fiel a las obligaciones que me corresponden, y encamino su espíritu, muchas veces, a nuestros puestos de emergencia del astral, para reconfutarle, avivando las energías fluídicas en su periespíritu, para que pueda soportar las pruebas que se trazó sin excesivo desfallecimiento.... No sabes, además, que mantiene una conformidad que le ayuda a conseguir la victoria en sus propósitos... El se siente realmente feliz, pues, en lo profundo de su conciencia, tiene la certeza de que así, como le ves, está cumpliendo el sagrado deber de ciudadano inmortal, cuyo destino será lograr afinidad con las vibraciones armoniosas de la ley del bien y de la justicia universal.

Me callé, resignado y pensativo, meditando sobre las resoluciones urgentes que debería tomar. De Guzmán puso las manos translúcidas sobre la frente del antiguo alumno de Teócrito, transmitiéndole energías fluídicas que beneficiasen su disnea. Me concentré respetuosamente, suplicando a la Gobernadora amorosa de nuestra Legión que concediese alivio al antiguo compañero de mis desventuras. Terminada la generosa operación el noble amigo, dijo:

—La Providencia nos depara caminos de gloria, querido amigo, en luchas fecundas entre lágrimas y oportunidades de redención... Y, en el trayecto, concede a los penitentes arrepentidos compensaciones que generalmente no están a la altura de apreciar, dado que se encuentran en un cuerpo físico...

Se volvió hacia un rincón de la casa, que yo no había examinado, preocupado con la escena presentada por Mario reencarnado, y apuntó hacia una forma que, humilde y silenciosa, velaba al enfermo, mientras cosía remiendos en ropas ya rotas, y dijo:

—¿Ves esta pobre mujer?... No te puedes imaginar el trabajo de redención que, ante la vista del excelso Maestro, se opera en lo más íntimo de su alma, tan arrepentida como la de Mario, entre las espinas de la pobreza extrema y de luchas tan duras como dignamente soportadas...

Me fijé, conmovido e interesado ante el acento enternecido del noble instructor. Al lado de la puerta de entrada, la única existente en el paupérrimo domicilio, buscando un poco de claridad que le auxiliase en el trabajo humilde en el que se entretenía, vi a una mujer de color, pobemente vestida pero aseada, aparentando cerca

de cincuenta años. De rostro sereno se desprendía sencillez y humildad. Admirado, pregunté al caritativo mentor:

—No la conozco... ¿De quién se trata?...

—Haz un esfuerzo, Camilo... Entra en las ondas vibratorias de su pensamiento, que progresó en el trabajo de los recuerdos, y mira lo que sucedió hace cerca de cuarenta años, es decir, en la época en que volvió Mario a la Tierra...

Obedecí, intrigado, mientras la mujer se aproximaba al enfermo, dándole un medicamento homeópata, y levantándole cariñosamente la cabeza para luego, volver al trabajo. A su alrededor, el silencio fomentaba la eclosión de los recuerdos. Atardecía y el Sol de Brasil hervía el occidente con sus rayos ardientes de oro festivo, iluminando el firmamento con mil reflejos coralinos. La mujer pensaba y pensaba... En su cerebro las imágenes se levantaban agitadas en secuencias caprichosas, mientras, asustado y conmovido, yo leía y comprendía como en un libro instructivo abierto ante mis ojos:

—Mario ha renacido en un luponar... Su madre, inconforme con la maternidad, viendo, para cúmulo de desgracia, la mutilación deprimente, y al hijo sin fuerzas para soltar los alegres gritos de un recién nacido, medio sofocado por contracciones espasmódicas como si manos férreas quisieran prematuramente estrangularle, se llenó de horror y estalló en llanto, rechazando al monstruo que había concebido. Se trataba de una infeliz pecadora, para quien la maternidad era un obstáculo contra su libertad. Apurada, confió el miserable retoño a una pobre lavandera que vivía por las inmediaciones, trabajando honestamente en las duras tareas impuestas por la pobreza, prometiendo gratificarle mensualmente por los servicios prestados al pequeñito.

Accedió la buena mujer, no contemplando sólo el dinero que vendría bien a sus escasos recursos, y sí, principalmente, obedeciendo a los impulsos caritativos de su corazón, porque era adepta de un gran manantial de luces y esclarecimientos —la Tercera Revelación—, a pesar de la condición oscura que ocupaba en el plano social, sabía que la adopción de esa entidad que entraba en la vida terrena, rodeada de tan sombríos informes del pasado y tan desoladoras perspectivas en el presente, era un designio trazado por lo alto. Le recibió, pues, en su humilde choza, procurando amarle todo lo posible, ya que llamó a su puerta al nacer.

Tenía además una hija, una niña de diez años, pensativa y trabajadora, que cooperaba obedientemente con su madre en las luchas difíciles de cada día. Se aficionó al hermanito que el destino había lanzado en sus brazos y, para ayudar al esfuerzo materno, crió pacientemente al desgraciado enfermo, dedicándose durante cuarenta años a esta misión, como jamás lo haría una gran dama. Muerta su madre hacía más de quince años y falta de la promesa de gratificación de la irresponsable madre

natural, estaba allí todavía, fiel y abnegada, trabajando para que su desventurado hermano tuviese que mendigar por las calles lo menos posible...

Me acerqué a la mujer y, en un gesto de agradecimiento por lo mucho que daba a mi querido amigo, puse la diestra sobre aquella frente de color que, para mí, en aquel momento, era como si se tuviese una aureola de reflejos brillantes:

—Que Jesús te bendiga, hermana, por lo mucho que haces por el pobre Mario, a quien siempre conocí tan sufridor, —murmuré, sintiendo que lágrimas de dolor invadían mis pobres ojos espirituales.

Ramiro de Guzmán, se aproximó grave, reverenciando la Ley sublime cuyo magnánimo esplendor centelleaba en aquel pobre hogar propicio a la redención, susurró, sorprendiéndome hasta el asombro:

—Quizás todavía no has adivinado quien está ahí, cubierta en este cuerpo de color, desviviéndose en actividades cristianas al servicio de su propio renacer espiritual...

Y al mirarle con gesto de interrogación, dijo:

— ¡Eulina!...

* * *

Tomé la resolución impostergable; iré mañana al Departamento de Reencarnación, y de allí al Recogimiento, para proyectar mi futuro cuerpo físico, investigando el ambiente más propicio para el renacimiento reparador. Consulté a todas las autoridades de la Colonia dedicadas a mi caso y fueron unánimes en reanimarme para la indispensable y provechosa lucha. Quise sugerir, yo mismo, el programa para mis tareas de reajuste a las leyes infringidas por el suicidio, puesto que creo disponer de la lucidez suficiente para asumir una responsabilidad de esa importancia.

He de quedar ciego a los cuarenta años, pero irremediablemente ciego, como si las órbitas vacías de Jacinto de Ornelas se transfieren a mi rostro después de tres siglos de expectativa de mi espíritu dolorosamente asustado ante la imagen incorruptible de la justicia. Consulté, pidiendo inspiración y auxilio, a los queridos maestros —Aníbal de Silas, Epaminondas de Vigo, Souria-Omar y Teócrito—, que cariñosamente atendieron a mi solicitud para ayudarme a equilibrar las líneas generales de la programación con los dispositivos de la Ley.

Sin embargo, sólo después de ingresar en el Recogimiento subirán los informes para el visto bueno del Templo. Me dieron mucha confianza aquellos amigos queridos, que se preocuparon de mí, guiándome en la senda del deber e inspirándome en las horas decisivas como instructores responsables mientras durase mi estancia en

este generoso Instituto. Me dijeron que la asistencia médica del Departamento Hospitalario acompañará la evolución de mi próximo cuerpo físico desde el embrión hasta los últimos instantes de la agonía y de la separación de mi espíritu del cuerpo que arrastraré para la recuperación del tiempo perdido con el suicidio.

Se producirá mi liberación del plano físico-terrestre a los sesenta años, teniendo, por tanto, veinte años para mirar sólo hacia dentro de mí mismo y para realizar el trabajo fecundo y glorioso de la autoeducación que controle las manifestaciones del orgullo que en mi ser no se extinguió todavía. Frecuentemente me asalta el recelo de una nueva caída, del olvido de los deberes y tareas a cumplir una vez inmerso en el océano de una reencarnación, olvido normal para el espíritu en rehabilitación. Pero mis instructores me advirtieron que llevaré sólidos elementos de victoria adquiridos en el largo estadio reformativo, y que, por eso mismo, es poco probable que mi voluntad se corrompa al punto de arrastrarme a mayores y más graves responsabilidades.

Me despedí de todos los amigos y compañeros de los Departamentos de la Colonia, comenzando por la Vigilancia, con Olivier de Guzmán y el Padre Anselmo. Todos fueron unánimes en prometerme asistencia durante el irremediable exilio, a través de sus oraciones a Dios. Me siento, prematuramente, añorando este tranquilo lugar que por espacio tan largo de tiempo me albergó, y donde tantos y preciosos esclarecimientos adquirí para el reinicio de actividades en los medios sociales en los que tendré que probar nuevos valores morales. Hace algunos días viene a este Internado un verdadero desfile de amigos, a visitarme. Jefes de sección, enfermeros, vigilantes, incluso psiquiatras, psicólogos e instructores me abrazan, felicitándome por la resolución tomada y augurando días gloriosos para mi espíritu en los servicios de rehabilitación. Me dan, votos de victoria y adquisición de méritos, llenos de bondad.

Y por todo eso me siento agradecido, convencido de que, en los nuevos testimonios que me esperan en las márgenes del viejo y querido Tajo que tanto he amado y del que incluso ahora no me deseo separar, un grupo luminoso de entidades amigas estará presente para reanimarme con su alentadora inspiración. Y ayer me ofrecieron una fiesta de despedida. Una gran sorpresa me esperaba en medio de esa reunión donde la fraternidad y la belleza dictaban, una vez más sus intraducibles expresiones; a través de nuestros majestuosos aparatos de visión a distancia pude ver, por primera vez, la hermosa Mansión del Templo, en la plenitud de su armoniosa e intraducible belleza ambiental.

Asistí, de esta forma, a una asamblea de iniciados, oí sus discursos sublimes, inspirados en las más elevadas expresiones de la moral, de la filosofía, de la ciencia, de lo bello –de la verdad, en fin– que nunca oí. En el santuario donde se reunían, allá estaban –en la mesa augusta de la comunión con lo alto– los doce varones responsables por toda la Colonia unidos en identidad de puntos de vista e

ideales para el solemne momento de la oración. Y después el panorama arrebatador del sector al que yo no podré entrar sino a la vuelta de la encarnación que me espera, la sucesión de residencias, los vastos horizontes floridos atenuados por delicadas tonalidades azuladas a los que los rayos del astro rey transmiten centelleos dorados... Las lágrimas inundaron mis ojos, mientras que, imprimiendo la maravillosa visión en lo más íntimo de mi conciencia, como benéfico estímulo para las ásperas luchas del futuro, mi alma se decía a sí misma:

¡Valor, peregrino! Vuelve al punto de partida y reconstruye tu destino y llena de virtudes tu carácter con el dolor educador. Sufre y llora resignado, porque tus lágrimas serán el manantial bendito donde se saciará tu conciencia sedienta de paz. Deja que tus pies sangren entre los cardos y las aristas de los infortunios de las reparaciones terrenas, que tu corazón se despedace en las forjas de la adversidad, que tus horas se envuelvan el negro manto de la desilusión, llenas de angustia y soledad. Pero ten paciencia y sé humilde, recordando todo eso es pasajero, y que tiende a modificarse con tu reajuste a las sagradas leyes que infringiste... y aprende, de una vez para siempre, que eres inmortal y que no será por los desvíos temerarios del suicidio donde la criatura humana encontrará el puerto de la verdadera felicidad...

* * *